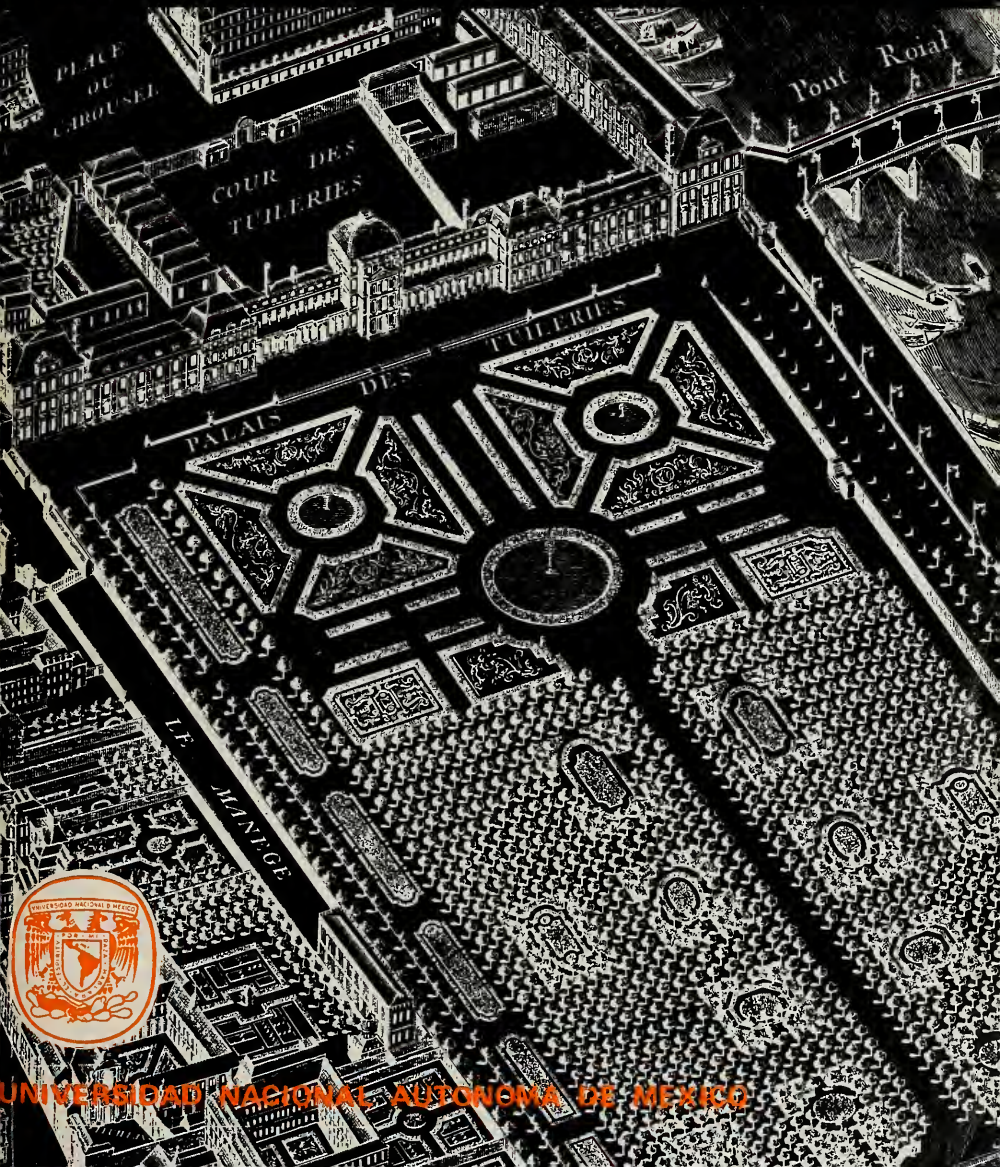
LECTURAS
UNIVERSITARIAS 15

ANTOLOGIA
DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACION
TEXTOS DE HISTORIA UNIVERSAL



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ANTOLOGÍA
DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN

TEXTOS DE HISTORIA UNIVERSAL

COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

15

LECTURAS UNIVERSITARIAS

ALEJANDRO HERRERA IBÁÑEZ

Antología del Renacimiento a la Ilustración

TEXTOS DE HISTORIA UNIVERSAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
1972

Primera edición: 1972

DR © 1972, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. México 20, D. F.

Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México

SUMARIO

Prefacio 7

INTRODUCCIÓN

El Renacimiento en Italia 11

EL ARTE

Vidas de grandes artistas 35
Juan Cimabue 35
Miguel Ángel Buonarrotti 42
Tratado de la pintura 53

LA CIENCIA

Los cuadernos de apuntes de Leonardo de Vinci 71
Breve comentario 74
Mensajero sideral 78
Diálogos concernientes a dos ciencias nuevas (La mecánica y la balística) 80
De la estructura del cuerpo humano 86
Los principios matemáticos de la filosofía natural 91
Así pensaba Francis Bacon 96
Novum organum 104

LA RELIGIÓN

Carta al papa León X 113
La libertad cristiana 122
En el nombre de Jesús. 1521. Actas y hechos del doctor Martín Lutero, en la dieta de Worms 143
Discurso del doctor Martín Lutero ante el emperador y los príncipes de Worms, el día jueves después de misericordius domini 147
Institución de la religión cristiana 160
El Concilio de Trento (1545-1563) 180

EL EUROPEO Y EL INDIO

Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios 199
Notificación y requerimiento que se ha de hacer a los moradores de las islas e tierra firme del mar océano que aún no están sujetos a nuestro señor 209
Epístola a Paulo III 212
Breve 216
Retórica cristiana 218
Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión 221

EL HOMBRE

Oración sobre la dignidad del hombre 231
De la inmortalidad del alma 238
Ensayos 241

LA SOCIEDAD

Utopía 263
Leviatán 272
Tolerancia 302
Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres 306
Del hombre 331
Indagación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones 340

EPÍLOGO

Discurso preliminar a la enciclopedia 379
¿Qué es la ilustración? 1784 409

PREFACIO

Una antología de lecturas sobre una época dada puede elegir entre dos alternativas no excluyentes. Por una parte existe la posibilidad de seleccionar textos sobre la época estudiada, siendo éstos contemporáneos o no, pero siempre posteriores al periodo en cuestión. La segunda alternativa consiste en escoger textos de *la época que reflejen con la mayor fidelidad el espíritu reinante en ella. Se ha optado aquí por la segunda alternativa, con la única excepción del texto introductorio, que es bastante posterior al periodo abarcado por este volumen, que va del Renacimiento a la Ilustración. La presente selección no pretende ser sino un aliciente para que el lector, motivado por ella, busque por su propia cuenta los textos íntegros reproducidos aquí parcialmente, e inclusive otros textos que no encontrará en este volumen.*

Cabe mencionar aquí la antología de Gastón García Cantú, previamente publicada en esta misma colección. En ella encontrará el lector algunos textos y valiosas sugerencias que le servirán de complemento en lo que respecta al periodo que coincide con el de esta obra. En la antología de García Cantú hay un texto de Tomás Moro, tomado de su* Utopía, *que parecería coincidir con el que aquí se ofrece, del mismo autor y de la misma obra. Sin embargo, aunque ambos pasajes pertenecen a la* Utopía, *no se cruzan, y el lector hará bien en acudir a ambos. Hay un pasaje, de Rousseau, que parcialmente aparece en ambas antologías (los diez primeros párrafos de la segunda parte del* Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres); *aunque a esta antología correspondería la supresión de dichos párrafos, se ha estimado conveniente no efectuar dicha supresión porque el pasaje aquí reproducido es mucho más amplio y perdería sentido sin la presencia de ellos. Se notará que se ha reservado un buen espacio para textos sobre la actitud del europeo (concretamente, del español) ante el indio. Formando este tópico*

* Gastón García Cantú, *Textos de historia universal (de fines de la Edad Media al siglo xx)*, México, UNAM, 1971 (Col. Lecturas Universitarias, 10).

parte del periodo que abarca esta obra, se ha juzgado conveniente introducir textos que den razón de él, máxime que es descuidado en otras antologías del mismo tipo. Se notará además la carencia de textos que gozan de gran divulgación (v. gr.: El discurso del método, *de Descartes;* El príncipe, *de Maquiavelo). Ello se debe a que otra de las ideas rectoras de este libro ha sido la de ofrecer pasajes de obras en las que a menudo el lector no piensa porque no las encuentra fácilmente. Faltan aquí también textos expresamente literarios, pues este aspecto de la Edad Moderna daría de sí para un volumen adicional.*

Si la presente antología consigue suscitar en el lector la curiosidad, el interés, el entusiasmo y el espíritu de investigación, el antologista se dará por satisfecho, y si el lector tiene presente que toda antología, por su propia naturaleza, es injusta, podrá ser indulgente con la que en este volumen se le ofrece. El autor de la presente antología desea dar particularmente las gracias al doctor Fernando Salmerón, pues sin su valiosa ayuda esta obra nunca hubiese tomado forma. Desea, igualmente, expresar su gratitud hacia el profesor Jorge Alberto Manrique y a Rolando Gutiérrez Cortés, por su ayuda y orientación en la selección y búsqueda de los textos religiosos. Gracias, también, a Olga, por su ayuda en la revisión de las pruebas.

Ciudad Universitaria (2 de diciembre de 1971)

ALEJANDRO HERRERA IBÁÑEZ

INTRODUCCIÓN

EL RENACIMIENTO EN ITALIA *

Juan Addington Symonds (1840-1893)

Escritor inglés. Su obra más famosa es Renaissance in Italy, *en 7 volúmenes. Como poeta es autor de* Many moods, New and old, Animi Figura, *etcétera.*

I. *El espíritu del Renacimiento*

La palabra Renacimiento ha adquirido, en estos últimos años, un significado más amplio que el término inglés equivalente de *Revival of Learning* (renacer de la cultura). La empleamos para designar todo el periodo de transición que va de la Edad Media al mundo moderno. Y, aunque sea posible trazar ciertos límites a esta época de transición, no podemos señalar fechas fijas para indicar que el movimiento renacentista se llevó a cabo entre tal y tal año, exactamente. Sería como empeñarse en señalar el día fijo en que comienza y en que termina la primavera, en un año determinado. Y, sin embargo, hablamos de la primavera como de una estación del año diferente del verano y del invierno. Y la verdad es que, en ciertos aspectos, vivimos todavía en pleno Renacimiento. El ciclo no se ha cerrado aún. La nueva vida es nuestra propia vida, y sigue progresando. Como en los cambios de decoración de una obra de magia las sombras que crecen y declinan aparecen, aquí, mezcladas; las nuevas sombras, al principio tenues e indecisas, se imponen a las viejas; ambas nos fascinan; la antigua escena va esfumándose hasta quedar relegada a segundo plano; pero, ¿quién podría decir si acabará montándose la nueva escena?

Del mismo o parecido modo, no podríamos referir el fenómeno del Renacimiento visto en su conjunto a una determinada causa o circunstancia, ni circunscribirlo dentro del campo acotado de una rama del conocimiento humano.

Si preguntamos a un estudioso del arte lo que entiende por Renacimiento nos dirá que es la revolución operada en la arquitectura, la pintura y la escultura por el descubrimiento de los monumentos de la antigüedad. Quienes se dedican al estudio de

* Juan Addington Symonds, *El Renacimiento en Italia*, 2 v., trad. de Wenceslao Roces, México, FCE, 1957 (Sec. de Obras de Historia).

la literatura, de la filosofía o de la teología ven en el Renacimiento la época en que se descubren los antiguos manuscritos, esa pasión por todo lo antiguo y esos progresos realizados en el campo de la filosofía y el criticismo que llevaron al certero conocimiento de los clásicos, a un gusto renovado por la poesía, a nuevos sistemas de pensamiento, a un análisis más concienzudo de las cosas y, por último, al sistema luterano y a la emancipación de la conciencia. El hombre de ciencia discurrirá acerca del descubrimiento del sistema solar por Copérnico y Galileo o en torno a la anatomía de Vesalio o a la teoría de la circulación de la sangre introducida por Harvey. Lo que a él le interesa preferentemente del Renacimiento es la instauración de un método auténticamente científico. El historiador político dará también una respuesta propia a nuestra pregunta. Los aspectos del movimiento renacentista que atraen su atención son la extinción del feudalismo, el desarrollo de las grandes nacionalidades europeas, el auge de la monarquía, la limitación de los poderes de la Iglesia, el entronizamiento de la Santa Sede como un reino italiano y, en último lugar, la gradual aparición de ese sentido de las libertades populares que estallará bajo formas revolucionarias. El jurista nos describirá la disolución de las ficciones legales basadas en las Falsas Decretales, el descubrimiento de un texto auténtico del Digesto romano, el esfuerzo por introducir un método racional en la teoría de la moderna jurisprudencia y abordar el estudio del Derecho internacional. Aquellos cuya atención versa, principalmente, sobre la historia de los descubrimientos y las invenciones apuntarán hacia la exploración de América y del Oriente o señalarán los grandes beneficios extraídos por el mundo de las artes de la imprenta y el grabado, de la brújula y el telescopio, del papel y la pólvora; y nos dirán que todos estos instrumentos mecánicos, tan útiles, vinieron al mundo en la época del Renacimiento para contribuir a la disolución de lo que estaba ya condenado a morir y para fortalecer y perpetuar lo nuevo, lo útil y lo vital.

Sin embargo, ninguna de estas respuestas, tomadas por separado, ni siquiera todas ellas juntas, nos brindarían la solución exacta del problema. La palabra Renacimiento o renacer indica, en rigor, un movimiento natural que no puede explicarse por tal o cual característica, sino que tenemos que aceptar como un esfuerzo de la humanidad cuya hora había sonado, al cabo de un largo proceso, y de cuyos progresos y avances participamos todavía nosotros. La historia del Renacimiento no es la historia de las artes, o las ciencias, o la literatura, ni siquiera la histo-

ria de las naciones. Es algo más profundo: la historia de la conquista por el espíritu humano, manifestado en las razas europeas, de la libertad consciente de sí misma. No es un simple cambio político, una nueva moda en el campo de las artes, la restauración de los cánones clásicos del gusto. Las artes y las invenciones, el conocimiento y los libros, convertidos de pronto, al advenir el Renacimiento, en elementos vitales, habían yacido durante largos siglos olvidados en esas orillas del Mar Muerto a que damos el nombre de la Edad Media. No fue el descubrimiento de estas obras el que trajo el Renacimiento. Fue la energía intelectual, la eclosión espontánea de la inteligencia lo que permitió a la humanidad sacar el fruto de aquellos elementos precisamente en este instante. Y la fuerza entonces engendrada se mantiene en vigor, vital y expansiva, en el mundo moderno.

¿Cómo explicarse, entonces, que, al llegar un cierto periodo, hacia el siglo XIV d. C., para hablar en términos muy generales, el intelecto de las razas occidentales despertase de su sopor y recobrara su actividad? Es una pregunta a la que sólo podremos responder aquí de un modo muy imperfecto. El misterio de la vida orgánica esquiva todo análisis. Ya se trate de investigar una célula germinal o un fenómeno tan complejo como los comienzos de una nueva religión, de los orígenes de una enfermedad nueva o de la aparición de una nueva fase de la civilización humana, no podemos hacer otra cosa que señalar las condiciones en que apunta el nuevo brote y poner de relieve las formas bajo las que se manifiesta. Y, al hacerlo, debemos cuidarnos, además, de no dejarnos arrastrar por nuestras propias palabras. Renacimiento, Reforma y Revolución no son cosas separadas, fenómenos que podamos aislar; son otros tantos momentos en la historia de la humanidad a los que consideramos oportuno dar un nombre. Pero la historia misma es un todo continuo, y cuantos intentos podamos hacer para aislar y localizar como algo independiente una parte de él, estarán siempre condenados al fracaso.

Basta echar una rápida ojeada a la historia de los siglos anteriores para persuadirse de que, después de haberse derrumbado el edificio del Imperio Romano, quedaba descartada toda posibilidad inmediata de un renacer intelectual. Los pueblos bárbaros que habían inundado Europa tenían que absorber su barbarismo: los fragmentos de la civilización romana que sobrenadaban en aquel naufragio tenían que ser destruidos o asimilados: las naciones germánicas tenían que recibir la cultura y la religión de manos del pueblo por ellas sojuzgado; había que

crear la Iglesia y dar nueva forma a la vieja idea del Imperio. Era necesario, además, que las nuevas nacionalidades se definiesen y perfilasen, que las lenguas modernas se plasmaran, que la paz se asegurase hasta cierto punto y la riqueza se acumulara, condiciones todas ellas indispensables para el resurgimiento del libre espíritu de la humanidad. Por eso la primera nación en que estas condiciones se dieron fue también la primera en inaugurar la nueva época. Italia pudo encabezar la era del Renacimiento porque este país poseía una lengua, un clima propicio, un régimen de libertad política y una cierta prosperidad comercial, cuando otras naciones permanecían todavía en un estado de semibarbarie. Allí donde el espíritu humano había sido enterrado con la decadencia del Imperio Romano, allí volvía a surgir sobre las ruinas de este Imperio. Y el papado, a quien Hobbes ha llamado el espectro del Imperio Romano muerto, asentado, entronizado y coronado sobre sus cenizas, fue, en cierto modo, el puente tendido sobre el golfo que se abre entre los dos periodos.

Sin perder nunca de vista la verdad de que la esencia del Renacimiento es una esencia intelectual, de que el Renacimiento fue, para el mundo moderno, la emancipación de la razón, podemos pararnos a examinar las relaciones entre el feudalismo y el movimiento renacentista. La actitud mental de la Edad Media era la de la ignorante prosternación ante los ídolos de la Iglesia, el dogma, la autoridad y el escolasticismo. Durante estos siglos, las naciones de Europa viéronse abatidas por el peso bruto de las necesidades materiales. Sin el poder sobre el mundo exterior que sólo dan al hombre las ciencias físicas y las artes útiles, sin la facilidad de vida que aseguran la riqueza y la abundancia, sin las tradiciones de un pasado de civilización, sobreponiéndose lentamente y a duras penas a un estado de barbarie total, aquellas naciones apenas podían hacer otra cosa que vegetar muy penosamente. Sería ridículo e injusto despreciar toda la obra realizada durante la Edad Media. Bien podemos, sin embargo, asegurar que esta obra se realizó inconscientemente, como un proceso gradual e instintivo de desarrollo. La razón, en una palabra, no había despertado de su letargo; el espíritu del hombre no había cobrado aún la conciencia de sus propios tesoros y de sus propias capacidades.

Resulta patético pensar en aquellos estudiantes medievales que escudriñaban afanosamente una sentencia mal traducida de Porfirio, intentando extraer de sus cláusulas sistemas enteros de ciencia lógica y torturándose la mente con acertijos casi tan

ociosos como el del asno de Buridán, mientras en Constantinopla y en Sevilla, en su texto griego y en la traducción arábiga, Platón y Aristóteles, vivos, pero sumidos en un profundo sueño, aguardaban solamente a que la llamada del Renacimiento los intimase a hablar a los hombres con voz inteligible para el espíritu moderno. Y no es menos patético ver cómo ola tras ola del océano de la humanidad vienen a romper desde todos los países de Europa en las playas de Palestina, y naciones enteras que exponen su vida solamente por contemplar los muros de Jerusalén y adorar el sepulcro en que Cristo resucitó, para volver a sus tierras con flotas llenas de reliquias y cargamentos enteros de tierra sagrada, mientras todo el tiempo alumbraba dentro de sus mentes y de sus pechos el espíritu del Señor, vivo, pero ignorado; aquel espíritu de libertad, predestinado desde hacía varios siglos a restaurar al mundo sus derechos innatos.

Entre tanto, la Edad Media iba cumpliendo su propia obra. Lenta y oscuramente, debatiéndose entre la estupidez y la ignorancia, forjábanse las naciones y los idiomas de Europa. Italia, Francia, España, Inglaterra, Alemania, iban cobrando forma. Los actores del futuro drama adquirían poco a poco sus diversos caracteres y formaban las lenguas en que habían de expresar sus respectivas personalidades. El cristianismo, la Iglesia, el espíritu caballeresco y las costumbres feudales iban plasmando esas cualidades que hacen a la sociedad moderna tan diferente de la del mundo antiguo.

Después, vino otra fase. Moldeadas las naciones, se instauraron sus monarquías y dinastías. El feudalismo fue adoptando, paulatinamente, las formas variadas de una autocracia más o menos definida. En Italia y Alemania conquistaron la preeminencia numerosos príncipes; y, aunque la nación no llegó a unirse bajo una sola corona, fue reconocido el principio monárquico. Francia y España sometiéronse a un despotismo por virtud del cual el rey podía decir: "El Estado soy yo." Inglaterra desarrolló su complicada constitución de derechos populares y regias prerrogativas.

Al propio tiempo, la Iglesia romana experimentaba un proceso semejante de transformación. El pontificado hacíase más autocrático. También el papa, como el rey, podía decir: "La Iglesia, soy yo." Esta fusión del Estado medieval y de la Iglesia medieval en la supremacía personal del rey y el papa puede ser considerada como el rasgo característico de la etapa final del feudalismo que precede inmediatamente al Renacimiento.

De este modo, fueron preparándose las condiciones necesarias y las circunstancias externas para el advenimiento renacentista. La organización de las cinco grandes naciones y la nivelación de los intereses políticos y espirituales bajo el poder de déspotas políticos y espirituales forman el preludio de este drama de la libertad cuyo primer acto es el Renacimiento, el segundo la Reforma y el tercero la Revolución, drama que sigue viviendo y cuya meta es la instauración de la idea democrática.

Nadie debe imaginarse, sin embargo, que el Renacimiento brotó súbitamente en el mundo como por ensalmo, al llegar el siglo xv, sin ser anunciado por ningún signo premonitorio. Lejos de ello, ya en la Edad Media, una vez y otra, vemos a la razón pugnando por romper sus cadenas. En el siglo xii, Abelardo intentó probar que la interminable disputa entre las entidades y los nombres se basaba simplemente en un error. A comienzos del siglo xiii, Roger Bacon, anticipándose a la ciencia moderna, proclamaba que el hombre podía crear todas las cosas, con ayuda de la naturaleza. Joaquín de Flora, en el periodo intermedio entre los dos, bebió un trago de la copa de la profecía acercada a sus labios y gritó que "el Evangelio del Padre había pasado, el Evangelio del Hijo estaba discurriendo, y el Evangelio del Espíritu Santo había de advenir". Los tres, cada cual a su modo, el francés en el terreno de la lógica, el inglés en el campo del análisis y el italiano en el mundo de la mística, entreveían ya la futura, pero inevitable, emancipación de la razón humana. Y no faltaban, sobre todo en Provenza, los signos anunciadores de que Afrodita, Febo y las Gracias se preparaban para asumir de nuevo su cetro. La prematura civilización de esta comarca favorecida, tan cruelmente castigada por la Iglesia, era de por sí la reacción de la naturaleza contra las restricciones impuestas por la disciplina eclesiástica. Por su parte, los cantos de los estudiantes ambulantes que se conocen bajo el nombre de *Carmina Burana* anunciaban el renacer del sentimiento pagano o precristiano en la misma fortaleza de la cultura medieval. Recordemos, además, a los cátaros, los *paterni*, los *fraticelli*, los albigenses y los husitas, sectas heréticas en las que se vislumbraba ya un tenue destello de la nueva luz y que la Iglesia instantáneamente exterminó. Y no olvidemos tampoco la ambiciosa concepción del emperador Federico II, quien pugnó por fundar en el sur de Europa una nueva sociedad basada en la cultura humana, anticipándose al advenimiento del espíritu de la tolerancia moderna. También él y toda su raza fueron aniquilados por el celo pontificio.

Verdaderamente podemos decir, con Michelet, que la sibila del Renacimiento se obstinaba en vano por ofrecer sus libros a la Europa feudal. En vano, pues aún no había llegado la hora. Las ideas prematuramente proyectadas sobre la faz del mundo moderno eran ideas aún no maduras y abortivas, como aquellos informes troncos sin cabeza y organismos zoófitos de la humanidad todavía en fusión que, según la visión de Empédocles, precedieron al nacimiento del hombre ya formado. Las naciones aún no habían salido de la matriz. Los franciscanos que apresaron a Roger Bacon por atreverse a examinar lo que Dios había ordenado mantener en secreto; los dominicos que predicaban la cruzada contra los nobles cultivados de Tolosa; los papas que arrancaban la peligrosa simiente del ilustrado Federico; los benedictinos que raspaban o cubrían de cal las obras maestras de la literatura clásica para dejar sitio a sus letanías y a sus plegarias, que desgarraban los libros venerables y vendían el pergamino en trozos para talismanes; una feligresía que rezaba supersticiosamente a los santos, mientras se consagraba por las artes de la hechicería a los diablos; un clero sumido en la pereza sensual o enfebrecido con un celo demoníaco: tales eran los poderes que todavía dominaban los destinos intelectuales de Europa. De aquí que los primeros augurios del Renacimiento fuesen aún tan fragmentarios y estériles.

Vino luego un segundo periodo. El poema del Dante, una obra de arte consciente, concebida ya dentro del espíritu moderno y escrita en una lengua moderna, fue el primer signo manifiesto de que Italia, la conductora de las naciones de Occidente, había sacudido su sueño secular. Tras el Dante vino Petrarca. Su ideal de la cultura antigua como fuente de inagotable solaz y escuela de educación universal del hombre, el esfuerzo de toda su vida por recobrar la armonía clásica de pensamiento y de lenguaje, impulsaron directamente uno de los principales movimientos renacentistas: la apasionada orientación hacia el mundo antiguo. Después de Petrarca, Boccaccio abrió otro canal a la corriente de la libertad. Su concepción de la existencia humana como un goce que debemos aceptar agradecidos, y no como un sombrío error que hay que pagar con el sufrimiento, familiarizó ya al siglo XIV con aquella forma de alegría placentera y semipagana que es uno de los rasgos del verdadero Renacimiento.

Con el Dante, Petrarca y Boccaccio, Italia recobra la conciencia de la libertad intelectual. No ha llegado todavía lo que llamamos el Renacimiento, pero la obra de estos tres gran-

des del espíritu prepara el terreno para su advenimiento, al sonar la hora propicia. Dante es el genio del mundo moderno que se atreve a enfrentarse él solo con el mundo y a crear, seguro de sí mismo y sin más guía que la suya propia. Petrarca, el mismo genio que, volviendo a la tradición de un espléndido pasado, traspone ya un gran trecho del golfo de las sombras. En Boccaccio, ese genio mismo proclama la belleza del mundo, la gracia de la juventud y la fuerza del amor y de la vida, sin dejarse intimidar por la amenaza del infierno ni por el terror de la muerte ineluctable.

Ahora, a comienzos del siglo XIV, aunque Italia hubiese perdido aquel espíritu heroico que admiramos en sus comunas del XIII, había ganado, a cambio de ello, la riqueza, la magnificencia y el descanso nacidos de la larga época de prosperidad que se inicia, a la postre, con la nueva era. Europa era, entonces, un campo baldío bajo el cual yacía soterrada la civilización del mundo antiguo. Hacia atrás se extendían los siglos del medievalismo, en que la intelectualidad había dormitado, estéril e inerte. El futuro empezaba apenas a barruntarse tenuemente. Las fuerzas de las naciones llamadas a llevar a cabo la futura transformación no habían quedado exhaustas. Sus fuerzas físicas y mentales habían salido incólumes. No habían vivido siglos de enervante molicie, de esfuerzo intelectual, de vida artificialmente preservada o ingeniosamente prolongada que minaran la fibra, el vigor de los hombres ante los que se abría la gran misión de inaugurar el mundo moderno. Estos gigantes del Renacimiento, criados en la sobriedad y en una dura brega, sin mimos ni delicadezas, eran como muchachos por su capacidad para el sufrimiento y su apetito desordenado para el goce. No conocían la decadencia del hombre que ha pasado por varias generaciones de hambre, de achaques, de esterilidad, de afanes críticos y desilusiones. No sabían lo que es el hastío y la fatiga que nace del escepticismo, la desesperación de los largos esfuerzos fracasados. Sus sentidos lozanos y todavía no pervertidos hacían a estos hombres sensibles y despiertos a todo lo que era bello y natural. Sentían avidez por la magnificencia y comprendían instintivamente lo que era el esplendor. Los años de la saciedad estaban todavía muy lejos. Nada parecía imposible para su energía juvenil; ningún placer palidecía ante su voraz apetito. Estos hombres del Renacimiento, que habían nacido en el momento mismo en que los deseos se equilibran armónicamente con las capacidades, en que las percepciones no se embotan ni los sentidos se estragan, que abrían sus ojos por

primera vez a un mundo maravilloso, vivían gozosamente lo que podemos llamar la primera primavera trascendente del mundo moderno. Latía en ellos una plenitud de vida portentosa. Abundaban los temperamentos ricos en toda suerte de dotes y adornados con toda clase de sensibilidad. La acción de la personalidad no tropezaba con ninguna traba. Era perfectamente aplicable a todos ellos el verso de Browning sobre el temperamento del trovador Sordello:

> Una sola pisada
> Basta para que el aire cálido recoja
> Efluvios que germinan, y hasta la vejez
> Produce rica vida, y un día tras otro
> El nuevo polen brota en los pétalos del lirio
> Y aún más laberíntica se abre la rosa.

Durante la Edad Media, el hombre había vivido con los ojos cubiertos por la cogulla de su hábito. No había contemplado la belleza del mundo, o la había entrevisto solamente para renegar de ella y volverse a un lado, repasando las cuentas de su rosario y rezando sus oraciones. Como San Bernardo, atravesando las orillas del lago Leman sin apercibirse siquiera del color azul de sus aguas, ni de la belleza de sus viñedos, ni del radiante esplendor de las montañas, con su manto de sol y nieve: el fraile no veía nada de todo esto, pues su frente, abrumada de pensamientos y aprensiones, se inclinaba gravemente sobre la cerviz de su cabalgadura. Elocuente imagen la de este monje. También la humanidad había peregrinado sombríamente, durante varios siglos, obsesionada por el terror del pecado, de la muerte y del juicio final, a lo largo de todas las calzadas del mundo, sin apercibirse siquiera de la belleza del paisaje ni de la bendición de la vida. Para la Edad Media, la belleza era una celada, el placer un pecado, el mundo un teatro efímero, el hombre un ser caído y condenado, la muerte lo único cierto, el juicio inexorable, las penas del infierno eternas y el cielo muy difícil de ganar. La ignorancia era grata a Dios, como una prueba de fe y de humildad; la abstinencia y la mortificación, las únicas reglas seguras de vida: he ahí las ideas fijas, permanentes, de la ascética Iglesia medieval. El Renacimiento las echó por tierra y las destruyó, descorriendo el pesado velo que esas ideas obsesas habían tendido entre el espíritu del hombre y el mundo exterior y enfocando la luz de la realidad sobre los puntos sombríos de su propia naturaleza. Las enseñanzas místicas de la Iglesia fueron sustituidas por el cultivo de las

humanidades clásicas. Surgía un nuevo ideal: el del hombre pugnando por convertirse en el monarca del universo en que tiene el privilegio y el destino de vivir. El Renacimiento venía a sacar a la razón de su cárcel; era el doble descubrimiento del mundo exterior y del mundo interior.

Un acontecimiento exterior determinó la dirección que habría de tomar esta eclosión del espíritu de libertad. Fue el contacto del espíriu moderno con el antiguo que siguió a lo que suele llamarse el renacer de la cultura. La caída del Imperio Bizantino en 1453, al paso que señalaba la extinción del viejo orden, imprimía un impulso a las fuerzas, ahora acumuladas, del orden nuevo. Nació la creencia en la identidad del espíritu humano bajo todas sus manifestaciones anteriores y en su ininterrumpida continuidad. Tanto en la antigüedad clásica como en la antigüedad bíblica existía, según esta concepción, así en lo moral como en lo intelectual, un ideal invariable de vida humana, al que debía acogerse el hombre de esta época. Al conocer todo lo que los antiguos habían sido capaces de realizar, el genio moderno sentía confianza en sus propias fuerzas. Los barruntos de los antiguos estimulaban los esfuerzos de los modernos. La historia universal parecía haber recobrado su unidad.

Las dos grandes hazañas del Renacimiento fueron el descubrimiento del mundo y el descubrimiento del hombre.[1] Bajo estas dos rúbricas podríamos clasificar todos los fenómenos que en rigor corresponden a este periodo histórico.

El descubrimiento del mundo se divide en dos ramas: la exploración del globo terrestre y la exploración sistemática del universo, que es, en realidad, lo que llamamos ciencia. Colón descubrió América en 1492; los portugueses dieron la vuelta al Cabo de Buena Esperanza en 1497; Copérnico descubrió en 1507 el sistema solar. No hace falta añadir nada a este simple enunciado; a la vista de hechos de tal envergadura no sería fácil soslayar reflexiones que podrían parecer lugares comunes. Sin embargo, solamente contrastando los diez siglos que precedieron a estas fechas con las cuatro centurias que las siguen podemos valorar en sus justos términos la magnitud de aquel movimiento renacentista gracias al cual se incorpora a la civilización un nuevo hemisferio.

Del mismo modo, vale la pena detenerse un momento a considerar todo lo que encierra la sustitución del sistema tolomeico del universo por el sistema copernicano. La tierra, considerada

[1] Debemos a Michelet esta formulación, que ha pasado al lenguaje de la historia.

en los viejos tiempos como el centro de todas las cosas, como la pupila del ojo de Dios, en gracia a la cual habían sido creadas el sol, la luna y las estrellas, pasaba a ser de pronto uno de los muchos cuerpos que giraban en torno a una gigantesca esfera de luz y de calor, la cual no es, a su vez, más que uno entre los innumerables soles, rodeado cada uno de ellos por un cortejo de planetas y que se hallan, como sabemos, desperdigados por el espacio infinito. ¿Qué se había hecho de aquel trono broncíneo de los viejos dioses, de aquel paraíso hacia el que una deidad ascendente podía ser raptada entre las nubes, para esconderse allí por un momento de los ojos de sus discípulos? La demostración de las más simples verdades de la astronomía venía a destruir de golpe las leyendas más importantes para los cristianos primitivos, al reducir a la nada su simbolismo. Se comprende que la Iglesia persiguiera sañudamente a Galileo por haber probado la movilidad de la tierra. Instintivamente, presentía que esta sola proposición llevaba consigo el principio de la hostilidad contra sus más acariciadas concepciones, contra lo que representaba la verdadera médula de su mitología.

Había nacido la ciencia y se había desatado la guerra entre el positivismo científico y la metafísica religiosa. No era posible seguir adorando a Dios bajo las formas y los ídolos de la quimera sacerdotal; adquirían un nuevo sentido aquellas palabras de "Dios es un Espíritu y quienes lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad".

La razón humana había acreditado, por lo menos, su capacidad para estudiar el esquema del universo de que forma parte y para descubrir las leyes reales por las que se gobierna. Tres sigles y medio han pasado desde el día en que Copérnico revolucionó la astronomía. Y sólo podremos apreciar la fuerza expansiva entonces engendrada parándonos a reflexionar acerca de la masa de conocimientos que desde aquel día hemos ido adquiriendo, conocimientos no sólo infinitamente curiosos, sino además incalculablemente útiles en su aplicación a las artes de la vida, y deteniéndonos luego a considerar cuántas bases de esta clase había llegado a adquirir el hombre en los diez siglos anteriores al Renacimiento. La ciencia, rescatada de manos de la astrología, de la geomancía, de la alquimia, data en realidad del periodo renacentista. Desde entonces hasta nuestros días, no ha dejado de crecer. La ciencia, como algo progresivo y estable, puede ser considerada como el primogénito del espíritu del mundo moderno.

Cuando hablamos del descubrimiento del mundo nos referimos, por tanto, de una parte, a la conquista por la humanidad civilizada de todos los rincones del globo habitable y, de otra parte, a la anexión por la ciencia de todo lo que hoy conocemos acerca de la naturaleza del universo.

También en lo que toca al descubrimiento del hombre podemos señalar un doble proceso. El hombre en sus relaciones temporales, ilustrado por la antigüedad pagana, y el hombre en sus relaciones espirituales, ilustrado por la antigüedad bíblica: tales son los dos ámbitos —ámbitos en apariencia y a primera vista distintos, pero en realidad y si nos fijamos bien interdependientes— que abrió a la investigación el genio crítico e inquisitivo del Renacimiento.

En la primera de estas dos regiones, encontramos dos factores en acción: el del arte y el del saber. Durante la Edad Media, las artes plásticas, al igual que la filosofía, habían degenerado en un estéril y vacuo escolasticismo, en la fría reproducción de formas sin vida, copiadas técnicamente y sin la menor inspiración de patrones adulterados. La pintura habíase hermanado simbólicamente con los sentimientos religiosos del pueblo, plasmada en fórmulas de las que el artista no podía apartarse sin incurrir en impiedad y sin llevar la confusión al espíritu del creyente. Una supersticiosa reverencia llevaba al pintor a copiar mecánicamente los ojos almendrados y las rígidas articulaciones de los santos a quienes adoraba desde su infancia; y, aunque no hubiera querido hacerlo, le faltaba el arte necesario para imitar las formas naturales que veía en torno suyo.

Pero la aurora del Renacimiento trajo un nuevo espíritu a las artes. El hombre empezó a darse cuenta de que el cuerpo humano encierra en sí mismo una gran nobleza y es digno de paciente estudio. El artista fue orientándose cada vez más hacia la mira de unir los sentimientos devotos y el respeto por la leyenda sagrada a la mayor belleza y la mayor fidelidad posible en los trazos. Empezó a estudiar el desnudo y a dibujar y pintar el cuerpo humano en todas las posiciones; compuso los vestidos, inventó las actitudes y adaptó la acción de sus figuras y la expresión de sus caras al tema por él elegido. En una palabra, humanizó los cuadros de los altares y los frescos de los conventos creados por su pincel. De este modo, los pintores eleváronse sobre los antiguos símbolos y trajeron el cielo a la tierra. Al pintar a la Virgen y a su Hijo como seres humanos, al dramatizar la historia sagrada, iban deslizando insensiblemente bajo los principios de la Iglesia el amor por la belleza

y los intereses de la vida real. Las figuras de los santos o los ángeles eran, simplemente, un pretexto para desplegar en el cuadro las gracias de la perfección física, y el introducir en la composición *un bel corpo ignudo* significaba más, para el pintor, que el representar las maceraciones de la Magdalena. El hombre fue aprendiendo, así, a mirar detrás de las reliquias y de la eucaristía y a olvidar el dogma por las amables formas en que se expresaba.

Por último, cuando los clásicos vinieron en ayuda de esta obra de progreso, un nuevo mundo de pensamiento e imaginación, divinamente cautivador y profundamente humano, se abrió ante los asombrados ojos de aquellos hombres. Y, de este modo, el arte, que había empezado humanizando las leyendas de la Iglesia, desvió la atención de sus estudiosos desde la leyenda hacia la obra de la belleza, para convertirse a la postre, al apartarse de la tradición religiosa, en el exponente de la majestad y el esplendor del cuerpo humano. Esta emancipación final del arte que se liberaba de las trabas eclesiásticas culmina en el gran periodo de la pintura italiana. Cuando contemplamos los profetas de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, entramos en contacto, evidentemente, con ideas originariamente religiosas. Pero el tratamiento artístico de estas ideas es pura y ampliamente humano, ni más ni menos que el de una escultura de Fidias. La Virgen del Tiziano recibida en los cielos y que se remonta a medio camino entre el arcángel que baja a coronarla y los apóstoles que pugnan por seguirla, no es tanto una *Madona Assunta* como la apoteosis de la humanidad representada como una madre radiante. No hay en esta pintura nada de ascético, nada de místico, nada de devoto. Y el arte del Renacimiento no se detuvo aquí. Siguió avanzando por este camino, hasta sumergirse en el paganismo. Pintores y escultores rivalizaban con los arquitectos en su esfuerzo por emancipar a las artes de toda conexión con la Iglesia, introduciendo en ellas un espíritu y un sentimiento ajenos al cristianismo.

Por medio del arte y de las ideas que éste introducía en la vida diaria, el Renacimiento trajo al mundo moderno una verdadera resurrección del cuerpo humano, que, desde el colapso de la civilización antigua, yacía apresado en cilicios y en rígidas mortajas, en las tumbas de los conventos medievales. El saber renaciente reveló al hombre la riqueza de su propio espíritu, la dignidad del pensamiento humano, el valor de la especulación humana, la importancia de la vida humana, considerada como algo aparte de los preceptos y los dogmas religiosos. Durante

la Edad Media, sólo unos cuantos eruditos podían leer la poesía de Virgilio y la prosa de Boecio —y eso que Virgilio en Mantua y Boecio en Pavía eran adorados como verdaderos santos—, a la par con algunos fragmentos de Lucano, Ovidio, Estacio, Juvenal, Cicerón y Horacio. El Renacimiento abrió de par en par al público lector los tesoros de la literatura griega y latina. Fue redescubierto, al mismo tiempo, el texto de la Biblia en sus lenguas originales. Verdaderos veneros de saber oriental se alumbraban para los estudiosos de las tradiciones hebrea y arábiga. Por primera vez se sometía a algo así como un cotejo crítico las revelaciones aria y semítica. Los hombres del Renacimiento, con certero instinto, llamaron a la voluminosa materia del saber antiguo *litterae humaniores*, letras humanas, humanidades, la literatura que humaniza.

Tres fases podemos distinguir en la historia de las humanidades durante el Renacimiento. La primera es la fase del deseo apasionado: el Petrarca, escudriñando un texto de Homero que no puede comprender, y Boccaccio, estudiando el griego ya en la madurez de su vida, para poder beber directamente en los manantiales de la inspiración poética, son los héroes de este periodo. Ellos contagiaron a los italianos la sed y el afán de la cultura antigua. Viene en seguida la fase de las adquisiciones y las bibliotecas. Los héroes de este segundo periodo son el papa Nicolás V, que funda la Biblioteca Vaticana en 1453, Cosme de Médicis, que inicia un poco antes de esa fecha la colección que lleva el nombre de su familia, y Poggio Bracciolini, quien revuelve todas las ciudades y conventos de Europa en busca de manuscritos, juntamente con los profesores de griego que en la primera mitad del siglo xv huyen de Constantinopla, cargados con preciosos bagajes de literatura clásica. Es la fase de la acumulación, del entusiasmo informe todavía y exento de todo espíritu crítico. Estos hombres adoraban los manuscritos antiguos, exactamente lo mismo que sus bisabuelos habían adorado las reliquias procedenes de la Tierra Santa. La avidez de las Cruzadas parecía revivir en esta afanosa búsqueda del Santo Grial del saber antiguo. El más pobre texto de un autor pagano era atesorado como una preciosa gema, como una espléndida y perfumada flor, consultado como un oráculo de los dioses, contemplado con arrobamiento como los ojos de la amada. A todo se tributaba el mismo homenaje, con tal de que procediera de los antiguos, a lo bueno, a lo malo y a lo indiferente. Aún no había comenzado el criticismo. El mundo se entregaba apasionadamente a acumular sus

tesoros, llorando con verdadera desesperación los libros perdidos de Tito Livio o los cantos extraviados de Safo; bebiendo hasta la embriaguez el fuerte vino de los pensamientos y las pasiones agolpados que fluían de estas ánforas de la inspiración durante tantos siglos enterradas. Lo más notable de esta fase de las humanidades es el entusiasmo por la cultura antigua que se apoderó de todas las clases de Italia. Sacerdotes y príncipes, capitanes aventureros y campesinos, nobles damas y mujeres de la vida galante, todo el mundo se sentía atraído por la erudición.

Hay una historia que nos relata Infessura y que ilustra bastante bien la tónica de aquellos tiempos. Hacia el 18 de abril de 1485, corrió por Roma la noticia de que unos trabajadores lombardos habían descubierto, excavando en la Vía Apia, un sarcófago de la antigüedad romana. Era un sepulcro de mármol, con esta inscripción: "Julia, hija de Claudio". Dentro del ataúd yacía el cadáver de una bellísima joven de quince años, preservada por preciosos bálsamos de la corrupción y los estragos del tiempo. El rosicler de la juventud aparecía pintado todavía en sus mejillas y en sus labios; tenía los ojos y la boca entreabiertos y la larga cabellera derramada sobre sus hombros. El sarcófago, según cuenta la leyenda, fue inmediatamente llevado al Capitolio. Una larga peregrinación afluyó de todos los barrios de la ciudad a contemplar el cuerpo de aquella santa del mundo pagano. Su belleza, transfigurada por el entusiasmo de sus admiradores, sobrepasaba a cuanto pudiera imaginarse o describirse; ninguna mujer de los tiempos modernos, decíase, podría rivalizar con ella. El papa Inocencio VIII acabó por temer que este nuevo culto de un cuerpo pagano pudiera redundar en daño de la fe católica. Una noche, y sin que nadie se enterara, mandó enterrar secretamente el cadáver de Julia, y sólo el sarcófago de mármol vacío quedó en el Capitolio. Tomamos la versión de Infessura, pero la historia figura también, con ligeras variantes, en Matarazzo y en Nantiporto. Uno dice que la cabellera de la muchacha era de color de miel, otro que era negra como el ébano. No nos interesa saber qué fundamentos pudiera tener esta leyenda. Traemos aquí el mito como una parábola de la extática devoción que impulsaba a los hombres de aquella época a descubrir una forma de una belleza inimaginable en la tumba del mundo clásico.[2]

[2] El documento más notable acerca del cadáver de esta Julia, publicado en latín, es una carta escrita por Bartolomeo Fontio a su amigo Francisco

Vino después la tercera fase de las humanidades, la fase de los críticos, los filólogos y los impresores. Ficino, Poliziano y Erasmo encargábanse ahora de explicar y cribar lo que Poggio y Aurispa habían coleccionado. Su gran tarea comenzó por la clasificación, la selección y el arreglo de los pergaminos que se alineaban en los anaqueles de las bibliotecas. No existían entonces esas valiosas herramientas de la cultura de que hoy disponemos en abundancia, los manuales y diccionarios de antigüedades, los ricos y sistemáticos *thesauri* de historia y mitología. Cada estudioso tenía que retener en su cabeza la enorme masa de la erudición clásica. Había que establecer los textos y los cánones de Homero, de Platón, de Aristóteles y de los trágicos. Había que vaciar los tipos griegos. En Florencia, en Venecia, en Basilea, en París y en Lyon, gemían las prensas de imprimir. Los Aldi, los Stephani y los Froben trabajaban día y noche, teniendo a su servicio a brigadas de eruditos, hombres de suprema devoción y poderoso cerebro, entregados con alma y vida a la tarea de establecer la lectura correcta de las sentencias, a puntuar y acentuar, a entregar originales impecables a las prensas y a poner fuera del alcance del odio monacal o del tiempo traidor aquel tesoro eterno de solaz y de saber que se encerraba en los textos de los clásicos. Todas las realizaciones ulteriores llevadas a cabo en el campo de las humanidades palidecen ante la ímproba labor de estos hombres, que para dar cima a su titánica obra necesitaron valerse de su genio y de su pasión y apoyarse en la simpatía de Europa. Virgilio salió de las prensas en 1470, Homero en 1488, Aristóteles en 1498, Platón en 1513. Sus obras convirtiéronse desde entonces en patrimonio inalienable de la humanidad. Pero, ¡cuántas horas de vigilia, qué ansiosos esfuerzos de pensamiento, cuántas agonías de duda y expectación hubieron de sufrir, hasta ver coronada su tarea, estos héroes de las letras humanas a quienes a veces nos representamos simplemente como unos pedantes! ¿Quién de nosotros, hoy, se entusiasma y vibra de emoción al oír el nombre de un Aldo Manucio, el de un Enrico Estéfano o el de un Heinrich Froben? Y no cabe duda de que deberíamos hacerlo, pues a ellos les debemos en gran medida nuestra libertad de espíritu, las fuentes de nuestros goces intelectuales, nuestro co-

Saxetho, en la que lo describe con tal lujo de detalles, que parece como si el autor de la carta, no contento con haberse recreado en la contemplación del cadáver, lo hubiese palpado. Este documento aparece reproducido en la obra de Janitschek, *Die Gesellschaft der R. in Italien*, Stuttgart, 1879, p. 120.

nocimiento del pasado y nuestra certeza acerca del futuro de la cultura humana.

Podemos decir que este tercer periodo de las humanidades renacentistas llega a su apogeo con Erasmo; en su tiempo fue cuando Italia pasó la antorcha del saber humanístico a las naciones del norte. La publicación de sus *Adagia* en el año 1500 marca el advenimiento de un espíritu más crítico y más selectivo, que desde entonces va creciendo gradualmente y cobrando fuerza en la mente moderna. El criticismo, en el verdadero sentido de contrastar y cerner escrupulosamente las ideas y los textos, es uno de los puntos que distinguen a los modernos de los antiguos; y este criticismo se desarrolló en un proceso de asimilación, comparación y apropiación, muy necesario para el desarrollo de las humanidades.

Esta recuperación de la literatura clásica trajo como resultado final, de una vez por todas, la liberación del intelecto. El mundo moderno entró en íntimo contacto con la virilidad del mundo antiguo y se emancipó de la servidumbre de tradiciones no contrastadas. Nacieron la fuerza para juzgar y el deseo de crear. Resultado inmediato de ello fue que, en el siglo XVI, las gentes cultas se divorciasen bruscamente no sólo de las tradiciones monásticas, sino también del verdadero espíritu cristiano. Las mentes de los italianos se asimilaron el paganismo. Su odio a la ignorancia medieval, su aversión por los necios encogullados y enclaustrados, los llevó a caer en el otro extremo, apegándose a las maneras, las ideas y el estilo de vida de un pasado irrevocablemente muerto. Esta extravagancia provocó, a su vez, la inevitable reacción: en el norte, el puritanismo, en el sur lo que suele llamarse la Contrarreforma, el movimiento de la Iglesia católica bajo la influencia de España. Sin embargo, el cristianismo, el más precioso de los valores del mundo moderno, no llegó a verse nunca seriamente amenazado por la pasión clásica del Renacimiento, del mismo modo que la reacción por ella provocada no retrasó materialmente la emancipación progresiva de la razón.

Llegamos con esto al tercero de los aspectos del descubrimiento del hombre: la revelación de la conciencia de su propia libertad espiritual. Las humanidades no se limitaron a restaurar los textos clásicos y a estimular el criticismo literario; restauraron también el texto de la Biblia y propiciaron el criticismo teológico. A la sombra de la libertad teológica, nació una filosofía libre, no sujeta ya a los dogmas de la Iglesia. Depurar la fe cristiana de las falsas concepciones, liberándola con la con-

ciencia de la tiranía de los sacerdotes e interpretando las doctrinas religiosas en consonancia con la razón: tal ha sido la obra de los últimos siglos, obra que dista mucho todavía de haber sido realizada en su totalidad. Descartes y Bacon, Spinoza y Locke, de una parte, son hijos del Renacimiento, campeones de la nueva libertad filosófica; pero también lo es, de otro lado, Lutero, el heraldo de la nueva libertad religiosa. El movimiento de la Reforma es todo él una fase de ese proceso acelerado del espíritu moderno al que, en sus comienzos, damos el nombre de Renacimiento. Es un error considerar la Reforma como un fenómeno aislado o simplemente como un esfuerzo por restaurar la pureza de la Iglesia. La Reforma revela ante nosotros, en el campo del pensamiento religioso y de la política nacional, la misma esencia que el Renacimiento despliega en la esfera de la cultura, del arte y de la ciencia: la recuperación de la energía humana y la libertad de la razón. Propendemos demasiado a tratar de la historia por parcelas y a sacar enseñanzas por separado de estos o los otros capítulos de la biografía de la humanidad. Pero la verdadera filosofía de la historia consiste en observar los nexos que existen entre las diversas fases de un movimiento progresivo del espíritu humano y en reconocer que las fuerzas latentes se mantienen aún activas.

La Reforma, al igual que el renacer de la ciencia y de la cultura, tuvo sus anticipos y sus anuncios precursores en la Edad Media. Los heréticos combatidos y aniquilados por la Iglesia en el norte de Italia, en Francia y en Bohemia fueron los antecesores de Lutero. Los eruditos prepararon el camino en el siglo xv. Los maestros de hebreo —un Reuchlin en Alemania, un Aleandro en París, el libelista Ulrico de Hutten y el humanista Erasmo— contribuyeron, cada cual a su modo y desde su campo definido de acción, al advenimiento de la Reforma. Lutero, por su parte, encarna el espíritu de la rebeldía contra la autoridad tiránica, predica la necesidad de volver a la verdad esencial del cristianismo como algo distinto de los ídolos de la Iglesia y reivindica el derecho del individuo a juzgar, interpretar, criticar y construir sus propias opiniones. Se corre el velo interpuesto por la Iglesia entre el alma humana y Dios. Se proclama y establece la libertad de conciencia. Los principios que entraña lo que llamamos la Reforma son, pues, trascendentales. Este movimiento, vinculado de una parte a las humanidades y al estudio de los textos, abre el camino al criticismo bíblico. Enlazado de otra parte a la intolerancia de la simple autoridad, conduce a lo que desde entonces venimos llamando el racionalismo: al in-

tento de reconciliar la tradición religiosa con la razón y de definir las ideas lógicas sobre las que descansan las concepciones de la conciencia religiosa popular. Además, al promulgar la doctrina de la libertad personal y al conectarse, a su vez, con la política nacional, la Reforma aparece entrelazada históricamente con la Revolución. Fue la Iglesia puritana de Inglaterra, estimulada por el patriotismo de los protestantes holandeses, la que instauró nuestra libertad constitucional y proyectó sobre América el principio general de la igualdad entre los hombres. Esta elevada abstracción política, implícita ya en el cristianismo, desarrollada luego por el criticismo y promulgada como un evangelio en la segunda mitad del siglo pasado, fue exteriorizada por la Revolución Francesa. La obra que aún tiene ante sí por realizar el mundo moderno es la organización de la sociedad en consonancia con los principios democráticos.

Resumiendo, lo que la palabra Renacimiento significa realmente es el nuevo nacimiento de la libertad, el espíritu de la humanidad que recobra la conciencia de sí mismo y el poder de regirse por su propio albedrío, que descubre y reconoce, por medio del arte, la belleza del mundo exterior y del cuerpo, que libera a la razón en el campo de la ciencia y a la conciencia en el mundo de la religión, restituyendo la cultura a la inteligencia e instaurando el principio de la libertad política. La Iglesia había sido la maestra de escuela de la Edad Media. La cultura fue la influencia humanizadora y refinadora del Renacimiento. El problema del presente y del futuro consiste en hacer el conocimiento accesible a todos por medio de la educación, en derribar la barrera levantada por la Edad Media entre los clérigos y los seglares y que en los siglos intermedios ha vuelto a alzarse entre las clases cultas y las ignorantes. Realícese o no esta utopía del mundo moderno, el sueño de que todos los hombres lleguen a disfrutar las mismas ventajas sociales, políticas e intelectuales, es indudable que todo el movimiento de la humanidad, desde el Renacimiento hasta nuestros días, tiende hacia esa meta. No será posible, claro está, llegar a destruir las distinciones físicas y mentales que la naturaleza establece entre los individuos y que constituyen una verdadera jerarquía. Pero sí puede llegar el día en que ningún hombre civilizado carezca de la oportunidad para desarrollar, física y mentalmente, las mejores cualidades que Dios haya puesto en él.

Digamos, por último, algo acerca de los instrumentos y las invenciones mecánicas que ayudaron a la emancipación del espíritu en la Edad Moderna. Hasta el siglo xv no se había llega-

do a hacer un uso efectivo de estos recursos materiales, descubiertos y redescubiertos una y otra vez y ofrecidos a intervalos a la humanidad en diversas épocas y en diversos países. La brújula, descubierta, según los datos de la tradición, por el napolitano Gioja en 1302, fue empleada por Colón en su viaje a América, en 1492. El telescopio, que ya habían conocido los árabes en la Edad Media y que Roger Bacon describe en 1250, ayudó a Copérnico a probar la revolución de la tierra, en 1530, y a Galileo a fundamentar su teoría del sistema planetario. La imprenta, tras de haber revelado al mundo inútilmente sus recursos en numerosas ocasiones, se convirtió en un arte al llegar el año 1438; Europa fabricó el primer papel de algodón hacia el año 1000, y en 1319 el primer papel hecho de trapos, pero los chinos conocían su elaboración desde hacía ya mucho tiempo. La pólvora empezó a usarse allá por el año 1320. Cada una de estas invenciones, al ser empleadas por el genio del Renacimiento, fue una palanca para mover el mundo. La pólvora revolucionó el arte de la guerra. El castillo feudal, la armadura del caballero y del caballo de batalla, la proeza de un hombre solo contra ciento y el orgullo de la caballería aristocrática poniendo en dispersión a una milicia mal armada, viéronse aniquilados por los primeros estampidos del cañón. La valentía, ahora, tenía más de moral que de cualidad física. La victoria quedó entregada al cerebro del general. La imprenta dio un carácter indestructible a los conocimientos humanos y diseminó todo el pensamiento como patrimonio común de todos, a la par que el papel abarataba los libros impresos. Son éstas, ya lo sabemos, reflexiones muy trilladas, al alcance de cualquiera. Más oportuno sería repetir que no son precisamente las invenciones, sino la inteligencia que las pone a contribución, el consciente y calculador espíritu del mundo moderno, lo que debiera atraer nuestra atención cuando examinamos los fenómenos del Renacimiento.

Todas las grandes naciones de Europa participaron en la obra del Renacimiento. Pero no debe olvidarse, pues ésa es la realidad histórica, que el verdadero Renacimiento comenzó en Italia. Allí se desarrollaron las cualidades esenciales que distinguen al mundo moderno del mundo antiguo y del mundo de la Edad Media. Italia creó la nueva atmósfera espiritual de cultura y de libertad intelectual que fue el hálito de vida de las naciones europeas. Así como se ha dicho que los judíos eran el pueblo elegido y peculiar de la revelación divina, podría decirse que los italianos son los nuncios elegidos y peculiares de la

profecía del Renacimiento. En el arte, en las humanidades, en la ciencia, en su papel de mediadores entre la cultura antigua y el intelecto moderno, en todo van a la cabeza los italianos. Y de Italia pasan luego a Francia, Alemania e Inglaterra las letras humanas ya restauradas. España e Inglaterra, más tarde, hicieron más por la exploración y la colonización del mundo. Alemania, por su parte, llevó a cabo casi por sí sola la obra de la Reforma. Francia concentró y expandió la inteligencia, con una energía incontenible. Pero, si nos remontamos a los primeros orígenes del Renacimiento, vemos que, en un tiempo en que todo el resto de Europa vivía inerte, Italia había comenzado ya a organizar los diversos elementos del mundo moderno, abriendo los caminos por los que pronto habrían de marchar también las otras grandes naciones.

EL ARTE

VIDAS DE GRANDES ARTISTAS *

Jorge Vasari (1511-1574)

Pintor, arquitecto y escritor, fue biógrafo de un gran número de artistas de su época, a los cuales conoció, legándonos su obra Delle vite de'piu eccellenti pittori, scultori ed architettori, *de la cual reproducimos aquí, en parte, dos biografías. Fue discípulo de Miguel Ángel. Como arquitecto trabajó en los Ufizzi y en el Palazzo Vecchio. Pintó el refectorio de los Monjes Olivetanos de Nápoles con alegorías de la vida de Paulo III.*

JUAN CIMABUE

A causa del infinito diluvio de males que habían puesto tan baja y oprimida a la mísera Italia, no sólo estaban arruinadas todas aquellas construcciones que verdaderamente podrían llamarse edificios, sino, lo que importaba más todavía, se había extinguido completamente el número de los artífices, cuando, por la voluntad de Dios, nació en la ciudad de Florencia, el año 1240, para dar las primeras luces al arte de la pintura, Juan, el llamado Cimabue, de la noble familia en aquellos tiempos de los Cimabui. El cual crecido, siendo juzgado por su padre y por otros como bello y agudo ingenio, fue mandado, para que se ejercitase en las letras, a un maestro pariente suyo, que en Santa María Novella enseñaba entonces gramática a los novicios de aquel convento.

Pero Cimabue, en vez de atender a las letras, se pasaba todo el día, pues a ello le inclinaba su naturaleza, pintando en libros y otras hojas, hombres, caballos, edificios y diversas fantasías. La fortuna fue favorable a esta inclinación de su naturaleza, porque, habiendo sido llamados a Florencia, por quien entonces gobernaba la ciudad, algunos pintores de Grecia, no para otra cosa sino para restaurar en Florencia la pintura, más perdida ya que extraviada, comenzaron, entre otras obras que habían emprendido en la ciudad, la capilla de los Gondi, de la cual las bóvedas y las fachadas se hallan hoy poco menos que destruidas por el tiempo, como se puede ver en Santa María Novella, junto a la capilla principal, donde está colocada.

* Jorge Vasari, *Vidas de grandes artistas*, trad., pról. y notas de J. Farrán y Mayoral, 3ª ed., Aguilar, Madrid, 1964 (Col. Crisol, 139).

Cimabue, pues, habiendo comenzado su aplicación al arte que tanto le placía, escapándose a menudo de la escuela, se pasaba todo el día viendo trabajar a aquellos maestros. Así, pues, juzgando su padre y aquellos pintores que Cimabue era de tal modo apto para la pintura que, si se dedicaba a tal profesión, se podía esperar de él excelente suceso, con no pequeña satisfacción suya fue asentado por su padre con dichos pintores. Por donde, ejercitándose de continuo, de tal modo le ayudó en poco tiempo la naturaleza, que mejoró en alto grado, tanto en el dibujo como en el dar color, la manera de los maestros que le enseñaban; los cuales, no curando de ir más adelante, habían hecho aquellas obras del modo que hoy pueden verse, esto es, no a la buena manera griega antigua, sino a la grosera manera de aquellos tiempos. Pero él, si bien imitó a aquellos griegos, añadió mucha perfección al arte quitándole gran parte de su grosería; y por esto honró a su patria con las obras que hizo y con la fama que le dio.

Dan fe de lo que decimos las pinturas que trabajó en Florencia, como el frontal del altar de Santa Cecilia, y en Santa Croce un retablo con una Nuestra Señora que estuvo y se halla todavía apoyado contra un pilar, a mano derecha del coro.

Después de esto, en una tablilla pintó un San Francisco en campo de oro, y, cosa nueva en aquellos tiempos, lo retrató del natural como pudo y supo; y en torno a él puso todos los episodios de su vida en veinte cuadritos llenos de figuras pequeñas, también en campo de oro.

Habiendo más tarde recibido encargo de pintar un cuadro grande para los monjes de Vall'Ombrosa en la abadía de Santa Trinidad, de Florencia, mostró en aquella obra, por la gran diligencia que puso en responder a la fama que ya tenía, mejor invención y bella manera en la figura de una Nuestra Señora que representó con su Hijo en brazos y muchos ángeles alrededor que la adoraban, en campo de oro.

Una vez terminada esta pintura, fue puesta por aquellos monjes en el altar mayor de dicha iglesia, de donde fue luego quitada, para dar lugar a la pintura de Alessio Baldovinetti, que está hoy en él, y fue colocada en una capilla menor de la nave izquierda de aquella iglesia.

Trabajó después un fresco en el Hospital del Porcellana, en la esquina de la calle Nueva que va al Borgo Ognissanti, en la pared delantera donde está la principal; puso a un lado la Virgen, anunciada por el Ángel, y al otro lado Jesucristo con Cleofás y Lucas, figuras de tamaño natural. De este modo acabó

con todas las mencionadas antiguallas, pues hizo en esta obra los paños, los vestidos y las demás cosas, algo más vivos, naturales y mórbidos que los hechos a la manera de los mencionados griegos, toda de líneas y perfiles, en el mosaico y en las pinturas: áspera manera, grosera y ordinaria, que usaban no por estudio, sino porque se la enseñaban unos a otros, habiéndosela transmitido durante muchos años los pintores de aquellos tiempos, sin pensar nunca en mejorar el dibujo, ni en la belleza del colorido, ni en invención alguna que fuese buena.

Después de esta obra, Cimabue fue otra vez llamado por el mismo padre guardián que le había encargado las obras de Santa Croce, para que le hiciese un crucifijo grande, en madera, que se ve hoy todavía en aquella iglesia. Juzgando el guardián que había quedado bien servido, llevó a Cimabue a San Francisco de Pisa, convento suyo, para hacer un cuadro de este santo, que fue considerado por aquellas gentes como cosa rarísima, pues en tal pintura se veía cierta excelencia no acostumbrada en el aire de la cabeza y en los pliegues de los ropajes y que en la manera griega no había sido nunca usada, no sólo por los que habían trabajado en Pisa, pero ni aun en toda Italia.

Para la misma iglesia hizo después Cimabue un cuadro grande con la imagen de Nuestra Señora, que lleva el Hijo en brazos, y muchos ángeles alrededor, también en campo de oro. Pasado poco tiempo, fue quitada de donde se la puso la primera vez, para hacer allí el altar de mármol que puede verse hoy, y puesto en la iglesia junto a la puerta, a mano izquierda. Por esta obra fue muy alabado y premiado por los pisanos.

En la misma ciudad de Pisa, a petición del abate que había entonces en San Paolo in Ripa d'Arno, pintó en una tablilla una Santa Inés y, en torno a ella, en figuras pequeñas, todos los episodios de su vida; este cuadrito se halla sobre el Altar de las Vírgenes en dicha iglesia.

Siendo, pues, muy conocido de todos por estas obras el nombre de Cimabue, fue llevado a Asís, ciudad de la Umbría, donde, acompañado de algunos maestros griegos, pintó, en la iglesia de abajo de San Francisco, parte de las bóvedas, y en las fachadas, la vida de Jesucristo y la de San Francisco; pinturas en las cuales sobrepasó con mucho a los pintores griegos. Por donde, cobrando mayores ánimos, comenzó a pintar por sí solo, al fresco, la iglesia de arriba; y en la tribuna mayor pintó, sobre el coro, en cuatro paredes, algunos episodios de la vida de Nuestra Señora; a saber: su muerte, cuando Cristo lleva su alma al cielo sobre un tronco de nubes, y cuando la corona, en medio

de un coro de ángeles, con gran número de santos y santas en pie, destruidos hoy por el tiempo y el polvo.

Luego, en los cruceros de las bóvedas de dicha iglesia, que son cinco, pintó también muchas historias: en la primera, sobre el coro, pintó los cuatro evangelistas, de tamaño mayor que el natural; lo hizo tan bien, que aún hoy se reconoce en ello mucho de bueno; y la frescura de los colores en las carnes muestra bien que por los esfuerzos de Cimabue la pintura comenzó a lograr entonces mucho adelanto en el trabajo al fresco. El segundo crucero lo pintó lleno de estrellas de oro, en campo de azul ultramarino. En el tercero, dentro de algunos círculos, pintó a Jesucristo, la Virgen, su madre; San Juan Bautista y San Francisco; esto es, en cada círculo, una de aquellas figuras; y en cada cuarto de la bóveda, un círculo. Y entre éste y el quinto crucero pintó el cuarto con estrellas de oro, en azul ultramarino, como había hecho en el segundo. En el quinto pintó los cuatro doctores de la Iglesia, y junto a cada uno de ellos, una de las cuatro primeras religiones, obra ciertamente trabajosa y ejecutada con diligencia infinita.

Acabadas las bóvedas, trabajó también al fresco las paredes superiores de toda la parte izquierda de la iglesia, pintando hacia el altar mayor, entre las ventanas y hasta la bóveda, ocho episodios del Antiguo Testamento, comenzando por el principio del Génesis y siguiendo las cosas más notables. Y en el espacio que se halla en torno a las ventanas hasta que termina en el corredor que gira en derredor, dentro del muro de la iglesia, pintó el resto del Antiguo Testamento en ocho historias más; enfrente de esta obra, en otras dieciséis historias que se correspondían con aquéllas, pintó los hechos de Nuestra Señora y de Jesucristo. Y en la pared que se halla sobre la puerta principal y alrededor del ojo de la iglesia, pintó su Ascensión a los cielos y el Espíritu Santo, que desciende sobre los apóstoles.

Esta obra, verdaderamente grandísima y rica, muy bien ejecutada, según pienso, debió de causar gran asombro en las gentes de entonces, sobre todo después de haber estado la pintura tanto tiempo sumida en tanta ceguedad; y a mí, que el año 1563 la volví a ver, me pareció bellísima al pensar cómo, en medio de tantas tinieblas, pudo ver Cimabue tanta luz.

Pero es menester considerar que de todas estas pinturas, las de las bóvedas, como menos prendidas por el polvo y otros accidentes, se han conservado mucho mejor que las demás.

Acabadas estas obras, Juan puso mano en pintar las paredes de abajo, esto es, las que se hallan desde las ventanas hacia el

suelo, y pintó en ellas algunas cosas; pero habiendo sido llamado a Florencia para algunos negocios suyos, no continuó ya su trabajo, sino que lo terminó, como se dirá en su lugar, Giotto muchos años después.

Vuelto, pues, Cimabue a Florencia, pintó en el claustro de Santo Spirito, donde está pintada a la griega por otros maestros, toda la parte que da a la iglesia, tres arquitos con asuntos de la vida de Cristo, y por cierto con mucho dibujo. Y, al mismo tiempo, mandó algunas cosas trabajadas por él en Florencia a Empoli, las cuales se hallan hoy todavía en la iglesia parroquial de aquel castillo y son tenidas en gran veneración.

Hizo después, para la iglesia de Santa María Novella, el cuadro de Nuestra Señora, que está puesto en alto entre la capilla de los Rucellai y la de los Bardi da Vernio; esta obra fue de mayor magnitud que todas las figuras pintadas hasta entonces; y algunos ángeles que están a su alrededor muestran todavía cómo conservaba la manera griega, pero había ido acercándose en parte al lineamiento y modo de la moderna; por donde causó esta obra tanta maravilla entre las gentes de aquel tiempo, no habiéndose visto hasta entonces nada mejor, que desde la casa de Cimabue fue llevado el cuadro a la iglesia, con mucha fiesta y trompetería, en solemnísima procesión; y fue el pintor por esta obra muy premiado y honrado.

Se dice, y puede leerse en ciertos recuerdos de antiguos pintores, que mientras Cimabue pintaba este cuadro, en unos huertos cercanos a la puerta de San Pedro, pasó el rey Carlos *el Viejo* de Anjou por Florencia, y entre los muchos obsequios que le hicieron los hombres de aquella ciudad fue uno conducirlo a ver el cuadro de Cimabue; y como no lo había visto nadie todavía cuando lo mostraron al rey, acudieron allí todos los hombres y todas las mujeres de Florencia, con grandísima fiesta y en el mayor tropel del mundo. Y fue tanta la alegría que tuvieron aquellos vecinos, que llamaron aquel lugar el Borgo Allegri, el cual quedó situado con el tiempo entre los muros de la ciudad y ha conservado siempre aquel nombre.

En San Francisco de Pisa, donde ejecutó, como se ha dicho más arriba, otras obras, se halla de mano de Cimabue, en un rincón del claustro, junto a la puerta que da a la iglesia, un cuadrito al temple, en el cual se ve un Cristo en cruz con algunos ángeles en derredor, los cuales, llorando, toman en sus manos ciertas palabras que se hallan escritas en torno a la cabeza de Cristo y las llevan a los oídos de una Nuestra Señora que a mano derecha está llorando y, al otro lado, a mano izquier-

da, a San Juan Evangelista, que está todo acongojado. Y son las palabras latinas a la Virgen: *Mujer, he aquí a tu Hijo,* y las dirigidas a San Juan: *He aquí a tu Madre,* y las que tiene en la mano otro ángel apartado: *Desde aquella hora la recibió el discípulo como suya.* Y en esto hay que considerar que Cimabue comenzó a ilustrar y abrir el camino a esta invención, que ayudaba al arte con las palabras para expresar su concepto; y ciertamente fue cosa ingeniosa y nueva.

Y porque mediante estas obras había adquirido Cimabue grandísimo nombre de gran capacidad, fue puesto como arquitecto en compañía de Arnolfo Lapi, hombre entonces excelente en la arquitectura, para la edificación de Santa María del Fiore, en Florencia.

Finalmente, habiendo vivido sesenta años, pasó a la otra vida el año 1300, habiendo poco menos que resucitado la pintura,

Dejó muchos discípulos, entre otros, Giotto, que fue después excelente pintor; el cual Giotto habitó, después de Cimabue, en las propias habitaciones de su maestro, en la vía del Cocomero.

Fue enterrado Cimabue en Santa María del Fiore con este epitafio, hecho por uno de los Nini:

> Creía Cimabue en la pintura
> ser el dueño del campo, y lo fue en vida;
> ahora goza, inmortal, campo de estrellas.

No dejaré por decir que si a la gloria de Cimabue no hubiese contrastado la grandeza de Giotto, su discípulo, hubiera sido mayor su fama, como lo demuestra Dante en su *Comedia,* donde, aludiendo, en el undécimo canto del *Purgatorio,* a la mencionada inscripción de la sepultura, dijo:

> Creía Cimabue en la pintura
> ser el dueño del campo; ahora, Giotto,
> famoso ya, su fama ha oscurecido.

En la declaración de estos versos, un comentador de Dante, que escribió en tiempo en que Giotto vivía, diez o doce años después de la muerte de Dante, esto es, alrededor de 1334, dice, hablando de Cimabue, estas propias y precisas palabras:

"Fue Cimabue, de Florencia, que pintaba en tiempo del autor, mucho más noble de lo que algunos pensaban, y por ello fue tan arrogante y tan desdeñoso, que si alguien reparaba falta o defecto en alguna obra suya, o él se daba cuenta de ellos (que,

como ocurre muchas veces, el artífice peca por defecto de la materia en que trabaja o por imperfección del instrumento con que ejecuta), en el mismo instante abandonaba aquella obra, por mucho que la hubiese estimado. Fue, y es, Giotto, entre los pintores, el más alto de aquella ciudad de Florencia, y sus obras dan de ello testimonio en Roma, Nápoles, Aviñón, Florencia, Padua y en muchas otras partes del mundo, etcétera."

Este comentario se halla hoy en posesión del muy reverendo don Vicente Borghini, prior de los Inocentes, hombre esclarecidísimo, no sólo por nobleza, bondad y doctrina, sino también por ser amador y entendido en todas las artes superiores; de tal modo, que ha merecido ser elegido acertadamente por el señor duque Cosme para lugarteniente suyo en nuestra Academia del Dibujo.

Pero, volviendo a Cimabue, Giotto oscureció verdaderamente su fama, no de otro modo que una grande luz oscurece el esplendor de otra mucho más pequeña; pues si bien fue Cimabue casi la primera ocasión de renovarse el arte de la pintura, Giotto con todo y ser criatura suya, movido de loable ambición y ayudado por el cielo y la naturaleza, fue el que, elevándose más alto con el pensamiento, abrió la puerta de la verdad a los que la han reducido después a la perfección y grandeza en que la vemos en nuestro siglo, que acostumbrado cada día a ver las maravillas, los milagros y las imposibilidades vencidas de los artífices en este arte, ha llegado hoy a tal punto, que ya no se maravilla de cosa que hagan los hombres, aunque sea más divina que humana. Y den gracias los que loablemente se afanan si, en vez de ser adulados y admirados, no son vituperados y aun muchas veces avergonzados.

El retrato de Cimabue puede verse, de mano de Simón Sanese, en el capítulo de Santa María Novella, pintado de perfil, en la historia de la Fe; es una figura que tiene el rostro flaco, la barba pequeña, coloradilla y puntiaguda, con un capaz, según el uso de aquellos tiempos, que lo envuelve todo y le faja la garganta de bella manera. El que está junto a él es el mismo Simón, maestro de aquella obra, que se retrató a sí mismo sirviéndose de dos espejos, uno enfrente de otro, para hacer la cabeza de perfil. Y aquel soldado cubierto de armas que está entre los dos es, según se dice, el conde Guido Novello, señor entonces de los Poppi.

Quédame por decir de Cimabue que al principio de un libro nuestro, donde he reunido dibujos de propia mano de todos los

que han dibujado desde él hasta hoy, se ven, de mano suya, algunas obras pequeñas hechas a modo de miniatura; en las cuales, aunque hoy acaso parezcan más groseras que otra cosa, se puede ver cuánto adelantó por su obra el dibujo.

MIGUEL ÁNGEL BUONARROTTI

Mientras industriosos y egregios espíritus, al resplandor del famosísimo Giotto y de sus secuaces, se esforzaban en dar muestra al mundo del valer que la benignidad de las estrellas y la proporcionada mezcla de los humores había dado a sus ingenios, y deseosos de imitar con la excelencia del arte la magnificencia de la naturaleza para alcanzar, en cuanto podían, aquel sumo conocimiento, que muchos llaman inteligencia, se fatigaban universalmente, aunque en vano, el benignísimo Rector del Cielo volvió clemente los ojos a la tierra.

Y vista la vana infinidad de tantas fatigas, los ardentísimos esfuerzos sin ningún fruto y la opinión presuntuosa de los hombres, tan lejana de la verdad como las tinieblas de la luz, para sacarnos de tantos errores dispuso mandar a la tierra un espíritu que universalmente fuese hábil en cada una de las artes y en toda profesión. Que trabajase por sí sólo en mostrar qué cosa es la perfección del arte del dibujo en delinear, contornear, dar sombra y luz, para que tuviesen relieve las cosas de la pintura, para obrar con recto juicio en la escultura y para lograr en la arquitectura que las habitaciones fuesen cómodas y seguras, sanas, alegres, proporcionadas y ricas, de variados ornamentos.

Quiso también acompañarlo de la verdadera filosofía moral con el ornamento de la dulce poesía, a fin de que el mundo lo eligiese y admirase como singularísimo espejo suyo en la vida, en las obras, en la santidad de las costumbres y en todas las acciones humanas, y para que fuese para nosotros considerado como cosa más celeste que humana.

Y porque vio la Providencia que en las acciones de tales ejercicios y en estas artes singularísimas, esto es, en la pintura, en la escultura y en la arquitectura, los ingenios toscanos siempre han sido sumamente elevados y grandes sobre los demás, por ser ellos muy observantes en las fatigas y esfuerzos de todos sus talentos por encima de cualesquiera gentes de Italia, quiso darle por patria a Florencia, dignísima entre las demás ciudades, para

colmar, al fin, en ella merecidamente, la perfección de todas sus virtudes, por medio de un ciudadano suyo.

El jardín de Lorenzo de Médicis, El Fauno

En aquel tiempo, el magnífico Lorenzo de Médicis tenía ocupado al escultor Bertoldo en su jardín que daba a la plaza de San Marcos; y no tanto para que fuese custodio o guardián de muchas bellas antigüedades que había reunido y recogido allí con gran dispendio cuanto porque deseaba grandemente crear una escuela de excelentes pintores y escultores, y quería que tuviese por guía y jefe al sobredicho Bertoldo, que era discípulo de Donato.[1] Y aunque Bertoldo estaba tan viejo que ya no podía trabajar, era, con todo, maestro muy hábil y muy reputado, no sólo por haber restaurado con suma diligencia el relieve de los púlpitos de Donato, su maestro, sino por muchos relieves que había hecho en bronce, representando batallas y otras cosas de poco tamaño, en la maestría de los cuales no se hallaba entonces en Florencia quien le sobrase.

Doliéndose, pues, Lorenzo, que tenía amor grandísimo a la pintura y a la escultura, de que en sus tiempos no se hallasen nobles y célebres escultores, como se hallaban muchos pintores de grandísimo precio y fama, deliberó, como hemos dicho de formar una escuela; y con tal propósito pidió a Domingo Ghirlandaio que, si tenía en su taller jóvenes inclinados a la escultura, los enviase a su jardín, donde él deseaba ejercitarlos y formarlos de manera tal que honrase a él y a su ciudad.

Con tal motivo le fueron enviados por Domingo, como jóvenes meritísimos, entre otros, Miguel Ángel y Francisco Granaccio.

Entrando, pues, en el jardín, hallaron en él que el Torrigiani, el más joven de los Torrigiani, trabajaba en copiar en barro ciertas figuras de bulto que Bertoldo les había entregado para ello. Al verlo Miguel Ángel por emulación hizo también algunas; por donde Lorenzo, viendo tan bello espíritu, puso en él siempre grandes esperanzas; y él, muy animado, pasados algunos días se puso a imitar con un pedazo de mármol una cabeza antigua que representaba un fauno viejo, todo arrugado; le faltaba un pedazo de nariz, y su boca reía. Pues bien: Miguel Ángel, que no había tocado nunca mármol ni cinceles, logró imitarla tan bien, que Lorenzo se quedó pasmado. Pero observó una

[1] Donatello.

cosa que no había en la cabeza antigua, y era que Miguel Ángel, obedeciendo a su fantasía, le había abierto la boca, hecho una lengua y puestos a la vista todos los dientes. Aquel gran señor entonces, burlando con afabilidad, le dijo: "Deberías saber que los viejos no tienen nunca todos los dientes y que siempre les falta alguno." Lleno de ingenuidad, Miguel Ángel, que temía y amaba a aquel señor, pensó que decía verdad; y no se marchó sin que de pronto, rompiese un diente al fauno y le agujerease la encía de tal manera, que parecía habérsele caído; y aún quiso esperar con impaciencia el retorno de Lorenzo, el cual volviendo y vista la ingenuidad y la bondad de Miguel Ángel, se echó a reír; y en esto halló más de una vez motivos de risa, contándolo, como una maravilla, a sus amigos. Y formando propósito de ayudar y favorecer a Miguel Ángel, mandó por Ludovico, su padre, y se lo pidió diciéndole que lo quería tener como a uno de sus hijos, cosa que Ludovico de muy buen grado concedió. Por donde Lorenzo le hizo preparar en su casa una habitación y mandó servirlo; y asiduamente comió a la mesa con sus hijos y otras personas dignas de nobleza que estaban con Lorenzo, por los cuales fue honrado. Y esto sucedió al año siguiente al en que se había acomodado con Domingo, que recibió a Miguel Ángel cuando tenía quince o dieciséis años; y estuvo en aquella casa cuatro años, ocurriendo después la muerte del magnífico Lorenzo el año 92. Además, durante aquel tiempo obtuvo provisión de aquel señor, para ayudar también a su padre, de cinco ducados al mes; y para tenerlo contento le regaló una capa pavonada y a su padre le dio un cargo en la aduana. Verdad es que todos aquellos jóvenes del jardín estaban asalariados, quién más quién menos, por la liberalidad de aquel magnífico y nobilísimo ciudadano. Y lo fueron por él mientras vivió.

La "Madonna Doni"

Ángel Doni, ciudadano florentino amigo suyo, por ser hombre que se deleitaba mucho en poseer cosas bellas, así de artífices antiguos como de modernos, tuvo deseo de poseer algo de Miguel Ángel, el cual comenzó para él una pintura en que, dentro de un círculo, puso una Virgen, la cual, de hinojos con las dos rodillas, tiene en los brazos un niño y lo entrega a San José, que lo toma en sus brazos. Miguel Ángel expresa en el volver la cabeza la madre de Cristo y el tener sus ojos puestos en la suma belleza del hijo, la alegría maravillosa que siente y el de-

seo de que participe en ella aquel santísimo anciano, el cual lo acoge con igual amor, ternura y reverencia, como bien se ve en su rostro, aunque no se le considere con grande atención.

Y no bastando esto a Miguel Ángel, para mostrar mejor lo muy grande que era su arte, en el fondo de esta obra puso muchos desnudos apoyados en pie o sentados; y con tanta pulcritud laboró esta obra, que, ciertamente, de sus pinturas en tabla, aunque sean pocas, es tenida ésta por la más acabada y la más bella.

Una vez terminada, la mandó cubierta a casa de Ángel Doni, junto con una cédula, pidiendo en pago de su obra setenta ducados. Extrañó Ángel, que era persona de juicio, expender tanto en una pintura, a pesar de comprender que valía más todavía, y dijo al que llevó la pintura que bastaban cuarenta ducados, los cuales le entregó. Entonces Miguel Ángel lo volvió a enviar mandándole decir que cien ducados o le devolviese la pintura. Por lo que Ángel, a quien agradaba la obra dijo: "Le daré los setenta que me pedía." Pero Miguel Ángel no aceptó y por la poca fe de Ángel, le pidió el doble de lo que la primera vez le había pedido. De manera que si Ángel quiso la pintura, fue forzado a enviarle ciento cuarenta escudos.

El "Moisés"

Acabó el Moisés en mármol, de cinco brazos de altura, estatua a la cual no habrá nunca ninguna cosa moderna que en belleza pueda igualarse, y aun de las antiguas puede afirmarse lo mismo. Moisés, en gravísima actitud, está sentado con un brazo puesto sobre las Tablas de la Ley que sostiene con una mano, mientras en la otra posa la barba, la cual, suelta y luenga, está de tal modo trabajada en el mármol, que los pelos, tan dificultosos en escultura, están esculpidos sutilísimamente plumosos, mórbidos y deshilachados, de una manera que parece imposible que el hierro se haya vuelto pincel; y además, la belleza de la cara, que tiene cierto aire de verdadero santo y terribilísimo príncipe, parece que, mientras la miras, tengas deseos de pedirle el velo, para cubrirle el rostro: tan esplendorosa y resplandesciente se muestra. ¡Y ha retratado tan bien en el mármol la divinidad que Dios había puesto en su santísimo rostro!; por otra parte, los paños están tallados y acabados con bellísimo girar de orillas; y los brazos en sus músculos, y las manos en sus osaturas y nervios, han sido elevados a tanta belleza y perfección, así como las piernas y las rodillas y los pies, acomodados en tan bello calzado; de tal modo, en fin, está acabado todo su

trabajo, que bien puede Moisés, hoy más que nunca, llamarse amigo de Dios, ya que, distinguiéndolo así de los demás, ha querido ajustar y preparar su cuerpo de aquella manera para la resurrección, por las manos de Miguel Ángel. Sigan, pues, los hebreos yendo, como hacen cada sábado, en hileras de hombres y mujeres, como los estornidos, ha visitarlo y adorarlo, que no adorarán cosa humana, sino divina.

Disgusto con el Papa y huida a Florencia

Finalmente, llegó Miguel Ángel al cumplimiento y fin de esta obra, de cuyas cuatro partes fue edificada luego una de las menores en San Pedro, en Vincola.

Se dice que mientras Miguel Ángel hacía aquella obra, llegó a Ripa todo el resto de los mármoles para el mencionado sepulcro, que habían quedado en Carrara, los cuales, una vez conducidos con los demás a la plaza de San Pedro, fue necesario pagarlos a quien los había llevado. Entonces, Miguel Ángel fue, como de costumbre, a ver al Papa. Pero Su Santidad estaba aquel día ocupado en cosas para él muy importantes, referentes a Bolonia, y Miguel Ángel se volvió a casa y pagó de su dinero aquellos mármoles, pensando que en seguida se lo devolvería Su Santidad. Otro día volvió para hablar de aquello al Papa y halló dificultad para entrar, pues un palafrenero le dijo que tuviera paciencia, porque tenía encargo de no introducirlo. Entonces, un obispo dijo al palafrenero: "Tú no conoces acaso a este hombre." "Harto bien lo conozco —dijo el palafrenero—; pero yo soy quien para hacer lo que me ha sido mandado por mis superiores y por el Papa."

Disgustó aquello a Miguel Ángel, y pareciéndole tan contrario a lo que había sucedido hasta entonces, muy enojado respondió al palafrenero del Papa que le dijese que de allí en adelante, cuando Su Santidad lo buscase, ya estaría en otro lugar. Y volviéndose a su taller, a las dos de la madrugada salió en las postas, dejando a dos servidores que vendieran todas las cosas de la casa a los judíos, y mandándoles que luego viniesen con él a Florencia, adonde se había dirigido. Y llegado a Poggibonsi, lugar sobre el Florentino, muy tranquilo, se detuvo allí. Y no tardaron en llegar cinco correos con cartas del Papa para que volviera atrás. Pero ni por ruegos, ni por la carta que le ordenaba volver a Roma bajo pena de su desgracia, no quiso ceder un punto. Finalmente, los ruegos de los palafreneros le resolvieron a escribir dos palabras de respuesta a Su Santidad,

diciéndole que le perdonase, pero que no podía volver a su presencia, ya que había mandado echarle como a un miserable cualquiera; que su fiel servicio no merecía aquello y que ya podía buscar en otra persona quien lo sirviese.

Llegado Miguel Ángel a Florencia, se ocupó en terminar, durante los tres meses que allí estuvo, el cartón de la sala grande, pues Pedro Soderini deseaba que lo llevase a cabo.

Pero entonces llegaron a la señoría tres breves para que Miguel Ángel fuese devuelto a Roma. Por lo cual viendo el furor del Papa y temiéndose de él, tuvo pensamientos, según se dice, de irse a Constantinopla por medio de unos hermanos de San Francisco, a servir al turco, el cual deseaba tenerlo para que le hiciese un puente que pasase de Constantinopla a Pera.

Con todo, Pedro Soderini le persuadió a ir, aunque él no quisiera, al encuentro del Papa como personaje público, esto es, asegurándolo con el título de embajador de aquella ciudad. Finalmente, lo recomendó al cardenal Soderini, hermano suyo, para que lo introdujese al Papa y lo envió a Bolonia, donde ya Su Santidad había venido de Roma.

Aquella huida de Roma también se cuenta de otra manera. Se dice que el Papa se enfadó con Miguel Ángel porque éste no quería dejar ver nada de lo que estaba haciendo. Y que, incitado a sospechar por los que le rodeaban y no fiándose de Miguel Ángel, cosa que sucedió más de una vez, pudo ver lo que hacía, disfrazado y en momentos en que Miguel Ángel no estaba en casa o a su trabajo. Se dice también que el Papa sobornó una vez, con dinero, a los mancebos del artífice, para entrar a ver la capilla de Sixto, su tío, que le había mandado pintar, como se ha dicho más arriba. Y que una vez de aquéllas, Miguel Ángel se escondió, porque sospechaba la traición de sus mancebos, aunque sin saber quién entraba allí. Al entrar el Papa en la capilla, le tiró unas tablas, y, no reconociéndolo y lleno de furia, le hizo volverse. Lo cierto es que de uno u otro modo tuvo disgusto con el Papa y luego temor de él y esto le hizo alejarse de su presencia.

Llegado, como se ha dicho, a Bolonia, no se había quitado aún las botas cuando fue conducido por los familiares del Papa o Su Santidad, quien estaba en el palacio de los Dieciséis, acompañado de un obispo del cardenal Soderini, porque el cardenal estaba enfermo y no pudo ir. Y habiendo llegado ambos a presencia del Papa, Miguel Ángel se arrodilló; Su Santidad lo miró de través y como enojado, le dijo: "Es decir, ¿que en lugar de venir tú a encontrarnos, somos Nos los que venimos a encontrar-

te?" Con lo cual quería indicar que Bolonia estaba más vecina a Florencia que Roma. Miguel Ángel, con manos corteses y en alta voz, le pidió perdón humildemente, excusándose que todo lo había hecho por enojo, no pudiendo soportar que lo echasen de aquella manera, pero que reconocía haber errado y le suplicaba de nuevo que lo perdonase.

El obispo que había presentado a Miguel Ángel al Papa decía, excusándolo, a Su Santidad, que los hombres como aquél son ignorantes, y que fuera de su arte no valían para nada; por tanto, que lo perdonase. El Papa, entonces, se enfureció, y con una maza que tenía golpeó al obispo diciéndole: "El ignorante eres tú, pues le dices injuria que no le decimos Nos." Entonces, el palafrenero, a empellones, echó fuera de allí al obispo.

La "Conversión de San Pablo" y la "Crucifixión de San Pedro"

El Papa Paulo había hecho edificar, como se ha dicho, por Antonio de Sangallo, en el mismo plano, una capilla llamada la Paulina, a imitación de la de Nicolás V, en la cual deliberó que Miguel Ángel trabajase dos grandes asuntos en dos rectángulos de gran magnitud: en uno pintó la conversión de San Pablo, con Jesucristo en el aire y muchedumbre de ángeles desnudos, con movimientos bellísimos; y debajo, en el suelo, a San Pablo, aturdido y espantado por su caída del caballo, con sus soldados alrededor: unos, atentos a levantarle; otros, aturdidos por la voz y esplendor de Cristo, en varias y bellas actitudes y movimientos de admiración y espanto, poniéndose en fuga; y aquel caballo que, al huir, parece, con la velocidad de su carrera, arrastrar al que intenta retenerlo; y todo aquel asunto está resuelto con arte y dibujo extraordinario.

En el otro cuadro está la Crucifixión de San Pedro, el cual, desnudo, es clavado en cruz, y es figura de raro mérito; junto a él, los crucificadores, después de haber hecho un hoyo en el suelo, quieren levantar en alto la cruz para que San Pedro quede crucificado con los pies hacia arriba. Cuadro donde hay muchas cosas notables y bellas que considerar. Miguel Ángel es el único que alcanzó, como se ha dicho en otro lugar, la perfección del arte, porque no hay en sus cuadros paisajes, ni árboles, ni edificios, ni siquiera ciertas variedades y gracias del arte, pues que no dio atención a todo ello, acaso como quien no quería rebajar aquel grande ingenio suyo a semejantes cosas.

Éstas fueron sus últimas pinturas, ejecutadas por él a la edad de setenta y cinco años, y, según él me decía, con grande fatiga

suya, porque la pintura, pasada cierta edad, y, sobre todo, la trabajada al fresco, no es arte para ancianos.

El Papa había comenzado a fortificar Borgo, y conducido a aquella asamblea a muchos señores, con Antonio de Sangallo; por lo que quiso que también interviniese Miguel Ángel, pues sabía que las fortificaciones hechas en torno al monte San Miniato, en Florencia, habían sido ordenadas por él; y luego de muchas disputas, se le pidió su parecer. Miguel Ángel, que era de opinión contraria a Sangallo y a muchos más, lo dijo francamente. Por lo que Sangallo le dijo que sus artes eran la pintura y la escultura, no las fortificaciones. Contestóle Miguel Ángel que de aquellas artes sabía poco; pero que en lo de fortificar, a fuerza de pensar en ello mucho tiempo y con la experiencia de lo que había ejecutado, le parecía saber más que él y que todos los que trabajaban con él, mostrándole, en presencia de todos, que había cometido muchos errores; y multiplicándose las palabras por una y otra parte, el Papa tuvo que imponer silencio. No pasó mucho tiempo sin que trajese Miguel Ángel diseñada toda la fortificación de Borgo, que abrió los ojos a todo cuanto se ha ordenado y hecho después; y esto fue ocasión a que el portón del Santo Espíritu, que estaba a punto de terminarse y había sido ordenado por Sangallo, quedase sin terminar.

Muerte de Miguel Ángel

Y volviendo a Miguel Ángel, digo que, un año, aproximadamente, antes de su muerte, supo Vasari en secreto que el duque Cosme de Médicis trataba con el Papa por medio de su embajador, messer Averardo Seristori, que en vista de estar Miguel Ángel muy decaído, se pusiese diligente cuidado en vigilar a los que le administraban y entraban en su casa, y que, en caso de ocurrirle algún súbito accidente, como suele ocurrir a los ancianos, hiciese provisión de que los objetos, diseños, cartones, modelos y dineros y todo su haber, a su muerte se inventariasen y pusiesen en seguridad, para entregarlo a la obra de San Pedro si hubiese cosa referente a ella; como también a la Sacristía, Biblioteca y fachada de San Lorenzo. No fuera caso que se lo llevaran, como suele a menudo suceder. Y al fin aprovechó tal diligencia, porque todo fue ejecutado como se había previsto.

Su sobrino Leonardo deseaba ir la Cuaresma siguiente a Roma, por adivinarse que ya se hallaba al fin de su vida; Miguel Ángel se alegraba de aquella visita, cuando enfermándose de una

fiebre lenta, hizo escribir en seguida a Daniel que fuese Leonardo. Pero crecióle el mal, y en presencia de messer Federico Donati, su médico, y todos sus afectos, que le rodeaban, con plenísimo conocimiento hizo testamento en tres palabras: que dejaba su alma en las manos de Dios, su cuerpo en la tierra y lo que poseía a sus parientes más próximos, imponiendo a los suyos que al pasar de esta vida le recordasen el padecer de Jesucristo. Y así el 17 de febrero, a las veintitrés horas, del año 1563 a uso florentino, que, según los romanos sería 1564, expiró para irse a mejor vida.

Notas personales de Miguel Ángel

Fue Miguel Ángel muy inclinado a las fatigas del arte, viendo cómo le salía bien todo, por difícil que fuese. La naturaleza le había dado un ingenio muy apto y aplicado a los talentos excelentísimos del dibujo. Por lo cual, y para llegar a ser enteramente perfecto, hizo anatomía infinitas veces, despellejando hombres para ver el comienzo y ligazón de las osamentas, músculos, nervios, venas y movimientos diversos, así como todas las posiciones del cuerpo humano. Y no sólo quiso ver el principio y orden de los hombres en cuanto al arte, sino también de los animales, particularmente de los caballos, de los cuales se complugo en tener muchos. Y lo mostró su diligencia de tal modo en las cosas que hubo de ejecutar, que no hay quien puede hacerlas si no atiende a lo mismo.

De este modo ha ejecutado sus obras, tanto con el pincel como con el cincel, de modo que son casi inimitables, y ha dado, como se ha dicho, tanto arte, gracia y peculiar vivacidad a cuanto ha hecho, dicho sea sin ofender a nadie, que ha sobrepasado y vencido a los antiguos. Por otra parte, ha sabido sacar de la dificultad con tanta facilidad sus obras, que no parecen hechas con fatiga, por más que quien dibuja luego sus figuras haya de pasar muchas para imitarlas.

El talento de Miguel Ángel ha sido reconocido en vida suya y no, como ocurre a muchos, luego de su muerte; pues se ha visto cómo Julio II, León X, Clemente VII, Pablo III, Julio III, Pablo IV y Pío IV, Sumos Pontífices, lo han querido siempre junto a ellos. Y sabido es cómo Solimán, emperador de los turcos; Francisco Valeiro, rey de Francia; Carlos V, emperador; la señoría de Venecia y, finalmente, el duque Cosme de Médicis, como se ha dicho, todos, en fin, le han hecho honor y favorecido no por otra cosa sino por valerse de su gran talento. Y esto no

sucede sino a hombres de gran valer como él había sido y por haber todos comprendido y visto que aquellas tres artes eran en él tan perfectas; por otra parte, lo que se proponía en la idea era de tal magnitud, que por no poder expresar con las manos tan grandes y terribles conceptos, ha abandonado a menudo sus obras y aun ha destruido muchas. Como yo sé que poco antes de morir quemó gran número de diseños, esbozos y cartones hechos de su mano porque nadie viese las fatigas que había pasado y los modos que tenía de poner a prueba su ingenio, para no aparecer sino perfecto. Y yo tengo algunos de su mano, hallados en Florencia y puestos en nuestro libro de dibujos, en los cuales, aunque se vea la grandeza de aquel ingenio, se conoce que cuando quería extraer a Minerva de la cabeza de Jove necesitaba el martillo de Vulcano.

Acostumbró hacer sus figuras de nueve, diez y doce cabezas de longitud, no buscando otra cosa sino que al ponerlas todas juntas hubiese cierta concordancia de gracia en el conjunto, lo que no se logra con la estatura natural; por eso es necesario tener los compases en los ojos y no en la mano, porque las manos obran y el ojo juzga; y lo mismo hizo en arquitectura.

Y no parezca raro a nadie que Miguel Ángel se complaciese en la soledad, como quien estaba enamorado de su arte, el cual quiere al hombre sólo para sí y meditador. Y porque es necesario que quien desea atender a los estudios del arte huya la compañía de los hombres, pues el que atiende a las consideraciones del arte no está nunca solo ni sin pensamientos; y los que atribuían este carácter a capricho o extravagancia, no tienen razón, pues quien desea trabajar bien necesita alejarse de todos los cuidados y fastidios, porque el talento requiere pensamiento, soledad y tranquilidad y no vagabundear con la mente.

A pesar de esto, ha apreciado mucho en tiempo conveniente la amistad de muchas personas grandes, muchas de ellas doctas, así como de los hombres de ingenio; y la ha conservado como hizo con el grande Hipólito de Médicis, cardenal, que lo amó grandemente. Fue muy amigo suyo el ilustrísimo cardenal Polo, enamorado Miguel Ángel de sus talentos y bondades; el cardenal Farnese y Santa Croce, que fue después el Papa Marcelo: el cardenal Ridolfi y el cardenal Maffeo y monseñor Bembo, Carpi y muchos otros cardenales y obispos y prelados: monseñor Claudio Tolomei y el magnífico messer Octaviano de Médicis, compadre suyo, pues le bautizó un hijo, y messer Bindo Altoviti, al cual dio el cartón de la capilla donde se ve a Noé embriagado y escarnecido por uno de sus hijos, mientras los otros dos le re-

cubren las vergüenzas; messer Lorenzo Ridolfi, messer Aníbal Caro y messer Juan Francisco Lottini da Volterra; y amó infinitamente más que a todos a messer Tomás de Cavalieri, gentilhombre romano, al cual, siendo joven y muy inclinado a los talentos del arte, para que aprendiese a dibujar, le dibujó algunas hojas estupendísimas.

Fue de estatura mediana, ancho de espaldas, pero bien proporcionado de todo el resto del cuerpo. Cuando era viejo llevaba de continuo en las piernas botas de piel de perro sobre lo desnudo, y durante meses enteros, y por esto, cuando quería quitárselas, al tirar de ellas se arrancaba a menudo su piel propia.

Usaba llevar sobre los zapatos botas de cordobán, abotonadas por dentro para cuidarse los humores. Tenía la cara redonda; la frente, cuadrada y espaciosa, con siete líneas rectas, y las sienes hacían prominencia mucho más que las orejas, las cuales tante gruesa; los ojos, más bien pequeños, de color córneo, salpicados de chispas amarillitas azuladas; las cejas, con pocos pelos; los labios, delgados; el inferior un poco más grueso que el superior y algo salido; el mentón, bien compuesto en proporción de lo demás; la barba y los cabellos, negros; aquélla, esparcida, con muchas canas, no muy larga, bifurcada y poco espesa.

Ciertamente, fue para el mundo su venida, como dije al principio, un ejemplo del arte nuestro mandado por Dios a los hombres porque se aprendiese de él, en su vida y costumbres, así como en las obras, cómo debían ser los verdaderos y óptimos artífices. Y yo, que he de agradecer a Dios infinitos bienes, cosa que suele acaecer raramente a los hombres de nuestra profesión, considero uno de los mayores haber nacido en tiempo en que Miguel Ángel vivía y haber sido digno de tenerlo por maestro y que me haya sido tan familiar y amigo, como saben todos y dan de ello testimonio las cartas que me escribió. Y por amor de la verdad y la obligación que tengo a su afecto he podido escribir de él muchas cosas, y todas verdaderas, lo que otros muchos no han podido hacer. El otro gran bien que he de agradecer a Dios es, como él me decía:

> Jorge, agradece a Dios que te haya puesto al servicio del duque Cosme, el cual, para tener la satisfacción de que tú construyas y pintes y pongas en obra tus pensamientos y dibujos, no ha reparado en gastos, y si tú consideras en los otros de quienes has escritos las vidas, verás que no han logrado tanto como tú.

TRATADO DE LA PINTURA *

Leonardo de Vinci (1452-1519)

Uno de los grandes genios del Renacimiento; pintor, arquitecto, escultor, científico y técnico. Apenas es necesario decir algo de él. La inmensa gama de sus actividades y la gran variedad de sus intereses le impiden llevar a término muchas de sus obras, quedando éstas incompletas. En 1504 inicia una contienda con Miguel Ángel, pintando ambos la Batalla de Anghiari *en los muros del Palazzo Vecchio.*

De si la pintura es o no ciencia

Se llama ciencia a aquel raciocinio mental que se fundamenta en los principios más elementales, aquellos de los cuales no se puede encontrar en la naturaleza ninguna otra cosa que sea parte de esa ciencia; así en la cantidad continua, es decir, la ciencia de la geometría, que, empezando desde la superficie de los cuerpos, resulta tener por origen la línea, límite de esa superficie; mas ello no nos es suficiente, porque sabemos que la línea tiene su límite en el punto, y que el punto es aquello menor de lo que ninguna otra cosa pueda ser. Por tanto el punto es el principio elemental de la geometría y ninguna otra cosa puede existir, ni en la naturaleza ni en la mente humana, que pueda dar origen al punto. Porque si dices que la creación del punto es el contacto de la punta finamente aguzada de un estilete sobre una superficie, esto no es cierto, sino que diremos que tal contacto es una superficie que circunda a su centro, y en ese centro es donde se halla el punto, y ese punto no pertenece a la materia de la superficie, y ni él ni todos los puntos del universo tienen una realidad, ni dado que pudieran reunirse constituirían parte alguna de una superficie. Y dado que imagines un todo compuesto de mil puntos, si tomamos una parte de esa cantidad de mil, se puede muy bien decir que tal parte es igual a su todo. Y esto se prueba con el valor nulo del cero, es decir, por el

* Leonardo de Vinci, *Tratado de la pintura*, precedido de la *Vida de Leonardo*, de Jorge Vasari, y del ensayo sobre *Leonardo y los filósofos*, de Paul Valéry, trad. de Mario Pittaluga, Buenos Aires, Editorial Losada, 1943.

signo décimo de la aritmética, en que ese cero representa la nada; colocado después de la unidad la transformará en diez y colocando dos ceros detrás de tal unidad querrá decir cien y así, indefinidamente, crecerá siempre en diez veces el número al cual se añade; mas él por sí mismo no vale sino nada, y todos los nadas del universo son iguales a un solo nada en cuanto a sustancia y valor.

Ninguna investigación humana puede llamarse verdadera ciencia si no pasa a través de las demostraciones matemáticas: y si afirmas que las ciencias que tienen su principio y su fin en la mente sean ciertas, esto no es aceptable, sino que ha de negarse por muchas razones; y la primera, que en tales razonamientos mentales falta la experimentación, sin la cual no puede demostrarse la certeza de nada.

De qué ciencia es más útil y de cuál es su utilidad

La ciencia más útil es aquella cuyo fruto es más transmisible y es por el contrario menos útil aquella cuyo fruto es menos transmisible. La pintura tiene su fin, transmisible a todas las generaciones del universo, porque su fin depende del sentido de la vista, y no llegan las cosas al entendimiento por el oído de la misma manera de como llegan por la vista. Ésta no necesita de intérpretes de diversas lenguas, y, de igual manera que lo hacen las cosas producidas por la naturaleza, ha alcanzado rápidamente a satisfacer a la especie humana. Y no sólo a ella, sino a los otros animales, como se ha manifestado en una pintura que representa a un padre de familia, a quien acariciaban sus hijos, aún en pañales, y al propio tiempo el perro y la gata de la casa; era cosa de maravilla el considerar tal espectáculo.

La pintura presenta a la mente las obras de la naturaleza con más verdad y realidad de como lo hacen las palabras o las letras, pero las palabras alcanzan la mente con mayor realidad por las letras que por la pintura. Decimos merecer más admiración aquella ciencia que representa las obras de la naturaleza, que aquella que, como la poesía y análogas, representa las obras del que las hace, es decir las obras de los hombres, como son las palabras, que pasan por la lengua del hombre.

De cómo quien desprecia la pintura no ama la filosofía ni la naturaleza

Si despreciaras la pintura, que no es sino la que copia todas

las obras evidentes de la naturaleza, despreciarías en verdad una sutil invención, que con aguda y filosófica especulación trata todo género de formas: mares, lugares, plantas, animales, hierbas, flores, a las cuales rodean la sombra y la luz. En verdad ésta es ciencia, e hija legítima de la naturaleza, porque de esa naturaleza ha nacido; para mejor decir, la llamaremos nieta de la naturaleza, ya que todas las cosas evidentes han sido producto de la naturaleza, y de tales cosas ha nacido la pintura. En justicia, pues, la llamaremos nieta de la naturaleza y pariente de Dios.

De cómo el pintor es señor de toda clase de gentes y de todas las cosas

El pintor es amo y señor de todas las cosas que puedan pasar por la imaginación del hombre, porque si él siente el deseo de contemplar bellezas que lo encanten es dueño de crearlas, y si quiere ver cosas monstruosas que causen terror, o que sean grotescas y risibles, o que en verdad muevan a compasión, puede ser amo y creador de ellas. Si gusta de crear lugares desiertos, ambientes sombreados o frescos en tiempo de calor, los representa, y de igual manera ambientes calientes en tiempo de frío. Si desea contemplar desde las cimas de los montes la ancha campiña, y si después de ello desea contemplar el horizonte del mar, es dueño de hacerlo; y de igual manera si desde los bajos valles quiere contemplar los altos montes, o desde los altos montes los bajos valles y las playas. Todo lo que está en el universo en esencia, en presencia o en la imaginación lo tiene primero en la mente y después en las manos, y son ellas tan excelsas, que, al igual que las cosas, crean al tiempo una proporcionada armonía con una sola mirada.

Del poeta y del pintor

La pintura facilita más el conveniente entendimiento que la poesía, y presenta con más verdad las imágenes de las obras de la naturaleza que el poeta, y son mucho más excelsas las obras de la naturaleza que las palabras que son la obra del hombre; porque igual proporción existe de las obras del hombre a las de la naturaleza como la que existe del hombre a Dios. Es, pues, más excelso el imitar las cosas de la naturaleza, que son en realidad las verdaderas semejanzas, que el imitar con palabras los hechos y las palabras de los hombres. Y si tú, poeta, preten-

des describir las obras de la naturaleza con tu simple profesión, describiendo lugares diversos y formas de cosas, quedas superado por el pintor en una proporción infinita de potencia; mas si tratas de vestirte con las otras ciencias aparte de la poesía, como astrología, retórica, teología, filosofía, geometría, aritmética u otras que no son tuyas, entonces no eres ya poeta, te transformas, y ya no eres aquello de que hablábamos. ¿No ves acaso que si tú quieres dirigirte a la naturaleza has de hacerlo por medio de ciencias hechas por los otros sobre los efectos de la naturaleza, mientras el pintor, por sí mismo y sin ayuda de ciencia o de otros medios, alcanza inmediatamente a representar esas obras de la naturaleza? Con ella se conmueven los amantes ante las copias de la cosa amada, para hablar con las representaciones pintadas; con ella se mueven los pueblos con férvidos votos, a la busca de las imitaciones de los dioses, y no a ver las obras de los poetas que con palabras representen los mismos dioses. Con ella se engañan los animales: vi yo una vez una pintura que engañaba al perro merced al parecido con su amo, a la que el perro hacía grandes fiestas; como también he visto a perros ladrar y querer morder a perros pintados; y a una mona hacer infinitas extravagancias frente a la pintura de otra mona. He visto a la golondrina volar a posarse sobre los hierros pintados que sobresalen de las ventanas de los edificios; y todo por obra muy maravillosa del pintor.

Discusión del pintor con el poeta

¿Qué poeta podrá poner ante ti, enamorado, la verdadera imagen de tu ideal, con tanta realidad como el pintor? ¿Cuál es el que te haga presente los lugares de los ríos, bosques, valles y campiñas, donde se representen tus placeres pasados, con más realidad que el pintor? Porque si dices que la pintura es una poesía, muda en sí misma, si no hay quien diga o hable por ella sobre lo que representa, ¿no te das cuenta de que tu libro se encuentra en peor situación, puesto que, aunque haya un hombre que hable por él, nada se ve de la cosa de que se habla como se verá en lo que habla por la pintura? Las pinturas, si los gestos son adecuados a las situaciones mentales, serán comprendidas como si hablaran.

De cómo la música debe llamarse hermana menor de la pintura

La música no debe llamarse de otro modo que hermana de la

pintura, puesto que ella depende del oído, segundo de los sentidos detrás de la vista, y compone armonía por la conjunción de sus partes proporcionales realizadas en un mismo tiempo, obligadas a nacer y a morir en uno o más tiempos armónicos, y estos tiempos rodean la proporcionalidad de los miembros de que tal armonía se compone, de igual manera que lo hace la línea circunferencial para los miembros con que se crea la belleza humana. Mas la pintura es superior y señorea sobre la música, porque ella no muere inmediatamente después de su creación como la desventurada música, sino que permanece y te muestra con vida lo que de hecho es sólo una superficie. Ciencia maravillosa, que conserva en vida las caducas bellezas de los mortales, con más fijeza que las obras de la naturaleza, que de continuo varían por el tiempo, que las conduce a la obligada vejez; tal ciencia tiene la misma relación con la divina naturaleza que la de sus obras con las obras de esa naturaleza; por eso es adorada.

De la diferencia entre la pintura y la escultura

La primera maravilla que procura la pintura es el aparecer resaltando de la pared o de un plano, engañando el juicio más sutil, mediante aquello que no está separado del muro; el escultor hace sus obras de modo que parecen cuanto son y ésta es la causa de que el pintor haya de hacer la labor de la apariencia de las sombras, de manera que sean compañeras de las luces. El escultor no necesita de tal ciencia, pues la naturaleza ayuda a sus obras, como hace con todas las otras cosas corpóreas, que al quitarles la luz son de un mismo color y devolviéndoles la luz son de color distinto, o sea claro y oscuro. La segunda cosa que el pintor necesita es el dar mediante sutil investigación las verdaderas calidades y cantidades de las sombras y las luces, pues la naturaleza de por sí las pone en las obras del escultor. La tercera es la perspectiva, investigación e invención sutilísima de los estudios matemáticos, que por la fuerza de las líneas hace parecer remoto lo que está próximo, y grande lo que es pequeño; también en ello la naturaleza ayuda a la escultura y lo hace sin inventiva del escultor.

De qué trata la ciencia de la pintura

La ciencia de la pintura trata de todos los colores de las superficies y figuras de los cuerpos que con ellas se revisten, y de su

proximidad y su lejanía, con los debidos grados de disminución según los grados de distancia; esta ciencia es madre de la perspectiva, es decir de las líneas visuales. Esta perspectiva se divide en tres partes; la primera se ocupa solamente de la delineación de los cuerpos; la segunda de la disminución de los mismos a las diversas distancias; la tercera de la pérdida de la conjunción de los cuerpos a distancias varias. La primera, que se ocupa sólo de los límites de los cuerpos, es llamada dibujo, es decir figuración de un cuerpo cualquiera; de ella sale otra ciencia que comprende la sombra y la luz, es decir lo claro y lo oscuro, y es de gran mérito; pero la que trata de líneas visuales ha dado a luz la ciencia de la astronomía, que es simple perspectiva porque todo son líneas visuales y pirámides truncadas.

Lo que primero debe aprender el joven

El joven debe aprender ante todo perspectiva; después, las medidas de cada cosa; luego, seguir a buen maestro, para avezarse en cosas escogidas; copiar después del natural, para comprobar la razón de las cosas aprendidas; por fin, irse avezando en la práctica y realizar el arte.

De la vida del pintor en su estudio

A fin de que la prosperidad del cuerpo no perturbe la del entendimiento, el pintor o el dibujante debe estar solo, máxime cuando las especulaciones y consideraciones que continuamente aparecen ante la vista dan ocasión a la memoria de conservarlas bien. Si estás solo serás enteramente tuyo; si te acompaña una sola persona, serás en mitad tuyo y tanto menos cuanto sea mayor la indiscreción de su conversación; si estás en más numerosa compañía, caerás más aún en igual inconveniente. Si dices que harás a tu manera, retrayéndote aparte, para mejorar considerar las formas de las cosas naturales, digo que esto difícilmente puede hacerse, porque no podrías con frecuencia dejar de prestar oído a sus chanzas; no se puede servir a dos señores; harías mal el empeño de amigo y peor el resultado de la especulación artística. Si ahora me dices que te apartarás tanto que sus palabras no te llegarán y no te molestarán, te contesaré que te tomarán por loco; ¿acaso no ves que haciendo eso también estarías solo?

Del modo de aumentar y avivar el ingenio para varias ideas

No dejaré de incluir entre estos preceptos un nuevo método de especulación, que aunque parezca pequeña, y casi mueva a risa, no por ello deja de ser de gran utilidad en avivar el ingenio en varias ideas.

Es el de mirar muros salpicados de manchas, o piedras de tonalidades variadas. Si has de imaginar un lugar cualquiera, podrás ver allí semejanzas de paisajes diversos, ornados de montañas, ríos, rocas, árboles, grandes llanuras, valles y colinas de diversas formas; y aun podrás ver batallas y gestos rápidos de extrañas figuras y cosas infinitas que podrás reducir a íntegra y buena forma; ocurre con tales paredes y mezclas como con el sonido de las campanas en cuyos toques encontrarás cada palabra y cada nombre que imagines.

No desprecies esta opinión, en que se recuerda que no te sea duro el detenerte alguna vez a mirar las manchas de las paredes, o en la ceniza del fuego, o en nubes o en fango, en las cuales, si observas bien, hallarás ideas admirables que avivan el ingenio para nuevas invenciones, igual de composiciones de batallas que de animales y de hombres y también de paisajes y de cosas monstruosas, diablos y cosas semejantes, que podrán darte honor, ya que en las cosas confusas el ingenio se aguza a nuevas ideas. Mas antes es preciso saber hacer bien todas las partes de las cosas que deseas representar, igual los miembros de los animales que los de los paisajes, esto es las piedras, las plantas y otras semejantes.

Del estudio cuando despiertas o mientras te adormeces en la cama, en la oscuridad

También he comprobado ser de no escasa utilidad el vagar con la imaginación mientras te encuentras en la oscuridad del lecho, repitiendo las alineaciones superficiales de las formas antes estudiadas u otras de sutil especulación, pues es un acto realmente laudable y útil para afirmar las cosas en la memoria.

De los juegos que deben practicar los dibujantes

Cuando queráis, dibujantes, obtener de los juegos un solaz útil, hay que emplear cosas que estén en correlación con vuestra profesión, es decir, hacer buen empleo de la vista, saber juzgar la verdadera anchura y longitud de las cosas; para avezar la men-

te a tales cosas, haga uno de vosotros una línea recta empezando al pie de un muro, y tome cada uno un delgado mimbre o paja y córtela de la misma longitud que le parezca tiene la línea, manteniéndose a distancia de unas diez brazas y vaya cada uno por turno a comparar con ésta la que él ha juzgado; el que más se acerque con su medida a la del ejemplo será el vencedor y todos los demás habrán de pagarle el premio que entre vosotros se convino. También deben tomarse medidas acortadas, tomar un dardo o un bastón y mirarlo desde cierta distancia y que cada uno estime, con su juicio, cuántas veces aquella medida entra en aquella distancia; o bien, ver quién traza a brazo una recta mejor, probando que es en un solo trazo. Juegos semejantes son ocasión de hacer buen juicio de la vista, que es la parte principal de la pintura.

De cómo el pintor debe escuchar, al hacer su obra, la opinión de todos

Ciertamente no debe recusarse la opinión de cada uno mientras se pinta, ya que sabemos claramente que el hombre, aunque no sea pintor, tendrá conocimiento de la forma de otro hombre y podrá juzgar si es cojo o si tiene un hombro alto o bajo, o si tiene una boca o una nariz grande u otros defectos. Si reconocemos a los hombres el poder juzgar con verdad las obras de la naturaleza, mayormente nos convendrá el admitir que pueden juzgar nuestros errores, ya que sabemos cómo se engaña el hombre en sus obras; y, si no lo ves en ti, considéralo en los otros y haz provecho de sus errores. Escucha pues con paciencia las opiniones de los demás; considera bien y piensa bien si el que te vitupera tiene o no razón para hacerlo; si encuentras que sí, corrígelo, si encuentras que no, haz como si no lo hubieras oído; y si él es hombre de tu estima dale a conocer con razones que está equivocado.

De la variedad de las figuras

El pintor debe buscar ser universal, porque le falta dignidad si hace una cosa bien y otra mal, como muchos que solamente estudian el desnudo medido y proporcionado, sin buscar su variedad; puede un hombre ser proporcionado y ser grueso y corto, o largo y sutil, o mediocre, y quien no toma en cuenta esta variedad hace siempre sus figuras iguales y todas parecen hermanas, cosa reprensible.

De cómo ser universal

Fácil cosa, para el hombre que sabe, es hacerse universal, puesto que todos los animales de la tierra tienen semejanza en sus partes, es decir los músculos, los nervios y los huesos, y en nada varían sino en longitud, o en grosor, como demuestra la anatomía. De los animales de agua, que son de gran variedad, e igualmente los insectos, no insistiré al pintor en que haga regla, pues sus variedades son infinitas.

Del retratar las sombras de los cuerpos a la luz de la bujía o la lamparilla de aceite

A esta luz, de noche debe interponerse el telar, con papel transparente o no, pero sólo una hoja entera de cancillería; verás tus sombras esfumadas y poco limitadas, mientras que la luz sin interposición del papel te da luz sobre donde tú dibujas.

Para aprender a trabajar bien con modelo

Si deseas avezarte bien en las rectas y buenas actitudes de las figuras, fija un cuadro o sea un telar, que recuadrarás con hilos, entre tus ojos y el desnudo que retratas, trazando sobre el papel en que vas a dibujar delicadamente el desnudo los mismos cuadros; dispón después una pelota de cera que te sirva de mira, de modo que la encuentres siempre, al mirar el desnudo, en la foseta de la garganta si está de frente y si está de espaldas en el hueso de la nuca; estos hilos te mostrarán todas las partes del cuerpo que en cada gesto se encuentran bajo la foseta de la garganta, bajo los brazos, bajo las tetillas, los costados y otras partes del cuerpo; las líneas transversales te mostrarán lo que es más alto al apoyarse en una de las piernas que en la otra e igualmente los flancos, las rodillas y los pies.

Fija siempre la red por líneas perpendiculares y haz de manera que todo lo que la red comprenda del desnudo esté comprendido en la red que has dibujado. Los cuadros dibujados pueden ser tanto menores que los de la red cuanto desees que tu figura sea menor que la natural. Ten en cuenta además, en las figuras que hagas, la oposición de los miembros, como la red te ha mostrado. La red ha de ser de tres brazas y media de alto y tres de largo y estar a siete brazas de distancia de ti y a una del desnudo.

Del defecto máximo de los pintores

Muy grande es el defecto de los pintores al repetir los mismos gestos y los mismos rostros y clases de paños de una misma composición y hacer que la mayor parte de los rostros se parezcan al maestro; muchas veces me ha causado admiración esto, porque he visto algunos que en todas sus figuras parecieran haberse retratado del natural; en ellos se ven los gestos y las maneras de su autor; si es rápido de palabra y de gesto, sus figuras son igualmente rápidas; si el maestro es devoto, así aparecen sus figuras, con sus cuellos inclinados; si el maestro vale poco, sus figuras parecen el abandono retratado del natural; si es desproporcionado, sus figuras aparecen también así; si está loco, en sus composiciones se demuestra ampliamente, pues son enemigas de conclusiones, no están atentas a su obra y así uno mira acá y otro allá, como si estuvieran en sueños; de igual modo cada defecto de la pintura sigue al propio defecto del pintor. Habiendo considerado repetidamente las causas de este defecto, me parece que sea por juzgar que el alma que rige y gobierna a cada cuerpo sea la que hace nuestro juicio, antes aún que nuestro propio entendimiento. Ello ha dirigido toda la figura del hombre, ha entendido estar bien con la nariz larga o corta o chata y le asigna su altura y actitud. Y es tan fuerte este juicio, que mueve los brazos al pintor y le hace copiarse a sí mismo, pareciendo a su alma que aquél es el modo de representar al hombre y que quien no lo haga de igual modo está equivocado. Y si encuentra alguien que se parezca a su cuerpo que ella ha creado, lo ama y con frecuencia se enamora de ello. Por esto muchos se enamoran y se casan con mujeres que se les parecen, y con frecuencia los hijos que nacen de ellos se parecen a sus progenitores.

De las primeras ocho partes en que se divide la pintura

Tinieblas, luces, figura, color, lugar, lejanía y vecindad. Pueden añadirse a ellas otras dos, o sea movimiento y quietud, porque hay que representarlas en los motivos de las cosas que la pintura finge.

De cómo la pinutra se divide en cinco partes

Las partes de la pintura son cinco, a saber: superficie, figura, color, sombra y luz, vecindad y lejanía, es decir, aumento o dis-

minución, que son las dos perspectivas, como en la disminución de la cantidad y en la disminución de la percepción de las cosas vistas a larga distancia y así la de los colores y cuál color es el primero que disminuye a igual distancia y cuál el que más se mantiene.

De las dos partes principales en que se divide la pintura

Dos son las partes principales en que se divide la pintura; la primera son las líneas que circundan los cuerpos imitados y que constituyen el dibujo; la segunda se llama sombra. Mas el dibujo es de tal excelsitud, que no sólo alcanza las obras de la naturaleza, sino infinitas más fuera de las que la naturaleza crea. Él ordena al escultor el limitar con ciencia sus obras y a todas las artes manuales, aunque fueran infinitas, mostraría su perfecto fin. Por eso diremos que no es solamente una ciencia, sino que con el debido nombre ha de llamársele divinidad, que repite todas las obras evidentes creadas por el Sumo Hacedor.

De cómo deben representarse los chiquillos

Los niños pequeños deben representarse con gestos rápidos y desordenados, cuando están sentados, y con gestos tímidos y asustados, cuando están en pie.

De cómo se deben representar los viejos

Los viejos han de representarse con gestos lentos y perezosos, con las piernas plegadas en las rodillas cuando están en pie y los pies separados uno de otro; han de estar un poco encorvados, con las cabezas inclinadas hacia delante y los brazos no enteramente distendidos.

De cómo deben representarse las mujeres

Las mujeres se representarán en actitudes pudorosas, con las piernas apretadas, los brazos recogidos y con las cabezas bajas e inclinadas a un lado.

De cómo deben representarse las viejas

Las viejas han de representarse osadas y activas, con movimientos frenéticos, a guisa de furias infernales, y sus gestos han de parecer más rápidos en los brazos y cabezas que en las piernas.

De cómo se debe representar una noche

Aquello que está enteramente privado de luz es todo tinieblas; estando la noche en tales condiciones, si quieres en ella hacer una composición harás un gran fuego para que la cosa que esté más próxima a él se tiña más de su color, pues la que está más próxima al objeto más participa de su calidad; y puesto que el fuego tiende al color rojo, hará que todas las cosas que ilumina sean rojizas y las que estén más alejadas del fuego tengan más del color negro de la noche. Las figuras que están delante del fuego han de aparecer oscuras en la claridad de él, porque la parte que ves de esa cosa está teñida de la oscuridad de la noche y no de la claridad del fuego; las que se encuentran a los lados han de ser mitad oscuras y mitad rojizas y las que se ven más allá de las llamas estarán enteramente iluminadas de luces rojizas sobre un fondo negro. Las actitudes de las figuras que están cerca parecerán escudarse con las manos y las túnicas del intenso calor y, con los rostros vueltos del otro lado, hacer semblanza de huir; en las más alejadas harás que muchas de ellas se protejan con las manos los ojos molestos por el resplandor.

De cómo representar una tempestad

Si deseas representar una tempestad, has de considerar y observar bien sus efectos, cuando el viento soplando sobre la superficie de los mares o de la tierra arranca y arrastra todas las cosas que no están afirmadas en la masa universal. Para representar bien esta tempestad empezarás por hacer las nubes despedazadas y rotas, corriendo con la fuerza del viento acompañadas por el arenoso polvo levantado de las playas del mar; las ramas y las hojas, levantadas por la potencia del viento furioso, esparcirse por el aire junto con muchas otras cosas ligeras; los árboles y las plantas plegados en tierra, pareciendo casi querer seguir el curso de los vientos, con sus ramas torcidas de su dirección natural y sus hojas entremezcladas y maltrechas; y los hombres que allí se encuentran, en gran parte caídos y revueltos entre los paños y el polvo, casi no sean reconocibles, y los que quedan en pie, que están al lado de algún árbol, abrazados a él para que el viento no los arrastre; otros estarán con las manos en los ojos a causa del polvo, reclinados en tierra con los cabellos y los paños arrebatados por el curso del viento. El tempestuoso mar estará lleno de remolinos de espuma entre las elevadas olas, y el viento hará elevarse en el aire una espuma sutil que

parezca espesa y envuelta niebla. De los navíos que allí se encuentren, han de representarse algunos con el velamen roto y los trozos qu les quedan flotando al aire en compañía de alguna cuerda suelta; algunos mástiles rotos, caídos del navío, azotado y roto entre las tempestuosas ondas; y hombres, gritando, que se abrazan a los restos de la nave. Representarás las nubes empujadas por los vientos impetuosos, llegando a las cimas de las altas montañas y allí envolverse y arremolinarse, a semejanza de las olas al chocar contra las rocas. Y el ambiente, espantoso por las oscuras tinieblas causadas por el polvo, la niebla y las espesas nubes.

De cómo se debe representar una batalla

Harás primero que en el aire estén mezclados el humo de la artillería con el polvo removido por el movimiento de los caballos de los combatientes; mas harás esto teniendo en cuenta que el polvo, siendo cosa de la tierra, aunque por su ligereza con facilidad se levante y mezcle con el aire, tiende con facilidad a volver a descender y la parte que más se eleva está formada por su parte más fina y, por lo tanto, se verá menos y parecerá casi del color del aire. El humo que se mezcla con el aire polvoriento, cuanto más se eleva a cierta altura, se parecerá a las oscuras nubes y, en lo alto, se verá más fácilmente el humo que el polvo. El humo tenderá a un color azulado y el polvo a su propio color. En la parte de donde viene la luz, esta mezcla de aire, polvo y humo parecerá mucho más luminosa que en la parte opuesta. Los combatientes, cuanto más estén dentro de la polvareda, serán menos visibles y habrá menos diferencia entre sus luces y sus sombras. Harás que los rostros y las personas y el aire próximo a lo arcabuceros sean rojizos como los de sus vecinos y que se vaya perdiendo este color conforme se alejen de su origen. Las figuras que están entre la luz y tú, estando en la lejanía, aparecerán oscuras en un fondo claro y las piernas por estar más próximas a la tierra se verán menos, porque el polvo es allí más grueso y espeso. Si representas caballos corriendo fuera de la polvareda, habrás de separar las nubecillas de polvo que levanta, a los intervalos que puedan ser los saltos del caballo; y la nubecilla más alejada del caballo se verá menos y estará alta y esparcida, mientras que la más cercana será la más pequeña, la más evidente y la más densa. El aire estará lleno de los proyectiles, unos que suban, otros que desciendan o vayan en línea recta; y los proyectiles y los escopeteros irán

acompañados de un poco de humo detrás de su trayectoria. Harás aparecer las primeras figuras polvorientas en los cabellos y cejas y otras partes aptas a mantener el polvo. Representarás vencedores corriendo con el cabello al viento, con las cejas bajas, de modo que lancen adelante los miembros contrarios, es decir, que si avanzan el pie derecho, también avancen el brazo izquierdo; si representas algún caído, lo harás señalando el rastro de la resbaladura sobre el polvo convertido en sanguinolento fango; y sobre la blandura semilíquida de la tierra harás ver estampadas las pisadas de los hombres y los caballos que por allí han pasado. Representarás algunos caballos arrastrando a su señor muerto, dejando tras de sí sobre el polvo y el fango las trazas del arrastrado cuerpo. Los batidos y vencidos estarán pálidos, altas las cejas en su conjunción, y toda la carne que les queda aparecerá llena de pliegues de dolor. Los lados de la nariz llevarán pliegues que partiendo de las alas vayan hasta los ojos; la nariz elevada, que es el origen de tales arrugas, y los labios arqueados descubrirán los dientes, dispuestos en forma de gritar con lamentación. Una de las manos escuda los asustados ojos, volviendo la palma hacia el enemigo, mientras la otra, en tierra, sostiene levantado el busto. Otros huirán gritando a toda voz con la boca abierta. Representarás entre los pies de los combatientes toda suerte de armas, como escudos destrozados, lanzas, espadas rotas y otras cosas. Habrá hombres muertos, unos cubiertos en parte por el polvo y otros enteramente. Se verá el polvo que se mezcla con la sangre vertida transformarse en rojo fango, y se verá la sangre, de su propio color, correr en serpenteante curso por el cuerpo de la víctima; o moribundos con las piernas dobladas apretar los dientes, los ojos extraviados, cerrar los puños. Podría verse alguno que, desarmado y vencido, se revuelve contra el enemigo y se venga cruelmente con mordiscos y arañazos. Podría verse algún caballo ligero correr con la crin al viento entre los enemigos, causando gran destrozo con las patas, y verse algún herido caer en tierra y protegerse con su escudo y al enemigo inclinado hacia abajo, esforzándose en darle muerte. Podrían verse muchos hombres caídos en grupo sobre un caballo muerto. Se verán algunos vencedores que se apartan del grupo, dejando el combate, limpiándose con la mano los ojos y las mejillas, cubiertos del fango hecho por el lagrimeo de los ojos a causa del polvo. Se verán las escuadras de socorro llenas de esperanzas y de dudas, mirando con las cejas fruncidas y haciéndose sombra con la mano, atentas entre la confusión a la orden del capitán; y a éste lo

podrás representar con el bastón en alto y corriendo hacia las fuerzas de socorro, mostrándoles el lugar donde es necesario. También algún río y en él caballos a la carrera, llenando las apacibles aguas de turbulencias de espuma, y el agua saltando al aire entre las patas y los cuerpos de los caballos. Y nunca ha de hacerse una parte plana sin las pisadas llenas de sangre.

De la fisonomía y la quiromancia

No trataré de la falaz fisonomía y de la quiromancia, porque en ellas no hay verdad y ello se manifiesta porque tales quimeras no tienen fundamentos científicos. Cierto es que los rasgos de los hombres muestran en parte la naturaleza de los hombres, sus vicios y complexiones; en el rostro, las líneas que separan las mejillas de los labios de la boca, y las aletas de la nariz, y las órbitas de los ojos, son evidentes cuando los hombres son alegres y ríen con frecuencia; y los que poco las tienen marcadas son hombres dedicados a la meditación. Y aquellos que tienen las partes del rostro con gran relieve y profundidad son hombres bestiales e iracundos, con poca razón; aquellos en que las líneas interpuestas entre las cejas son muy evidentes son iracundos, y los que tienen muy señaladas las líneas transversales de la frente son hombres copiosos en lamentaciones, ocultas y manifiestas; y lo mismo puede decirse de muchas partes. Mas en la mano hallarás grandes ejércitos muertos acuchillados en una misma hora, pues ningún signo de la mano es igual a otro; y lo mismo en un naufragio.

Para hacer una pintura de barniz eterno

Realiza tu pintura sobre papel estirado en un telar, bien delineada y plana, y da sobre ella una buena y gruesa capa de pez y ladrillo bien mezclados; da luego la capa de amarillo y luego colorea y barniza con aceite viejo claro y colócalo sobre un vidrio bien plano. Será mejor, sin embargo, hacer un cuadro de tierra bien plano y bien liso y sobre él hacer la impresión de los colores; después se colorea y se barniza y se aplica sobre el cristalino vidrio el barniz bien claro; mas antes de ello haz que seque bien en una estufa oscura el colorido, barnizándolo luego con aceite de nuez y ámbar, o bien con aceite de nuez puesto al sol. Si quieres hacer vidrios finos y planos, infla los globos entre dos planchas de bronce o de mármol lustrado, hinchándolos hasta que los hagas estallar, y así serán planos y finos de tal

manera que podrás plegar el vidrio que luego se juntará con el barniz a la pintura. Y este vidrio por ser fino no se romperá por las percusiones. También se puede alargar y ensanchar una plancha colocándola sobre el hornillo ardiente.

De por qué el aire denso próximo al horizonte se hace rojo

El aire se hace rojo igualmente en el horizonte oriental como en el occidental siendo denso, y este rojo se genera entre el ojo y el sol. Mas el rojizo del arco celeste se genera estando el ojo entre la lluvia y el sol; y la causa de uno es el sol y la humedad del aire; mas del rojizo del arco son causa el sol, la lluvia y el ojo que lo ve. El tal rojizo, junto con los otros colores, será de tanto mayor excelencia cuando la lluvia esté compuesta de gotas más gruesas; y cuanto tales gotas son más diminutas, tanto esos colores son más muertos, y si la lluvia es de naturaleza de niebla, el arco entonces será enteramente blanco descolorido; pero el ojo ha de estar entre la niebla y el sol.

LA CIENCIA

LOS CUADERNOS DE APUNTES DE LEONARDO DE VINCI *

Acerca del vuelo natural y del mecánico: el sueño de la aviación

El pájaro es un instrumento que funciona de acuerdo con una ley matemática, instrumento que al hombre le es dado reproducir con todos sus movimientos, pero no con la misma fuerza, aunque sólo desmerece en cuanto a la facultad de mantenerse en equilibrio. Podemos decir, pues, que a un instrumento tal fabricado por mano de hombre nada le falta, salvo la vida del pájaro; y, en caso necesario, dicha vida puede sustituirse por la del hombre.

La vida que tiene su asiento en los miembros del pájaro sin duda se adaptará mejor a las necesidades de éstos que la del hombre, la cual está separada de ellos; sobre todo en los movimientos casi imperceptibles que conservan el equilibrio. Pero, como vemos que el pájaro está pertrechado para muchas variedades evidentes de movimiento, podemos, fundados en esta experiencia, declarar que la inteligencia humana puede comprender los más rudimentarios de dichos movimientos; y que el hombre podrá hacer mucho para prevenir la destrucción del sobredicho instrumento, en cuyo viviente principio y propulsor se ha convertido él mismo.

La bajada al sesgo que hacen los pájaros contra el viento se hará siempre debajo del viento, y los movimientos reflejos de ellos se harán sobre el viento.

Pero si el tal movimiento de caída se hace hacia el este cuando sopla viento norte, entonces el ala septentrional permanecerá debajo del viento y hará otro tanto en el movimiento reflejo, de suerte que al terminarse este movimiento reflejo el pájaro se hallará con la frente hacia el norte.

Y si el pájaro baja hacia el sur mientras sopla viento norte, hará este descenso encima del viento, y su movimiento reflejo será debajo del viento, pero ésta es una cuestión intrincada que

* Ver. p. 44. F. R. Moulton y J. J. Schifferes, *Autobiografía de la ciencia*, trad. de Francisco A. Delpiane, México, FCE, 1947 (Sec. de Ciencia y tecnología).

se estudiará en su lugar oportuno, pues aquí parecería que no podría hacer el movimiento reflejo.

Cuando el pájaro hace su movimiento reflejo dando la cara al viento y encima de éste, se remontará mucho más de lo que exige su ímpetu natural, viendo que también lo ayuda el viento que se le entra por debajo y hace las veces de cuña. Pero cuando se halle en el término de ascensión, habrá agotado su ímpetu y, por lo tanto, dependerá de la ayuda del viento, el cual, al golpearlo en el pecho lo lanzaría a lo alto, de no bajar él el ala derecha o la izquierda; porque esto lo hará girar a la derecha o a la izquierda, bajando en semicírculo.

El pájaro se mantiene en el aire balanceándose imperceptiblemente en las cercanías de los montes o de enhiestos acantilados; hácelo mediante las curvas de los vientos que, al dar contra dichas proyecciones, obligados a conservar sus primeros ímpetus, doblan hacia el firmamento su trayectoria rectilínea con revoluciones diversas, al comienzo de las cuales los pájaros se detienen con las alas abiertas, recibiendo por debajo de sí el continuo abofeteo de las trayectorias reflejas de los vientos, y, mediante el ángulo de sus cuerpos, adquiriendo contra el viento tanto peso cuanta fuerza hace el viento contra dicho peso. Y así, merced a esta condición de equilibrio, el ave se dispone a emplear los más pequeños comienzos de toda variedad de potencia que puede producirse.

En la máquina voladora el hombre tiene que estar desembarazado de la cintura arriba, para poder equilibrarse como lo hace en una embarcación; de suerte que su centro de gravedad y el de su máquina puedan oscilar y mudarse cuando la necesidad lo exija mediante un cambio en su centro de resistencia.

El movimiento del pájaro (hecho por mano de hombre) debe ser siempre por encima de las nubes, de modo que el ala no se moje, y a fin de dominar un campo más vasto, y librarse del peligro causado por los giros de los vientos entre los desfiladeros de los montes, los cuales están siempre llenos de rachas y remolinos de viento. Y si, además, el pájaro se volcare, tendréis tiempo suficiente para tornarlo a enderezar, siguiendo las instrucciones que tengo dadas, antes que vuelva a caerse al suelo.

Si el viento diera contra la punta del ala, y entrare el viento por debajo de la punta, el pájaro se hallará en condiciones de que lo vuelquen, a menos que eche mano de uno de dos remedios, a saber, entrarse de repente con esa punta por debajo del viento o bajar el ala opuesta desde el medio hacia adelante.

El pájaro [mecánico] que he descrito tiene que poder remon-

tarse a gran altura, con ayuda del viento, y en ello se cifrará su salvación; pues, aun cuando le sobreviniesen todos los giros antedichos, tendría tiempo aún para recobrar su condición de equilibrio; con tal que sus diversas partes tuvieran gran poder de resistencia, de suerte que puedan sobrellevar sanas y salvas el furor y la violencia de la caída, merced a la ayuda de las defensas que he mencionado; y sus articulaciones se harán de cuero curtido y fuerte y se coserán con cuerdas de seda cruda y resistente. Y nadie se embarace con tiras de hierro; porque éstas se rompen muy pronto en las junturas o se gastan, y, por lo tanto, no es bueno embarazarse con ellas.

El paracaídas

Si alguien tuviere una tienda fabricada de lino, todos cuyos orificios se hubieran tapado bien y la tienda midiere doce brazas a lo largo, y por doce de profundidad, la tal podrá despeñarse de cualquiera altura, sin padecer daño alguno.

BREVE COMENTARIO *

Nicolás Copérnico (1473-1543)

Después de estudiar los sistemas astronómicos de los egipcios, de Polonius de Perga, de Philolaus, de Nicetas de Heraclea, Aristarco de Samos y Pitágoras, y convencido de la falsedad del sistema de Ptolomeo, elabora su teoría del heliocentrismo, poniendo en crisis las viejas concepciones y dando pie así para un cambio de mentalidad en su época. La revolución astronómica de Copérnico (conocida como "revolución copernicana") resultó, a la postre, una revolución en todos los órdenes. Por otra parte, ejerció la medicina y la jurisprudencia. Escribió un tratado sobre la acuñación de la moneda.

Hipótesis acerca de los movimientos celestes: esbozo previo de la teoría según la cual la tierra se mueve en derredor del sol

Nuestros antepasados, según advierto, suponían la existencia de gran número de esferas celestes, principalmente con el intento de explicar el movimiento aparente de los planetas en virtud del principio de regularidad. Porque tenían por cosa del todo absurda el que un cuerpo celeste, que es esfera perfecta, no tuviera siempre movimiento uniforme. Vieron cómo, uniendo y combinando de varios modos movimientos regulares, podían lograr que, al parecer, todo cuerpo se moviese hasta una posición cualquiera.

Calipo (*Callipus*) y Eudoxo (*Eudoxus*), que se propusieron resolver el problema recurriendo a las esferas concéntricas, no pudieron explicar todos los movimientos planetarios. No sólo tenían que dar razón de los giros aparentes de los planetas, sino también de por qué dichos cuerpos a veces nos parecen remontarse por los cielos y otras bajar; y esto no se compadece con el principio de la concentricidad. Por eso túvose por mejor echar mano de excéntricas y epiciclos, sistema que acabaron por aceptar los más de los letrados.

Sin embargo, las teorías planetarias de Tolomeo y los más de los otros astrónomos, aunque concordaban con los datos numéricos, a veces parecían presentar dificultades no pequeñas.

* F. R. Moulton y J. J. Schifferes, *op. cit.*

Porque las tales teorías no satisfacían por completo, a menos de admitirse también ciertos ecuantes; resultaba entonces que el planeta no se movía con velocidad uniforme ni en su deferente ni en torno del centro de su epiciclo. Por ende, los sistemas de esta clase no parecían ni bastante absolutos ni bastante gratos para el entendimiento.

Habiéndome percatado de tales defectos, a menudo pensé entre mí si no podría hallarse por ventura una combinación más razonable de círculos de la cual se infiriesen todas las anomalías aparentes y según la cual todo se moviese uniformemente en torno de su propio centro, conforme lo exige la norma del movimiento absoluto. Después de proponerme este problema dificilísimo y casi imposible de solventar, al cabo se me ocurrió una idea de cómo podría resolverse mediante construcciones menos numerosas y mucho más sencillas que las antes usadas, con tal que se me concediesen algunos postulados (que se llaman axiomas). Síguense en este orden.

Postulados

1. No existe ningún centro de gravedad de todos los círculos o esferas celestes.

2. El centro de la tierra no es el centro del universo, sino tan sólo de gravedad y de la esfera lunar.

3. Todas las esferas giran alrededor del sol como de su punto medio, y, por lo tanto, el sol es el centro del universo.

4. La razón entre la distancia de la tierra al sol y la altura del firmamento es a tal punto menor que la razón entre el radio de la tierra y la distancia de ésta al sol, que la distancia de la tierra al sol es imperceptible, si se la compara con la altura del firmamento.

5. Todo movimiento aparente que se percibe en los cielos proviene del movimiento de la tierra, y no de algún movimiento del firmamento, cualquiera que fuere.

6. Lo que nos parece movimiento del sol no proviene del movimiento de éste, sino del movimiento de la tierra y de nuestra esfera, junto con la cual giramos en derredor del sol, lo mismo que cualquier otro planeta.

7. El movimiento aparentemente directo y retrógrado de los planetas no proviene del movimiento suyo, sino del de la tierra. Por consiguiente, el movimiento de la tierra basta por sí solo para explicar las aparentes anomalías de los cielos.

Concedidos estos postulados, trataré de hacer brevemente

cómo un procedimiento sistemático puede eliminar la uniformidad de los movimientos. Empero, he tenido por conveniente el omitir en este esquema, en gracia de la brevedad, todas las demostraciones matemáticas, las cuales reservo para mi obra más amplia. Pero al explicar los círculos, daré aquí las longitudes de los radios; y por ellas presto verá el lector versado en matemáticas cuán cabalmente concuerda esta combinación de círculos con las observaciones y datos numéricos.

El orden de las esferas

Las esferas celestes están dispuestas en el orden siguiente. La suprema es la esfera inmóvil de las estrellas fijas, la cual contiene todas las cosas y les da su posición. Debajo de ellas está Saturno; en pos del cual viene Júpiter, y después Marte. Debajo de Marte está la esfera en que giramos nosotros; luego, Venus; y, por último, Mercurio. La esfera lunar gira en torno del centro de la tierra, y se mueve junto con la tierra, a modo de epiciclo. También según el mismo orden un planeta aventaja a otro en velocidad de traslación, según que describen círculos menores o mayores. Así, Saturno tarda treinta años en una revolución completa; Júpiter, doce; Marte, dos y medio; y la tierra, uno; Venus, nueve meses; y Mercurio, tres.

Los movimientos aparentes del sol

Tres movimientos tiene la tierra. Lo primero, describe anualmente un grande círculo en torno del sol, siguiendo el orden de los signos y recorriendo siempre arcos iguales en tiempos iguales; la distancia del centro del círculo al sol es igual a la vigesimaquinta parte del radio del círculo [?]. Se presupone que el radio tiene una longitud imperceptible, comparada con la altura del firmamento; de ahí que con este movimiento parezca moverse el sol, como si la tierra ocupase el centro del universo. Sin embargo, la apariencia de este movimiento no tiene por causa el movimiento del sol, sino el de la tierra; de modo que, cuando, por ejemplo, la tierra está en el signo de Capricornio, el sol se ve en el de Cáncer, diametralmente opuesto; y así por el estilo. Por razón de la distancia, antes mencionada, del sol al centro del círculo, este movimiento aparente del sol no es uniforme, siendo su irregularidad máxima de dos grados y un sexto.

La línea trazada desde el sol al través del centro del círculo se dirige invariablemente hacia un punto del firmamento situa-

do a unos diez grados al oeste de la más resplandeciente de las dos estrellas brillantes de la cabeza de Los Gemelos (*Gemini*); por consiguiente, cuando la tierra se halla enfrente de este punto, y el centro del círculo se halla entre ellos, se ve al sol a su distancia máxima de la tierra. En este círculo gira la tierra, junto con cuanto queda encerrado dentro de la esfera lunar.

El segundo movimiento propio de la tierra es la rotación diurna en torno de los polos, siguiendo el orden de los signos, o sea, de oeste a este. A causa de esta rotación, el universo entero parece girar con velocidad enorme. De esta suerte gira la tierra, junto con las aguas que la circundan y la atmósfera que la rodea.

El tercero es el movimiento de declinación; porque el eje de la rotación diurna no es paralelo al eje del círculo máximo, sino que tiene respecto de él una inclinación que forma un ángulo que intercepta una porción de circunferencia igual a unos veintitrés grados y medio, en el tiempo nuestro. Por lo tanto, permaneciendo siempre el centro de la tierra en el plano de la eclíptica, o sea, en la circunferencia del círculo máximo, giran los polos de la tierra, describiendo ambos unos círculos pequeños en torno de centros equidistantes del eje del círculo máximo. El periodo de este movimiento no es de un año cabal, sino aproximadamente igual a la revolución anual en el círculo máximo. En cambio, el eje de este círculo máximo se dirige invariablemente hacia los puntos del firmamento que se llaman polos de la eclíptica. De modo semejante, el movimiento de declinación, combinado con el movimiento anual, actuando juntos sobre los polos de la rotación diurna, harían que estos polos se mantuviesen fijos en los mismos puntos del cielo, de ser exactamente iguales los periodos de ambos movimientos. Pero, en un largo decurso de tiempo, ha quedado de manifiesto que cambia esta inclinación que tiene la tierra con respecto al firmamento. De ahí proviene la opinión común, según la cual el firmamento posee movimientos varios, de acuerdo con una ley no bien entendida aún. En cambio, el movimiento de la tierra puede explicar todas estas mudanzas, de modo menos sorprendente...

EL MENSAJERO SIDERAL *

Galileo Galilei (1564-1642)

Verdadero genio científico, Galileo sienta las bases de la relojería moderna, descubre las leyes del péndulo, inventa la balanza hidrostática, inaugura la dinámica, perfecciona el telescopio aumentando su poder hasta 32 veces, y mil cosas más. Su simpatía hacia la teoría de Copérnico y su declaración de que la Biblia no puede ser un obstáculo para la investigación científica, le obliga a entablar una prolongada polémica con sus impugnadores hasta el grado de que sus opiniones son declaradas en 1616 "necias y absurdas filosóficamente y, en parte, heréticas".

Refiere Galileo el invento del telescopio

Hace unos diez meses llegó a mis oídos la nueva de que cierto holandés [Hans Lippershey] había fabricado un telescopio, con ayuda del cual podían verse distintamente y como si estuviesen cerca los objetos visibles, aun hallándose a gran distancia del ojo del observador, y referíanse algunas pruebas de sus portentosísimas hazañas, creídas por unos y negadas por otros. De ahí a unos días, recibí la confirmación de la noticia en una carta escrita desde París por Jacques Bedovere, noble francés, la cual me determinó a dedicarme primeramente a indagar el principio del telescopio, y luego a meditar en los medios cómo podría yo emular el invento de un aparato semejante. Lo cual logré llevar a efecto de allí a poco, merced a un estudio profundo de la teoría de la refracción. Y así aparejé un tubo, que al principio era de plomo, en cuyos extremos fijé dos lentes de vidrio, ambas planas por una cara, y por la otra esférica y cóncava la primera, y la segunda convexa. Entonces, acercando un ojo a la lente cóncava, vi los objetos bastante grandes y cercanos, porque parecían estar a la tercera parte de su distancia y ser nueve veces mayores que mirados a simple vista. Poco después fabriqué otro telescopio con más primor, el cual agrandaba los objetos más de sesenta veces. Al cabo, sin excusar fatigas ni gastos, logré fabricarme un instrumento tan superior a los precedentes, que, vistos al través de él, los objetos parecían aumentados cerca

* F. R. Moulton y J. J. Schifferes, *op. cit.*

de un millar de veces, y más de treinta veces más cercanos que mirados con las facultades naturales de la sola vista.

Primeras observaciones hechas por Galileo con su telescopio

Ocioso sería ponderar el número e importancia de los bienes que pudieran esperarse de este instrumento, al usarlo en tierra o por mar. Mas, haciendo caso omiso de su empleo en objetos terrenales, me di a hacer observaciones de los cuerpos celestes. Y, antes que nada, vi la luna tan cerca, como si estuviese apenas a dos radios terrestres de distancia de la tierra. Después de la luna, observé con frecuencia otros cuerpos celestes, así estrellas fijas como planetas, con increíble gozo; y, viendo lo muy grande de su número, empecé a pensar en el método mediante el cual me sería posible medir por separado sus distancias; y al cabo di con uno. Y aquí viene bien decir que quien se propusiere dedicar su atención a esta suerte de observaciones debe tener en cuenta ciertas advertencias. Porque, ante todo, es absolutamente indispensable que se apareje un telescopio perfectísimo, que le haga ver los objetos luminosos con nitidez y sin mancha alguna, y los aumente cuando menos cuatrocientas veces; porque así se los hará ver como si estuviesen tan sólo a un vigésimo de su distancia real. Pues, de no tener el instrumento un poder así, en vano se intentará ver todas las cosas que en los cielos he visto yo o que más adelante se enumerarán.

Método para determinar el aumento del telescopio

Mas, para que cualquiera pueda tener certeza un poco mayor acerca del aumento que puede dar este aparato, dispondrá dos círculos o dos cuadrados de papel, uno de ellos cuatrocientas veces mayor que el otro; lo cual ocurrirá, si el diámetro del primero fuere veinte veces mayor que el del segundo. Entonces mirará de lejos las dos superficies a la vez, fijas en un mismo muro, la menor con un ojo aplicado al telescopio, y la mayor con el ojo desprovisto de ayuda; porque esto puede hacerse sin dificultad teniendo ambos ojos abiertos simultáneamente. Entonces ambas figuras aparecerán del mismo tamaño, si el instrumento aumentare los objetos en la proporción que se desea...

Ahora permítaseme reseñar las observaciones hechas por mí durante estos dos últimos meses, pidiendo de nuevo a quienes se interesan en serio por la filosofía verdadera que presten su atención a los principios que conducen a ver fenómenos de suma importancia.

La luna. Rugosidades de su superficie. Existencia de montañas y valles lunares

Permítaseme hablar primeramente de la cara que la luna vuelve hacia nosotros. Para que se me entienda con más facilidad, distinguiré en dicha cara dos partes, que llamaré luminosa y oscura respectivamente. La parte luminosa parece rodear y penetrar todo el hemisferio; en cambio, la parte oscura, como a modo de nube, decolora la superficie de la luna y la hace aparecer cubierta de manchas. Ahora bien, estas manchas, por ser oscuras y de tamaño considerable, son visibles para todos, y las han visto todas las edades, por lo cual las denominaré manchas *grandes* o *antiguas*, para distinguirlas de otras manchas, más pequeñas en cuanto al tamaño, pero tan copiosamente diseminadas, que salpican la superficie entera de la luna, pero en especial la parte luminosa. Antes que yo nadie había observado estas manchas; y por las frecuentes observaciones que de ellas he hecho, he llegado a la opinión que ya manifesté, a saber, que me siento seguro de que la superficie de la luna no es del todo lisa, exenta de desigualdades y perfectamente esférica, como respecto de ella y los demás cuerpos celestes lo piensa una numerosa escuela de filósofos; sino que, por el contrario, está llena de irregularidades, es dispareja, está llena de hondonadas y protuberancias, lo mismo que la superficie de la tierra, la cual por todas partes se halla surcada por hondos valles y montañas enhiestas.

"DIÁLOGOS CONCERNIENTES A DOS CIENCIAS NUEVAS" * (LA MECÁNICA Y LA BALÍSTICA)

Interlocutores: Salviati, Sagredo y Simplicio

Salviati: La constante actividad que desplegáis vosotros, los venecianos, en vuestros famosos arsenales, señala al entendimiento estudioso vasto campo de indagaciones, en particular aquella porción de las obras que exigen mecánica; porque en dicha sección de continuo fabrican toda suerte de aparatos y máquinas numerosos artesanos, entre los cuales debe de haber quienes, en parte por la experiencia heredada y en parte merced

* F. R. Moulton y J. J. Schifferes, *op. cit.*

a sus propias observaciones, han adquirido gran pericia e inteligencia en la explicación de las cosas.

Sagredo: Tenéis sobrada razón. Tanto, que yo mismo, curioso como soy por naturaleza, a menudo visito este lugar, por el solo gusto de observar la faena de aquellos a quienes, por su superioridad sobre los demás artesanos, denominamos "hombres de primera categoría..."

La velocidad de la luz

Salviati: Observamos que las demás combustiones y resoluciones van acompañadas de movimiento, y rapidísimo. Parad mientes, si no, en la acción de encenderse la pólvora, tal como suele hacerse en las minas y petardos; advertid además cómo la llama del carbón de piedra, a pesar de hallarse mezclada con exhalaciones pesadas e impuras, aumenta su poder de derretir metales, avivándola un par de fuelles. Por eso no entiendo cómo la acción de la luz, aunque purísima, puede estar desprovista de movimiento, y movimiento velocísimo.

Simplicio: La experiencia de cada día nos enseña que la propagación de la luz es instantánea; porque, cuando vemos disparar de muy lejos una pieza de artillería, el chispazo nos llega a los ojos, sin que transcurra tiempo; y, en cambio, el sonido no llega a nuestros oídos sino tras un intervalo perceptible.

Sagredo: Bueno, Simplicio, lo único que puedo inferir de esa experiencia tan conocida es que el sonido, para llegar a nuestros oídos, tarda más que la luz; pero no me dice si la venida de la luz es instantánea o si, aunque rapidísima, ocupa tiempo. Esta suerte de observaciones no nos enseña más que aquello de que "en llegando el sol al horizonte, nos llega su luz a los ojos"; pues, ¿quién me asegura que los tales rayos no han llegado al sobredicho límite antes de llegar a nuestra vista?

Salviati: Lo escaso de la fuerza probatoria así de estas observaciones como de otras por el estilo me indujo en cierta ocasión a elucubrar un método mediante el cual pueda uno averiguar con certidumbre si es en verdad instantánea la iluminación, o sea, la propagación de la luz. El que la velocidad del sonido sea tan grande como lo es, nos da la certeza de que el movimiento de la luz no puede menos de ser velocísimo. He aquí el experimento que se me ocurrió.

Cada una de dos personas cogerá una luz metida dentro de una linterna u otro receptáculo, tal que una de dichas personas, poniéndole delante la mano o quitándosela, impida que

pase la luz o la deje pasar hasta los ojos de la otra. Luego se pondrán una frente a la otra, a unos cuantos codos de distancia, y se ejercitarán, hasta adquirir tanta habilidad en descubrir y ocultar sus luces, que en el instante en que vire uno la luz de su compañero descubra la suya. Tras de algunos ensayos la respuesta será tan pronta, que el descubrirse de una luz seguirá al punto el descubrirse de la otra; de suerte que, en descubriendo uno su luz, verá al instante la luz del otro. Habiendo adquirido su pericia a corta distancia, los dos experimentadores, aparejados como antes, ocuparán posiciones separadas entre sí por una distancia de dos o tres millas, y efectuarán el mismo experimento de noche, fijándose con todo cuidado en si las apariciones y eclipses acaecen del mismo modo que a distancias breves; si tal sucede, podremos afirmar con toda seguridad que la propagación de la luz es instantánea; pero si, a una distancia de tres millas, que en realidad, teniendo en cuenta la ida de una luz y la venida de la otra, es de seis, exige tiempo, en tal caso la demora ha de poderse observar con facilidad. De hacerse este experimento a distancias aún mayores, de ocho a diez millas, pongo por caso, pueden emplearse telescopios colocando el suyo cada observador en el lugar donde haya de hacer su experimento de noche. Entonces, aun cuando las luces fueren paqueñas y, por ende, imperceptibles a simple vista, podrán descubrirse y cubrirse con expedición, ya que, puestos y asestados los telescopios, merced a ellos fácilmente se verán las luces.

Sagredo: Parece el tal experimento invención ingeniosa y expedita. Mas decidnos a qué conclusión os llevan los resultados.

Salviati: En realidad, no he ensayado el experimento sino a distancia breve, de menos de una milla; por lo cual no he podido averiguar a punto fijo si la aparición de la otra luz era o no instantánea. Pero, de no ser instantánea, es extraordinariamente rápida, momentánea, por decirlo así. Y por lo pronto compararía yo su movimiento con el que vemos en el relámpago que estalla entre nubes, a ocho o diez millas de nosotros. Vemos el comienzo de dicha luz, su fuente y cabeza, por decirlo así, en algún sitio particular entre las nubes; pero en seguida se propaga a los que lo rodean; lo cual parece probar que para la propagación se requiere cuando menos algún tiempo. Porque, si la iluminación no fuese paulatina sino instantánea, no se podría distinguir su origen, su centro, por decirlo así, de sus partes exteriores. ¡En qué mar nos vamos deslizando sin percatarnos de ello! Con vacíos e infinidades y movimientos individua-

les instantáneos, ¿podremos alguna vez, aun después de disputas infinitas, llegar a tierra firme?

Sagredo: En verdad estas materias muy lejos quedan de nuestro alcance. Pensemos tan sólo que buscando sobre los números lo infinito, damos con la unidad; que los siempre divisibles se derivan de los indivisibles; el vacío se halla inseparablemente unido a lo lleno. En efecto, las opiniones que de ordinario se tienen acerca de la naturaleza de estas materias son tan enrevesadas, que hasta la circunferencia del círculo viene a parar en una recta infinita...

¿Con qué celeridad cae la piedra?

Simplicio: Admirable, en verdad, es vuestro discurso; empero; no se me hace fácil creer que el pájaro herido de un disparo caiga con la misma rapidez que una bala de cañón.

Salviati: ¿Por qué no decir un grano de arena con la misma velocidad que una piedra de molino? Pero, Simplicio, espero que no seguiréis el ejemplo de tantos otros, que, desviando la controversia de su principal intento, se valen de alguna afirmación mía a la cual falta el grueso de un cabello para llegar a la verdad, y con este cabello esconden la falta de otra, gorda como cable de navío. Dice Aristóteles que "una pelota de hierro de cien libras de peso, que cae de cien codos de altura, llega al suelo antes que una pelota de una libra que haya caído de un codo"; yo afirmo que ambas llegan al mismo tiempo.

Hallaréis, haciendo la prueba, que la pelota más grande llevará dos dedos de ventaja a la más pequeña, o sea, que cuando la mayor hubiere llegado al suelo, a la menor le faltan dos dedos para llegar. Ahora bien, no esconderéis detrás de estos dos dedos los noventa y nueve codos de Aristóteles, ni haréis hincapié en mi leve error, pasando por alto el grandísimo suyo. Declara Aristóteles que cuerpos de peso diferente se mueven dentro de un mismo medio (en cuanto su movimiento depende de su gravedad) con velocidades proporcionales a sus pesos respectivos; lo cual ilustra echando mano de cuerpos con los cuales es dado percibir los efectos de la gravedad puros y sin adulteración, eliminando otras consideraciones, como, por ejemplo, la figura, a fuer de influjos poco importantes, que dependen en gran manera del medio que modifica únicamente el efecto de la sola gravedad. Así observamos cómo el oro, que es la más densa de todas las sustancias, flota en el aire, si lo reducimos a lámina muy delgada; lo mismo acontece con la piedra molida

hasta convertirse en polvo muy menudo. Pero, si quisiereis sostener la proporción general, tendréis que demostrar que la misma relación de velocidades se conserva en el caso de todos los cuerpos pesados, y que una piedra de veinte libras se mueve diez veces más aprisa que una piedra de dos; pero yo aseguro que ello es falso, y que, si cayesen de cincuenta o cien codos de altura, llegarían simultáneamente a la tierra.

Simplicio: Acaso el resultado sería diferente, si la caída se hiciese, no ya desde unos cuantos codos, sino desde miles de codos.

Salviati: Si tal quisiese decir Aristóteles, le echaríais a cuestas otro errror, que llegaría a falsedad; porque, no pudiendo disponerse en la tierra de tan descomunal altura, claro está que Aristóteles no pudo hacer semejante experimento; y, no obstante, desea dejarnos la impresión de que lo llevó a cabo, hablando de tal efecto como de cosa que vemos.

Simplicio: En realidad Aristóteles no se vale de este principio; sino emplea el otro, que, según creo yo, no da pie a las mismas dificultades.

Salviati: Pero éste es tan falso como aquél; y me asombra el que no veais la falacia ni os percatéis de que, a ser verdad que en medio de densidades y resistencias diferentes, como el agua y el aire, el mismo cuerpo se mueve con más rapidez en el aire que en el agua, según la proporción en que la densidad del agua es mayor que la del aire, se seguirá que todo cuerpo que cae a través del aire también debería caer al través del agua. Pero tal conclusión es falsa, ya que muchos cuerpos que bajan por el aire no sólo no bajan en el agua, sino se levantan en ella.

Simplicio: No comprendo la necesidad lógica de vuestra conclusión; y, a mayor abundamiento, diré que Aristóteles trata únicamente de los cuerpos que caen en ambos medios, y no de los que caen en el aire y suben en el agua.

Salviati: Los argumentos que en pro de los filósofos traéis a colación son tales que el mismo Aristóteles los habría rechazado ciertamente, para no agravar más aún su error primero...

Envidia

Simplicio: A mi parecer, los argumentos anteriores dejaban algo que desear; pero ahora me doy por el todo satisfecho.

Salviati: Los hechos que hasta ahora he traído a colación y en particular el que hace ver cómo la diferencia de los pesos, por muy grande que fuera, no produce efecto alguno en el cambio

de velocidad de los cuerpos que caen, de suerte que, en cuanto se refiere al peso, todos ellos caen con igual velocidad, esta idea, digo, es tan nueva y, al parecer, tan ajena a la realidad, que, de no disponer de medios de hacerla tan clara como el sol, más valiera no haberla mencionado; pero, ya que le permití salir de mis labios, no he de omitir experimento ni argumento alguno para corroborarla.

Sagredo: No sólo esta opinión vuestra, sino muchas otras son tan ajenas de las doctrinas y pareceres comúnmente admitidos, que, si las publicaseis, os acarrearíais gran número de adversarios; porque la naturaleza humana es de tal suerte, que los hombres no miran con buenos ojos los descubrimientos, verdaderos o falsos, que se hacen en su propio terreno, cuando los hacen otros distintos de ellos. Tachan al tal de novador en achaque de doctrina, título poco grato, mediante el cual esperan cortar el nudo que no pueden desatar; y se empeñan en destruir con minas subterráneas los edificios que alarifes pacienzudos han construido con las herramientas acostumbradas. Mas, para nosotros, que no tenemos pensamiento de ese jaez, son del todo satisfactorios los experimentos y argumentos que hasta ahora habéis presentado.

DE LA ESTRUCTURA DEL CUERPO HUMANO *

Andrés Vesalio (1514-1564)

Impugnador de las doctrinas de Galeno y autor, entre otras obras, de De humani corporis fabrica, *en 7 vols., estudió experimentalmente el cuerpo humano, logrando con ello las primeras contribuciones auténticas a la anatomía humana. Logró una gran reputación como médico y cirujano. Pero la Inquisición le salió al frente a causa de sus experimentos con cadáveres humanos formulándole una grave condena, la cual, por intervención de Felipe II, le fue conmutada por un viaje de penitencia a los Santos Lugares.*

La indolencia de la profesión médica ha mirado con muy buenos ojos el que para nosotros se hayan perdido los escritos de Eudemo, Herófilo, Marino, Andrés, Lico y otros príncipes de la anatomía; puesto que no se ha conservado ni una sola página de todos aquellos famosos escritores que menciona Galeno, en número de más de veinte, en su segundo comentario de Hipócrates acerca de *La naturaleza del hombre*. Más aún, de los propios escritos de anatomía del sobredicho autor, apenas la mitad se ha librado de perecer. Empero, los seguidores de Galeno, entre los cuales pongo a Oribasio, a Teófilo, a los árabes y a todos los escritores nuestros que hasta ahora tengo leídos, siempre que nos entregaban algo digno de leerse (y perdónenme ellos por lo que digo) de él lo tomaban. Y, creédmelo, el lector atento se percatará de que ninguna cosa estaban tan lejos de intentar como la disección de los cuerpos. Ponían confianza absoluta en no sé qué cualidad de los escritos de su jefe y en el descuido de la disección de lo restante; y vergonzosamente reducían a Galeno a compendios convenientes, sin apartarse nunca de él ni un negro de uña, supuesto que lograsen entenderlo. Más aún, en la portada de sus libros declaraban que sus estilos son retazos zurcidos de las enseñanzas de Galeno y que de él es todo lo suyo.

Y tan completamente se han sometido a la autoridad de él, que nunca ha habido médico alguno que declarase que en los

* F. R. Moulton y J. J. Schifferes, *op. cit.*

libros de anatomía compuestos por Galeno se encontró alguna vez un error, por leve que fuese; a pesar de que nosotros, merced al renacimiento del arte de la disección, a la lectura atenta y laboriosa de las obras de Galeno, y a la restauración que de ellas hemos hecho en varios pasajes, cosa de la cual no tenemos razón alguna para avergonzarnos, entendemos a las clara que Galeno jamás disecó personalmente un cuerpo humano recién muerto (y nada decimos del hecho de que Galeno a menudo se retracta y de que en los últimos libros corrige negligencias en que ha incurrido en los primeros y a veces enseña doctrinas contradictorias). Más aún, engañado por sus monos (aunque se concede que observó cuerpos humanos momificados y preparados como para estudiar los huesos), a menudo lleva la contra a los médicos antiguos, que se habían ejercitado disecando cadáveres humanos.

Además, ¡cuántas observaciones falsas no hallaréis que hizo en sus monos! Nada diré; del hecho pasmoso de que Galeno apenas notó ninguna de las múltiples e infinitas diferencias que existen entre los órganos del cuerpo humano y los del cuerpo del mono, salvo en lo concerniente a los dedos y al codillo, cosas que ciertamente hubiera pasado por alto como todo lo demás, de no haberlas visto sin necesidad de disecar.

Mas por ahora no me propongo criticar las afirmaciones falsas de Galeno, que es sin duda el más destacado entre los profesores de anatomía; y mucho menos desearía yo que se me considerase desde el comienzo como desleal al autor de todas las cosas buenas y de poco respetuoso para con su autoridad.

Pues no dejo de caer en la cuenta de cómo los representantes de la profesión médica (tan diferentes en esto de los discípulos de Aristóteles) acostumbraban poner el grito en el cielo cuando en más de doscientos casos, en el solo curso de anatomía que ahora doy en las escuelas, ven que Galeno ha dejado de dar la verdadera descripción de las mutuas relaciones, usos y funciones de las partes del hombre; de cómo a veces fruncen el ceño y examinan pulgada a pulgada la disección, decididos a defenderlo.

Pero también ellos, movidos por su amor a la verdad, van abandonando poco a poco su actitud, haciéndose menos enfáticos, y comenzando a fiarse más de su propia razón y visión, no exentas de eficacia, que de los escritos de Galeno. Apresuráronse a comunicar a sus amigos por correspondencia epistolar esas vardaderas paradojas, no adquiridas por la servil dependencia de esfuerzos ajenos ni apoyadas únicamente en moles de autori-

dades. Con tanto apremio y tan amistosamente los exhortan a que las examinen por sí mismos, que hay razones fundadas para esperar que dentro de poco se cultive la anatomía en nuestras academias todas como antaño lo fue en Alejandría.

Y, a fin de que las musas se regocijen más con esta esperanza, además de otras publicaciones mías sobre este tema —que ciertos plagiarios, creyéndome lejos de Alemania, han presentado como de su cosecha— he dispuesto, de la mejor manera que he podido, en siete libros mis conocimientos acerca de las partes del cuerpo humano, según el orden que acostumbro seguir al exponerlos ante la docta asamblea de esta ciudad, lo mismo que en Bolonia y Pisa. De esta manera los que han asistido a las disecciones tendrán un recordatorio de lo que allí se les enseñó y podrán con menos molestia exponer la anatomía a otros. Los sobredichos tampoco serían inútiles ni mucho menos para aquellos que no tienen oportunidad de examinar las cosas por sí mismos; porque en ellos se da cuenta de modo bastante completo del número, posición, forma, sustancia, conexión con otras partes, uso y función que tiene cada parte del cuerpo humano, junto con otras cosas por el estilo, concernientes a la naturaleza de las partes, que acostumbramos declarar durante la disección; y también el método de disección de animales así muertos como vivos. Además, estos libros contienen representaciones de las partes intercaladas en el texto del discurso, de tal modo que ponen, por decirlo así, un cadáver disecado ante los ojos de quien estudia las obras de la naturaleza.

Así, pues, en el libro primero he descrito la naturaleza de todos los huesos y cartílagos, lo cual, puesto que ellos sostienen las demás partes y deben describirse de acuerdo con ellos, es lo primero que han de saber los estudiantes de anatomía. El libro segundo trata de los ligamentos con que están unidos entre sí los huesos y cartílagos; y después de los músculos que influyen en los movimientos que dependen de nuestra voluntad. El tercero comprende la apretada red de venas que llevan a los músculos y hueso y a las demás partes la sangre ordinaria mediante la cual se nutren, y de las arterias que fiscalizan la mezcla del calor innato y del espíritu vital. El cuarto trata de las ramas no sólo de los nervios que llevan a los músculos el espíritu vital, sino también de todos los demás nervios. El quinto explica la estructura de los órganos que sirven para la nutrición que se efectúa mediante la comida y la bebida; y, además, a causa de la proximidad de su posición, contiene también los instrumentos dispuestos por el Creador Altísimo para la propa-

gación de la especie. El sexto está dedicado al corazón, *fomes* de facultad vital, y a las partes que le están subordinadas. El séptimo describe la armonía entre la estructura del encéfalo y los órganos de los sentidos; pero sin repetir la descripción que se da en el libro cuarto de la red de nervios que salen del cerebro...

Pero aquí se me viene a la memoria el juicio de ciertos hombres que condenan la práctica de poner ante los ojos de los estudiantes, como lo hacemos con las partes de las plantas, dibujos de las partes del cuerpo humano, aunque nunca sean éstos exactos. Dicen los tales que esas partes no han de parecerse por medio de pinturas, sino disecando y examinando cuidadosamente las cosas mismas. Como si lo que yo pretendiera al añadir al texto de discursos imágenes de las partes, imágenes que son fidelísimas y que deseo ver libres del peligro de que las despojen los impresores, fuese que los estudiantes se fíen de ellas y se abstengan de disecar cuerpos; siendo así que he tenido por costumbre mover por todos los medios a los estudiantes de medicina a que hagan disecciones con sus propias manos. Cierto, si se hubiera conservado hasta hoy el uso que tenían los antiguos de ejercitar en casa a los muchachos en hacer disecciones, lo mismo que en formar las letras y en leer, consentiría gustoso en que suprimiésemos no sólo las imágenes, sino también todo comentario. Porque los antiguos no empezaron a escribir acerca de la disección sino cuando pensaron que la honra exigía que comunicasen su arte no sólo a sus hijos, sino también a los extraños a quienes respetaban por su virtud. Porque, en cuanto los muchachos dejaron de ejercitarse en la disección siguióse al punto la consecuencia inevitable de que aprendían la anatomía menos bien, por haberse abolido el ejercicio que estaban acostumbrados a empezar desde jóvenes. Y tanto es así que cuando el arte salió de manos de la familia de los Asclepiades, y estuvo en decadencia por espacio de muchos siglos hasta ahora, se necesitaron libros para conservar una idea completa de ella. Pero cuanto ayuden los dibujos para entender estas cosas y con cuanta mayor exactitud que el lenguaje más claro pongan todas estas cosas delante de los ojos, nadie puede haber dejado de experimentarlo en la geometría y en las demás disciplinas matemáticas.

Pero, sea de ello lo que fuere, he hecho cuanto estaba en mi mano con el único fin de ayudar a cuantos pudiere en el estudio de una materia abstrusa y ardua, y de describir de modo completo y verdadero la estructura del cuerpo humano, que no

consta de diez o doce partes (como parece a quienes le dan tan sólo una ligera ojeada), sino de millares de partes diferentes; y de brindar a los estudiantes de medicina una ayuda eficaz para entender los libros de Galeno que tratan de esta rama del saber, los cuales son de todos sus escritos los que más han menester ayuda de maestro.

Además, bien me percato de cuán poca autoridad tendrán mis esfuerzos, a causa de mi juventud (ando todavía en los veintiocho años); y por la frecuencia con que llamo la atención sobre la falsedad de las afirmaciones de los griegos; de cuán poco a cubierto me hallaré de los ataques de aquellos que (a diferencia de lo que he hecho yo en las escuelas de Italia) no se han aplicado en serio al estudio de la anatomía y que, siendo ahora viejos devorados por la envidia que sienten por los descubrimientos verdaderos de los jóvenes, se avergonzarán, junto con todos los sectarios de Galeno, de haber sido hasta ahora tan ciegos que no cayeron en la cuenta de lo que expongo al presente, y de haberse arrogado a pesar de ello gran reputación en el arte (sé, repito, cuán poca autoridad tendrán mis escritos), a menos que salgan a luz bajo los auspicios de la gran protección de un poder divino. Y, puesto que no pueden tener más seguro amparo ni ornato más espléndido que el nombre imperecedero del Divino Carlos, Invicto y Máximo Emperador, suplico a Vuestra Majestad que permita a esta provechosa obra mía, que en muchos sentidos y por muchas razones es peligrosa para sí misma, que circule por breve tiempo bajo los auspicios, gloria y patrocinio de Vuestra Majestad, hasta que, merced a la experiencia de los hechos, merced al juicio que madura con el tiempo y merced al aprendizaje, pueda hacer yo los frutos de mi trabajo dignos del Príncipe Óptimo y Máximo, o pueda ofrecerle otro presente digno de aceptación, acerca de otro tema escogido de entre los del arte nuestro.

Padua, día 1º de agosto del año del Señor de 1542

LOS PRINCIPIOS MATEMÁTICOS DE LA FILOSOFÍA NATURAL *

Isaac Newton (1642-1727)

El autor de la teoría de la gravitación universal tuvo una personalidad polifacética, pues además de sus actividades de investigación científica en el campo de la física (Optic, Philosophia Naturalis Principia Mathematica, *etcétera), fue miembro del Parlamento, director de la Casa de Moneda de Londres, miembro extranjero (por excepción) de la Academia de Ciencias de París, y presidente de la Royal Society. Por otra parte, se interesó mucho por las profecías, llegando a escribir obras como* Historical Account of Two Notable Corruptions of the Scriptures, Observations on the Prophecies of Daniel and the Apocalypse of St. John *y* Lexicon Propheticum. *Autor con Leibniz, concomitantemente y por separado, del cálculo infinitesimal, sostuvo una polémica con éste no sólo en cuanto a la cuestión de quién había creado antes dicho cálculo, sino también en cuanto a su teoría de la gravitación.*

Reglas del razonamiento en filosofía

REGLA I. *No admitiremos más causas de las cosas naturales que las que fueren verdaderas y a la vez suficientes para explicar sus apariencias.*

A este propósito dicen los filósofos que la naturaleza nada hace en balde, y las cosas se hacen tanto más en balde cuanto de menos sirven: la naturaleza gusta de la sencillez y no afecta pomposos efectos de causas superfluas.

REGLA II. *Por consiguiente, en cuanto fuere posible, hemos de atribuir los mismos efectos naturales a las mismas causas.*

Como, por ejemplo, la respiración en el hombre y en los brutos; la caída de las piedras en Europa y en América; la luz del fuego de nuestra cocina y la luz del sol; la reflexión de la luz en la tierra y en los planetas.

REGLA III. *Deben ser tenidas por cualidades universales de todo cuerpo las cualidades de los cuerpos que no admiten ni intensificación ni remisión de grados y que hallaremos que perte-*

* F. R. Moulton y J. J. Schifferes, *op. cit.*

necen a todos los cuerpos que se encuentran al alcance de nuestros instrumentos.

Porque, como las cualidades de los cuerpos no se conocen sino mediante los experimentos, hemos de tener por universal todo cuanto universalmente concuerda con los experimentos; y las que no están sujetas a disminución nunca pueden suprimirse por completo. Ciertamente, no hemos de dejar la evidencia que nos dan los experimentos, por sueños y vanas ficciones inventadas por nosotros mismos; ni hemos de apartarnos de la analogía de la naturaleza, que acostumbra ser sencilla y siempre constante consigo misma. La extensión de los cuerpos no la conocemos sino merced a nuestros sentidos, y no la perciben éstos en todos los cuerpos; pero, como percibimos la extensión en todos los que son sensibles, también la atribuimos a todos los demás. Por experiencia sabemos que muchos cuerpos son duros, y, como la dureza del todo proviene de la dureza de las partes, inferimos con razón la dureza de las partículas no separadas no sólo de los cuerpos que sentimos, sino de todos los demás. El que todos los cuerpos sean impenetrables no lo sabemos por razonamiento, sino gracias a la sensación. Hallamos que son impenetrables los cuerpos que manejamos, y de ahí inferimos que la impenetrabilidad es propiedad universal de todos los cuerpos. El que los cuerpos sean móviles y estén dotados de ciertas potencias (que denominamos *inercia*) para perseverar en su movimiento o en su reposo, lo inferimos tan sólo de propiedades similares observadas en los cuerpos que hemos visto. La extensión, la dureza, la impenetrabilidad, la movilidad y la inercia del todo resultan de la extensión, dureza, impenetrabilidad, movilidad e inercia de las partes; y de aquí inferimos que las partes más pequeñas de los cuerpos son también todas ellas extensas, duras, impenetrables e inmóviles y que están dotadas de su propia inercia. Y éste es el fundamento de toda filosofía. Además, materia de observación es el que las partes contiguas, aunque divididas, de los cuerpos pueden separarse unas de otras; y en las partículas que permanecen sin separarse, nuestra mente puede distinguir partes aún menores, como se demuestra matemáticamente. Pero no podemos afirmar con certeza que las partes que así se distinguen y que no están divididas aún puedan dividirse y separarse unas de otras, en virtud de las fuerzas de la naturaleza... Sin embargo, con tener la prueba, por un solo experimento, de que se llegó a dividir cualquier partícula no dividida, al romperse un cuerpo duro y sólido, podríamos afirmar, en virtud de esta regla, que así las partículas

divididas como las no divididas pueden dividirse y separarse realmente hasta lo infinito.

Por último, si constase universalmente, por los experimentos y las observaciones astronómicas, que todos los cuerpos cercanos a la tierra gravitan hacia la tierra, y eso en proporción diversa con la cantidad de materia que contiene cada uno de ellos, y que, asimismo, la luna, según la cantidad de su materia, gravita en torno de la tierra, y que, recíprocamente, nuestros mares gravitan hacia la luna; y todos los planetas unos hacia otros, y del mismo modo los cometas hacia el sol deberíamos, al tenor de esta regla, conceder de manera universal que todos los cuerpos están dotados de un principio de gravitación mutua. Porque el argumento tomado de las manifestaciones concluye con mayor fuerza tratándose de la gravitación universal de todos los cuerpos que de la impenetrabilidad de ellos, acerca de lo cual no tenemos experiencia alguna ni observaciones de ninguna clase para los que pertenecen a las regiones celestes. No quiero decir que afirme yo que la gravedad es esencial a los cuerpos: por su *vis insita* no entiendo otra cosa que su inercia. Ésta es inmutable. Su gravedad disminuye según se alejan de la tierra.

Regla IV. *En la filosofía experimental hemos de tener por exactamente verdaderas o muy cercanas a la verdad las proposiciones inferidas por general inducción a partir de los fenómenos, pese a todas las hipótesis contrarias que pudieren imaginarse, hasta que se presenten otros fenómenos en virtud de los cuales las sobredichas proposiciones puedan hacerse más exactas o padecer excepciones.*

Hemos de seguir esta regla, para que las hipótesis no desvirtúen el argumento de inducción.

Las fuerzas de gravitación son universales

Corolario I. De lo dicho se infiere que los pesos de los cuerpos no dependen de sus formas y contexturas; porque, si los cuerpos pudieran alterarse con las formas, serían mayores o menores según la variedad de las formas en materia igual; lo que es contrario a la experiencia.

Corolario II. Todos los cuerpos cercanos a la tierra gravitan hacia la tierra; y los pesos de todos ellos, a igual distancia de la tierra, son proporcionales a las cantidades de materia que respectivamente contienen. Ésta es la cualidad de los cuerpos que quedan al alcance de nuestros experimentos; y, por lo tanto (en virtud de la Regla III), debe afirmarse de cualquier cuerpo. Si

el éter, o cualquier otro cuerpo, careciese por completo de gravedad o gravitase menos, en proporción con su cantidad de materia, en tal caso, ya que (según Aristóteles, Descartes y otros) no hay diferencia entre dicho cuerpo y los demás, mediante cambios sucesivos de forma, podría finalmente mudarse en un cuerpo de condición idéntica a la de los que gravitan más en proporción con sus cantidades de materia; y, por el contrario, los cuerpos más pesados podrían, adquiriendo la forma primitiva del sobredicho cuerpo, ir perdiendo paulatinamente toda su gravedad. Por consiguiente, los pesos dependerían de las formas de los cuerpos, y podrían cambiarse junto con esas formas, al contrario de lo que se probó en el corolario anterior.

Corolario III. No todos los espacios están igualmente llenos. Porque, de estar todos los espacios igualmente llenos, la gravedad específica del fluido que llena la región del aire, teniendo en cuenta la extremada densidad de la materia, no sería inferior a la gravedad específica del mercurio, del oro ni de cualquier otro cuerpo de los más densos, y, por consiguiente, ni el oro ni ningún otro cuerpo podría bajar por el aire; puesto que los cuerpos no bajan en los fluidos a, menos que sean específicamente más pesados que éstos. Y, si pudiera disminuirse, por una rarefacción cualquiera, la cantidad de materia que hay en un espacio dado, ¿qué impediría disminuirla hasta lo infinito?

Corolario IV. Si tienen la misma densidad todas las partículas sólidas de los cuerpos y no pueden enrarecerse sin poros, hay que asegurar la existencia de un vacío, espacio o *vacuum.* Por cuerpos de idéntica densidad entiendo aquellos cuyas inercias guardan la misma proporción con sus volúmenes.

Corolario V. La potencia de gravedad es de naturaleza diferente que la potencia de magnetismo; porque la atracción magnética no es proporcional a la materia atraída. El imán atrae más a ciertos cuerpos; a otros menos; a los más de los cuerpos no los atrae nada. La potencia de magnetismo puede aumentarse y disminuirse en un mismo cuerpo, y a veces, para la cantidad de materia, es más fuerte que la potencia de gravedad, y, al alejarse el imán, no disminuye como el cuadrado de la distancia, sino como el cubo de la misma, en cuanto puede juzgar por algunas observaciones vastas.

Que existe una potencia de gravedad que atrae a todo cuerpo y es proporcional a la diversa cantidad de materia que contiene cada uno de ellos

Que todos los planetas gravitan unos hacia otros, es cosa que ya antes probamos; asimismo, que la fuerza de gravedad hacia cada uno de ellos por separado es inversamente proporcional al cuadrado de las distancias que median entre los lugares y el centro del planeta. De donde en virtud de la proposición LXIX del libro I) se sigue que la gravedad que tiende hacia todos los planetas es proporcional a la materia que éstos contienen.

Además, puesto que todas las partes de cada planeta A gravitan hacia otro planeta B, y la gravedad de cada parte es a la gravedad del todo como la materia de la parte es a la materia del todo; y, puesto que (en virtud de la Ley III) a toda acción corresponde una reacción igual a ella, el planeta B gravitará, a su vez, hacia todas las partes del planeta A; y su gravedad hacia cada una de las partes será a la gravedad suya hacia el todo como la materia de la parte es a la materia del todo.

Corolario I. Por consiguiente, la fuerza de gravedad hacia cualquier planeta considerado en conjunto procede de las fuerzas de gravedad hacia todas sus partes, y de ellas se compone. Ejemplo de ello nos lo brindan las atracciones magnéticas y eléctricas, porque toda atracción hacia el conjunto proviene de las atracciones hacia las diversas partes; por lo que concierne a la gravedad, la cosa puede entenderse fácilmente, si consideramos un planeta grande como formado de cantidad de planetas pequeños, que se juntan para constituir un globo. Porque en tal caso se verá cómo la fuerza del conjunto procede de las partes que lo componen. Si se arguye que, al tenor de esta ley, todos los cuerpos que nos rodean deben gravitar unos hacia otros, siendo así que en ninguna parte se manifiesta semejante gravitación, respondo que, dado que la gravitación hacia dichos cuerpos es a la gravitación hacia el conjunto de la tierra como los cuerpos sobredichos son a toda la tierra, la gravitación hacia ellos debe de ser muchísimo menor de lo que pueden observar nuestros sentidos.

Corolario II. La fuerza de gravedad hacia las varias partículas iguales de un cuerpo es inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que media entre los lugares y las partículas.

ASÍ PENSABA FRANCIS BACON *

(Ad filios) †

Francisco Bacon (1561-1626)

Bacon es representante primordial del espíritu científico de una nueva época. Sus críticas a Aristóteles, en su Novum Organum, *y su propuesta de un método realmente científico contribuyen a instaurar una nueva actitud en la ciencia, independientemente de la corrección de sus afirmaciones. Murió a consecuencia de un catarro que contrajo al salir de su coche para rellenar de hielo a una gallina con la finalidad de estudiar los efectos retardantes de la corrupción.*

1. De esta suerte pensaba Francis Bacon. El conocimiento que ahora posee el mundo, sobre todo el conocimiento de la naturaleza, no se extiende a la magnitud y certeza de las obras. Los médicos declaran incurables muchas enfermedades, y en las demás fracasan a menudo. Los alquimistas envejecen y mueren entregados a sus esperanzas. Los magos no hacen nada que sea duradero y de provecho. Los mecánicos sacan poca luz de la filosofía natural; y lo único que hacen es hilar sus propios y menguados estambrecillos. A veces la casualidad descubre inventos; mas para llevar a cabo su obra no le bastan años, sino ha menester épocas. Por eso entendió a las claras él que los inventos conocidos son muy imperfectos; y que no es de creer que salgan a luz otros nuevos, hasta dentro de mucho tiempo; y que los que existen, no salieron a la luz por obra de la filosofía.

2. También pensaba que este estado del conocimiento era el peor; porque los hombres se empeñan (obrando así contra sí mismos) en poner a cubierto el prestigio de la ignorancia, y en contentarse a sí mismos con esta pobreza. Porque los médicos,

* F. R. Moulton y J. J. Schifferes, *op. cit.* Bacon habla de sí mismo en tercera persona.

† Escrito en el extremo superior izquierdo de la página, de mano de Bacon.

amén de las cautelas de índole práctica, poseen el artificio general de achacar las flaquezas de su arte a supuestas imposibilidades; y no puede ser condenado su arte, juzgando el mismo. También esa filosofía de que se saca el conocimiento de la física que ahora se usa admite ciertas posiciones y opiniones que (si bien se las mira) llevan a la persuasión de que no han de esperarse grandes obras ni del arte ni de la mano del hombre; tal es, en particular, la opinión de que "difieren en cualidad el calor del sol y el fuego"; asimismo, esta otra; "la composición es obra del hombre; la mixtura es obra de la naturaleza"; y otras por el estilo; todas las cuales tienden a menoscabar el poderío del hombre y a desalentarlo mañosamente; matando en él no sólo el agrado de la fantasía, sino el empeño por hacer la prueba. Y todo eso por la vanagloria de hacer creer que el arte de ellos es perfecto y que es imposible lo que no se ha descubierto hasta ahora.

A su arte achaca el alquimista sus propios yerros, bien suponiendo que se entienden mal las palabras de sus autores, lo cual lo mueve a dar oídos a la tradición oral, o bien no dando en la práctica con los verdaderos pasos y proporciones, lo cual le hace repetir sus pruebas hasta lo infinito; y hallando que, de paso, acierta en algunos experimentos y conclusiones sin importancia, de ellos se nutre, y los pondera cuanto puede, y suple lo demás con esperanzas.

El mago, cuando da con algo producido (según él se lo figura) sobre las fuerzas de la naturaleza, piensa que ha abierto una brecha en la naturaleza, que tanto cuesta hacer lo grande como lo pequeño, sin ver que se trata de casos especiales, en que en todos los tiempos han actuado la magia y la superstición.

En cuanto al mecánico ya se las da de inventor, con sólo que logre refinar un invento, o juntar en una sola dos o tres observaciones o prácticas, o acomodar mejor ciertas cosas a su uso, o hacer la obra de volumen mayor o menor.

De esta suerte vio él (Bacon) que los hombres se persuaden con igual facilidad de las imposibilidades y de los inventos nuevos; o que piensan que ya existen, pero en secreto y en manos de unos cuantos; o que toman por inventos esas pequeñas industrias y aditamentos. Todo lo cual hace que los hombres se aparten del trabajo tesonero y cabal, que se requiere para inventar cosas nuevas, en la medida que fuere.

3. Pensaba también que cuando los hombres se ponen delante de los ojos la variedad y perfección de las obras producidas por las artes mecánicas, más se inclinan a admirar lo que el hombre

tiene que a comprender lo que le hace falta, sin parar mientes en que los inventos originales y conclusiones de la naturaleza, que son la vida de toda esa variedad, no son muchos ni estudiados hasta lo hondo; y que lo demás no es sino movimiento sutil y ordenado del instrumento y de la mano; y que el almacén en que se guarda todo eso se asemeja a las bibliotecas, las cuales, con tantos libros como hay en ellas, no contienen (las más de las veces) sino repeticiones, variadas a veces en cuanto a la forma; pero no en cuanto a la sustancia. De esta suerte vio a las claras que la persuasión de nadar en la abundancia era causa de escasez; y que así las obras como los libros parecen muchos y son pocos.

4. También pensó que el conocimiento se comunica a los hombres en forma tal como si todo estuviese acabado; porque lo reducen a métodos y artes que en sus divisiones parecen abarcar cuanto puede existir. Y por flojo que sea el relleno de las partes, no por eso dejan de tener visos y apariencias de totalidad; y de ahí resulta que los escritos de algunos autores consagrados se tomen por el arte mismo. En cambio, la antigüedad solía entregar el conocimiento recogido por la mente del hombre, en forma de observaciones, aforismos o sentencias breves y dispersas, o pequeños tratados de algunas ramas del saber que habían ellos meditado y elaborado con diligencia. Y por eso las ciencias se hallaban estancadas y así lo han estado por mucho tiempo; y lo positivo está fijo y lo dudoso sigue siendo dudoso, y no se clavan los jalones para ningún progreso ulterior. Y por eso vio a las claras que los hombres se habían retraído de todo invento ulterior; y así no es de maravillar que no se consiga lo que, lejos de pretenderse, se suprime y excluye.

5. Pensaba también que casi siempre se busca el conocimiento para deleite y satisfacción, o por lucro y profesión, o para prestigio y adorno; y que todas estas cosas son manzanas de oro de Atalanta, que ponen estorbo a la carrera de la invención. Porque en estas carreras, tan ajenos andan los hombres de aumentar el acervo del conocimiento, que del acervo que existe no cogerán sino cuanto les sirviere para sus fines; y si alguno, entre tantos, buscare el saber por el saber, tratará más bien de conocer la variedad de las cosas que la verdad y causas de ellas; y aun cuando su indagación fuese más seria, tenderá más bien al juicio que a la invención; y más a descubrir la verdad en las controversias que asuntos nuevos. Y si tuviere corazón tan grande que se propusiere pasara adelante en el descubrimiento o invención, será más bien en lo tocante a hacer nuevos discursos y especu-

laciones acerca de las causas que en lo concerniente a la indagación de los efectos y operaciones. Y en cuanto a aquellos a quienes no se les caen de la boca la acción, el uso, la práctica y las ciencias relativas a estas cosas, piensan en la aplicación de lo ya conocido, y no en el descubrimiento de lo que no se conoce. Así, pues, vio claramente que el invento de nuevos medios para dotar de nuevas fuerzas u obras la condición y la vida del hombre, era cosa que los hombres casi nunca se proponían y decidían llevar al cabo.

6. Pensaba también que entre todos los conocimientos el menos continuo y elaborado era la filosofía natural. Porque desde el advenimiento de la fe cristiana, los más de los ingenios y las mayores ayudas y recompensas se han dado siempre al estudio de la teología. Y aun antes de entonces, los más de los estudios de los filósofos se habían empleado en la filosofía moral, que fue como la teología pagana. Y en ambas épocas gran parte de los mejores ingenios se dedicaron a las leyes, a los alegatos y a los negocios del Estado, sobre todo en la época de la grandeza de los romanos, quienes, por lo vasto de su imperio, necesitaron para los negocios civiles los servicios de todos los hombres aptos. Y breve fue entre los griegos el tiempo durante el cual pareció florecer más la filosofía natural; y ese tiempo más se perdió en disputas de sectas y luchas de opiniones, que se empleó con provecho. Y desde entonces la filosofía natural no fue nunca profesión, ni ocupó a ningún hombre por entero, exceptuando acaso a algún monje encerrado en su monasterio o algún hidalgo aislado en el campo, y eso en muy contadas ocasiones; antes al contrario, fue la filosofía natural ciencia transitoria, buena para cultivar unas pocas inteligencias jóvenes y todavía sin madurar y para servir de introducción a otras artes, especialmente a las matemáticas físicas y prácticas. De esta suerte vio a las claras que por la filosofía natural se habían interesado no más que unas cuantas personas y que aun a éstas les había tomado la menor parte de su tiempo, y eso en lo más débil de la edad y juicio de las mismas.

7. Pensaba también en cuántas contradicciones y prejuicios no ha encontrado la filosofía natural en la superstición y en el celo desenfrenado y ciego de la religión. Porque halló que habían sido condenados como impíos algunos griegos que por vez primera explicaron el trueno; y que de modo no muy diferente habían censurado los antiguos padres de la Iglesia cristiana a los cosmógrafos que primero descubrieron y describieron la redondez de la tierra; y que mucho peor aún es lo que está

pasando ahora, por el atrevimiento de los escolásticos y de los discípulos que tienen en los monasterios, los cuales, habiendo convertido la teología en arte, poco menos que han incorporado en la religión cristiana la disputadora filosofía de Aristóteles.

Y, hablando en general, notó que los hombres de devota sencillez opinaban que los secretos de la naturaleza eran secretos de Dios y parte de esa gloria que abrumara con su peso al hombre que tratare de escudriñarla; y pensaban que el deseo de alcanzar conocimiento tan grande y oculto tiene semejanza con la tentación que tuvo por efecto la caída original. Y, por otra parte, advirtió en los hombres dados a la política devota cierta inclinación a mantener a la gente tanto más sometida a Dios cuanto menos conocedora de las causas segundas; y a no meterse con la filosofía, por temor de que ésta lleve a novedades teológicas o descubra otros puntos que se hallen en contradicción con la teología.

Pero, recurriendo en esta parte, a la autoridad de las escrituras, de los ejemplos santos y de la razón, no sólo quedó satisfecho, sino muy confirmado en su modo de pensar. Porque, lo primero, consideró que no fue la ocasión de la caída el conocimiento de la naturaleza mediante la luz con la cual les dio nombres, según la propiedad de cada uno de ellos, sino el conocimiento moral del bien y del mal, enderezado al fin de que el hombre ya no dependiese de los mandamientos divinos, sino que el hombre se dirigiese a sí mismo. Ni tampoco pudo hallar en escritura alguna que la ciencia y la indagación del hombre se halle restringida por los misterios de la divinidad; antes al contrario, la escritura la permite y recomienda. Porque respecto de todos los demás conocimientos dice la escritura: "La gloria de Dios consiste en ocultar; mas la gloria del hombre está en hallar." Y también: "El espíritu del hombre es como la lámpara de Dios, con la cual busca todos los secretos." Y en otro lugar, y con más eficacia: "Dios ha hecho todas las cosas con hermosura y decoro, según la variedad de las estaciones de ellas. Ha puesto el mundo dentro del corazón del hombre; y el hombre no puede descubrir la obra que obra Dios desde el principio hasta el fin", indicando con estas últimas palabras que el corazón del hombre es recipiente o concavidad donde puede colocarse y hallar cabida todo el contenido del mundo (o sea, todas las formas de las criaturas y cuanto no es Dios); y lamentando que por la variedad de las cosas y las vicisitudes de los tiempos (lo cual no es impotencia, sino mero estorbo) no pueda el hombre llegar a descubrirlo. Se le puso también delante de los ojos,

en pasajes anteriores, que en los escasos recuerdos que nos da de antes del diluvio, la escritura honra el nombre de los inventores de la música y de las obras metálicas; que de Moisés dice, como una alabanza más, que fue versado en toda la sabiduría de los egipcios; que Salomón, merced al don de sabiduría que le otorgó Dios, poseyó, como rama de la misma, el conocimiento gracias al cual escribió la historia natural de todos los vegetales, desde el cedro hasta el musgo, y de todo cuanto respira; que en el libro de Job y en muchos lugares en los profetas aparece abundante riego de filosofía natural; y que la Iglesia en su seno y regazo conservó siempre, en medio de los tiempos más calamitosos, los libros de la filosofía y todo el saber pagano (a modo de santas reliquias); y que cuando Gregorio, obispo de Roma, se mostró enemigo injusto de la memoria de la antigüedad pagana, se le tachó de pusilánime, y de ahí a poco se restauró la honra de ella, y la memoria de él se vio poco menos que perseguida por Sabiniano, sucesor suyo. Y, últimamente, en tiempos de nuestros padres y en los nuestros, al proponerse Lutero y los teólogos protestantes por una parte y los jesuitas por otra reformar aquéllos la doctrina y éstos la disciplina y costumbres de la Iglesia de Roma, ha visto él cómo unos y otros, para grande honra y provecho de ellos, han despertado todo el saber humano.

Y la razón de ello más grande y evidente en que todo conocimiento y en especial el de la filosofía natural tiende en gran manera a ensalzar la gloria de Dios en su poderío, providencia y beneficios, manifestándola en sus obras y desenterrándolas de ellas, las cuales, sin este conocimiento, están como encubiertas por un velo; porque, si los cielos en su mole manifiestan a los ojos la gloria de Dios, mucho más lo declaran al entendimiento con las normas y decretos que los rigen.

Y otra razón no inferior a la primera es que la misma filosofía natural, entre todos los conocimientos humanos, es el que brinda defensa más excelente contra los dos extremos de la religión, a saber, la superstición y la incredulidad; porque por una parte libra la mente de imaginaciones y fantasmagorías vanas y alza la mente para que reconozca que para Dios todas las cosas son posibles. Porque a este propósito habla nuestro Salvador en ese primer canon contra la herejía, promulgado acerca del caso de la resurrección: "Erráis, no conociendo las escrituras ni el poder de Dios"; con lo cual enseña que no hay sino dos fuentes de herejía, a saber, el ignorar la voluntad de Dios revelada en las escrituras e ignorar el poder de Dios, revelado o, cuando menos, ostensible en sus criaturas.

De esta suerte vio él a las claras que la filosofía natural era utilísima para ensalzar la Majestad Divina; y que, siendo admirable, era remedio contra la superstición y ayuda de la fe. Vio, asimismo, que no tenían verdadero fundamento los prejuicios en contra, sino brotan de mera ignorancia o de exceso de devoción, que quiere ver en todo la teología, siendo así que ésta debe estar encima de todo (las cuales dos disposiciones de ánimo deben perdonarse); o bien de causas peores, a saber, de envidia, que es debilidad orgullosa y merece desprecio, o de una mezcla de impostura, que lleva a mentir por la causa de Dios y de impía desconfianza, como si temiesen los hombres descubrir en la naturaleza algunas cosas que pudieran derribar la fe. Pero también vio muy bien que, aun cuando la sana razón repruebe esas opiniones, no dejan ellas de ser los estorbos más eficaces para la invención y la filosofía natural.

8. Pensaba también que no faltarían grandes contradicciones a los descubrimientos ulteriores de la ciencia, por parte del régimen y costumbres de las universidades y, asimismo, a causa de las opiniones comunes. Porque en las universidades y colegios los estudios de los hombres se limitan casi por completo a ciertos autores, de los cuales si uno disiente o los pone en tela de juicio, ya basta para que se le tenga por persona revoltosa. Mas si bien se mira, hay que establecer una gran diferencia entre lo activo y lo contemplativo. Porque en materia de gobierno, toda mudanza es sospechosa, aunque sea para bien; pero en las artes es cosa natural el hallarse en perpetua agitación y crecimiento. No es en uno y otro caso igual el peligro de la nueva luz, o el de los nuevos movimientos o remociones. Y para quienes profesan opiniones vulgares y consagradas nada es más común que el quejarse de que las ideas nuevas las introducen hombres movidos por arrogancia o presunción, deseosos de cobrar autoridad contra los autores antiguos, para con los cuales la envidia ha acallado su voz y que han adquirido veneración consagrada por el tiempo. Mas los tales no consideran que el propio Aristóteles (de quien principalmente depende la filosofía que hay ahora) se presentó haciendo gala de contradecir a todo el mundo, y puso todas sus opiniones bajo el patrocinio de su propia autoridad y razonamientos, y, si nombra a otro autor, es tan sólo para refutarlo e impugnarlo; y no obstante el éxito que obtuvo confirma la palabra de Aquel que dijo: "Si un hombre viniere en su propio nombre, a ése recibiréis."

Figúranse también los hombres que, de darse a la libertad de la invención y a la faena de las indagaciones, volverían a sacar

a luz elucubraciones y contemplaciones que, ofrecidas antaño al mundo, fueron derribadas por otras mejores, las cuales prevalecieron y las sepultaron en el olvido. Mas no se percatan de que, aun cuando la propiedad y desarrollo de los conocimientos está en los ingenios grandes y excelentes, sin embargo, la estima y precio de ellos está en las turbas o en las inclinaciones de los príncipes y grandes señores, de menguado saber. Por ende, tienen probabilidades de verse acogidos y honrados aquellos conocimientos que se fundan en la sutileza o en la aprobación del sentir común, o que hieren la imaginación; y no los conocimientos desenterrados de la dura mina de la historia y de la experiencia, y que tienen la mala suerte de contradecir en uno u otro punto al sentir común o a la razón popular, y más que nada a la religión. La cual especie de conocimiento, a menos que se comunique mediante raros dones de elocuencia y poderío, corre gran peligro de aparecer y descubrirse por un instante al mundo, para luego desvanecerse y ocultarse. De esta suerte parece el tiempo ser a modo de río o torrente que nos trae lo liviano y flotante, y sumerge y anega lo sólido y pesado.

Así, pues, vio él a las claras cómo tanto en el estado de la religión como en la administración del saber y en la opinión común había muchos y continuos tropiezos y vallas para la carrera de la invención.

9. Pensaba también que la invención de obras y nuevas posibilidades hallaba mayores y más especiales estorbos que la verdad especulativa, porque, amén de los impedimentos comunes a entrambas, aquélla había recibido notable daño y descrédito por culpa de las vanas promesas y pretensiones de la alquimia, la magia, la astrología y otras artes del mismo jaez, las cuales (como ahora acontece) más estriban en la imaginación y en la creencia que en la sensatez y la demostración. Mas, para valerse del lenguaje de los poetas, deberían recordar los hombres que, si Ixion, encerrado en una nube y tomando semejanza con Juno, concibió los Centauros y las Quimeras, también Júpiter engendró en la verdadera Juno a Vulcano y a Hebe. Ni es justo negar crédito a la grandeza de las hazañas de Alejandro, por haberse fingido otras parecidas y aun más peregrinas de los Amadises y Arturos y otros personajes fabulosos. Mas aun cuando esto así debiera ser razonablemente y no debieran los hombres confundir creencias y creencias, a las claras vio él que no puede menos de ser así en la realidad, y que la experiencia de lo falso ha hecho más difícil el acceso a lo verdadero, y que la ignominia de la vanidad ha derribado toda grandeza de la mente.

10. Pensaba también que se hallaba en la mente del hombre un sentimiento originado por la naturaleza y robustecido y fomentado por el discurso y la doctrina, el cual ha pervertido el verdadero procedimiento para adquirir conocimiento activo y operatorio. Consiste el tal sentimiento en la falsa aprensión de que sería menoscabo para la mente del hombre el darse mucho a las experiencias y cosas singulares que caen bajo los sentidos y están atadas a la materia, las cuales son arduas de investigar, innobles de meditar, iliberales de practicar, infinitas en número (a lo que se cree), y de ningún modo aptas para la gloria de las artes. Tal opinión o estado de ánimo recibió gran crédito y confirmación de la escuela de Platón, quien, pensando que las cosas singulares, más que informar la mente hacían revivir en ella las nociones o le excitaban las facultades, y habiendo mezclado la filosofía con la superstición, la cual nunca favorece a los sentidos, enalteció en demasía la inteligencia que puede tener el hombre de las cosas, merced a su luz interior. Y también la escuela de Aristóteles, que de palabra reconoce a los sentidos el valor que se merecen, se lo niega en la práctica, mucho más que la escuela platónica. Pues vemos cómo los escolásticos, sucesores de Aristóteles, ignoraban por completo la historia y se contemplaban con el tumulto del pensamiento, y, en cambio, Platón brinda buen ejemplo de la indagación por medio de la inducción, aunque de modo tan peregrino, que su inducción carece de toda vitalidad y fruto.

De esta suerte vio él a las claras que el fementido supuesto de la suficiencia de la mente humana había echado a perder todos los medios para ello.*

NOVUM ORGANUM **

Ciencia y poder humanos coinciden en una misma cosa, puesto que la ignorancia de la causa defrauda el efecto. A la naturaleza no se la vence si no es obedeciéndola y lo que en la observación es como causa, es como regla en la práctica.

* Aquí se interrumpe bruscamente el manuscrito en mitad de la página. En el extremo superior se lee, de puño y letra de Bacon: "Hasta aquí la parte inglesa."

** Francisco Bacon, *Novum Organum*, est. prel. y notas de Risieri Frondizi, trad. de Clemente Hernando Balmori, Buenos Aires, Editorial Losada, 1949 (Col. Biblioteca filosófica).

Sería insensato y aun contradictorio en sí mismo pensar que lo que nunca se ha hecho hasta ahora pueda hacerse si no es por métodos nunca probados hasta ahora.

La causa y raíz única de casi todos los males de las ciencias es ésta: que mientras admiramos y ensalzamos sin razón las fuerzas de la mente humana, no le procuramos los auxilios apropiados.

Así como las ciencias en el estado en que hoy día se encuentran, son inútiles para descubrir cosas nuevas, así la lógica que hoy día se emplea es inútil para la invención científica.

La lógica hoy en uso sirve más para fijar y consolidar errores, fundados en nociones vulgares, que para inquirir la verdad; de tal modo que es más perjudicial que útil.

El silogismo no es aplicable a los principios de las ciencias, y se le aplica en vano a los axiomas medios, ya que está en gran desproporción con la sutilidad de la naturaleza; impone, es cierto, el sentimiento, pero no aprehende la realidad.

El silogismo consta de proposiciones, las proposiciones de palabras y éstas son símbolos de nociones. De modo que si las nociones mismas (que son la base de la realidad) son confusas y responden a una abstracción precipitada de los hechos, no puede haber solidez alguna en lo que se construye sobre ellas. Por tanto, la única esperanza está en la verdadera *inducción*.

Nuestras nociones generales, tanto lógicas como físicas, no tienen solidez alguna; las nociones de *sustancia, cualidad, acción, pasión,* y aun la de *esencia,* no son acertadas, y mucho menos las de *pesado, ligero, denso, tenue, húmedo, seco, generación, corrupción, atracción, repulsión, elemento, materia, forma,* y otras por el estilo; todas son fantásticas y están mal definidas.

No hay ni puede haber más que dos caminos para indagar y descubrir la verdad. El uno parte volando de los sentidos y de los hechos particulares a los axiomas más generales, y partiendo de estos principios y de lo que cree verdad inmutable en ellos, procede a la discusión y descubrimiento de los axiomas medios (y éste es el camino en uso). El otro hace salir los axiomas de los sentidos y de los hechos particulares elevándose continua y

progresistamente para llegar, en último lugar, a los principios más generales; éste es el camino verdadero, pero todavía no probado.

Sería vano esperar un gran progreso en las ciencias por acumulación e injerto de las cosas nuevas en lo viejo; es preciso recomenzar el edificio desde lo más hondo de sus cimientos si no queremos estar dando vueltas sin fin en un círculo cerrado con progreso exiguo y casi desdeñable.

Nos queda, pues, un método de exposición único y sencillo, y es el de llevar a los hombres directamente a los hechos particulares y a los órdenes y series de los mismos, y que ellos por su parte se impongan por cierto tiempo el deponer sus nociones y que empiecen a familiarizarse con las cosas mismas.

El entendimiento humano una vez que ha dado su conformidad a algo (ya por ser opinión aceptada y admitida, ya porque le resulte grato), trata de arrastrar el resto en apoyo y en acuerdo con ello, y aunque sea mayor el número y fuerza de los ejemplos en contrario, aquél o los pasa inadvertidos o los menosprecia o los aparta y rechaza por medio de distingos, todo por la grave y dañosa preocupación de que quede inviolable la autoridad de aquéllas sus primeras silepsis. Por eso estuvo muy acertada la respuesta de aquel a quien estaban enseñando un cuadro, colgado en un templo, de uno que lo había donado como ex voto por haber escapado con vida del peligro de un naufragio; pues bien, aquél, como le apremiasen preguntándole si no reconocía allí bien claro el poder de los dioses preguntó a su vez: *¿Ya, pero dónde están pintados los que perecieron a pesar de sus votos?* Éste también es el procedimiento de toda clase de supersticiones como la astrología, interpretación de sueños, presagios, sortilegios, etcétera, en los cuales, como los hombres se complacen en tales vaciedades, hacen resaltar los sucesos cuando se cumplen, pero en el caso de que fallen, aunque sea mucho más frecuente, los pasan por alto y los olvidan. Pero este mal se desliza mucho más sutilmente en la filosofía y en las ciencias, en las cuales aquello a que se ha dado primero la conformidad, vicia y acomoda a su manera todo el resto (aunque éste sea más sólido e importante). Además, aunque cuando no existiera esa vanidad y complacencia de que hemos hablado, es error propio y perpetuo del entendimiento humano el de moverse y estimularse más por los hechos positivos que por los negativos cuando propia y regularmente debiera mantenerse

tan dispuesto a los unos como a los otros; es más, en la constitución acertada de un axioma tiene más fuerza el hecho negativo.

Las ciencias que poseemos proceden en su mayor parte de los griegos. Pues las cosas que han añadido los escritores romanos, los árabes o los modernos no son muchas ni de gran importancia; y como quiera que sea, están fundadas sobre la base de las inventadas por los griegos. Ahora bien, la ciencia de los griegos era autoritaria y magistral y profusa en discusiones: género el más contrario a la inquisición de la verdad. Y así el nombre de sofistas que por desprecio fue aplicado por los que quisieron ser tenidos por filósofos y quedó sobre los antiguos retóricos, Gorgias, Protágoras, Hipias y Polo, es también adecuado para la clase entera, Platón, Aristóteles, Zenón, Epicuro, Teofrasto, y sus sucesores, Crisipo, Carnéades y demás. Sólo había esta diferencia: que el tipo de los primeros era errante y mercenario, recorriendo ciudades, haciendo ostentación de su ciencia y reclamando honorarios; el segundo en cambio, era más solemne y generoso, como de gentes que tuvieron morada fija, abrieron escuelas y filosofaron gratis. Pero uno y otro (aunque dispares en lo demás) eran autoritarios y magistrales, llevaban los asuntos a discusiones, fundaban y defendían ciertas sectas y herejías filosóficas: de modo que sus doctrinas casi eran (como no sin ingenio decía Dionisio zahiriendo a Platón) *palabras de viejos ociosos a jóvenes ignorantes.* En cambio aquellos otros, más antiguos, de los filósofos griegos, Empédocles, Anaxágoras, Leucipo, Demócrito, Parménides, Heráclito, Xenófanes, Filolao y demás (pues omito a Pitágoras por místico), no abrieron escuelas que sepamos: antes más silenciosa, severa y sencillamente se dedicaron a la investigación de la verdad. Y así tuvieron también más éxito, según yo creo; sólo que sus obras quedaron oscurecidas en el transcurso del tiempo por esos otros más ligeros que se acomodan mejor y agradan más a la capacidad y al gusto del vulgo: trayendo el tiempo, como los ríos, hasta nosotros, las cosas más livianas e hinchadas, y asumiendo las más graves y sólidas. Sin embargo, ni aun esos estaban del todo libres del achaque de su pueblo, pues eran excesivamente propensos a la ambición y vanidad de fundar una secta y captar el aura popular. Y ha de darse por perdida sin esperanza la investigación de la verdad, cuando deriva a tales vaciedades. Y parece que no debe omitirse tampoco el juicio aquel o mejor dicho vaticinio del sacerdote egipcio, acerca de los griegos: *Que*

eran siempre niños y no poseían ni la antigüedad de la ciencia ni la ciencia de la antigüedad. Y cierto que tienen lo que es propio de muchachos; siempre dispuestos a la garrulería y no pueden engendrar: pues su sabiduría se muestra rica en palabras y estéril en obras. Por lo tanto no son buenas las señales que se observan sobre el origen y nación de que procede la filosofía en uso.

Entre los signos, ninguno hay más seguro y conocido que el que se deduce de los frutos, pues los frutos y los inventos son como fiadores y garantes de la verdad de la teoría. Ahora bien, de toda esa filosofía de los griegos y de las ciencias particulares que derivaron de ella, a duras penas se puede, después de un largo lapso de tantos años, aducir un solo experimento realmente aceptable que haya contribuido a aliviar y mejorar el estado del hombre, o que pueda aprovecharse para las especulaciones y dogmas de la filosofía. Eso es lo que ingenua y juiciosamente declara Celso cuando dice que primero se descubrió la medicina experimental y que luego los hombres filosofaron acerca de ella indagando y asignándole las causas, pero no a la inversa, esto es, que de la filosofía y del conocimiento de las causas hubieran sacado y descubierto la medicina experimnetal. Así, pues, nada tiene de extraño que entre los egipcios (que divinizaban y adoraban a los inventores) hubiese más efigies de brutos que de hombres, pues aquéllos con su instinto natural han hecho muchos descubrimientos mientras que éstos con todos sus discursos y conclusiones racionales no han aportado sino muy pocos o ninguno.

Unos pocos, en verdad, ha producido la aplicación de los químicos, pero esto ha sido más bien por azar y como de pasada, o si no, como suelen hacerlo los mecánicos, por algunos cambios en los experimentos más que por arte o teoría alguna; pues la teoría que ellos han fraguado más estorba que ayuda a la experimentación. Encuéntranse también unos pocos experimentos de esos que se dedican a lo que llaman magia natural, pero son casos sin importancia y muy próximos a la impostura; por lo cual, del mismo modo que en la religión se nos previene y se nos recomienda que nuestra fe se eche de ver en nuestras obras, así puede aplicarse esto muy oportunamente a la filosofía juzgándola por sus frutos y dando por vana aquella que sea estéril: muy especialmente en el caso de que, en lugar de frutos de vida y de oliva, produzca cardos y espinas de disputas y contiendas.

En la constitución de axiomas, se ha de excogitar una forma de *inducción* distinta de la que ha estado en uso hasta ahora; y aplicarla a la comprobación y descubrimiento no sólo de los que llaman primeros principios, sino también de los menores y de los medios y en fin de todos. Pues la inducción que procede por enumeración simple es una cosa pueril, sus conclusiones son precarias y expuestas al peligro de un hecho contradictorio y las más de las veces decide por un número de hechos menor de lo debido y por sólo aquellos que están a la mano. Mientras que la *inducción* que ha de ser útil para el descubrimiento y demostración de las ciencias y de las artes, debe analizar la naturaleza por las debidas eliminaciones y exclusiones; y luego, tras un número suficiente de negativas, concluir sobre hechos afirmativos; lo cual no se ha hecho hasta ahora, ni siquiera intentado, con la sola excepción de *Platón*, que a la verdad, emplea en cierta medida esta forma de inducción para discutir definiciones e ideas. Pero para la recta y legítima disposición de esta inducción o demostración ha de echarse mano de muchísimas cosas que hasta ahora no han venido a las mientes de ninguno de los mortales; de tal modo que se ha de invertir en ella más trabajo que el que se ha invertido hasta ahora en el silogismo. Y se ha de hacer uso de la ayuda de esta inducción no sólo para el descubrimiento de los axiomas, sino también para la definición de las nociones. Y en verdad que en esta inducción está puesta nuestra mejor esperanza.

Pero en la constitución de los axiomas por medio de esta inducción se ha de hacer examen y prueba para ver si lo que se constituye en axioma se ha adaptado y hecho solamente a la medida de aquellos particulares de los cuales se extrae, o si es más largo y ancho. Y si fuera más largo o ancho, se ha de observar si esa amplitud y anchura suya queda confirmada por la indicación de nuevos particulares como por una especie de garantía; no sea que nos quedemos exclusivamente apegados a cosas ya conocidas o que abarcando flojamente, no apretemos más que sombras y formas abstractas y no cosas sólidas y concretas en materia. Mas cuando estas cosas vengan en uso, habrá brillado por fin con razón la aurora de una sólida esperanza.

Y aquí también ha de recordarse lo que más arriba se ha dicho acerca de extender la filosofía natural y de reducir a ella las ciencias naturales a fin de que no haya escisión y separación de las ciencias de su tronco; pues sin esto tampoco ha de esperarse mucho en orden al progreso.

LA RELIGIÓN

CARTA AL PAPA LEÓN X *
JESÚS

Martín Lutero (1483-1546)

Iniciador y líder del Movimiento de Reforma que dio origen al protestantismo. La actualidad de Lutero se podrá ver en los pasajes aquí reproducidos, pues muchos de los puntos sobre los que él insistió en su época pueden seguir siendo motivo de reflexión para la Iglesia católica.

Martín Lutero saluda al Sumo Pontífice León X en el nombre de Cristo Jesús, nuestro Señor. Amén.

1

Como uno de los monstruos de este siglo, con los cuales ya en el tercer año tengo que ver y luchar, me siento obligado a dirigir la mirada hacia ti y a recordarte, beatísimo Padre León. Principalmente, ya que en varias partes se considera que tú sólo eras para mí la causa de mi contienda, jamás puedo dejar de pensar en ti. Y aunque tus aduladores impíos se hayan enfurecido contra mí sin causa alguna, me vi compelido a apelar desde tu sede a un concilio futuro,[1] sin tomar en cuenta para nada las vanísimas disposiciones de tus predecesores Pío y Julio, quienes por absurda tiranía prohíben esto mismo. Yo, no obstante, mientras tanto nunca aparté mi mente de tu beatitud, de modo que no deseara con todas las fuerzas lo mejor para ti y para tu sede, y que no dejara de rogar a Dios, en cuanto a mí concernía, por este mismo camino con preces solícitas y gemebundas. Es cierto que comencé a despreciar a aquéllos y triunfar sobre ellos, que trataban hasta ahora de asustarme con la majestad de tu autoridad y de tu nombre. Pero veo que queda una cosa que no puedo menospreciar, la cual constituye la causa por lo que vuelvo a escribir a tu beatitud. Comprendo que me acusen por mi temeridad, considerando una grave falta mía el hecho de no haber respetado ni siquiera a tu persona.

* Martín Lutero, *Obras de Martín Lutero*, t. I, trad. de Carlos Witthaus, pref. de Heinz Joachin Held, est. prel. de Manfred Kurt Bahmann, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1967.

1 28 de noviembre de 1518.

Yo, por mi parte, para confesar abiertamente el asunto, sé que sólo he dicho cosas magníficas y óptimas sobre ti donde quiera que tuve que referirme a tu persona. Si en verdad hubiera procedido de otra manera, yo mismo no podría aprobarlo de modo alguno y corroboraría en todo sentido el juicio de ellos sobre mí, y nada haría con mayor gusto que cantar la palinodia de esta temeridad e impiedad mías. Te llamé Daniel en Babilonia, y cualquier lector comprende perfectamente con qué esclarecido celo defendí tu insigne inocencia frente a tu contaminador Silvestre.[2] En efecto, tu reputación —cantada por los escritos de tantos hombres con gran frecuencia en todo el orbe— y la fama de tu vida irreprensible son tan célebres y augustas como para ser atacadas de cualquner manera por nadie, aunque su forma fuese muy grande. No soy tan torpe como para censurar a quien todo el mundo elogia. Más bien, ha sido y será siempre norma mía no agredir ni siquiera a los que la opinión pública vitupera. No me deleito en los crímenes de nadie, porque yo mismo conozco bastante la viga grande en mi ojo.[3] y no puedo ser el primero en arrojar una piedra contra la adúltera.[4]

En verdad, por lo general he arremetido con vehemencia contra las doctrinas impías y no he sido moroso en satirizar a mis adversarios, no por sus malas costumbres, sino a causa de su impiedad. De ello me arrepiento tan poco que resolví perseverar en este ferviente celo, desdeñando el juicio de la gente y siguiendo el ejemplo de Cristo, quien en su ardor llama a sus enemigos generación de víboras, ciegos, hipócritas e hijos del diablo.[5] Y Pablo reprende al mago como hijo del diablo de todo engaño y de toda maldad,[6] y a ciertos falsos apóstoles los llama perros, obreros fraudulentos y falsificadores de la Palabra.[7] Si aceptas el juicio de esos hombres delicados, nadie sería más mordaz e inmoderado que Pablo. ¿Quién es más áspero que los profetas? Por cierto, la insensata multitud de los aduladores hizo los oídos de este siglo tan delicados que, tan pronto como notemos que no se aprueba todo lo nuestro, en seguida gritamos que nos muerden, y cuando no podemos repeler la verdad de otra manera nos escabullimos bajo el pretexto de la mordacidad, la impaciencia y la inmodestia.

2 Silvestre Prierias.
3 Mt. 7:3.
4 Jn. 8:9.
5 Mt. 23:33; 12:34; Jn. 8.44.
6 Hch. 13:10.
7 Fil. 3:2; 2 Co. 11:13; 2 Co. 2:17.

¿Para qué serviría la sal si no muerde? ¿Para qué el filo de la espada si no corta? Maldito el que hiciere en forma fraudulenta la obra del Señor.[8] Por ello, excelentísimo León, ruego me tengas disculpado con esta carta y te convenzas que yo jamás he pensado nada malo con respecto a tu persona, y además, soy un hombre que te desea lo mejor para siempre jamás y que no quiere tener contiendas con nadie por su moralidad, sino solamente por la palabra de la verdad. En todo lo demás cederé a cualquiera, pero no puedo ni quiero abandonar ni negar la Palabra. Si alguien tiene otra opinión de mí o ha comprendido mis escritos de otra manera, el tal se equivoca y no me ha entendido bien.

Sin embargo, ni tú, ni persona alguna podría negar que tu sede, llamada curia romana, es más corrupta de lo que jamás fuera Babilonia ni Sodoma. En cuanto yo comprendo, se caracteriza por una impiedad deplorable, desesperanzada y evidente. Ciertamente la detesté y me indigné, porque bajo tu nombre y con el pretexto de la Iglesia romana fue escarnecido el pueblo de Cristo. Y así resistí y me opondré siempre a esa sede, mientras en mí viva el espíritu de la fe. No aspiro a cosas imposibles, ni espero que por mi solo esfuerzo se pueda conseguir nada en esta confusísima Babilonia, donde tantos aduladores con furia me combaten. Pero reconozco que soy deudor de mis hermanos y debo advertirles para que se pierdan menos o en menos grado por las pestes romanas. Tú mismo no ignoras que hace muchos años, desde Roma no inundan al orbe sino ruina de las posesiones, de los cuerpos y de las almas, como asimismo pésimos ejemplos de todas las cosas más abominables. Estas cosas son para todos más claras que el día, y la Iglesia romana, que a su tiempo fuera la más santa, se transformó en una licenciosa cueva de ladrones,[9] en el lupanar más impúdico de todos, en el reino del pecado, de la muerte y del infierno, de manera que ni el anticristo, si viniera, podría excogitar algo que pudiese añadir a semejante maldad.

Mientras tanto, tú León, estás como un cordero entre lobos,[10] como Daniel en medio de los leones[11] y como Ezequiel vives entre escorpiones.[12] ¿Qué puedes oponer tú solo a esos monstruos? Aunque agregues a ti tres o cuatro cardenales, eruditísi-

8 Jer. 48:10.
9 Mt. 21:13.
10 Mt. 10:16.
11 Dn. 6:16 y ss.
12 Ez. 2:6.

mos y óptimos, ¿qué significarían éstos entre tantos? Todos tendríais que perecer con veneno antes que pudieseis anticiparos dictando un decreto para remediar la situación. No hay esperanza para la curia romana. La ira de Dios la sobrevino hasta el fin. Odia los concilios, teme ser reformada, no puede mitigar el furor de su impiedad, y cumple con el epitafio de su madre, de la cual se dice: "Curamos a Babilonia, y no ha sanado; dejémosla."[13] En verdad habría sido tu obligación y el deber de los cardenales, subsanar estos males, pero esa gota se ríe de la mano sanadora, y ni el carro ni el caballo obedecen a las riendas.

Siempre me ha dolido debido a este efecto, óptimo León, que hayas sido hecho Papa en esta época, mientras eras digno de tiempos mejores. La curia romana no merece tenerte a ti, ni a hombres que te sean parecidos, sino a Satanás mismo, quien en verdad manda más que tú en esa Babilonia.

¡Ojalá dejaras a un lado esta dignidad de la cual tus enemigos acérrimos alardean que es tu gloria, y más bien te sostuvieras con la entrada de un modesto puesto privado de sacerdote o vivieras de herencia paterna! Jactarse de esa gloria merecen sólo los iscariotes, los hijos de perdición. ¿Qué haces en la curia, estimado León? Solamente esto: cuanto más malvado y execrable sea alguno, con tanto más éxito usará tu nombre y tu autoridad para arruinar los patrimonios y las almas, para multiplicar los crímenes y para suprimir la fe y la verdad, y toda la Iglesia de Dios. ¡Oh, en verdad, infelicísimo León, que estás sentado en un trono sumamente peligroso! Te digo la verdad porque deseo tu bien. Si Bernardo se compadece de su Papa Eugenio,[14] aunque hasta ese tiempo la sede romana, si bien ya en aquel entonces corruptísima, gobernaba con mejor esperanza, ¿cómo no nos lamentaremos habiendo tenido en trescientos años tanto incremento de corrupción y perdición? ¿No es cierto que bajo este vasto cielo no hay nada más corrupto, más pestilencial y más odioso que la curia romana? Incomparablemente sobrepasa la impiedad de los turcos, de modo que es ahora una boca abierta del infierno la que en tiempos pasados fuera la puerta del cielo. Y es una boca tal que no puede ser cerrada a causa de la ira de Dios. Nos queda una sola posibilidad, la de

[13] Jer. 51:9.

[14] Bernardo de Claraval (1090-1153) escribió su obra *De consideratione* para su discípulo, que fue elegido papa tomando el nombre de Eugenio III (1145-1153).

llamar a algunos y protegerlos para que no caigan como dije, en las fauces de Roma.

Mira, mi Padre León, ésta es la causa y el motivo por los que he atacado tan violentamente esta sede pestilente. De ninguna manera me propuse arremeter contra tu persona, de modo que esperaba merecer tu gratitud, cuando notaras que he obrado en tu bien al atacar tan vigorosa y enérgicamente esa cárcel tuya y aún más tu infierno, puesto que será provechoso para ti, para tu salvación y para la de muchos otros, cuanto el ímpetu de todos los ingenios pueda alegar contra la confusión de esa impía curia. Ejercen tu oficio los que hacen mal a ella; glorifican a Cristo los que la execran de todas las maneras; en resumen, son cristianos los que no son romanos.

Para ampliar mis declaraciones, jamás se me ocurrió agredir a la curia romana o disputar sobre algo con respecto a ella. Cuando vi que todos los remedios para salvarla eran inútiles, la desprecié, y dándole carta de repudio,[15] le dije: "El que es sórdido, sea sórdido todavía; y quien es inmundo, sea inmundo todavía." [16] Me dediqué a plácidos y quietos estudios de las Sagradas Escrituras para ser útil por su intermedio a los que me rodean. Cuando hice algunos progresos en estos estudios, Satán abrió los ojos, y por medio de un indómito afán de gloria, incitó a su siervo Juan Eck, insigne adversario de Cristo, para llevarme inesperadamente a una disputación con el fin de captarme alguna palabrita sobre el primado de la Iglesia romana que incidentalmente se me escapara.

Entonces, aquel fanfarrón engreído, espumajeante y frenético se jactó que arriesgaría todo por la gloria de Dios y por el honor de la Santa Sede Apostólica e inflado por la esperanza de poder abusar para sí de tu potestad, confiaba con toda seguridad en salir victorioso. No se preocupaba tanto del primado de Pedro como de su propio primado entre los teólogos de este siglo, creyendo que para ese fin lo ayudaría en gran manera si triunfara sobre Lutero. Cuando el debate terminó mal para este sofista, una furia increíble exasperó a ese hombre, puesto que se dio cuenta de que sólo a él se debía cuanto yo alegaba para vergüenza de Roma.

Y permíteme, por favor, excelente León, defender en esta oportunidad alguna vez mi propia causa y acusar a tus verdaderos enemigos. Supongo que sabes que trató conmigo el carde-

[15] Dt. 24:1.
[16] Ap. 22:11.

nal de San Sixto,[17] tu legado, hombre imprudente e infeliz, y aun infiel. Cuando yo y todo mi caso lo había puesto en sus manos por reverencia de tu nombre, no trató de restablecer la paz, lo cual habría podido conseguir fácilmente con una sola palabra, puesto que yo en aquel entonces prometí guardar silencio y terminar la controversia, si se mandase a mis adversarios hacer otro tanto. Pero el hombre buscaba su gloria. No contento con este arreglo, empezó a justificar a mis adversarios, a darles plena libertad y a ordenarme que me retractase, cosa que no figuraba entre sus instrucciones. Aquí, cuando las cosas estaban muy bien encaminadas, por su importuna tiranía se pusieron mucho peores. De todo el desarrollo posterior Cayetano tiene toda la culpa, no Lutero, porque no permitió que yo guardase silencio y me mantuviera quieto, como en aquel tiempo anhelaba de todo corazón. ¿Qué más podía hacer?

Después vino Carlos von Miltitz,[18] también nuncio de tu beatitud. Mediante muchas y variadas negociaciones, viajando de un lado a otro y no omitiendo nada para reparar el estado de la causa perturbada por la temeridad y soberbia de Cayetano, consiguió finalmente —también con el auxilio del ilustrísimo Príncipe Elector Federico— tener conmigo una y otra vez entrevistas personales.[19] Nuevamente cedí a tu nombre. Estaba dispuesto a callar y a aceptar como árbitro ya sea al arzobispo de Tréveris o al obispo de Naumburgo. Así se arregló el asunto. Cuando este plan fue puesto en práctica con buenas perspectivas, Eck, el otro y mayor enemigo tuyo, irrumpió con la disputación de Leipzig que había establecido contra el doctor Carlstadt. Cuando surgió una nueva cuestión acerca del primado del Papa, inesperadamente dirigió contra mí sus armas, destruyendo completamente el convenio de paz. Mientras tanto, Carlos von Miltitz espera; mas no se llega a una decisión. No es extraño, porque Eck con sus mentiras, simulaciones y artimañas, había perturbado todo completamente; lo había exasperado y confundido de tal manera que, sin importar a qué lado se hubiese inclinado el veredicto, se habría producido un incendio mayor. Eck buscaba su gloria, no la verdad, mientras que yo no omití nada de lo que me correspondía.

17 Tomás de Vio, 1469-1534. Nació en Gaeta, en latín Cajeta. Tomás de Vio Cayetano, cardenal-presbítero de San Sixto, fue nombrado legado papal para la dieta de Augsburgo de 1518, donde en vano trató de arreglar el asunto de Lutero.

18 Noble de Sajonia, educado en Colonia; llegó a ser funcionario de la corte papal.

19 En Altenburg, Liebenwerda y Lichtenberg.

Confieso que en esta ocasión salió a la luz no poco de la corruptela romana. Pero si en esto se hizo algo mal es culpa de Eck, quien emprendiendo una tarea que sobrepasaba sus fuerzas, mientras buscaba furiosamente su propia gloria, reveló la ignominia romana a todo el orbe. Él es aquel enemigo tuyo, estimado León, o mejor, el de tu curia. Del ejemplo de ese solo hombre podemos aprender que no hay enemigo peor que el adulador. Pues, ¿qué hizo con su adulación sino un mal que ningún rey hubiera podido promover? Hoy hiede el nombre de la curia romana en el orbe y languidece la autoridad papal; la famosa ignorancia tiene mal renombre. De todo ello no se sabría nada, si Eck no hubiese perturbado el plan de paz mío y de Carlos. Él mismo lo nota claramente indignándose tarde y en vano por la edición de mis libros. En esto debió pensar en aquel tiempo cuando en su calidad de emisario buscaba loca y totalmente su gloria como un caballo que relincha, sin anhelar otra cosa que su interés en contra del tuyo y con gran peligro para ti. El muy vanidoso esperaba que yo me detendría y me callaría a causa del temor de tu nombre, puesto que no creo que él basara sus presunciones sólo en su ingenio y su erudición. Como ahora ve que *confío mucho en mí y sigo hablando,* se arrepiente tarde de su temeridad, dándose cuenta de que hay alguien en el cielo que resiste a los soberbios y humilla a los presuntuosos,[20] si es que efectivamente lo comprende.

En consecuencia, como en la disputa no llegamos a nada sino que aumentamos la confusión de la causa romana, entonces Carlos von Miltitz se dirigió a los padres de la orden congregados en su tercer capítulo,[21] y pidió un consejo para arreglar la controversia que ya estaba sumamente enredada y era peligrosísima. Como con el favor de Dios no había esperanza de conseguir nada *conmigo* por la violencia, mandaron algunos de los más destacados de ellos a mí y me rogaron que por lo menos respetase la persona de tu beatitud, y en una carta humilde alegase como excusa tu inocencia y la mía. Dijeron que el asunto no estaba en una situación completamente desesperada, si León X con su innata bondad la tomaba en sus manos. Como siempre ofrecía y deseaba la paz para prestar servicios mediante estudios más plácidos y útiles, y en contra de eso mismo me levanté con tanta pasión para contener, con la magnitud y el ímpetu de las palabras como asimismo de la inteligencia, a aquellos que consideraban muy inferiores en comparación conmigo, no sólo

[20] 1 P. 5:5.

[21] Se realizó en Eisleben del 28 al 30 de agosto de 1520.

con gusto cedí, sino que también con alegría y gratitud lo acepté como un gratísimo beneficio, en caso de que esto fuera apto para satisfacer nuestra esperanza.

Así vengo, beatísimo Padre, y ruego postrado, si aún se puede hacer, que te impongas a esos aduladores, que son enemigos de la paz mientras simulan una actitud pacífica, y les coloques el freno. Pero nadie debe presumir que me retracte, beatísimo Padre, si uno no prefiere que el asunto sea envuelto en un enredo aún mayor. Además, no admito leyes para interpretar la palabra de Dios, puesto que ella, que enseña la libertad de todas las demás cosas, no ha de ser cercenada. Salvo estos dos supuestos, puedo hacer y sufrir todo y lo haré de buen grado. Odio las contiendas; no provocaré a nadie, pero no quiero tampoco que me desafíen. Y si me retan, como Cristo es mi maestro, no me faltarán palabras. Tu beatitud misma podrá evocar estas controversias y extinguirlas, ordenando por una palabra breve y fácil a ambas partes a guardar silencio y paz, como siempre deseaba oírlo.

Por tanto, estimado Padre León, cuídate de escuchar a estas sirenas que dicen que no eres un simple hombre, sino un semidiós que puede mandar y exigir cualquier cosa. No sucederá así y no prevalecerá. Eres el siervo de los siervos[22] y entre todos los hombres te encuentras en un lugar misérrimo y peligrosísimo. No te dejes engañar por los que pretenden que tú eres el dueño del mundo. No admiten que nadie sea cristiano, si no se somete a tu autoridad, y se equivocan manifestando que tú tienes algún poder en el cielo, en el infierno y en el purgatorio. Son tus enemigos y quieren perder tu alma, como dice Isaías:[23] "Pueblo mío, los que te llaman bendito, te engañan." Yerran los que te ensalzan por encima de los concilios y de la Iglesia universal. Están equivocados los que sólo a ti te atribuyen el derecho de interpretar las Escrituras. Bajo tu nombre quieren establecer todas sus impiedades en la Iglesia y, ¡ay dolor!, Satán ha adelantado mucho por medio de ellos bajo tus predecesores. En fin, no creas a nadie que te exalte, sino al que te humilla, puesto que éste es el juicio de Dios.[24] "Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes." Mira cuán diferente de sus sucesores es Cristo, aunque todos quieran ser

22 El título oficial con que comenzaban las bulas era: *Leo, Episcopus, Servus Servorum Dei.*

23 Is. 3:12; Lutero cita según la Vulgata: *Populo meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt.*

24 Lc. 1:52.

vicarios de él. Y temo que muchísimos de ellos sean verdaderamente sus vicarios en un sentido demasiado literal. El vicario es sólo vicario cuando el titular está ausente. Y si el pontífice reina cuando Cristo está ausente y no mora en su corazón, no es otra cosa sino el vicario de Cristo. ¿Y qué es en tal caso semejante Iglesia, sino una multitud sin Cristo? Y ese vicario es sólo el Anticristo y un ídolo. Mucho más correctamente los apóstoles se llaman servidores del Cristo presente y no vicarios del Cristo ausente.

Quizás sea yo atrevido, porque parezco dar instrucciones a un personaje tan grande y elevado, por el cual han de ser todos enseñados y del que, como se jactan tus adictos pestilenciosos, los tronos de los jueces aceptan la sentencia. Pero sigo el ejemplo de San Bernardo en su libro *De consideratione ad Eugenium*.[25] Es un tratado que todo papa debe saber de memoria. No lo hago por el afán de enseñar, sino con el deber de una pura y fiel preocupación que nos obliga a cuidar de todas las cosas para nuestro prójimo, aun cuando aparezcan seguras; no admite considerar la dignidad e indignidad. Solamente se fija en los peligros y en el provecho para el otro. Como sé que tu beatitud viaja y fluctúa en Roma, es decir, en alta mar que te acosa con infinitos peligros por dondequiera y te desempeñas en esta situación de miseria, de modo que te hace falta la mínima ayuda de un modestísimo hermano cualquiera, me parece que no es absurdo por mi parte, si en el ínterin me olvido de tu majestad, mientras cumplo con un deber de caridad. No quiero adular en un asunto tan serio y peligroso. Si no se comprende que en esto soy tu amigo y tu más humilde súbdito, hay uno que lo entiende y lo juzga.

Finalmente, para no venir sin un presente, beatísimo Padre, traigo conmigo este pequeño tratado[26] editado bajo tu nombre, como un auspicio de la paz por concertar y de la buena esperanza, por el cual puedes advertir con qué clase de estudios yo preferiría y podría ocuparme con un resultado más fructífero, si tus aduladores lo permitiesen o hasta ahora lo hubiesen admitido. Es poca cosa, cuando se considera el volumen, pero si no me equivoco, es la suma de la vida cristiana expuesta en forma breve, si te fijas en su sentido. No tengo otra cosa que ofrecerte, soy pobre, y tú no precisas ser enriquecido, sino por un obsequio de carácter espiritual. Con ello me encomiendo a mí

[25] Véase nota 14.
[26] La libertad cristiana.

mismo a tu paternidad y beatitud, a la que Dios preserve para siempre jamás. Amén.

LA LIBERTAD CRISTIANA *

Al atento y sabio señor Jerónimo Mülphordt,[1] *alcalde de Zwickau, mi muy bondadoso amigo y protector, yo, doctor Martín Lutero, agustino, presento mis solícitos servicios y mejores deseos.*

Atento y sabio señor y buen amigo:

El digno magíster Juan Eger,[2] predicador de vuestra loable ciudad, me ha ensalzado el amor y la complacencia que ponéis en la Sagrada Escritura, la cual fervorosamente confesáis y delante de todos alabáis sin cesar. Por esta razón quiso aquél relacionarme con vos, lo cual estoy dispuesto a hacer presto y con gozo; que es motivo de alegría para mí saber que se ama la verdad divina. Por desgracia son muchos los que con toda violencia y astucia la desechan, sobre todo aquellos que se glorian de ostentar ciertos derechos sobre ella. Empero siempre será así: muchos tropezarán con Cristo, puesto como escándalo y símbolo al que es menester desechar, y caerán y volverán a levantarse. Como principio de nuestro conocimiento y nuestra amistad, he querido dedicaros este pequeño tratado y exposición en lengua alemana, después de habérselo dedicado al Papa en latín. Con el presente escrito pretendo exponer públicamente la causa de mi doctrina y mis escritos sobre el papado, causa que espero a nadie parecerá nimia. Sin más, me encomiendo y os encomiendo a vos y a todos a la gracia divina. Amén.

Wittenberg, 1520.

JESÚS

1. A fin de que conozcamos a fondo lo que es el cristiano y sepamos en qué consiste la libertad que para él adquirió Cris-

* Martín Lutero, *op. cit.*

1 Germán Mülphordt, no Jerónimo como lo llama Lutero.

2 Juan Silvio Wildenauer de Eger.

to y de la cual le ha hecho donación —como tantas veces repite el apóstol Pablo— quisiera asentar estas dos afirmaciones:

El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie.
El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos.

Ambas afirmaciones se encuentran claramente expuestas en las epístolas de San Pablo: [3] "Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos." Asimismo: [4] "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros." El amor empero es servicial y se supedita a aquello en que está puesto; y a los gálatas [5] donde se dice de Cristo mismo: "Dios envió a su hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley."

2. Para poder entender ambas afirmaciones, de por sí contradictorias, sobre la libertad y la servidumbre, pensemos que todo cristiano posee una naturaleza espiritual y otra corporal. Por el alma se llama al hombre espiritual, nuevo e interior; por la carne y la sangre, se lo llama corporal, viejo y externo. A causa de esta diferencia, también la Sagrada Escritura contiene aseveraciones directamente contradictorias acerca de la libertad y la servidumbre del cristiano.

3. Si examinamos al hombre interior, espiritual, a fin de ver qué necesita para ser y poder llamarse cristiano bueno y libre, hallaremos que ninguna cosa externa, sea cual fuere, lo hará libre, ni bueno, puesto que ni su bondad, ni su libertad ni por otra parte, su maldad ni servidumbre son corporales o externas. ¿De qué aprovecha al alma si el cuerpo es libre, vigoroso y sano, si come, bebe y vive a su antojo? O ¿qué daño puede causar al alma si el cuerpo anda sujeto, enfermo y débil, padeciendo hambre, sed y sufrimientos, aunque no lo quiera? Ninguna de estas cosas se allega tanto al alma como para poder libertarla o esclavizarla, hacerla buena o perversa.

4. De nada sirve al alma, asimismo, si el cuerpo se recubre de vestiduras sagradas, como hacen los sacerdotes y demás religiosos, ni tampoco si permanece en iglesias y otros lugares santificados, ni si sólo se ocupa en cosas sagradas: ni si hace oraciones de labios, ayuda, va en peregrinación y realiza, en fin, tantas buenas obras que eternamente puedan llevarse a cabo en el

[3] 1 Co. 9:19.
[4] Ro. 13:8.
[5] Ga. 4:4.

cuerpo y por medio de él. Algo completamente distinto ha de ser lo que aporte y dé al alma bondad y libertad, porque todo lo indicado, obras y actos, puede conocerlo y ponerlo en práctica también un hombre malo, impostor e hipócrita. Además, con ello no se engendra realmente, sino gente impostora. Por otro lado, en nada perjudica al alma que el cuerpo se cubra con vestiduras profanas y more en lugar no santificado, coma, beba, no peregrine, ni ore, ni haga las obras que los hipócritas mencionados ejecutan.

5. Ni en el cielo ni en la tierra existe para el alma otra cosa en que vivir y ser buena, libre y cristiana que el Santo Evangelio, la Palabra de Dios predicada por Cristo, como él mismo dice: [6] "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, vivirá eternamente." Asimismo: [7] "Yo soy el camino y la verdad, y la vida." Además: [8] "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." Por consiguiente, no hay duda de que el alma puede prescindir de todo, menos de la Palabra de Dios: fuera de ésta, nada existe con qué auxiliar al alma. Una vez que ésta posea la Palabra de Dios, nada más precisará; en ella encontrará suficiente alimento, alegría, paz, luz, arte, justicia, verdad, sabiduría, libertad, y toda suerte de bienes en superabundancia. Por eso nos describen los Salmos, especialmente el Salmo 118,[9] al profeta clamando sólo por la Palabra de Dios. Asimismo se considera en la Sagrada Escritura como el mayor castigo y como señal de la ira divina, si Dios retira a los hombres su Palabra.[10] Por el contrario, la mayor gracia de Dios se manifiesta cuando él la envía según leemos en el Salmo 106: [11] "Envió su Palabra y con ella les socorrió." Únicamente para predicar la Palabra de Dios ha venido Cristo al mundo y con este exclusivo fin fueron llamados e impuestos en sus cargos todos los apóstoles, obispos, sacerdotes y eclesiásticos en general, aunque respecto a estos últimos hoy, desgraciadamente, no lo parezca.

6. Acaso preguntes: ¿qué palabra es esa que otorga una gracia tan grande y cómo deberé usar de tal palabra? He aquí la respuesta: La Palabra no es otra cosa que la predicación de Cristo, según está contenida en el Evangelio. Dicha predicación ha

6 Jn. 11:25.
7 Jn. 14:6.
8 Mt. 4:4.
9 Cf. Sal. 119.
10 Am. 8:11 y ss.
11 Cf. Sal. 107:20.

de ser —y lo es realmente— de tal manera que al oirla oigas hablar a Dios contigo quien te dice que para él tu vida entera y la totalidad de tus obras nada valen y que te perderás eternamente con todo en cuanto en ti hay. Oyendo esto, si crees sinceramente en tu culpa, perderás la confianza en ti mismo y reconocerás cuán cierta es la sentencia del profeta Oseas: [12] "Oh Israel, en ti sólo hay perdición: que fuera de mí no hay salvación." Mas para que te sea posible salir de ti mismo, esto es, de tu perdición, Dios te presenta a su amadísimo Hijo Jesucristo, y con su palabra viva y consoladora, te dice: Entrégate a él con fe inquebrantable, confía en él sin desmayar. Por esa fe tuya te serán perdonados todos tus pecados; será superada tu perdición; serás justo, veraz, lleno de paz, bueno; y todos los mandamientos serán cumplidos y serás libre de todas las cosas, como San Pablo dice: [13] "Mas el justo solamente vive por su fe." Y también: [14] "Porque el fin y cumplimiento de la ley es Cristo para todos los que en él creen."

7. Luego la única práctica de los cristianos debería consistir precisamente en lo siguiente: grabar en su ser la palabra y a Cristo, y ejercitarse y fortalecerse sin cesar en esta fe. No existe otra obra para el hombre que aspire a ser cristiano. Así lo indicó Cristo a los judíos cuando éstos lo interrogaron acerca de las obras cristianas que debían realizar y agradables a Dios, diciendo: [15] "Ésta es la única obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado." Pues sólo a Cristo ha enviado Dios como objeto de la fe. Se desprende de esto que una fe verdadera en Cristo es inapreciable riqueza, pues trae consigo toda salvación y quita la maldición, como está escrito en Marcos, último capítulo: [16] "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será oondenado." Así reconoció el profeta Isaías las riquezas de esa fe: [17] "Dios contará un poco sobre la tierra y en ese poco entrará la justicia como un nuevo diluvio." O sea, la fe, que encierra ya el cumplimiento de todos los mandamientos, justificará abundantemente a quienes la posean, de manera que nada más habrán menester para ser justos y buenos, como dice el apóstol Pablo: [18] "Porque cuando se cree con el corazón, entonces se es justo y bueno."

12 Os. 13:9.
13 Ro. 1:7.
14 Ro. 10:4.
15 Jn. 6:29.
16 Mr. 16:16.
17 Is. 10:22.
18 Ro. 10:10.

8. ¿Pero cómo es que habiendo prescrito la Sagrada Escritura tantas leyes, mandamientos, obras y ritos, sólo la fe puede justificar al hombre sin necesidad de todo ello, y más aún, puede concederle tantos bienes? Tocante a esto deberá tenerse muy en cuenta, sin olvidarlo nunca, que la fe sola, sin obras, justifica, liberta y salva, como luego veremos. Y a la vez es preciso saber que en la Sagrada Escritura hay dos clases de palabra: mandamientos o ley de Dios, y promesas y afirmaciones. Los mandamientos nos indican y ordenan toda clase de buenas obras, pero con eso no están ya cumplidas: porque enseñan rectamente, pero no auxilian; instruyen acerca de lo que es preciso hacer, pero no expenden la fuerza necesaria para realizarlo. O sea, los mandamientos han sido promulgados únicamente para que el hombre se convenza por ellos de la imposibilidad de obrar bien y aprenda a reconocerse y a desconfiar de sí mismo. Por esta razón llevan los mandamientos el nombre de Antiguo Testamento, y todos figuran en el mismo. Por ejemplo, el mandamiento que dice:[19] "No codiciarás" demuestra que todos somos pecadores y que no hay hombre libre de concupiscencia, aunque haga lo que quiera. Aquí aprende el hombre a no confiar en sí mismo y a buscar en otra parte el auxilio necesario para poder limpiarse de codicia y cumplir así el mandamiento con ayuda ajena, dado que por esfuerzo propio le es imposible. Con los demás mandamientos nos sucede lo mismo: no somos capaces de cumplirlos.

9. Una vez que el hombre haya visto y reconocido por los mandamientos su propia insuficiencia, lo acometerá el temor y pensará en cómo satisfacer las exigencias de la ley; ya que es menester cumplirla so pena de condenación; y se sentirá verdaderamente humillado y aniquilado, sin hallar en su interior nada con que llegar a ser bueno. Entonces es cuando la otra palabra se allega, la promesa y la afirmación divina, y dice: ¿deseas cumplir los mandamientos y verte libre de la codicia malsana y del pecado como exigen los mandamientos? ¡Mira! ¡Cree en Cristo! En él te prometo gracia, justificación, paz y libertad plenas. Si crees ya posees, mas si no crees, nada tienes. Porque todo aquello que jamás conseguirás con las obras de los mandamientos —que son muchas, sin que ninguna valga— te será dado pronto y fácilmente por medio de la fe: que en la fe he puesto directamente todas las cosas, de manera que quien tiene fe, todo lo tiene y será salvo; sin embargo, el que no tiene fe,

[19] Ex. 20:17.

nada poseerá. Son pues, las promesas de Dios las que cumplen lo que los mandamientos ordenan y dan lo que ellos exigen: esto sucede así para que todo sea de Dios; el mandamiento y cumplimiento. Sólo Dios ordena y sólo Dios cumple. Ésta es la razón por la cual las promesas de Dios son la Palabra del Nuevo Testamento y están comprendidas en el mismo.

10. Estas palabras y todas las demás de Dios son santas, verídicas, justas, pacíficas, libres y plenas de bondad. Por tanto, el alma de aquel que con fe verdadera se atiene a la Palabra divina, se unirá a la misma de modo tal que también el alma se adueñará de todas las virtudes de la Palabra. Es decir, por la fe, la Palabra de Dios hará al alma santa, justa, sincera, pacífica, libre y plena de bondad; será en fin un verdadero hijo de Dios, como dice Juan: [20] "A los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios."

Esto aclara por qué la fe es tan potente y asimismo cómo existen buenas obras que puedan igualarse a ella. Ninguna obra buena se atiene a la Palabra divina como la fe, ni hay obra buena alguna capaz de morar en el alma, sino que únicamente la Palabra divina y la fe reinan en el alma. Tal como es la Palabra, así se vuelve el alma, a semejanza del hierro que al unirse al fuego se vuelve rojo blanco como el fuego mismo. Vemos así que al cristiano le basta con su fe, sin que precise obra alguna para ser justo, de donde se deduce que si no ha menester de obra alguna, queda ciertamente desligado de todo mandamiento o ley, y si está desligado de todo esto será, por consiguiente, libre. *En esto consiste la libertad cristiana:* en la fe única que no nos convierte en ociosos o malhechores, sino antes bien en hombres que no necesitan obra alguna para obtener la justificación y salvación. Luego trataremos este punto con amplitud.

11. También se asemeja la fe a un hombre que confía en otro, porque aprecia su bondad y veracidad, lo cual es el honor más grande que un ser humano puede rendir a otro. Por el contrario, el mayor escarnio es que un hombre considere a su semejante como inútil, mentiroso y superficial. Del mismo modo, cuando el alma cree firmemente en la Palabra de Dios, considera a éste como sincero, bueno y justo, rindiéndole así todo el honor del que es capaz, en tanto respeta el derecho divino, glorifica el nombre de Dios y se abandona a su voluntad, dado que no duda de la bondad y veracidad de todas sus palabras. Por el contrario, el deshonor mayor que a Dios puede hacérsele es no

[20] Jn. 1:12.

creerle, cosa que sucede si el alma lo considera incapaz, falaz y superficial, negándole con tal incredulidad y haciendo de su propio sentir un ídolo levantado en el corazón contra Dios, como si su propia sabiduría pudiera superar a la divina. Al ver Dios que el alma lo reconoce por la única verdad y que lo honra así con su fe, él, a su vez, honra al alma y la considera buena y sincera. Por consiguiente, por la fe es el alma realmente buena y sincera, porque bueno es y conforme a la verdad que se considere a Dios como bondad y verdad mismas, lo cual hace al hombre también justo y sincero, siendo así que es sincero y justo conceder a Dios toda la verdad. Y esto es algo que no realizan quienes en lugar de creer se esfuerzan poniendo en práctica muchas buenas obras.

12. No sólo obra la fe compenetrando al alma íntimamente con la palabra de Dios, dotándola de gracia, libertad y bienaventuranza, sino que la misma fe también une al alma con Cristo, como la esposa con su esposo. De tales desposorios resulta, según el apóstol Pablo, que Cristo y el alma forman un solo cuerpo,[21] de manera tal que todo cuanto ambos poseen, bienes, dicha, desdicha, todo, en fin, lo poseen en común. Esto es, lo que a Cristo de por sí pertenece, pasa a pertenecer también al alma, y lo que ésta posee pasa a ser posesión de Cristo. Así, Cristo posee todos los bienes y la bienaventuranza que pertenecen al alma. De la misma manera no dispone el alma de maldad y pecado, los cuales se transfieren a Cristo. ¡Aquí comienza el gozoso trueque y la alegre porfía! Cristo es Dios y hombre, pero jamás ha cometido pecado: su justicia es invencible, eterna y omnipotente. Al apropiarse Cristo del pecado del alma creyente en virtud del anillo de bodas de ésta, es decir, por su fe, es como si Cristo mismo hubiera cometido el pecado: de donde resulta que los pecados son absorbidos por Cristo y perecen en él; que no hay pecado capaz de resistir la invencible justicia de Cristo. De este modo se ve el alma limpia de todos sus pecados, en virtud de las arras de boda, o sea, el alma es por su fe libertada y dotada con la justicia eterna de su esposo Jesucristo. ¿No es acaso alegre negocio que Jesucristo, el novio rico, noble y bueno, se despose con una insignificante ramera, pobre, despreciable y mala, sacándola así de todo mal y adornándola con toda clase de bienes? Ya no es posible que el alma sea condenada por sus pecados, una vez que éstos también son de Cristo, en el cual han perecido. De esta suerte dispone el alma de una justi-

21 Ef. 5:30.

cia tan superabundante por su esposo que es capaz de resistirse contra todos los pecados, aunque ya estuviera sobrecargada de ellos. A este respecto dice el apóstol Pablo: [22] "Gracias sean dadas a Dios que nos ha dado la victoria en Cristo Jesús, en la que han sido absorbidos la muerte con el pecado."

13. Comprenderás ahora, lector, por qué motivo se concede tal valor a la fe, afirmando que cumple los mandamientos y justifica sin necesidad de otras obras. Ya has visto cómo sólo la fe cumple el primer mandamiento, el cual ordena: [23] "Honrarás al Señor, tu Dios." Aunque fueras de pies a cabeza una sola y pura "buena obra", no serías justo ni darías a Dios honra alguna con ello, o sea, dejarías incumplido el primero de todos los mandamientos. Honrar a Dios sólo es factible si se reconoce de antemano que él es la verdad y la suma de todas las bondades, como es en verdad. Sin embargo, dicho conocimiento no cabe en las buenas obras, sino únicamente en la fe del corazón. Por eso es sólo la fe la justicia del hombre y el cumplimiento de los mandamientos: pues quien cumple el primer mandamiento cumplirá también segura y fácilmente los demás. Las obras son, por el contrario, cosa muerta; no pueden honrar y alabar a Dios, aun cuando pueden practicarse en su honor y alabanza, si la fe está presente. Pero nosotros andamos buscando no aquello que puede realizarse, como las obras, sino al autor y maestro que honra a Dios y lleva a cabo las obras. Éste no es sino la fe de corazón que es la cabeza y toda la sustancia de la justicia. Por consiguiente, la doctrina que enseña a cumplir los mandamiento con obras, es una doctrina tan peligrosa como malvada, toda vez que los mandamientos han de ser cumplidos por la fe antes que por las obras, ya que éstas siguen a tal cumplimiento como en seguida veremos.

14. Para conocer más a fondo lo que en Cristo poseemos y el bien tan grande que supone tener una fe verdadera, ha de saberse que anteriormente al Antiguo Testamento y en este mismo, Dios escogió y retuvo para sí el primogénito viril de hombres y animales.[24] Ahora bien, la primera criatura nacida fue de valor inapreciable y aventaja a todos los nacidos [25] en dos grandes cosas, como son: la soberanía y la clerecía, o en otras palabras, el reino y el sacerdocio. Es decir, el niño que primero nació era señor de todos sus hermanos, y al mismo tiempo sacer-

[22] 1 Co. 15:55-57.
[23] Ex. 20:2-4.
[24] Ex. 13:2.
[25] Gn. 49:3.

dote o papa ante Dios. Este símil se refiere a Jesucristo, el cual es realmente el primogénito de Dios el Padre, nacido de la Virgen María. Por eso es él también rey y sacerdote, aunque en sentido espiritual, toda vez que su reino no es de este mundo ni consiste en bienes terrenales, sino puramente espirituales, como son: la verdad, la sabiduría, la paz, el gozo, la bienaventuranza, etcétera. Sin embargo, no quedan tampoco excluidos los bienes temporales, pues todas las cosas están supeditadas a Cristo, así las del cielo como las de la tierra y del infierno. Se explica que no veamos a Cristo, porque reina espiritual e invisiblemente.

Asimismo no consiste su sacerdocio en actos exteriores o en vestiduras, como sucede entre los hombres, sino en un sacerdocio en espíritu, invisible: de este modo Cristo está delante de Dios, rogando sin cesar por los suyos, sacrificándose a sí mismo, haciendo, en fin, cuanto a un sacerdote bueno corresponde. "Intercede por nosotros", como dice San Pablo,[26] y al mismo tiempo nos instruye interiormente, en nuestro corazón. Ambos menesteres, el ruego intercesor y la enseñanza, son propios del sacerdote: que también los sacerdotes humanos, visibles y perecederos, ruegan y enseñan del mismo modo.

15. Cristo en posesión de la primogenitura y toda la gloria y dignidad que a la misma pertenecen, hace participar de ella a todos los cristianos, a fin de que por la fe también ellos sean reyes y sacerdotes con Cristo. Así dice San Pedro: [27] "Vosotros sois reino sacerdotal y sacerdocio real." Esto sucede porque la fe eleva al cristiano por encima de todas las cosas, de manera que se convierte en el soberano espiritual de las mismas, sin que ninguna pueda malograr su salvación. Antes al contrario, todo le queda supeditado y todo ha de servirle para su salvación, como enseña San Pablo: [28] "Todas las cosas habrán de ayudar a los escogidos para su mayor bien", sea la vida o la muerte, el pecado o la justicia, lo bueno y lo malo, llámese como quiera. Igualmente: [29] "Todo es vuestro, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir", etcétera. Claro está que esto no significa que ya dominemos corporal o materialmente todas las cosas, poseyéndolas y haciendo uso de ellas, como hombres que somos; no es esto posible, dado que todos tenemos que perecer corporalmente, y nadie puede escaparse de la muerte. Además existen cosas a las cuales estamos sometidos, como lo vemos en

26 Ro. 8:34.
27 1 P. 2:9.
28 Ro. 8:28 y *ss.*
29 1 Co. 3:21 y *ss.*

Cristo mismo y en sus santos. Se trata de una soberanía espiritual, ejercitada dentro de los límites de la supeditación corporal. Es decir, mi alma puede perfeccionarse en todas y a pesar de todas las cosas, de manera que aun la muerte y el padecimiento me están supeditados y me servirán para mi salvación. ¡Qué elevado y estupendo honor! ¡Qué soberanía tan real y omnipotente! Es éste un reino espiritual, donde nada hay tan bueno o tan malo que no tenga que beneficiarme, si tengo la fe, sin que nada necesite, porque con mi fe me basta. ¡He aquí cuán hermosos son el señorío y la libertad de los cristianos!

16. Además, somos sacerdotes, lo que vale mucho más que ser rey, toda vez que el sacerdocio nos capacita para poder presentarnos delante de Dios rogando por los demás hombres, puesto que sólo a los sacerdotes corresponde por derecho propio estar a los ojos de Dios y rogar. A Cristo le debemos este don de interceder y suplicar en espíritu unos por otros, semejantes al sacerdote que corporalmente intercede y ruega ante Dios por el pueblo. Empero, a quien no cree en Cristo ninguna cosa puede beneficiarlo, antes al contrario, estará supeditado a todas como un siervo, y todas lo hacen alterarse. Tampoco su oración alcanzará el agrado de Dios, ni siquiera llegará hasta él. ¿Quién es capaz de abarcar la grandeza y el honor del cristiano? Por su reinado y soberanía dispone él de todas las cosas; por su sacerdocio influye en Dios, puesto que Dios obra conforme al ruego y deseo del cristiano, como leemos en el Salterio: [30] "Dios cumplirá el deseo de todos los que le temen y oirá su oración." Este honor lo recibe el cristiano sólo por la fe, pero no por las obras. De lo dicho se colige claramente que el cristiano es libre de todas las cosas y soberano de ellas, sin que precise, por tanto, de obra buena alguna para ser justo y salvo. La fe es la que da todo en abundancia. Y si el cristiano fuera tan necio de pensar ser justo, libre, salvo o cristiano en virtud de las buenas obras, perdería su fe y con ella todo lo demás. Semejante sería el tal a aquel perro del cuento que llevaba un trozo de carne en la boca, y viéndolo reflejado en el agua, quiso cogerlo de un bocado; perdió el trozo de carne y además también la imagen del mismo en el agua.

17. Acaso te preguntes qué diferencia hay entre los sacerdotes y los laicos en la cristiandad, sentado que todos los cristianos son sacerdotes. La respuesta es la siguiente: Las palabras "sacerdote", "cura", "eclesiástico" y otras semejantes fueron despoja-

[30] Sal. 145:19.

das de su verdadero sentido al ser aplicadas únicamente a un reducido número de hombres que se apartaron de la masa y formaron lo que ahora conocemos con el nombre de "estado sacerdotal". La Sagrada Escritura no hace diferencias entre cristianos, sino que sólo distingue los sabios y los consagrados que reciben el nombre de *"ministri"*, *"servi"*, *"oeconomi"*, que significa: servidores, siervos y administradores, y cuya misión consiste en predicar a los demás a Cristo y sobre la fe y la libertad cristiana. Aunque todos seamos iguales sacerdotes, no todos podemos servir, administrar y predicar. Así dice San Pablo: [31] "Queremos ser considerados por los hombres únicamente como servidores de Cristo y administradores del Evangelio." Pero el caso es que dicha administración se ha trocado en un dominio y poder tan mundano, ostentativo, fuerte y temible, que el verdadero poder temporal no puede ya compararse con él, ¡como si los laicos y cristianos fueran dos cosas distintas! Claro es que con ello se ha despojado totalmente de su sentido a la gracia, la libertad y la fe cristianas, así como también a todo aquello que de Cristo hemos recibido, y hasta a Cristo mismo. ¿Y qué se nos ha dado en cambio? Muchas leyes y obras humanas, haciéndonos así verdaderos esclavos de la gente más incapaz del mundo.

18. Puede deducirse de lo expuesto que no basta con predicar superficialmente sobre la vida y obra de Cristo, cual si se tratase de un mero hecho histórico o una crónica; aun es peor callarse sobre Cristo y en su lugar predicar el derecho eclesiástico u otras leyes y doctrinas humanas. También hay muchos que al predicar o leer sobre Cristo se muestran llenos de compasión con él, pero de odio contra los judíos, o se entretienen, en fin, con diversas puerilidades. Ahora bien, es menester predicar a Cristo en tal forma que la predicación brote en ti y en mí la fe y se mantenga en nosotros; una fe que sólo nace y permanece cuando se nos predica por qué vino Cristo al mundo, de qué manera hemos de valernos de él y de sus beneficios, qué es lo que él nos ha traído y donado. Se predicará de este modo cuando se interpreta debidamente la libertad cristiana que de Cristo hemos recibido, y cuando se nos dice de qué modo somos reyes y sacerdotes y dueños y señores de todas las cosas, y que Dios se complace en todo cuanto hacemos y lo atiende, según hemos venido diciendo. Y el corazón que esto oye de Cristo, se gozará hasta lo más profundo, se sentirá consolado, se volverá blando para con Cristo, y le corresponderá amándolo, cosas to-

[31] 1 Co. 4:1.

das en fin, a las que jamás podría llegar el corazón mediante el cumplimiento de leyes y obras. Por lo demás, ¿qué podría dañar o atemorizar a un corazón que así siente? Si el pecado y la muerte se allegan, le dice su fe que la justicia de Cristo es suya y que sus pecados tampoco son ya suyos sino de Cristo; de esta guisa, el pecado se desvanece ante la justicia de Cristo por la fe y en la fe, como antes se dijo; y el hombre aprende a porfiar a la muerte y al pecado como el apóstol, y exclama: [32] "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? Tu aguijón es el pecado. Mas a Dios sean dadas gracias y alabanzas, que nos ha otorgado la victoria por Jesucristo nuestro Señor. Sorbida es la muerte con su victoria", etcétera.

19. Baste lo hasta aquí expuesto acerca del hombre interior o espiritual, de su libertad y de su justicia esencial, para lo cual no precisa ley u obra buena alguna; más aún, sería perjudicial a la justificación si quisiera alcanzarla mediante leyes y obras. Pasemos ahora a la otra parte, a la referente al hombre externo. Al hacerlo, replicaremos a todos aquellos que, escandalizados por nuestros razonamientos, suelen exclamar: Está bien: si la fe ya lo es todo y por sí sola basta para la justificación, ¿por qué han sido ordenadas las buenas obras? Vivamos, pues, alegres y confiados y sin hacer nada. No, amado hermano, eso es un error. Podría suceder lo que tú dices, si fueras ya del todo un hombre interior, puramente espiritual e interior, cosa que no tendrá lugar antes del día del juicio final. En este mundo todo es comienzo y crecimiento, y el fin vendrá en el otro mundo. Por eso habla el apóstol de "*primitias spiritus*", o sea, los primeros frutos del espíritu; [33] y también por eso cabe aplicar lo que antes se dijo: el cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos. Con otras palabras: dado que es libre, nada necesita hacer: dado que es siervo, ha de hacer muchas y diversas cosas. Veamos cómo sucede esto.

20. Aun cuando el hombre esté ya interiormente, por lo que a su alma respecta, bastante justificado por la fe y en posesión de todo cuanto precisa, aunque su fe y suficiencia tendrán que seguir creciendo hasta la otra vida, sigue, sin embargo, en el mundo y ha de gobernar su propio cuerpo y de convivir con sus semejantes. Y aquí comienzan las obras. El hombre, dejando a un lado toda ociosidad, está obligado a guiar y disciplinar moderadamente su cuerpo con ayunos, vigilias y trabajos, ejerci-

[32] 1 Co. 15:55 y *ss.*
[33] Ro. 8:23.

tándolo a fin de supeditarlo e igualarlo al hombre interior y a la fe, de modo que no sea impedimento ni haga oposición, como sucede cuando no se lo obliga. Pues el hombre interior va al unísono con Dios, se goza y se alegra por Cristo, que tanto ha hecho por él, y su mayor y único placer es, a su vez, servir a Dios con un amor desinteresado y voluntario. Empero en su carne late una voluntad rebelde, una voluntad inclinada a servir al mundo y a buscar lo que más la deleita. Pero la fe no puede sufrirlo y se le arroja al cuello amorosa, para apaciguarlo y subyugarlo. Dice el apóstol Pablo: [34] "Según el hombre interior me deleito en la ley de Dios, mas veo otra ley en mis miembros que me lleva cautivo a la ley del pecado." Del mismo modo: [35] "Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido un maestro para otros, yo mismo venga a ser eliminado." Y asimismo: [36] "Pero los que son de Cristo crucifican su carne con sus afectos y concupiscencia."

21. Pero dichas obras no se realizarán pensando que por ellas el hombre se justifica ante Dios, pues tal pensamiento es insoportable para la fe, la cual es y será siempre la única justicia a los ojos de Dios. Antes bien, se harán las obras con la sola intención de domeñar el cuerpo y limpiarlo de sus malas inclinaciones deleitosas, poniendo toda la mira en desterrarlas. Precisamente por ser el alma pura por la fe y amante de Dios, anhela que también lo demás sea puro, sobre todo el propio cuerpo, y que todo, juntamente con ella, ame y alabe a Dios. Por consiguiente, el hombre, a causa de su propio cuerpo, no puede andar ocioso, antes al contrario, habrá de realizar muchas buenas obras para supeditarlo. Sin embargo, no son las obras el medio apropiado para aparecer como bueno y justo delante de Dios, sino que se ejecutarán con puro y libre amor, desinteresadamente, sólo para complacer a Dios, buscando y mirando única y exclusivamente lo que a Dios le agrada en tanto se desea cumplir su voluntad lo mejor posible. Colija así, pues, cada cual la medida y la prudencia al castigar su cuerpo con tantos ayunos, vigilias y trabajos como necesite para apaciguar su temeridad. Pero aquellos que buscan la justificación por medio de obras, no se cuidan de la mortificación, sino sólo ponen la mira en las obras, pensando que cuanto más numerosas éstas sean, mejor es para alcanzar la justificación. Y a veces pierden la cabeza y malgastan sus cuerpos. ¡Cuán grande necedad y cuán

[34] Rom. 7:22 y *ss.*
[35] 1 Co. 8:27.
[36] Ga. 5:24.

falsa comprensión de la vida cristiana y de la fe demuestra la pretensión de ser justificado y salvo por obras, pero sin fe!

22. Valiéndonos de algunos símiles diríamos: las obras del cristiano, el cual por su fe y por pura gracia de Dios es justificado y salvado gratuitamente, podrían tasarse como las que Adán y Eva habrían hecho en el paríso, según está escrito,[37] que Dios lo puso en el paraíso al hombre creado para que lo labrara y guardase. Ahora bien: Adán fue creado justo, bueno y sin pecado. Por consiguiente, no le era preciso labrar y cuidar para ser bueno y justificado. Sin embargo, a fin de que no anduviera ocioso, Dios encomendóle el trabajo de plantar, labrar y cuidar el Edén. Tales obras de Adán habrían sido hechas por él voluntariamente, sólo para complacer a Dios, pero en modo alguno para alcanzar la justificación que él ya poseía y con la cual todos nosotros podríamos haber nacido. Pues bien, éste es el caso de las obras del hombre creyente, el cual, por su fe es puesto de nuevo en el paraíso y de nuevo creado; las obras que ejecuta no le serán necesarias para su justificación, sino que le han sido ordenadas con objeto de evitar su holganza, haciéndolo esforzar y cuidar el cuerpo exclusivamente para agradar a Dios.

Además: un obispo consagrado bendice un templo, confirma o practica cualquier otra obra inherente a su cargo, pero tales cosas no lo hacen obispo; aún más, si no fuera por tratarse de un obispo ya consagrado, ninguno de dichos actos tendrían valor, sino que serían puras necedades. A semejanza del obispo, el cristiano, consagrado por la fe, al realizar buenas obras, éstas no lo hacen mejor cristiano o más consagrado, cosa que únicamente sucede con el incremento de la fe; antes bien, de no tratarse de un creyente y cristiano, nada valdrían sus obras, sino que serían pecados fatuos, punibles y condenables.

23. Estas dos sentencias son, por consiguiente, ciertas. Primera: "Las obras buenas y justas jamás hacen al hombre bueno y justo, sino que el hombre bueno y justo realiza obras buenas y justas." Segunda: "Las malas obras nunca hacen al hombre malo, sino que el hombre malo ejecuta malas obras." Se desprende de esto que la persona habrá de ser ya buena y justa antes de realizar buenas obras, o sea, que dichas obras emanan de la persona justa y buena, como dice Cristo.[38] "El árbol malo no lleva buenos frutos; el árbol bueno no da frutos malos." Ahora bien, está claro que ni los frutos llevan al árbol ni se producen los árboles en los frutos, sino que por el contrario los árboles llevan los

[37] Gn. 2:15.
[38] Mt. 7:18.

frutos y los frutos crecen en los árboles. Luego, así como los árboles preceden a los frutos y éstos no hacen al árbol malo o bueno, sino que son los árboles los que dan frutos buenos o malos, también la persona será justa o mala antes de ejecutar obras buenas o malas, de modo que sus obras no lo hacen bueno o malo al hombre, sino que él mismo es quien hace buenas o malas obras. Algo semejante podemos ver en todos los oficios manuales. Una casa bien o mal construida no hace al constructor bueno o malo, sino que éste levantará una casa buena o mala. Ninguna obra hace al artesano según la calidad de ella, sino como es el artesano, así resultará también la obra. Idéntico es el caso de las obras humanas, las cuales serán buenas o malas según sea la fe o la incredulidad del hombre. Y no al contrario: como son sus obras, así será justo o creyente. Como las obras no hacen al hombre creyente, así no lo justifican tampoco. Sin embargo, la fe, que hace justo al hombre, así también realizará buenas obras. Toda vez que las obras a nadie justifican, sino que el hombre ha de ser ya justo antes de realizarlas, queda claramente demostrado que sólo la fe, por pura gracia divina, en virtud de Cristo y su palabra, justifica a la persona suficientemente y la salva, sin que el cristiano precise de obra o mandamiento alguno para lograr su salvación. Porque el cristiano está desligado de todos los mandamientos, y en uso de su libertad hace voluntaria y desinteresadamente todo cuanto haga, sin buscar nunca su propio provecho y su propia salvación, porque por su fe y la gracia divina está ya harto y es también salvo, sino que busca únicamente cómo complacer a Dios.

24. Por otra parte, a quien carezca de fe, ninguna obra buena coadyuvará a su justicia y salvación. Además, no hay malas obras que puedan hacerlo malo y condenarlo, sino que la incredulidad pervierte a la persona y al árbol y es ejecutora de las obras malas y condenables. Luego el ser justo o malo no procede de las obras, sino de la fe, como dice el sabio: [39] "El principio del pecado es apartarse de Dios y desconfiar de él." También Cristo enseña que no debe comenzarse por las obras y dice: [40] "O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo." Lo mismo podría haber dicho: el que desee buenos frutos, que empiece por el árbol plantándolo debidamente. Por consiguiente, quien pretenda realizar buenas obras no comenzará por éstas, sino por la persona que ha de ejecutarlas. Mas a la persona nadie la hace buena sino la fe, y nadie la hace mala

[39] Eccl. 10:14-15.
[40] Mt. 12:33.

sino la incredulidad. No es menos cierto que las obras revelan al hombre como justo o malo ante sus semejantes, esto es, por las obras se conoce ya exteriormente si el hombre es justo o malo, como dice Cristo: [41] "Por los frutos los conoceréis." Sin embargo, eso tiene un valor más bien aparente y externo, aunque muchos se han dejado guiar por ello y yerran, escribiendo y enseñando cómo han de hacerse las buenas obras y cómo es posible ganar la justificación, en tanto que olvidan del todo la fe. Y así van por el mundo, guías ciegos de ciegos; así se torturan con muchas obras sin llegar jamás a la recta justicia. A ello se refiere San Pablo: [42] "Tendrán apariencia de justicia, pero les falta el fundamento; siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la justicia verdadera." Quien no quiera andar vagando en compañía de esos ciegos, que mire más allá de las obras, de los mandamientos y de las doctrinas sobre las obras, para fijar la atención ante todo en la persona y el modo en que pueda ser justificada. Ciertamente la persona no se justificará y salvará por medio de mandamientos y obras, sino por la Palabra de Dios, esto es, por la promesa de su gracia, y la fe. Y sucede así, a fin de que la gloria divina permanezca en todo su esplendor, en tanto Dios no nos redime por causa de nuestras obras, sino por su Palabra misericordiosa, gratuitamente y por pura clemencia.

25. Después de lo dicho, no será difícil comprender en qué sentido deben desecharse o aceptarse las buenas obras y de qué modo habrá de entenderse toda doctrina acerca de las mismas. Aquellas doctrinas fundadas en la falsa y torcida opinión de que mediante buenas obras seremos justificados y salvos son ya en sí malas y dignas de condenación; lo son porque desconocen la libertad y escarnecen la gracia de Dios, la cual sólo justifica y salva por la fe, cosa imposible para las obras, mas al pretenderlo éstas, atacan la obra y el honor de la gracia. No desechemos las buenas obras porque lo sean, sino a causa de las malas consecuencias y la errónea opinión que las acompaña, presentándolas como buenas cuando en realidad no lo son. De donde resulta que tales doctrinas son engañosas y engañan al hombre; son como lobos rapaces con piel de oveja. Sin la fe no es posible destruir aquellas malas consecuencias y aquella falsa creencia en las obras. Y mientras no venga la fe y las destruya, abundarán en todo aquel que busque la justificación mediante las buenas obras. Porque la naturaleza humana no es capaz de

[41] Mt. 7:20.
[42] 2 T. 3:5 y ss.

desterrarlas, ni siquiera de reconocerlas; antes al contrario, para ella son consecuencias, y la creencia en las buenas obras algo inapreciable y salvador. Y esto es lo que a tantos ya ha seducido. Por lo tanto, siendo provechoso escribir y predicar sobre el arrepentimiento, la confesión y la satisfacción, si no se avanza hacia la fe, resultará de ello una mera serie de doctrinas diabólicas y seductoras. No vale predicar sólo una parte, sino la Palabra de Dios en sus dos partes. Predíquense los mandamientos para intimar a los pecadores y manifestarles sus pecados, de modo que se arrepientan y se conviertan. Pero esto no basta. Es preciso anunciar también la otra palabra, la promesa de gracia, enseñando lo que es la fe, sin la cual mandamientos, arrepentimiento y todo lo demás son cosas vanas. Hay todavía algunos predicadores que no anuncian el arrepentimiento de los pecados y las promesas de Dios, como para poder aprender de dónde y cómo vienen el arrepentimiento y la gracia. Porque el arrepentimiento emana de los mandamientos y la fe, de las promesas de Dios. De este modo el hombre que, atemorizado ante los mandamientos divinos, se ha humillado y reconocido su verdadero estado, es justificado y levantado por su fe en las divinas palabras.

26. Baste con lo expuesto acerca de las obras en general y de aquellas que el cristiano realizará para dominar su propio cuerpo. Trataremos ahora de las obras que el hombre habrá de practicar entre sus semejantes, porque el hombre vive no sólo en su cuerpo y para él, sino también con los demás hombres. Ésta es la razón por la cual el hombre no puede prescindir de las obras en el trato con sus semejantes; antes bien, ha de hablar y tratarse con ellos, aunque dichas obras en nada contribuyen a su propia justificación y salvación. Luego, al realizar tales obras su intención será libre y él tendrá sus miras puestas sólo en servir y ser útil a los demás, sin pensar en otra cosa que en las necesidades de aquellos a cuyo servicio desea ponerse. Este modo de obrar para con los demás es la verdadera vida del cristiano, y la fe actuará con amor y gozo, como el apóstol enseña a los gálatas.[43] También a los filipenses habíales enseñado que con la fe en Cristo ya poseían la gracia y su abundancia, y añade: [44] "Os amonesto con la consolación que en Cristo tenéis y toda la consolación que guardáis en nuestro amor y toda la comunión que tenéis con todos los cristianos espirituales y justos, que cumpláis mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo

[43] Ga. 5:6 y ss.
[44] Fil. 2:1 y ss.

amor para con otros, sirviendo uno al otro, no mirando cada cual lo suyo propio, sino cada uno también lo de los demás y lo que otros han menester." Con estas palabras describe el apóstol sencilla y claramente la vida cristiana, una vida en la cual todas las obras atienden al bien del prójimo, ya que cada cual posee con su fe todo cuanto para sí mismo precisa y aún le sobran obras y vida suficientes para servir al prójimo con amor desinteresado. A Cristo presenta el apóstol como ejemplo, diciendo: [45] "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo en Cristo", el cual, siendo pleno de forma divina y teniendo suficiente para sí, sin que necesitara de vida, obras y sufrimiento, para ser justo y salvo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndolo y sufriéndolo todo, no mirando más que nuestro propio bien; y así, siendo libre, se hizo siervo por causa nuestra.

27. Así también el cristiano, como Cristo, su cabeza, debe sentirse pleno y harto con su fe, mirando de acrecentarla, porque ella le es vida, justicia y salvación, y le da todo cuanto es de Cristo y Dios, como antes se dijo [46] y el apóstol Pablo escribe: [47] "Lo que vivo todavía en la carne, lo vivo en la fe de Cristo, Hijo de Dios." El cristiano es libre, sí, pero debe hacerse con gusto siervo, a fin de ayudar a su prójimo, tratándolo y obrando con él como Dios ha hecho con el cristiano por medio de Jesucristo. Y el cristiano lo hará todo sin esperar recompensa, sino únicamente por agradar a Dios y diciéndose: bien; aunque soy hombre indigno, condenable y sin mérito alguno, mi Dios me ha otorgado gratuitamente y por pura gracia suya en virtud de Cristo y en Cristo riquísima justicia y salvación, de manera que de ahora en adelante sólo necesito creer que es así. Mas por mi parte haré también por tal Padre que me ha colmado de beneficios tan inapreciables, todo cuanto pueda agradarle, y lo haré libre, alegre y gratuitamente, y seré con mi prójimo un cristiano a la manera que Cristo lo ha sido conmigo, no emprendiendo nada excepto aquello que yo vea que mi prójimo necesite o le sea provechoso y salvador; que yo ya poseo todas las cosas en Cristo por mi fe. He aquí cómo de la fe fluyen el amor y el gozo en Dios, y del amor emana a la vez una vida libre, dispuesta y gozosa para servir al prójimo sin miras de recompensa. Porque así como el prójimo padece necesidad y ha menester de aquello que a nosotros nos sobra, así padecíamos nosotros mismos también gran necesidad ante Dios y hubo de socorrer la gracia. Por

45 Fil. 2:5 y ss.
46 § 12.
47 Ga. 2:20.

consiguiente, si Dios nos ha socorrido gratuitamente por Cristo, auxiliemos nosotros también al prójimo con todas las obras de nuestro cuerpo. Claramente se ve cuán noble y elevada es la vida cristiana, aunque hoy desgraciadamente, en todo el mundo es desestimada, y más aún, ya se ha olvidado que existe y no se predica sobre ella.

28. En el capítulo segundo del evangelio según Lucas leemos [48] que la Virgen María se presentó en el templo después de las seis semanas prescriptas para ser declarada limpia, como ordenaba la ley a todas las mujeres, si bien la Virgen María no era impura como ellas, ni deudora de la misma limpieza, ni siquiera la necesitaba. Mas la Virgen María obró así por amor, no queriendo hacer de menos a las demás mujeres, ni pretendiendo apartarse de entre ellas. De modo semejante obró el apóstol Pablo haciendo que se circuncidara a Timoeo,[49] no porque fuera necesario, sino más bien por no ofrecer a los judíos de fe cristiana tibia la ocasión de pensar mal; sin embargo, el apóstol no quiso que Tito fuera circuncidado, precisamente porque se lo obligaba a ello, alegando que la circuncisión era necesaria para la salvación.[50] En el capítulo 17 [51] del evangelio según Mateo discute Cristo con Pedro acerca del tributo que también se exigía a los discípulos, y le objetó que los hijos de un rey no necesitaban abonar tributo alguno. Una vez conforme Pedro con dicha explicación, Cristo le ordenó no obstante que saliera al mar y le dijo: "Mas para que no se escandalicen por causa nuestra, ve al mar. El primer pez que sacares, tómalo y en su boca hallarás una moneda, dásela por ti y por mí." ¡Qué ejemplo tan hermoso es éste y cuán aplicable a lo que venimos diciendo! Cristo se da a sí mismo y a sus discípulos el título de libres hijos de rey que no carecen de nada, y sin embargo, se doblega voluntariamente, sirve y abona el tributo. Tanto como la obra de Cristo pudo serle necesaria y beneficiarle para su propia justicia o salvación, así también son todas sus demás obras y las que realizan los cristianos, necesarias para su salvación; porque en realidad se trata de servicios voluntarios en favor de los demás hombres y para su mejoramiento. Así mismo deberían las obras de los sacerdotes, conventos y capítulos ser hechas de manera que cada cual obrase según su estado y su orden, pero con la mira puesta únicamente en auxiliar a otros y dominar el

48 Lc. 2:22 y ss.
49 Hch. 16:3.
50 Ga. 2:3.
51 Mt. 17:24 y ss.

propio cuerpo, dando así buen ejemplo a aquellos que también necesitan gobernar su carne. Pero estén prevenidos siempre y no se propongan alcanzar justicia y salvación con tales obras, porque justicia y salvación sólo son posibles por la fe. En este sentido amonesta el apóstol Pablo [52] y [53] a los cristianos a someterse al poder secular, dispuesto siempre a prestarle su servicio, mas no con miras de alcanzar justicia, sino para servir libremente a los demás y a la autoridad secular, obedeciendo con amor y libertad. Quien entienda esto podrá vivir fácilmente en medio de los innumerables preceptos y leyes del Papa, de los obispos, de los conventos, de los capítulos, de los príncipes y señores de que algunos prelados irrazonables hacen uso y los presentan como si fueran necesarios para la salvación, denominándolos injustamente mandamientos de la Iglesia; injustamente, porque el cristiano libre discurre así:

> ayunaré, oraré, haré esto y lo otro tal como ha sido ordenado, pero no lo he menester ni busco mi justicia y salvación con ello, sino que lo hago por el Papa, el obispo, la comunidad, o también por mi hermano en la fe o por mi señor, a fin de dar ejemplo, servir y sufrir. ¡Qué cosas mucho mayores ha hecho y padecido Cristo por mí, aunque él lo necesitaba mucho menos que yo! Y aunque los tiranos exijan lo que no les corresponde, en nada me perjudicará mientras no vaya contra Dios.

29. De lo hasta aquí expuesto cualquiera puede formarse un juicio exacto y distinguir entre todas las obras y los mandamientos, así como también entre prelados, ciegos y locos y aquellos que son razonables. Porque toda obra que no persiga el fin de servir a los demás y sufrir su voluntad —siempre que no se obligue a ir contra la voluntad de Dios— no será una buena obra cristiana. Por eso sospecho que son pocas las fundaciones, iglesias, conventos, altares, misas y legados verdaderamente cristianos, y asimismo los ayunos y oraciones especiales dirigidos a algunos santos. Temo que con todo ello cada cual procura sólo por lo suyo, pensando expiar sus pecados y conseguir la salvación. Este afán dimana de la ignorancia sobre la fe y la libertad cristiana. Pero hay también prelados irrazonables que empujan a la gente a obrar de tal modo ensalzándolo y coronándolo todo con indulgencias, pero olvidándose de instruir en la fe. Yo

[52] Ro. 13:1 y ss.
[53] Tit. 3:1.

te aconsejo que si deseas hacer un legado en bien de la Iglesia, o si quieres orar y ayunar, no lo hagas pensando en tu propio provecho, antes al contrario, hazlo desinteresadamente, para que los demás lo disfruten y se beneficien con ello; si tal haces, eres un verdadero cristiano. ¿Por qué quieres retener tus bienes y buenas obras que te sobran para cuidar y dominar tu propio cuerpo, toda vez que ya tienes bastante con tu fe, en la que Dios te ha otorgado ya todas las cosas? Sabrás que los bienes de Dios han de pasar de unos a otros y pertenecer a todos, o sea, cada cual cuidará a su prójimo como a sí mismo. Los bienes divinos emanan de Cristo y entran en nosotros: de Cristo, de aquel cuya vida estuvo dedicada a nosotros, como si fuera la suya propia. Del mismo modo deben emanar de nosotros y derramarse sobre aquellos que los necesitan. Pero esto tendrá lugar de tal manera que pondremos también nuestra fe y justicia en servicio y favor del prójimo delante de Dios, a fin de cubrir así sus pecados y tomarlos sobre nosotros cual si fueran nuestros, como Cristo ha hecho para con nosotros mismos. He aquí, esto es amor cuando el amor es verdadero. Y el amor es verdadero cuando la fe también es verdadera. Por eso el apóstol indica como propiedad del amor,[54] que no busque lo suyo, sino el bien del prójimo.

30. Se deduce de todo lo dicho que el cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y el prójimo; en Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios; de Dios desciende el cristiano al prójimo por el amor. Pero siempre permanece en Dios y en el amor divino, como Cristo dice: [55] "De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre." He aquí la libertad verdadera, espiritual y cristiana que libra al corazón de todo pecado, mandamiento y ley; la libertad que supera a toda otra como los cielos superan la tierra. ¡Quiera Dios hacernos comprender esa libertad y que la conservemos! Amén.

54 1 Co. 13:5.
55 Jn. 1:51.

EN EL NOMBRE DE JESÚS. 1521. ACTAS Y HECHOS DEL DOCTOR MARTÍN LUTERO, EN LA DIETA DE WORMS *

El día martes después del domingo Misericordias Domini del año del Señor 1521 [1] entró en Worms el doctor Martín Lutero de la orden agustiniana, llamado por el Emperador Carlos V, Rey de España, Archiduque de Austria, etcétera, quien en el primer año de su imperio celebraba la primera dieta en esta ciudad libre. Hacía tres años, el doctor Martín había publicado en Wittemberg, ciudad de Sajonia, para una disputación algunas tesis contra la tiranía del obispo de Roma, las que en el ínterin fueron destruidas y quemadas por muchos, sin ser refutadas por nadie ni con pasajes de las Escrituras ni mediante razonamientos. El asunto empezó a desembocar en un tumulto, puesto que el pueblo defendía la causa del Evangelio contra los clérigos. Debido a ello y a causa de la instigación por parte de los legados romanos, pareció conveniente citarlo por medio del heraldo imperial y con letras de salvoconducto extendidas para este fin por el Emperador y los príncipes. Lo llamaron. Llegó y se hospedó en la casa de los caballeros de Rodas,[2] donde lo recibieron hospitalariamente y lo saludaron hasta altas horas de la noche y lo visitaron muchos condes, barones, caballeros distinguidos, nobles, sacerdotes y laicos.

El día después de la llegada, el miércoles,[3] antes de la hora de comer, vino Ulrico von Pappenheim —hombre noble y mariscal del imperio— mandado por el Emperador, y le mostró al doctor Martín una orden de Carlos de presentarse a las cuatro de la tarde ante Su Majestad Imperial, los príncipes electores, los duques y los demás "estados del Imperio" para una audiencia referente al asunto por el cual había venido. Como correspondía, el doctor Martín acató la orden con prontitud.

E inmediatamente después de tocar las cuatro de aquel día, vino don Ulrico von Pappenheim y Gaspar Sturn, heraldo imperial para Alemania, quien como "rey de armas" había llamado al doctor Martín de Wittenberg y lo había conducido a

* Martín Lutero, *op. cit.*

1 16 de abril de 1521.

2 Caballeros de San Juan.

3 17 de abril.

Worms. Estos dos señores lo invitaron y lo acompañaron a través de la huerta de la casa de los caballeros de Rodas a la casa del conde Palatino. Y para que no fuera molestado por la multitud, que era numerosa en el camino acostumbrado hacia el palacio del Emperador, llegó casi furtivamente por alguna escalera a la sala de audiencias. Empero, esto no escapó a la atención de muchos que casi por la fuerza se les impedía entrar. Y con el afán de mirar, la mayoría subió a los techos de las casitas.

Pero cuando el doctor Martín estaba en presencia de la Majestad Imperial, de los príncipes electores, de los duques, en fin, de todos los estados del Imperio que en aquel entonces acompañaban al Emperador, Ulrico von Pappenheim lo exhortó para que no hablase nada sin ser preguntado.

Entonces Juan Eck, orador de la Majestad Imperial, oficial mayor del obispo de Tréveris, pronunció primero en latín y después en alemán la misma alocución, como sigue:

> La Majestad Imperial te ha citado aquí, Martín Lutero, por estas dos causas: primero, para que reconozcas públicamente en este lugar si son tuyos los libros divulgados hasta ahora bajo tu nombre; segundo, una vez que los hayas reconocido, si quieres que todos sean considerados tuyos o si deseas revocar algo de ellos.

En este momento el doctor Jerónimo Schurff,[4] suizo de San Gall, que estaba al lado de Martín exclamó: "Que se lean los títulos." Entonces el oficial de Tréveris recitó nominalmente de los libros del doctor Martín aquellos que al mismo tiempo se habían publicado en Basilea. Entre ellos se enumeraron también los *Comentarios a los Salmos*, el tratado *Las Buenas Obras*, el *Comentario al Padrenuestro* y fuera de ellos algunos folletos cristianos, no contenciosos.

Después de esto y en relación con ello el doctor Martín dio la siguiente contestación en alemán y latín:

> La Majestad Imperial me propone dos preguntas: primero, si quiero que todos los libros que llevan mi nombre se consideren como míos; segundo, si tengo la intención de mantener su contenido o de revocar en efecto algo de lo que hasta ahora he publicado. A estas dos preguntas responderé breve y rectamente, según pueda, primero, no

[4] Profesor de derecho canónico en la Universidad de Wittenberg y abogado de Lutero.

puedo dejar de incluir entre los míos los libros ya nominados, ni jamás negaré algo de ellos. En cuanto a la próxima cuestión, si mantengo por igual todo o si revoco lo que se considere dicho sin un testimonio de las Escrituras, se trata de un asunto de la fe y de la salvación de las almas y concierne a la Palabra Divina. No hay nada más sublime tanto en el cielo como en la tierra y con razón todos debemos venerarla. Por ello, sería temerario y a la vez peligroso afirmar algo que no estuviese bien pensado. Sin meditación previa podría aseverar menos de lo que al asunto demanda, como asimismo más de lo que a la verdad corresponde. En ambos casos yo caería bajo la sentencia enunciada por Cristo, cuando dijo: [5] "A cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos." Por esta razón, ruego y suplico a Vuestra Majestad que se me conceda tiempo para reflexionar, a fin de que en la interrogación pueda contestar satisfactoriamente sin incurrir en una ofensa a la Palabra Divina y sin caer en un peligro para mi alma.

A raíz de esta declaración comenzó una deliberación entre los príncipes de cuyo resultado dio cuenta el oficial de Tréveris de la siguiente manera:

> Martín, aunque por la orden imperial hubieses podido comprender suficientemente para qué te han citado y por esta causa no mereces que se te dé más tiempo para pensar, no obstante la Majestad Imperial, por clemencia innata te concede un día para meditar, con el fin de que mañana a la misma hora comparezcas ante él bajo la condición de que no presentes tu declaración por escrito, sino que la expongas oralmente.

Luego el heraldo volvió a conducir al doctor Martín a su albergue. En esta oportunidad no se pudo evitar que en el lapso transcurrido entre su salida para obedecer la orden del Emperador y su aparición en la misma asamblea de los príncipes, varias personas a voces lo amonestasen a ser valiente y proceder con hombría y [6] a no temer a los que pueden matar el cuerpo mas el alma no pueden matar, sino más bien temer a aquel

[5] Mt. 10:33.
[6] Mt. 10:28.

que puede precipitar al infierno tanto el alma como el cuerpo. También: [7] "Cuando estuviereis delante de reyes, no os preocupéis por lo que habréis de decir, porque os será dado en aquella hora." Uno de los presentes exclamó: [8] "Bienaventurado el vientre que te trajo." Así terminó este día.

El próximo día jueves,[9] después de las cuatro de la tarde, vino el heraldo a buscar al doctor Martín, y lo condujo a la corte del Emperador. Allí quedó hasta las seis a causa de las ocupaciones de los príncipes, esperando en medio de una gran multitud que se agolpaba debido a la muchedumbre de gente. Cuando la asamblea se había sentado y mientras Martín estaba de pie, el oficial prorrumpió con estas palabras:

> La Majestad Imperial te fijó esta hora, Martín Lutero, puesto que admitiste públicamente que los libros ayer nombrados eran tuyos. Además, en cuanto a la cuestión de que si querías que algo de ellos fuera tenido por írrito o si aprobabas todo lo que publicaste, pediste un plazo para reflexionar que ha expirado ahora, aunque por derecho no hubieras debido solicitar más tiempo para pensar, puesto que con tanta anticipación sabías a qué habías sido citado. Además, todos están de acuerdo en que la cuestión de la fe es tan cierta que cuando se le pregunta a cualquiera en alguna oportunidad, puede dar segura y constante razón de ella y más aún a ti, tan grande y tan docto profesor de teología. ¡Adelante, entonces! Responde al requerimiento de Su Majestad, cuya benignidad notaste al pedir un plazo para meditar. ¿Quieres defender todos los libros que reconociste como tuyos o deseas retractarte de algo?

Estas palabras las pronunció el oficial en latín y en alemán, pero de manera más virulenta en latín que en alemán.

Y el mismo doctor Martín replicó en latín y en alemán, si bien humildemente, sin elevar la voz y con modestia, pero no sin valor y firmeza cristianos de tal manera que sus adversarios hubieran deseado un modo de hablar y un ánimo más abatidos. Pero con gran ansiedad esperaban una revocación basando cierta expectativa en el hecho de que él había pedido un plazo para meditar.

[7] Lc. 12:11-12.
[8] Lc. 11:27.
[9] 18 de abril de 1521.

DISCURSO DEL DOCTOR MARTÍN LUTERO ANTE EL EMPERADOR Y LOS PRÍNCIPES DE WORMS, EL DÍA JUEVES DESPUÉS DE MISERICORDIAS DOMINI

En el nombre de Jesús

Serenísimo Señor Emperador, Ilustrísimos Príncipes, Clementísimos Señores: a la hora que se me fijó anoche comparezco obediente y suplicando por la misericordia de Dios que Vuestra Serenísima Majestad y Vuestras Ilustrísimas Señorías se dignen escuchar clementes esta causa que es justa y recta tal como yo lo espero y perdonar benignamente si no le hubiera dado a alguien por impericia los títulos que le corresponden o si de alguna manera hubiera pecado contra las costumbres y el ceremonial de la corte, puesto que no soy hombre acostumbrado a ella, sino a las celdas del convento. No puedo declarar sobre mí otra cosa sino lo que hasta ahora he enseñado y escrito con simplicidad de corazón, teniendo en vista sólo la gloria de Dios y la sincera instrucción de los fieles cristianos.

Serenísimo Emperador, Ilustrísimos Príncipes, Vuestra Serenísima Majestad me propuso ayer dos preguntas, a saber, si yo reconocía como míos los libros nombrados y editados bajo mi nombre y si quiero perseverar en ellos defendiéndolos o si deseo revocarlos. Dí una respuesta pronta y clara a la primera y en esto persisto hasta ahora y persistiré eternamente, es decir, estos libros son míos y yo los publiqué bajo mi nombre, a no ser que hubiera sucedido en el ínterin por casualidad que alguno de mis émulos, ya sea por astucia o por sagacidad importuna, hubiese cambiado algo en ellos o sacado taimadamente una parte, puesto que plenamente no reconozco nada que no pertenezca a mí sólo y no haya escrito por mí mismo con exclusión de toda interpretación sutil de cualquiera.

Al contestar a la segunda pregunta, ruego que Vuestra Serenísima Majestad y Vuestras Señorías se dignen notar que no todos mis libros son de una misma clase.

Hay, pues, algunos en los cuales he expuesto la fe religiosa y la moral de una manera tan sencilla y evangélica que los mismos adversarios se ven compelidos a admitir que son útiles, inofensivos y claramente dignos de ser leídos por cristianos. Incluso

la bula,[10] si bien es impetuosa y cruel reconoce que algunos son inocuos, aunque los condene también con un criterio verdaderamente monstruoso. Por lo tanto, si yo empezase a revocarlos, os ruego: ¿qué haría sino condenar como único entre todos los mortales esta verdad que amigos y enemigos por igual confiesan pugnando sólo frente al criterio concorde de todos?

Otra clase de libros la componen aquellos que atacan al papa y a los asuntos de los papistas en cuanto que sus doctrinas y sus pésimos ejemplos han devastado al mundo cristiano mediante un mal que afecta tanto al cuerpo como al espíritu. Nadie puede negarlo o disimularlo, porque la experiencia de todos y las quejas universales atestiguan que por las leyes del papa y por doctrinas humanas las conciencias de los fieles fueron enredadas, vejadas y torturadas en la forma más horrible, mientras la increíble tiranía devoró los bienes y el patrimonio, sobre todo en esta ínclita nación alemana y aún sigue devorándolos sin cesar hasta el día de hoy por medios indignos, mientras ellos mismos por sus propios decretos (como dist. 9 y 25, g. 1 y 2)[11] advierten que las leyes y las doctrinas del papa han de tenerse por erróneas y réprobas cuando se oponen al Evangelio y a las sentencias de los Padres. Por consiguiente, si yo revocara también estos libros no habría hecho otra cosa que fortalecer más la tiranía y abrir ya no las ventanas, sino las puertas a tanta impiedad que robaría más amplia y más libremente de lo que se ha atrevido a hacerlo jamás hasta este momento. Y por el testimonio de esta revocación mía, el reino de su maldad muy licenciosa y del todo impune se hará completamente intolerable para el mísero vulgo y, no obstante, quedaría fortalecido y consolidado, principalmente si divulgasen la noticia de que yo lo hice en virtud de la autoridad de Vuestra Serenísima Majestad y de todo el Imperio Romano. ¡Oh Dios mío, qué tapujo sería yo para la malignidad y tiranía!

El tercer género lo componen los libros que escribí contra algunas personas privadas y (como ellos dicen) distinguidas, es decir, las que se empeñan en defender la tiranía romana y en aniquilar la piedad que yo enseñaba. Confieso que he sido más acerbo de lo que corresponde a mi estado de monje profeso. No quiero tampoco pasar por santo ni estoy disputando sobre mi vida, sino sobre la doctrina de Cristo. No es correcto tampoco que revoque estos escritos porque, debido a semejante retractación, nuevamente podría acontecer que bajo mi patrimonio rei-

[10] Bula *Exsurge Domine* del 15 de junio de 1520.
[11] Referencia al derecho canónico.

nasen la tiranía y la impiedad y se ensañaran contra el pueblo de Dios de una manera más violenta que nunca.

Sin embargo, como soy hombre y no Dios, no puedo defender mis libritos con otra protección que con aquella que el mismo Señor mío Jesucristo defendió su doctrina. Cuando ante Anás lo interrogaron sobre su doctrina y un criado le dio una bofetada, dijo: [12] "Si he hablado mal, testifica en qué está mal." Si el mismo Señor que sabía que no podía errar, no obstante, no se negó a escuchar un testimonio contra su doctrina, ni siquiera por el siervo más vil, cuánto más yo, que soy una hez capaz sólo de errar, debo desear y esperar que alguien quiera dar testimonio contra mi doctrina. En consecuencia, Vuestra Serenísima Majestad e Ilustrísimas Señorías, ruego por la misericordia de Dios, que cualquiera en fin, ya sea el más alto o el más bajo, con tal que sea capaz, de testimonio, me convenza de mis errores y los refute por medio de escrituras proféticas y evangélicas. Estaré del todo dispuesto, si me convencen, a renunciar a cualquier error y seré el primero en arrojar mis libros al fuego.

Creo que por mis declaraciones queda patente que he considerado y examinado bastante los riesgos y peligros como asimismo las pasiones y disensiones que se produjeron en el mundo con ocasión de mi doctrina y de los cuales me amonestaron ayer grave y fuertemente. Pero el aspecto más agradable en estos asuntos lo constituye para mí el ver que surgen pasiones y disensiones a causa de la Palabra de Dios. Es, en efecto, el camino, la oportunidad y el resultado de la Palabra Divina, como Cristo dice:[13] "No he venido para traer paz, sino espada. He venido para poner en disensión al hombre contra su padre, etcétera." Por ello, hemos de pensar cuán maravilloso y terrible es nuestro Dios en sus consejos para que aquello que aplicamos con el objeto de aplacar las pasiones no se transforme por ventura más bien en un diluvio de males intolerables, si empezamos a condenar la Palabra. Y hay que procurar que no resulte infeliz y desafortunado el gobierno de este adolescente óptimo, el Príncipe Carlos (en el cual después de Dios se cifra gran esperanza). Podría ilustrar esta afirmación con abundantes ejemplos tomados de las Escrituras: el faraón, el rey de Babilonia, los reyes de Israel se arruinaron completamente cuando trataban de pacificar y estabilizar sus reinos mediante consejos sapientísimos. Es el mismo Dios que "prende a los sabios en la astucia de

[12] Jn. 18:23.
[13] Mt. 10:34 y ss.

ellos"[14] y que arranca los montes antes que se den cuenta."[15] Por tanto, es menester temer a Dios. No digo esto porque jefes tan altos necesiten de mi enseñanza y admonición, sino porque no debería sustraerme a la debida obediencia a mi Alemania. Y con estas palabras me encomiendo a Vuestra Majestad Serenísima y a Vuestras Señorías, rogando humildemente que no toleréis que por los celos de mis adversarios sin causa alguna quede aborrecible para vosotros. He dicho.

Después de este discurso el orador del Imperio dijo en tono de reproche que yo[16] no había respondido a la pregunta y que no debía cuestionarse lo que ya anteriormente se había condenado y definido en los concilios. Por ello lo que se me pedía era una respuesta simple, no ambigua,[17] si quería revocar o no.

Entonces yo contesté:

Como, pues, Vuestra Serenísima Majestad y Vuestras Señorías pedís una respuesta simple, la daré de un modo que no sea ni cornuda ni dentada. Si no me convencen mediante testimonios de las Escrituras o por un razonamiento evidente (puesto que no creo al papa ni a los concilios solos, porque consta que han errado frecuentemente y contradicho a sí mismos), quedo sujeto a los pasajes de las Escrituras aducidos por mí y mi conciencia está cautiva de la Palabra de Dios. No puedo ni quiero retractarme de nada, puesto que no es prudente ni recto obrar contra la conciencia.[18]

Los príncipes deliberaron sobre este discurso del doctor Martín.[19] Después que ellos lo habían examinado, el oficial de Tréveris trató de destruirlo de la siguiente manera:

> Martín, contestaste con más inmodestia de lo que corresponde a tu persona y además no respondiste a la pregunta propuesta. Hiciste varias distinciones entre tus li-

14 Job. 5:13.

15 Job. 9:5.

16 Nótese que el relato pasa de la tercera persona del singular a la primera.

17 Lat. *cornutum responsum*, contestación ambigua. Compárese Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española, bajo argumento cornuto.

18 *Ich kan nicht anderst, hie stehe ich, Got helff mir, Amen.* ("No puedo proceder de otra manera, aquí estoy, ¡que Dios me ayude! Amén".) Oración alemana dentro del texto latino según la edición de Wittenberg, base del texto de la edición de Weimar. La autenticidad de la sentencia es discutida. Según otras publicaciones, Lutero dijo solamente: *Deus adiuvet me.* (Que Dios me ayude.)

19 Nótese el pase a la tercera persona.

bros, pero de una manera que todo ello no facilita en nada la investigación. Si te retractases de aquellos en los cuales consta buena parte de tus errores, indudablemente Su Majestad Imperial por clemencia innata no toleraría que se persiguiesen los demás que son buenos. Pero resucitas errores ya condenados por el concilio general de Constanza compuesto por toda la nación alemana y quieres que se te refute por las Escrituras. En eso estás delirando gravemente. ¿Qué objeto tiene suscitar una nueva discusión sobre asuntos ya condenados a través de tantos siglos por la Iglesia y el concilio?, a no ser que acaso se deba rendir cuenta a cualquiera de todo asunto. Si alguna vez se impusiera la norma de que cualquiera que contradijese a los concilios y a los pensamientos de la Iglesia debiera ser refutado por pasajes de las Escrituras, no tendríamos nada cierto o determinado en la cristiandad. Y ésta es la causa por la cual Su Majestad Imperial te exige una respuesta simple y clara, ya sea negativa o afirmativa. ¿Quieres defender todos tus libros como católicos? ¿O quieres revocar algo de ellos?

Sin embargo, el doctor Martín rogó a Su Majestad Imperial que no permitiese que fuera compelido a retractarse sin claros argumentos por parte de sus oponentes contra su conciencia cautiva de las Sagradas Escrituras e impedida por ellas. Si se le pidiese una respuesta no ambigua sino simple y franca, no tendría otra que la que ya anteriormente había dado. Si con argumentos suficientes, sus adversarios no librasen su conciencia enredada en aquellos errores, como ellos los llamaban, no podría salir de las redes en que estaba envuelto. No es de por sí verdad lo que los concilios resolvieron, más bien ellos erraron y a menudo se contradijeron a sí mismos. Por tanto no valía el argumento de sus oponentes. Él podría comprobar que los concilios se habían equivocado. No podría revocar lo que las Escrituras expresamente afirmaban. A esta exposición añadió como exclamación: "¡Que Dios me ayude!"

A estas palabras el oficial sólo contestó brevísimamente que no podía comprobarse que un concilio hubiese errado. Martín, en cambio prometió que él podía y quería demostrarlo. Pero como ya la oscuridad había invadido toda la sala de audiencia, cada cual se fue a su casa. Cuando Lutero, el hombre de Dios, se retiró de Su Majestad Imperial y del tribunal, un grupo

numeroso de españoles le siguió con mofas y escarnio manifiestos gritando desaforadamente.

El día viernes después de Misericordias Domini,[20] cuando los príncipes electores, duques y demás estados que suelen asistir a las consultaciones se habían reunido, el Emperador mandó a la asamblea un escrito autógrafo del siguiente contenido: [21]

> Nuestros antepasados, que eran también príncipes cristianos, fueron, no obstante, obedientes a la Iglesia romana que ahora impugna el doctor Martín. Y como éste se ha propuesto no ceder ni un ápice en sus errores, no podemos apartarnos con decoro del ejemplo de nuestros mayores y hemos de proteger la antigua fe y prestar ayuda a la Santa Sede. Por ello, perseguiremos a Martín y sus correligionarios con la proscripción y con otros medios cualesquiera para cerrarle el camino.

Pero como no quería violar la promesa dada y suscripta, procuraría que Lutero regresara seguro al lugar de donde había sido citado.

Los príncipes electores, los duques y los demás estados del Imperio debatían esta sentencia de Carlos durante toda la tarde del viernes y aun todo el sábado siguiente,[22] de manera que el doctor Martín hasta entonces no recibió respuesta alguna por parte de Su Majestad Imperial.

Mientras tanto lo vieron y lo visitaron muchos príncipes, condes, barones, caballeros, nobles y sacerdotes tanto religiosos como seglares, para no mencionar la multitud de gente común. Éstos sitiaban su residencia continuamente y no podían saciarse de verlo.

Se fijaron dos carteles: uno contra el doctor, el otro al parecer a su favor, aunque muchas personas bien informadas opinaban que lo habían hecho sus enemigos a fin de que hubiese motivo para anular el salvoconducto, lo que buscaban afanosamente los legados romanos.

El lunes después del Jubilate,[23] antes de la cena, el arzobispo de Tréveris avisó al doctor Martín que se presentase ante él a la hora sexta del próximo miércoles antes de la comida en un lugar que mientras tanto se determinaría.

20 19 de abril de 1521.

21 Declaración de Carlos V, escrita en francés; publicada en *Deutsche Reichstagsakten, Kaiser Karl V*, pág. 594 y ss.

22 El 20 de abril de 1521.

23 22 de abril.

El día de la fiesta de San Jorge[24] durante la cena vino un mensajero de la casa del arzobispo de Tréveris por orden de su príncipe, rogando que Lutero se presentase al día siguiente a la hora oportunamente fijada en el alojamiento de su señor.

El miércoles después de la festividad de San Jorge[25] el doctor Martín obedeciendo la orden entró en la residencia del arzobispo de Tréveris, conducido por un sacerdote de aquél y por el heraldo imperial y seguido por los que lo habían acompañado cuando venía para acá de Sajonia y Turingia como asimismo por algunos muy buenos amigos más. Cuando estaba en presencia del arzobispo de Tréveris, del margrave Joaquín de Brandenburgo, del duque Jorge de Sajonia, del obispo de Augsburgo,[26] del obispo de Brandenburgo,[27] del maestre de la orden de los caballeros teutónicos,[28] del conde Jorge von Wertheim, del doctor Bock de Estrasburgo y del doctor Peutinger,[29] el doctor Vehus, canciller del margrave de Baden, empezó a hablar declarando: él (Lutero) no había sido llamado a esta entrevista para entrar en una controversia o disputación, sino que sólo, por caridad cristiana, y por cierta clemencia, los príncipes habían pedido a Su Majestad Imperial el permiso de exhortarlo clemente y fraternalmente. Además aun cuando los concilios hubiesen estatuido cosas diferentes, no obstante, no habían ordenado cosas contrarias entre sí. Aunque hubiesen errado en sumo grado, por ello no quedaría aniquilada su autoridad, a lo menos no hasta el punto de que cualquiera pudiese apoyarse en su propia opinión para oponerse a ellos. Agregó mucho sobre el centurión[30] y sobre Zaqueo[31] y también sobre las instituciones humanas, las ceremonias, los estatutos, afirmando que todas ellas se habían sancionado para reprimir los vicios de acuerdo con el carácter y las vicisitudes de los tiempos. La Iglesia tampoco podría carecer de instituciones humanas. Manifestó también que por los frutos es conocido el árbol[32] y que se dice que de las leyes han surgido muchas cosas buenas. San Martín, San Nicolás y muchos otros santos habían participado en concilios. Además aseveró que los libros de Lutero susci-

24 23 de abril.
25 24 de abril.
26 Cristóbal von Stadion.
27 Jerónimo Scultetus.
28 Teuderico von Cleen.
29 De Augsburgo.
30 Mt. 8:8 y *ss.*
31 Lc. 19:6 y ss.
32 Mt. 12:33.

tarían inmensas perturbaciones e increíbles tumultos y que el vulgo abusaba del libro *La libertad cristiana* para librarse del yugo y para fundar su desobediencia; que él estimaba que la situación era harto distinta de la del tiempo cuando los creyentes eran de un corazón y alma.[33] Por tanto se necesitaban leyes. Además debía considerarse lo siguiente: Aunque Lutero había escrito muchas cosas buenas e indudablemente de buen espíritu, como *La justicia triple* y otros, el diablo ya trataba por insidias ocultas que todas sus obras fueran condenadas para siempre. Pues podría suceder que fuese juzgado por sus últimas publicaciones, como el árbol no se conoce por la flor sino por el fruto. Aquí agregó una cita [34] referente al demonio que anda al mediodía, a la peste que vaga en las tinieblas y a la saeta que vuela. Todo el discurso tenía carácter exhortatorio y abundaba en giros retóricos comunes acerca de la utilidad y de las ventajas de las leyes y por otra parte, sobre los peligros para la conciencia y el bien público y privado. Tanto al principio como en el medio y en el fin inculcó siempre lo mismo, a saber, que esta admonición se debía a la voluntad propensísima y a una clemencia singular de los príncipes. Al término, en un epílogo añadió amenazas diciendo que, si Lutero perseverase en su propósito, el Emperador procedería contra él desterrándolo del Imperio y condenando sus obras y le advirtió que pensase y meditase en estas cosas y en las demás.

Respondió el doctor Martín:

> Clementísimos e ilustrísimos príncipes y señores, lo más humildemente que puedo os doy gracias por esta clementísima y benignísima voluntad a que se debe esta admonición. Reconozco, pues, que soy un poble hombre demasiado vil para ser amonestado por tan grandes príncipes. No he criticado todos los concilios sino sólo el de Constanza y principalmente porque condenó la Palabra de Dios, lo cual queda evidente por este artículo de Juan Hus que allí fue desaprobado: "La Iglesia de Cristo es la universidad de los predestinados." Esta proposición la condenó el concilio de Constanza y con ella este artículo de fe "Creo en una Santa Iglesia Católica". Él no rehusaba sacrificar su vida y su sangre, con tal que no fuera compelido a tal punto que se viese obligado a revocar la clara Palabre de Dios. Porque para defenderla, "es menester obe-

[33] Hch. 4:32.
[34] Sal. 91:5 y ss.

decer a Dios antes que a los hombres".[35] Pero hay dos clases de escándalo, el de la caridad y el de la fe. El escándalo de la caridad concierne a la ética y a la vida; el de la fe o de la doctrina, en cambio, atañe a la Palabra de Dios y no puede evitarse. Por esto mismo no puede garantizarse que Cristo no llegue a ser "piedra de tropiezo".[36] Si verdaderamente se predica la fe y los magistrados son buenos, la sola ley evangélica será suficiente y las leyes humanas inútiles. Él sabía que se debía obedecer a los magistrados y a las potestades aun cuando viviesen mal e inicuamente. No ignoraba que debía posponerse la propia opinión y así lo había enseñado en sus escritos. Con tal que no fuera constreñido a negar la Palabra de Dios cumpliría obedientísimamente con todo lo demás.

Se retiró el doctor Martín y los príncipes consultaron entre sí qué debían mandar hacer con este hombre. Cuando Lutero había regresado a la sala, el doctor de Baden [37] repitió las demandas anteriores amonestándolo que sometiese sus escritos al juicio del Emperador y del Imperio.

Respondió humilde y modestamente el doctor Martín, que él no permitía ni permitiría que se dijese que él había temido el juicio del Emperador, de los grandes y de los estados del Imperio; que estaba tan lejos de tener miedo al examen de ellos que permitiría que sus obras fuesen aquilatadas de la manera más minuciosa y severa bajo la condición de que esta indagación se hiciera con la autoridad de las Sagradas Escrituras y de la Palabra de Dios. Pero la Palabra divina era para él tan clara que no quería ceder, si no se le enseñase algo mejor mediante ella. San Agustín escribía que había aprendido a dar sólo a los libros llamados canónicos el honor de ser tenidos por verídicos, pero a los demás doctores, por santos y doctos que fuesen, él creía solamente cuando decían la verdad. Con respecto a este punto San Pablo había escrito a los Tesalonicenses: [38] "Examinadlo todo; retened lo bueno", y a los Gálatas: [39] "Mas aun cuando un ángel del cielo viniere y predicare otra cosa, sea anatema." No se le debía creer. Por ello él les imploraba tanto más que no impeliesen su conciencia, que estaba

35 Hch. 5:29.
36 Cf. Lc. 2:34; Is. 8:14-15; Ro. 9:32 y 1 P. 2:8.
37 *Vehus.*
38 1 Ts. 5:21.
39 Ga. 1:8.

atada por los lazos de la misma Escritura y de la Palabra divina, a negar tan clara Palabra de Dios. Y para que lo considerasen como confiable tanto privadamente como ante la Majestad Imperial, manifestó que en lo demás haría todo con la mayor condescendencia.

Cuando hubo dicho estas palabras, el margrave elector de Brandenburgo le preguntó si había manifestado con esto que no cedería, si no fuese convencido por las Sagradas Escrituras. Respondió el doctor Martín: "También, Clementísimo Señor, por razonamientos clarísimos y evidentes."

Cuando así se había disuelto la reunión y los demás príncipes se fueron a la corte, el arzobispo de Tréveris llamó al doctor Martín a su comedor. Lo acompañaban el oficial Juan Eck y Cocleo [40] y a Martín, Jerónimo Schurff [41] y Nicolás Amsdorf.[42] El oficial comenzó a hablar como causídico: que las herejías casi siempre se habían originado de las Escrituras Sagradas, por ejemplo, la de Arrio del pasaje "El Padre mayor es que yo." [43] Otra se debía a las palabras del Evangelio: "José no conocía a su mujer hasta que parió su hijo primogénito." [44] Después llegó a tratar de desvirtuar la proposición de que la Iglesia católica es la universalidad de los santos. Se atrevió también a hacer trigo del joyo y miembros de los excrementos del cuerpo. Cuando hubo pronunciado éstas y parecidas necedades de inmediato lo reprendieron con palabras el doctor Martín y el doctor Jerónimo. Juan Cocleo intervino ruidosamente con el único fin de persuadirlo que desistiese de su propósito y que no enseñase más. Al fin se separaron. Al arzobispo de Tréveris le habría gustado que volviesen después de la comida. Pero el oficial y Cocleo no estaban conformes con ello.

Después de la comida Cocleo acometió al doctor Martín en su alojamiento con argucias odiosísimas (siendo refutado modestamente por Jerónimo, Jonas [45] y Tilonino.[46] Cocleo no titubeó en exigir que Lutero renunciase al salvoconducto y disputara públicamente con él y lo exhortó a revocar. Mas el doctor Martín en su increíble benevolencia y bondad trataba benignamente a este hombre y, cuando estaba por irse, lo amonestó

40 Deán de Francfort del Meno.
41 Véase nota 4.
42 Canónigo de Wittenberg y profesor de la universidad.
43 Jn. 14:28.
44 Mt. 1:25.
45 Justo Jonas, profesor de derecho en Wittenberg.
46 Tilemann Conradi de Gotinga.

para que no cediese demasiado a las pasiones y que adujera la autoridad de la Divina Escritura si quería escribir contra él, puesto que de otro modo no conseguiría nada.

En la sobretarde el arzobispo de Tréveris avisó al doctor Martín por intermedio de Amsdorf que el Emperador había prolongado el salvoconducto por dos días más para que en el ínterin se pudiera conferenciar con él. Por ello, en el próximo día el doctor Peutinger [47] y el doctor de Baden [48] lo visitarían para este fin y naturalmente él mismo también quería tratar con Lutero.

El jueves, día de la fiesta de San Marcos,[49] de mañana, Peutinger y Vehus de Baden trataron de persuadir al doctor Martín que simple y absolutamente sometiese sus libros al juicio del Emperador y del Imperio. Lutero contestó que haría y toleraría todo, con tal que ellos se basaran en la autoridad de las Sagradas Escrituras puesto que él no confiaría en ninguna cosa menor. Dios había manifestado por el Profeta primero: [50] "No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, pues no hay en él salvación." Además: [51] "Maldito el varón que confía en el hombre." Cuando urgieron con mayor vehemencia, Lutero respondió que no había nada que fuera menos apropiado para ser sometido al juicio de los hombres que la Palabra de Dios. Así se fueron rogándole que pensase en una contestación mejor y comunicándole que regresarían inmediatamente después de la comida.

Después de comer volvieron y en vano procuraron conseguir lo mismo que antes del mediodía, rogándole que por lo menos sometiese sus obras al juicio de un concilio futuro. Lutero concedió también esto, pero bajo la condición de que le mostrasen los artículos sacados de sus libros que serían sometidos al concilio y que los juzgaran por el testimonio de las Escrituras y de la Palabra de Dios. Mas aquéllos salieron de la casa del doctor Martín y dijeron al arzobispo de Tréveris que él había prometido que sometería al concilio algunos artículos de sus libros y que en el ínterin se callaría con respecto a ellos. Pero el doctor Martín jamás ni siquiera había pensado en esto, porque hasta este momento siempre había rehusado a negar o a desechar algo que concerniera a la Palabra de Dios.

47 De Augsburgo.
48 *Vehus.*
49 25 de abril.
50 Sal. 146:3.
51 Jer. 17:15.

Por ello, sucedió por obra de Dios que el arzobispo de Tréveris llamara al doctor Martín para escucharlo personalmente. Cuando notó que no era así como los doctores lo habían informado, manifestó que él lo hubiera pagado caro, si no hubiese escuchado también a Lutero, puesto que de otra manera enseguida habría ido a ver al Emperador para comunicarle lo que los doctores habían informado.

Después de despedir a los testigos, el arzobispo de Tréveris habló clementísimamente con el doctor Martín tanto respecto al juicio del Emperador y del Imperio como referente al juicio del concilio. En esta conversación el doctor Martín, no ocultando nada al arzobispo de Tréveris, manifestó que era muy poco seguro someter un asunto tan importante a los que, aprobando la condenación y la bula del papa, atacándolo con nuevos mandamientos lo habían condenado, mientras que él fue citado bajo salvoconducto.

Después de admitir también a un amigo de Lutero,[52] el arzobispo de Tréveris le preguntó por qué medios podía hacerse frente a esta situación. Éste respondió que no había nada mejor que lo que manifestara Gamaliel en el quinto capítulo de los Hechos,[53] según el testimonio de San Lucas: "Si este consejo o esta obra es de los hombres, desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir." Esto podrían escribir al Emperador y a los estados del Imperio, al Pontífice Romano. Él (Lutero) sabía que, si su obra no fuese de Dios, perecería espontáneamente dentro de tres y aun dentro de dos años.

Cuando dijo el arzobispo de Tréveris, qué haría si se extrajesen de sus obras artículos para ser sometidos al concilio, Lutero contestó que aceptaría, con tal que no fuesen aquellos que habían sido condenados por el concilio de Constanza. Replicó el arzobispo de Tréveris que efectivamente temía que fueran esos mismos. A esto contestó Iutero:

Bajo esta condición no puedo ni quiero callar, porque estoy convencido de que por estos decretos se ha condenado la Palabra de Dios y prefiero perder la vida y la cabeza antes que abandonar tan clara Palabra de Dios.

Como el arzobispo de Tréveris se dio cuenta de que el doctor Martín de ninguna manera sometería la Palabra de Dios al juicio de los hombres, lo despidió con clemencia. Cuando Lutero le preguntó si quería procurarle de la Majestad Imperial el cle-

[52] Jorge Spalatino.
[53] Hch. 5:38 y ss.

mente permiso para partir, aquél contestó que se ocuparía en debida forma de este asunto y que se lo anunciaría.

Poco después el oficial de Tréveris,[54] en presencia del canciller de Austria [55] y de Maximiliano, secretario del Emperador,[56] en la posada de Lutero le comunicó por orden del Emperador lo siguiente: como Lutero, tantas veces amonestado por el Emperador, los electores, los príncipes y los estados del Imperio, no había querido volver al corazón y la unidad de la fe católica, sólo restaba que el Emperador procediera en su calidad de defensor de esta fe. Por ello el Emperador mandaba que dentro de veintiún días desde esa fecha regresase seguro a su domicilio, bajo salvoconducto y con garantía de la libertad, pero que no conmoviera al pueblo con sermones o escritos en el viaje.

El cristianísimo padre con toda modestia contestó:

Como a Dios le plugo, así sucedió. Bendito sea el nombre del Señor.[57] Ante todo muy humildemente doy las gracias a la Serenísima Majestad Imperial, a los príncipes electores, a los príncipes y demás estados del Imperio por la audiencia tan benigna y clemente, como asimismo por el salvoconducto que se ha observado y se observará. En todo este asunto he deseado sólo una reforma conforme a las Sagradas Escrituras y en ella he insistido con toda urgencia. En lo demás toleraré todo por parte de la Majestad Imperial y del Imperio: vida y muerte, fama e infamia. No me reservo absolutamente nada para mí sino el solo derecho de confesar y testimoniar libremente la Palabra del Señor. Con toda humildad me encomiendo y me someto a la Majestad Imperial y a todo el Imperio.

Por ello, al día siguiente, o sea viernes después de Jubilate, el 26 de abril, saludó a sus protectores y amigos que frecuentemente lo habían visitado, tomó un desayuno y a las diez partió de Worms acompañado por los que lo habían escoltado en su viaje de ida y además por Jerónimo Schurff, jurisconsulto de Wittenberg. Gaspar Sturm, el heraldo, le siguió algunas horas más tarde y lo encontró cuando había salido de Oppenheim acompañándolo en adelante por orden verbal del Emperador Carlos.

¡Que Dios preserve por muchísimo tiempo para la Iglesia y a la vez para la Palabra al muy pío hombre nacido para defender y enseñar el Evangelio! Amén.

[54] Juan Eck.
[55] Juan Schnaidpeck.
[56] Maximiliano von Zevenberghen.
[57] Job. 1:21.

INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA *

Juan Calvino (1509-1564)

El calvinismo constituyó un movimiento aún más radical que el de Lutero. Calvino fue llamado "el papa de Ginebra", y sus doctrinas le valieron persecusión y cárcel. Hizo una traducción al francés de la Biblia. Sostuvo una dura polémica con Miguel Servet, consiguiendo al final que éste fuese condenado a muerte y quemado vivo.

Al poderosísimo, ilustrísimo y cristianísimo rey de Francia, Francisco Primero de este nombre, su príncipe y supremo señor, Juan Calvino, paz y salud en Jesucristo

Al principio, cuando yo me apliqué a escribir este libro, ninguna cosa menos pensé, Rey potentísimo, que escribir un libro, que fuese después dedicado a Vuestra Majestad. Mi intento solamente era enseñar algunos principios, con los cuales los que son tocados de algún celo de religión, fuesen instruidos en verdadera piedad. Este trabajo tomaba yo por nuestros franceses principalmente, de los cuales yo veía muy muchos tener hambre y sed de Jesucristo, y veía muy pocos de ellos ser bien enseñados. Haber sido éste mi propósito, fácilmente se puede ver por el mismo libro, el cual yo compuse acomodándome a la más fácil y llana manera de enseñar que me fue posible.

Pero viendo yo que el furor y rabia de ciertos hombres impíos ha crecido en tanta manera en vuestro reino, que no han dejado lugar alguno a la verdadera doctrina, parecióme que yo haría muy bien si hiciese un libro, el cual juntamente sirviese de instrucción para aquellos que están deseosos de religión, y de confesión de fe delante de Vuestra Majestad, por el cual entendieseis cuál sea la doctrina contra quien aquellos furiosos se enfurecen con tanta rabia metiendo vuestro reino el día de hoy a fuego y a sangre.

Porque no dudé de confesar que, en este libro, yo no haya casi recopilado la suma de aquella misma doctrina que ellos, a

* Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana,* t. I, trad. de Jacinto Terán, introd. de B. Foster Stuckwell, Buenos Aires, Editorial La Aurora, 1958 (Col. Obras clásicas de la Reforma, XV).

voces, dicen debe ser castigada con cárceles, destierros, confiscación y fuego, y que debe ser echada del mundo. Yo muy bien sé con cuán horribles rumores y chismes hayan henchido vuestro oído y entendimiento, a fin de haceros nuestra causa odiosísima. Mas, debéis considerar, conforme a vuestra clemencia, que ninguna inocencia, ni en dichos ni en hechos habría, si el solamente acusar bastase.

Persecuciones y calumnias

Ciertamente si alguno, por poner en odio esta doctrina de la cual yo pretendo daros cuenta y razón, arguyese ser ella mucho tiempo ha ya condenada por común consentimiento de todos los estados, y que muy muchas sentencias se han dado contra ella; éste tal ninguna cosa diría, sino que ella, en parte, ha sido violentamente abatida por la conjuración y potencia de los adversarios; y, en parte, maliciosamente oprimida con mentiras, engaños y calumnias. Fuerza es que se le hace cuando cruelísimas sentencias, sin ser su causa oída, son contra ella pronunciadas; y engaño es que ella, sin causa, sea notada de sediciosa y malhechora. A fin de que ninguno piense que nosotros nos quejamos sin razón, Vuestra Majestad misma puede ser testigo con cuántas falsas calumnias ella sea cada día infamada delante de Vos; conviene, a saber, que ella no pretende otra cosa sino que todos los reinos y repúblicas sean arruinadas; la paz sea turbada; las leyes abrogadas; los señoríos y posesiones destruidas; y, en conclusión, que en todo haya confusión. Con todo esto, Vuestra Majestad aún no oye la mínima parte; porque entre el vulgo se han sembrado en contra de ella cosas monstruosas, las cuales, si fuesen verdad, con muy justa razón todo el mundo la podría juzgar a ella y a sus autores, dignos de mil fuegos y horcas.

¿Quién se maravillará ahora de que ella sea de tal manera aborrecida de todo el mundo, pues que se da crédito a tan malditas acusaciones? He aquí por qué todos los estados, de común acuerdo, han conspirado a condenar, así a nosotros como a nuestra doctrina. Los que son constituidos por jueces, siendo transportados por esta pasión, pronuncian por sentencia lo que ellos se han ya forjado en su casa, y piensan que han cumplido muy bien con su oficio, si a ninguno hayan condenado a muerte, sino a aquel que ha sido convencido, o por su propia confesión, o por testigos bastantes. Pero, ¿de qué crimen? De esta doctrina condenada, dicen ellos. Mas, ¿con qué razón ha sido condenada?

Éste era el punto de la defensa: no negar la doctrina, mas defenderla por verdadera. Aquí se quita la libertad de abrir la boca. Por tanto, oh Rey potentísimo, yo no demando sin razón que Vos mismo queráis tomar entre manos el conocimiento de toda esta causa, la cual, hasta esta hora, ha sido tratada confusamente, sin ningún orden de derecho, y con una furia impetuosa, sin la moderación y gravedad que se debe tener en el juzgar.

La causa de Cristo en Francia

Y no piense Vuestra Majestad que yo pretendo con esto tratar mi defensa en particular, a fin de alcanzar libertad de poder volver a mi patria donde nací, a la cual, aunque yo tengo la afección de humanidad que le debo tener, pero que según al presente van los negocios, yo no recibo gran pena de estar ausente de ella. Mas, yo tomo la causa de todos los píos, y la del mismo Cristo, la cual, el día de hoy, está en vuestro reino tan menoscabada y pisada, que parece que ya no tenga remedio; y esto, más por la tiranía de ciertos fariseos, que por vuestra voluntad. Pero, cómo se haga esto, no es menester decirlo aquí.

Sea como fuere, esto es cierto, que ella está grandemente afligida; porque tanto han podido los adversarios, que la verdad de Cristo, ya que no es destruida ni desechada, a lo menos está como cosa de ningún valor, echada al rincón, escondida y sepultada; y la pobrecita de la Iglesia, o es consumida con crueles muertes, o alanceada con destierros, o de tal manera amedrentada con amenazas y espantos, que ella no osa ni aun chistar. Y aún, con todo eso, ellos insisten con la rabia y furor que suelen, por dar en tierra con la pared que ellos han socavado tanto, para concluir, al fin, con la ruina y estrago que han comenzado. En el entretanto, ninguno hay que se atreva a oponerse contra estas furias. Y si hay algunos que quieran parecer favorecer de veras a la verdad, dicen que se debe perdonar la ignorancia e imprudencia de la gente simple. Porque estos modestos, de esta manera hablan, llamando ignorancia e imprudencia a aquello que ellos saben ser certísima verdad de Dios; e idiotas a aquellos que saben que el Señor los ha estimado en tanto que les ha comunicado los secretos de la sabiduría celestial. ¡En tanta manera todos se afrentan del Evangelio!

Pero vuestro oficio será, oh Rey clementísimo, no apartar ni vuestro oído ni vuestro corazón de la defensa de una causa tan justa; principalmente siendo el negocio de tanta importancia; conviene a saber, cómo la gloria de Dios será mantenida sobre

la tierra, cómo la verdad de Dios retendrá su dignidad, cómo el reino de Cristo permanecerá en su perfección y ser. Cosa es ésta, cierto, digna de vuestra atención, digna de vuestra judicatura, digna de vuestro trono real. Porque el pensar esto hace a uno verdadero Rey, si él reconoce ser verdadero ministro de Dios en el gobierno de su reino; y, por el contrario, aquel que no reina para este fin de servir a la gloria de Dios, este tal no es rey, sino salteador. Y engáñase cualquiera que espera larga prosperidad en reino que no es regido con el cetro de Dios; quiero decir, con su santa palabra. Porque el oráculo divino no puede mentir, por el cual está anunciado que *el pueblo será disipado* cuando la profecía faltare (Prov. 29[18]).

Y no os debéis desdeñar de hacer esto por nuestra bajeza. Nosotros entendemos muy bien cuán pobrecillos hombres seamos; conviene a saber, delante de Dios, miserables pecadores, y delante de los hombres, menospreciadísimos, basura (si os place) y estiércol del mundo, y aún cosa más vil se puede nombrar. De suerte que, ninguna cosa nos resta de qué podernos gloriar delante de Dios sino su sola misericordia, por la cual, sin ningún mérito nuestro, nosotros somos salvos; ni entre los hombres nos queda sino nuestra impotencia, la cual manifestarla o confesarla de cualquier modo, es entre los hombres grandísima vergüenza y menoscabo.

Mas, con todo eso, es menester que nuestra doctrina esté en más alto lugar que toda la honra del mundo, y que permanezca invencible sobre todo poder que haya; porque no es nuestra, sino del Dios viviente, y de su Cristo, al cual el Padre ha constituido por Rey, para que se enseñoree desde el mar hasta el mar, y desde los ríos hasta las fines de la tierra. Y de tal manera se enseñoree que, hiriendo toda la tierra con sola la vara, de su boca, Él la haga toda pedazos, y con ella su fuerza y gloria, como si fuese un vaso de tierra, conforme a lo que los profetas han profetizado de la magnificencia de su reino (Dan. 2[34]; Isa. 11[4]; Sal. 2[9]).

Júzguese la doctrina por la Palabra de Dios

Es verdad que nuestros adversarios contradicen, dándonos en cara con que nosotros interpretamos falsamente la Palabra de Dios, de la cual somos (como ellos afirman) falsarios malignísimos. Pero Vuestra Majestad, conforme a su prudencia, podrá juzgar leyendo nuestra confesión, cuán falsa sea esta acusación y cuán llena, no solamente de una calumnia maliciosa, más aún

de una grande desvergüenza. Aquí también será bueno decir alguna cosa, la cual os abra algún camino para leerla. Cuando el apóstol San Pablo quiso (Rom. 12^{6}), que toda profecía se conformase con la analogía o proporción de la fe, él puso una certísima regla y nivel con que se reglase la interpretación de la Escritura. Si, pues, nuestra doctrina se examinase con esta regla de fe, nuestra es la victoria. Porque, ¿qué cosa cuadra mejor y más propiamente con la fe que reconocernos a nosotros mismos desnudos de toda virtud para ser vestidos de Dios; vacíos de todo bien, para ser henchidos de Él; nosotros ser esclavos del pecado, para ser por Él librados; ser ciegos, para que nos dé la vista; cojos, para que nos encamine; débiles, para que nos sustente; quitarnos a nosotros toda materia de gloriarnos, para que Él sólo sea el glorioso, y nosotros nos gloriemos en Él?

Cuando nosotros decimos estas cosas y otras semejantes, nuestros adversarios dan voces que, si esto fuese verdad, sería destruida no sé qué luz natural, las preparaciones que ellos se han forjado para disponernos a venir a Dios, el libre albedrío, las obras meritorias de vida eterna, con sus obras de supererogación. Y esto, porque ellos en ninguna manera pueden sufrir que la honra y gloria entera de todo bien, virtud, justicia y sabiduría residan en Dios. Mas nosotros no leemos (Jer. 2^{13}), que algunos hayan sido reprendidos por haber sacado mucha agua de la *fuente de agua viva;* antes, por el contrario, son gravemente reprendidos los que *cavaron pozos, pozos,* digo, resquebrajados, y *que no pueden retener el agua.* Por lo demás, ¿qué cosa hay más conforme a la fe que el hombre tenga a Dios por Padre benigno y favorable, cuando entiende que Jesucristo es su hermano y amparo; que espere seguramente todo bien y prosperidad de Dios, cuyo amor infinito se ha extendido tanto para con nosotros, que *a su propio Hijo no perdonó, mas antes lo entregó por nosotros* (Rom. 8^{32}); que reposar con una cierta esperanza de salud y vida eterna, cuando consideramos que Cristo nos ha sido dado del Padre, en quien están tan grandes tesoros escondidos?

Aquí nos quieren coger gritando que aquella certidumbre de fe no carece de arrogancia y presunción. Mas, como ninguna cosa debemos presumir de nosotros, así todo lo hemos de presumir de Dios; ni por otra razón somos despojados de toda vanagloria, sino para que nos gloriemos en el Señor. ¿Qué diré más? Considere Vuestra Majestad por menudo todas las partes de nuestra causa; tenednos por gente la más maldita de cuantas el

día de hoy vivan, si claramente no hallareis que nosotros no somos oprimidos e injuriados porque *ponemos nuestra esperanza en Dios vivo,* porque creemos *ser ésta la vida eterna, conocer a un verdadero Dios, y a aquel a quien Él envió, Jesucristo.* Por esta esperanza (1ª Tim. 4[10]; Juan 17[3]) unos de nosotros somos encarcelados, otros azotados, otros son sacados a la vergüenza, otros desterrados, otros cruelísimamente son atormentados, otros huyendo se escapan; todos padecemos aflicción, somos tenidos por malditos y excomulgados, e injuriados y tratados inhumanísimamente.

"Nuestros adversarios"

Considere Vuestra Majestad, por otra parte, a nuestros adversarios (yo hablo del estado eclesiástico por cuyo antojo y apetito todos los otros nos son enemigos), y advertid juntamente conmigo la pasión que los mueve. Ellos fácilmente permiten a sí mismos y a los demás ignorar, menospreciar, no hacer caso de la verdadera religión que nos es enseñada en la Santa Escritura, y debería valer entre nosotros; y piensan no hacer mucho al caso qué es lo que crea o no crea cada cual de Dios y de Jesucristo, con tal que, con fe implícita, que quiere decir, intrincada y revuelta, sujete su entendimiento a la determinación de la Iglesia. Ni tampoco hacen mucho caso si acontezca que la gloria de Dios sea profanada con manifiestas blasfemias. ¿Por qué, pues, ellos con tanto furor y violencia batallan por la misa, purgatorio, peregrinaciones y otros semejantes desatinos, de tal manera que ellos niegan poder existir la verdadera piedad, si todas estas cosas no son tenidas y creídas por la más explícita fe (por hablar así) aunque ninguna cosa de ellas puedan probar por la Palabra de Dios? ¿Por qué, sino por cuanto su Dios es el vientre, y su religión es la cocina, las cuales cosas quitadas, no solamente ellos piensan no ser cristianos, más ni aún hombres? Porque aunque algunos de ellos se tratan delicadamente con grande abundancia, y otros viven royendo mendrugos de pan, todos, empero, viven de una misma olla, la cual, sin tales ayudas, no solamente se enfriaría, más aún se helaría del todo. Por esto, cualquiera de ellos cuanto es más solícito por el vientre, tanto es más celador y fortísimo defensor de su fe. Finalmente, todos ellos desde el mayor hasta el menor, en esto concuerdan, o en conservar su reino, o su vientre lleno. No hay ni uno de ellos que muestre la menor apariencia del mundo de celo de Dios.

Y, con todo eso, no cesan de calumniar nuestra doctrina, y acusarla e infamarla por todas las vías posibles para hacerla odiosa y sospechosa. Llámanla nueva, y de poco tiempo acá imaginada; dan en cara que es dudosa e incierta; demandan con qué milagros haya sido confirmada; preguntan si sea lícito que ella esté en pie contra el consentimiento de tantos Padres antiguos y contra la antigua costumbre; insisten en que confesemos que es cismática, pues hace la guerra a la Iglesia, o que digamos que la Iglesia ha estado muerta tantos años ha, en los cuales nunca se oyó tal doctrina. Finalmente, dicen no ser menester muchas pruebas, porque por los frutos se puede conocer cuál ella sea, pues que ha producido de sí una tan gran multitud de sectas, tantas revueltas y tumultos, y una licencia tan sin freno de pecar. Sí, cierto; ello les es bien fácil entre la gente necia y que es fácil creer, mofarse de la causa desamparada y sola; pero si nosotros también tuviéramos nuestras veces de hablar, yo creo que su hervor, con que tan a boca llena y con tanta licencia dicen cuanto quieren, se resfriarían.

¿Es nueva esta doctrina?

Primeramente, en llamarla nueva, ellos hacen grandísima injuria a Dios, cuya Sagrada Palabra no merecía ser notada de novedad. Cierto, yo en ninguna manera dudo ser ella nueva a aquellos a quienes Cristo es nuevo, y su Evangelio nuevo: mas a aquellos que saben ser aquel sermón de San Pablo antiguo (Rom. 4[25]); *Jesucristo ser muerto por nuestros pecados, ser resucitado para nuestra justificación,* no hallarán cosa nueva en nosotros. Cuanto el haber estado mucho tiempo ha, escondida y sepultada, la falta estuvo en la impiedal de los hombres; ahora cuando, por la bondad de Dios, nos es restaurada, debía por lo menos ser recibida en su autoridad antigua, *jure postliminii,* como dicen las leyes.

De la misma fuente de ignorancia viene que ellos la tengan por dudosa e incierta. Esto es, sin duda, de lo que el Señor se quejaba por el Profeta (Isa. 1[3]); que *el buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor,* mas que *Israel no lo conoció a Él.* Pero como quiera que ellos se burlen de la incertidumbre de nuestra doctrina, si ellos hubiesen de sellar su doctrina con su propia sangre. y con el peligro de sus vidas, bien se podría entonces ver en qué estima tendrían la suya. Muy otra es nuestra confianza, la cual, ni teme los horrores de la muerte, ni aun el mismo tribunal de Dios.

¿Con qué milagros es confirmada?

Cuanto al demandarnos milagros, ellos lo hacen muy mal. Porque nosotros no nos inventamos otro nuevo Evangelio, mas retenemos aquel mismo para confirmación de cuya verdad sirven todos los milagros que Cristo o sus discípulos hicieron. Pero podrían decir que ellos tienen esto más que nosotros, que pueden confirmar su doctrina con continuos milagros que se hacen hasta el día de hoy. A lo cual respondo que ellos alegan milagros, los cuales podrían hacer dudar, y mal pensar a un hombre que estuviese desinteresado y sin pasión; en tanta manera son, o frívolos, o vanos, o mentirosos, o falsos. Y, con todo esto, aunque ellos fuesen los más admirables que se pudiesen pensar, no convendría que ellos fuesen de algún valor en contra de la verdad de Dios. Pues que es menester que el nombre de Dios sea siempre y en todo lugar santificado, sea por milagros o por el orden natural de las cosas.

Y es menester que nos acordemos que Satanás también tiene sus milagros, los cuales, aunque más son ilusiones que verdaderas virtudes, con todo eso, son tales que pueden engañar a los simples y rudos. Los nigrománticos y encantadores han sido siempre muy afamados por sus milagros. La idolatría de los gentiles ha sido sustentada con milagros maravillosos, los cuales, con todo esto, no nos son suficientes para aprobar la superstición de los nigrománticos, ni de los idólatras. Los donatistas, con este mismo artificio, abusaban de la simplicidad del pueblo, diciendo que ellos hacían milagros. Nosotros, pues, ahora mismo respondemos a nuestros adversarios que por entonces respondía San Agustín a los donatistas: Que el Señor nos ha hecho asaz avisados contra estos milagreros, profetizando (Mat. 24[24]): que *se levantarían falsos profetas,* los cuales, con falsas señales y diversos milagros, harían caer en error, si posible fuese, *aun a los escogidos.* Y San Pablo nos advirtió (2ª Tes. 2[9]): que el reino del Anticristo había de ser *con toda potencia, y señales, y falsos milagros.*

Pero dirán que estos milagros no son hechos por los ídolos, ni por los encantadores, ni por los falsos profetas, sino por los santos. ¡Como que nosotros no entendamos ser esta arte de Satanás transfigurarse en éngel de luz! Los egipcios, en otro tiempo, honraron al profeta Jeremías que estaba sepultado en su tierra de ellos, con sacrificios y otras honras debidas a Dios. ¿Cómo no abusaban del santo Profeta de Dios para sus idolatrias, y, con todo esto, con tal manera de honrar su sepulcro,

conseguían que pensasen las gentes que el haber sido ellos sanados de las mordeduras de las serpientes, era salario y recompensa de la honra que hacían al sepulcro? ¿Qué diremos sino que éste ha sido y siempre será un castigo de Dios justísimo enviar eficacia de ilusión a aquellos que no han recibido el amor de la verdad, *para que crean a la mentira* (2ª Tes. 2^{1})? Así que no nos faltan milagros y muy ciertos, y de quien ninguno se debe mofar. Mas, los que nuestros adversarios jactan, no son sino puras ilusiones de Satanás, con que retiran al pueblo del verdadero servicio de Dios a vanidad.

¿Los padres antiguos contradicen la doctrina nuestra?

Además de esto, calumniosamente nos dan en cara con los Padres (yo entiendo por Padres los escritores antiguos del tiempo de la primitiva Iglesia, o poco después), como si los tuviesen por autores de su impiedad; por la autoridad de los cuales, si nuestra contienda se hubiese de terminar, la mayor parte de la victoria sería nuestra. Pero siendo así que muchas cosas hayan sido escritas por los Padres sabia y excelentemente, y en otras les hayan acontecido lo que suele acontecer a los hombres, conviene a saber, errar y faltar; estos buenos y obedientes hijos, conforme a la destreza que tienen de entendimiento, juicio y voluntad, adoran solamente sus errores y faltas; mas, lo que han dicho bien, o no lo consideran, o lo disimulan, o lo pervierten; de tal manera que no parece sino que, a propósito, su intento fue coger el estiércol no haciendo caso del oro que entre el estiércol estaba, y luego nos quiebran la cabeza con su importuno vocear llamándonos menospreciadores y enemigos de los Padres. Empero, tanto falta para que nosotros menospreciemos a los Padres, que si al presente lo hubiese yo de tratar, muy fácil me sería probar por sus escritos la mayor parte de lo que el día de hoy decimos.

Mas nosotros de tal manera leemos sus escritos, que siempre tenemos delante de los ojos lo que dice el apótsol (1ª Cor 3^{21-23}): que todas las cosas son nuestras para servirnos de ellas, no para que se enseñoreen de nosotros; y que nosotros somos de un solo Cristo, al cual, sin excepción alguna, se debe obedecer en todas las cosas. El que no tiene este orden, éste tal ninguna cosa tendrá cierta en la fe, pues, que muy muchas cosas ignoran los Padres, muchas veces contienen entre sí; otras, ellos se contradicen a sí mismos. No sin causa (dicen nuestros adversarios) Salomón nos avisa (Prov. 22^{28}): que no pasemos los límites antiguos que

nuestros Padres pusieron. Pero no se ha de guardar la misma regla en los límites de los campos y en la obediencia de la fe, la cual debe ser tal que *se olvide de su pueblo y de la casa de su padre* (Sal. 45[10]). Mas, si en tanta manera se huelgan con alegorías, ¿por qué no entienden por Padres a los apóstoles antes que a otros, cuyos límites y términos no es lícito moverlos de su lugar? Porque así lo interpretó San Jerónimo, cuyas palabras ellos alegaron en sus cánones.

Los Padres confirman nuestra doctrina

Y si ellos aun todavía quieren que los límites de aquellos que ellos interpretan por Padres, sean fijos y firmes, ¿por qué causa ellos, todas las veces que se les antoja, los pasan tan atrevidamente? Del número de los Padres eran aquellos de los cuales el uno dijo: que nuestro Dios ni comía ni bebía, y que, por tanto, no había menester de cálices ni platos; el otro que los oficios divinos no requerían oro ni plata, y que no agradaban con oro las cosas que no se compran por oro; así que ellos pasan los límites cuando en sus oficios divinos en tanta manera se deleitan con oro, plata, marfil, mármol, piedras preciosas y sedas, y no piensan que Dios sea, como se debe, honrado si no hay grande aparato externo y una pompa superflua. Padre también era el que dijo: que él libremente osaba comer carne cuando los otros se abstenían, por cuanto él era cristiano. Así que pasaron los términos cuando excomulgaron a cualquiera persona que, en cuaresma, gustare carne. Padres eran de los cuales el uno dijo: que el monje (o fraile) que no trabaja de sus manos debe ser tenido por un salteador; otro, no ser lícito a los monjes (o frailes) vivir de mogollón —o sea de lo ajeno— aunque sean muy diligentes en sus contemplaciones, oraciones y estudios. También, pues, pasaron estos límites, cuando pusieron los vientres ociosos de los frailes en burdeles: quiero decir, en sus monasterios, para que se engordasen del sudor de los otros. Padre era el que dijo, que era una horrenda abominación ver a una imagen en los templos de los cristianos. Muy mucho falta para que ellos se detengan dentro de estos límites; pues que no han dejado rincón que no hayan henchido de imágenes. Otro de los padres aconsejó, que después de haber ejercitado la caridad que se debe con los muertos, que es sepultarlos, los dejásemos reposar. Aquestos límites han traspasado haciendo tener una perpetua solicitud por los muertos.

También era uno de los Padres, el que negó existir en el sa-

cramento de la Cena el verdadero cuerpo de Cristo, sino más bien una oculta representación del mismo cuerpo: tan claramente y a la letra habla. Por tanto, traspasan los límites de los Padres, cuando enseñan que en la Eucaristía hay un cuerpo real y sustancial. Padres eran, de los cuales uno ordenó que fuesen del todo apartados del uso de la Santa Cena de Cristo todos aquellos que se contentasen en una sola especie y se abstuviesen de la otra; y el otro fuertemente contiene que no se debe negar al pueblo cristiano la sangre de su Señor, por confesión del cual es mandado derramar su propia sangre. También quitaron estos límites cuando rigurosamente mandaron la misma cosa, que el uno de estos dos castigaba con excomunión, y el otro, con bastantísima razón condenaba. Padre era el que afirmó ser temeridad determinar de alguna cosa obscura, o por la una parte, o por la otra, sin claros y evidentes testimonios de la Escritura. Olvidáronse de aqueste límite cuando, sin ninguna palabra de Dios, constituyeron tantas constituciones, tantos cánones, tantas magistrales determinaciones. Padre era el que entre otras herejías dio en cara a Montano, que él fue el primero que impuso leyes de ayunar. También traspasaron muy mucho este límite, cuando establecieron ayunos con durísimas leyes. Padre era el que prohibió que el matrimonio fuese vedado a los ministros de la Iglesia, y testificó el ayuntamiento con su legítima mujer ser castidad. Y Padres fueron los que se conformaron con él. Ellos han traspasado este límite cuando, con tanto rigor, prohibieron el matrimonio a sus eclesiásticos. Padre era el que dijo que sólo Cristo debía ser oído, del cual está escrito: *A Él Oíd;* y que no se debía hacer caso de lo que otros antes de nosotros hubiesen hecho, o dicho, sino de lo que Cristo (que es el más antiguo de todos) haya mandado. Tampoco se contuvieron dentro de este límite, ni permiten que otros se detengan, constituyéndose para sí y para los demás otros enseñadores que Cristo.

Todos los Padres, de un común consentimiento, y a una voz, abominaron que la Santa Palabra de Dios fuese contaminada con las sutilezas de los sofistas, y que fuese revuelta con las contiendas y debates de los dialécticos. ¿Contiénense ellos, por ventura, dentro de estos límites, cuando no pretendan otra cosa en todo cuanto hacen sino obscurecer y sepultar la simplicidad de la Escritura con infinitas disputas y contiendas más que sofísticas, de tal manera que si los Padres resucitasen ahora, y oyesen tal arte de reñir (la cual éstos llaman teología especulativa), ninguna cosa creerían menos que ser tales disputas de cosas de

Dios? Pero, ¿cuánto se prolongaría mi oración, si yo quisiese contar con cuánto atrevimiento éstos sacuden el yugo de los Padres, de los cuales ellos quieren ser tenidos por hijos muy obedientes? Por cierto, faltaría ya tiempo y vida para contarlo. Y, con todo esto, ellos son tan desvergonzados que se atreven a darnos en cara con que hemos traspasado los límites antiguos.

Las costumbres

Cuanto al enviarnos a la costumbre, ninguna cosa les aprovecha. Porque se nos haría una grande injusticia si fuésemos constreñidos a sujetarnos a lo acostumbrado. Cierto, si los juicios de los hombres fuesen los que deben, la costumbre se debería tomar de los buenos. Pero muy de otra manera muchas veces acontece. Porque los que ven que muchos hacen, eso es lo que luego queda por costumbre. Y esto es verdad, que nunca los negocios de los hombres fueron tan bien reglados, que lo que fuese mejor pluguiese a la mayor parte. Así que, de los particulares vicios de éste y del otro se ha hecho un error general, o por mejor decir, un común consentimiento de vicios, el cual estos hombres honrados quieren que valga por ley. Los que tienen ojos, ven que no un solo mar de vicios ha crecido, sino que todo el mundo está corrompido con tantas pestilencias contagiosas, y que todo va de mal en peor; de suerte que, o es menester perder toda la esperanza de remedio, o se ha de poner la mano a tantos males, y esto no menos que por medios violentos.

Y quítase el remedio, no por otra razón, sino porque, ya mucho tiempo ha, somos acostumbrados y hechos a los males. Pero aunque el error público tenga lugar en las repúblicas de los hombres, con todo esto, en el reino de Dios no se debe oír ni guardar sino sólo su eterna verdad: contra la cual, ninguna prescripción ni de largos años, ni de costumbre anciana, ni de conjuración ninguna vale. De esta manera Isaías (cap. 8^{12}), en su tiempo instruía a los escogidos de Dios que no dijesen conspiración a todo lo que el pueblo dijese conspiración. Que quiere decir, que ellos no conspirasen juntamente con el pueblo malvado, y que no lo temiesen, ni hiciesen cuenta de él, más que antes santificasen al Señor de los ejércitos, y que Él fuese su temor y pavor. Así que, ahora, nuestros adversarios objétennos tantos ejemplos como quieran, y de los tiempos pasados y del presente. Si nosotros santificáremos al Señor de los ejércitos, no nos espantaremos mucho. Séase que muchas edades y siglos hayan consentido en una misma impiedad, el Señor es fuerte asaz

para vengarse hasta en la tercera y cuarta generación; séase que todo el mundo haya conspirado a una en una misma maldad, Él nos ha enseñado, con la experiencia, cuál sea el paradero de aquellos que pecan con la multitud, cuando destruyó a todo el linaje humano con el diluvio guardando a Noé con su pequeña familia (Gén. 7[1], Heb. 11[7]), el cual, por su fe condenó a todo el mundo. Finalmente, la mala costumbre no es otra que una pestilencia general, en la cual no menos perecen los que mueren entre la multitud, que los que perecen solos.

No nos oponemos a la Iglesia de Cristo

Ni tampoco nos presionan tanto como se piensan con su otro argumento que llaman dilema, con el cual nos compelen a confesar, o que la Iglesia fue por algunos tiempos muerta, o que nosotros hacemos el día de hoy la guerra contra la Iglesia. La Iglesia de Cristo, cierto, vivió y vivirá en tanto que Cristo reinare a la diestra del Padre, con cuya mano es sustentada, con cuyo favor es defendida, y con cuya virtud es fortificada. Él, sin duda, cumplirá lo que una vez ha prometido: que Él asistirá a los suyos hasta la consumación del siglo (Mat. 28[20]). Contra esta Iglesia nosotros ninguna guerra movemos. Porque de un consentimiento y acuerdo con todo el pueblo de los fieles, reverenciamos y adoramos a un Dios, y a un Cristo Señor nuestro, como siempre fue de todos los píos adorado. Pero ellos no poco se han alejado de la verdad cuando no reconocen por Iglesia sino aquella que ellos, a ojos vistas, vean, a la cual quieren encerrar dentro de ciertos límites en que ella nunca ha estado encerrada.

En estos puntos se encierra toda nuestra controversia. Cuanto a lo primero, ellos demandan una forma de Iglesia, la cual siempre sea visible y aparente. Demás de esto, constituyen esta forma de Iglesia en la cátedra de la Iglesia Romana y en el estado de sus prelados. Nosotros, al revés, decimos que la Iglesia puede subsistir sin apariencia visible, y que su forma no consiste en esta majestad que se ve, la cual ellos locamente tienen admiración, sino en otra muy diferente señal; conviene a saber, en la pura predicación de la Palabra de Dios, y en la legítima administración de los sacramentos. No pueden sufrir que la Iglesia no sea siempre mostrada con el dedo. Pero, ¿cuántas veces aconteció que ella fuese tan deformada en el pueblo judaico que ninguna aparecía como tal? ¿Qué forma de Iglesia pensamos que él vio cuando Elías se quejaba de que él sólo había que-

dado (1º Rey. 19[11])? ¿Cuántas veces después de la venida de Cristo al mundo, ha estado al rincón sin ningún lustre? ¿Cuántas veces después acá ha sido oprimida con guerras, sediciones y herejías, de tal manera que en ninguna parte se podía ver? ¿Por ventura si ellos vivieran en aquellos tiempos, creyeran que había Iglesia? Pero Elías oyó ser aún vivos siete mil varones, los cuales no se habían arrodillado a Baal.

Y no debemos dudar que Cristo no haya siempre reinado en la tierra después que subió al cielo. Mas si los fieles buscaran entre tantas calamidades alguna notable forma de Iglesia que se viera con los ojos, ¿por ventura no desmayaran? Al contrario, permitamos esto al Señor, que pues *Él* sólo *conoce quiénes son los suyos* (2ª Tim. 2[19]), que a las veces quita de delante de los ojos de los hombres la externa forma de su Iglesia. Yo confieso ser un horrible castigo de Dios sobre la tierra. Mas si así lo merece la impiedad de los hombres, ¿por qué nos esforzamos en resistir a la justicia divina? De esta manera en los tiempos pasados castigó Dios la ingratitud de los hombres. Porque por cuanto ellos no quisieron obedecer a su verdad, y apagaron su lumbre, Él permitió que fuesen ciegos en sus sentidos, fuesen engañados con enormes mentiras, y fuesen sepultados en profundas tinieblas, de tal suerte que ninguna forma de verdadera Iglesia se viese. Pero entre estas cosas, Él ha conservado a los suyos en medio de estos errores y tinieblas, los cuales estaban encubiertos y derramados, el uno por acá y el otro por allá. Y no hay por qué maravillarnos de esto; porque Él ha aprendido a guardarlos aun en la misma confusión de Babilonia, y en la llama de la hornaza ardiente.

¿Los obispos forman la Iglesia?

Cuanto a lo que quieren que la forma de la Iglesia sea estimada por no sé qué vana pompa, yo, porque no quiero hacer largo proceso, le tocaré solamente como de pasada, cuán peligrosa cosa sea. El papa de Roma —dicen ellos— el cual está sentado en la silla Apostólica, y los otros obispos que él ordenó y consagró, representan la Iglesia, y deben ser tenidos por tales; por tanto, no pueden errar. ¿Cómo así? Porque son pastores de la Iglesia y consagrados al Señor. Aarón y los demás, que guiaban al pueblo de Israel, ¿cómo no eran pastores? Aarón y sus hijos (Ex. 32[4]), habiéndolos ya Dios elegido por sacerdotes, con todo eso, erraron cuando hicieron el becerro. Porque, conforme a esta razón, aquellos cuatrocientos profetas que engañaban a Acab, ¿no represen-

tarían la Iglesia (1º Rey 22^{12})? Pero la Iglesia estaba de parte de Miqueas, que era un hombre solo y abatido, mas, con todo esto, de su boca salía la verdad. ¿Cómo? ¿Los profetas no representaban nombre y forma de Iglesia cuando se levantaban todos contra Jeremías, y, amenazándolo, blasonaban ser imposible que la ley faltase a los sacerdotes ni el consejo al sabio ni la palabra al profeta (Jer. 18^{18})? En contra de toda esta multitud de profetas es enviado Jeremías solo, el cual, de parte de Dios, denuncia que la ley faltará al sacerdote, el consejo al sabio, y la palabra al profeta. ¿No se mostraba otra tal apariencia de Iglesia en aquel concilio en que los pontífices, escribas y fariseos se juntaron para deliberar cómo matarían a Cristo (Juan 11^{47-53})? Váyanse, pues, ahora nuestros adversarios y hagan mucho caso de una máscara y externo aparato que se ve, y así pronuncien ser cismáticos de Cristo y todos los profetas de Dios vivo; y, por el contrario, digan que los ministros de Satanás son instrumentos del Espíritu Santo.

El concilio de Basilea (1431-1437)

Y si hablan de veras, respóndanme simplemente sin buscar rodeos: ¿En qué región, o en qué pueblo piensan ellos que la Iglesia de Dios resida después que, por sentencia definitiva del concilio que se tuvo en Basilea, Eugenio papa de Roma fue depuesto, y Amadeo, Duque de Saboya, fue substituido en su lugar? No pueden negar (aunque revienten) aquel concilio, en cuanto a la solemnidad y ritos externos, no haber sido legítimo, y convocado, no por un papa sólo, sino por dos. En él Eugenio fue condenado por cismático, rebelde y pertinaz, y, con él, todos los cardenales y obispos que juntamente con él habían procurado que el concilio se deshiciese. Con todo esto, siendo después sobrellevado por el favor de los príncipes, recobró su pontificado. Y la otra elección de Amadeo, hecho solamente con la autoridad del sacro y general concilio, se tornó en humo; sólo que el dicho Amadeo fue apaciguado con un capelo, como un perro que ladra por un pedazo de pan. De estos herejes y contumaces descienden todos los papas, cardenales, obispos, abades y sacerdotes que después acá han sido.

Aquí no se pueden escabullir. Porque, ¿cuál de las dos partes dirán que era Iglesia? ¿Por ventura negarán haber sido concilio general, al cual ninguna cosa faltó cuanto a la majestad y muestra exterior? Pues fue convocado solemnemente por dos bulas, santificado por el legado de la sede apostólica, el cual presidía

en él, bien ordenado en todas las cosas, y que perseveró en esta su dignidad y majestad hasta que fue concluido. ¿Confesarán ellos que Eugenio con todos sus adherentes, de los cuales ellos son santificados, fue cismático? O que pinten de otra manera la forma de la Iglesia, o a cuantos ellos son, los tendremos, aún según su doctrina propia, por cismáticos; pues que, a sabiendas y así queriéndolo ellos, fueron ordenados por herejes. Y si nunca jamás se hubiera visto antes de ahora que la Iglesia de Dios no está atada a las pompas y apariencias exteriores, ellos mismos nos pueden ser asaz suficiente experiencia de ello, los cuales con tan gran sobrecejo, so título y nombre de Iglesia, se han hecho temer de todo el mundo, aunque eran una pestilencia mortal de la Iglesia.

No hablo de sus costumbres, ni de aquellos sus actos execrables que siempre por toda su vida cometen; pues que ellos dicen que son los fariseos que se deben oír y no imitar. Vuestra Majestad, si se quiere tomar un poquito de pena en leer con atención nuestra doctrina, conocerá claramente que la misma doctrina de ellos, por la cual quieren ser tenidos por Iglesia, es una terrible carnicería de almas, y un fuego, ruina y destrucción de la Iglesia.

Revueltas sociales

Finalmente, ellos hacen muy mal, echándonos en cara las grandes revueltas, tumultos y sediciones que la predicación de nuestra doctrina haya traído consigo, y los muchos frutos que ella, el día de hoy produce. Porque la culpa de estos males con gran sinrazón se le imputa, la cual debería ser imputada a la malicia de Satanás. Ésta es la suerte de la Palabra de Dios, que jamás ella sale a luz, sin que Satanás se despierte y haga de las suyas. Ésta es una certísima marca, y que nunca le falta, con la cual es diferenciada de las falsas doctrinas, las cuales se distinguen en que, sin contradicción, son admitidas de todos y todo el mundo las sigue. De esta manera, por algunos años pasados, cuando todo estaba sepultado en tinieblas obscurísimas, este señor del mundo se jactaba y burlaba como se le antojaba de los hombres, y como un Sardanápalo se deleitaba a su placer sin que hubiera quien le contradijese ni osase decir: "Mal haces." Porque, ¿qué hubiera de hacer sino reírse y holgarse teniendo la posesión de su reino con gran quietud y tranquilidad?

Pero luego que la luz resplandeciente del cielo deshizo algún tanto sus tinieblas; luego que aquel fuerte lo salteó y revolvió

su reino, entonces comenzó a despertar de su sueño y quietud, y a empuñar las armas. Y primeramente incitó la fuerza de los hombres, con la cual con violencia oprimiese la verdad que comenzaba a mostrarse; después, viendo que no aprovechaba por esta vía, diose a perseguir la verdad en secreto y por asechanzas. Así que, por los anabaptistas y otros tales como ellos, revolvió muchas sectas y diversidad de opiniones con que obscureciese esta verdad, y, finalmente, la ahogase. Y el día de hoy, él porfía a perseguirla con estas dos artes, porque procura con la fuerza y potencia de los hombres desarraigar aquella verdadera simiente, y con sus cizañas, cuanto es en él, pretende ahogarla a fin de que no crezca, ni dé fruto. Pero todo esto es en vano, si damos crédito a los avisos que el Señor nos da, el cual muy mucho antes nos ha descubierto sus artes y mañas que tiene que tratar, para que no nos tomase desapercibidos, y nos ha armado de muy buenas armas contra ellas. Cuanto a lo demás, ¿cuán gran maldad es echar la culpa a la Palabra de Dios o a las revueltas que los perversos contumaces levantan, o a las sectas que los engañadores contra ella siembran?

Pero esto no es cosa nueva. Preguntábanle a Elías si, por ventura, fuese él el que revolvía a Israel (1º Rey. 18[17-18]). Cristo era tenido de los judíos por revoltoso (Luc. 23[5]; Juan 19[7-12]). Acusaban a los Apóstoles de que habían alborotado al pueblo (Hech. 24[5-9]). ¿Y qué otra cosa hacen los que el día de hoy nos imputan a nosotros las revueltas, tumultos y sediciones que se levantan contra nosotros? Pero Elías nos enseñó cómo habíamos de responder a estos tales: Nosotros no somos los que sembrábamos errores o movíamos las revuletas, sino ellos mismos que resisten a la potencia de Dios. Y aunque esta sola respuesta sea capaz bastante para confundir su temeridad, así también, por otra parte; es menester socorrer a la flaqueza de algunos, los cuales muchas veces acontece alborotarse con semejantes escándalos, y siendo perturbados, vacilar. Éstos, pues, para que no desmayen con esta perturbación ni vuelvan atrás, entiendan que las mismas cosas que el día de hoy nos acontecen, experimentaron los apóstoles en su tiempo.

Había entonces hombres indoctos e inconstantes, los cuales, como escribe San Pedro (2ª Pedro 3[16]), pervertían, para condenación suya, lo que San Pablo había divinamente escrito. Había menospreciadores de Dios, los cuales oyendo que el pecado abundó para que sobreabundase la gracia, luego inferían: *Nos debemos quedar en el pecado, para que abunde la gracia* (Rom. 6[1-15]). Cuando oían que los fieles no estaban debajo de la ley,

luego respondían: pecaremos, pues no estamos debajo de la ley, sino de la gracia (Rom. 3[5-8]). No faltaban quienes lo llamasen persuadidor del mal (1ª Cor. 1[10-17]). Injeríanse falsos apóstoles, los cuales destruían las iglesias que él había edificado (2ª Cor. 11[3-15]; Gál. 1[6-10]). Algunos por envidia y contención, predicaban el Evangelio no con sinceridad, mas con malicia, pensando acrecentar la aflicción a sus prisiones (Fil. 1[15]). En algunas partes, la doctrina del Evangelio que predicaba no hacía mucho fruto. Todos buscaban su provecho, y no el de Jesucristo. Otros se volvían atrás, tornándose como perros al vómito, y como puercos al cenagal. Los más tomaban la libertad del espíritu para libertad de carne (Fil. 2[21]; 2ª Pedro 2[22]). Injeríanse muchos falsos hermanos, los cuales después hacían gran daño a los fieles. Entre los mismos hermanos se levantaban grandes contiendas. ¿Qué habían de hacer en este caso los apóstoles? ¿Habían de disimular por algún tiempo, o del todo habían de dejar y desamparar el Evangelio, el cual había de ser siempre simiente de tantas contiendas, materia de tantos peligros, ocasión de tantos escándalos? Mas, entre tales angustias, acordábanse de que Cristo era *piedra de escándalo y de tropiezo, puesto para caída y levantamiento de muchos,* y por señal a quien contradirían Isa. 8[14]; Rom. 9[33]; Luc. 2[34]; 1ª Pedro 2[8]). Armados ellos con esta confianza, pasaban animosamente por todos los peligros de los tumultos y escándalos. Con esta misma consideración, es menester que nosotros nos animemos; pues que San Pablo testifica (2ª Cor. 2[16]), ser ésta siempre la condición y suerte del Evangelio: *que es olor de muerte para muerte a aquellos que perecen,* aunque él fue antes ordenado a fin de que fuese *olor de vida a los que se salvan,* y potencia de Dios para salud a todos los fieles.

Apelación al rey

Mas, con Vuestra Magnánima Majestad vuelvo a hablar. No hagáis caso de aquellos vanos rumores con que nuestros adversarios se esfuerzan a poneros miedo y temor; conviene a saber, que este nuevo Evangelio (porque así lo llaman ellos) no pretende ni busca otra cosa, que ocasión de sediciones, y toda licencia para que los vicios no sean castigados. Porque nuestro *Dios no es autor de división, sino de paz; y el Hijo de Dios no es ministro de pecado,* el cual es venido al mundo *para deshacer las obras del diablo* (1ª Cor. 14[33]; Gál. 2[17]; 1ª Juan 3[8]). Cuanto a lo que toca a nosotros, somos injustamente acusados de tales empresas, de las cuales jamás dimos ni aun la menor ocasión al

mundo de sospecha. Se nos acusa de que nosotros emprendemos la disipación de los reinos, en los cuales, sin embargo, jamás se ha oído una palabra que huela a sedición, y nuestra vida ha sido conocida por quieta y apacible todo el tiempo que vivimos en nuestro reino; y los que aún ahora, siendo ahuyentados de nuestras propias patrias, no dejamos de orar a Dios por toda prosperidad y buen suceso de Vuestra Majestad y de vuestro reino. Se nos acusa de que nosotros pretendemos licencia de pecar sin castigo; pero, en costumbres, aunque hay mucho que reprender, con todo eso, no hay cosa que merezca tan grande injuria y reproche. Y, por la bondad de Dios, no hemos aprovechado tan poco en el Evangelio, que nuestra vida no pueda ser a estos maldecidores ejemplo de castidad, benignidad, misericordia, paciencia, modestia y de todas las otras virtudes.

Cosa es notoria que nosotros puramente tememos y honramos a Dios; pues que, con nuestra vida y con nuestra muerte, deseamos que su nombre sea santificado, y nuestros mismos adversarios han sido constreñidos a dar testimonio de la inocencia y justicia política de algunos de nuestros hombres, a los cuales ellos hacían morir por aquello que era digno de perpetua memoria. Y si hay algunos que con pretexto de Evangelio hacen alborotos (cuales hasta ahora no se han visto en vuestro reino), si hay algunos que cubren su licencia carnal con título de la libertad que se nos da por la gracia de Dios (de los cuales yo conozco muy muchos), leyes hay y castigos ordenados por las leyes, con los cuales ellos, conforme a sus delitos, sean ásperamente corregidos, con tal que el Evangelio de Dios, en el entretanto, no sea infamado por los maleficios de los malvados. Ya ha oído Vuestra Majestad la emponzoñada maldad de los que nos calumnian, declarada en hartas palabras, para que no deis tanto crédito a sus acusaciones y calumnias.

Y yo me temo que haya sido demasiado largo; pues que esta mi prefación es casi tan grande como una entera apología, con la cual yo no pretendí componer una defensa, mas solamente enternecer vuestro corazón para que oyeseis nuestra causa; el cual corazón, aunque al presente está envuelto y alejado de nosotros, y aún quiero añadir, inflamado; pero, con todo eso, aún tengo esperanza de que podremos volver a vuestra gracia, si tuviereis a bien, sin pasión ninguna y fuera de todo odio e indiganción, leer una vez esta nuestra confesión, la cual queremos que sirva de defensa delante de Vuestra Majestad.

Pero si, al contrario, las murmuraciones de nuestros adversarios han ocupado de tal manera vuestros oídos, que a los acusa-

dos ningún lugar se dé para responder de sí; y si, por otra parte, estas impetuosas furias, sin que Vuestra Majestad les vaya a la mano, ejercitan siempre su crueldad con prisiones, azotes, tormentos, cuchillo y fuego, nosotros ciertamente, como ovejas deputadas para el matadero, padeceremos cuanto fuere posible; pero de tal manera que, en nuestra paciencia, poseeremos nuestras almas (Luc. 21[19]), y esperaremos la fuerte mano del Señor, la cual, sin duda, cuando sea tiempo, se mostrará armada, así para librar a los pobres de su aflicción, como para castigar a estos menospreciadores, los cuales el día de hoy tan a su placer triunfan. El Señor, Rey de los reyes, quiera establecer el trono de Vuestra Majestad, oh fortísimo e ilustrísimo Rey, en justicia, y vuestra silla en equidad.

Basilea, 23 de agosto de 1535

EL CONCILIO DE TRENTO (1545-1563)

El Concilio de Trento fue la respuesta de la Iglesia Católica al movimiento de Reforma. Iniciado por el papa Paulo III, después de numerosas vicisitudes, interrupciones y reanudaciones, pudo llevarse a feliz término siendo papa Pío IV. Nunca un concilio ha durado tanto. Su importancia fue fundamental, y su espíritu prevaleció en gran parte hasta la reciente celebración del Concilio Vaticano II.

Sesión II.* Celebrada en 7 de enero de 1546

Decreto sobre el arreglo de vida, y otras cosas que deben observarse en el Concilio

El sacrosanto Concilio Tridentino, congregado legítimamente en el Espíritu santo, y presidido por los mismos tres Legados de la sede Apostólica, reconociendo con el bienaventurado Apóstol Santiago, *que toda dádiva excelente, y todo don perfecto viene del cielo, y baja del Padre de las luces, que concede con abundancia la sabiduría a todos los que se la piden, sin darles en rostro con su ignorancia*; y sabiendo también que *el principio de la sabiduría es el temor de Dios,* ha resuelto y decretado exhortar a todos, y cada uno de los fieles cristianos congregados en Trento, como al presente los exhorta, a que procuren enmendarse de los males y pecados hasta el presente cometidos, y procedan en adelante con temor de Dios, *sin condescender a los deseos de la carne,* perseverando según cada uno pueda en la oración, confesando a menudo, comulgando, frecuentando las iglesias, y en fin cumpliendo los preceptos divinos, y rogando además de esto a Dios todos los días en sus oraciones secretas por la paz de los príncipes cristianos, y por la unidad de la Iglesia. Exhorta también a los obispos, y demás personas constituidas en el orden sacerdotal, que concurren a esta ciudad a celebrar el Concilio general, a que se dediquen con esmero a las continuas alabanzas de Dios, ofrezcan sus sacrificios, oficio y oraciones, y celebren el sacrificio de la misa a lo menos en el domingo, día en que Dios

* *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento, traducido al idioma castellano por don Ignacio López de Ayala,* 4ª ed., Madrid, en la imprenta de Ramón Ruiz, 1798. Bilingüe: latín-español.

crio la luz, resucitó de entre los muertos, e infundió en sus discípulos el Espíritu santo, haciendo, como manda el mismo santo Espíritu por medio de su apóstol, *súplicas, oraciones, peticiones,* y *acciones de gracias* por nuestro santísimo Padre el Papa, por el Emperador, por los reyes, por todos los que se hallan constituidos en dignidad, y por todos los hombres, para que vivamos quieta y tranquilamente, gocemos de la paz, y veamos el aumento de la religión. Exhorta además a que ayunen por lo menos todos los viernes en memoria de la Pasión del Señor, den limosnas a los pobres, y se celebre todos los jueves en la iglesia catedral la misa del Espíritu santo, con las letanías y otras oraciones establecidas para esta ocasión; y en las demás iglesias se digan a lo menos en el mismo día las letanías y oraciones; sin que en el tiempo de los divinos oficios haya pláticas ni conversaciones, sino que se asista al sacerdote con la boca, y con el ánimo. Y por cuanto *es necesario que los obispos sean irreprehensibles, sobrios, castos y muy atentos al gobierno de sus casas*; los exhorta igualmente a que cuiden ante todas las cosas de la sobriedad en su mesa, y de la moderación en sus manjares. Demás de esto, como acontecede muchas veces suscitarse en la misma mesa conversaciones inútiles; se lea al tiempo de ella la divina Escritura. Instruya también cada uno a sus familiares, y enséñeles que no sean pendencieros, vinosos, desenvueltos, ambiciosos, soberbios, blasfemos, ni dados a deleites; huyan en fin de los vicios, y abracen las virtudes, manifestando en sus vestidos, aliño y demás actos la honestidad y modestia correspondiente a los ministros de los ministros de Dios. Además de esto, siendo el principal cuidado, empeño e intención de este Concilio sacrosanto, que disipadas las tinieblas de las herejías, que por tantos años han cubierto la tierra, renazca la luz de la verdad católica, con el favor de Jesú Cristo, que es la verdadera luz, así como el candor y la pureza, y se reformen las cosas que necesitan de reforma; el mismo Concilio exhorta a todos los católicos aquí congregados, y que después se congregaren, y principalmente a los que están instruidos en las sagradas letras, a que mediten por sí mismos con diligencia y esmero los medios y modos más convenientes para poder dirigir las intenciones del Concilio, y lograr el efecto deseado; y con esto se pueda con mayor prontitud, deliberación y prudencia, condenar lo que deba condenarse, y aprobarse lo que merezca aprobación; y todos por todo el mundo glorifiquen, a una voz, y con una misma confesión de fe, a Dios, Padre de nuestro Señor Jesú Cristo. Respecto del modo con que se han de exponer los dictámenes, luego que los

sacerdotes del Señor estén sentados en el lugar de bendición, según el estatuto del concilio Toledano, ninguno pueda meter ruido con voces desentonadas, ni perturbar tumultuariamente, ni tampoco altercar con disputas falsas, vanas u obstinadas; sino que todo lo que expongan de tal modo se tempere y suavice al pronunciarlo, que ni se ofendan los oyentes, ni se pierda la rectitud del juicio con la perturbación del ánimo. Después de esto estableció y decretó el mismo Concilio, que si aconteciese por casualidad que algunos no tomen el asiento que les corresponde, y den su dictamen, aun valiéndose de la fórmula *Placet*, asistan a las congregaciones, y ejecuten durante el Concilio otras acciones, cualesquiera que sean; no por esto se les ha de seguir perjuicio alguno, ni otros tampoco adquirirán nuevo derecho.

Asignóse después el día jueves, 4 del próximo mes de febrero, para celebrar la sesión siguiente.

Sesión III. Celebrada en 4 de febrero de 1546

Decreto sobre el símbolo de la fe

En el nombre de la santa e indivisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu santo. Considerando este sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento, congregado legítimamente en el Espíritu santo, presidido de los mismos tres Legados de la sede Apostólica, la grandeza de los asuntos que tiene que tratar, en especial de los contenidos en los dos capítulos, el uno de la extirpación de las herejías, y el otro de la reforma de costumbres, por cuya causa principalmente se ha congregado; y comprendiendo además con el apóstol, que *no tiene qué pelear contra la carne y sangre, sino contra los malignos espíritus en cosas pertenecientes a la vida eterna*; exhorta primeramente con el mismo apóstol a todos, y a cada uno, a que se conforten en el Señor, y en el poder de su virtud, tomando en todo el escudo de la fe, con el que puedan rechazar todos los tiros del infernal enemigo, cubriéndose con el morrión de la esperanza de la salvación, y armándose con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. Y para que éste su piadoso deseo tenga en consecuencia, con la gracia divina, principio y adelantamiento, establece y decreta, que ante todas las cosas, debe principiar por el símbolo, o confesión de fe, siguiendo en esto los ejemplos de los

Padres, quienes en los más sagrados concilios acostumbraron agregar, en el principio de sus sesiones, este escudo contra todas las herejías, y con él sólo atrajeron algunas veces los infieles a la fe, vencieron los herejes y confirmaron a los fieles. Por esta causa ha determinado deber expresar con las mismas palabras con que se lee en todas las iglesias, el símbolo de fe que usa la santa Iglesia romana, como que es aquel principio en que necesariamente convienen los que profesan la fe de Jesú Cristo, y el fundamento seguro y único *contra que jamás prevalecerán las puertas del infierno*. El mencionado símbolo dice así: Creo en un solo Dios, Padre, omnipotente, criador del cielo, y de la tierra, y de todo lo visible e invisible: y en un solo señor Jesú Cristo, Hijo unigénito de Dios, y nacido del Padre ante todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre, y por quien fueron criadas todas las cosas; el mismo que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación descendió de los cielos y tomó carne de la Virgen María por obra del Espíritu santo, y se hizo hombre: fue también crucificado por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, y fue sepultado; y resucitó al tercero día, según estaba anunciado por las divinas escrituras; y subió al cielo, y está sentado a la diestra del Padre; y segunda vez ha de venir glorioso a juzgar los vivos y los muertos; y su reino será eterno. Creo también el Espíritu santo, Señor y vivificador, que procede del Padre, y del Hijo, quien igualmente es adorado, y goza juntamente gloria con el Padre, y con el Hijo, y es el que habló por los profetas; y creo ser una la santa, católica y apostólica Iglesia. Confieso un bautismo para la remisión de los pecados: y aguardo la resurrección de la carne, y la vida perdurable. Amén.

Sesión IV. Celebrada en 8 de abril de 1546

Decreto sobre las Escrituras canónicas

El sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento, congregado legítimamente en el Espíritu santo, y presidido de los mismos tres Legados de la sede Apostólica, proponiéndose siempre por objeto, que exterminados los errores, se conserve en la Iglesia la misma pureza del Evangelio, que prometido antes en

la divina Escritura por los profetas, promulgó primeramente por su propia boca Jesú Cristo, hijo de Dios, y Señor nuestro, y mandó después a sus apóstoles que lo *predicasen a toda criatura* como fuente de toda verdad conducente a nuestra salvación, y regla de costumbres; considerando que esta verdad y disciplina están contenidas en los libros escritos, y en las tradiciones no escritas, que recibidas de boca del mismo Cristo por los apóstoles, o enseñadas por los mismos apóstoles inspirados por el Espíritu santo, han llegado como de mano en mano hasta nosotros; siguiendo los ejemplos de los Padres católicos, recibe, y venera con igual afecto de piedad y reverencia, todos los libros del viejo y nuevo Testamento, pues Dios es el único autor de ambos, así como las mencionadas tradiciones pertenecientes a la fe y a las costumbres, como que fueron dictadas verbalmente por Jesú Cristo, o por el Espíritu santo, y conservadas perpetuamente sin interrupción en la Iglesia católica. Resolvió además unir a este decreto el índice de los libros canónicos, para que nadie pueda dudar cuáles son los que reconoce este sagrado Concilio. Son pues los siguientes: Del antiguo Testamento, cinco de Moisés; es a saber, el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números, y el Deuteronomio; el de Josué; el de los Jueces; el de Ruth; los cuatro de los Reyes; dos del Paralipómenon; el primero de Esdras, y el segundo que llaman Nehemías; el de Tobías; Judit; Esther; Job; el Salterio de David de 150 salmos; los Proverbios; el Eclesiastés; el Cántico de los cánticos; el de la Sabiduría; el Eclesiástico; Isaías; Jeremías con Baruch; Ezequiel; Daniel; los doce Profetas menores, que son Oseas; Joel; Amós; Abdías; Jonás; Micheas; Nahúm; Abacuc; Sofonías; Aggeo; Zacarías, y Malaquías, y los dos de los Macabeos, que son primero y segundo. Del Testamento nuevo, los cuatro Evangelios; es, a saber, según san Mateo, san Marcos, san Lucas, y san Juan; los Hechos de los Apóstoles, escritos por san Lucas Evangelista; catorce Epístolas escritas por san Pablo Apóstol a los Romanos; dos a los Corintios; a los Gálatas; a los Efesios; a los Filipenses; a los Colosenses; dos a los de Tesalónica; dos a Timoteo; a Tito; a Philimon, y a los Hebreos; dos de san Pedro Apóstol; tres de san Juan Apóstol; una del Apóstol Santiago; una del Apóstol san Judas; y el Apocalipsis del Apóstol san Juan. Si alguno pues no reconociere por sagrados y canónicos estos libros, enteros, con todas sus partes, como ha sido costumbre leerlos en la Iglesia católica, y se hallan en la antigua versión latina llamada *Vulgata*; y despreciare a sabiendas y con ánimo deliberado las mencionadas tradiciones; sea excomulgado. Queden pues todos

entendidos del orden y método con que después de haber establecido la confesión de fe ha de proceder el sagrado Concilio, y de qué testimonios y auxilios se ha de servir principalmente para comprobar los dogmas y restablecer las costumbres en la Iglesia.

Decreto sobre la edición y uso de la sagrada Escritura

Considerando además de esto el mismo sacrosanto Concilio, que se podrá seguir mucha utilidad a la Iglesia de Dios, si se declara qué edición de la sagrada Escritura se ha de tener por auténtica entre todas las ediciones latinas que corren; establece y declara, que se tenga por tal en las lecciones públicas, disputas, sermones y exposiciones, esta misma antigua edición *Vulgata*, aprobada en la Iglesia por el largo uso de tantos siglos; y que ninguno, por ningún pretexto, se atreva o presuma desecharla. Decreta además, con el fin de contener los ingenios insolentes, que ninguno fiado en su propia sabiduría, se atreva a interpretar la misma sagrada Escritura en cosas pertenecientes a la fe, y a las costumbres que miran a la propagación de la doctrina cristiana, violentando la sagrada Escritura para apoyar sus dictámenes, contra el sentido que le ha dado y da la santa madre Iglesia, a la que privativamente toca determinar el verdadero sentido, e interpretación de las sagradas letras; ni tampoco contra el unánime consentimiento de los santos Padres, aunque en ningún tiempo se hayan de dar a luz estas interpretaciones: Los ordinarios declaren los contraventores, y castíguenlos con las penas establecidas por el derecho. Y queriendo también, como es justo, poner freno en esta parte a los impresores, que ya sin moderación alguna, y persuadidos a que les es permitido cuanto se les antoja, imprimen sin licencia de los superiores eclesiásticos la sagrada Escritura, notas sobre ella, y exposiciones indiferentemente de cualquiera autor, omitiendo muchas veces el lugar de la impresión, muchas fingiéndolo, y lo que es de mayor consecuencia, sin nombre de autor; y además de esto tienen de venta sin discernimiento y temerariamente semejantes libros impresos en otras partes; decreta y establece, que en adelante se imprima con la mayor enmienda que sea posible la sagrada Escritura, principalmente esta misma antigua edición *Vulgata*; y que a nadie sea lícito imprimir, ni procurar se imprima libro alguno de cosas sagradas, o pertenecientes a la religión, sin nombre de autor: ni venderlos en adelante, ni aun retenerlos en su casa, si primero no los examina, y aprueba el ordinario; so pena de excomunión, y de la multa establecida en el canon del último

concilio de Letrán. Si los autores fueren Regulares, deberán además del examen y aprobación mencionada, obtener licencia de sus superiores, después que éstos hayan revisto sus libros según los estatutos prescritos en sus constituciones. Los que los comunican, o los publican manuscritos, sin que antes sean examinados y aprobados, queden sujetos a las mismas penas que los impresores. Y los que los tuvieren o leyeren, sean tenidos por autores, si no declaran los que lo hayan sido. Dése también por escrito la aprobación de semejantes libros, y parezca ésta autorizada al principio de ellos, sean manuscritos, o sean impresos; y todo esto, es a saber, el examen y aprobación se ha de hacer de gracia, para que así se apruebe lo que sea digno de aprobación, y se repruebe lo que no la merezca. Además de esto, queriendo el sagrado Concilio reprimir la temeridad con que se aplican, y tuercen a cualquier asunto profano las palabras y sentencias de la sagrada Escritura; es a saber, a bufonadas, fábulas, vanidades, adulaciones, murmuraciones, supersticiones; impíos y diabólicos encantos, adivinaciones, suertes, y libelos infamatorios; ordena y manda para extirpar esta irreverencia y menosprecio, y que ninguno en adelante se atreva a valerse de modo alguno de palabras de la sagrada Escritura, para éstos, ni semejantes abusos; que todas las personas que profanen y violenten de este modo la palabra divina, sean reprimidos por los obispos con las penas de derecho, y a su arbitrio.

Asignación de la Sesión siguiente

Item establece y decreta este sacrosanto Concilio, que la próxima futura sesión se ha de tener y celebrar en la feria quinta después de la próxima sacratísima solemnidad de Pentecostés.

Sesión VII. Celebrada en el día 3 de marzo de 1547

Decreto sobre los Sacramentos

Proemio

Para perfección de la saludable doctrina de la justificación, promulgada con unánime consentimiento de los Padres, en la sesión próxima antecedente; ha parecido oportuno tratar de los

santos Sacramentos de la Iglesia, por los que o comienzan toda verdadera santidad, o comenzada se aumenta, o perdida se recobra. Con este motivo, y con el fin de disipar los errores, y extirpar las herejías, que en este tiempo se han suscitado acerca de los santos Sacramentos, en parte de las herejías antiguamente condenadas por los Padres, y en parte de las que se han inventado de nuevo, que son en extremo perniciosas a la pureza de la Iglesia católica y a la salvación de las almas; el sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento, congregado legítimamente en el Espíritu santo, y presidido por los mismos Legados de la sede Apostólica, insistiendo en la doctrina de la sagrada Escritura, en las tradiciones apostólicas, y consentimiento de otros concilios, y de los Padres, ha creído deber establecer y decretar los presentes cánones, ofreciendo publicar después, con el auxilio del Espíritu santo, los demás que faltan para la perfección de la obra comenzada.

De los Sacramentos en común

Can. I. Si alguno dijere que los Sacramentos de la nueva ley no fueron todos instituidos por Jesú Cristo nuestro señor; o que son más o menos que siete, es a saber; Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Extrema-unción, Orden y Matrimonio; o también que alguno de estos siete no es Sacramento con toda verdad, y propiedad; sea excomulgado.

Can. II. Si alguno dijere, que estos mismos Sacramentos de la nueva ley no se diferencian de los sacramentos de la ley antigua, sino en cuanto son distintas ceremonias, y ritos externos diferentes; sea excomulgado.

Can. III. Si alguno dijere, que estos siete Sacramentos son tan iguales entre sí, que por circunstancia ninguna es uno más digno que otro; sea excomulgado.

Can. IV. Si alguno dijere, que los Sacramentos de la nueva ley no son necesarios, sino superfluos para salvarse; y que los hombres sin ellos, o sin el deseo de ellos, alcanzan de Dios por sola la fe, la gracia de la justificación; bien que no todos sean necesarios a cada particular; sea excomulgado.

Can. V. Si alguno dijere, que se instituyeron estos Sacramentos con sólo el preciso fin de fomentar la fe; sea excomulgado.

Can. VI. Si alguno dijere, que los Sacramentos de la nueva ley no contienen en sí la gracia que significan; o que no confieren esta misma gracia a los que no ponen obstáculos; como si sólo fuesen señales extrínsecas de la gracia o santidad recibida

por la fe, y ciertos distintivos de la profesión de cristianos, por los cuales se diferencian entre los hombres los fieles de los infieles; sea excomulgado.

Can. VII. Si alguno dijere, que no siempre, ni a todos se da gracia por estos Sacramentos, en cuanto está de parte de Dios, aunque los reciban dignamente; sino que la dan alguna vez, y a algunos; sea excomulgado.

Can. VIII. Si alguno dijere, que por los mismos Sacramentos de la nueva ley no se confiere gracia *ex opere operato*, sino que basta para conseguirla sola la fe en las divinas promesas; sea excomulgado.

Can. IX. Si alguno dijere, que por los tres Sacramentos: Bautismo, Confirmación y Orden, no se imprime carácter en el alma; esto es, cierta señal espiritual e indeleble, por cuya razón no se pueden reiterar estos Sacramentos; sea excomulgado.

Can. X. Si alguno dijere, que todos los cristianos tienen potestad de predicar, y de administrar todos los Sacramentos; sea excomulgado.

Can. XI. Si alguno dijere, que no se requiere en los ministros cuando celebran, y confieren los Sacramentos, intención de hacer por lo menos lo mismo que hace la Iglesia; sea excomulgado.

Can. XII. Si alguno dijere, que el ministro que está en pecado mortal no efectúa Sacramento, o no lo confiere, aunque observe cuantas cosas esenciales pertenecen a efectuarlo, o conferirlo; sea excomulgado.

Can. XIII. Si alguno dijere, que se pueden despreciar u omitir por capricho y sin pecado por los ministros, los ritos recibidos y aprobados por la Iglesia católica, que se acostumbran practicar en la administración solemne de los Sacramentos; o que cualquier pastor de las iglesias puede mudarlos en otros nuevos; sea excomulgado.

Sesión XXV. Que es la IX y la última celebrada en tiempo del Sumo Pontífice Pío IV. Principiada el día 3, y acabada en el 4 de diciembre de 1563

De la invocación, veneración y reliquias de los santos, y de las sagradas imágenes

Manda el santo Concilio a todos los obispos y demás personas que tienen el cargo y obligación de enseñar, que instruyan con

exactitud a los fieles ante todas cosas, sobre la intercesión e invocación de los santos, honor de las reliquias, y uso legítimo de las imágenes, según la costumbre de la Iglesia católica y apostólica, recibida desde los tiempos primitivos de la religión cristiana, y según el consentimiento de los santos Padres, y los decretos de los sagrados concilios; enseñándoles que los santos que reinan juntamente con Cristo, ruegan a Dios por los hombres; que es bueno y útil invocarles humildemente, y recurrir a sus oraciones, intercesión, y auxilio para alcanzar de Dios los beneficios por Jesú Cristo su hijo, nuestro Señor, que es sólo nuestro redentor y salvador; y que piensan impíamente los que niegan que se deben invocar los santos que gozan en el Cielo de eterna felicidad; o los que afirman que los santos no ruegan por los hombres; o que es idolatría invocarles, para que rueguen por nosotros, aun por cada uno en particular; o que repugna a la palabra de Dios, y se opone al honor de Jesú Cristo, único mediador entre Dios y los hombres; o que es necedad suplicar verbal o mentalmente a los que reinan en el Cielo.

Instruyan también a los fieles en que deben venerar los santos cuerpos de los santos mártires, y de otros que viven con Cristo, que fueron miembros vivos del mismo Cristo, y templos del Espíritu santo, por quien han de resucitar a la vida eterna, para ser glorificados, y por los cuales concede Dios muchos beneficios a los hombres; de suerte que deben ser absolutamente condenados; como antiquísimamente los condenó, y ahora también los condena la Iglesia, los que afirman que no se deben honrar, ni venerar las reliquias de los santos; o que es en vano la adoración que éstas y otros monumentos sagrados reciben de los fieles; y que son inútiles las frecuentes visitas a las capillas dedicadas a los santos con el fin de alcanzar su socorro. Además de esto, declara que se deben tener y conservar, principalmente en los templos, las imágenes de Cristo, de la Virgen madre de Dios, y de otros santos, y que se les debe dar el correspondiente honor y veneración: no porque se crea que hay en ellas divinidad, o virtud alguna por la que merezcan el culto o que se les deba pedir alguna cosa, o que se haya de poner la confianza en las imágenes, como hacían en otros tiempos los gentiles, que colocaban su esperanza en los ídolos; sino porque el honor que se da a las imágenes, se refiere a los originales representados en ellas; de suerte, que adoremos a Cristo por medio de las imágenes que besamos, y en cuya presencia nos descubrimos y arrodillamos; y veneramos a los santos, cuya semejanza tienen: todo lo cual es lo que se halla

establecido en los decretos de los concilios, y en especial en los del segundo Niceno contra los impugnadores de las imágenes.

Enseñen con esmero los obispos que por medio de las historias de nuestra redención; expresadas en pinturas y otras copias, se instruye y confirma el pueblo recordándoles los artículos de la fe, y recapacitándoles continuamente en ellos: además que se saca mucho fruto de todas las sagradas imágenes, no sólo porque recuerdan al pueblo los beneficios y dones que Cristo les ha concedido, sino también porque se exponen a los ojos de los fieles los saludables ejemplos de los santos, y los milagros que Dios ha obrado por ellos, con el fin de que den gracias a Dios por ellos, y arreglen su vida, y costumbres a los ejemplos de los mismos santos; así como para que se exciten a adorar, y amar a Dios, y practicar la piedad. Y si alguno enseñare, o sintiere lo contrario a estos decretos sea excomulgado. Mas si se hubieren introducido algunos abusos en estas santas y saludables pláticas, desea ardientemente el santo Concilio que se exterminen de todo punto; de suerte que no se coloquen imágenes algunas de falsos dogmas, ni que den ocasión a los rudos de peligrosos errores. Y si aconteciere que se expresen, y figuren en alguna ocasión historias y narraciones de la sagrada Escritura, por ser éstas convenientes a la instrucción de la ignorante plebe; enséñese al pueblo que esto no es copiar la divinidad, como si fuese posible que se viese ésta con ojos corporales, o pudiese expresarse con colores o figuras. Destiérrese absolutamente toda superstición en la invocación de los santos, en la veneración de las reliquias, y en el sagrado uso de las imágenes, ahuyéntese toda ganancia sórdida; evítese en fin toda torpeza; de manera que no se pinten ni adornen las imágenes con hermosura escandalosa; ni abusen tampoco los hombres de las fiestas de los santos, ni de la visita de las reliquias, para tener combitonas, ni embriagueces: como si el lujo y lascivia fuese el culto con que deban celebrar los días de fiesta en honor de los santos. Finalmente pongan los obispos tanto cuidado y diligencia en este punto, que nada se vea desordenado, o puesto fuera de su lugar, y tumultuariamente, nada profano y nada deshonesto: pues es tan propia de la casa de Dios la santidad. Y para que se cumplan con mayor exactitud estas determinaciones, establece el santo Concilio que a nadie sea lícito poner, ni procurar se ponga ninguna imagen desusada y nueva en lugar ninguno, ni iglesia, aunque sea de cualquier modo exento, a no tener la aprobación del obispo. Tampoco

se han de admitir nuevos milagros, ni adoptar nuevas reliquias, a no reconocerlas y aprobarlas el mismo obispo. Y éste luego que se certifique en algún punto perteneciente a ellas, consulte algunos teólogos y otras personas piadosas y haga lo que juzgare convenir a la verdad y piedad. En caso de deberse extirpar algún abuso, que sea dudoso o de difícil resolución, o absolutamente ocurra alguna grave dificultad sobre estas materias, aguarde el obispo, antes de resolver la controversia, la sentencia del metropolitano y de los obispos comprovinciales en concilio provincial; de suerte no obstante que no se decrete ninguna cosa nueva, o no usada en la iglesia hasta el presente, sin consultar al romano pontífice.

Continuación de la sesión en el día 4 de diciembre

Decreto sobre las indulgencias

Habiendo Jesú Cristo concedido a su Iglesia la potestad de conceder indulgencias, y usado la Iglesia de esta facultad que Dios le ha concedido, aun desde los tiempos más remotos; enseña y manda el sacrosanto Concilio que el uso de las indulgencias sumamente provechoso al pueblo cristiano, y aprobado por la autoridad de los sagrados concilios, debe conservarse en la Iglesia, y fulmina anatema contra los que, o afirman ser inútiles, o niegan que la Iglesia tenga potestad de concederlas. No obstante, desea que se proceda con moderación en la concesión de ellas, según la antigua, y aprobada costumbre de la Iglesia; para que por la suma facilidad de concederlas no decaiga la disciplina eclesiástica. Y anhelando a que se enmienden, y corrijan los abusos que se han introducido en ellas, por cuyo motivo blasfeman los herejes de este glorioso nombre de indulgencias; establece en general por el presente decreto, que absolutamente se exterminen todos los lucros ilícitos que se sacan porque los fieles las consigan; pues se han originado de esto muchísimos abusos en el pueblo cristiano. Y no pudiéndose prohibir fácil ni individualmente los demás abusos que se han originado de la superstición, ignorancia, irreverencia, o de otra cualquiera causa, por las muchas corruptelas de los lugares y provincias en que se cometen; manda a todos los obispos que cada uno note todos estos abusos en su iglesia, y los haga pre-

sentes en el primer concilio provincial, para que conocidos y calificados por los otros obispos, se delaten inmediatamente al sumo pontífice romano, por cuya autoridad y prudencia se establecerá lo conveniente a la Iglesia universal; y de este modo se reparta a todos los fieles piadosa, santa e íntegramente el tesoro de las santas indulgencias.

Bula de N. SS. Sr. Pío Papa IV de este nombre sobre la confirmación del ecuménico y general Concilio de Trento

Pío obispo, siervo de los siervos de Dios: para perpetua memoria. Bendito Dios, Padre de nuestro señor Jesú Cristo, Padre de misericordias, y Dios de todo consuelo; pues habiéndose dignado volver los ojos a su santa Iglesia, afligida y maltratada con tantos huracanes, tormentas, y gravísimos trabajos como se les aumentaban de día en día, la ha socorrido en fin con el remedio oportuno y deseado. El Concilio ecuménico, y general indicado mucho tiempo hace para la ciudad de Trento por nuestro predecesor Paulo III., de piadosa memoria, con el fin de extirpar tantas perniciosísimas herejías, enmendar las costumbres, restablecer la disciplina eclesiástica y procurar la paz y concordia del pueblo cristiano, se principió en aquella ciudad, y se celebraron algunas sesiones: y restablecido segunda vez en la misma Trento por su sucesor Julio, ni aún entonces se pudo finalizar, por varios impedimentos y dificultades que ocurrieron, después de haberse celebrado otras sesiones. Se interrumpió en consecuencia por mucho tiempo, no sin gravísima tristeza de todas las personas piadosas; pues la Iglesia incesantemente imploraba con mayor vehemencia este remedio. Nos empero, luego que tomamos el gobierno de la sede Apostólica, emprendimos, como pedía nuestra pastoral, solicitud, dar la última perfección, confiados en la divina misericordia, a una obra tan necesaria y saludable ayudados de los piadosos conatos de nuestro carísimo en Cristo hijo Ferdinando, electo Emperador de romanos, y de otros reyes, repúblicas y príncipes cristianos; y al fin hemos conseguido lo que ni de día ni de noche hemos dejado de procurar con nuestro trabajo y diligencia, ni de pedir incesantemente en nuestras oraciones al Padre de las luces. Pues habiendo concurrido en aquella ciudad de todas partes y naciones cristianas, convocados por nuestras letras, y movidos tam-

bién por su propia piedad, muchos obispos y otros insignes prelados en número correspondiente a un concilio general, además de otras muchísimas personas piadosas, sobresalientes en sagradas letras, y en el conocimiento del derecho divino y humano, siendo Presidentes del mismo Concilio los Legados de la sede Apostólica, y condescendiendo nos con tanto gusto a los deseos del Concilio, que voluntariamente permitimos en Bulas dirigidas a nuestros Legados, que fuese libre al mismo aun tratar de las cosas peculiarmente reservadas a la sede Apostólica; se han ventilado con suma libertad, y diligencia, y se han definido, explicado, y establecido con toda la exactitud y madurez posible, por el sacrosanto Concilio, todos los puntos que quedaban que tratar, definir y establecer sobre los Sacramentos, y otras materias que se juzgaron necesarias para confutar las herejías, desarraigar los abusos, y corregir las costumbres. Ejecutado todo esto, se ha dado fin al Concilio, con tan buena armonía de los asistentes, que evidentemente ha parecido que su acuerdo y uniformidad ha sido obra de Dios, y suceso en extremo maravilloso a nuestros ojos, y a los de todos los demás: por cuyo beneficio tan singular y divino publicamos inmediatamente rogativas en esta santa ciudad, que se celebraron con gran piedad del clero y pueblo, y procuramos que se diesen las debidas gracias, y alabanzas a la majestad divina; por habernos dado el mencionado éxito del Concilio, grandes y casi ciertas esperanzas de que resultarán de día en día mayores frutos a la Iglesia de sus decretos y constituciones. Y habiendo el mismo santo Concilio, por su propio respeto a la sede Apostólica, insistiendo también en los ejemplos de los antiguos concilios; pedido nos por un decreto hecho en pública sesión sobre este punto, la confirmación de todos sus decretos publicados en nuestro tiempo, y en el de nuestros predecesores; Nos, informados de la petición del mismo Concilio, primeramente por las cartas de los Legados, y después por la relación exacta que, habiendo éstos venido nos hicieron a nombre del Concilio, habiendo deliberado maduramente sobre la materia de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, e invocando ante todas cosas el auxilio del Espíritu santo; con conocimiento de que todos aquellos decretos son católicos, útiles, y saludables al pueblo cristiano; hoy mismo, con el consejo y dictamen de los mismos cardenales, nuestros hermanos, en nuestro consistorio secreto, a honra y gloria de Dios omnipotente, confirmamos con nuestra autoridad Apostólica todos, y cada uno de los decretos; y hemos determinado que todos los fieles cristianos los reci-

ban, y observen; así como para más clara noticia de todos, los confirmamos también por el tenor de las presentes letras, y decretamos que se reciban y observen. Mandamos pues, en virtud de santa obediencia, y so las penas establecidas en los sagrados cánones, y otras más graves, hasta la de privación, que se han de imponer a nuestra voluntad, a todos en general, y a cada uno en particular de nuestros venerables hermanos los patriarcas, arzobispos, obispos, y otros que cualesquiera prelados de la Iglesia, de cualquier estado, graduación, orden, o dignidad que sean, aunque se distingan con el honor de púrpura cardinalicia, que observen exactamente en sus iglesias, ciudades y diócesis los mismos decretos y estatutos, en juicio y fuera de él, y que cada uno de ellos haga que sus súbditos, a quienes de algún modo pertenecen, los observen inviolablemente; obligando a cualesquiera personas que se opongan, y a los contumaces, con sentencias, censuras y penas eclesiásticas, aun con las contenidas en los mismos decretos, sin respeto alguno a su apelación; invocando también, si fuere necesario, el auxilio del brazo secular. Amonestamos pues, a nuestro carísimo hijo electo Emperador, a los demás reyes, repúblicas, y príncipes cristianos, y les suplicamos por las entrañas de misericordia de nuestro señor Jesú Cristo, que con la piedad que asistieron al Concilio por medio de sus embajadores, con la misma, y con igual anhelo favorezcan con su auxilio, y protección, cuando fuese necesario, a los prelados, a honra de Dios, salvación de sus pueblos, reverencia de la sede Apostólica, y del sagrado Concilio, para que se ejecuten y observen los decretos del mismo; y no permitan que los pueblos de sus dominios adopten opiniones contrarias a la sana y saludable doctrina del Concilio, sino que absolutamente las prohíban. Además, de esto, para evitar el trastorno y confusión que se podría originar, si fuese lícito a cada uno publicar según su capricho comentarios, e interpretaciones sobre los decretos del Concilio, prohibimos con autoridad Apostólica a todas las personas, así eclesiásticas de cualquier orden, condición, o graduación que sean, como las legas condecoradas con cualquier honor o potestad; a los primeros, so pena del entredicho de entrada en la Iglesia, y a los demás, cualesquiera que fueren, so pena de excomunión *latce sententice* que ninguno de ningún modo se atreva a publicar sin nuestra licencia, comentarios ningunos, glosas, anotaciones, escolios, ni absolutamente ningún otro género de exposición sobre los decretos del mismo Concilio, ni establecer otra ninguna cosa bajo cualquier nombre que sea, ni aun so color de mayor corrobo-

ración de los decretos; o de su ejecución, ni de otro pretexto. Mas si pareciere a alguno que hay en ellos algún punto enunciado, o establecido con mucha obscuridad, y que por esta causa necesita de interpretación, o de alguna decisión, ascienda a el lugar que Dios ha elegido; es a saber, a la sede Apostólica, maestra de todos los fieles, y cuya autoridad reconoció con tanta veneración el mismo santo Concilio; pues nos, así como también lo decretó el santo Concilio, nos reservamos la declaración, y decisión de las dificultades y controversias, si ocurriesen algunas, nacidas de los mismos decretos; dispuestos, como el Concilio justamente lo confió de nos, a dar las providencias que nos parecieran más convenientes a las necesidades de todas las provincias. Decretando no obstante por írrito y nulo, si aconteciere que a sabiendas, o por ignorancia atentare alguno, de cualquiera autoridad que sea, lo contrario de lo que aquí queda determinado. Y para que todas estas cosas lleguen a noticia de todos, y ninguno pueda alegar ignorancia, queremos y mandamos, que éstas nuestras letras se lean públicamente, y en voz clara, por algunos cursores de nuestra curia, en la basílica Vaticana del Príncipe de los Apóstoles, y en la iglesia de Letrán, en el tiempo en que el pueblo asiste en ella, a la misa mayor; y que después de recitadas se fijen en las puertas de las mismas iglesias; así como también en las de la cancelería Apostólica, y en el sitio acostumbrado del campo de Flora, y queden allí algún tiempo, de suerte que puedan leerse, y llegar a noticia de todos. Y cuando se arranquen de estos sitios, queden algunas copias en ellos, según costumbre, y se impriman en esta santa ciudad de Roma, para que más fácilmente se puedan divulgar por las provincias y reinos de la cristiandad. Además de esto, mandamos y decretamos que se dé cierta, e indubitable fe a las copias de éstas nuestras letras, que estuvieren escritas de mano de algún notario público, o firmadas, o refrendadas con el sello, o firma de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica. No sea pues permitido absolutamente a persona alguna tener la audacia y temeridad de quebrantar, ni contradecir esta nuestra bula de confirmación, aviso, inhibición, reserva, voluntad, mandamientos y decretos y si alguno tuviere la presunción de atentarlo sepa, que incurrirá en la indignación de Dios omnipotente, y de sus apóstoles los bienaventurados san Pedro, y san Pablo. Dado en Roma en san Pedro, año de la Encarnación del Señor de 1563, a 26 de enero, y quinto año de nuestro Pontificado.

Yo Pío Obispo de la Iglesia Católica.

EL EUROPEO Y EL INDIO

TRATADO SOBRE LAS JUSTAS CAUSAS DE LA GUERRA CONTRA LOS INDIOS *

Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573)

Fue alumno de Pomponazzi en Italia y se distinguió por su vasta cultura. Sus opiniones respecto a los indios y la justificación de la guerra le merecieron los duros ataques de fray Bartolomé de las Casas y gran número de gente, entablándose una célebre polémica en la que Sepúlveda no permaneció callado. Se le llegó a tachar de hereje. Fatigado por los ataques, decidió retirarse de la vida pública. Erasmo lo citó como un gran escritor, y Menéndez y Pelayo lo considera un aristotélico. Recientemente se ha hecho notar que las opiniones de Sepúlveda no son tan radicales como sus opositores hicieron verlas.

Hay otras causas de justa guerra menos claras y menos frecuentes, pero no por eso menos justas ni menos fundadas en el derecho natural y divino; y una de ellas es el someter con las armas, si por otro camino no es posible, a aquellos que por condición natural deben obedecer a otros y rehúsan su imperio. Los filósofos más grandes declaran que esta guerra es justa por ley de naturaleza.

L.—Opinión muy extraordinaria es ésa, ¡oh Demócrates! y muy apartada del común sentir de los hombres.

D.—Sólo pueden admirarse de ella los que no hayan pasado del umbral de la filosofía, y por eso me admiro de que un hombre tan docto como tú tenga por opinión nueva lo que es una doctrina tan antigua entre los filósofos y tan conforme al derecho natural.

L.—¿Y quién nace con tan infeliz estrella que la naturaleza le condene a servidumbre? ¿Qué diferencia encuentras entre estar sometido por la naturaleza al imperio de otro y ser siervo por naturaleza? ¿Crees tú que hablan de burlas los jurisconsultos (que también atienden en muchas cosas a la ley natural), cuando enseñan que todos los hombres desde el principio na-

* Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, advert. de Marcelino Menéndez y Pelayo, est. de Manuel García-Pelayo, 2ª ed., México, FCE, 1941.

cieron libres, y que la servidumbre fue introducida contra naturaleza y por mero derecho de gentes?

D.—Yo creo que los jurisconsultos hablan con seriedad y con mucha prudencia; sólo que ese nombre de servidumbre significa para los jurisperitos muy distinta cosa que para los filósofos: para los primeros, la servidumbre es cosa adventicia y nacida de fuerza mayor y del derecho de gentes, y a veces del derecho civil, al paso que los filósofos llaman servidumbre a la torpeza de entendimiento y a las costumbres inhumanas y bárbaras. Por otra parte, debes recordar que el dominio y potestad no es de un solo género sino de muchos, porque de un modo, y con una especie de derecho, manda el padre a sus hijos, de otro el marido a su mujer, de otro el señor a sus siervos, de otro el magistrado a los ciudadanos, de otro el rey a los pueblos y a los mortales que están sujetos a su imperio, y siendo todas estas potestades tan diversas, todas ellas, sin embargo, cuando se fundan en recta razón, tienen su base en el derecho natural, que aunque parezca vario, se reduce, como enseñan los sabios, a un solo principio, es a saber: que lo perfecto debe imperar y dominar sobre lo imperfecto, lo excelente sobre su contrario. Y es esto tan natural, que en todas las cosas que constan de otras muchas, ya continuas, ya divididas, vemos que hay una que tiene el imperio, según los filósofos declaran.

Y así vemos que en las cosas inanimadas la forma, como más perfecta, preside y domina, y la materia obedece a su imperio; y esto todavía es más claro y manifiesto en los animales, donde el alma tiene el dominio, y es como la señora, y el cuerpo está sometido, y es como siervo. Y del mismo modo, en el alma, la parte racional es la que impera y preside, y la parte irracional la que obedece y le está sometida; y todo esto por decreto y ley divina y natural que manda que lo más perfecto y poderoso domine sobre lo imperfecto y desigual. Esto se ha de entender respecto de aquellas cosas que conservan incorrupta su naturaleza, y respecto de los hombres sanos de alma y de cuerpo, porque en los viciosos y depravados es cierto que muchas veces domina el cuerpo al alma y el apetito a la razón, pero esto es cosa mala y contra naturaleza. Y así, en un solo hombre se puede ver el imperio heril que el alma ejerce sobre el cuerpo, la potestad civil y regia que el entendimiento o la razón ejercen sobre el apetito, por donde se ve claramente que lo natural y justo es que el alma domine al cuerpo, que la razón presida al apetito, al paso que la igualdad entre los dos o el dominio de la parte inferior no puede menos de ser perniciosa

para todos. A esta ley están sometidos el hombre y los demás animales. Por eso las fieras se amansan y se sujetan al imperio del hombre. Por eso el varón impera sobre la mujer, el hombre adulto sobre el niño, el padre sobre sus hijos, es decir, los más poderosos y más perfectos sobre los más débiles e imperfectos. Esto mismo se verifica entre unos y otros hombres; habiendo unos que por naturaleza son señores, otros que por naturaleza son siervos. Los que exceden a los demás en prudencia e ingenio, aunque no en fuerzas corporales, éstos son, por naturaleza, los señores; por el contrario, los tardíos y perezosos de entendimiento, aunque tengan fuerzas corporales para cumplir todas las obligaciones necesarias, son por naturaleza siervos, y es justo y útil que lo sean, y aun lo vemos sancionado en la misma ley divina. Porque escrito está en el libro de los Proverbios: "El que es necio servirá al sabio." Tales son las gentes bárbaras e inhumanas, ajenas a la vida civil y a las costumbres pacíficas. Y será siempre justo y conforme al derecho natural que tales gentes se sometan al imperio de príncipes y naciones más cultas y humanas, para que merced a sus virtudes y a la prudencia de sus leyes, depongan la barbarie y se reduzcan a vida más humana y al culto de la virtud. Y si rechazan tal imperio se les puede imponer por medio de las armas, y tal guerra será justa según el derecho natural lo declara. "Parece que la guerra nace en cierto modo de la naturaleza, puesto que una parte de ella es el arte de la caza, del cual conviene usar no solamente contra las bestias, sino también contra aquellos hombres que, habiendo nacido para obedecer, rehúsan la servidumbre: tal guerra es justa por naturaleza." Esto dice Aristóteles y con él conviene San Agustín en su carta a Vincencio: "¿Piensas tú que nadie puede ser compelido a la justicia? ¿No has leído que el padre de familias dijo a sus siervos: obligad a entrar a todos los que encontréis?" Y en otro lugar añade:

> Muchas cosas se han de hacer aún con los que se resisten: hay que tratarlos con cierta benigna aspereza, consultando la utilidad más bien que el gusto de ellos. Porque el padre que corrige a un hijo suyo, aunque lo haga ásperamente, no por eso pierde el amor paternal. Hágase lo que debe hacerse aunque a él le duela, porque este dolor es lo único que puede sanarle.

En suma: es justo, conveniente y conforme a la ley natural que los varones probos, inteligentes, virtuosos y humanos dominen sobre todos los que no tienen estas cualidades.

Téngase, pues, por cierto e inconcuso, puesto que lo afirman sapientísimos autores, que es justo y natural que los hombres prudentes, probos y humanos dominen sobre los que no lo son, y esta causa tuvieron los romanos para establecer su legítimo y justo imperio sobre muchas naciones, según dice San Agustín en varios lugares de su obra *De Civitate Dei,* los cuales cita y recoge Santo Tomás en su libro *De Regimine Principum.* Y siendo esto así, bien puedes comprender ¡oh Leopoldo! si es que conoces las costumbres y naturaleza de una y otra gente, que con perfecto derecho los españoles sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo e islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos y las mujeres a los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes a los continentes y templados, y estoy por decir que de monos a hombres.

No esperarás de mí que haga al presente larga conmemoración de la prudencia e ingenio de los españoles; puesto que, según creo, has leído a Lucano, a Silio Itálico, a los dos Sénecas, y después de éstos a San Isidro, no inferior a nadie en la teología, así como en la filosofía fueron excelentes Averroes y Avempace y en astronomía el rey Alfonso, para omitir otros muchos que sería prolijo enumerar. ¿Y quién ignora las demás virtudes de nuestra gente, la fortaleza, la humanidad, la justicia, la religión? Hablo solamente de los príncipes y de aquellos de cuya industria y esfuerzo ellos se valen para administrar la república: hablo, en suma, de los que han recibido educación liberal; porque si algunos de ellos son malos e injustos, no por eso sus torpezas deben empañar la fama de su raza, la cual debe ser considerada en los hombres cultos y nobles y en las costumbres e instituciones públicas, no en los hombres depravados y semejantes a siervos, a los cuales esta nación, más que otra alguna, odia y detesta, aunque haya ciertas virtudes comunes a casi todas las clases de nuetsro pueblo, como la fortaleza y el esfuerzo bélico, del cual las legiones españolas han dado en todo tiempo ejemplos que exceden a toda credulidad humana, como en otro tiempo en la guerra de Numancia y en aquellas que hicieron a las órdenes de Viriato y de Sertorio cuando grandes ejércitos romanos fueron deshechos y puestos bajo el yugo por pequeño número de españoles. Y en tiempo de nuestros padres, a las órdenes del Gran Capitán Gonzalo, y en este nuestro tiempo bajo los auspicios del César Carlos en

Milán y en Nápoles, y dirigidos por el mismo Carlos en Túnez de África y ahora ha poco en la guerra de Bélgica y de las Galias, en todas partes, en fin las cohortes españolas dieron muestras de su valor con gran admiración de los hombres. Y ¿qué diré de la templanza, así en la gula como en la lascivia, cuando apenas hay nación ninguna en Europa que pueda compararse con España en frugalidad y sobriedad? Y si bien en estos últimos tiempos veo que por el comercio con los extranjeros ha invadido el lujo las mesas de los grandes, sin embargo, como los hombres de bien reprueban esto, es de esperar que en breve tiempo se restablezca la prístima e innata parsimonia de las costumbres patrias. Y en lo que pertenece a la segunda parte de la templanza, aunque enseñan los filósofos que los hombres belicooss son muy aficionados a los placeres de Venus, todavía los nuestros, ni aun en sus propios vicios y pecados, suelen ir contra las leyes de la naturaleza. Cuán arraigada está la religión cristiana en las almas de los españoles, aun de aquellos que viven entre el tumulto de las armas, lo he visto en muchos y clarísimos ejemplos, y entre ellos me ha parecido el mayor el que después del saco de Roma en el pontificado de Clemente VII, apenas hubo español ninguno entre los que murieron de la peste que no mandase en su testamento restituir todos los bienes robados a los ciudadanos romanos; y ninguno de otra nación, que yo sepa, cumplió con este deber de la religión cristiana, y eso que había muchos más italianos y alemanes; y yo que seguía al ejército lo noté todo puntualmente. Ya creo que hablamos de este hecho en nuestro coloquio del Vaticano. Y ¿qué diré de la mansedumbre y humanidad de los nuestros, que aun en las batallas, después de conseguida la victoria, ponen su mayor solicitud y cuidado en salvar el mayor número posible de los vencidos y ponerlos a cubierto de la crueldad de sus aliados?

Compara ahora estas dotes de prudencia, ingenio, magnanimidad, templanza, humanidad y religión, con las que tienen esos hombrecillos en los cuales apenas encontrarás vestigios de humanidad; que no sólo no poseen ciencia alguna, sino que ni siquiera conocen las letras ni conservan ningún monumento de su historia sino cierta obscura y vaga reminiscencia de algunas cosas consignadas en ciertas pinturas, y tampoco tienen leyes escritas, sino instituciones y costumbres bárbaras. Pues si tratamos de las virtudes, qué templanza ni qué mansedumbre vas a esperar de hombres que estaban entregados a todo género de intemperancia y de nefandas liviandades, y comían carne hu-

mana? Y no vayas a creer que antes de la llegada de los cristianos vivían en aquel pacífico reino de Saturno que fingieron los poetas, sino que por el contrario se hacían continua y ferozmente la guerra unos a otros con tanta rabia, que juzgaban de ningún precio la victoria si no saciaban su hambre monstruosa con las carnes de sus enemigos, ferocidad que entre ellos es tanto más portentosa cuanto más distan de la invencible fiereza de los escitas, que también se alimentaban de los cuerpos humanos, siendo por lo demás estos indios tan cobardes y tímidos, que apenas pueden resistir la presencia de nuestros soldados, y muchas veces, miles y miles de ellos se han dispersado huyendo como mujeres delante de muy pocos españoles, que no llegaban ni siquiera al número de ciento. Y para no dilatarme más en esto, puede bastar para conocer la índole y dignidad de estos hombres, el solo hecho y ejemplo de los mejicanos que eran tenidos por los más prudentes, cultos y poderosos de todos. Era rey de ellos Moctezuma, cuyo imperio se extendía larga y anchamente por aquellas regiones, y habitaba la ciudad de Méjico, situada en una vasta laguna, ciudad fortísima por su situación y por sus muros, semejante a Venecia según dicen, pero casi tres veces mayor, tanto en extensión como en población. Éste pues, habiendo tenido noticia de la llegada de Hernán Cortés y de sus victorias, y de la voluntad que tenía de ir a Méjico a tener con él un coloquio, procuró con todo género de razones apartarle de tal propósito, y no pudiendo conseguirlo, lleno de terror le recibió en su ciudad con un escaso número de españoles que no pasaba de trescientos. Habiendo ocupado Cortés la ciudad de este modo, hizo tanto desprecio de la cobardía, inercia y rudeza de estos hombres, que no sólo obligó por medio del terror al rey y a los príncipes que le estaban sujetos a recibir el yugo y señorío de los reyes de España, sino que al mismo rey Moctezuma, por sospechas que tuvo de que en cierta provincia había tramado la muerte de algunos españoles, le puso en la cárcel, llenándose los ciudadanos de terror y sobresalto, pero sin atreverse siquiera a tomar las armas para libertar a su rey. Y así Cortés, varón como en muchas ocasiones lo demostró, de gran fortaleza de ánimo y de no menos prudente consejo, tuvo oprimida y temerosa durante muchos días con el solo auxilio de los españoles y de unos pocos indígenas a una multitud tan inmensa, pero que carecía de sentido común, no ya de industria y prudencia, ¿puede darse mayor o más fehaciente testimonio de lo mucho que unos hombres aventajan a otros en ingenio, fortaleza de ánimo y valor, y de que

tales gentes son siervos por naturaleza? Pues aunque algunos de ellos demuestran cierto ingenio para algunas obras de artificio, no es éste, argumento de prudencia humana, puesto que vemos a las bestias, y a las aves, y a las arañas hacer ciertas obras que ninguna industria humana puede imitar cumplidamente. Y por lo que toca al modo de vivir de los que habitan la Nueva España y la provincia de Méjico, ya he dicho que a éstos se les considera como los más civilizados de todos, y ellos mismos se jactan de sus instituciones públicas, porque tienen ciudades racionalmente edificadas y reyes no hereditarios, sino elegidos por sufragio popular, y ejercen entre sí el comercio al modo de las gentes cultas. Pero mira cuánto se engañan y cuánto disiento yo de semejante opinión, viendo al contrario en esas mismas instituciones una prueba de la rudeza, barbarie e innata servidumbre de estos hombres. Porque el tener casas y algún modo racional de vivir y algunas especie de comercio, es cosa a que la misma necesidad natural induce, y sólo sirve para probar que no son osos, ni monos, y que no carecen totalmente de razón. Pero por otro lado tienen de tal modo establecida su república, que nadie posee individualmente cosa alguna, ni una casa, ni un campo de que pueda disponer ni dejar en testamento a sus herederos, porque todo está en poder de sus señores que con impropio nombre llaman reyes, a cuyo arbitrio viven más que al suyo propio, atenidos a su voluntad y capricho y no a su libertad, y el hacer todo esto no oprimidos por la fuerza de las armas, sino de un modo voluntario y espontáneo es señal ciertísima del ánimo servil y abatido de estos bárbaros. Ellos tenían distribuidos los campos y los predios de tal modo, que una parte correspondía al rey, otra a los sacrificios y fiestas públicas, y sólo la tercera parte estaba reservada para el aprovechamiento de cada cual, pero todo esto se hacía de tal modo que ellos mismos cultivaban los campos regios y los campos públicos y vivían como asalariados por el rey y a merced suya, pagando crecidísimos tributos. Y cuando llegaba a morir el padre, todo su patrimonio, si el rey no determinaba otra cosa, pasaba entero al hijo mayor, por lo cual era preciso que muchos pereciesen de hambre o se viesen forzados a una servidumbre todavía más dura, puesto que acudían a los reyezuelos y les pedían un campo con la condición no sólo de pagar un canon anual, sino de obligarse ellos mismos al trabajo de esclavos cuando fuera preciso. Y si este modo de república servil y bárbara no hubiese sido acomodado a su índole y naturaleza, fácil les hubiera sido, no siendo la monarquía heredi-

taria, aprovechar la muerte de un rey para obtener un estado más libre y más favorable a sus intereses, y al dejar de hacerlo, bien declaraban con esto haber nacido para la servidumbre y no para la vida civil y liberal. Por tanto si quieres reducirlos, no digo a nuestra dominación, sino a una servidumbre un poco más blanda, no les ha de ser muy gravoso el mudar de señores, y en vez de los que tenían, bárbaros, impíos e inhumanos, aceptar a los cristianos, cultivadores de las virtudes humanas y de la verdadera religión. Tales son en suma la índole y costumbres de estos hombrecillos tan bárbaros, incultos e inhumanos, y sabemos que así eran antes de la venida de los españoles; y eso todavía no hemos hablado de su impía religión y de los nefandos sacrificios en que veneran como Dios al demonio, a quien no creían tributar ofrenda mejor que corazones humanos. Y aunque esto pueda recibir sana y piadosa interpretación, ellos se atenían no al espíritu que vivifica (según las palabras de San Pablo), sino a la letra que mata, y entendiendo las cosas de un modo necio y bárbaro, sacrificaban víctimas humanas, y arrancaban los corazones de los pechos humanos, y los ofrecían en sus nefandas aras, y con esto creían haber aplacado a sus dioses conforme al rito, y ellos mismos se alimentaban con las carnes de los hombres sacrificados. Estas maldades exceden de tal modo toda la perversidad humana, que los cristianos las cuentan entre los más feroces y abominables crímenes. ¿Cómo hemos de dudar que estas gentes tan incultas, tan bárbaras, contaminadas con tantas impiedades y torpezas han sido justamente conquistadas por tan excelente, piadoso y justísimo rey como lo fue Fernando el Católico y lo es ahora el César Carlos, y por una nación humanísima y excelente en todo género de virtudes?

L.—Nada tengo ya que replicar, ¡oh Demócrates! sobre la justicia de esta guerra y conquista, que me has probado con fuertes razones sacadas de lo íntimo de la filosofía y de la teología y derivados de la misma naturaleza de las cosas y de la eterna ley de Dios. Te confieso que después de haber oído tu disertación he salido de todas las dudas y escrúpulos en que estaba. Reduciendo, pues, a breve suma toda la doctrina que has expuesto, cuatro son las causas en que fundas la justicia de la guerra hecha por los españoles a los bárbaros.

La primera es que siendo por naturaleza siervos los hombres bárbaros, incultos e inhumanos, se niegan a admitir la dominación de los que son más prudentes, poderosos y perfectos que ellos; dominación que les traería grandísimas utilidades, siendo

además cosa justa, por derecho natural, que la materia obedezca a la forma, el cuerpo al alma, el apetito a la razón, los brutos al hombre, la mujer al marido, los hijos al padre, lo imperfecto a lo perfecto, lo peor a lo mejor, para bien universal de todas las cosas. Éste es el orden natural que la ley divina y eterna manda observar siempre. Y tal doctrina la has confirmado no solamente con la autoridad de Aristóteles, a quien todos los filósofos y teólogos más excelentes veneran como maestro de la justicia y de las demás virtudes morales y como sagacísimo intérprete de la naturaleza y de las leyes naturales, sino también con las palabras de Santo Tomás, a quien puede considerarse como el príncipe de los teólogos escolásticos, comentador y émulo de Aristóteles en explicar las leyes de la naturaleza, que como tú has declarado, son todas leyes divinas y emanadas de la ley eterna.

La segunda causa que has alegado es el desterrar las torpezas nefandas y el portentoso crimen de devorar carne humana, crímenes que ofenden a la naturaleza, para que sigan dando culto a los demonios en vez de dárselo a Dios, provocando con ello en altísimo grado la ira divina con estos monstruosos ritos y con la inmolación de víctimas humanas. Y después añadiste una cosa que para mí tiene gran fuerza, y es de mucho peso para afirmar la justicia de esta guerra, es decir, el salvar de graves injurias a muchos inocentes mortales a quienes estos bárbaros inmolaban todos los años. Y tú probaste que la ley divina y el derecho natural obligan a todos los hombres a castigar y repeler, si pueden, las injurias hechas a otros hombres.

En cuarto lugar probaste con adecuadas razones que la religión cristiana debe ser propagada por medio de la predicación evangélica siempre que se presente ocasión para ello, y ahora está abierto y seguro el camino a los predicadores y maestros de las costumbres y de la religión; y tan seguro está que no sólo pueden predicar por donde quieran la doctrina evangélica, sino que se ha desterrado de los pueblos bárbaros todo temor de sus príncipes y sacerdotes para que puedan libre e impunemente recibir la religión cristiana, desterrados en lo posible todos los obstáculos y especialmente el culto de los ídolos, renovando la piadosa y justísima ley del emperador Constantino contra los paganos y la idolatría; todo lo cual has probado con autoridad de San Agustín y de San Cipriano, y es evidente que nada de esto hubiera podido hacerse sino sometiendo a los bárbaros con guerra o pacificándolos de cualquier otro modo.

Y en apoyo de todas estas razones has traído el ejemplo de

los romanos, cuyo imperio sobre las demás naciones es justo y legítimo, y eso que tú has declarado que para esto hubo muy menores causas. Y tampoco creíste deber pasar en silencio el decreto y autoridad del Sumo Sacerdote y Vicario de Cristo. Pero al afirmar la justicia de esta guerra y de este dominio no has tenido reparo en condenar la temeridad, crueldad y avaricia de muchos, y añadiste que la culpa de estos crímenes perpetrados por los soldados o por los capitanes recae en los príncipes mismos, y que serán responsables de ellos ante el juicio de Dios, si no procuran con mucho ahínco y por todos los medios posibles que los hombres injustos no cometan semejantes atentados. ¿Crees que he recopilado bien, aunque en pocas palabras, las razones que tú largamente has expuesto para defender la justicia de esta guerra?

D.—Perfectamente las has comprendido.

L.—Llegamos pues; si te place, a otra cuestión que suele disputarse con no menor variedad de pareceres entre los hombres buenos y piadosos. Porque estos hombres sean bárbaros y siervos por naturaleza, y aunque se añada a esto el pecado nefando y la idolatría ¿será justo que los hombres inteligentes, rectos y probos vayan a despojarlos de sus campos y ciudades y de todos sus bienes y su libertad civil, lo cual, según tengo entendido, han hecho muchos con grande avaricia y crueldad? ¿Y porque esos infelices hayan nacido para servir y no para mandar, deberán carecer de libertad civil? ¿Porque sean viciosos y no profesen la religión cristiana, dejarán de ser legítimos dueños de sus casas y de sus predios?

D.—Las cosas que de suyo son pésimas o que se hacen con pésima intención, nadie que no sea un perverso puede aprobarlas. Pero andas muy equivocado, ¡oh Leopoldo! si crees que no ha habido ninguna causa justa para que algunos de ellos hayan sido despojados de sus bienes y de su libertad, no porque sean, como por naturaleza son, siervos y a causa de eso no tengan libertad ninguna.

NOTIFICACIÓN Y REQUERIMIENTO QUE SE HA DE HACER A LOS MORADORES DE LAS ISLAS E TIERRA FIRME DEL MAR OCÉANO QUE AÚN NO ESTÁN SUJETOS A NUESTRO SEÑOR *

Juan López de Palacios Rubios

Jurisconsulto y escritor del siglo XVI, *se ocupó principalmente de asuntos militares, siendo autor del* Tractado del esfuerzo bellico heroyco *(1524).*

De parte del muy alto e muy poderoso y muy católico defensor de la Iglesia, siempre vencedor y nunca vencido, el gran rey don Hernando el Quinto de las Españas, domador de las gentes bárbaras, y de la muy alta y muy poderosa señora, la reina doña Juana, su muy cara y muy amada hija, nuestros señores, yo..., su criado, mensajero y capitán, vos notifico y hago saber como mejor puedo, que Dios Nuestro Señor, uno y eterno, crió el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quien nosotros y vosotros y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes y procreados y todos los que después de nosotros vinieren; mas por la muchedumbre de la generación que destos ha sucedido desde cinco mil y más años que el mundo fue creado, fue necesario que los unos hombres fuesen por una parte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, que es una sola no se podrían sostener ni conservar.

De todas esas gentes Nuestro Señor dio cargo a uno, que fue llamado San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese señor e superior, a quien todos obedeciesen y fuese cabeza de todo linaje humano dondequiera que los hombres viviesen y estuviesen, y en cualquier ley, secta o creencia, y diole a todo el mundo por su reino, señorío y jurisdicción.

Y como quier que le mandó que pusiese su silla en Roma, como en lugar muy aparejado para regir el mundo, mas también lo permitió que pudiese estar y poner su silla en cualquier otra parte del mundo, y juzgar y gobernar a todas las gentes, cristianos, moros, judíos, gentiles y de cualquier otra secta o creencia que fueren.

* Miguel León-Portilla *et. al., Historia documental de México,* v. I, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964.

A éste llamaron Papa, que quiere decir admirable, mayor, padre y guardador, porque es padre y gobernador de todos los hombres.

A este San Pedro tomaron por señor, rey y superior del universo los que en aquel tiempo vivían, y asimismo han tenido todos los otros que después dél fueron a pontificado elegidos; así se ha continuado hasta agora y se continuará hasta que el mundo se acabe.

Uno de los pontífices pasados que en lugar deste sucedió en aquella silla y dignidad que he dicho, como señor del mundo, hizo donación destas islas y tierra firme del mar océano a los dichos rey y reyna y a sus sucesores en estos reinos, nuestros señores, con todo lo que en ellas hay, según se contiene en ciertas escrituras que sobre ellos pasaron, según dicho es, que podéis ver si quisiéredes. Así que sus altezas son dueños y señores destas islas e tierra firme por virtud de la dicha donación, y como a tales reyes y señores, algunas islas a más y casi todas a quien esto ha sido notificado, han recibido a sus altezas y les han obedecido y servido y sirven como súbditos lo deben hacer, y con buena voluntad y sin ninguna resistencia, luego sin dilación, como fueron informados de lo susodicho obedecieron y recibieron los varones religiosos que sus altezas les enviaban para que les predicasen y enseñasen nuestra santa fe, y todos ellos de su libre agradable voluntad, sin premia ni condición alguna, se tornaron cristianos y los son, y sus altezas los recibieron alegre y benignamente, y así los mandó tratar como a los otros sus súbditos y vasallos, y vosotros sois tenidos y obligados a hacer lo mismo.

Por ende, como mejor puedo, vos ruego y requiero que entendáis bien esto que os he dicho, y toméis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo, y reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del universo mundo y al Sumo Pontífice llamado Papa, en su nombre, y al rey y la reina nuestros señores, en su lugar, como a superiores e señores y reyes desas islas y tierra firme, por virtud de la dicha donación, y consintáis y deis lugar que estos padres religiosos vos declaren y prediquen lo susodicho.

Si así lo hiciéredes, haréis bien y aquello a que sois tenidos y obligados, y Sus Altezas y yo, en su nombre, vos recibirán con todo amor y caridad y vos dejarán vuestras mujeres, hijos y haciendas libres sin servidumbre, para que dellas y de vosotros hagáis libremente todo lo que quisiéredes e por bien tuviéredes y no vos compelerán a que vos tornéis cristianos, salvo si

vosotros, informados de la verdad, os quisiéredes convertir a nuestra santa fe católica, como lo han hecho casi todos los vecinos de las otras islas, y allende desto, Su Alteza vos dará muchos privilegios y exenciones y vos hará muchas mercedes. Si no lo hiciéredes, o en ello dilación maliciosamente pusiéredes, certifico que, con la ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros y vos haré la guerra por todas las partes y maneras que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y Sus Altezas, y tomaré vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé y dispondré dellos como Su Alteza mandare, y vos tomaré vuestros bienes, y vos haré todos los males y daños que pudiere, como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su señor, y le resisten y contradicen, y protesto que las muertes y daños que dello se recrecieren sean a vuestra culpa y no de Su Alteza ni mía ni destos caballeros que conmigo vinieren, y de cómo los digo y requiero pido al presente escribano que me lo dé por testimonio y sinado, y a los presentes ruego que dello sean testigos.

EPÍSTOLA A PAULO III *

Julián Garcés (fray)

Religioso dominico de fines del siglo XV, fue obispo de Tlaxcala en México. Enemigo de los encomenderos y defensor de los indios, consiguió que el papa Paulo III fallase a favor de los defensores de los indios declarando que éstos eran verdaderos hombres con todos los derechos que de ello se derivan.

No habrá pereza, Santísimo Padre, para declarar a Vuestra Santidad lo que tengo entendido acerca del tierno rebaño que de pocos días a esta parte se incorporó en el de la Iglesia, para que el espíritu de Vuestra Santidad se pueda regocijar en Dios nuestra salud. Y por no causar fastidio con largos preámbulos, mayormente a Vuestra Santidad, a cuyo cargo está acudir a tantos y tan graves despachos de todo el mundo, quiero desde luego entrar contando el caso.

Los niños de los indios no son molestos con obstinación ni porfía a la fe católica, como lo son los moros y judíos; antes aprenden de tal manera las verdades de los cristianos, que no solamente salen con ellas, sino que las agotan, y es tanta su facilidad que parece que se las beben. Aprenden más presto que los niños españoles y con más contento los artículos de la fe, por su orden, y las demás oraciones de la doctrina cristiana, reteniendo en la memoria fielmente lo que se les enseña.

No son vocingleros, ni pendencieros; no porfiados, ni inquietos; ni díscolos, ni soberbios; no injuriosos, ni rencillosos, sino agradables, bien enseñados y obedientísimos a sus maestros. Son muy afables y comedidos con sus compañeros, sin las quejas, murmuraciones, afrentas y los demás vicios que suelen tener los muchachos españoles. Según lo que aquella edad permite, son inclinadísimos a ser liberales. Tanto monta que lo que se les da, se dé a uno como a muchos; porque lo que uno recibe, se reparte luego entre todos.

Son maravillosamente templados, no comedores ni bebedores, sino que parece que les es natural la modestia y compostura. Es contento verlos cuando andan, que van por su orden y concierto, y si se les manda sentar, se sientan, y si estar en pie, se están,

* Miguel León-Portilla *et al., op. cit.*

y si arrodillar, se arrodillan. Fuera de su *tlacuali* (que así llaman ellos a su comida ordinaria), que es solamente un poco de pan, no son inoportunos pidiendo otra cosa, aunque hay abundancia de todas frutas, así de las de la tierra como de las que los españoles han traído de España, que se dan maravillosamente en las Indias, por la fertilidad y fecundidad de la tierra.

Tienen los ingenios sobremanera fáciles para que se les enseñe cualquier cosa. Si se les mandan contar, o leer, o escribir, pintar, obrar en cualquier arte mecánica o liberal, muestran luego grande claridad, presteza y facilidad de ingenios en aprender todos los principios, lo cual nace, así del buen temple de la tierra y piadosas influencias del Cielo, como de su templada y simple comida, como muchas veces se me ha ofrecido considerando estas cosas.

Cuando los recogen al monasterio para enseñarlos, no se quejan los que son ya grandecillos, ni ponen en disputa que sean tratados bien o mal, o castigados con demasiado rigor, o que los maestros los envíen tarde a sus casas, o que a los iguales se les encomienden desiguales oficios. Nadie contradice, ni chista, ni se queja, porque todo el cuidado y diligencia de los padres es procurar que sus hijos salgan bien aprovechados en la enseñanza del cristianismo. Aprenden cumplidísimamente el canto eclesiástico, así el canto de órgano como el canto llano y contrapunto de tal suerte que no hacen mucha falta músicos extranjeros.

Son gente vergonzosa, y ninguno sale en público (a lo menos de la gente mexicana) sin que haya particular cuidado y recato en cubrirse honestamente con los paños que llaman *tomaxtli*, como los luchadores antiguamente cuando salían a ejercitarse al campo, que, aunque iban desnudos, no deshonestos. Llamábanse, como nota San Agustín, *campestrati*, que quiere decir gente que quedaba en calzones justos, y eran tan cortos como bastaba para redimir su honestidad. Este género de abrigo llaman las divinas letras *perizoma*, y los indios llaman *maxtli*, sin el cual nunca parecían en público.

Ya es tiempo de hablar contra los que han sentido mal de aquestos pobrecitos, y es bien confundir la vanísima opinión de los que los fingen incapaces y afirman que su incapacidad es ocasión bastante para excluirlos del gremio de la Iglesia. "Predicar el evangelio a toda criatura, dijo el Señor en el Evangelio; el que creyere y fuere bautizado, será salvo." Llanamente hablaba de los hombres y no de los brutos. No hizo excepción de gentes ni excluyó naciones...

A nadie, pues, por amor de Dios, aparte de esta obra la falsa doctrina de los que, instigados por sugestiones del demonio, afirman que estos indios son incapaces de nuestra religión. Esta voz realmente, que es de Satanás, afligido que su culto y honra se destruye, y es voz que sale de las avarientas gargantas de los cristianos, cuya codicia es tanta, que, por poder hartar su sed, quieren porfiar que las criaturas racionales hechas a imagen de Dios, son bestias y jumentos, no a otro fin de que los que las tienen a cargo, no tengan cuidado de librarlas de las rabiosas manos de su codicia, sino que se las dejan usar en su servicio, conforme a su antojo. ¿Quién es el de tan atrevido corazón y respectos tan ajenos de vergüenza, que ose afirmar que son incapaces de la fe los que vemos ser capacísimos de las artes mecánicas, y los que, reducidos a nuestro ministerio, experimentamos ser de buen natural, fieles y diligentes?

Si alguna vez, Santísimo Padre, oyere Vuestra Santidad que alguna persona religiosa es deste parecer, aunque resplandezca con rara entereza de vida y dignidad, no por eso ha de valer su dicho en esto, persuadiéndose Vuestra Santidad, y creyendo por más cierto que lo cierto, que quien lo dice ha sudado poco o nada en la conversión de los indios y ha estudiado poco en aprender su lengua y conocer sus ingenios, porque los que en estas cosas trabajan con caridad cristiana, afirman que no es lance vano el de las redes del Evangelio, y amor de Dios y del prójimo, cuando para pescarlos se tienden...

Daña grandísimamente este género de hombres porfiados a la mísera multitud de indios, porque estorban el proseguir algunos religiosos en la instrucción y enseñanza que les hacen de las cosas de la fe. Y de aquí nace que algunos españoles que van a destruirlos con sus guerras, confiados en el parecer de tales consejeros, suelen tener por opinión que no es pecado despreciarlos, destruirlos ni matarlos. Donde parece que Satanás, enemigo del linaje humano, halló esta traza, transfigurado en ángel de luz, para que, difiriéndose la fe de aquellas gentes, conservase él la honra que entre los indios se le daba.

Y por hablar más en particular del ingenio y natural destos hombres, los cuales ha diez años que veo y trato en su propia tierra, quiero decir lo que vi y oí, y lo que mis manos tocaron acerca destos hijos de la Iglesia por algún ministerio mío en la palabra de la vida, atestiguando delante de Vuestra Santidad (que, como beatísimo padre, es vicario de Cristo en la tierra), de referir cada cosa por lo que es, para que queden conocidas sus costumbres y escudriñados sus ingenios. Son con justo título

racionales, tienen enteros sentidos y cabeza. Sus niños hacen ventaja a los nuestros en el vigor de su espíritu, y en más dichosa viveza de entendimiento y de sentidos, y en todas las obras de manos...

Y si me dice Vuestra Santidad que los idólatras no creerán en Cristo, ni obedecerán al Evangelio, san Lucas dice en los Actos de los Apóstoles, que, predicando san Pablo, creyeron todos los que estaban predestinados por Dios para la vida eterna. Ello es cierto, que ninguno de los predestinados dejó de creer. Todos nosotros, los que vivimos entre indios, somos testigos de cuán buena gana reciben la fe, reverencian y oyen a los predicadores, edifican iglesias y están sujetos a los religiosos, los indios desta Nueva España...

A Vuestra Santidad puso el Soberano Rey de los Cielos por su condestable en la tierra (que así los llaman los reyes del mundo), para que siempre persevere velando en su puesto y oficio, que es mirar por una y otra parte a dónde hay mayor necesidad de enviar soldados y compañeros y ropas y bastimentos que se hayan de repartir entre la gente del ejército, porque si por falta de la paga, o por faltar gente de a caballo, o peones, hay descuido en las cosas de la guerra, y van a menos, toda la culpa ha de ser del proveedor. Pero acudiendo Vuestra Santidad a todo, como lo esperamos, le está guardada, como es justo, la corona gloriosa de la bienaventuranza.

BREVE *

Paulo III (1468-1549)

De nombre Alejandro Farnesio, fue elegido papa el 13 de octubre de 1534, sucediendo así a Clemente VII. Excomulgó a Enrique VIII, aprobó la formación de la Compañía de Jesús y estableció la Congregación Romana de la Inquisición. Convocó y abrió el Concilio de Trento. Trató de lograr un acercamiento con los protestantes, tropezando, sin embargo, con la rigidez de Laínez y Salmerón, dando así origen en el seno de la Iglesia a la disensión entre conciliadores e intransigentes. Es considerado como el último papa del Renacimiento.

Paulo, Papa tercero, a todos los fieles cristianos que las presentes letras vieren, salud y bendición apostólica. La misma Verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, cuando enviaba los predicadores de su fe a ejercitar este oficio, sabemos que les dijo: Id y enseñad a todas las gentes, a todas dijo, indiferentemente, porque todas son capaces de recibir la enseñanza de nuestra fe. Viendo esto, y envidiando el común enemigo del linaje humano, que siempre se opone a las buenas obras para que perezcan, inventó un modo, nunca antes oído, para estorbar que la palabra de Dios no se predicase a las gentes, ni ellas se salvasen. Para esto movió a algunos ministros suyos, que deseosos de satisfacer a sus codicias y deseos, presumen afirmar a cada paso que los indios de las partes occidentales, y los del mediodía, y las demás gentes que en estos nuestros tiempos han llegado a nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos a nuestro servicio como animales brutos, a título de que son inhábiles para la fe católica, y so color de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre y los afligen y apremian tanto, que aun la servidumbre en que tienen a sus bestias apenas es tan grande como la conque afligen a esta gente. Nosotros, pues, que aunque indignos, tenemos las voces de Dios en la tierra y procuramos con todas las fuerzas hallar sus ovejas que andan perdidas fuera de su rebaño, para reducirlas a él, pues es éste nuestro oficio, conociendo que aquestos mismos indios, como verdaderamente hombres, no solamente son capaces de la fe de Cristo,

* Miguel León-Portilla *et al., op. cit.*

sino que acuden a ella corriendo con grandísima prontitud, según nos consta, y queriendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos y declaramos, que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí adelante vinieren a noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no están privados, ni deben serlo, de su libertad, ni del dominio de sus bienes, y que no deben ser reducidos a servidumbre, declarando que los dichos indios y las demás gentes han de ser atraídos y convidados a la dicha fe de Cristo, con la predicación de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación se hiciere, sea en sí de ningún valor ni firmeza, no obstantes cualesquier cosas en contrario, ni las dichas, ni otras en cualquier manera. Dada en Roma, año de 1537, a 9 de junio, en el año tercero de nuestro pontificado."

RETÓRICA CRISTIANA *

Diego Valadés (fray) (1533-?)

Escritor y grabador franciscano del siglo XVI, fue un ardiente defensor de los indios. Parece haber sido hijo de español y tlaxcalteca. Introdujo en su obra Rhetorica Christiana, *escrita en latín, palabras indígenas de América ("hamacas", "maíz", "maguey") con leves modificaciones (cfr. Gabriel Méndez Plancarte,* Humanismo mexicano del siglo XVI, *UNAM, 1946, Biblioteca del estudiante universitario, 63, p. XXXVII).*

No pocos insultan, bastante impíamente, con palabras ásperas y acerbas, el cristianismo de los indios, tratando con todas sus fuerzas de negarles crédito, y consiguientemente, de disminuir la gloria debida a los religiosos que con tan grande diligencia se entregaron a enseñarles la doctrina cristiana. Por lo cual, de acuerdo con los antedichos cánones, primero propondremos su acusación y en seguida tomaremos la defensa.

Pienso en verdad que ese prurito de hablar mal de los indios es propio de aquellos que ven la cosa desde arriba, y no de cerca. O, para decir mejor, ha nacido de que ven el asunto con ojos torcidos y poco cristianos. Léese que Alejandro, en otro tiempo, hizo venir a muchos eximios pintores, para preguntarles si podrían añadir un cuerpo a una cabeza o rostro que el príncipe de los pintores Apeles había dejado sin terminar. Aquéllos, fiados cada uno en su talento e industria, respondiéronle afirmativamente; pero cuando Alejandro les mostró aquella obra finísima y trabajadísima, ellos, vencidos por la dificultad de la empresa, cantaron la palinodia. Pues bien: juzgo que son muy semejantes a tales pintores, aquellos que se esfuerzan por borrar las virtudes de los indios, porque consideran con vacilación y pereza el negocio tan arduo y rectamente fundado de su conversión. Y ciertamente lo toleraría con más calma si tales cosas fueran dichas por quienes nunca tuvieron trato con los indios; pero siendo tan injustos en contra de ellos quienes asistieron a sus ejercicios, no sé qué decir, sino que —queriéndolo o no queriéndolo— se han cegado y ensordecido [...]

Además, viendo que los indios llevan a cabo tantas y tan

* Miguel León-Portilla *et al., op. cit.*

grandes cosas, se sienten impacientes. Y para pasar a otras cosas, [diré] que esto más o menos es lo que alegan, pues son sus principales razones; y estando yo presente las enumeraba cierto noble que por algunos años había estado en las mismas Indias, en la mansión de cierto áulico del Rey Católico. Por lo que yo me sentí movido a exponer abiertamente las cosas verdaderas e indudables que tengo bien experimentadas y conocidas, de las cosas de los indios, pues viví entre ellos más o menos treinta años, gracias a Dios, y me consagré a la predicación y a oír sus confesiones por más de veintidós, en sus tres idiomas: mexicano, tarasco y otomí; ni me arrastra el afecto o la temeridad, sino el deseo y amor a la verdad.

Justo es cantarles a esos que tal afirman con tanta ligereza e ineptitud, aquello de Pablo:

> Tú, ¿quién eres, que juzgas al siervo ajeno y como ladrón metes tu hoz en la ajena mies? Dios sólo es *cardiognostes* [conocedor de corazones], que escruta los corazones y las entrañas. Ante Su tribunal todos nos presentaremos y Él investigará con antorchas y descubrirá a Jerusalén.

No me propongo colocar a los indios entre los santos, lo cual es prerrogativa peculiar del Pontífice Sumo y de la Iglesia; sino refutar con razones aquello en que se les acusa; ya que como testigo, no de oídas sino de vista, intervine en sus cosas y aun presidí entre ellos.

De muy diferente manera abrazaron los indios la religión cristiana, que los moros: porque, en primer lugar, fueron instruidos con más cuidado y por muchos ministros que sabían hablar con gran expedición su propia lengua vernácula. En segundo lugar [los indios] eran más tratables y mansos, más pacíficos y fáciles, ni tenían cerca de ellos gentes que les sugirieran e insinuaran cosas opuestas. Además, los indios, conociendo la inhumanidad y fealdad de su idolatría, inmediatamente la abandonaron; y por el contrario, aceptaron el yugo suave y ligero de Dios, tras de establecer comparación entre sus ministros y los sacerdotes cristianos, entre la libertad que se les proponía y la servidumbre que experimentaban enteramente contraria. Los moros, en cambio —por lo que yo sé—, nada hicieron jamás con rectitud, a no ser forzados con palabras y azotes. Fue menester —y lo es todavía— refrenar diariamente su inmoderada vehemencia y falso celo. Querer, pues, afirmar que los indios

no han dejado todavía sus viejos ritos y ceremonias, es señal que se les quiere afrentar con grave calumnia e injuria [...] Nada procuraron con más fervor aquellos apostólicos varones, fundadores del Nuevo Mundo y de la nueva Iglesia, que inducirlos al amor, conocimiento y temor de Dios, y a la abominación de sus antiguos ritos y costumbres. Y con tanto celo promovieron este asunto, que —por gracia de Dios, a quien atribuimos este beneficio— no se vean ya, ni en sueños, huellas o señales de los primitivos errores. Lo que se objeta de algún hombre privado, no debe parecer extraño, puesto que Cristo tuvo, entre sus doce discípulos, uno que lo traicionara y otro que lo negara: aquél, condenado por su propia culpa, y éste convertido a la salud espiritual por su dolor y sus lágrimas. Además, el filósofo dice que nada se sigue de casos singulares o particulares. Más deberíamos admirarnos de lo que sucede entre nosotros, que profesándonos cristianos viejos, sin embargo con frecuencia nos alucinamos gravemente. Que Dios nos conserve por su infinita bondad.

La verdad es que los indios, aunque el tiempo esté molestísimo por causa de vientos y lluvias, caminan dos o tres millas —¿pero qué? quería decir diez o quince—, cargados con sus hijos pequeños y con sus alimentos, para oír la misa o el sermón, y muchas veces retornan a sus casas en ayunas y sin haber comido. Mientras nosotros —¡oh dolor!, casi me orrorizo al decirlo—, habitando en medio de los templos, pretextamos no sé qué enfermedades y pesadeces de cabeza, y nos quedamos ocultos en nuestras casas [...]

Cierto, no podemos asemejarlos en ello a los monos, puesto que vemos que los nuestros se quedan en sus casas —y sólo Dios sabe en qué cosas se ocupan—, mientras que los indios asisten a los templos. En verdad que si fueran monos, que son imitadores de lo malo, más bien imitarían la pereza de que los nuestros les dan ejemplo; mas lejos de ello, más bien los acusan y reprenden [con su conducta].

Pero, ¿cuál nación hay o ha habido jamás en que no hubiera malos mezclados con los buenos? A quienes acusan a los indios, no puedo menos de echarles en cara lo que Cristo decía a los acusadores de la adúltera: ¡Quien de vosotros estuviere sin pecado, arroje la primera piedra!

DEL ÚNICO MODO DE ATRAER A TODOS LOS PUEBLOS A LA VERDADERA RELIGIÓN *

Bartolomé de las Casas (fray) (1474-1566)

En un principio compartía hacia los indios la misma actitud dominadora de gran parte de sus compatriotas, hasta que en 1514, siendo ya sacerdote, una reflexión sobre el Eclesiástico, *cap.* XXXIV, *operó en él un cambio radical. Desde entonces Las Casas habría de ser el apóstol y defensor de los indios, saliendo en su defensa frente a las opiniones de Sepúlveda.*

Pero ¿qué podrá esperarse de los precursores de la predicación evangélica, de acuerdo con el nuevo modo que excogitaron estos hombres, a saber, que hay que dominar a los pueblos infieles mediante la guerra, antes de predicarles la fe? Decimos que indudablemente *son precursores, no de Cristo, sino del Anticristo,* quien de la misma manera, usando de una de las astucias de su maldad, acometerá con las armas a los pueblos infieles para atraérselos, según la acción de Satanás..., como dice el Apóstol (2 *Tesal.,* c. 2).

Estos hombres son también verdaderos imitadores de aquel famoso y asquerosísimo seudoprofeta y seductor de los hombres, de aquel que mancilló todo el mundo, de Mahoma queremos decir, ya en el modo que estableció para atraer a los hombres a su secta, ya también en sus violencias, en su crueldad y en sus demás acciones criminales. En efecto, veamos lo que se dice en un librito que refiere la disputa que tuvieron entre sí un sarraceno y un cristiano de Arabia, sobre la ley de los sarracenos y la fe de los cristianos, siendo ambos filósofos probados y profundos conocedores de sus respectivas creencias, y siendo, además, conocidos y familiares del rey de los sarracenos llamado Emir-el Momini, y amigos muy queridos entre sí, como dice Vicente (*Spec. Hist.,* lib. 23, c. 40)...

Alercometo afirmaba que el camino de Dios consistía en el golpe de espada y en la devastación y desolación de los incrédulos y de sus secuaces, hasta que admitieran la fe de Dios y testificaran que no había más Dios que el Dios de Mahoma, y

* Gabriel Méndez Plancarte, *Humanismo mexicano del siglo XVI,* México, UNAM, 1946 (Biblioteca del estudiante universitario, 63).

que Mahoma era su siervo y profeta, o que, sujetos, dieran el tributo.

Pero tú, le decía el cristiano al sarraceno, ¿qué señal o qué milagro demuestras que haya hecho tu compañero, que nos sirva de testimonio para que creamos en él, ya que no vemos que haya hecho otra cosa como propia, sino matar a los hombres, robar, arrebatar los bienes ajenos y cautivar a los padres juntamente con sus hijos? Lo que sin duda alguna es malo; pero mucho peor es cuando se hace esto contra el pueblo de Dios, que no tiene más amparo que el culto del mismo Dios. (Y puede agregarse en orden a nuestro propósito: contra un pueblo que vive pacíficamente y que está preparado para recibir el culto de Dios y que no tiene más amparo o defensa que la misma ley natural y divina.)

Y prosigue diciendo el cristiano: ¿Y acaso no te basta que llames a este modo de proceder, camino de Dios? Lejos de Dios que éste sea su camino, o que cualquiera que haya mandado hacer tales cosas sea de su pueblo o de sus elegidos, ni mucho menos de sus profetas. Y en fin, nos invitas a herir a los hombres con la espada, a arrebatarles sus bienes y a destruirlo todo, hasta que por la violencia abracen tu fe y se sometan a tus leyes contra su voluntad, y obligados testifiquen agregándose a tu testimonio. Pero en verdad que tú nunca has leído en la divina Escritura que algunos se hayan convertido a Dios por la violencia, ni obligados con la autoridad, con la espada, con la devastación y con el cautiverio, como lo hizo tu compañero, mandando que se le obedeciera.

Ciertamente que hubo en otros tiempos muchos herejes, pero ninguno de ellos se empeñó en atraer a los hombres a su secta, ni con la espada, ni con otro género de coacción, sino por medio de falacias. Todos los que quisieron inducir a otros a la verdad o a la mentira, no pudieron hacerlo sino mediante, por lo menos, una predicación verosímil; y sabemos que, con excepción de tu compañero, todos en realidad han obrado de esta manera. Pero Mahoma, para atraer a los hombres a su secta no obró de este modo, es decir, con el arte de la sutileza, o con una locuacidad ingeniosa; sino obligándolos con la espada, con la violencia, con la opresión y con la devastación. Nunca se oyó de nadie lo que les decía él a los hombres:

> A cualquiera que no confiese que yo soy el Profeta del Señor de los siglos, lo atravesaré con mi espada; y todos los que sean de mi descendencia obrarán de igual mane-

ra; y saquearé la casa del renuente y afligiré con la cautividad a toda su familia.

Y en el capítulo 49 refiere también Vicente que aquel cristiano le dijo al sarraceno, refiriéndose a las obras criminales de Mahoma: No acabo de salir de mi admiración al pensar cómo es posible que se convenza, no digo ya el hombre prudente, sino el que siquiera soñando juzgara tener en sí algo de sentimiento humano, de que tal hombre haya sido un profeta; ya que tanto su vida como su doctrina son tan contrarias, no sólo a la divina religión, sino también a la honestidad humana, y en tal grado, que aun los mismos animales brutos casi podrían comprenderlo.

Pero para decir ahora algo más moderado, pregunto: ¿cuál de los santos o de los nuncios divinos de quienes sabemos que fueron enviados por Dios, aseveró con el terror de la espada que era un enviado?, ¿y quién de ellos vivió de una manera tan criminal?; ¿quién, en resolución, enseñó tantas porquerías?, ¿o quién como él prostituyó al género humano con la crápula y la liviandad? Y en el capítulo 42 dice: Considera si pueden ser propias de un profeta de Dios estas expediciones en que no intervenían sino el fraude, la violencia, la efusión de sangre humana y todo lo que hacen los ladrones y salteadores de caminos.

Todo lo anterior refiere Vicente en su *Speculum Historiale,* en los lugares citados. Pero con mayor extensión explican lo dicho acerca de Mahoma el autor del libro intitulado *Fortalitium fidei,* y el autor de otro libro llamado *De Orbis concordia,* los cuales refieren lo que Mahoma dice muchas veces en el Corán: que cuando los hombres le decían: "Haz los milagros que hicieron Moisés, Cristo y los otros profetas", respondía diciendo que Dios no le había permitido obrar milagros para que no le sucediera lo que a Moisés y a Cristo, a quienes no creyó el mundo, diciendo que eran maleficios los que hacían. "Porque no me creerían, dice; y por eso vine con poder de armas."

Y de aquí que mandara que se les diera muerte a los que no eran de su secta, a no ser que pagaran el tributo; y permitía la rapiña, con tal que le dieran a Dios la quinta parte, que llamaba la ganancia de Dios y de su enviado, y que debía distribuirse entre los pobres, las viudas y los huérfanos. Y de aquí también que hiciera partícipe de su maldad a Dios, a quien no podía tener como partícipe en el bien. Porque decía de este modo: Como varones buenos que teméis a Dios, llevad a cabo atrevi-

damente hechos con que os acerquéis a Él vosotros mismos, y sed depredadores y conquistadores en su nombre, hasta que os hagáis mejores y más poderosos. Y aunque de alguna manera prohibía la rapiña, el perjurio y algunas otras maldades, con todo, esa prohibición no era sino una especie de permiso; porque decía: no hagáis aquellos males que desagraden a Dios; pero si los hiciereis, Él es misericordioso y compasivo y fácilmente os perdonará.

Con respecto al robo, no manda que se haga ninguna restitución, ni los suyos tienen la costumbre de hacerla; porque le basta al sarraceno decir: No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta. Y del perjurio dice expresamente: No os imputará Dios la defraudación del juramento, sino su moderación. Como si dijera que el perjurio no obliga a la culpa, sino a la pena. Y añade: Pero por su transgresión habéis de alimentar o vestir a diez pobres o redimir a un cautivo; y el que no pueda hacerlo, ayunará tres días. Con estas doctrinas los secuaces de Mahoma no temen robar, engañar, ni perjurar; por lo cual no guardan la fe que prometen, siendo que hay que guardarla por derecho natural, aun con los enemigos. Esto refieren los autores de las mencionadas obras.

Pero veamos ahora la manera como *imitan a Mahoma y a sus secuaces estos hombres que hacen la guerra,* o *aseguran que hay que hacerla para someter a los pueblos de infieles al dominio de los cristianos,* antes de predicarles la fe.

Es manifiesta la imitación en el modo y en el camino que Mahoma llamaba el camino de Dios, a saber, en el hecho de someter a su autoridad a los pueblos por medio de la devastación y desolación llevadas a cabo con la espada, con el robo y apoderamiento de los bienes ajenos, con la cautividad de los padres e hijos, y con la muerte y carnicería de innumerables personas de ambos sexos y de todas edades. Y ojalá que estos hombres, que se glorían de llevar el nombre de cristianos, no llevaran a cabo la guerra *con mayor crueldad que aquellos paganos.*

Y si muchos de estos hombres o de sus defensores dicen que no es su intención obligar a los infieles con la guerra a recibir la fe, sino que la hacen con el fin de quitar los impedimentos que pueden encontrar los predicadores, aunque no faltan quienes digan, hablando de una manera harto absurda y hasta tonta, que hay que obligarlos también a creer, como lo dijimos atrás, en el párrafo 132º del capítulo 3º; respondemos que este subterfugio no los excusa ni de su ceguedad, ni de su error

pernicioso. Y la razón es, por una parte, que el mismo Mahoma no obligaba precisamente a los hombres a abrazar su secta; sino que con la violencia, con el terror de las armas, con las rapiñas, con la desolación y demás calamidades que traen las guerras, invadía y afligía a los pueblos; los cuales, aunque no confesaran que era el enviado y el profeta de Dios, con tal que le estuvieran sujetos y pagaran el tributo, no los obligaba precisamente a otra cosa, como se desprende de sus mismas palabras, referidas atrás, y como lo vemos también ahora en los que profesan su ley; y por otra, porque aterrorizados los infieles con tantos, tan grandes, tan enormes e irreparables males, como son los que sufren con la guerra, necesariamente se encuentran siempre en un estado de turbación y de temor de mayores males, si es que puede haber males mayores que los que padecen.

Además, nadie hay que no entienda que los infieles están dominados por un odio y un rencor perpetuos contra sus opresores; y es ya superfluo repetir una vez más cuán contrarias son estas calamidades a la libertad que se requiere para creer las verdades referentes a la fe y a la religión cristianas. Y por eso, aun cuando alguna vez digan que quieren convertirse a la fe cristiana y exteriormente se vea que así es verdad por los signos exteriores con que manifiestan su voluntad; sin embargo, siempre debe sospecharse razonablemente que tal conversión no proceda de su intención sincera ni de su libre voluntad, sino que se trata de una conversión que fingen, o para evitar algún mal futuro que temen que les sobrevenga nuevamente, o para alcanzar algún alivio en medio de las miserias que padecen en la servidumbre. (...)

En consecuencia, ¿cuánto más graves, duras, tristes y amargas, y cuánto más dignas de lamentos, de lágrimas, de gemidos y de sollozos, no serán aquellas tan numerosas y tan calamitosas desgracias para los infieles a quienes hay que sujetar al dominio de los cristianos antes de predicarles la fe, con estos modos propios de los mahometanos? ¿No es, pues, de temerse que no reciban con ánimo tranquilo las verdades que oigan acerca de la fe, después de tales sufrimientos, y que no se conviertan al verdadero Dios con una verdadera conversión? Luego, ¿en qué difieren este camino y este modo, del modo y del camino que siguió y puso en práctica el impío e inmundo Mahoma para propagar su secta? ¿Y quién se atreverá a negar esto?

En consecuencia, estos hombres son realmente, no sólo precursores del Anticristo, sino también imitadores de Mahoma en el modo que observó para atraer a los hombres a su secta.

Y que también lo imiten en las violencias, en la crueldad y en las demás acciones criminales, nos parece que consta suficientemente por lo que se ha dicho y comprobado anteriormente con las numerosas razones y ejemplos que adujimos. Porque si Mahoma y sus cultores invadieron e invaden todavía a pueblos que no les han hecho daño, que no cuentan con recursos para su defensa, y los destrozan a filo de espada y con la fuerza de las armas a fin de introducir y propagar su secta, o también por la ambición de dominar; nuestros seudopredecesores en la fe, semejantes a ellos, hacen lo mismo, llevando por delante el pretexto de que se esfuerzan en preparar el camino de la fe y en quitar los impedimentos que se le opongan. ¡Y ojalá que no fuera sólo por la ambición de tener reinos y de enriquecerse a costa de la sangre de los demás!

Si Mahoma y sus secuaces despoblaban y devastaban a los pueblos incrédulos, los nuestros, ¡oh dolor!, ¿cuántas tierras, cuántas regiones, cuántas provincias y reinos les han devastado a unos hombres lo mejor dispuestos a creer, destruyéndoles sus riquísimos bienes a personas sin duda alguna inocentes?

Si la autoridad de Mahoma y de los suyos consistía en matar a los hombres, en robar, en tomar y apoderarse de lo ajeno, en devastarlo todo, en cautivar a los padres juntamente con sus hijos; los nuestros no presentan ningún otro milagro o testimonio de su santidad o de su justicia, sino el de destrozar a los hombres con la mayor crueldad, no perdonando a nadie ni por razón de su sexo, ni de su dignidad, ni de su edad; *el de arrojar contra las peñas,* según dijimos, *a los infantes después de arrancarlos de los pechos de sus madres;* el de llenar chozas hechas de madera y de heno o de paja, con hombres, mujeres, muchas de ellas encintas, con jóvenes, niños e infantes, para ponerles fuego y quemarlos a todos vivos, con otros infinitos y varios modos de atormentar a los miserables infieles. De algunas de estas atrocidades hemos tratado en el capítulo 4º y en otros lugares.

Y en verdad que estas acciones son tantas, tan graves, tan crueles y execrables, que no pueden ni decirse una por una, ni explicarse, ni enumerarse nunca; y no sólo esto, sino que nadie puede creerlas a no ser que las vea con sus propios ojos, de manera que solamente con oírlas son el estupor de los oyentes. ¿Y quién podrá contar el número de los que han reducido a la servidumbre? ¿Y qué decir de los bienes?, ¿qué del oro, de la plata, de todos los enseres y adornos, de la inmensidad de las riquezas robadas? ¿Qué de los dominios, de los estados, de los honores

y dignidades, aun reales, que han usurpado?; ¿qué decir de los vicios, como son adulterios, estupros, incestos y concubinatos que estos hombres tienen en nada y con los cuales se manchan en presencia de los mismos infieles?

Luego, en la crueldad, en las violencias, en la inhumanidad y en las demás acciones criminales imitan a Mahoma y a los suyos; y más todavía, los igualan y hasta los superan. Y ¡ay de ellos!, que ojalá se alejaran algún tanto de esa imitación, puesto que a la hora de su muerte, con respecto a tantos y tan grandes robos, insultos, daños y cargas irreparables, ni confiesan que sean pecados, ni restituyen, ni satisfacen; sino que parten de esta vida con tal seguridad o más bien con tal insensibilidad, como si fueran bestias, muriendo en sus pecados.

Y como si hubieran vivido durante mucho tiempo en algún desierto y con los mayores rigores de la penitencia, confiesan todavía que Dios es misericordioso y compasivo, pensando, por tanto, que no les imputará los robos y las otras maldades que cometieron contra Dios y para la perdición de tantos miles de miles de prójimos. Y añaden en sus testamentos y últimas voluntades, para expiar sus pecados, que de los bienes que dejan, se tome para vestir a diez o más pobres; o que en algún monasterio se erija un altar donde semanariamente se digan tres o cuatro misas. Así que, pedimos que se considere, ¿qué más que el sarraceno tiene el que se ha bautizado con el nombre de cristiano, fuera de la muchedumbre y mayor gravedad de los tormentos que eternamente ha de padecer?

¡Oh miserables, oh ciegos e insensibles!, ¡oh hombres que os habéis hecho peores que todos los sarracenos e infieles! ¿Quién os librará de la ira que ha de venir, el día de la miseria y de la mayor calamidad? Indudablemente que de vosotros se entienden estas palabras: "Habéis justificado a Sodoma"; esto es, se ha justificado Sodoma al compararla con vuestra conducta (*Ez.*, c. 16). (...) Para los cuales está reservada también aquella reprobación: "¡Ay de vosotros, que les cerráis a los hombres el reino de los cielos; porque vosotros ni entráis, ni dejáis que entren los que van a entrar!" Y el Apóstol (I, *Tes.*, c. 2), escribe: "Nos prohíben predicarles a los gentiles a fin de que se salven." Así vosotros vais siempre colmando la medida de vuestros pecados; por lo que la ira de Dios ha caído sobre vosotros hasta el fin; porque no sólo sois enemigos de vuestra salvación, sino que también impedís que crean tantos miles de pueblos y que se salven.

EL HOMBRE

ORACIÓN SOBRE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE *

Juan Picco de la Mirandola (1463-1494)

Discípulo, entre otros, de Raimundo Lulio y Marsilio Ficino, fue un fenómeno de erudición en su época, habiéndose aventurado a la defensa pública de 900 tesis tituladas Conclusiones Philosophicae, Cabalisticae et Theologicae, *defensa que no llegó a realizar. Inocencio VIII declaró heréticas 13 de sus tesis, y Picco de la Mirandola fue obligado a renunciar a ellas. Fue un apasionado de la antigüedad clásica, reprobó el formulismo dialéctico de su época e intentó conciliar a Platón y Aristóteles. La* Oratio de hominis dignitate, *que aquí reproducimos, fue publicada después de su muerte.*

He leído en las narraciones de los árabes, reverendos padres, que Abdalá el Sarraceno, cuando le preguntaron qué era, en su opinión, lo más admirable en esta escena del mundo, contestó: "Nada hay más admirable que el hombre." Concorde con esta opinión es el dicho de Hermes Trismegistus: "Gran milagro, Asclepio, es el hombre." Pero cuando consideré la razón de estas máximas, no me convencieron los muchos motivos de excelencia que hay en la naturaleza humana, y que han sido expuestos por personas diversas: que el hombre es el intermediario entre las criaturas, el allegado de los dioses, el rey de los seres inferiores, el intérprete de la naturaleza por la agudeza de su sentido, por el discernimiento de su razón y por la luz de su inteligencia, el intervalo entre la eternidad inmóvil y el tiempo fluyente, y (como dicen los persas) el vínculo, aún más, el himno nupcial del mundo, y poco menos que los ángeles según testimonio de David. Por grandes que sean estas razones, no son las principales, no son las que pueden reclamar por sí mismas y rectamente el privilegio de la más sublime admiración. Pues ¿por qué no habríamos de admirar más a los propios ángeles y a los coros benditos del cielo? Al fin me parece que he llegado a comprender la razón de que el hombre sea la más afortunada de las criaturas y merecedor, en consecuencia, de toda admira-

* Juan Picco de la Mirandola, *Oración sobre la dignidad del hombre,* en *Evolución de la civilización contemporánea. Ensayos y lecturas,* v. VII, Monterrey, N. L., Universidad de Nuevo León, Facultad de Ecoonmía, 1964.

ción: precisamente es el rango que le ha cabido en suerte en la cadena universal del ser; un rango que los brutos no han de ser los únicos en codiciar, pues incluso las estrellas y los espíritus, que están por encima de este mundo, lo envidian. Es algo que está más allá de la fe y es portentoso. ¿Y por qué no había de serlo? Si precisamente por esto se llama y juzga acertadamente al hombre como gran milagro y maravillosa criatura.

Mas oíd, padres, qué es exactamente este rango y concededme gentilmente el favor de escucharme como oyentes amistosos. Dios Padre, el supremo Arquitecto, había ya construido, conforme a las leyes de su misteriosa sabiduría, este hogar cósmico que contemplamos y que es el templo sacrosantísimo de su divinidad. Había adornado con inteligencias la región situada por encima de los cielos, vivificó a las esferas celestes con almas eternas y llenó con una multitud de animales de todas clases las partes excrementales y corrompidas del mundo inferior. Pero, cuando se concluyó su trabajo, el Artífice quiso que hubiera alguien que ponderara el plan de tan grande obra, que amara su belleza y se admirara de su grandiosidad. Así, pues, cuando todo estuvo hecho (como testifican Moisés y Timeo) pensó Él después en la creación del hombre. Pero no había ninguno entre sus arquetipos que pudiera servirle para modelar un nuevo vástago, ni había nada entre sus tesoros que pudiera regalar como herencia a su nuevo hijo, ni había en todo el mundo sitio en donde pudiera éste aposentarse para contemplar el universo. Todo estaba completo; todas las cosas habían sido distribuidas en órdenes superiores, medios e inferiores. Pero no iba a fracasar en su creación final, como si se hubiera agotado, el poder del Padre. No se iba a debatir su sabiduría en la necesidad, privada de consejo. No iba a ser su benévolo amor el que tuviera que verse condenado precisamente dentro de aquel mismo que había de alabar la generosidad divina de Dios para con los demás.

Al fin, el mejor de los artesanos ordenó que aquella criatura, a quien Él no había podido dar nada que fuera suyo propio, poseyera en conjunto todo lo que perteneciera peculiarmente a cada una de las diferentes clases de seres. Tomó, por consiguiente, al hombre como criatura de naturaleza indeterminada y, asignándole un lugar en medio del mundo, se dirigió a él con estas palabras:

> No te hemos dado, Adán, una morada fija, ni una forma que te pertenezca a ti sólo, ni una función peculiar tuya,

para que, de acuerdo con tu antojo y de acuerdo con tu juicio, puedas tener y poseas la morada, la forma y las funciones que desees. La naturaleza de los otros seres está limitada y constreñida dentro de los límites de las leyes prescritas por nosotros. Tú, que no estás confinado por ningún límite, que serás conforme a tu propia y libre voluntad, en cuyas manos te hemos puesto, fijarás por ti mismo los límites de tu naturaleza. Te hemos puesto en el centro del mundo para que puedas desde allí observar más fácilmente todo lo que hay en él. No te hemos hecho de cielo ni de tierra, ni moral ni inmortal, para que, en libre elección y honorablemente, como hacedor y modelador de ti mismo, puedas configurarte a ti mismo como prefieras. Tendrás el poder, gracias al juicio de tu alma, de remontarte a las formas más altas, que son divinas.

¡Oh suprema generosidad de Dios Padre, oh sublime y maravillosísima felicidad del hombre! Pues que le ha concedido a éste tener lo que elija, ser lo que quiera. Las bestias, tan pronto como nacen (dice Lucilio), traen, con ellas desde el vientre de su madre todo lo que han de poseer en adelante. Los seres espirituales, sea desde el principio o muy poco después, son ya lo que van a ser por siempre jamás. Al hombre, cuando viene a la vida, el Padre le confiere las semillas de todo y los gérmenes de cada uno de los modos de vida. Cuales sean las semillas que cada hombre cultive, tales madurarán y darán en él su propio fruto. Si son vegetativas, será como una planta. Si sensitivas, se hará bestial. Si racionales, se tornará un ser celestial. Si intelectuales, un ángel y un hijo de Dios. Y si, dichoso allí donde no hay criaturas creadas, se retira al centro de su propia unidad, su espíritu lo superará todo haciéndose uno con Dios, en las solitarias tinieblas de Dios, que está colocado sobre todas las cosas. ¿Quién no podría admirarse de éste nuestro camaleón? ¿Hay algo más digno de admiración? Es el hombre que Esculapio de Atenas, al discurrir sobre la mutabilidad de su carácter y su naturaleza autotransformante, dice con acierto que estaba simbolizando por Proteo en los misterios. He aquí aquellas metamorfosis famosas entre los hebreos y los pitagóricos.

Pues la teología oculta de los hebreos transforma a veces al santo Enoch en ángel de la divinidad, a quien ellos llaman *Mal'akh Adonay Schebaoth* (Ángel del Dios de los Ejércitos) y a veces transfigura a otros en diversas divinidades. Los pitagóricos degradan a los hombres impíos en brutos y, de creer a

Empédocles, incluso en plantas. Mahoma, imitándoles, repetía frecuentemente esta sentencia: "Los que se han desviado de la ley divina, se convierten en bestias", y seguramente habló con verdad. Porque no es la corteza lo que hace a la planta, sino su naturaleza insensitiva e imperceptora; ni es la piel lo que hace falta a la bestia de carga, sino su alma irracional y sensitiva; ni es la forma circular lo que hace a los cielos: sino su orden inalterable; ni es su separación del cuerpo, sino su inteligencia espiritual, lo que hace al ángel. Pues si veis a alguien que, abandonado a sus apetitos, se arrastra por el suelo, será una planta y no un hombre lo que veis; si veis a alguien cegado por las vanas ilusiones de la fantasía, cual si lo estuviera por Calipso, ablandado por sus seductores halagos y entregado a sus sentidos, será una bestia y no un hombre lo que veis. Si veis a un filósofo determinándolo todo por medio de la recta razón, reverenciadle: es un ser celestial y no pertenece a esta tierra. Si veis a un contemplativo puro, desasido de su cuerpo y dedicado a las internas ganancias del espíritu, no es un ser terrenal ni celestial: es una divinidad reverendísima cubierta con carne humana.

¿Hay alguien que no admire al hombre, a quien no sin razón se describe a veces, en los sagrados escritos de Moisés y los cristianos, con la denominación de "todo carne", y otras con la de "toda criatura", porque él mismo se moldea, conforma y cambia en la forma de toda carne y el carácter de toda criatura? Por esta razón el persa Euanthes, al describir la teología caldea; dice que el hombre no tiene semejanza que sea innata y exclusiva de él, sino que tiene muchas externas y ajenas a él; de ahí viene el dicho de los caldeos: *Hanorish tharah sharinas,* lo que significa que el hombre es un ser de naturaleza variada, múltiple e inconstante. Mas ¿por qué insistimos en esto? Para que, una vez entendido que hemos sido destinados a esta condición —que podamos convertirnos en lo que queramos— lleguemos a comprender que tenemos que poner especial cuidado para que nunca se nos diga que, habiendo sido destinados a ocupar una posición privilegiada, no supimos reconocerlo y nos hicimos semejantes los animales del bosque y a las bestias insensibles de carga; para que, muy al contrario, se nos pueda aplicar el dicho de Asaf el profeta: "En verdad que todos son ángeles e hijos del Altísimo", pues quien se sirve de aquella libertad de elección que Él nos ha dado, para hacer daño y no para buscar las cosas saludables, abusa de la indulgentísima generosidad del Padre. Que una santa ambición llene nuestras almas a fin de

que, no contentos con la mediocridad, anhelemos lo más alto y (pues que podemos, si queremos) nos esforcemos con todo nuestro empeño por lograrlo.

Desdeñemos las cosas terrenas, menospreciemos las astrales y finalmente, desestimando todo lo que es del mundo, apresurémonos por alcanzar aquella corte que está más allá de él y cerca de la divinidad. Allí, como relatan los misterios sagrados, los serafines, querubines y tronos ocupan los primeros lugares; y, no dispuestos a conformarnos con ellos e intolerantes de un lugar más bajo, emulemos su dignidad y su gloria. Si así lo queremos, no seremos sus segundos en nada...

¿Mas cuáles son los medios que nos permiten juzgar o amar las cosas desconocidas? Moisés amó a un Dios al que vio y, como juez, administró entre el pueblo lo que había contemplado en la montaña. Así también el querubín, como intermediario por su propia luz, nos apresta para el fuego seráfico e ilumina igualmente el camino para el juicio de los tronos. Éste es el vínculo de los primeros espíritus, la orden Paladina, la llave de la filosofía contemplativa. Es lo primero que debemos emular, requerir y comprender; es lo que puede arrebatarnos a las alturas del amor, para descender después, cuando pensemos bien en ello y nos preparemos, a las funciones de la vida activa. Y, en verdad, bien vale la pena, si hemos de modelar nuestra vida según el ejemplo de la vida querúbica, tener ante nuestros ojos y entender claramente la naturaleza y cualidad y todo aquello que informa los actos y la labor de los querubines. Pero, ya que no nos está permitido alcanzarlo por nuestros propios esfuerzos, pues no somos sino carne y no conocemos sino las cosas de la tierra, acudamos a los antiguos padres quienes, por haber estado en contacto habitual y familiar con estas cuestiones, nos pueden dar un testimonio seguro y digno de todo crédito. Preguntemos al apóstol San Pablo, nave elegida, qué vio en las huestes de querubines cuando fue exaltado al tercer cielo. Responderá, según la interpretación de Dionisio (el Areopagita) que les vio purificarse, después iluminarse y, por fin, hacerse perfectos. Por consiguiente, para que las pasiones del alma no puedan devariar desatinadamente o para que por su razón no se denigre por la negligencia, limpiemos nuestra alma, emulando en la tierra la vida querubínica, domeñando los impulsos de nuestras pasiones con la ciencia moral, disipando las tinieblas de la razón con la dialéctica y lavando, por decirlo así, la suciedad de la ignorancia y el vicio.

Preparemos y purifiquemos nuestra alma con la luz de la fi-

losofía natural para que podamos al fin perfeccionarla en el conocimiento de las cosas divinas. Y para que no nos baste con nuestra fe, consultemos al patriarca Jacob, cuya forma resplandece esculpida en el trono de la gloria. Durmiendo en el mundo inferior, pero velando en el superior, el padre más sabio nos avisará. Nos avisará mediante una figura (así ha solido llegar todo a aquellos hombres) en que hay una escalera tendida desde la tierra más baja al cielo más alto y con muchos escalones, y el Señor estará arriba y los ángeles en contemplación ascendiendo y descendiendo por ella alternativamente...

Y no sólo los misterios mosaicos y cristianos, también la teología de los antiguos nos muestran los beneficios y el valor de las artes liberales, de cuya discusión voy a ocuparme. Pues ¿qué otra cosa significan los grados de los iniciados que observamos en los misterios de los griegos? Llegaban a percibirlos después de haberse purificado mediante esas ciencias expiatorias que eran la filosofía moral y la dialéctica. ¿Qué otra cosa podría ser aquella percepción, sino una interpretación de la naturaleza oculta por medio de la filosofía? Finalmente advenía a los que se hallaban bien dispuestos la *eiioiiteia* (iniciación en los misterios eleusinos), es decir, la contemplación de las cosas divinas a la luz de la teología. ¿Quién no iba a desear con vehemencia iniciarse en ritos tan sagrados? ¿Quién no desearía, posponiendo todos los cuidados humanos, despreciando los bienes de la fortuna, olvidando los del cuerpo, llegar a convertirse en huésped de los dioses, a pesar de vivir todavía en la tierra, y, embriagado por el néctar de la eternidad, verse adornado con los dones de la inmortalidad aún siendo un ser mortal? ¿Quién no querría ser inflamado con aquellos frenesíes socráticos, cantados por Platón en el Fedro, escapando presurosos de aquí con los remos de los pies y de las alas, huyendo de un mundo asentado en el mal, para iniciar la más rápida de las carreras hacia la celestial Jerusalén? Entreguémonos, padres, entreguémonos a los frenesíes de Sócrates para que podamos ser lanzados al éxtasis y transportados nuestros espíritus y nosotros mismos ante Dios. Dejemos que nos guíen, si antes hemos hecho todo lo que está en nuestro poder. Pues si la filosofía moral ha logrado que las fuerzas de nuestras pasiones estén, por un acuerdo adecuado, tan resueltas a la armonía que puedan cantar juntas en imperturbado acorde, y si la dialéctica ha movido a nuestra razón progresivamente y con medida rítmica, entonces nos agitará el frenesí de las musas y empapará la armonía celestial a nuestro oído interior. Y entonces Baco, conductor de las mu-

sas, mostrando en sus misterios, es decir, en los signos visibles de la naturaleza, las cosas invisibles de Dios, no embriagará a nosotros que estudiamos la filosofía con la plenitud de la casa de Dios, en la cual, si demostramos fidelidad como Moisés, la teología consagrada vendrá y nos inspirará un doble frenesí. Pues, exaltados a su altura sublime, mediremos desde allí, en la eternidad, indivisible, todas las cosas que son y serán y han sido; y, admirando su belleza original, como los videntes de Febo, nos tornaremos en los adoradores alados de ella. Y, por último, aguijoneados por el amor inefable, raptados a nosotros mismos cual ardiente Serafín, plenos de divino poder, ya no seremos nosotros mismos, llegaremos a ser Aquél mismo que nos hizo.

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA *

Pedro Pomponazzi (1462-1525)

Su Tractatus de Immortalitate Animae *le atrajo las antipatías de los aristotélicos y de los católicos en general, llegando a ser quemada su obra por orden de la Inquisición. León X le exigió una retractación, exigencia a la que no se sabe si hizo caso. Murió a consecuencia de haberse negado a comer durante siete días. A pesar de la fuerte oposición que encontró, ejerció una poderosa influencia intelectual en su época.*

Hay que tener en cuenta que muchos hombres consideraban mortal al alma y, sin embargo, decían que era inmortal; y lo han hecho así para evitar que obren mal las personas con poca o ninguna inteligencia, ignorantes y desafectas a las cosas buenas del alma, que gastan su tiempo exclusivamente en las preocupaciones corporales. De ahí que sea necesario inducirlas al bien obrar valiéndose de esta especie de ardid, como hace el médico con el hombre enfermo o la nodriza con el niño carente de razón.

Y creo que por éstas pueden dilucidarse otras cuestiones. Pues se dice comúnmente que si el alma fuera mortal, el hombre se entregaría íntegramente a los placeres corporales, a cometer todos los males en su propio provecho, que sería inútil alabar a Dios, honrar las cosas divinas, orar, ofrecer sacrificios y otros actos de esta suerte; la respuesta, empero, es bastante clara por lo que se ha dicho. Porque si es natural buscar la felicidad y esquivar la desdicha, si de lo que hemos dicho se deduce que la felicidad consiste en la acción virtuosa y la miseria en la acción pecaminosa, y, por otra parte, alabar a Dios con la mente, honrar las cosas divinas, proferir oraciones a Dios y sacrificar son actos particularmente virtuosos, será necesario concluir que debemos procurar con todas nuestras fuerzas adquirir tales virtudes. Y, por el contrario, si los hurtos, latrocinios, crímenes, la vida de placer, son pecados que hacen al hombre convertirse en bestia y dejar de ser hombre, deberemos abstenernos de ellos. Y adviértase que quien obra conscientemente, sin esperar

* Pedro Pomponazzi, *De la inmortalidad del alma,* en *Evol. de la civil. contemp. (op. cit.).*

otro premio que la virtud, trabaja, al parecer, mucho más virtuosa y sinceramente que aquel que espera alguna recompensa más allá de la virtud; y el que evita el pecado por la impureza del mismo y no por temor al castigo que el pecado merece, es más digno de alabanza, al parecer, que quien lo evita por miedo al castigo, como se dice en aquellos versos:

> El bueno aborrece el pecado por amor a la virtud.
> El malo aborrece el pecado por miedo del castigo.

De ahí que conserven mejor el principio de la virtud, los que afirman más perfectamente que el alma es mortal, que los que dicen que es inmortal. Porque la esperanza del premio y el temor del castigo producen, según se ve, un cierto servilismo que es contrario a la naturaleza de la virtud.

En apoyo de esta opinión hay que recordar que, como enseña Aristóteles en los libros *De generatione animalium (De la generación de los animales)*, la naturaleza procede paso a paso, ordenadamente, y no enlaza inmediatamente un extremo con otro, sino un extremo con un medio. Por eso vemos que entre las yerbas y los árboles median los arbustos; entre los vegetales y los animales están los seres animados inmóviles, como las ostras y otros de esta especie; y lo mismo ocurre siguiendo la escala. El bendito Dionisio lo sostiene también en el séptimo capítulo del *De divinis nominibus (De los nombres divinos)*, cuando dice que la sabiduría divina une los fines de las cosas inferiores con los principios de las superiores. Por otra parte, se ha dicho que el hombre es el más perfecto de los animales y, por consiguiente, correspondiendo al alma humana el primer lugar entre las cosas materiales, deberá unirse con las inmateriales como el intermedio entre éstas y las cosas materiales. Pero el medio es un extremo cuando se le compara con los extremos; luego, comparada con las cosas inmateriales, se le puede llamar material, e inmaterial si se compara con las materiales. Y no sólo es que merezca estos nombres; es que participa también de las propiedades de los extremos: el verde comparado con el blanco no sólo se le llama negro, sino que atrae la vista como el negro, aunque no tan intensamente. Por eso también el alma humana tiene algunas de las propiedades de las inteligencias y algunas de las de todas las cosas materiales; y cuando realiza funciones concordes con las inteligencias, se dice que es divina y que se transforma en los dioses; pero cuando realiza las funciones de las bestias, se dice que se cambia en bestia, y por su maldad se le llama serpiente o zorro, por su crueldad tigre, y así en lo

demás. Pues nada hay en el mundo que no pueda convenir al hombre en virtud o alguna propiedad, y no en vano se le ha llamado microcosmos o pequeño mundo. Ésta es la razón de que algunos hayan dicho del hombre que es una gran maravilla, por ser todo el mundo y convertirse en cualquier naturaleza, ya que le ha sido dado el poder de alcanzar cualquier cosa que le plazca. Y los antiguos creaban bien los mitos cuando decían que algunos hombres se habían hecho dioses, otros leones, otros lobos, algunos águilas, algunos peces, algunos plantas, algunos rocas, etcétera, pues ciertos hombres alcanzaron el intelecto, otros los sentidos, algunos los poderes del alma vegetativa, etcétera.

Por consiguiente, quien anteponga los placeres corporales a las virtudes morales o intelectuales, hará que el hombre sea más bestia y menos Dios; los que anteponen las riquezas hacen al hombre de oro: por eso hay que llamar a unos bestias y a otros insensatos. Así, pues, aunque el alma sea mortal, no se deben despreciar las virtudes ni buscar los placeres, a no ser que se prefiera ser bestia y no hombre, insensato y no sensato o sabio. Con todo, debería saberse que, aunque el hombre participa en gran medida de lo material y lo inmaterial, se dice con propiedad que participa de lo inmaterial por carecer mucho de la inmaterialidad; y no es justo decir que participa de los animales y vegetales, sino más bien que los contiene por estar bajo las cosas inmateriales y por encima de las materiales. Y así no puede alcanzar la perfección de lo inmaterial: por eso no se les llama dioses a los hombres, sino semejantes a Dios o divinos. Mas no sólo se puede hacer el hombre igual a una bestia, sino que puede sobrepasarla incluso; y existen hombres mucho más crueles que cualquier animal, como dice Aristóteles en el libro séptimo de la *Ética:* "Un hombre malo es diez mil veces peor que una bestia." Y lo mismo que se ha dicho de la crueldad, se puede decir de otros vicios. Siendo, pues, tan sucio el pecado, y la vida del pecado tan injusta, y siendo lo contrario la virtud, aunque sea mortal el alma ¿quién podría preferir el pecado a la virtud, a menos que quiera ser bestia o peor que una bestia?

ENSAYOS *

Miguel de Montaigne (1533-1592)

Los Essais *de Montaigne, de los que reproducimos una parte, inauguran un estilo literario. Pero independientemente de la contribución literaria de Montaigne, sus* Essais *constituyen la obra de un espíritu refinado, ágil y profundo. Amante de la vida apacible y cómoda, desempeñó, no obstante, algunos cargos públicos. Fue nombrado por Carlos IX gentilhombre de cámara.*

Capítulo XXV. De la educación de los hijos. A la señora Diana de Foix, condesa de Gurson

Esto que aquí escribo son mis opiniones e ideas: yo las expongo según las veo y las creo atinadas, no como cosa incontrovertible y que deba creerse a pie juntillas: no busco otro fin distinto al de trasladar al papel lo que dentro de mí siento, que acaso será distinto mañana, si enseñanzas nuevas modifican mi manera de ser, y declaro que ni tengo ni deseo autoridad bastante para ser creído, reconociéndome, como me reconozco, demasiado mal instruido para enseñar a los demás.

Un amigo que leyó en mi casa el capítulo precedente días pasados, díjome que debía haberme extendido más sobre la educación de los niños; por manera, señora, que si realmente poseyera yo alguna competencia en tal materia, en modo alguno pudiera darle mejor empleo que haciendo de ella un presente al pequeñuelo que pronto verá la luz (vuestra hidalguía es grande para dejar de comenzar por un varón). Habiéndome cabido una grande parte en la conclusión de vuestro matrimonio, créome con derecho y estoy interesado en la grandeza y prosperidad de todo lo que sobrevenga, a más que de antiguo estoy obligado a vuestras mercedes, lo cual obliga doblemente mi interés hacia todo lo que con vos se relaciona directamente. Entiendo yo, señora, que la mayor y principal dificultad de la humana ciencia reside en la acertada dirección y educación de los niños, del propio modo que en la agricultura las labores que preceden

* Miguel de Montaigne, *Ensayos,* v. 1, Buenos Aires, Editorial Losada, 1941.

a la plantación son sencillas y no tienen dificultad; mas luego que la planta ha arraigado, para que crezca hay diversidad de procedimientos, que son difíciles. Lo propio acontece con los hombres: darles vida no es difícil, mas luego que la tienen vienen los diversos cuidados y trabajos que exigen su educación y dirección. La apariencia de sus inclinaciones es tan indecisa en la primera infancia y tan inciertas y falsas las promesas que de aquéllas pueden deducirse, que no es viable fundamentar por ellas ningún juicio atinado. Cimón y Temístocles fueron bien distintos de lo que por su infancia hubiera podido adivinarse. Los pequeñuelos de los osos y los perrillos muestran desde luego su inclinación natural, mas los hombres siéntense desde los comienzos impelidos por costumbres, leyes y opiniones que los disfrazan fácilmente, pues es bien difícil forzar las tendencias o propensiones naturales. De donde resulta que por no haber elegido bien su camino, trabájase sin fruto, empleando un tiempo inútil en destinar a los niños precisamente para aquello que no han de servir. No obstante tal dificultad, precisa a mi entender encaminarlos siempre hacia las cosas mejores, de las cuales puedan sacar mayor provecho, fijándose poco en adivinaciones ni pronósticos de que sacamos consecuencias demasiado fáciles en la infancia. Platón, en su República, entiendo que les concede autoridad demasiada.

Es la ciencia, señora, ornamento de valer, al par que instrumento que presta relevantes servicios, señaladamente a las personas de vuestro rango. En verdad, entiendo que no se encuentra bien hallada en manos bajas y plebeyas; siéntese más orgullosa prestando su concurso para conducir una guerra, gobernar un pueblo, y frecuentar la amistad de un príncipe o de una nación extranjera, que para ordenar un argumento dialéctico, pronunciar una defensa o preparar una caja de píldoras. Así, señora, como estoy bien seguro de que no olvidaréis tal principio en la educación de vuestros hijos, vos que habéis gustado tiempo ha de la dulzura de las letras y que pertenecéis a una familia literaria (aun poseemos los escritos de los antiguos condes de Foix, de quien desciende el señor conde vuestro esposo y descendéis vos misma, y Francisco, señor de Candal, vuestro tío, da a luz todavía obras que extenderán el conocimiento de aquella cualidad de vuestra familia hasta los siglos venideros), quiero manifestaros la sola opinión que acerca de educación profeso, contraria al común sentir y uso. Es cuanto puedo hacer en vuestro servicio en este punto.

Al cargo del maestro que confiráis, en la elección del cual es-

triba todo el fruto de su educación, acompañan otras importantes atribuciones, de las cuales me guardaré de hablar por no saber nada importante acerca de ellas; y sobre lo que más adelante diré, sólo deseo que aquél fije su atención en lo que para él sea de mayor provecho. A un hijo de familia que cultiva las letras, no como medio de vivir (pues éste es fin abyecto e indigno de la gracia y favor de las musas, tras de suponer además la dependencia ajena), ni tanto para gusto de los extraños como para el de los suyos, y para enriquecerse y adornarse con ellas, que se propone antes ser hombre hábil que hombre sabio, yo desearía que se pusiera muy especial cuidado en encomendarle a un preceptor de mejor cabeza que provista de ciencia, y que maestro y discípulo se encaminaran más bien a la recta dirección del entendimiento y costumbres, que a la enseñanza por sí misma, y apetecería también que el maestro se condujera en su cargo de una manera nueva.

No cesa de alborotarse en nuestros oídos, como quien vertiera en un embudo, y nuestro deber no se hace consistir más que en repetir lo que se nos ha dicho; querría yo que el maestro se sirviera de otro procedimiento, y que desde luego, según el alcance espiritual del discípulo, comenzase a mostrar ante sus ojos el exterior de las cosas, haciéndoselas gustar, escoger, y discernir por sí mismo, ya preparándole el camino, ya dejándole en libertad de buscarlo. Tampoco quiero que el maestro invente ni sea sólo el que hable; es necesario que oiga a su educando hablar a su vez. Sócrates, y más tarde Arcesilao, hacían primeramente expresarse a sus discípulos, y luego hablaban ellos. *Obest plerumque iis, qui discere volunt, auctoritas eorum, qui docent.** Bueno es que le haga correr ante su vista para juzgar de sus bríos y ver hasta qué punto se debe rebajar para acomodarse a sus fuerzas. Si de tales requisitos prescindimos, ningún fruto alcanzaremos; saberlos escoger y conducirlos con acierto y mesura es una de las labores más arduas que conozco. Un alma superior y fuerte sabe condescender con los hábitos de la infancia, al par que guiarlos. Yo camino con mayor seguridad y planta más segura al subir que al bajar.

Aquellos que como nuestro uso tiene por hábito aplican idéntica pedagogía y procedimientos iguales a la educación de entendimiento de diversas medidas y formas, engáñanse grandemente: no es de maravillar si en todo un pueblo de niños apenas se encuentran dos o tres que hayan podido sacar algún

* La autoridad de los que enseñan perjudica muchas veces a los que quieren aprender. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 5.

fruto de la educación recibida. Que el maestro no se limite a preguntar al discípulo las palabras de la lección, sino más bien el sentido y la sustancia; que se informe del provecho que ha sacado, no por la memoria del alumno, sino por su conducta. Conviene que lo aprendido por el niño lo explique éste de cien maneras diferentes y que lo acomode a otros tantos casos para que de este modo pueda verse si recibió bien la enseñanza y la hizo suya, juzgando de sus adelantos según el método pedagógico seguido por Sócrates en los diálogos de Platón. Es signo de crudeza e indigestión el arrojar la carne tal y como se ha comido; el estómago no hizo su operación si no transforma la sustancia y la forma de lo que se diera para nutrirlo. Nuestra alma no se mueve sino por extraña voluntad, y está ligada y constreñida, como la tenemos acostumbrada a las ideas ajenas; es sierva y cautiva bajo la autoridad de su lección: tanto se nos ha subyugado que se nos ha dejado sin libertad ni desenvoltura. *Nunquam tutelae suae fiunt.**

Hallándome en Pisa tuve ocasión de hablar familiarmente con una persona excelente, pero tan partidaria de Aristóteles, que profesaba con cabal firmeza la creencia de que el toque y la regla de toda verdad e idea sólida era su conformidad con la doctrina aristotélica, y que fuera de tal doctrina todo era quimera y vacío; que Aristóteles lo había visto todo y todo lo había dicho. Por haber sido esta proposición un tanto amplia, al par que injustamente interpretada, nuestro hombre se las hubo durante largo tiempo con la inquisición de Roma.

Debe el maestro acostumbrar al discípulo a pasar por el tamiz todas las ideas que le trasmita y hacer de modo que su cabeza no dé albergue a nada por la simple autoridad y crédito. Los principios de Aristóteles, como los de los estoicos o los de los epicúreos, no deben ser para él doctrina incontrovertible; propóngasele semejante diversidad de juicios, él escogerá si puede, y si no, permanecerá en la duda:

Che non men che saver, dubbiar m'aggrata: **

pues si abraza, después de reflexionarlas, las ideas de Jenofonte y las de Platón, estas ideas no serán ya las de esos filósofos, serán las suyas; quien sigue a otro no sigue a nadie, nada encuentra, y hasta podría decirse que nada busca: que sepa darse

* Nunca son dueños de sí mismos. SÉNECA, *Epist.* 33.

** Que no menos que saber, dudar me agrada. DANTE, *Infierno,* cant. XI, v. 93.

razón al menos de lo que sabe. Es preciso que se impregne del espíritu de los filósofos, no basta con que aprenda los preceptos de los mismos; puede olvidar si quiere cuál fue la fuente de su enseñanza, pero a condición de sabérsela apropiar. La verdad y la razón son patrimonio de todos, y ambas pertenecen por igual al que habló antes que al que habló después. Tanto monta decir según el parecer de Platón que según el mío, pues los dos vemos y entendemos del mismo modo. Las abejas extraen el jugo de diversas flores y luego elaboran la miel, que es producto suyo, y no tomillo ni mejorana: así las nociones tomadas a otro, las transformará y modificará para con ellas ejecutar una obra que le pertenezca, formando de este modo su saber y su discernimiento. Todo el estudio y todo el trabajo no deben ir encaminados a distinta mira que a su formación. Que sepa ocultar todo aquello de que se ha servido y exprese sólo lo que ha acertado a hacer. Los salteadores y los tramposos exhiben ostensiblemente sus fincas y las cosas que compran, y no el dinero que robaron o malamente adquirieron; tampoco veréis los honorarios secretos que recibe un empleado de la justicia, mostraráos sólo los honores y bienandanzas que obtuvo para sí y para sus hijos: nadie entera a los demás de lo que recibe, cada cual deja ver solamente sus adquisiciones.

El fruto de nuestro trabajo debe consistir en transformar al alumno en mejor y más prudente. Decía Epicarmo que el entendimiento que ve y escucha es el que de todo aprovecha, dispone de todo, obra, domina y reina; todo lo demás no son sino cosas ciegas, sordas y sin alma. Voluntariamente convertimos el entendimiento en cobarde y servil por no dejarle la libertad que le pertenece.

¿Quién preguntó jamás a su discípulo la opinión que formaba de la retórica y la gramática, ni de tal o cual sentencia de Cicerón? Son introducidas las ideas en nuestra memoria con la fuerza de una flecha penetrante, como oráculos en que las letras y las sílabas constituyen la sustancia de la cosa. Saber de memoria no es saber, es sólo retener lo que se ha dado en guarda a la memoria. De aquello que se conoce rectamente se dispone en todo momento sin mirar el patrón o modelo, sin volver la vista hacia el libro. Pobre capacidad la que se saca únicamente de los libros. Transijo con que sirva de ornamento, nunca de fundamento, y ya Platón decía que la firmeza, la fe y la sinceridad constituyen la verdadera filosofía; las ciencias cuya misión es otra, y cuyo fin es distinto, no son más que puro artificio. Quisiera yo que Paluël o Pompeyo, esos dos conocidos bailari-

nes, nos enseñaran a hacer cabriolas con verlos danzar solamente, sin que tuviéramos necesidad de movernos de nuestros asientos; así pretenden nuestros precepetores adiestrarnos el entendimiento, sin quebrantarlo; fuera lo mismo el intentar enseñarnos el manejo del caballo, el de la pica, a tocar el laúd, o a cantar, sin ejercitarnos en estas faenas. Quieren enseñarnos a bien juzgar y a bien hablar sin acostumbrarnos a lo uno ni a lo otro. Ahora bien, para tal aprendizaje, todo lo que ante nuestra vista se muestra es libro suficiente: la malicia de un paje, la torpeza de un criado, una discusión de sobremesa, son otros tantos motivos de enseñanza.

Por esta razón es el comercio de los hombres maravillosamente adecuado al desarrollo del entendimiento, igualmente que la visita a países extranjeros, no para aprender solamente, como hace la nobleza francesa, los pasos que mide la Santa Rotonda o la riqueza de los calzones de la señora Livia; otros nos refieren cómo la cara de Nerón, conservada en alguna vieja ruina, es más larga o más ancha que la de otra medalla de la misma época. Todas éstas son cosas bien baladíes; se debe viajar, para conocer el espíritu de los países que se recorren y sus costumbres y para frotar y limar nuestro cerebro con el de los demás. Yo quisiera que los viajes empezaran desde la infancia, y en primer término, para matar así de un tiro dos pájaros, por las naciones vecinas, en donde la lengua difiera más de la nuestra. Es indispensable conocer las lenguas vivas desde muy niño, de lo contrario, los idiomas no se pliegan luego a la pronunciación.

De igual modo es opinión de todos recibida, que no es conveniente educar a los hijos en el regazo de sus padres; el amor de éstos los enternece demasiado y hace flojos hasta los más prudentes. No son los padres capaces ni de castigar sus faltas, ni de verlos alimentarse groseramente, como conviene que se haga; tampoco podrían soportar el verlos sudorosos y polvorientos después de algún ejercicio rudo, ni que bebieran líquidos demasiado calientes o fríos, ni el verlos sobre un caballo indócil, ni frente a un tirador de florete, como tampoco disparar la primera arcabuzada, cosas todas necesarias e indispensables. Tales ejercicios son el único medio de formar un hombre cual debe apetecerse, y ninguno hay que descuidar durante la juventud; hay que ir a veces contra los preceptos de la medicina:

Vitamque sub dio, et trepidis agat
In rebus.*

No basta sólo fortificar el alma, es preciso también endurecer los músculos; va el alma demasiado de prisa si muy luego no es secundada, y tiene por sí sola demasiada labor para bastar a dos oficios. Yo sé cuán penosamente trabaja la mía, unida como está a un cuerpo tan flojo y tan sensible que se encomienda constantemente a sus fuerzas, y con frecuencia advierto que en sus escritos mis maestros los antiguos presentan como actos magnánimos y valerosos, ejemplos que dependen más bien del espesor de la piel y dureza de los huesos, que del vigor anímico.

He visto hombres, mujeres y niños de tal modo constituidos, que un bastonazo les es menos sensible que a mí un capirotazo en las narices; que no mueven lengua ni pestañas ante los golpes que se les propinan. Cuando los atletas imitan a los filósofos en lo pacientes, más que fortaleza de corazón, muestran vigor de nervios. Endurecerse al trabajo es endurecerse al dolor: *Labor callum obducit dolori.*** Es preciso habituar al niño a la aspereza y fatiga de los ejercicios para acostumbrarse así a la pena y al sufrimiento de la dislocación, del cólico, cauterio, prisión y tortura. Estos males pueden, según los tiempos, caer sobre los buenos como sobre los malos. Sobrados ejemplos de ello vemos en nuestros días, pues los que hoy combaten contra las leyes exponen a los suplicios y a la muerte a los hombres honrados.

La autoridad del preceptor, además, debe ser absoluta sobre el niño, y la presencia de los padres la imposibilita y aminora; a lo cual contribuye también la consideración que la familia muestra al heredero y el conocimiento que éste tiene de los medios y grandeza de su casa. Circunstancias son éstas, a mi entender, que se truecan en graves inconvenientes.

En las relaciones que mantienen los hombres entre sí, he advertido con frecuencia que, en vez de adquirir conocimiento de los demás, no hacemos sino darlo amplio de nosotros mismos, y preferimos mejor soltar nuestra mercancía, que adquirirla nueva; la modestia y el silencio son cualidades útiles en la conversación. Se acostumbrará al niño a que no haga alarde de su saber cuando lo haya adquirido; a no contradecir las tonterías y patrañas que puedan decirse en su presencia, pues es descor-

* Que viva a la intemperie y viva rodeado de alarmas. HORACIO, Od., III, 2, 5.

** El trabajo forma callo contra dolor. CICERÓN, *Tusc. quaest.*, II, 15.

tés censurar lo que nos choca o desagrada. Conténtese con corregirse a sí mismo y no haga a los demás reproche de lo que le disgusta, ni se ponga en contradicción con las públicas costumbres: *Licet sapere sine pompa, sine invidia.** Huya de las maneras pedantescas y de la pueril ambición de querer aparecer a los ojos de los demás como más sutil de lo que es, y cual si fuera mercancía de difícil colocación no pretenda sacar partido de tales críticas y reparos. De igual modo que sólo incumbe a los grandes poetas emplear las licencias del arte, así también corresponde sólo a las almas grandes y a los espíritus elevados el ir contra la corriente general. *Si quid Socrates aut Aristippus contra morem et consuetudinem fecerunt, idem sibi ne arbitretur licere: magnis enim illi et divinis bonis hanc licentiam assequebrantur.*** Debe acostumbrársele a no entrar en discusiones ni disputas más que cuando haya de habérselas con un campeón digno de ser contradicho; y aún entonces, a no emplear todas las razones que puedan servirle, sino las que puedan servirle mejor. Debe hacerse de modo que sea escrupuloso en la elección de argumentos, al par que amante de la concisión y la brevedad en toda discusión; debe acostumbrársele sobre todo a entregarse y a deponer las armas ante la verdad, luego que la advierta, ya nazca de las palabras de su adversario, ya surja de sus propios argumentos, por haber dado con ella de pronto; pues no estando obligado a defender ninguna cosa determinada, debe sólo interesarle aquello que apruebe, no perteneciendo al oficio en que por dinero contante se participa de una u otra opinión, o se pertenece a uno u otro bando.

Si el preceptor comparte mi manera de ver, enseñará a su discípulo a ser muy leal servidor de su soberano y además afectuoso y valiente, cuidando a la vez de que su cariño al príncipe no vaya más allá de lo que prescribe el deber político. Aparte de otros obstáculos que aminoran nuestra libertad por obligaciones especiales, la opinión de un hombre asalariado, o no es cabal y está sujeta a trabas, o hay motivo para tacharla de imprudente e ingrata. El verdadero cortesano no puede tener más ley ni más voluntad que las de su amo, quien entre millares de súbditos lo escogió para mantenerlo y elevarlo. Tal merced corrompe la franqueza del súbdito y le deslumbra; así vemos de ordinario que el lenguaje de los cortesanos difiere

* Se puede ser sabio con modestia, sin orgullo. SÉNECA, *Epíst.* 103.

** Porque Aristipo o Sócrates no respetaron siempre las costumbres de su país, sería un error suponer que se puede imitarlos. Su mérito grande y divino autorizaba esa libertad. CICERÓN, *Acad.*, II, 41.

del de las demás gentes del Estado y que gozan de escaso crédito cuando hablan de ese tema.

Que la virtud y la honradez resalten en sus palabras, y que éstas vayan siempre encaminadas a la razón. Persuádasele de que la declaración del error que encuentre en sus propios razonamientos, aunque sea él solo quien lo advierta, es clara muestra de sinceridad y de buen juicio, cualidades a que debe siempre tender, pues la testarudez y el desmedido deseo de sustentar las propias aserciones son patrimonio de los espíritus bajos, mientras que el volver sobre su aviso, corregirse, apartarse del error en el calor mismo de la discusión, arguye cualidades muy principales, al par que un espíritu elevado y filosófico. Debe acostumbrársele a que cuando se encuentre en sociedad fije en todas partes su atención, pues suele ocurrir que los sitios de preferencia los ocupan las personas de menor mérito, y las que gozan de mayor fortuna no comulgan con la capacidad. En una ocasión he visto, que mientras en la cabecera de una mesa se hablaba de la hermosura de una tapicería o del sabor de la malvasía, en el otro extremo se hacía gala de ingenio de buena ley, en que los primeros no ponían la menor atención. Debe acostumbrársele a sondear el alcance de los rasgos de cada hombre en particular: el boyero, el albañil, la persona que pasa por la calle, todo debe examinarlo y apoderarse de lo característico de cada uno, pues todo es bueno para la casa; la misma torpeza y desacierto ajenos le servirán de instrucción, y en el examen de las maneras de los demás gustará de las buenas y desdeñará las malas.

Sea inspirado su entendimiento por una curiosidad legítima que le haga informarse de todas las cosas; todo aquello que haya de curioso en derredor suyo debe verlo, ya sea un edificio, una fuente, un hombre, el sitio en que se libró una antigua batalla, el paso de César o el de Carlomagno:

> Quae tellus sit lenta gelu, quae putris ab aestu;
> Ventus in Italian quis bene vela ferat; *

Informarse a la vez de las costumbres, recursos y alianzas de este o aquel príncipe; cosas son éstas agradables de aprender y el saberlas es muy útil.

Al hablar del trato de los hombres incluyo entre ellos y por modo principalísimo a los grandes, aquellos que no viven sino

* Qué región está amortecida por el hielo o polvorienta por el calor; qué viento propicio empuja las naves a Italia. PROPERCIO, IV, 3, 39.

en los libros; debe frecuentar los historiadores que relataron la vida de las almas principales de los siglos más esclarecidos. Es éste para muchas gentes un estudio baladí, mas para los espíritus delicados ocupación que procura frutos inestimables y el único que según Platón los lacedemonios se reservaron para sí mismos. Puede sacar, por ejemplo, gran provecho y enseñanza con la lectura de las vidas de nuestro Plutarco; pero que el preceptor no pierda de vista cuál es el fin de sus desvelos; que no ponga tanto interés en enseñar a su discípulo la fecha de la ruina de Cartago como las costumbres de Escipión y Aníbal; ni tanto en informarle del lugar donde murió Marcelo como en hacerle ver que allí le encontró la muerte por no haber estado a la altura de su deber. Que no ponga tanto interés en que aprenda los sucesos como en que sepa juzgarlos; es a mi modo de ver la historia la parte en que los espíritus se aplican de manera más diversa, sacando cada cual consecuencias distintas, según sus peculiares dotes; yo he leído en Tito Livio cien cosas que otro no ha leído. Plutarco ha leído ciento más que yo no he sabido encontrar, y acaso haya entre ellas muchas en que el autor ni pensó siquiera; es para unos la historia un simple estudio de gramática, para otros la investigación recóndita de los principios filosóficos que explican las acciones más oscuras de la humana naturaleza. Hay en Plutarco amplios discursos que son muy dignos de ser sabidos, y según mi dictamen, es maestro acabado en tales materias; mas hay otros que el historiador no ha hecho más que indicar ligeramente, señalando sólo como de pasada el camino que podemos seguir si queremos profundizarlos. Preciso es, pues, arrancarlos del lugar donde se encuentran y hacerlos nuestros, como por ejemplo, la siguiente frase: que los habitantes de Asia obedecían a uno sólo por ignorar la pronunciación de una sola sílaba, la sílaba no. Acaso fue este pasaje el que dio ocasión a La Boëtie para escribir su *Servidumbre voluntaria*. En la vida de un hombre, tal ligera acción o tal palabra que parece sin trascendencia, pueden ser un discurso. ¡Lástima que los hombres de gran entendimiento propendan con exceso a la concisión! Sin duda con ello su reputación no disminuye ni su valer decrece; mas para nosotros, que valemos mucho menos, el exceso de laconismo perjudica nuestra enseñanza. Gusta más Plutarco de ser estimado por sus juicios que por su saber; prefiere, antes que saciarnos, que nos quedemos con apetito, y comprende que hasta leyendo cosas excelentes puede fatigarse el lector, pues sabe que Alexándridas censuró con justicia a un hombre que hablaba con acierto a los

éforos, pero que diluía demasiado las ideas: "Oh, extranjero —le dijo— hablas de lo que conviene, como no conviene." Los que tienen el cuerpo flaco lo abultan interiormente; así aquellos cuyas ideas son insignificantes las inflan con palabras.

La frecuentación del mundo y el trato de los hombres procuran clarividencia de juicio; vivimos como encerrados en nosotros mismos; nuestra vida no alcanza más allá de nuestras narices. Preguntado Sócrates por su patria, no respondió soy de Atenas, sino soy del mundo. Como tenía la imaginación amplia y comprensiva, abrazaba el universo cual su ciudad natal, extendiendo su conocimiento, sociedad y afecciones a todo el género humano, no como nosotros que sólo extendemos la mirada a lo que cae bajo nuestro dominio. Cuando las viñas se hielan en mi lugar, asegura el cura que la causa del mal es un castigo del cielo que el Señor envía al género humano, y afirma que la sed ahoga ya hasta a los caníbales. Considerando nuestras guerras intestinas, ¿quién no juzga que el mundo se derrumba y que tenemos encima el día del juicio final? Al abrigar tal creencia no se para mientes en que mayores males han acontecido, ni tampoco que en las diez mil partes del universo las cosas no van mal en igual momento. Yo, en presencia de tantas licencias y desórdenes, y de la impunidad de los mismos, más bien encuentro que nuestras desdichas son blandas. Quien recibe el granizo sobre su cabeza cree que la tempestad reina en todo el hemisferio, y a este propósito merece citarse el dicho del saboyano, el cual entendía que el rey de Francia había sido un tonto; pues de haber sabido conducir con acierto sus intereses, hubiera llegado a ser mayordomo de su duque; su cabeza no concebía más elevada jerarquía que la de su amo. Insensiblemente todos permanecemos en error análogo, que acarrea graves consecuencias y prejuicios. Mas quien se representa como en un cuadro esta dilatada imagen de nuestra madre naturaleza en su cabal majestad, quien lea en su aspecto su general y constante variedad, quien se considere no ya él mismo, sino todo un reino, como un trazo casi imperceptible, sólo ése estima y juzga las cosas de un modo adecuado a su cabal magnitud.

Este mundo dilatado, que algunos multiplican todavía como las especies dentro de su género, es el espejo en que para conocernos fielmente debemos contemplar nuestra imagen. En conclusión, mi deseo es que el universo entero sea el libro de nuestro escolar. Tal diversidad de caracteres, sectas, juicios, opiniones, costumbres y leyes, enséñanos a juzgar rectamente de los nues-

tros peculiares, y encamina nuestro criterio al reconocimiento de su imperfección y de su natural debilidad; este aprendizaje reviste la mayor importancia; tantos cambios surgidos, así en el Estado como en la pública fortuna, nos enseñan a no admirarnos de la nuestra; tantos nombres, tantas victorias y conquistas, éstas y aquéllas enterrados en el olvido, hacen ridícula la esperanza de eternizar nuestro nombre por el mérito de habernos apoderado de diez mezquinos soldados y de un gallinero, cuya existencia salió a la luz por la nueva de nuestra acción: la vanidad y el orgullo de tantas extrañas pompas, la majestad inflada de tantas cortes y grandezas, nos afirma y asegura en la consideración de la nuestra, haciendo que la juzguemos atinadamente, con los ojos serenos; tantos millares de hombres que vivieron antes que nosotros fortifícannos y nos ayudan a no temer el ir a encontrar al otro mundo tan excelente compañía. Y así con todo. Nuestra vida, decía Pitágoras, se asemeja a la grande y populosa asamblea de los juegos olímpicos; unos ejercitan su cuerpo para alcanzar renombre en los juegos; otros en el comercio para lograr ganancia, y otros hay, que no son ciertamente los más insignificantes, cuyos fines consisten sólo en investigar la razón de las cosas y en ser pacíficos espectadores de la vida de los demás hombres para ordenar y juzgar la suya propia.

A estos ejemplos podrán acompañar todas las sentencias más provechosas de la filosofía, por virtud de las cuales deben juzgarse los actos humanos. Se les enseñará:

quid fas optare, quid asper
Utile nummus habet; patriae carisque propinquis
Quantum elargiri deceat: quem te Deus esse
Jussit, et humana qua parte locatus es in re;
Quid sumus, aut quidnam victuri gignimur... *

qué cosa es saber y qué cosa es ignorar; cuál debe ser el fin del estudio; qué cosas sean el valor, la templanza y la justicia; la diferencia que existe entre la ambición y la avaricia, la servidumbre y la sujeción; la libertad y la licencia, cuáles son los caracteres que reviste el sólido y verdadero contentamiento; hasta qué punto son lícitos el temor de la muerte, el dolor y la vergüenza.

* Qué es justo desear, qué provecho tiene el áspero dinero, cuánto se ha de conceder a la patria y a los queridos familiares, quién mandó Dios que fueses, en qué parte de la sociedad humana estás colocado, qué somos y con qué designio nos dio el ser. PERSIO, III, 69.

Et quo quemque modo fugiatque feratque lamorem;*

cuáles son los resortes que nos mueven y la causa de las múltiples agitaciones que residen en nuestra naturaleza, pues entiendo que los primeros discursos que deben infiltrarse en su entendimiento deben ser los que tienden al régimen de sus costumbres y sentidos; los que le enseñen a conocerse, a bien vivir y a bien morir. Entre las artes liberales, comencemos por las que nos hacen libres; todas, cada cual a su manera, contribuyen a la instrucción de nuestra vida y conducta, del propio modo que todas las demás cosas prestan también su concurso; mas elijamos entre ellas las de una utilidad más directa, y las que se refieren a nuestra profesión. Si sabemos restringir aquello que es pertinente a nuestro estado, si a sus naturales y justos límites lo reducimos, veremos que la mayor parte de las ciencias que se estudian son inútiles a nuestro fin particular; y que aun entre las de utilidad reconocida, hay muchas partes profundas inútiles de todo en todo, que procediendo buenamente debemos dejar a un lado. Con arreglo a los principios en que Sócrates fundamentaba la educación, debe prescindirse de todo cuanto no nos sea provechoso:

Sapere aude,
Incipe: vivendi recte qui prorogat horam,
Rusticus expectat dum defluat amnis; at ille
Labitur, et labetur in omne volubilis aevum.**

Es gran simpleza el enseñar a nuestros hijos:

Quid moveant Pisces, animosaque signa Leonis,
Lotus et Hesperia quid Capricornus aqua;***

la ciencia de los astros y el movimiento de la octava esfera antes que los suyos propios:

Τί κλείάδεισι Κομοί
Τί δ'ἀστράσι Βοωτέω.****

* Y de qué modo debemos evitar o soportar, las penas. VIRGILIO, *Eneida*, II, 459.

** Determínate a ser virtuoso, empieza; quien difiere la mejora de la propia conducta es el rústico que aguarda que el río se agote; pero el río corre y correrá eternamente. HORACIO, *Epist.*, II, 1, 40.

*** Cuál es la influencia del signo de Piscis, del León inflamado y del Capricornio, bañado en el mar occidental. PROPERCIO, IV, 1, 89.

**** ¿Qué me importan las Pléyades ni la constelación del Boyero? ANACREONTE, *Od.* XVII, 10.

Anaxímenes escribía a Pitágoras: "¿Qué provecho puedo yo sacar del conocimiento de la marcha de los astros cuando tengo siempre presentes ante mis ojos la muerte y la servidumbre?" En aquella época los reyes persas preparaban la guerra contra los griegos. Cada cual debe hacerse la consideración siguiente: "Hallándome devorado por la ambición, la avaricia, la superstición, la temeridad, y albergando además interiormente otros tantos enemigos de la vida, ¿es lícito que me preocupe del sistema del mundo?"

Luego de haberle enseñado todo cuanto contribuye a hacerle mejor y más juicioso, se le mostrará qué cosas son la lógica, la física, la geometría, la retórica; y la ciencia que particularmente cultive, teniendo ya el juicio formado, muy luego la poseerá. Recibirá la enseñanza por medio de explicaciones unas veces, y por medio de los libros otras; ya el preceptor le suministrará la doctrina del autor que estudie, ya le ofrecerá la misma doctrina extractada y aclarada; y si el discípulo no posee fuerzas bastantes para encontrar en los libros todo lo bueno que contienen para sacar la enseñanza que persigue, deberá procurársele un maestro especial en cada materia para que adoctrine completamente al alumno. Que tal enseñanza es más útil y natural que la de Gaza, ¿quién puede dudarlo? Consistía la de este gramático en preceptos oscuros e ingratos, en palabras vanas y descarnadas, en las cuales nada había que contribuyera a despertar el espíritu. En el método que yo preconizo, el espíritu encuentra materia con qué nutrirse; el fruto que se alcanza es sin comparación mayor, y así llegará más pronto a la madurez.

Enseñará además el maestro que el valor y alteza de la virtud verdadera residen en la facilidad, utilidad y placer de su ejercicio, tan apartado de toda traba, que hasta los niños pueden practicarla del propio modo que los hombres, así los sencillos como los sutiles. El método será su instrumento, no la violencia. Sócrates su primer favorito, se colocaba al nivel de su escolar para mayor provecho, facilidad y sencillez de su doctrina. Es la virtud la madre que alimenta los placeres humanos, y al par que los mantiene en el justo medio, contribuye a hacerlos puros; al moderarlos los mantiene en vigor y nos hace desearlos; eliminados los que no admite, nos trueca en más aptos para disfrutar de los que nos son lícitos, y nos lo son muchos; todos los que la naturaleza nos permite soportar, no sólo hasta la saciedad, sino hasta el cansancio; naturalmente a menos que creamos que el régimen que detiene al bebedor antes de la borra-

chera, al comedor antes de la indigestión y al lascivo antes de la calvicie, sea enemigo de nuestros placeres. Si la fortuna le falta, la virtud hace que prescinda de ella, que no la eche de menos, forjándose otra que le pertenezca por entero. Sabe la virtud ser rica, sabia y poderosa y reposar en perfumada pluma; ama la vida, la belleza, la gloria y la salud, pero su particular misión consiste en usar con templanza de tales bienes y en que estemos siempre apercibidos a perderlos: oficio más noble que rudo, sin el apoyo del cual toda humana existencia se desnaturaliza, altera y deforma, y puede a justo título representarse llena de escollos y arbustos espinosos, plagada de monstruos.

Si el discípulo es de tal condición que prefiere oír la relación de una fábula o la narración de un viaje interesante o a escuchar una máxima profunda; si al toque del tambor, que despierta el belicoso fuego de sus compañeros, permanece indiferente y prefiere ver las mojigangas de los titiriteros; si no encuentra más grato y dulce volver polvoriento y victorioso de un combate, que del baile o del juego de pelota, con el premio que acompaña a estas diversiones, en tal caso no encuentro otro remedio sino que tempranamente el preceptor le estrangule cuando nadie le vea, o que le coloque de aprendiz en la pastelería de alguna ciudad, aunque sea el hijo de un duque, siguiendo el precepto de Platón, que dice: "Es preciso establecer a los hijos según la capacidad de su espíritu y no conforme al talento de sus padres."

Puesto que la filosofía nos instruye en la práctica de la vida y la infancia es tan apta como las otras edades para recibir sus lecciones, ¿qué razón hay para que dejemos de suministrárselas?

> Udum et molle lutum est; nunc properandus, et acri
> Fingendus sine fine rota.*

Se nos enseña a vivir cuando nuestra vida ya ha pasado. Cien escolares han tenido el mal venéreo antes de haber llegado a estudiar el tratado de la Templanza, de Aristóteles. Decía Cicerón que, aun cuando viviera la existencia de dos hombres, no perdería su tiempo estudiando los poetas líricos. Considero yo a nuestros tristes ergotistas como mucho más inútiles. Nuestro discípulo tiene mucha más prisa; a la pedagogía no debe más que los quince primeros años de su vida, el resto pertenece a la

* La arcilla está húmeda y blanda: ahora hemos de apresurarnos y moldearla incesantemente en la ágil rueda. PERSIO, III, 23 .

acción. Empleemos aquel tiempo tan reducido sólo en las instrucciones necesarias; apartemos todas esas sutilezas espinosas de la dialéctica, de que nuestra vida no puede sacar ningún provecho; hagamos sólo mérito de los sencillos discursos de la filosofía, sepamos escogerlos y emplearlos oportunamente; son tan fáciles de comprender como un cuento de Boccacio; están al alcance de un niño recién destetado: más a su alcance que el aprender a leer y a escribir. La filosofía encierra máximas lo mismo para el nacimiento del hombre que para su decrepitud.

Soy del parecer de Plutarco: Aristóteles no amaestró tanto a su gran discípulo en el artificio de componer silogismos ni en los principios de la geometría como le instruyó en los relativos al valor, proeza, magnanimidad, templanza y seguridad de no temer nada. Merced a provisión tan sana, pudo Alejandro, siendo casi un niño, subyugar el imperio del mundo con treinta mil infantes, cuatro mil soldados de a caballo y cuarenta y dos mil escudos solamente. Las demás ciencias y artes, dice Aristóteles que Alejandro las honraba; poseía y alababa su excelencia, mas sólo con el placer que en ellas encontraba; su afición no le llevaba hasta el extremo de quererlas ejercer.

Petite hinc juvenesque senesque,
Finem animo certum, miserisque viatica canis.*

Dice Epicuro al principio de su carta a Meniceo, "que ni el más joven rehúsa el filosofar ni el más viejo se cansa". Quien procede de otro modo, parece decir, o no está todavía en tiempo de ser feliz, o ya no lo está. Por todas las razones dichas no quiero que se aprisione al muchacho; no quiro que se le deje a la merced de la cólera o del humor melancólico de un furioso maestro de escuela; no quiero que su espíritu se corrompa teniéndole aherrojado, sujeto al trabajo durante catorce o quince horas, como un mozo de cordel, ni aprobaría el que, si por disposición solitaria y melancólica el discípulo se da al estudio de un modo excesivo, se aliente en él tal hábito; éste les hace ineptos para el trato social y los aparta de más provechosas ocupaciones. ¡Cuántos hombres he visto arrocinados por avidez temeraria de ciencia! Carnéades se trastornó tanto por el estudio que jamás se cortaba el pelo ni las uñas. No quiero que se inutilicen las felices disposiciones del adolescente a causa de la incivilidad y la barbarie de los preceptores. La discreción fran-

* Jóvenes y ancianos, aprovechad de ahí la lección para ordenar vuestra conducta; aprovisionaos para la miserable canicie. PERSIO, V, 64.

cesa ha sido de antiguo considerada como proverbial, como una discreción que nacía en los primeros años y cuyo carácter era el abandono. Hoy mismo vemos que no hay nada tan simpático como los pequeñuelos en Francia; mas ordinariamente hacen perder la esperanza que hicieran concebir, y cuando llegan a la edad de hombres, en ellos no se descubre ninguna cualidad excelente. He oído asegurar a personas inteligentes, que los colegios donde reciben la educación, de los cuales hay tantísimo número, los embrutecen y adulteran.

A nuestro discípulo, un gabinete, un jardín, la mesa y el lecho, la soledad, la compañía, la mañana y la tarde, todas las horas le serán favorables; los lugares todos serviránle de estudio, pues la filosofía, que como formadora del entendimiento y costumbres constituirá su principal enseñanza, goza del privilegio de mezclarse en todas las cosas. Hallándose en un banquete rogaron a Isócrates, el orador, que hablara de su arte, y todos convinieron en que su respuesta fue cuerda al contestar que no era aquel lugar ni ocasión oportunos para ejecutar lo que él sabía hacer, y que lo más adecuado a aquella circunstancia era precisamente de lo que él no se sentía capaz. En efecto, pronunciar discursos o proponer discusiones retóricas ante un concurso cuyo intento no es otro que la diversión y la pitanza, hubiera sido cosa fuera de propósito, e igualmente si se hubiese hablado de cualquiera otra ciencia. Mas por lo que respecta a la filosofía, en la parte que trata del hombre y de sus deberes, todos los sabios han opinado que por su amenidad no debe rechazarse de los festines ni de las diversiones, y Platón, que la invitó a su Banquete, nos muestra cómo entretuvo a los asistentes de modo blando y acomodado al tiempo y al lugar, aunque se trataba de las máximas más elevadas y saludables de la sabiduría.

Aeque pauperibus prodest, locupletibus aeque;
Et. neflecta, aeque pueris senibusque nocebit.*

De suerte que nuestro discípulo vagará menos que los demás. Pero del propio modo que los pasos que empleamos en recorrer una galería, aunque ésta sea tres veces más larga que un camino de antemano designado, nos ocasionan menos cansancio, así nuestra enseñanza administrada como por acaso, sin obligación de tiempo ni lugar, yendo unida a todas nuestras acciones, pasará sin dejarse sentir. Los juegos mismos y los ejercicios cor-

* Es igualmente útil a los pobres que a los ricos; jóvenes y viejos no la abandonarán sin arrepentimiento. HORACIO, *Epist.*, I, 25.

porales constituirán una buena parte del estudio; la carrera, la lucha, la música, la danza, la caza, el manejo del caballo y de las armas. Yo quiero que el decoro, el don de gentes y el aspecto todo de la persona sean modelados al propio tiempo que el alma. No es un alma, no es tampoco un cuerpo lo que el maestro debe tratar de formar, es un hombre; no hay que elaborar dos organismos separados, y como dice Platón, no hay que dirigir el uno sin el otro, sino conducirlos por igual, como se conduce un tronco de caballos sujeto al timón. Y si seguimos los consejos del propio filósofo a este respecto, veremos que concede más espacio y solicitud mayor a los ejercicios corporales que a los del espíritu, por entender que éste aprovecha al propio tiempo de los de aquél en vez de con ellos perjudicarse.

Debe presidir a la educación una dulzura severa, no como se practica generalmente; en lugar de invitar a los niños al estudio de las letras, se les brinda sólo con el horror y la crueldad. Que se alejen la violencia y la fuerza, nada hay a mi juicio que bastardee y trastorne tanto una naturaleza bien nacida. Si queréis que el niño tenga miedo a la deshonra y al castigo, no le acostumbréis a ellos, acostumbradle más bien a la fatiga y al frío, al viento, al sol, a los accidentes que le precisa menospreciar. Alejad de él toda blandura y delicadeza en el vestir y en el dormir, en el comer y en el beber; que con todo se familiarice, que no se convierta en un muchachón hermoso y afeminado, sino que sea un mozo lozano y vigoroso. Las mismas han sido mis ideas siendo niño, joven y viejo, en la materia de que voy hablando; mas entre otras cosas, los procedimientos que se emplean en la mayor parte de los colegios me han disgustado siempre: con mucha mayor cordura debiera emplearse la indulgencia. Los colegios son una verdadera prisión de la juventud cautiva, a la cual se convierte en relajada castigándola antes de que lo sea.

Visitad un colegio a la hora de las clases, y no oiréis más que gritos de niños a quienes se martiriza y de maestros enloquecidos por la cólera. ¡Buenos medios de avivar el deseo de saber en almas tímidas y tiernas, el guiarlas así con el rostro feroz y el látigo en la mano! Quintiliano dice que tal autoridad imperiosa junto con los castigos, acarrea, andando el tiempo, consecuencias peligrosas. ¿Cuánto mejor no sería ver la escuela sembrada de flores, que de trozos de mimbres ensangrentados? Yo colocaría en ella los retratos de la Alegría, el Regocijo, Flora y las Gracias, como los colocó en la suya el filósofo Espeusipo. Así se hermanaría la instrucción con el deleite.

El discípulo no recitará tanto la lección como la practicará;

la repetirá en sus acciones. Se verá si preside la prudencia en sus empresas; si hay bondad y justicia en su conducta; si hay juicio y gracia en su conversación, resistencia en sus enfermedades, modestia en sus juegos, templanza en sus placeres, método en su economía e indiferencia en su paladar, ya se trate de comer carne o pescado, o de beber vino o agua. *Qui disciplinam suam non ostentationem scientiae, sed legem vitae putet; quique obtemperet ipse sibi, et decretis pareat.** El verdadero espejo de nuestro espíritu es el curso de nuestras vidas. Zeuxidamo contestó a alguien que le preguntaba por qué los lacedemonios no escribían sus preceptos sobre las proezas, y una vez escritos por qué no los daban a leer a los jóvenes, que la razón era porque preferían mejor acostumbrarlos a los hechos que a las palabras. Comparad nuestro discípulo así formado, a los quince o dieciséis años; comparadle con uno de esos latinajeros de colegio, que habrá empleado tanto tiempo como nuestro alumno en educarse, en aprender a hablar; solamente a hablar. El mundo no es más que pura charla, y cada hombre habla más bien más que menos de lo que debe. Así la mitad del tiempo que vivimos se nos va en palabrería; se nos retiene cuatro o cinco años oyendo vocablos y enseñándonos a hilvanarlos en cláusulas; cinco más para saber desarrollar una disertación medianamente, y otros cinco para adornarla sutil y artísticamente. Dejemos todas estas vanas retóricas a los que de ellas hacen profesión expresa.

Caminando un día hacia Orleáns encontré antes de llegar a Clery dos pedagogos que venían de Burdeos; cincuenta pasos separaban al uno del otro; más lejos, detrás de ellos, marchaba una tropa con su jefe a la cabeza, que era el difunto conde de La Rochefoucauld. Uno de los míos se informó por uno de los profesores de quién era el gentilhombre que caminaba tras él, y el maestro, que no había visto a los soldados, y que creía que le hablaban de su compañero, respondió sonriéndose: "No es gentilhombre, es un gramático, y yo soy profesor de lógica." Ahora bien; nosotros que pretendemos formar no un gramático ni un lógico, sino un gentilhombre, dejémosle perder el tiempo; nuestro fin nada tiene que ver con el de los pedagogos. Si nuestro discípulo está bien provisto de observaciones y reflexiones, no echará de menos las palabras, las hallará demasiado, si no quieren seguirle de grado seguiránle por fuerza.

* Que juzgue que su instrucción no es despliegue de saber sino ley de su vida; que se obedezca a sí mismo y obre con arreglo a sus principios. CICERÓN, *Tusc. quaest.*, II, 4.

LA SOCIEDAD

UTOPÍA *

Tomás Moro (Santo) (1840-1535)

Canciller de Enrique VIII, murió decapitado, por orden de éste, al haberse negado a prestar juramento en el Acta de Supremacía que establecía oficialmente la desobediencia al papa. Fue canonizado en 1935. Fue gran amigo de Erasmo y tradujo al inglés a Pico de la Mirandola. Tuvo el mérito de ser el primero en dominar la lengua inglesa, aplicada a la prosa narrativa. Su celebridad proviene de su obra Utopía, *de la que seleccionamos algunos pasajes.*

Con tal procedimiento, respondió él, sólo lograría, al procurar remedio a la locura de los demás, enloquecer junto con ellos; pues si quisiera hablar con verdad, necesitaría decirles esas cosas. Por lo demás, si el mentir es propio de un filósofo, desde luego no lo es de mí. Y aunque mis palabras les resulten desagradables y molestas, no veo por qué deban parecerles insólitas hasta la necedad. Si les hablase de aquellas cosas inventadas por Platón en su República, o de las que hacen los utópicos en la suya, aunque fuesen, como en realidad son, mejores, podrían, no obstante, parecerles extrañas por existir aquí la propiedad privada, al paso que allí todo es común. Mi discurso, salvo que no puede ser agradable a los que han decidido en su fuero interno lanzarse por otros derroteros, ya que les obliga a volver atrás y les muestra los peligros, ¿qué tuvo que no convenga o no pueda decirse en cualquier lugar? Si hay que silenciar como insólito y absurdo cuanto las perversas costumbres de los hombres han hecho parecer extraño, habría que disimular entre los cristianos muchas cosas enseñadas por Cristo, cuando Él, por el contrario, prohibió que se ocultasen y mandó incluso predicar las que susurró al oído de sus discípulos, pues la mayor parte de esas palabras son tan ajenas a las actuales costumbres como lo fue mi discurso. Creo que muchos sagaces predicadores han seguido tu criterio; porque como las

* *Utopías del Renacimiento,* 3ª ed., est. prel. de Eugenio Imaz, México, FCE, 1966. Contiene: Tomás Moro, *Utopía*; Tomás Campanella, *La ciudad del sol*; Francisco Bacon, *La nueva Atlántida*. Trad. de *Utopía*: Agustín Millares Carlo.

costumbres humanas se acomodan difícilmente a las normas de Cristo, adaptaron ellos su doctrina, como regla de plomo, a las costumbres, para poder conciliarlas de alguna manera. No creo que con ello hayan adelantado otra cosa que el permitir a los hombres ser malos impunemente. Ya ves que yo no sería útil en los Consejos reales, pues, u opinaría de manera distinta a los demás, lo cual equivaldría a no opinar nada, o lo haría de idéntico modo, caso en el cual me haría cómplice de su locura, como dice el Mición de Terencio.

No sé de qué serviría ese procedimiento indirecto de que hablabas y con el cual se había de intentar que si las cosas no pueden convertirse en buenas, lleguen a ser, sin embargo, manejándolas convenientemente, lo menos malas posible. No es el Consejo real lugar a propósito para el disimulo, ni es dado allí cerrar los ojos; por el contrario, hay que aprobar abiertamente las peores decisiones y suscribir las leyes más perniciosas. Sería visto como un espía, y casi como un traidor, el que elogiase tibiamente las medidas más execrables.

No hay, pues, posibilidad de hacer nada útil, junto a unos colegas que más bien serían capaces de corromper al mejor de los hombres que de corregirse ellos mismos, y en cuyo perverso trato uno se depravaría, y hasta el más íntegro y probo acabaría por encubrir la maldad o la estupidez ajena. ¡Tan lejos estamos de poder convertir algo en mejor por ese tu procedimiento indirecto! Por eso Platón explica con un bellísimo símil por qué los sabios se apartan de los negocios públicos: ven a las gentes, caladas por la incesante lluvia, desparramarse en las plazas, sin poder convencerlas de que se sustraigan al agua y se guarezcan en sus casas, y, seguros de que nada adelantarán con salir, como no sea el mojarse con ellas, permanecen bajo techado, contentándose, en vista de que no pueden remediar la necedad ajena, con quedarse, por lo menos, a cubierto.

Por otra parte, amigo Moro (pues voy a decirte con sinceridad lo que pienso), estimo que dondequiera que exista la propiedad privada y se mida todo por el dinero, será difícil lograr que el Estado obre justa y acertadamente, a no ser que pienses que es obrar con justicia el permitir que lo mejor vaya a parar a manos de los peores, y que se vive felizmente allí donde todo se halla repartido entre unos pocos que, mientras los demás perecen de miseria disfrutan de la mayor prosperidad.

Por lo cual, cuando reconsidero en mi mente las sapientísimas e irreprochables instituciones de Utopía, país en que todo se administra con tan pocas leyes y tan eficaces, que aunque se

premie la virtud, por estar niveladas las riquezas, todo existe en abundancia para todos; cuando, de otro lado, comparo con las costumbres de ésta las de tantas naciones que están dictando de continuo leyes distintas y ninguna bastante eficaz, naciones en que cada cual llama su bien privado a lo que alcanza a poseer y donde las muchas leyes dictadas cada día no bastan, ya sea para adquirir algo en propiedad, ya para conservarlo, ya para diferenciar de lo ajeno lo que cada uno considera propio, como claramente lo demuestran los infinitos pleitos que de continuo se originan y que no parece hayan de acabar nunca; cuando, repito, considero en mi interior estas cosas, doy la razón a Platón y no me extraña que no quisiera dar ley ninguna a los que se negaban a repartir con equidad en común todos los bienes. Hombre sapientísimo, previó acertadamente que el solo y único camino para la salud pública era la igualdad de bienes, lo que no creo se pueda conseguir allí donde exista la propiedad privada. Pues mientras con títulos seguros cada cual atrae a su dominio cuanto puede, por muy grande que sea la abundancia, unos pocos se la repartirán por completo entre sí dejando a los demás la pobreza. Y casi siempre ocurre que estos últimos —hombres modestos y sencillos que, con su trabajo cotidiano, benefician más al pueblo que a sí mismos— son más dignos de suerte que aquellos otros rapaces, malvados e inútiles.

Por eso estoy absolutamente persuadido de que, si no se suprime la propiedad, no es posible distribuir las cosas con un criterio equitativo y justo, ni proceder acertadamente en las cosas humanas. Pues, mientras exista, ha de perdurar entre la mayor y mejor parte de los hombres la angustia y la inevitable carga de la pobreza y de las calamidades, la cual, así como admito que es susceptible de aligerarse un tanto, afirmo que no puede suprimirse totalmente. Mas si se estatuyere que nadie posea más de cierta extensión de tierra y se declarare como legal para cada ciudadano un cierto límite de fortuna; si se previniere con leyes adecuadas que ningún príncipe fuera demasiado poderoso y ningún pueblo orgulloso en demasía, y que los cargos públicos no se soliciten, ni se vendan, ni hayan de desempeñarse con boato, para no obligar a sus titulares a procurarse dinero con fraudes y rapiñas y evitar la necesidad de proveer en hombres ricos cargos que deberían ser desempeñados por personas competentes, con tales leyes, repito, a la manera que los cuerpos enfermos y débiles suelen fortalecerse con asiduos remedios, esos males podrían aliviarse y mitigarse, no habiendo, en cambio, esperanza ninguna de que sanen y vuelvan a su estado

normal si cada cual posee algo como propio. Por el contrario, al intentar la curación de una parte, se exasperará la herida de otras, así como de la curación de una enfermedad se origina otra nueva, porque nada puede añadírsele a una persona como no sea quitándoselo a otra.

—Opino, por el contrario, repuse, que no se puede vivir a gusto donde todo es común. ¿Pues cómo se alcanzaría la prosperidad si todos se sustrajesen al trabajo? No urgiéndole a nadie el deseo de ganancia, la confianza en el esfuerzo ajeno les hará perezosos, y al sentirse acuciados por la pobreza y sin ningún medio legal para proteger como suyo lo adquirido ¿no se seguiría un inevitable vivir en perpetua matanza y sedición? Suprimida, además, la autoridad de los magistrados y el temor que inspiran, no me es posible siquiera imaginar qué papel iban a desempeñar éstos entre hombres que no admiten entre sí ninguna diferencia.

—No me extraña, replicó, que opines así, pues no tienes la menor idea de la cuestión o tienes una falsa. Si hubieses estado conmigo en Utopía y conocido personalmente sus costumbres e instituciones —como lo hice yo, que viví allí más de cinco años y nunca me hubiese marchado, a no ser por mi deseo de dar a conocer aquel nuevo mundo— confesarías abiertamente que jamás y en ninguna parte habías visto pueblo mejor ordenado que aquél.

—Mas, exclamó Pedro Egidio, difícilmente me convencerás de que exista un pueblo mejor regido en ese nuevo mundo que en éste que conocemos, donde hay, en mi opinión, ingenios en nada inferiores y Estados no menos antiguos, que por larga experiencia lograron muchas cosas convenientes para la vida, sin contar otras tantas debidas al azar y que ninguna inteligencia hubiese sido capaz de concebir.

—En lo que mira a la antigüedad de los Estados, replicó Rafael, sólo podrías pronunciarte con exactitud si hubieses leído las historias de aquel mundo, según las cuales hubo en él ciudades antes que aquí hombres. En cuanto a los inventos del ingenio o descubrimientos del acaso, igualmente pudieron producirse en cualquier parte. Creo, por lo demás, que aunque les aventajemos en inteligencia, nos dejan ellos muy atrás en celo y laboriosidad. Antes de nuestra llegada casi nada conocían de nuestras cosas (a las que llaman ultraequinocciales), pues solamente, y hace de esto unos mil doscientos años, llegó hasta allí, arrastrada por la tempestad, una nave que naufragó junto a la isla de Utopía, arrojando a la costa a unos cuantos romanos y

egipcios que nunca más se alejaron de aquella tierra. Y mira el partido que tal circunstancia fortuita supo sacar la diligencia de los utópicos: no hubo en el Imperio Romano arte susceptible de algún provecho que ellos no aprendiesen de sus huéspedes náufragos o no descubriesen por sí mismos luego que pudieron asimilarse los elementos fundamentales para su ejercicio, ¡tanta ventaja obtuvieron de que unos pocos hombres llegasen a la suya desde estas tierras! Si un azar semejante empujó a algunos antes de ahora de allá hasta acá, ha sido tan profundamente olvidado como se olvidará en lo porvenir que yo estuve allí en un tiempo. Ellos, tan pronto como nos relacionamos, hicieron suyo cuanto de buenos habíamos nosotros descubierto, y creo, en cambio, que ha de pasar mucho tiempo antes de que nos llegue algo de lo que en aquel país está mejor estatuido que en el nuestro. Ésta es la causa principal de que, no siéndoles nosotros inferiores en inteligencia ni en recursos, su Estado se halle mejor administrado y más floreciente que el nuestro.

—En consecuencia, amigo Rafael, dije, te ruego encarecidamente que nos describas esa isla y que, lejos de ser conciso, nos vayas presentando hombres, costumbres, instituciones, ciudades, campos, ríos, cuanto en una palabra, te parezca que queremos conocer, teniendo en cuenta que nuestro afán es enterarnos de todo lo que aún ignoramos.

—Nada más fácil y agradable para mí, respondió, pero ello requiere tranquilidad.

—Entremos, pues, a comer, repuse, y dispondremos luego del tiempo a nuestro arbitrio.

—Sea, contestó.

Después de comer volvimos al mismo lugar, nos sentamos en el mismo banco y tras de ordenar a los criados que nadie nos interrumpiese, Pedro Egidio y yo rogamos a Rafael que cumpliese lo prometido.

Así que éste nos vio atentos y ávidos de escucharle, permaneció un momento callado y meditabundo y comenzó de esta manera.

De los oficios

Hay una ocupación, la agricultura, común a hombres y mujeres y que nadie ignora. Enséñasela a todos desde la infancia, en parte por medio de reglas aprendidas en la escuela y en parte llevándolos, como entretenimiento, a los campos próximos a la ciudad, no para que se limiten a mirar, sino para que la practi-

quen como ejercicio corporal. Aparte de la agricultura que, como he dicho, es común a todos, se instruye a cada cual en una profesión propia, tal como el beneficio de la lana, el arte de trabajar el lino o los oficios de cantero, herrero o carpintero. No existen entre ellos otras ocupaciones dignas de mención.

Los trajes son uniformes en toda la isla desde tiempo inmemorial y sólo se diferencian según el sexo del que los lleva o su condición de casado o soltero. Estos trajes son agradables a la vista, acomodados a los movimientos del cuerpo y apropiados para el frío o el calor. Cada familia se fabrica los suyos. Tanto hombres como mujeres aprenden alguno de los demás oficios. Las mujeres, como más débiles, se ocupan en los menos penosos, como es el trabajo de la lana y el lino, y los hombres se encargan de los restantes y más pesados menesteres.

Por lo común, cada uno aprende la profesión paterna, pues casi siempre se inclina naturalmente a ella. Pero si su afición le lleva por otros caminos pasa, por adopción, a familia distinta en la que se practique el oficio que le gusta; los padres y los magistrados cuidan de que se le confíe a un jefe de familia serio y honrado. Si alguno, empero, después de haber aprendido una profesión, deseare instruirse en otra, puede sin dificultad hacerlo y, preparado para ambas, ejercer la que más le plazca, a menos que la ciudad necesite con preferencia de una o de otra.

La principal y casi única misión de los Sifograntes es procurar y prever que nadie esté ocioso y que cada cual se consagre con puntualidad a su oficio, sin llegar a fatigarse con un trabajo incesante y más bien propio de bestias, desde el alba hasta entrada la noche. Una vida así es la que arrastran, excepto en Utopía, casi todos los artesanos y vendría a constituir una infelicidad peor que la misma esclavitud.

Dividen el día, con la noche, en veinticuatro horas iguales, dedicando seis solamente al trabajo, tres antes del mediodía, terminadas las cuales van a comer; después de la comida y de un reposo de dos horas, dedican tres más al trabajo y las rematan con la cena. Cuentan las horas a partir del mediodía, se acuestan hacia las ocho y reparan sus fuerzas durmiendo ocho horas. Pueden disponer a su albedrío del tiempo comprendido entre las horas de trabajo y las del sueño y comida; pero no de suerte que lo malgasten en excesos u holgazanerías, sino que, libres de su obligación, cada uno, según sus aficiones, se dedique gustoso a otra distinta; muchos consagran estos intervalos al cultivo de las letras.

Acostumbran tener diariamente y antes del amanecer lecturas

públicas a las que sólo están obligados a asistir los que han sido especialmente seleccionados para las letras. Concurren además a ellas otros hombres y mujeres de cualquier oficio, a oír unas u otras según sus gustos. Si alguno prefiere dedicar este tiempo a su propio oficio, cosa que acontece a muchos, cuyo espíritu no se siente inclinado al estudio de ninguna disciplina, nadie se lo impide, sino al contrario, se alaba su proceder como útil a la República.

Después de la cena tienen una hora de solaz, en los huertos durante el verano, y en invierno en los comedores comunes, ejercitándose en la música o recreándose en la conversación. Desconocen los dados y otros juegos igualmente inútiles y perniciosos y practican en cambio dos semejantes al ajedrez. El primero es un combate de números, en el cual un número roba a otro. Este juego pone de manifiesto muy hábilmente las disensiones internas de los vicios frente a la armonía de las virtudes; qué vicios se oponen a qué virtudes, con qué fuerzas se combaten abiertamente, con qué estratagemas se atacan por el flanco, con qué refuerzos quebrantan las virtudes la fuerza de los vicios, por qué medios esquivan los ataques de éstos, y, finalmente, qué procedimientos permiten a uno u otro bando adueñarse de la victoria.

Al llegar aquí hay algo que debemos examinar más detenidamente, a fin de evitar cualquier error. Podríase pensar, en efecto, que, como los utópicos sólo trabajan seis horas, llegarían a escasear entre ellos algunas cosas indispensables. Pero lejos de ocurrir así, no sólo les basta dicho tiempo, sino que aun les sobra para conseguir con creces cuanto requieren sus necesidades o su bienestar. Esto se hará fácilmente comprensible si se considera cuán gran parte del pueblo vive inactiva en otras naciones: en primer lugar casi todas las mujeres, o sea la mitad de la población, pues si en alguna parte trabajan es porque los hombres descansan en su lugar la mayoría de las veces. Añádase esa multitud, tan grande como ociosa, de sacerdotes y de los llamados religiosos. Únanse a éstos los ricos propietarios de tierras, denominados vulgarmente nobles y caballeros. Súmenseles sus servidores, famosa mezcolanza de truhanes armados. Agréguense finalmente los mendigos sanos y robustos que, para justificar su holgazanería, fingen alguna enfermedad, y resultará que el número de los que producen con su esfuerzo lo necesario para la vida humana es mucho menor del que se cree. Considérese además el exiguo contingente de hombres ocupados en trabajos útiles, porque, donde todo se mide por el dinero, es

inevitable la existencia de profesiones en absoluto vanas y superfluas, destinadas sólo a fomentar el lujo y el placer. Y si esa misma multitud que ahora trabaja se dedicase por entero a ejercer oficios necesarios, la abundancia de productos a que ello daría lugar envilecería los precios de tal manera que no bastarían a cubrir las necesidades de los obreros.

En cambio, si toda esa chusma que ahora se consume en el ocio y la holganza, se aplicase a trabajos útiles y de interés común, echaríase de ver al punto que poco tiempo basta y sobra para la consecución de cuanto exigen la necesidad, el bienestar e, incluso, los placeres lícitos y naturales.

Esto se hace más palpable en Utopía, pues en cada ciudad y pueblos vecinos así como entre los hombres y mujeres que por su edad y vigor están en condiciones para el trabajo apenas habrá quinientos a quienes se consienta estar exentos de él. Inclúyense en este número a los Sifograntes quienes, aunque las leyes les eximen del trabajo, se consideran obligados a él para, con su ejemplo, incitar con mayor eficacia a los demás. De igual inmunidad gozan aquellos a quienes el pueblo, mediante recomendación de los sacerdotes y previo voto secreto de los Sifograntes, concede licencia indefinida para consagrarse al estudio, entendiéndose que si alguno defrauda las esperanzas puestas en él se le hace volver a los trabajos manuales. Suele, por el contrario, ocurrir que, si algún obrero dedica sus ratos de descanso al estudio con provecho y aplicación grandes, lo hagan pasar, apartándolo de su trabajo, a la categoría de los letrados. De entre éstos se eligen los embajadores, los sacerdotes, los Traníboros y, finalmente, el propio Jefe, llamado en su antigua lengua Barzano y en la moderna Ademo. Como el resto de la gente ni está ociosa ni ocupada en trabajos inútiles, no es difícil calcular cuánto y cuán excelente trabajo realizan en pocas horas.

Además de las mencionadas tienen la ventajosa circunstancia de que en la mayoría de los oficios indispensables consumen menos esfuerzo que otros pueblos. En primer término, la construcción o reparación de los edificios requiere fuera de Utopía el asiduo concurso de muchos, porque lo que un padre edificó, su pródigo heredero dejó que se arruinase poco a poco, de manera que lo que hubiese podido conservar a poca costa, su sucesor se ve obligado a reconstruirlo íntegramente con grandes gastos. Y ocurre aún con más frecuencia que la casa que uno levantó con enormes dispendios, otro la desprecia displicente y,

descuidada y arruinada en breve plazo, construye una nueva en sitio distinto, con gastos no menores.

En cambio, entre los utópicos, perfectamente organizados desde todos los puntos de vista y con un Estado reglamentado, ocurre rara vez que se elijan terrenos nuevos para consrtuir casas y no sólo se pone rápido remedio a los desperfectos existentes, sino que se previenen a tiempo los que amenazan con presentarse. De aquí resulta que con muy poco trabajo duran los edificios largo tiempo y los obreros de este ramo apenas tienen nada que hacer entretanto, como no sea labrar en sus hogares la madera y tallar y acondicionar las piedras para poder acudir rápidamente a las reparaciones cuando sea necesario.

Ya hemos visto qué poco gasto exigen los vestidos. En primer lugar, mientras trabajan, se cubren negligentemente con cuero y pieles que les duran siete años. Para presentarse en público se revisten de una capa que cubre aquellas rudas vestiduras y cuyo color natural es el mismo para toda la isla. De este modo, no sólo emplean menos cantidad de paños de lana que en ninguna otra parte, sino que les resultan mucho más baratos. El lino, en cambio, requiere menos trabajo y es por eso de uso más frecuente. En éste aprecian únicamente la blancura y en la lana sólo la limpieza, sin que se conceda ningún valor a la finura del tejido. De donde resulta que, mientras en otros países no le bastan a un hombre cuatro o cinco trajes de lana de diversos colores y otros tantos de seda (y a los más refinados ni siquiera diez), en Utopía cada cual se contenta con uno solo, y éste le dura por lo general dos años; ningún motivo tienen para desear más, ya que, caso de conseguirlo, ni se encontraría mejor defendido del frío ni su elegancia se vería aumentada por el vestido en lo más mínimo.

Como todos se ocupan en oficios útiles y éstos exigen poco tiempo, no es extraño que existiendo abundancia de todo, hagan trabajar a mucha gente en la reparación de las calles cuando están deterioradas. Si esta ocupación es innecesaria, anuncian públicamente una reducción en las horas de trabajo. Los magistrados jamás obligan a los ciudadanos contra su voluntad al ejercicio de tareas inútiles, pues las instituciones del Estado persiguen más que otro ninguno el siguiente fin: que los ciudadanos estén exentos de trabajo corporal el mayor tiempo posible, en cuanto las necesidades públicas lo permitan, y puedan dedicarse al libre cultivo de la inteligencia, por considerar que en esto estriba la felicidad de la vida.

LEVIATÁN *

Tomás Hobbes (1588-1679)

Se ocupó de filosofía, política, física y matemáticas. Educado en el amor a la monarquía y el odio a la democracia, plasma sus ideas políticas en el Leviatán. *Es autor de la famosa frase:* homo homino lupus. *Del* Leviatán *extractamos aquí algunos pasajes.*

Capítulo XVII. De las causas, generación y definición de un Estado

La causa final, fin o designio de los hombres (que naturalmente aman la libertad y el dominio sobre los demás) al introducir esta restricción sobre sí mismos (en la que los vemos vivir formando Estados) es el cuidado de su propia conservación y, por añadidura, el logro de una vida más armónica; es decir, el deseo de abandonar esa miserable condición de guerra que, tal como hemos manifestado, es consecuencia necesaria de las pasiones naturales de los hombres, cuando no existe poder visible que los tenga a raya y los sujete, por temor al castigo, a la realización de sus pactos y a la observancia de las leyes de naturaleza establecidas en los capítulos XIV y XV.

Las leyes de naturaleza (tales como las de *justicia, equidad, modestia, piedad* y, en suma, la de *haz a otros lo que quieras que otros hagan para ti*) son, por sí mismas, cuando no existe el temor a un determinado poder que motive su observancia, contrarias a nuestras pasiones naturales, las cuales nos inducen a la parcialidad, al orgullo, a la venganza y a cosas semejantes. Los pactos que no descansan en la espada no son más que palabras, sin fuerza para proteger al hombre, en modo alguno. Por consiguiente, a pesar de las leyes de naturaleza (que cada uno observa cuando tiene la voluntad de observarlas, cuando puede hacerlo de modo seguro) si no se ha instituido un poder o no es suficientemente grande para nuestra seguridad, cada uno fiará tan sólo, y podrá hacerlo legalmente, sobre su propia fuerza y maña, para protegerse contra los demás hombres. En todos los

* Tomás Hobbes, *Leviatán*, trad. y pref. de Manuel Sánchez Sarto, México, FCE, 1940 (Sec. de Ciencia política).

lugares en que los hombres han vivido en pequeñas familias, robarse y expoliarse unos a otros ha sido un comercio, y lejos de ser reputado contra la ley de naturaleza, cuanto mayor era el botín obtenido, tanto mayor era el honor. Entonces los hombres no observaban otras leyes que las leyes del honor, que consistían en abstenerse de la crueldad, dejando a los hombres sus vidas e instrumentos de labor. Y así como entonces lo hacían las familias pequeñas, así ahora las ciudades y reinos, que no son sino familias más grandes, ensanchan sus dominios para su propia seguridad, y bajo el pretexto de peligro y temor de invasión, o de la asistencia que puede prestarse a los invasores, justamente se esfuerzan cuanto pueden para someter o debilitar a sus vecinos, mediante la fuerza ostensible y las artes secretas, a falta de otra garantía; y en edades posteriores se recuerdan con honor tales hechos.

No es la conjunción de un pequeño número de hombres lo que da a los Estados esa seguridad, porque cuando se trata de reducidos números, las pequeñas adiciones de una parte o de otra, hacen tan grande la ventaja de la fuerza que son suficientes para acarrear la victoria, y esto da aliento a la invasión. La multitud suficiente para confiar en ella a los efectos de nuestra seguridad no está determinada por un cierto número, sino por comparación con el enemigo que tenemos, y es suficiente cuando la superioridad del enemigo no es de una naturaleza tan visible y manifiesta que le determine a intentar el acontecimiento de la guerra.

Y aunque haya una gran multitud, si sus acuerdos están dirigidos según sus particulares juicios y particulares apetitos, no puede esperarse de ello defensa ni protección contra un enemigo común ni contra las mutuas ofensas. Porque discrepando las opiniones concernientes al mejor uso y aplicación de su fuerza, los individuos componentes de esa multitud no se ayudan, sino que se obstaculizan mutuamente, y por esa oposición mutua reducen su fuerza a la nada; como consecuencia, fácilmente son sometidos por unos pocos que están en perfecto acuerdo, sin contar con que de otra parte, cuando no existe un enemigo común, se hacen guerra unos a otros, movidos por sus particulares intereses. Si pudiéramos imaginar una gran multitud de individuos, concordes en la observancia de la justicia y de otras leyes de naturaleza, pero sin un poder común para mantenerlos a raya, podríamos suponer igualmente que todo el género humano hiciera lo mismo, y entonces no existiría ni sería preciso

que existiera ningún gobierno civil o Estado, en absoluto, porque la paz existiría sin sujeción alguna.

Tampoco es suficiente para la seguridad que los hombres desearían ver establecida durante su vida entera, que estén gobernados y dirigidos por un solo criterio, durante un tiempo limitado, como en una batalla o en una guerra. En efecto, aunque obtengan una victoria por su unánime esfuerzo contra un enemigo exterior, después, cuando ya no tienen un enemigo común, o quien para unos aparece como enemigo, otros lo consideran como amigo, necesariamente se disgregan por la diferencia de sus intereses, y nuevamente decaen en situación de guerra.

Es cierto que determinadas criaturas vivas, como las abejas y las hormigas, viven en forma sociable una con otra (por cuya razón Aristóteles las enumera entre las criaturas políticas) y no tienen otra dirección que sus particulares juicios y apetitos, ni poseen el uso de la palabra mediante la cual una puede significar a otra lo que considera adecuado para el beneficio común: por ello, algunos desean inquirir por qué la humanidad no puede hacer lo mismo. A lo cual contesto:

Primero, que los hombres están en continua pugna de honores y dignidad y las mencionadas criaturas no, y a ello se debe que entre los hombres surja, por esta razón, la envidia y el odio, y finalmente la guerra, mientras que entre aquellas criaturas no ocurre eso.

Segundo, que entre esas criaturas, el bien común no difiere del individual, y aunque por naturaleza propenden a su beneficio privado, procuran, a la vez, por el beneficio común. En cambio, el hombre, cuyo goce consiste en compararse a sí mismo con los demás hombres, no puede disfrutar otra cosa sino lo que es eminente.

Tercero, que no teniendo estas crituras, a diferencia del hombre, uso de razón, no ven, ni piensan que ven ninguna falta en la administración de su negocio común; en cambio, entre los hombres, hay muchos que se imaginan a sí mismos más sabios y capaces para gobernar la cosa pública, que el resto; dichas personas se afanan por reformar e innovar, una de esta manera, otra de aquélla, con lo cual acarrean perturbación y guerra civil.

Cuatro, que aun cuando estas criaturas tienen voz, en cierto modo, para darse a entender unas a otras sus sentimientos, necesitan este género de palabras por medio de las cuales los hombres pueden manifestar a otros lo que es Dios, en comparación con el demonio, y lo que es el demonio en comparación con

Dios, y aumentar o disminuir la grandeza aparente de Dios y del demonio, sembrando el descontento entre los hombres, y turbando su tranquilidad caprichosamente.

Quinto, que las criaturas irracionales no pueden distinguir entre *injuria* y *daño*, y, por consiguiente, mientras están a gusto, no son ofendidas por sus semejantes. En cambio el hombre se encuentra más conturbado cuando más complacido está, porque es entonces cuando le agrada mostrar su sabiduría y controlar las acciones de quien gobierna el Estado.

Por último, la buena inteligencia de esas criaturas es natural; la de los hombres lo es solamente por pacto, es decir, de modo artificial. No es extraño, por consiguiente, que (parte del pacto) se requiera algo más que haga su convenio constante y obligatorio; ese algo es un poder común que los mantenga a raya y dirija sus acciones hacia el beneficio colectivo.

El único camino para erigir semejante poder común, capaz de defenderlos contra la invasión de los extranjeros y contra las injurias ajenas, asegurándoles de tal suerte que por su propia actividad y por los frutos de la tierra puedan nutrirse a sí mismos y vivir satisfechos, es conferir todo su poder y fortaleza a un hombre o a una asamblea de hombres, todos los cuales, por pluralidad de votos, puedan reducir sus voluntades a una voluntad. Esto equivale a decir: elegir un hombre o una asamblea de hombres que represente su personalidad; y que cada uno considere como propio y se reconozca a sí mismo como autor de cualquiera cosa que haga o promueva quien representa su persona, en aquellas cosas que conciernen a la paz y a la seguridad comunes; que, además, sometan sus voluntades cada uno a la voluntad de aquél, y sus juicios a su juicio. Esto es algo más que consentimiento o concordia; es una unidad real de todo ello en una y la misma persona, instruida por pacto de cada hombre con los demás, en forma tal como si cada uno dijera a todos: *autorizo y transfiero a este hombre o asamblea de hombres mi derecho de gobernarme a mí mismo, con la condición de que vosotros transferirеis a él vuestro derecho, y autorizareis todos sus actos de la misma manera.* Hecho esto, la multitud así unida en una persona se denomina Estado, en latín, *Civitas.* Ésta es la generación de aquel gran Leviatán, o más bien (hablando con más reverencia), de aquel *dios mortal,* al cual debemos, bajo el *Dios inmortal,* nuestra paz y nuestra defensa. Porque en virtud de esta autoridad que se le confiere por cada hombre particular en el Estado, posee y utiliza tanto poder y fortaleza, que por el terror que inspira es capaz de conformar las voluntа-

des de todos ellos para la paz, en su propio país, y para la mutua ayuda contra sus enemigos, en el extranjero. Y en ello consiste la esencia del Estado, que podemos definir así: *una persona de cuyos actos una gran multitud, por pactos mutuos, realizados entre sí, ha sido instituida por cada uno como autor, al objeto de que pueda utilizar la fortaleza y medios de todos, como lo juzgue oportuno, para asegurar la paz y defensa común.* El titular de esta persona se denomina *soberano*, y se dice que tiene *poder soberano*; cada uno de los que le rodean es *súbdito* suyo.

Se alcanza este poder soberano por dos conductos. Uno por la fuerza natural, como cuando un hombre hace que sus hijos y los hijos de sus hijos le estén sometidos, siendo capaz de destruirlos si se niegan a ello; o que por actos de guerra somete sus enemigos a su voluntad, concediéndoles la vida a cambio de esa sumisión. Ocurre el otro procedimiento cuando los hombres se ponen de acuerdo entre sí, para someterse a algún hombre o asamblea de hombres voluntariamente, en la confianza de ser protegidos por ellos contra todos los demás. En este último caso puede hablarse de Estado político, o Estado por *institución*, y en el primero de Estado por *adquisición*. En primer término voy a referirme al Estado por institución.

Capítulo XVIII. De los derechos de los soberanos por institución

Dícese que un *Estado* ha sido *instituido* cuando una multitud de hombres convienen y pactan, *cada uno con cada uno*, que a un cierto *hombre* o *asamblea de hombres* se le otorgará, por mayoría, el *derecho* de *representar* a la persona de todos (es decir, de ser su *representante*). Cada uno de ellos, tanto los que han *votado en pro* como los que han *votado en contra*, deben *autorizar* todas las acciones y juicios de ese hombre o asamblea de hombres, lo mismo que si fueran suyos propios, al objeto de vivir apaciblemente entre sí y ser protegidos contra los hombres.

De esta institución de un Estado derivan todos los *derechos* y *facultades* de aquel o de aquellos a quienes se confiere el poder soberano por el consentimiento del pueblo reunido.

En primer lugar, puesto que pactan, debe comprenderse que no están obligados por un pacto anterior a alguna cosa que contradiga la presente. En consecuencia, quienes acaban de instituir un Estado y quedan, por ello, obligados por el pacto, a considerar como propias las acciones y juicios de uno, no pueden legalmente hacer un pacto nuevo entre sí para obedecer a cualquier otro, en una cosa cualquiera, sin su permiso. En conse-

cuencia, también, quienes son súbditos de un monarca no pueden sin su aquiescencia renunciar a la monarquía y retornar a la confusión de una multitud disgregada; ni transferir su personalidad de quien la sustenta à otro hombre o a otra asamblea de hombres, porque están obligados, cada uno respecto de cada uno, a considerar como propio y ser reputados como autores de todo aquello que pueda hacer y considere adecuado llevar a cabo quien es, a la sazón, su soberano. Así que cuando disiente un hombre cualquiera, todos los restantes deben quebrantar el pacto hecho con ese hombre, lo cual es injusticia; y, además, todos los hombres han dado la soberanía a quien representa su persona, y, por consiguiente, si lo deponen toman de él lo que es suyo propio y cometen nuevamente injusticia. Por otra parte si quien trata de deponer a su soberano resulta muerto o es castigado por él a causa de tal tentativa, puede considerarse como autor de su propio castigo, ya que es, por institución, autor de cuanto su soberano haga. Y como es injusticia para un hombre hacer algo por lo cual pueda ser castigado por su propia autoridad, es también injusto por esa razón. Y cuando algunos hombres, desobedientes a su soberano, pretenden realizar un nuevo pacto no ya con los hombres sino con Dios, esto también es injusto, porque no existe pacto con Dios, sino por mediación de alguien que represente a la persona divina; esto no lo hace sino el representante de Dios que bajo él tiene la soberanía. Pero esta pretensión de pacto con Dios es una falsedad tan evidente, incluso en la propia conciencia de quien la sustenta, que no es, sólo, un acto de disposición injusta, sino, también, vil e inhumana.

En segundo lugar, como el derecho de representar la persona de todos se otorga a quien todos constituyen en soberano, solamente por pacto de uno a otro, y no del soberano en cada uno de ellos, no puede existir quebrantamiento de pacto por parte del soberano, y en consecuencia ninguno de sus súbditos, fundándose en una infracción, puede ser liberado de su sumisión. Que quien es erigido en soberano no efectúe pacto alguno, por anticipado, con sus súbditos, es manifiesto, porque o bien debe hacerlo con la multitud entera, como parte del pacto, o debe hacer un pacto singular con cada persona. Con el conjunto como parte del pacto, es imposible, porque hasta entonces no constituye una persona; y si efectúa tantos pactos singulares como hombres existen, estos pactos resultan nulos en cuanto adquiere la soberanía, porque cualquier acto que pueda ser presentado por uno de ellos como infracción del pacto, es el acto

de sí mismo y de todos los demás, ya que está hecho en la persona y por el derecho de cada uno de ellos en particular. Además, si uno o varios de ellos pretenden quebrantar el pacto hecho por el soberano en su institución, y otros o alguno de sus súbditos, o él mismo solamente, pretende que no hubo semejante quebrantamiento, no existe, entonces, juez que pueda decidir la controversia; en tal caso la decisión corresponde de nuevo a la espada, y todos los hombres recobran el derecho de protegerse a sí mismos por su propia fuerza, contrariamente al designio que les anima al efectuar la institución. Es, por tanto, improcedente garantizar la soberanía por medio de un pacto precedente. La opinión de que cada monarca recibe su poder del pacto, es decir, de modo condicional, procede de la falta de comprensión de esta verdad obvia, según la cual no siendo los pactos otra cosa que palabras y aliento, no tienen fuerza para obligar, contener, constreñir o proteger a cualquier hombre, sino la que resulta de la fuerza pública; es decir, de la libertad de acción de aquel hombre o asamblea de hombres que ejercen la soberanía, y cuyas acciones son firmemente mantenidas por todos ellos, y sustentadas por la fuerza de cuantos en ella están unidos. Pero cuando se hace soberana a una asamblea de hombres, entonces ningún hombre imagina que semejante pacto haya pasado a la institución. En efecto, ningún hombre es tan necio que afirme, por ejemplo, que el pueblo de Roma hizo un pacto con los romanos para sustentar la soberanía a base de tales o cuales condiciones, que al incumplirse permitieran a los romanos deponer legalmente al pueblo romano. Que los hombres no advierten la razón de que ocurra lo mismo en una monarquía y en un gobierno popular, procede de la ambición de algunos que ven con mayor simpatía el gobierno de una asamblea, en la que tienen esperanzas de participar, que el de una monarquía, de cuyo disfrute desesperan.

En tercer lugar, si la mayoría ha proclamado un soberano mediante votos concordes, quien disiente debe ahora consentir con el resto, es decir, avenirse a reconocer todos los actos que realice, o bien exponerse a ser eliminado por el resto. En efecto, si voluntariamente ingresó en la congregación de quienes constituían la asamblea, declaró con ello, de modo suficiente, su voluntad (y por tanto hizo un pacto tácito) de estar a lo que la mayoría de ellos ordenara. Por esta razón si rehúsa mantenerse en esa tesitura, o protesta contra algo de lo decretado, procede de modo contrario al pacto, y por tanto, injustamente. Y tanto si es o no de la congregación, y si consiente o no en

ser consultado, debe o bien someterse a los decretos, o ser dejado en la condición de guerra en que antes se encontraba, caso en el cual cualquiera puede eliminarlo sin injusticia.

En cuarto lugar, como cada súbdito es, en virtud de esa institución, autor de todos los actos y juicios del soberano instituido, resulta que cualquiera cosa que el soberano haga no puede constituir injuria para ninguno de sus súbditos, ni debe ser acusado de injusticia por ninguno de ellos. En efecto, quien hace una cosa por autorización de otro, no comete injuria alguna contra aquel por cuya autorización actúa. Pero en virtud de la institución de un Estado, cada particular es autor de todo cuanto hace el soberano, y, por consiguiente, quien se queja de injuria por parte del soberano, protesta contra algo de que él mismo es autor, y de lo que en definitiva no debe acusar a nadie sino a sí mismo; ni a sí mismo tampoco, porque hacerse injuria a uno mismo es imposible. Es cierto que quienes tienen poder soberano pueden cometer iniquidad, pero no injusticia o injuria, en la auténtica acepción de estas palabras.

En quinto lugar, y como consecuencia de lo que acabamos de afirmar, ningún hombre que tenga poder soberano puede ser muerto o castigado de otro modo por sus súbditos. En efecto, considerando que cada súbdito es autor de los actos de su soberano, aquél castiga a otro por las acciones cometidas por él mismo.

Como el fin de esta institución es la paz y la defensa de todos, y como quien tiene derecho al fin lo tiene también a los medios, corresponde de derecho a cualquier hombre o asamblea que tiene la soberanía, ser juez, a un mismo tiempo, de los medios de paz y de defensa, y juzgar también acerca de los obstáculos e impedimentos que se oponen a los mismos, así como hacer cualquier cosa que considere necesario, ya sea por anticipado, para conservar la paz y la seguridad, evitando la discordia en el propio país y la hostilidad del extranjero, ya, cuando la paz y la seguridad se han perdido, para la recuperación de la misma. En consecuencia,

En sexto lugar, es inherente a la soberanía el ser juez acerca de qué opiniones y doctrinas son adversas y cuáles conducen a la paz; y, por consiguiente, en qué ocasiones, hasta qué punto y respecto de qué puede confiarse en los hombres, cuando hablan a las multitudes, y quién debe examinar las doctrinas de todos los libros antes de ser publicados. Porque los actos de los hombres proceden de sus opiniones, y en el buen gobierno de las opiniones consiste el buen gobierno de los actos humanos res-

pecto a su paz y concordia. Y aunque en materia de doctrina nada debe tenerse en cuenta sino la verdad, nada se opone a la regulación de la misma por vía de paz. Porque la doctrina que está en contradicción con la paz, no puede ser verdadera, como la paz y la concordia no pueden ir contra la ley de naturaleza. Es cierto que en un Estado, donde por la negligencia o la torpeza de los gobernantes y maestros circulan, con carácter general, falsas doctrinas, las verdades contrarias pueden ser generalmente ofensivas. Ni la más repentina y brusca introducción de una nueva verdad que pueda imaginarse, puede nunca quebrantar la paz sino sólo en ocasiones suscitar la guerra. En efecto, quienes se hallan gobernados de modo tan remiso, que se atreven a alzarse en armas para defender o introducir una opinión, se hallan aún en guerra, y su condición no es de paz, sino solamente de cesación de hostilidades por temor mutuo; y viven como si se hallaran continuamente en los preludios de la batalla. Corresponde, por consiguiente, a quien tiene poder soberano, ser juez o instituir todos los jueces de opiniones y doctrinas como una cosa necesaria para la paz, al objeto de prevenir la discordia y la guerra civil.

En séptimo lugar, es inherente a la soberanía el pleno poder de prescribir las normas en virtud de las cuales cada hombre puede saber qué bienes puede disfrutar y qué acciones puede llevar a cabo sin ser molestado por cualquiera de sus conciudadanos. Esto es lo que los hombres llaman *propiedad*. En efecto, antes de instituirse el poder soberano (como ya hemos expresado anteriormente) todos los hombres tienen derecho a todas las cosas, lo cual es necesariamente causa de guerra; y, por consiguiente, siendo esta propiedad necesaria para la paz y dependiente del poder soberano es el acto de ese poder para asegurar la paz pública. Esas normas de propiedad (o *meum* y *tuum*) y de lo *bueno* y lo *malo*, de lo *legítimo* e *ilegítimo* en las acciones de los súbditos, son leyes civiles, es decir, leyes de cada Estado particular, aunque el nombre de ley civil esté, ahora, restringido a las antiguas leyes civiles de la ciudad de Roma; ya que siendo ésta la cabeza de una gran parte del mundo, sus leyes en aquella época fueron, en dichas comarcas, la ley civil.

En octavo lugar, es inherente a la soberanía el derecho de judicatura, es decir, de oír y decidir todas las controversias que puedan surgir respecto a la ley, bien sea civil o natural, con respecto a los hechos. En efecto, sin decisión de las controversias no existe protección para un súbdito contra las injurias de otro; las leyes concernientes a lo *meum* y *tuum* son en vano; y

a cada hombre compete, por el apetito natural y necesario de su propia conservación, el derecho de protegerse a sí mismo con su fuerza particular, que es condición de la guerra, contraria al fin para el cual se ha instituido todo Estado.

En noveno lugar, es inherente a la soberanía el derecho de hacer guerra y paz con otras naciones y Estados; es decir, de juzgar cuándo es para el bien público, y qué cantidad de fuerzas deben ser reunidas, armadas y pagadas para ese fin, y cuánto dinero se ha de recaudar de los súbditos para sufragar los gastos consiguientes. Porque el poder mediante el cual tiene que ser defendido el pueblo, consiste en sus ejércitos, y la potencialidad de un ejército radica en la unión de sus fuerzas bajo un mando, mando que a su vez compete al soberano instituido, porque el mando de las *militia* sin otra institución, hace soberano a quien lo detenta. Y, por consiguiente, aunque alguien sea designado general de un ejército, quien tiene el poder soberano es siempre generalísimo.

En décimo lugar, es inherente a la soberanía la elección de todos los consejeros, ministros, magistrados y funcionarios, tanto en la paz como en la guerra. Si, en efecto, el soberano está encargado de realizar el fin que es la paz y defensa común, se comprende que ha de tener poder para usar tales medios, en la forma que él considere más adecuados para su propósito.

En undécimo lugar se asigna al soberano el poder de recompensar con riquezas u honores, y de castigar con penas corporales o pecuniarias, o con la ignominia, a cualquier súbdito, de acuerdo con la ley que él previamente estableció; o si no existe ley, de acuerdo con lo que el soberano considere más conducente para estimular los hombres a que sirvan al Estado, o para apartarlos de cualquier acto contrario al mismo.

Por último, considerando qué valores acostumbran los hombres a asignarse a sí mismos, qué respeto exigen de los demás, y cuán poco estiman a otros hombres (lo que entre ellos es constante motivo de emulación, querellas, disensiones y, en definitiva, de guerras, hasta destruirse unos a otros o mermar su fuerza frente a un enemigo común) es necesario que existan leyes de honor y un módulo oficial para la capacidad de los hombres que han servido o son aptos para servir bien al Estado, y que exista fuerza en manos de alguien para poner en ejecución esas leyes. Pero siempre se ha evidenciado que no solamente la *militia* entera, o fuerzas del Estado, sino también el fallo de todas las controversias es inherente a la soberanía. Corresponde, por tanto, al soberano dar títulos de honor, y señalar qué preemi-

nencia y dignidad debe corresponder a cada hombre, y qué signos de respeto, en las reuniones públicas o privadas debe otorgarse cada uno a otro.

Éstos son los derechos que constituyen la esencia de la soberanía, y son los signos por los cuales un hombre puede discernir en qué hombres o asamblea de hombres está situado y reside el poder soberano. Son estos derechos, ciertamente, incomunicables e inseparables. El poder de acuñar moneda; de disponer del patrimonio y de las personas de los infantes herederos; de tener opción de compra en los mercados, y todas las demás prerrogativas estatutarias, pueden ser transferidas por el soberano, y quedar, no obstante, retenido el poder de proteger a sus súbditos. Pero si el soberano transfiere la *militia*, será en vano que retenga la capacidad de juzgar, porque no podrá ejecutar sus leyes; o si se desprende del poder de acuñar moneda, la *militia* es inútil; o si cede el gobierno de las doctrinas, los hombres se rebelarán contra el temor de los espíritus. Así, si consideramos cualesquiera de los mencionados derechos, veremos al presente que la conservación del resto no producirá efecto en la conservación de la paz y de la justicia, bien para el cual se instituyen todos los Estados. A esta división se alude cuando se dice que *un reino intrínsecamente dividido no puede subsistir*. Porque si antes no se produce esta división, nunca puede sobrevenir la división en ejércitos contrapuestos. Si no hubiese existido primero una opinión, admitida por la mayor parte de Inglaterra, de que estos poderes estaban divididos entre el rey, y los Lores y la Cámara de los Comunes, el pueblo nunca hubiera estado dividido, ni hubiese sobrevenido esta guerra civil, primero entre los que discrepaban en política, y después entre quienes disentían acerca de la libertad en materia de religión; y ello ha instruido a los hombres de tal modo, en este punto de derecho soberano, que pocos hay, en Inglaterra, que no adviertan cómo estos derechos son inseparables, y como tales serán reconocidos generalmente cuando muy pronto retorne la paz; y así continuarán hasta que sus miserias sean olvidadas; y sólo el vulgo considerará mejor que así haya ocurrido.

Siendo derechos esenciales e inseparables, necesariamente se sigue que cualquiera que sea la forma en que alguno de ellos haya sido cedido, si el mismo poder soberano no los ha otorgado en términos directos, y el nombre del soberano no ha sido manifestado por los cedentes al cesionario, la cesión es nula: porque aunque el soberano haya cedido todo lo posible si mantiene la

soberanía, todo queda restaurado e inseparablemente unido a ella.

Siendo indivisible esta gran autoridad y yendo inseparablemente aneja a la soberanía, existe poca razón para la opinión de quienes dicen que aunque los reyes soberanos sean *singulis majores*, o sea de mayor poder que cualquiera de sus súbditos, son *universis minoris*, es decir, de menor poder que todos ellos juntos. Porque si con *todos juntos* no significan el cuerpo colectivo como una persona, entonces *todos juntos* y *cada uno* significan lo mismo, y la expresión es absurda. Pero si por *todos juntos* comprenden una persona (asumida por el soberano), entonces el poder de todos juntos coincide con el poder del soberano, y nuevamente la expresión es absurda. Este absurdo lo ven con claridad suficiente cuando la soberanía corresponde a una asamblea del pueblo; pero en un monarca no lo ven, y, sin embargo, el poder de la soberanía es el mismo, en cualquier lugar en que esté colocado.

Como el poder, también el honor del soberano debe ser mayor que el de cualquiera o el de todos sus súbditos: porque en la soberanía está la fuente de todo honor. Las dignidades de lord, conde, duque y príncipe son creaciones suyas. Y como en presencia del dueño todos los sirvientes son iguales y sin honor alguno, así son también los súbditos en presencia del soberano. Y aunque cuando no están en su presencia, parecen unos más y otros menos, delante de él no son sino como las estrellas en presencia del sol.

Puede objetarse aquí que la condición de los súbditos es muy miserable, puesto que están sujetos a los caprichos y otras irregulares pasiones de aquel o aquellos cuyas manos tienen tan ilimitado poder. Por lo común quienes viven sometidos a un monarca piensan que es, éste, un defecto de la monarquía, y los que viven bajo un gobierno democrático o de otra asamblea soberana, atribuyen todos los inconvenientes a esa forma de gobierno. En realidad, el poder, en todas sus formas, si es bastante perfecto para protegerlo, es el mismo. Considérese que la condición del hombre nunca puede verse libre de una u otra incomodidad, y que lo más grande que en cualquiera forma de gobierno puede suceder, posiblemente, al pueblo en general, apenas es sensible si se compara con las miserias y horribles calamidades que acompañan a una guerra civil, o a esa disoluta condición de los hombres desenfrenados, sin sujeción a leyes y a un poder coercitivo que trabe sus manos, apartándoles de la rapiña y de la venganza. Considérese que la mayor construcción

de los gobernantes soberanos no procede del deleite o del derecho que pueden esperar del daño o de la debilitación de sus súbditos, en cuyo vigor consiste su propia gloria y fortaleza, sino en su obstinación misma, que contribuyendo involuntariamente a la propia defensa hace necesario para los gobernantes obtener de sus súbditos cuanto les es posible en tiempo de paz, para que puedan tener medios, en cualquier ocasión emergente o en necesidades repentinas, para resistir o adquirir ventaja con respecto a sus enemigos. Todos los hombres están por naturaleza provistos de notables lentes de aumento (a saber, sus pasiones y su egoísmo) vista a través de los cuales cualquiera pequeña contribución aparece como un gran agravio; están, en cambio, desprovistos de aquellos otros lentes prospectivos (a saber, la moral y la ciencia civil) para ver las miserias que penden sobre ellos y que no pueden ser evitadas sin tales aportaciones.

Capítulo XX. Del dominio paternal y del despótico

Un *Estado por adquisición* es aquel en que el poder soberano se adquiere por la fuerza. Y por la fuerza se adquiere cuando los hombres, singularmente o unidos por la pluralidad de votos, por temor a la muerte o a la servidumbre, autorizan todas las acciones de aquel hombre o asamblea que tiene en su poder sus vidas y su libertad.

Este género de dominio o soberanía difiere de la soberanía por institución solamente en que los hombres que escogen su soberano lo hacen por temor mutuo, y no por temor a aquel a quien instituyen. Pero en este caso, se sujetan a aquel a quien temen. En ambos casos lo hacen por miedo, lo cual ha de ser advertido por quienes consideran nulos aquellos pactos que tienen su origen en el temor a la muerte o la violencia: si esto fuera cierto nadie, en ningún género de Estado, podría ser reducido a la obediencia. Es cierto que una vez instituida o adquirida una soberanía, las promesas que proceden del miedo a la muerte o a la violencia no son pactos ni obligan cuando la cosa prometida es contraria a las leyes. Pero la razón no es que se hizo por miedo, sino que quien prometió no tenía derecho a la cosa prometida. Así, cuando algo se puede cumplir legítimamente y no se cumple no es la invalidez del pacto lo que absuelve, sino la sentencia del soberano. En otras palabras, lo que un hombre promete legalmente, ilegalmente lo incumple. Pero cuando el soberano, que es el actor, lo absuelve, queda absuelto por quien

le arrancó la promesa, que es, en definitiva, el autor de tal absolución.

Ahora bien, los derechos y consecuencias de la soberanía son los mismos en los dos casos. Su poder no puede ser transferido, sin su consentimiento, a otra persona; no puede enajenarlo; no puede ser acusado de injuria por ninguno de sus súbditos; no puede ser castigado por ellos; es juez de lo que se considera necesario para la paz, y juez de las doctrinas; es el único legislador y juez supremo de las controversias, y de las oportunidades y ocasiones de guerra y de paz; a él compete elegir magistrados, consejeros, jefes y todos los demás funcionarios y ministros, y determinar recompensas y castigos, honores y prelaciones. Las razones de ello son las mismas que han sido alegadas, en el capítulo precedente, para los mismos derechos y consecuencias de la soberanía por institución.

El dominio se adquiere por dos procedimientos: por generación y por conquista. El derecho de dominio por generación es el que los padres tienen sobre sus hijos, y se llama *paternal*. No se deriva de la generación en el sentido de que el padre tenga dominio sobre su hijo por haberlo procreado, sino por consentimiento del hijo, bien sea expreso o declarado por otros argumentos suficientes. Pero por lo que a la generación respecta, Dios ha asignado al hombre una colaboradora; y siempre existen dos que son parientes por igual: en consecuencia, el dominio sobre el hijo debe pertenecer igualmente a los dos, y el hijo estar igualmente sujeto a ambos, lo cual es imposible, porque ningún hombre puede obedecer a dos dueños. Y aunque algunos han atribuido el dominio solamente al hombre, por ser el sexo más excelente, se equivocan en ello, porque no siempre la diferencia de fuerza o prudencia entre el hombre y la mujer son tales que el derecho pueda ser determinado sin guerra. En los Estados, esta controversia es decidida por la ley civil: en la mayor parte de los casos, aunque no siempre, la sentencia recae en favor del padre, porque la mayor parte de los Estados han sido erigidos por los padres, no por las madres de familia. Pero la cuestión se refiere, ahora, al estado de mera naturaleza donde se supone que no hay leyes de matrimonio ni leyes para la educación de los hijos, sino la ley de naturaleza, y la natural inclinación de los sexos, entre sí, y respecto a sus hijos. En esta condición de mera naturaleza, o bien los padres disponen entre sí del dominio sobre los hijos, en virtud de contrato, o no disponen de ese dominio en absoluto. Si disponen el derecho tiene lugar de acuerdo con el contrato. En la historia encontramos que las Ama-

zonas contrataron con los hombres de los países vecinos, a los cuales recurrieron para tener descendencia, que los descendientes masculinos serían devueltos, mientras que los femeninos permanecerían con ellas; de este modo el dominio sobre las hembras correspondía a la madre.

Cuando no existe contrato, el dominio corresponde a la madre, porque en la condición de mera naturaleza, donde no existen leyes matrimoniales, no puede saberse quién es el padre, a menos que la madre lo declare: por consiguiente, el dercho de dominio sobre el hijo depende de la voluntad de ella, y es suyo, en consecuencia. Consideremos, de otra parte, que el hijo se halla primero en poder de la madre, la cual puede alimentarlo o abandonarlo; si lo alimenta, debe su vida a la madre, y, por consiguiente, está obligado a obedecerla, con preferencia a cualquiera otra persona: por lo tanto, el dominio es de ella. Pero si lo abandona, y otro lo encuentra y lo alimenta, el dominio corresponde a este último. En efecto, el niño debe obedecer a quien le ha protegido, porque siendo la conservación de la vida el fin por el cual un hombre se hace súbdito de otro, cada hombre se supone que promete obediencia al que tiene poder para protegerlo o aniquilarlo.

Si la madre está sujeta al padre, el hijo se halla en poder del padre; y si el padre es súbdito de la madre (como, por ejemplo, cuando una reina soberana contrae matrimonio con uno de sus súbditos) el hijo queda sujeto a la madre, porque también el padre es súbdito de ella.

Si un hombre y una mujer, monarcas de dos distintos reinos, tienen un niño y contratan respecto a quien tendrán el dominio del mismo, el derecho de dominio se establece por el contrato. Si no contratan, el dominio corresponde a quien domina el lugar de su residencia, porque el soberano de cada país tiene dominio sobre cuantos residen en él.

Quien tiene dominio sobre el hijo, lo tiene también sobre los hijos del hijo, y sobre los hijos de éstos, porque quien tiene dominio sobre la persona de un hombre, lo tiene sobre todo cuanto es, sin lo cual el dominio sería un mero título sin eficacia alguna.

El derecho de sucesión al dominio paterno procede del mismo modo que el derecho de sucesión a la monarquía, del cual me he ocupado ya suficientemente en el capítulo anterior.

El dominio adquirido por conquista o victoria en una guerra, es el que algunos escritores llaman *despótico*, de Δεσπότης, que significa *señor* o *dueño*, y es el dominio del dueño sobre su

criado. Este dominio es adquirido por el vencedor cuando el vencido, para evitar el peligro inminente de muerte, pacta, bien sea por palabras expresas o por otros signos suficientes de la voluntad, que en cuanto su vida y la libertad su cuerpo lo permitan, el vencedor tendrá uso de ellas, a su antojo. Y una vez hecho ese pacto, el vencido es un siervo, pero antes no, porque con la palabra *siervo* (ya se derive de *servire*, servir, o de *servare*, proteger, cosa cuya disputa entrego a los gramáticos) no se significa un cautivo que se mantiene en prisión o encierro, hasta que el propietario de quien lo tomó o compró, de alguien que lo tenía, determine lo que ha de hacer con él (ya que tales hombres, comúnmente llamados esclavos, no tienen obligación ninguna, sino que pueden romper sus cadenas o quebrantar la prisión; y matar o llevarse cautivo a su dueño, justamente), sino uno a quien, habiendo sido apresado, se le reconoce todavía la libertad corporal, y que prometiendo no escapar ni hacer violencia a su dueño, merece la confianza de éste.

No es, pues, la victoria la que da el derecho de dominio sobre el vencido, sino su propio pacto. Ni queda obligado porque ha sido conquistado, es decir, batido, apresado o puesto en fuga, sino porque comparece y se somete al vencedor. Ni está obligado el vencedor, por la rendición de sus enemigos (sin promesa de vida), a respetarles por haberse rendido a discreción; esto no obliga al vencedor por más tiempo sino en cuanto su discreción se lo aconseje.

Cuando los hombres, como ahora se dice, piden *cuartel*, lo que los griegos llamaban Ζωγρία, *dejar con vida*, no hacen sino sustraerse a la furia presente del vencedor, mediante la sumisión, y llegar a un convenio respecto de sus vidas, mediante la promesa de rescate o servidumbre. Aquel a quien se ha dado cuartel no se le concede la vida, sino que la resolución sobre ella se difiere hasta una ulterior deliberación, pues no se ha rendido con la condición de que se le respete la vida, sino a discreción. Su vida sólo se halla en seguridad, y es obligatoria su servidumbre, cuando el vencedor le ha otorgado su libertad corporal. En efecto, los esclavos que trabajan en las prisiones o arrastrando cadenas, no lo hacen por obligación, sino para evitar la crueldad de sus guardianes.

El señor del siervo es dueño, también, de cuanto éste tiene, y puede reclamarle el uso de ello, es decir, de sus bienes, de su trabajo, de sus siervos y de sus hijos, tantas veces como lo juzgue conveniente. En efecto, debe la vida a su señor, en virtud del pacto de obediencia, esto es, de considerar como propia y autori-

zar cualquiera cosa que el dueño pueda hacer. Y si el señor, al rehusar el siervo, le da muerte o lo encadena, o le castiga de otra suerte por su desobediencia, es el mismo siervo autor de todo ello, y no puede acusar al dueño de injuria.

Si un monarca lo es de diversas naciones, y en una de ellas tiene la soberanía por institución del pueblo reunido, y en la otra por conquista, es decir, por la sumisión de cada individuo para evitar la muerte o la prisión, exigir de una de estas naciones más que de la otra, por título de conquista, por tratarse de una nación conquistada, es un acto de ignorancia de los derechos de soberanía. En ambos casos es el soberano igualmente absoluto, o de lo contrario la soberanía no existe; y de este modo, cada hombre puede protegerse a sí mismo legítimamente, si puede, con su propia espada, lo cual es condición de guerra.

De esto se infiere que una gran familia, cuando no forma parte de algún Estado, es, por sí misma, en cuanto a los derechos de soberanía, una pequeña monarquía, ya conste esta familia de un hombre y sus hijos, o de un hombre y sus criados, o de un hombre, sus hijos y sus criados conjuntamente; familia en la cual el padre o dueño es el soberano. Ahora bien, una familia no es propiamente un Estado, a menos que no alcance ese poder por razón de su número, o por otras circunstancias que le permitan no ser sojuzgada sin el azar de una guerra. Cuando un grupo de personas es manifiestamente demasiado débil para defenderse a sí mismo, cada una usará su propia razón, en tiempo de peligro, para salvar su propia vida, ya sea huyendo o sometiéndose al enemigo, como considere mejor; del mismo modo que una pequeña compañía de soldados, sorprendida por un ejército, puede deponer las armas y pedir cuartel, o escapar, más bien que exponerse a ser exterminada. Considero esto como suficiente, respecto a lo que por especulación y deducción pienso de los derechos soberanos, de la naturaleza, necesidad y designio de los hombres, al establecer los Estados, y al situarse bajo el mando de monarcas o asambleas, dotadas de poder bastante para su protección.

Consideremos ahora lo que la Escritura enseña acerca de este extremo. A Moisés, los hijos de Israel le decían: *Háblanos, y te oiremos; pero no hagas que Dios nos hable, porque moriremos.*[1] Esto implica absoluta obediencia a Moisés. Respecto al derecho de los reyes, Dios mismo dijo, por boca de Samuel: *Éste será el derecho del rey que deseáis ver reinando sobre vosotros. Él toma-*

[1] *Ex.*, 20, 19.

rá vuestros hijos, y los hará guiar sus carros, y ser sus jinetes, y correr delante de sus carros; y recoger su cosecha; y hacer sus máquinas de guerra e instrumentos de sus carros; y tomará vuestras hijas para hacer perfumes, para ser sus cocineras y panaderas. Tomará vuestros campos, vuestros viñedos y vuestros olivares, y los dará a sus siervos. Tomará las primicias de vuestro grano y de vuestro vino, y las dará a los hombres de su cámara y a sus demás sirvientes. Tomará vuestros servidores varones, y vuestras sirvientes doncellas, y la flor de vuestra juventud, y la empleará en sus negocios. Tomará las primicias de vuestros rebaños, y vosotros seréis sus siervos.[2] Trátase de un poder absoluto, resumido en las últimas palabras: *vosotros seréis sus siervos.* Además, cuando el pueblo oyó qué poder iba a tener el rey, consintieron en ello, diciendo: *Seremos como todas las demás naciones, y nuestro rey juzgará nuestras causas, e irá ante nosotros, para guiarnos en nuestras guerras.*[3] Con ello se confirma el derecho que tienen los soberanos, respecto a la *militia* y a la *judicatura* entera; en ello está contenido un poder tan absoluto como un hombre pueda posiblemente transferir a otro. A su vez, la súplica del rey Salomón a Dios era ésta: *Da a tu siervo inteligencia para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo.*[4] Corresponde, por tanto, al soberano ser *juez,* y prescribir las reglas para *discernir el bien y el mal*: estas reglas son leyes, y, por consiguiente, en él radica el poder legislativo. Saúl puso precio a la vida de David; sin embargo, cuando este último tuvo posibilidad de dar muerte a Saúl, y sus siervos podían haberlo hecho, David lo prohibió, diciendo: *Dios prohíbe que realice semejante acto contra mi Señor, el ungido de Dios.*[5] Respecto a la obediencia de los siervos, decía San Pablo: *Los siervos obedecen a sus señores en todas las cosas,*[6] y *Los hijos obedecen a sus padres en todo.*[7] Es la obediencia simple en quienes están sujetos a dominio paternal o despótico. Por otra parte, *Los escribas y fariseos están sentados en el sitial de Moisés, y por consiguiente, cuando os ordenen observar, observadlo y hacedlo.*[8] Esto implica, de nuevo, una simple obediencia. Y San Pablo dice: *Advertid que quienes se hallan sujetos a los príncipes, y a otras personas con autori-*

2 I, *S.*, 8, II, 12, etcétera.
3 *Vers.*, 19, etcétera.
4 I *R.*, 3, 9.
5 I *S.*, 24, 9.
6 *Coll.*, 3, 20.
7 *Vers.*, 22.
8 *Mt.*, 23, 2, 3.

dad, deben obedecerles.[9] También esta obediencia es sencilla. Por último, nuestro mismo Salvador reconocía que los hombres deben pagar las tasas impuestas por los reyes cuando dijo: *Dad al César lo que es del César,* y pagó él mismo ese tributo. Y que la palabra del rey es suficiente para arrebatar cualquiera cosa a cualquier súbdito, si lo necesita, y que el rey es el juez de esta necesidad. Porque el mismo Jesús, como rey de los judíos, mandó a sus discípulos que cogieran una borrica y su borriquillo, para que lo llevaran a Jerusalén, diciendo: *Id al pueblo que está frente a vosotros, y encontraréis una borriquilla atada y su borriquillo con ella: desatadlos y traédmelos. Y si alguno os pregunta qué os proponéis, decidle que el Señor los necesita, y entonces os dejarán marchar.*[10] No preguntan si su necesidad es un título suficiente, ni si es juez de esta necesidad, sino que se allanan a la voluntad del Señor.

A estos pasajes puede añadirse también aquel otro del *Génesis: Debéis ser como Dios, que conoce el bien y el mal.* Y el versículo 2: *¿Quién te dijo que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol, del cual te ordené que no comieras?*[11] Porque habiendo sido prohibido el conocimiento o juicio de lo *bueno* y de lo *malo,* por el nombre del fruto del árbol de la ciencia, como una prueba de la obediencia de Adán, el demonio, para inflamar la ambición de la mujer a la que este fruto siempre había parecido bello, le dijo que probándolo conocería, como Dios, el *bien* y el *mal.* Una vez que hubieron comido ambos, disfrutaron la aptitud de Dios para el enjuiciamiento de lo bueno y de lo malo, pero no adquirieron una nueva aptitud para discernir rectamente entre ellos. Y aunque se dice que habiendo comido, ellos advirtieron que estaban desnudos, nadie puede interpretar ese pasaje en el sentido de que antes estuvieran ciegos, y no viesen su propia piel: la significación es clara, en el sentido de que sólo entonces juzgaban que su desnudez (en la cual Dios los había creado) era inconveniente; y al avergonzarse, tácitamente censuraban al mismo Dios. Seguidamente Dios dijo: *Has comido,* etcétera, como queriendo decir: Tú que me debes obediencia ¿vas a atribuirte la capacidad de juzgar mis mandatos? Con ello se significaba claramente (aunque de modo alegórico) que los mandatos de quien tiene derecho a mandar, no deben ser censurados ni discutidos por sus súbditos.

Así parece bien claro a mi entendimiento, lo mismo por la

9 *Tit.,* 3, 2.
10 *Mt.,* 21, 2, 3.
11 *Gn.,* 3, 5.

razón que por la Escritura, que el poder soberano, ya radique en un hombre, como en la monarquía, o en una asamblea de hombres, como en los gobiernos populares y aristocráticos, es tan grande, como los hombres son capaces de hacerlo. Y aunque, respecto a tan ilimitado poder, los hombres pueden imaginar muchas desfavorables consecuencias, las consecuencias de la falta de él, que es la guerra perpetua de cada hombre contra su vecino, son mucho peores. La condición del hombre en esta vida nunca estará desprovista de inconvenientes; ahora bien, en ningún gobierno existe ningún otro inconveniente de monta sino el que procede de la desobediencia de los súbditos, y del quebrantamiento de aquellos pactos sobre los cuales descansa la esencia del Estado. Y cuando alguien, pensando que el poder soberano es demasiado grande, trate de hacerlo menor, debe sujetarse él mismo al poder que pueda limitarlo, es decir, a un poder mayor.

La objeción máxima es la de la práctica: cuando los hombres preguntan dónde y cuándo semejante poder ha sido reconocido por los súbditos. Pero uno puede preguntar entonces, a su vez, cuándo y dónde ha existido un reino, libre, durante mucho tiempo, de la sedición y de la guerra civil. En aquellas naciones donde los gobiernos han sido duraderos y no han sido destruidos sino por las guerras exteriores, los súbditos nunca disputan acerca del poder soberano. Pero de cualquier modo que sea, un argumento sacado de la práctica de los hombres, que no discriminan hasta el fondo ni ponderan con exacta razón las causas y la naturaleza de los Estados, y que diariamente sufren las miserias derivadas de esa ignorancia, es inválido. Porque aunque en todos los lugares del mundo los hombres establezcan sobre la arena los cimientos de sus casas, no debe deducirse de ello que esto deba ser así. La destreza en hacer y mantener los Estados descansa en ciertas normas, semejantes a las de la aritmética y la geometría, no (como en el juego de tennis) en la práctica solamente: estas reglas, ni los hombres pobres tienen tiempo ni quienes tienen ocios suficientes han tenido la curiosidad o el método de encontrarlas.

Capítulo XXIX. De las causas que debilitan o tienden a la desintegración de un Estado

Aunque nada de lo que los hombres hacen puede ser inmortal, si tienen el uso de razón de que presumen, sus Estados pueden ser asegurados, en definitiva, contra el peligro de perecer por enfermedades internas. En efecto, por la naturaleza de su insti-

tución están destinados a vivir tanto como el género humano, o como las leyes de naturaleza, o como la misma justicia que les da vida. Por consiguiente, cuando llegan a desintegrarse no por la violencia externa, sino por el desorden intestino, la falta no está en los hombres, sino en la *materia*; pero ellos son quienes la *modelan* y ordenan. Cuando los hombres se molestan con sus mutuas irregularidades, desean de todo corazón acoplarse entre sí dentro de un firme y sólido edificio, tanto por necesidad del arte de hacer leyes útiles para regular, según ellas, sus acciones, como por su humildad y paciencia para sufrir que sean eliminados los rudos y ásperos puntos de su presente grandeza; ahora bien, sin la ayuda de un arquitecto muy hábil, no lograrán verse reunidos sino en una edificación defectuosa, que pesando considerablemente sobre su propia época, vendrá a caer sin remedio sobre las cabezas de su posteridad.

Entre las *enfermedades* de un Estado quiero considerar, en primer término, las que derivan de una institución imperfecta, y semejan a las enfermedades de un cuerpo natural, que proceden de una procreación defectuosa.

Una de ellas es que *un hombre, para obtener un reino, se conforma a veces con menos poder del necesario para la paz y defensa del Estado.* Suele ocurrir, entonces, que cuando el ejercicio del poder otorgado tiene que recuperarse para la salvación pública, sugiere la impresión de un acto injusto, lo cual (cuando la ocasión se presenta) dispone a muchos hombre a la rebeldía. Del mismo modo que los cuerpos de los niños engendrados por padres enfermos, se hallan sujetos bien sea a una muerte prematura, o a purgar su mala calidad derivada de una concepción viciosa, que se manifiesta en cálculos y pústulas, cuando los reyes se niegan a sí mismos una parte necesaria de su poder, no es siempre (aunque sí a veces) por ignorancia de lo que es necesario para el cargo que asumen, sino en muchas ocasiones por esperanza de recobrarla otra vez, a su antojo. Sin embargo, no razonan bien, porque quienes antes mantenían su poder pueden ser protegidos como él por los Estados Extranjeros, y teniendo en cuenta el bien de sus propios súbditos, pocas ocasiones se les escapan de *debilitar* la situación de sus vecinos. Así Tomás Becket, arzobispo de Canterbury, recibió apoyo del Papa contra Enrique II, porque la subordinación de los eclesiásticos al Estado quedó dispensada por Guillermo el Conquistador, en el momento de su proclamación, cuando hizo promesa de no infringir la libertad de la Iglesia. Y así los *barones*, cuyo poder fue aumentado por Guillermo Rufo (quien recabó la ayuda de ellos

para verse favorecido con la sucesión de su hermana mayor) se vieron exaltados hasta un grado incompatible con el poder soberano, y mantenidos en su rebelión contra el rey Juan, por los franceses.

No ocurre esto solamente en la monarquía puesto que aunque el antiguo Estado romano era erigido por el *Senado y el pueblo de Roma,* ni el Senado ni el pueblo presumían de detentar todo el poder; ello causó, primeramente, las sediciones de Tiberio Graco, Cayo Graco, Lucio Saturnino y otros, y posteriormente las guerras entre el Senado y el pueblo, bajo Mario y Sila, y más tarde bajo Pompeyo y César, hasta la extinción de su democracia y establecimiento de la monarquía.

Las gentes de Atenas estaban ligadas entre sí por una sola acción, la cual consistía en que nadie, bajo pena de muerte, propusiera la renovación de la guerra por la isla de Salamina. Y aun con ello, si Solón no hubiera motivado que se le considerara como loco, y, posteriormente, con los gestos y el hábito de un loco, y en verso, no hubiera propuesto tal cosa al pueblo que pululaba a su alrededor, hubiesen en perpetua amenaza un enemigo, a las puertas mismas de su ciudad; semejante daño o alteración amenaza a todos los Estados que han limitado su poder, por poco que sea.

En segundo lugar observo las *enfermedades* de un Estado, procedentes del veneno de las doctrinas sediciosas, una de las cuales afirma *que cada hombre en particular es juez de las buenas y de las malas acciones.* Esto es cierto en la condición de mera naturaleza, en que no existen leyes civiles, así como bajo un gobierno civil en los casos que no están determinados por la ley. Por lo demás es manifiesto que la medida de las buenas y de las malas acciones es la ley civil, y el juez es el legislador que siempre representa al Estado. Por esta falsa doctrina los hombres propenden a discutir entre sí y a disputar acerca de las órdenes del Estado, procediendo, después, a obedecerlo o a desobedecerlo, según consideran más oportuno a su razón privada. Con ello el Estado se distrae y *debilita.*

Otra doctrina repugnante a la sociedad civil es que *cualquiera cosa que un hombre hace contra su conciencia es un pecado,* doctrina que depende de la presunción de hacerse a sí mismo juez de lo bueno y de lo malo. En efecto, la conciencia de un hombre y su capacidad de juzgar son la misma cosa; y como el juicio, también la conciencia puede equivocarse. Por consiguiente, si quien no está sujeto a ninguna ley civil peca en todo cuanto hace contra su conciencia, porque no tiene otra regla que

seguir, sino su propia razón, no ocurre lo mismo con quien vive en un Estado, puesto que la ley es la conciencia pública mediante la cual se ha propuesto ser guiado. De lo contrario y dada la diversidad que existe de pareceres privados, que se traduce en otras tantas opiniones particulares, forzosamente se producirá confusión en el Estado, y nadie se preocupará de obedecer al poder soberano, más allá de lo que parezca conveniente a sus propios ojos.

También se ha enseñado comúnmente *que la fe y la santidad no se alcanzan por el estudio y la razón, sino por inspiración o infusión sobrenatural.* Concedido esto, yo no comprendo por qué un hombre debe dar razón de su fe, o por qué cada cristiano no debe ser también un profeta, o por qué un hombre debe guiarse por la ley de su país más bien que por su propia inspiración como norma de sus acciones. Y así nuevamente caemos en la falta de tomar sobre nosotros la tarea de juzgar sobre el bien y el mal; o de instituir como jueces de ello hombres particulares que pretenden estar sobrenaturalmente inspirados para la disolución de todo el gobierno civil. La fe viene de escuchar; y el escuchar, de aquellos accidentes que nos guían a la presencia de quien nos habla; tales accidentes son todos arbitrarios por la Omnipotencia divina; sin embargo, no son sobrenaturales, sino solamente inobservables para la gran mayoría de quienes concurren a cada efecto. Ciertamente la fe y la santidad no son muy frecuentes, pero no son milagros, sino cualidades que sobrevienen de la educación, disciplina, corrección y otras vías naturales por las cuales actúa Dios sobre su elegido, en el tiempo que considera adecuado. Estas tres opiniones, perniciosas a la paz y al gobierno, han procedido, en esta comarca del mundo, principalmente de las lenguas y plumas de divinos indoctos, que reuniendo las palabras de la Sagrada Escritura de modo diferente a lo que resulta aceptable para la razón, pretenden hacer pensar a los hombres que la santidad y la razón natural no pueden coexistir.

Una cuarta opinión repugnante a la naturaleza de un Estado es *que quien tiene el poder soberano esté sujeto a las leyes civiles.* Es cierto que los soberanos están sujetos, todos ellos, a las leyes de naturaleza, porque tales leyes son divinas y no pueden ser abrogadas por ningún hombre o Estado. Pero el soberano no está sujeto a leyes formuladas por él mismo, es decir, por el Estado, porque estar sujeto a las leyes es estar sujeto al Estado, es decir, al representante soberano, que es él mismo; lo cual no es sujeción, sino libertad de las leyes. Este error que coloca

las leyes por encima del soberano, sino también sobre él un juez, y un poder para castigarlo; equivale a hacer un nuevo soberano, y por la misma razón un tercero, para castigar al segundo, y así sucesivamente, sin tregua, hasta la confusión y disolución del Estado.

Una quinta doctrina que tiende a la disolución del Estado afirma *que cada hombre particular tiene una propiedad absoluta en sus bienes, y de tal índole que excluye el derecho del soberano.* Cada persona tiene, en efecto, una propiedad que excluye el derecho de cualquier otro súbdito, y la tiene solamente por el poder soberano sin cuya protección cualquier otro hombre tendría igual derecho a la misma. Pero si el derecho del soberano queda, así, excluido, no puede realizar la misión que le fue encomendada, a saber: la de defenderlos contra los enemigos exteriores y contra las injurias mutuas; en consecuencia, el Estado cesa de existir.

Y si la propiedad de los súbditos no excluye el derecho del representante soberano a sus bienes, mucho menos a sus cargos de judicatura o ejecución, en los que representan al soberano mismo.

Existe una sexta doctrina directa y llanamente contraria a la esencia de un Estado: según ella *el soberano poder puede ser dividido.* Ahora bien, dividir el poder de un Estado no es otra cosa que disolverlo, porque los poderes divididos se destruyen mutuamente uno a otro. En virtud de estas doctrinas los hombres sostienen principalmente a algunos que haciendo profesión de las leyes tratan de hacerlas depender de su propia enseñanza, y no del poder legislativo.

Tan falsa doctrina, así como el ejemplo de un gobierno diferente en una nación vecina, dispone a los hombres a la alteración de la forma ya establecida. Así, el pueblo de los judíos fue impulsado a repudiar a Dios, reclamando al profeta Samuel un rey semejante al de todas las demás naciones. Así, también, las ciudades menores de Grecia estaban constantemente perturbadas con sediciones de las facciones aristócratas y demócratas; una parte de los Estados deseaba imitar a los lacedemonios; la otra, a los atenienses. Yo no dudo de que muchos hombres han considerado los últimos disturbios en Inglaterra como una imitación de los Países Bajos; suponían que para hacerse rico no tenían que hacer otra cosa sino cambiar, como ellos lo habían hecho, su forma de gobierno. En efecto la constitución de la naturaleza humana propende por sí misma a la novedad. Por tanto, cuando resulta estimulada en el mismo sentido por la vecindad de

quienes se han enriquecido por tales medios, es casi imposible no estar de acuerdo con quienes solicitan el cambio, y aman los primeros principios, aunque les desagrade la continuidad del desorden; como quienes habiendo cogido la sarna se rascan con sus propias uñas hasta que no pueden resistir más.

En cuanto a la rebelión, en particular contra la monarquía, una de las causas más frecuentes de ello es la lectura de los libros de política y de historia, de los antiguos griegos y romanos. De esas lecturas, los jóvenes y todos aquellos que no están provistos con el antídoto de una sólida razón, reciben una impresión fuerte y deliciosa de los grandes hechos de armas realizados por los conductores de ejércitos, formándose, además, una idea grata de todo lo que ellos han hecho, e imaginando que su gran prosperidad no ha procedido de la emulación de hombres particulares, sino de la virtud de su forma popular de gobierno; entretanto, no considera las frecuentes sediciones y guerras civiles producidas por la imperfección de su política. A base, como digo, de la lectura de tales libros, los hombres se han lanzado a matar a sus reyes, porque los escritores griegos y latinos, en sus libros y discursos de política, consideraban legítimo y laudable para cualquier hombre hacer eso, sólo que a quien tal hacía lo llamaban *tirano*. Ni decían regicidio, es decir, asesinato de un rey, sino *tiranicidio*, asegurando que el asesinato de un tirano es legítimo. A base de los mismos libros, quienes viven bajo un monarca abrigan la opinión de que los súbditos de un Estado popular gozan de libertad, mientras que en una monarquía son esclavos todos ellos. Digo que quienes viven en régimen monárquico abrigan tal opinión, y no los que viven en un gobierno popular, porque no encuentran tal materia. En suma, no puedo imaginar cómo una cosa puede ser más perjudicial a una monarquía que el permitir que tales libros sean públicamente leídos sin someterlos a un expurgo realizado por maestros discretos, aptos para eliminar el veneno que esos libros contienen. Yo no dudo en comparar este veneno con la mordedura de un perro rabioso, que es una enfermedad que los médicos llaman *hidrofobia* u *horror el agua*. En efecto, quien resulta mordido así, tiene el continuo tormento de la sed, y aun aborrece al agua; y se halla en un estado tal como si el veneno tendiera a convertirlo en un perro. Así, en cuanto una monarquía ha sido mordida en lo vivo por esos escritores democráticos que continuamente ladran contra tal régimen, no hace falta otra cosa sino un monarca

fuerte, a quien, sin embargo, aborrecen cuando lo tienen, por una cierta *tiranofobia* o terror de ser fuertemente gobernados.

Del mismo modo que han existido doctores que sostienen la existencia de tres espíritus en el hombre, así también piensan algunos que existen, en el Estado, espíritus diversos (es decir, diversos soberanos) y no uno solo, y establecen una *supremacía* contra la *soberanía*; *cánones* contra *leyes*, y *autoridad eclesiástica* contra autoridad *civil*, perturbando las mentes humanas con palabras y distinciones que por sí mismas nada significan, pero que con su oscuridad revelan que en la oscuridad pulula, como algo invisible, otro reino nuevo, algo así como un reino fantástico. Teniendo en cuenta que, evidentemente, el poder civil y el poder del Estado son la misma cosa, y que la supremacía y el poder de hacer cánones y de otorgar grados incumbe al Estado, se sigue que donde uno es soberano, otro es supremo; donde uno puede hacer leyes, otro hace cánones, siendo preciso que existan dos Estados para los mismos súbditos, con lo cual un reino resulta dividido en sí mismo y no puede subsistir. Por otra parte, a pesar de la distinción insignificante de *temporal* y *espiritual*, siguen existiendo dos reinos, y cada súbdito está sujeto a dos señores. El *poder eclesiástico* que aspira al derecho de declarar lo que es pecado, aspira, como consecuencia, a declarar lo que es ley (el pecado no es otra cosa que la transgresión de la ley); a su vez, el *poder civil* propugna por declarar lo que es ley, y cada súbdito debe obedecer a dos dueños, que quieren ver observados sus mandatos como si fueran leyes, lo cual es imposible. O bien, si existe un reino, el civil, que es el poder del Estado, debe subordinarse al espiritual, y entonces no existe otra soberanía sino la espiritual; o el poder espiritual debe estar subordinado al temporal, y entonces no existe supremacía sino en lo temporal. Por consiguiente, si estos dos poderes se oponen uno a otro, forzosamente el Estado se hallará en gran peligro de guerra civil y desintegración. En efecto, siendo el poder civil más visible, y estando sometido a la luz, más clara, de la razón natural, no puede escoger otra salida sino atraerse, en todo momento, una parte muy considerable del pueblo. Aunque la autoridad *espiritual* se halla envuelta en la oscuridad de las distinciones escolásticas y de las palabras enérgicas, como el temor del infierno y de los fantasmas es mayor que otros temores, no deja de procurar un estímulo suficiente a la perturbación y, a veces a la destrucción del Estado. Es ésta una enfermedad que con razón puede compararse con la epilepsia (que los judíos consideraban como una especie de posesión por los

espíritus) en el cuerpo natural. En efecto, en esta enfermedad existe un espíritu antinatural, un viento en la cabeza que obstruye las raíces de los nervios, y, agitándolos violentamente, elimina la moción que naturalmente tendrían por el poder del espíritu en el cerebro, y como consecuencia causa mociones violentas e irregulares (lo que los hombres llaman convulsiones) en los distintos miembros, hasta el punto de que quien se ve acometido por esa afección, cae a veces en el agua, y a veces en el fuego, como privado de sus sentidos; así también, en el cuerpo político, cuando el poder espiritual agita los miembros de un Estado con el terror de los castigos y la esperanza de recompensas (que son los nervios del cuerpo político en cuestión), de otro modo que como deberían ser movidos por el poder civil (que es el alma del Estado), y por medio de extrañas y ásperas palabras sofoca su entendimiento, necesariamente trastorna al pueblo, y o bien ahoga el Estado en la opresión, o lo lanza al incendio de una guerra civil.

A veces, también, en el gobierno meramente civil existe más de un alma, por ejemplo, cuando el poder recaudar dinero (que corresponde a la facultad nutritiva) depende de una asamblea general, quedando el poder de dirección y de mando (que es la facultad motriz) en poder de un hombre, y el poder de hacer leyes (que es la facultad racional) en el consentimiento accidental, no sólo de esos dos elementos, sino, acaso, de un tercero. Esto pone en peligro al Estado, a veces por falta de respeto a las buenas leyes, pero en la mayoría de los casos por falta de aquella nutrición que es necesaria a la vida y al movimiento. En efecto, aunque pocos perciban que ese gobierno no es gobierno, sino división del Estado en tres facciones, y le denominen monarquía mixta, la verdad es que no se trata de un Estado independiente, sino de tres facciones independientes, ni de una persona representativa, sino de tres. En el reino de Dios puede haber tres personas independientes sin quebrantamiento de la unidad en el Dios que reina; pero donde reinan los hombres, esto se halla sujeto a diversidad de opiniones, y no puede subsistir así. Por consiguiente, si el rey representa la persona del pueblo, y la asamblea general también la representa, y otra asamblea representa la persona de una parte del pueblo, no existe en realidad una persona ni un soberano, sino tres personas y tres soberanos distintos.

Ignoro a qué enfermedad natural del cuerpo humano puedo comparar exactamente esta irregularidad de un Estado. Pero recuerdo haber visto un hombre que tenía otro hombre creciendo

al lado suyo, con cabeza, brazos, torso y estómago propios: si hubiera tenido otro hombre pegado al lado opuesto, la comparación hubiera podido resultar exacta.

Con ello me he referido a aquellas enfermedades del Estado que implica el máximo y más presente peligro. Existen otras que no son tan grandes, y que, sin embargo, merecen ser observadas. Tal es, en primer término, la dificultad de recaudar dinero para los usos necesarios del Estado, especialente en caso de guerra inminente. Esta dificultad deriva de la opinión que cada súbdito tiene de su propiedad sobre tierras y bienes, excluyendo el derecho del soberano al uso de los mismos. De aquí que el poder soberano, en previsión de las necesidades y peligros del Estado (dándose cuenta de que está obstruido el paso del dinero al tesoro público, por la tenacidad del pueblo) cuando precisa extenderse, para salir al encuentro de los peligros y prevenirlos en sus comienzos, ese poder, decimos, se restringe tanto como puede, y cuando no puede más lucha con el pueblo por medio de estratagemas legales, para obtener pequeñas sumas que no bastan, pero, por último, se lanza violentamente a abrir la vía para una aportación suficiente, a falta de la cual perecerá; y puesto en tan extremo lance, reduce por fin al pueblo a su debido temple, sin lo cual el Estado está condenado a morir. En este sentido podemos comparar esta destemplanza con la fiebre intermitente, en la que quedando congeladas u obstruidas por materia emponzoñada las partes carnosas, las venas que por su curso natural se vacían en el corazón, no quedan (como debería ser) provistas por las arterias, con lo que en primer término sobreviene una contracción helada y temblorosa de los miembros, y después un ardoroso y enérgico esfuerzo del corazón para forzar un paso a la sangre; y antes de lograrlo se apacigua con las leves refrigeraciones de cosas frías durante un tiempo, hasta que (si la naturaleza es bastante fuerte) quiebra por último la contumacia de las partes obstruidas y disipa el veneno en sudor, o (si la naturaleza es demasiado débil) el paciente muere.

Por otra parte, se da a veces en un Estado una enfermedad que se asemeja a la pleuresía, y que consiste en que cuando el tesoro del Estado fluye más allá de lo debido, se reúne con excesiva abundancia en uno o en pocos particulares, mediante monopolios o exacciones correspondientes a las rentas públicas; del mismo modo que la sangre, en una pleuresía, agolpándose en la membrana del pecho, alimenta en ella una inflamación, acompañada de fiebre y dolorosos pinchazos.

Así también, la popularidad de un súbdito potente (a me-

nos que el Estado tenga una firme garantía de su fidelidad) es una enfermedad peligrosa, porque el pueblo (que debe recibir su estímulo motor de la autoridad del soberano), por la adulación o la reputación de un ambicioso, es apartado de la obediencia de las leyes, para seguir a un hombre de cuyas virtudes y designios no tiene conocimiento. Y esto es comúnmente de más peligro en un gobierno popular que en una monarquía, porque un ejército es de tanta mayor fuerza y multitud cuanto que puede hacerse creer que coincide con el pueblo. Fue por estos medios que Julio César, que había sido erigido por el pueblo frente al Senado, habiéndose ganado el afecto de su ejército, se hizo a sí mismo dueño de las dos cosas, el Senado y el pueblo. Este proceder de hombres populares y ambiciosos es simple rebelión, y puede asemejarse a los efectos de la brujería.

Otra enfermedad de un Estado es la grandeza inmoderada de una ciudad, cuando es apta para suministrar de su propio ámbito el número y las expensas de un gran ejército; como también el gran número de corporaciones, que son como Estados menores en el seno de uno más grande, como gusanos en las entrañas de un hombre natural. A esto puede añadirse la libertad de disputar contra el poder absoluto, por aspirantes a la prudencia política, los cuales aunque están alimentados en su mayor parte por el viento que sopla del pueblo, animados por las falsas doctrinas, están constantemente debatiéndose con las leyes fundamentales, y molestan al Estado, como los pequeños gusanos que los médicos denominan *ascárides*.

Podemos añadir, además, el apetito insaciable o *bulimia* de ensanchar los dominios, con las heridas incurables que a causa de ello se inflige muchas veces el enemigo; y los *tumores* de las conquistas mal consolidadas, que son en muchos casos, una carga, y que con menos peligro se pierden que se mantienen; así como también la *letargia* de la comodidad, y la *consunción* traída por el tumulto o la dilapidación.

Por último, cuando en una guerra (exterior o intestina) los enemigos logran una victoria final, de tal modo que (no logrando las fuerzas del Estado mantener sus posiciones por más tiempo) no existe ulterior protección de los súbditos en sus haciendas, entonces el Estado queda *disuelto*, y cada hombre en libertad de protegerse a sí mismo por los expedientes que su propia discreción le sugiera. En efecto, el soberano es el alma pública que da vida y moción al Estado; cuando expira, los miembros ya no están gobernados por él, como no lo está el esqueleto de un hom-

bre cuando su alma (aunque inmortal) lo ha abandonado. Aunque el derecho de un monarca soberano no puede quedar extinguido por un acto ajeno, sí puede serlo la obligación de los miembros, porque quien necesita protección puede buscarla en alguna parte, y cuando la tiene queda obligado (sin pretensión fraudulenta de haberse sometido a sí mismo, sino por miedo) a asegurar su protección mientras se considera capaz de ello. Pero una vez suprimido el poder de una asamblea, acaba por completo el derecho del mismo, porque la asamblea queda extinguida, y por consiguiente no existe para la soberanía posibilidad de retorno.

TOLERANCIA *

Voltaire (Francisco María Arouet) (1694-1776)

Siendo alumno de retórica, su profesor le dijo: "Serás, con el tiempo, el caudillo de la impiedad." Espíritu satírico y mordaz, Voltaire fijó como blanco de sus ataques las ideas y costumbres dominantes de su época. Su pluma se dirigió contra la Iglesia y la sociedad. Amante del buen vivir y de la pompa, fue famoso por su vida placentera y rodeada de lujos. Como literato escribió numerosos dramas, pero sus intereses abarcaron también la historia y la ciencia. De su Diccionario filosófico *reproducimos aquí un artículo.*

I

Recorriendo la historia encontré casos tan horribles de fanatismo, desde la división de los partidarios de Atanasio y de Arrio hasta el asesinato de Enrique el Grande; encontré tantas calamidades públicas y particulares que causó el odio de partido y la rabia del entusiasmo desde la tiranía del jesuita Le Tellier hasta la demencia de los convulsionarios y de las cédulas de confesión, que con frecuencia me pregunto a mí mismo: *¿La tolerancia producirá un mal tan grande como la intolerancia? ¿La libertad de conciencia será una calamidad tan bárbara como las hogueras de la Inquisición?*

Siento tener que hablar de los judíos, porque esta nación es, bajo muchos aspectos, la más detestable que ha pisado el mundo; pero a pesar de esto, la secta de los saduceos fue muy buena y muy apacible, aunque no creyó en la inmortalidad del alma, como creían en ella los fariseos. En Grecia nunca persiguieron a los sectarios de Epicuro. En cuanto a la muerte injusta de Sócrates, no he podido nunca encontrar más motivo que el odio terco que le tenían los pedantes. Confiesa él mismo que pasó la vida demostrándoles que eran gentes absurdas, ofendió su amor propio y se vengaron de él haciéndole beber la cicuta. Los atenienses le pidieron perdón después de haberle envenenado y le erigieron una capilla. Éste es un hecho único en la historia, que no tiene ninguna relación con la intolerancia.

* Voltaire, *Diccionario filosófico*, 2 v., Buenos Aires, El Ateneo, 1950 (Col. Clásicos inolvidables).

Cuando los romanos fueron dueños de la parte más hermosa del mundo, sabemos que toleraron todas las religiones, aunque no las admiraron, y está demostrado que merced a su tolerancia pudo establecerse el cristianismo. Éstos tenían, como en la actualidad, sinagogas en Roma y en la mayor parte de las ciudades comerciales, y los cristianos se aprovecharon de la libertad que disfrutaban los judíos.

No voy a estudiar en este artículo las causas de la persecución que al poco tiempo sufrieron los cristianos, porque ya las he detallado en otra parte; basta con recordar ahora que si entre tantas religiones los romanos hubieran querido proscribir una sola, no la hubieran perseguido, y que como la Iglesia quiso exterminar todas las demás religiones, se atrajo la persecución del imperio, y la sangre corrió mucho tiempo merced a las discusiones teológicas; únicamente la tolerancia pudo restañar esa sangre.

II

¿Qué es la tolerancia? Es la panacea de la humanidad. Todos los hombres estamos llenos de debilidad y de errores y debemos perdonarnos recíprocamente, que ésta es la primera ley de la naturaleza.

Procuremos que comercien juntos en la bolsa de Ámsterdam, de Londres o de Bassora el guebro, el baniano, el judío, el turco, el chino, el cristiano griego, el cristiano romano, el cristiano protestante y el cristiano cuáquero, que de ese modo no se clavarían el puñal unos a otros por atraer prosélitos a su religión. ¿Por qué sino por esto nos hemos degollado unos a otros casi sin interrupción desde el primer Concilio de Nicea?

Constantino, que empezó por publicar un edicto que permitía todas las religiones, acabó por perseguirlas. Antes de su época sólo se sublevaron contra los cristianos, porque empezaron a formar un partido en el Estado.

Los romanos permitían todos los cultos, hasta el de los judíos y el de los egipcios, a los que tanto despreciaban. ¿Por qué Roma toleraba esos cultos? Porque ni los egipcios ni los judíos pensaron en exterminar la antigua religión del imperio, y por lo tanto, no recorrían la tierra y los mares haciendo prosélitos; sólo pensaron en ganar dinero; pero está fuera de toda duda que los cristianos trabajaban para que su religión fuera la única. Los judíos no querían que la estatua de Júpiter estuviera en Jerusalén; pero los cristianos no querían que estuviese en el Capito-

lio. Santo Tomás tiene la buena fe de confesar que los cristianos no destronaron a los emperadores porque no pudieron. Se empeñaron en que toda la tierra debía ser cristiana; fueron, pues, necesariamente enemigos de toda la tierra, hasta que ésta se convirtió al cristianismo.

Los cristianos eran enemigos unos de otros en todos los puntos de su controversia; los que consideraban que Jesucristo era Dios, anatematizaron a los que lo negaban, y éstos anatematizaron a los adoradores de Jesús. Unos querían que todos los bienes fueran comunes, como suponen que lo eran en la época de los apóstoles, y sus adversarios les llamaron nicolaítas y les acusaban de los delitos más infames. Otros se inclinaban a la devoción mística, y les llamaron gnósticos, y los combatieron con furor. Marción disputó sobre la Trinidad, y le tuvieron por idólatra. Tertuliano, Praxeas, Orígenes, Novacio, Sabelio y Donato, se vieron perseguidos por los cristianos sus hermanos antes de la época de Constantino, y en cuanto bajo el gobierno de este emperador dominó la religión cristiana, se combatieron con furor los partidarios de Atanasio y los de Eusebio, y desde entonces a nuestros días la Iglesia cristiana se inundó de sangre.

Es indudable que todo particular que persigue a un hombre, que es su hermano, porque éste profesa distinta opinión, es un monstruo; pero el gobierno, los magistrados y los príncipes, ¿cómo deben tratar a los que profesan diferente culto que ellos? Si son extranjeros poderosos, el príncipe se aliará con ellos. Francisco I, rey cristianísimo, pactará alianza con los musulmanes para pelear contra el católico Carlos V. Francisco I dará dinero a los luteranos de Alemania para dar pábulo a la rebelión que promovieron contra el referido emperador, pero en cambio quemará en la hoguera a los luteranos que hay en su reino. Como medida política les paga en Sajonia y los quema en París. Pero ¿qué sucederá después? Como las persecuciones hacen prosélitos, Francia se llenará muy pronto de nuevos protestantes, que al principio, cuando sean pocos se dejarán ahorcar, pero que luego, cuando sean muchos, serán ellos los que ahorquen. Habrá guerras civiles que traerán la noche de Saint-Barthelemy, y se convertirá ese pedazo de mundo en algo peor que los escritores antiguos y modernos han dicho nunca del infierno.

Los cristianos no supieron rendir nunca el culto puro al Dios que los creó, ni seguir el ejemplo de los hombres letrados de China, de los parsis y de los sabios del mundo, siendo víctimas de las supersticiones. Os he dicho en otra parte, y vuelvo a repetiros, que si tenéis dos religiones en vuestros reinos se cortarán

la garganta una a otra; pero si tenéis treinta vivirán juntas y en buena armonía. Ved lo que sucede al Gran Turco: gobierna a los guebros, a los banianos, a los cristianos griegos y a los romanos. En cuanto uno de ellos excita un tumulto lo empala; de ese modo todo el mundo vive tranquilo.

DISCURSO SOBRE EL ORIGEN DE LA DESIGUALDAD ENTRE LOS HOMBRES *

Juan Jacobo Rousseau (1712-1778)

Incomprendido en su época, pero no sin influir en ella, polemizó con Voltaire, D'Alembert y Hume. Colaboró en la famosa Enciclopedia *desarrollando el tema de la música, del cual era conocedor, pues la Academia de Ciencias había acogido favorablemente una memoria suya sobre una nueva notación musical cifrada. Rousseau es, sin embargo, más conocido por sus ensayos políticos y sobre educación.*

Por importante que sea para juzgar bien del estado natural del hombre considerarlo desde su origen o examinarlo, por decirlo así, en el primer embrión de la especie, no seguiré su organización a través de sus ulteriores desarrollos; no me detendré a investigar en el sistema animal lo que pudo ser al comienzo, para transformarse finalmente en lo que es. No examinaré si, como piensa Aristóteles, sus uñas alargadas no fueron al principio afiladas garras, si no fue velludo como un oso y si, marchando a cuatro pies, sus miradas, dirigidas hacia la tierra y limitadas a un horizonte de algunos pasos, no marcan, a la vez, el carácter y los límites de sus ideas. No podría formar a este propósito más que conjeturas vagas y casi imaginarias. La anatomía comparada ha realizado todavía pocos progresos y las observaciones de los naturalistas son aún demasiado inciertas para que pueda establecerse sobre tales fundamentos la base de un razonamiento sólido; así, sin recurrir a los conocimientos sobrenaturales que poseemos sobre este punto y sin tomar en cuenta los cambios que han debido sobrevenir en la conformación tanto exterior como interior del hombre, a medida que aplicaba sus miembros a nuevos usos, y que se nutría con nuevos alimentos, lo supondría igual en todo tiempo a como lo veo hoy, marchando a dos pies, sirviéndose de sus manos como hacemos con las nuestras, paseando su mirada por toda la naturaleza y midiendo con su vista la vasta extensión del cielo.

* Juan Jacobo Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, trad. y nota prel. de Mariano Ruiz-Funes, México, Sep. 1946 (Biblioteca enciclopédica popular, 122).

Despojando un ser, así constituido, de todos los dones sobrenaturales que haya podido recibir y de cuantas facultades artificiales haya adquirido por dilatados progresos; considerándolo, en una palabra, tal y como ha debido salir de las manos de la naturaleza, veo un animal menos fuerte que unos, menos ágil que otros, pero apto para todo, organizado más ventajosamente que el resto; lo veo sentándose sobre un roble, saltando el primer arroyo, encontrando su lecho al pie del mismo árbol que le ha proporcionado su alimento y por lo tanto con sus necesidades satisfechas.

La tierra, abandonada a su fertilidad natural y cubierta de bosques inmensos, que el hacha no mutiló jamás, ofrece a cada paso alimento y retiro a los animales de cada especie. Los hombres dispersos en ellas observan, imitan su industria, y se elevan así hasta el instinto de las bestias, con esta ventaja que cada especie tiene sólo el suyo particular y que el hombre que quizá no tiene ninguno que le pertenezca, se los apropia todos, se nutre igualmente de la mayor parte de los diversos alimentos, que los otros animales se reparten y encuentra por lo mismo su subsistencia más fácilmente que ninguno de ellos. Acostumbrados desde la infancia a la intemperie y al rigor de las estaciones, ejercitados en la fatiga y forzados a defender su vida y su propiedad, contra las otras bestias feroces, desnudos y sin armas, o a escapar de ellas en su carrera, los hombres adquieren un temperamento robusto y casi inalterable. Los niños, al traer al mundo la excelente constitución de sus padres, fortificándola por los mismos ejercicios que la produjeron, adquieren así todo el vigor de que es capaz la especie humana. La naturaleza procede con ellos como la ley de Esparta con los hijos de los ciudadanos: vuelve fuertes y robustos a los que están bien constituidos y hace perecer a los demás, diferente en esto de nuestras sociedades, en que el Estado, haciendo a los hijos onerosos para los padres, los mata indistintamente antes de su nacimiento.

Como el cuerpo es el único instrumento que conoce el hombre salvaje, lo emplea en diversos usos, de los que son incapaces los nuestros por falta de ejercicio; nuestra industria es la que nos quita la fuerza y la agilidad que la necesidad le obliga a adquirir. Si hubiese tenido un hacha, ¿rompería su puño ramas tan fuertes? Si hubiese tenido una honda, ¿lanzaría su mano una piedra con tanta precisión? Si hubiese tenido una escala, ¿treparía tan fácilmente a un árbol? Si hubiese tenido un caballo, ¿sería tan veloz en la carrera? Dejad al hombre civilizado el tiempo de reunir todos estos útiles y no es posible dudar de

que sobrepase fácilmente al hombre salvaje; pero si queréis ver un combate, todavía más desigual, poned desnudos y desarmados a unos frente a otros y reconoceréis en seguida la ventaja de tener incesantemente dispuestas todas las fuerzas, de hallarse presto ante cualquier acontecimiento y de llevar cada uno consigo, por decirlo así, toda su integridad.

Hobbes pretende que el hombre es naturalmente intrépido y sólo trata de atacar y de combatir. Un filósofo ilustre piensa por el contrario y también lo afirman Cumberland y Puffendorf, que nada hay tan tímido como el hombre en estado de naturaleza y que está siempre temeroso y presto a huir al menor ruido que le sorprenda o al menor movimiento que perciba. Quizá ocurra así en relación con los hechos que no conoce; y no dudo de que se espante por los espectáculos nuevos que se le ofrezcan, cuantas veces no pueda distinguir el bien del mal físicos que debe esperar, ni comparar sus fuerzas con los peligros que tiene que correr, circunstancias raras en el estado de naturaleza, en que todas las cosas marchan de una manera tan uniforme y en que la faz de la tierra no está sujeta a estos cambios bruscos y continuos, que causan en ella las pasiones y la inconstancia de los pueblos reunidos. Pero el hombre salvaje, viviendo disperso entre los animales y encontrándose prematuramente en la situación de medir con ellos sus fuerzas, hace bien pronto la comparación, y sintiendo que los sobrepasa en destreza, mucho más que ellos le exceden en fuerza, aprende a no temerlos. Poned un oso o un lobo en lucha con un salvaje robusto, ágil, valeroso, como lo son todos, armado con piedras o con un buen palo, y veréis que el peligro será cuando menos recíproco y que después de muchas experiencias semejantes las bestias salvajes que no gustan atacarse entre sí, acosarán poco gustosamente al hombre que encontraron tan feroz como ellas. En relación con los animales que no tienen más fuerza que destreza, el hombre se encuentra con respecto a ellos en el caso de otras especies más débiles que no dejan subsistir, con esta ventaja para el hombre: que no menos dispuesto que ellas para la carrera y encontrando encima de los árboles un refugio casi seguro puede durante el acoso tomarlo o dejarlo por todas partes y elegir la fuga o el combate. Añadamos que no parece que ningún animal haga naturalmente la guerra al hombre, fuera de los casos de su propia defensa o de un hambre extrema, ni testimonie contra él esas violentas antipatías que parecen anunciar que una especie está destinada por la naturaleza a servir de pasto a otra. Éstas son sin duda las razones por las que los negros y los salvajes se preocupan tan poco de las

bestias salvajes que pueden encontrar en los bosques. Los caribes de Venezuela, entre otros, viven a este respecto, en la más profunda seguridad y sin el menor inconveniente. Aunque se encuentren casi desnudos, dice Francis Corréal, no dejan de exponerse atrevidamente en los bosques, armados solamente con la flecha y el arco, pero jamás se ha oído decir que ninguno de ellos haya sido devorado por las bestias.

Otros enemigos más temibles y para los que el hombre no dispone de iguales medios de defenderse, son las dolencias naturales, la infancia, la vejez y las enfermedades de toda especie, tristes signos de nuestra debilidad, los dos primeros comunes a todos los animales y el último que pertenece principalmente al hombre que viven en sociedad. Observo, en relación con la infancia, que la madre, llevando consigo su hijo por todas partes, tiene mucha más facilidad para alimentarlo que las hembras de muchos animales, que se ven forzadas a ir y venir sin cesar, con mucha fatiga, de una parte para buscar su alimento y de otra para lactar o alimentar a sus pequeños. Es verdad que si la hembra llega a perecer, el hijo corre un serio riesgo de sucumbir con ella: pero este peligro es común a varias especies cuyos pequeños no se encuentran durante mucho tiempo en situación de ir a buscar por sí mismos su alimento; y si la infancia es más larga entre nosotros, la vida también lo es y todo es casi igual en este extremo aunque existan otras reglas ajenas a mi tema sobre la duración de la primera edad y sobre el número de hijos. En los viejos, que se mueven y transpiran poco, la necesidad de alimento disminuye con la facultad de proveer a él, y como la vida salvaje aleja de ellos la gota y los reumatismos y la vejez es, entre todos los males, aquel que mejor puede consolar la ayuda humana, acaban por extinguirse, sin que se aperciban los demás que dejan de existir e incluso sin apercibirse ellos mismos.

En relación con las enfermedades no repetiré las vanas y falsas declaraciones que hacen contra la medicina la mayor parte de las gentes sanas; pero preguntaré si existe alguna observación sólida, de la que se pueda concluir que en los países en que este arte está más descuidado la vida media del hombre sea más corta que en aquellos en que es cultivado con un cuidado mayor. ¿Y cómo podría ser eso si nos atribuimos más males que remedios puede darnos la medicina? La extrema desigualdad en el modo de vivir, el exceso de ociosidad en unos, el trabajo en otros, la facilidad de excitar y de satisfacer nuestros apetitos y nuestra sensualidad, los alimentos demasiado solicitados de los ricos, que les nutren de jugos calientes y les abruman de indigestiones, la

mala nutrición de los pobres, de la que carecen muy a menudo, y cuyo efecto les lleva a sobrecargar ávidamente el estómago en ocasiones, las vigilias, los excesos de toda especie, los transportes inmoderados de todas las pasiones, las fatigas y el agotamiento del espíritu, los pesares y penas sin número que se sufren en todos los estados y que roen perpetuamente las almas: he aquí las funestas garantías de que la mayor parte de nuestros males son obra nuestra y que casi todos los habríamos evitado conservando la manera de vivir sencilla, uniforme y solitaria que nos estaba prescrita por la naturaleza. Si nos ha destinado a ser sanos, me atrevo casi a asegurar que el estado de reflexión es un estado contra natura y que el hombre que medita es un animal depravado. Cuando se piensa en la buena constitución de los salvajes, por lo menos en la de aquellos que no hemos perdido con nuestros licores fuertes; cuando se considera que casi no conocen otras enfermedades que las heridas y la vejez, se está muy próximo a creer que se haría fácilmente la historia de las enfermedades humanas siguiendo la de las sociedades civilizadas. Tal es, al menos, la opinión de Platón, que juzga, a propósito de ciertos remedios, empleados o aprobados por Podaliro y Machaón en el sitio de Troya, que diversas enfermedades que estos remedios deben excitar no eran conocidas entonces por los hombres, y Celso refiere que la dieta, hoy tan necesaria, fue inventada por Hipócrates.

Con tan pocas fuentes de los males, el hombre en el estado de naturaleza apenas tiene necesidad de remedios, menos todavía de médicos; la especie humana no es, desde este punto de vista, de peor condición que las demás, y es fácil saber por los cazadores que en sus expediciones encuentran muchos animales enfermos. Muchos de ellos han recibido heridas graves muy bien cicatrizadas, con rotura de los huesos y de los miembros, y se han recuperado sin otro cirujano que el tiempo y sin otro régimen que su vida ordinaria y se han curado con no menor perfección por no haber sido atormentados por incisiones ni envenenados por drogas ni extenuados por ayunos. Finalmente, por muy útil que pueda ser entre nosotros la medicina bien administrada, es siempre cierto que si el salvaje enfermo, abandonado a sí mismo, sólo tiene que esperar de la naturaleza, en cambio sólo tiene que temer de su mal, lo que con frecuencia hace su situación preferible a la nuestra.

Guardémonos, pues, de confundir el hombre salvaje con aquellos que tenemos a la vista. La naturaleza trata todos los animales abandonados a sus cuidados con una predilección que parece

demostrar cuán celosa está de este derecho. El caballo, el gato, el toro, el asno mismo tienen, en su mayor parte, una talla más alta y todos una constitución más robusta, mayor vigor, fuerza y valor en los bosques que en nuestras casas; al convertirse en domésticos pierden la mitad de estas ventajas y se diría que todos nuestros cuidados para tratar bien y alimentar a estos animales sólo conducen a bastardearlos. Lo mismo ocurre con el hombre; al volverse sociable y esclavo se torna débil, temeroso, bajo, y su manera de vivir muelle y afeminada, acaba por enervar a la vez su fuerza y su valor. Añadamos que entre las condiciones salvaje y doméstica, la diferencia de hombre a hombre debe ser todavía mayor que de bestia a bestia, pues habiendo sido igualmente tratados por la naturaleza el animal y el hombre, todas las comodidades que el hombre se da de más sobre los animales que mantiene son otras tantas causas particulares que le hacen degenerar más sensiblemente. No constituye una gran desgracia para los primeros hombres ni sobre todo un gran obstáculo para su conservación la desnudez, la falta de habitación y la privación de todas estas inutilidades que nosotros creemos tan necesarias. Si no tienen la piel velluda no necesitan de ella en los países cálidos; y saben apoderarse pronto en los fríos de la de las bestias abatidas; si no tienen más que dos pies para correr, poseen los brazos para proveer a su defensa y a sus necesidades. Sus hijos quizá marchan tardía y penosamente, pero las madres los llevan con facilidad; ventaja que falta en las otras especies, en las que la madre perseguida se ve obligada a abandonar a sus pequeños o a marchar a su paso. En fin, a menos de soportar estos concursos singulares y fortuitos de circunstancias, de que hablaré después, y que muy bien pueden no presentarse jamás, es claro, en todo momento, que el primero que se proporcionó un traje o un alojamiento se proveyó de cosas poco necesarias, puesto que hasta entonces había pasado sin ellas y no se ve por qué no hubiera podido soportar, como hombre ya formado, un género de vida que resistía en su infancia.

A pesar de lo que digan los moralistas, el entendimiento humano debe mucho a las pasiones que por una común confesión le deben mucho también: por su actividad se perfecciona nuestra razón; no aspiramos a conocer sino porque deseamos gozar y no es posible concebir por qué el que no tiene deseos ni temores se permite la pena de razonar. Las pasiones, por su parte, tienen su origen en nuestras necesidades y en los progresos de nuestros conocimientos, porque sólo se puede desear y tener las cosas a base de las ideas que se poseen o por el simple impulso de la

naturaleza, y el hombre salvaje, privado de toda clase de luces, sólo experimenta las pasiones de la última clase: sus deseos no exceden de sus necesidades físicas, los únicos bienes que conoce en el universo son la alimentación, la hembra y el reposo; los únicos males que teme, el dolor y el hambre. Digo el dolor y no la muerte, porque el animal no sabrá jamás lo que es morir y porque el conocimiento de la muerte y de sus terrores es una de las primeras adquisiciones hechas por el hombre al alejarse de la condición animal.

Me sería fácil, si lo juzgara necesario, apoyar este sentimiento en los hechos y hacer ver que en todas las naciones del mundo los progresos del espíritu no son precisamente proporcionales a las necesidades que los pueblos han recibido de la naturaleza, a las que les han sujetado las circunstancias y por consecuencia a las pasiones que les conducen a proveer a estas necesidades. Mostraría en Egipto las artes naciendo y extendiéndose con el desbordamiento del Nilo; seguiría sus progresos entre los griegos, donde se les vio germinar, crecer y elevarse hasta los cielos entre las arenas y las rocas de Atenas, sin poder arraigarse en las fértiles riberas del Eurotas; haría notar que, en general, los pueblos del norte son más industriosos que los del mediodía, porque no pueden pasarse sin serlo, como si la naturaleza quisiera así igualar las cosas, dando a los espíritus la fertilidad que rehúsa a la tierra.

Pero sin recurrir a los inciertos testimonios de la historia, ¿quién no ve que todo parece alejar del hombre salvaje la tentación y los medios de dejar de serlo? Nada le pinta su imaginación y nada le pide su corazón. Sus modestas necesidades se encuentran con tal facilidad al alcance de su mano y se halla tan alejado del grado de conocimientos necesario para desear adquirirlos mayores que no puede tener ni previsión ni curiosidad. El espectáculo de la naturaleza le resulta indiferente a fuerza de serle familiar; es siempre el mismo orden; son siempre las mismas revoluciones; no posee el espíritu de asombrarse de las mayores maravillas; y no es en él donde es preciso buscar la filosofía de que tiene necesidad el hombre para saber observar una vez lo que él ha visto todos los días. Su alma, que nada agita, se entrega al sentimiento único de su existencia actual, sin idea alguna del porvenir, por próximo que pueda ser, y sus proyectos, limitados como sus visiones, apenas se extienden hasta el fin de la jornada. Todavía hoy, tal es el grado de previsión del caribe: vende por la mañana su manta de algodón y viene a llorar por la tarde para

rescatarla, por la falta de no haber previsto que tendría necesidad de ella en la noche próxima.

Cuanto más se medita sobre este tema, más crece a nuestra vista la distancia de las puras sensaciones a los conocimientos más sencillos, y es imposible concebir cómo hubiera podido un hombre, por sus únicas fuerzas, sin la ayuda de la comunicación y sin el aguijón de la necesidad, franquear un intervalo tan grande. ¿Cuántos siglos han discurrido quizá antes de que los hombres hayan estado en condiciones de ver otro fuego que el del cielo? ¿Cuántos azares les han sido precisos para aprender los usos más comunes de este elemento? ¿Cuántas veces no lo han dejado extinguirse antes de adquirir el arte de reproducirlo, y en cuántas ocasiones quizá cada uno de estos secretos no ha muerto con el que lo descubrió? ¿Qué diremos de la agricultura, arte que exige tanto trabajo y previsión, que interesa a tantas otras artes, que evidentemente no es practicable más que en una sociedad que ya ha comenzado y que no sólo nos sirve para obtener de la tierra los alimentos que daría sin él, sino para forzarla a las preferencias que más nos gustaron? Pero supongamos se hubiesen multiplicado de tal suerte que los productos naturales no fuesen suficientes para alimentarlos, suposición que, para decirlo de paso, implicaría una gran ventaja para la especie humana en esta manera de vivir; supongamos que sin fraguas ni talleres, los instrumentos de labor hubiesen caído del cielo en las manos de los salvajes; que estos hombres hubiesen vencido el odio mortal que todos sienten por un trabajo continuo; que hubiesen aprendido a prever desde lejos sus necesidades; que hubiesen adivinado cómo es preciso cultivar la tierra, sembrar los granos y plantar los árboles; que hubiesen encontrado el arte de moler el trigo y de poner la uva en fermentación: cosas todas que hubiese sido preciso hacerles enseñar por los dioses, en la imposibilidad de concebir cómo las hubieran aprendido por sí mismos. ¿Quién sería, después de esto, el hombre bastante insensato para atormentarse con el cultivo de un campo del que sería despojado por el primero que llegara, indistintamente hombre o bestia, a quien la cosecha conviniera? ¿Cómo cada uno podría decidirse a pasar su vida en un trabajo penoso del que está seguro de no recoger el precio que le será necesario? En resumen, esta situación ¿cómo habría de conducir a los hombres a cultivar la tierra, en tanto que no fuera poseída por todos, es decir, en tanto que el estado de naturaleza no fuese aniquilado?

Por lo pronto parece que los hombres en este estado, no habiendo entre ellos ninguna especie de relación moral ni de

deberes conocidos, no podían ser buenos ni malos y no tenían vicios ni virtudes, a menos que, tomando estas palabras en un sentido físico, no se llamen vicios en el individuo a las cualidades que pueden dañar a su propia conservación y virtudes a las que pueden contribuir a ella; en cuyo caso sería preciso llamar los más virtuosos a los que resistieran menos a los simples impulsos de la naturaleza. Pero sin separarnos del ordinario sentir, es adecuado suspender el juicio que podríamos formar sobre tal situación y desconfiar de nuestros prejuicios hasta que, con la balanza en la mano, se haya examinado si hay más virtudes que vicios entre los hombres civilizados y si sus virtudes son más ventajosas que funestos sus vicios o si el progreso de sus conocimientos es una compensación suficiente de los males que mutuamente se infligen a medida que conocen el bien que deberían hacerse o si no se encontrarían en todo caso en una situación más infeliz no teniendo mal que temer ni bien que esperar de nadie, sin ser sometidos a una dependencia universal y obligados a recibirlo todo de aquellos que no se obligaron a darles nada.

Sobre todo, no vayamos a concluir con Hobbes que por no tener ninguna idea de la bondad, el hombre es naturalmente malo; que es vicioso porque no conoce la virtud; que siempre rehúsa a sus semejantes servicios a los que no se cree obligado, ni que a base del derecho que con razón se atribuye sobre las cosas de que tiene necesidad, se imagine locamente ser el único propietario de todo el universo. Hobbes ha visto claramente el defecto de todas las definiciones modernas del derecho natural, pero las consecuencias que saca de la suya demuestra que la toma en un sentido que no es menos falso. Razonando sobre los principios que establece, debería de ver este autor que siendo el estado de naturaleza aquel en que el cuidado de nuestra conservación es el menos perjudicial para la de otro, tal estado sería, en consecuencia, el más adecuado para la paz y el más conveniente para el género humano. Dice precisamente todo lo contrario por haber hecho entrar inadecuadamente en los cuidados para la conservación del hombre salvaje la necesidad de satisfacer una multitud de pasiones que son obra de la sociedad y que han hecho necesarias las leyes. El malo, dice, es un niño robusto. Queda por saber si el hombre salvaje es un niño robusto. Cuando se le creyera tal, ¿qué conclusión se obtendría de ello? Que cuando es robusto es tan dependiente de los demás como cuando es débil; que no hay exceso de cualquier clase a que no se entregue; que no pegaría a su madre cuando tardara

demasiado en darle el pecho; que no estrangularía a uno de sus hermanos más jóvenes cuando le resultara incómodo; que no mordería la pierna del otro cuando chocara con él o le molestara: son dos suposiciones contradictorias en el estado de naturaleza ser robusto y dependiente. El hombre es débil cuando es dependiente y se emancipa antes de ser robusto. Hobbes no ha visto que la misma causa que impide a los salvajes usar de su razón, como lo pretenden nuestros jurisconsultos, les priva al mismo tiempo de abusar de sus facultades, como pretende él mismo; de suerte que podría decirse que los salvajes no son malos precisamente porque no saben lo que es ser bueno, pues no es ni el desarrollo de las luces ni el freno de la ley, sino la calma de las pasiones y la ignorancia del vicio que les impide obrar mal. *"Tanto plus in illis proficit vitiorum ignoratio quam in his cognitio virtutis."* Hay, por lo demás, otro principio que Hobbes no ha percibido, y que habiendo sido dado al hombre para endulzar en ciertas circunstancias la ferocidad de su amor propio o el deseo de conservarse antes del nacimiento de este amor atempera el ardor que le inspira su bienestar por una repugnancia innata a ver sufrir a su semejante. No creo que pueda temerse ninguna contradicción concediendo al hombre la sola virtud natural que se haya visto obligado a reconocer el detractor más exagerado de las virtudes humanas. Hablo de la piedad, disposición conveniente para seres tan débiles y sujetos a tantos males como somos, virtud tanto más universal cuanto más útil es al hombre, que precede en él al uso de toda reflexión y tan natural que las mismas bestias ofrecen a veces de ella signos sensibles. Sin hablar de la ternura de las madres por sus pequeños y de los peligros que afrontan para garantizarlos contra ellos, se observa a diario la repugnancia que experimentan los caballos al patear un cuerpo viviente. Un animal no pasa sin inquietud ante otro muerto de su especie e incluso los hay que le dan una clase de sepultura, y los tristes mujidos del ganado al entrar en el matadero anuncian la impresión que le produce el horrible espectáculo que le amenaza. Se ve con placer al autor de la fábula de las *Abejas* forzado a reconocer en el hombre un ser compasivo y sensible, abandonar el ejemplo que muestra su estilo frío y sutil para ofrecernos la imagen patética de un hombre encerrado que ve fuera una bestia feroz, arrancando un hijo del seno de su madre, quebrantando con sus dientes matadores sus débiles miembros y desgarrando con sus uñas las entrañas palpitantes de este niño. ¡Qué espantosa agitación no experimenta este testigo de un acontecimiento en el que no tiene nin-

gún interés personal! Qué angustias no sufre ante esta visión al no poder prestar ningún socorro a la madre desvanecida ni al hijo expirante!

Tal es puro movimiento de la naturaleza, anterior a toda reflexión; tal es la fuerza de la piedad natural, que las costumbres más depravadas conservan todavía el cuidado de no destruir, puesto que se ve a diario en nuestros espectáculos enternecerse y llorar las desgracias de un infortunado, lo mismo que si se encontrara en el lugar del tirano agravaría todavía los tormentos del enemigo, semejante al sanguinario Sila, tan sensible a los males que no había causado, o a este Alejandro de Feré, que no se atrevía a asistir a la representación de ninguna tragedia, por miedo de que se le viese gemir con Andrómaca y Príamo, mientras que escuchaba sin emocionarse los gritos de los numerosos ciudadanos que eran degollados a diario por orden suya.

Mandeville ha comprendido muy bien que, con toda su moral, los hombres no hubiesen sido nunca más que monstruos si la naturaleza no les hubiese dado la piedad en apoyo de la razón; pero no ha visto que de esta sola cualidad derivan todas las virtudes sociales que quiere discutir a los hombres. En efecto, ¿qué son la generosidad, la clemencia, la humanidad, sino la piedad aplicada a los débiles, a los culpables o a la especie humana en general? La benevolencia y la amistad misma ¿no son, considerándolas bien, los productos de una piedad constante, fijada sobre un objeto particular, pues anhelar que alguno no sufra no es otra cosa que desear que sea dichoso? Aun cuando fuera cierto que la conmiseración no es más que un sentimiento que nos coloca en el lugar del que sufre, sentimiento oscuro y vivo en el hombre salvaje, desarrollado aunque débil en el hombre civilizado, ¿qué importaría esta idea a la verdad de lo que afirmo si no fuera para darle más vigor? En efecto, la conmiseración será tanto más enérgica cuanto más íntimamente se identifique el animal espectador con el animal paciente. Es evidente que esta identificación ha debido ser infinitamente más estrecha en el estado de naturaleza que en el de razón. Es la razón la que engendra el amor propio y la reflexión la que lo fortifica; es la que repliega al hombre sobre sí mismo y la que le separa de cuanto le molesta y le aflige. La filosofía lo aísla y a base de ella dice en secreto ante el aspecto de un hombre que sufre: "Perece si quieres; yo me encuentro seguro." Sólo los peligros de la sociedad entera perturban el sueño tranquilo del filósofo y lo arrojan de su lecho. Se puede impúnemente degollar a un semejante bajo su ventana; basta con taparse los

oídos y argumentarse un poco para impedir a la naturaleza revolverse e identificarlo con la víctima. El hombre salvaje no tiene este talento admirable, y falto de sabiduría y de razón se le ve siempre entregarse aturdido al sentimiento primitivo de la humanidad. En las revueltas, en las querellas de las calles, el populacho se reúne y el hombre prudente se aleja; es la canalla, son las mujeres de los mercados las que separan a los combatientes y las que impiden a las gentes honradas degollarse mutuamente.

Es, pues, bien cierto que la piedad es un sentimiento natural que, moderando en cada individuo la actividad del amor de sí mismo, concurre a la mutua conservación de toda la especie. Ella es la que nos conduce sin reflexión al socorro de aquellos que vemos sufrir y la que desempeña el papel, en el estado de naturaleza, de las leyes, de las costumbres y de la virtud, con la ventaja de que nadie siente la tentación de desobedecer a su dulce voz; ella es la que hará desistir a todo salvaje robusto de privar a un niño débil o a un viejo enfermo de su subsistencia, penosamente adquirida, si espera obtener la suya en otra parte, y la que en lugar de esta máxima sublime de justicia razonadora: "Haz a otro lo que quieras que te hagan a ti", inspira a todos los hombres esta otra máxima de bondad natural, mucho menos perfecta, pero mucho más útil quizá que la precedente: "Haz tu bien con el menor mal para los demás que sea posible." En una palabra, es en este sentimiento natural, más bien que en argumentos sutiles, donde hay que buscar la causa de la repugnancia que todo hombre experimenta por obrar mal, incluso independientemente de las máximas de la educación. Aunque corresponda a Sócrates y a los espíritus de su temple adquirir la virtud mediante la razón, hace largo tiempo que el género humano no existiría si su conservación no hubiese dependido más que de los razonamientos de aquellos que lo componen.

Si me he extendido tanto sobre el supuesto de esta condición primitiva es porque he tenido que destruir antiguos errores y prejuicios inveterados y mostrar dentro del cuadro del verdadero estado de naturaleza cómo la desigualdad, incluso natural, está lejos de ejercer en este estado la influencia que le atribuyen nuestros escritores.

En efecto, es fácil ver que entre las diferencias que distinguen a los hombres, muchas que pasan por naturales son obra únicamente del hábito y de los diversos géneros de vida que adoptan en la sociedad. Así en un temperamento robusto o delicado, la fuerza y la debilidad que dependen de él proceden con frecuen-

cia más de la manera dura o afeminada como ha sido educado, que de la constitución primitiva de los cuerpos. Lo mismo ocurre con las fuerzas del espíritu y no solamente la educación establece diferencias entre los espíritus cultivados y los que no lo son, sino que aumenta en proporción de la cultura las existentes entre los primeros, pues cuando un gigante y un enano marchan por el mismo camino, cada paso que den marcará una ventaja para el gigante. Y así se compara la prodigiosa diversidad de educación y de género de vida que reina en los diferentes órdenes del estado civil con la simplicidad y la uniformidad de la vida animal y salvaje, en que todos se nutren de los mismos alimentos, viven de igual manera y hacen exactamente las mismas cosas, se comprenderá cómo debe ser menor la diferencia entre los hombres en el estado de naturaleza que en el de sociedad y cómo la desigualdad natural debe aumentar en la especie humana por la desigualdad institucional.

Pero cuando la naturaleza asumiera en la distribución de sus dones las preferencias que se pretenden, ¿qué ventaja obtendrían los más favorecidos, en relación con los otros, en un estado de cosas que casi no admite ninguna clase de relación entre ellos? Donde no existe amor ¿de qué servirá la belleza? ¿De qué sirve el espíritu a gentes que no hablan y la astucia a los que no tienen negocios? Siempre oigo repetir que los más fuertes oprimirán a los débiles. Pero que se me explique lo que se quiere decir con la palabra opresión. Unos dominarán con violencia: otros gemirán sujetos a todos sus caprichos. Esto es precisamente lo que observo entre nosotros; pero no concibo cómo pudiera afirmarse lo mismo de los hombres salvajes, a quienes sería muy difícil hacerles comprender lo que es servidumbre y dominación. Un hombre podrá apoderarse de los frutos que otro ha cogido, de la caza que ha cobrado, del antro que le servía de asilo: ¿pero cómo llegará al fin de hacerse obedecer? ¿Y cuáles podrán ser las cadenas de la dependencia entre los hombres que no poseen nada? Si me arroja de un árbol, soy libre para dirigirme a otro; si me atormenta en un lugar, ¿qué me impedirá pasar a otra parte? Si se encuentra un hombre de una fuerza bastante superior a la mía y además bastante depravado, bastante perezoso y bastante feroz para constreñirme y proveer a su subsistencia, mientras él permanece ocioso, es preciso que se resuelva a no perderme de vista un solo instante, a tenerme ligado cuidadosamente durante su sueño, por miedo de que me escape o de que le mate, es decir, que está obligado a exponerse voluntariamente a un esfuerzo mucho mayor que el que quiere evitar

y que el que me adjudica a mí mismo. Después de todo esto, su vigilancia se descuida un momento, un ruido imprevisto le hace volver la cabeza, doy unos pasos en el bosque, se rompen mis cadenas y no vuelve a verme en su vida.

Sin prolongar inútilmente estos detalles, cada uno debe ver que estando formados los lazos de la servidumbre por la dependencia mutua de los hombres y por las necesidades recíprocas que los unen, es imposible someter a uno de ellos sin haberlo colocado previamente en la situación de no poder prescindir de otro, situación que al no existir en el estado de naturaleza, deja a cada uno libre del yugo y hace inútil la ley del más fuerte.

El primero que habiendo cercado un terreno se apresuró a decir "esto es mío" y encontró personas bastante sencillas para creerlo, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Qué de crímenes, de guerras, de homicidios, qué de miserias y de horrores no hubiese ahorrado al género humano el que arrancando las estacas o cerrando el foso, hubiese gritado a sus semejantes: "¡Guardaos bien de escuchar a este impostor, estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!" Pero hay la sospecha de que las cosas no habían llegado entonces al punto de no poder durar más que como eran, pues esta idea de propiedad dependía de muchas ideas anteriores que sólo han podido nacer sucesivamente; no se formó de repente en el espíritu humano; fue preciso un gran progreso para adquirir la industria y la inteligencia, transmitirlas y aumentarlas de edad en edad, antes de llegar al término último del estado de naturaleza. Tomemos las cosas desde más lejos y tratemos de resumir en un solo punto de vista esta lenta sucesión de acontecimientos y de conocimientos en su orden más natural.

El primer sentimiento del hombre fue el de su existencia, su primer cuidado el de su conservación. Los productos de la tierra le proporcionaron todos los medios necesarios y el instinto le llevó a hacer uso de ellos. El hambre y otros apetitos le hacían experimentar por su parte diversos medios de existir y hubo uno de ellos que le invitó a perpetuar su especie, y esta tendencia ciega, desprovista de todo sentimiento cordial, no produjo más que un acto puramente animal; satisfecha la necesidad, los dos sexos no se reconocieron más, y el mismo hijo no era nada para la madre, tan pronto como podía pasarse sin ella.

Tal fue la condición del hombre naciente; tal fue la vida de un animal, limitado, por de pronto, a las puras sensaciones y aprovechándose apenas de los dones que le ofrecía la naturale-

za, lejos de pensar en arrancárselos. Pero pronto se presentaron dificultades; fue preciso aprender a vencerlas: la altura de los árboles que impedía alcanzar sus frutos, la concurrencia de los animales que buscaban su alimentación, la ferocidad de aquellos que atentaban contra su vida; todo ello le obligó a cultivar los ejercicios corporales; se vio obligado a hacerse ágil, veloz en la carrera, vigoroso en el combate. Las armas naturales, que son las ramas de los árboles y las piedras, se encontraron pronto al alcance de su mano. Aprendió a superar los obstáculos de la naturaleza, a luchar en caso necesario con los otros animales, a disputar su sustento a los otros hombres, a resarcirse de lo que debía ceder al más fuerte.

A medida que se extendió el género humano, las dificultades se multiplicaron con los hombres. Las diferencias de los terrenos, de los climas, de las estaciones pudo forzarles a adaptar a ellos sus modos de vivir. Años estériles, largos y duros inviernos, veranos ardientes que todo lo consumen, exigieron de ellos una misma industria. A lo largo de la mar y de los ríos inventaron la caña y el anzuelo y se volvieron pescadores e ictiófagos. En los bosques construyeron arcos y flechas y se transformaron en cazadores y en guerreros. En los países fríos se cubrieron con pieles de bestias que habían matado. El trueno, un volcán o algún azar dichoso les hizo conocer el fuego, nuevo recurso contra el rigor del invierno; aprendieron a conservar este elemento, después a reproducirlo, y finalmente a preparar con él los alimentos que antes devoraban crudos.

Esta aplicación reiterada a otros seres diversos debió naturalmente engendrar en el espíritu del hombre la percepción de ciertas relaciones. Estas relaciones, que expresaremos por las palabras grande, pequeño, fuerte, débil, pronto, lento, miedoso, atrevido y otras ideas parecidas, comparadas con la necesidad, y casi sin pensar en ella, produjeron por fin una especie de reflexión, o más bien una prudencia maquinal que indicaba las precauciones más necesarias para la seguridad.

Las nuevas ilustraciones que resultaron de este desarrollo aumentaron su superioridad sobre los otros animales y se la hicieron conocer. Se ejercitó creándoles obstáculos y engañándolos de mil maneras y aunque muchos le sobrepasaron en fuerza en el combate o en velocidad en la carrera, entre aquellos que podían serle útiles o nocivos, se transformó con el tiempo en el dueño de los unos y en el azote de los otros. Es así cómo la primera mirada que dirigió sobre sí mismo le produjo el primer movimiento de orgullo y es así también cómo, sabiendo apenas

distinguir las categorías y considerándose por su especie incluido en la primera, se preparó prematuramente para asumir esa categoría como individuo.

Aunque sus semejantes no fuesen para él lo que son para nosotros y aunque no tuviese más relación con ellos que con los otros animales, no fueron olvidados en sus observaciones. Las coincidencias que el tiempo pudo hacerles percibir entre ellos, a su hembra y a él mismo, le hicieron juzgar aquellas que no percibían, y viendo que todos se conducían como él hubiera hecho en parecidas circunstancias, concluyó que la manera de pensar y de sentir era enteramente conforme a la suya y una vez bien afirmada en su espíritu esta importante verdad, le hizo observar por un presentimiento tan seguro y más perentorio que la dialéctica, las mejores normas de conducta que le convino observar con ellos para su ventaja y su seguridad.

Instruido por la experiencia de que el amor del bienestar es el único móvil de las acciones humanas, se halló en condiciones de distinguir las ocasiones raras en que el interés común debía hacerle contar con la asistencia de sus semejantes, de aquellas otras, más raras todavía, en que la concurrencia debía hacerle desconfiar de ellos. En el primer caso se asoció con ellos en rebaño y todo lo más por una especie de asociación libre que no obligaba a ninguno y que sólo duraba lo que la necesidad pasajera que la había creado. En el segundo cada uno buscaba obtener sus ventajas por la fuerza declarada si creía poderlo hacer, o por la sutileza y la astucia si se sentía más débil.

He aquí cómo los hombres pudieron insensiblemente adquirir alguna idea grosera de los compromisos mutuos y de la ventaja de cumplirlos, pero sólo en tanto que podía exigirlo el interés presente y sensible, puesto que la previsión no era nada para ellos, y lejos de ocuparse de un porvenir remoto sólo pensaban en el día siguiente. Si se trataba de cazar un ciervo, cada uno sabía bien que debía guardar fielmente su puesto, pero si pasaba una liebre al alcance de ellos, no era dudoso que la perseguiría sin escrúpulo alguno y que alcanzada su presa se cuidaría muy poco de que faltara la suya a sus compañeros.

Fácil es comprender que semejante relación no exigiese un lenguaje más refinado que el de las cornejas o el de los monos, que se agrupan de un modo aproximado. Gritos inarticulados, muchos gestos, ciertos ruidos imitativos, debieron componer, durante mucho tiempo, la lengua universal y a ella se unieron en cada lugar algunos sonidos articulados y convencionales, de los que, como ya he dicho, no es muy fácil explicar la institu-

ción; y hubieron lenguas particulares, aunque groseras, imperfectas y semejantes, aproximadamente, a las que tienen todavía hoy diversas naciones salvajes.

Recorro a la ligera multitudes de siglos, forzado por el tiempo que pasa y por la abundancia de cosas que he de decir y por los progresos casi insensibles de los orígenes, porque cuanto más lentos en su sucesión son los acontecimientos, más prontos son de describir.

Estos primeros progresos colocaron en fin al hombre en la posibilidad de hacer otros más rápidos. Cuanto más se esclareció su espíritu, más se perfeccionó la industria. Muy pronto, cesando de dormirse bajo el primer árbol o de retirarse a las cavernas, encontraron una especie de hachas de piedra, duras y cortantes, que sirvieron para partir la leña, perforar la tierra y hacer chozas y arcilla. Fue la época de una primera revolución, que dio lugar con ramas que en seguida se apresuraron a endurecer con barro a la colocación y separación de las familias y que introdujo una clase de propiedad de la que derivaron las querellas y las luchas. Sin embargo, como los más fuertes fueron, verosímilmente, los primeros en construirse alojamientos, que se sentían capaces de defender, es de creer que los débiles encontrarían más corto y más seguro imitarles que intentar su desalojamiento, y en cuanto a aquellos que ya tenían cabañas, ninguno de ellos debió tratar de apropiarse la de su vecino, no porque no le perteneciese, sino porque le resultaba inútil y no podía apoderarse de ella sin exponerse a un combate muy vivo con la familia que la ocupaba.

Los primeros desarrollos del sentimiento constituyeron el efecto de una situación nueva, que reunía en una habitación común maridos y mujeres, padres e hijos. El hábito de vivir juntos hizo nacer los más dulces sentimientos que hayan conocido los hombres: el amor conyugal y el amor paternal. Cada familia llegó a ser una pequeña sociedad, tanto mejor unida cuanto que la aproximación recíproca y la libertad eran sus únicos vínculos. Y fue entonces cuando se estableció la primera diferencia en la manera de vivir de los dos sexos, que hasta entonces sólo habían tenido una. Las mujeres se volvieron más sedentarias y se acostumbraron a guardar la cabaña y los hijos, mientras que el hombre fue a buscar el sustento común. Los dos sexos comenzaron así, por una vida un poco más muelle, a perder una parte de su ferocidad y de su vigor. Pero si cada uno, separadamente, llegó a ser menos apto para combatir a las bestias salvajes, en cambio le fue más fácil reunirse para resistirlas en común.

En este nuevo estado, con una vida sencilla y solitaria, con

necesidades muy limitadas y con los instrumentos que habían inventado para proveer a ellas, los hombres, gozando de un amplio vagar, lo emplearon en procurarse muchas clases de comodidades desconocidas para sus padres, y ése fue el primer yugo que se impusieron sin pensarlo, y la primera fuente de los males que prepararon a sus descendientes, pues, aparte de que continuaron así haciendo muelles su cuerpo y su espíritu, habiendo perdido por el hábito casi toda su atracción y degenerando al mismo tiempo en verdaderas necesidades, la privación de esas comodidades resultó mucho más cruel que dulce era su posesión y fueron desgraciados al perderlas sin haber sido dichosos al poseerlas.

En tanto que los hombres se contentaron con sus cabañas rústicas y se limitaron a coser sus trajes de pieles con alfileres o aretes, a adornarse con plumas y conchas y a pintarse el cuerpo de diversos colores, a perfeccionar o embellecer sus arcos y sus flechas, a tallar con piedras cortantes algunas canoas de pescadores o algunos groseros instrumentos de música, en una palabra, en tanto que se dedicaron a obras que cada uno podía hacer y las artes no tenían necesidad del concurso de muchas manos, vivieron libres, sanos, buenos y dichosos, tanto como por su naturaleza podían serlo, y continuaron gozando entre ellos de las dulzuras de un comercio independiente; pero desde el instante en que un hombre tuvo necesidad de la ayuda de otro, desde que se apercibió que le era útil a uno solo el tener provisiones para dos, la igualdad desapareció, se introdujo la propiedad, se hizo necesario el trabajo y los vastos bosques se convirtieron en campos rientes que fue preciso fertilizar con el sudor de los hombres y en los que bien pronto se vio germinar la esclavitud y la miseria y desarrollarse con las cosechas.

Antes de que se hubiesen inventado los signos representativos de las riquezas, no podían apenas consistir más que en tierras y en ganado, los solos bienes reales que los hombres podían poseer. Cuando las heredades fueron acreciendo en número y en extensión, hasta el punto de cubrir el suelo entero y de interferirse todas, los unos no pudieron ya aumentarlas sino a expensas de los otros, y los supernumerarios a los que la debilidad o la indolencia habían impedido adquirirlas por su parte, llegados a pobres sin haber perdido nada, porque, cambiando todo a su alrededor, sólo ellos no habían cambiado, se vieron obligados a recibir o a arrebatar su subsistencia de manos de los ricos; y de ahí comenzaron a nacer, según los diversos caracteres de unos y otros, la dominación y la servidumbre o la violencia y las ra-

piñas. Los ricos, por su parte, apenas conocieron el placer de dominar, desdeñaron pronto a los demás, y sirviéndose de sus antiguos esclavos para someter otros nuevos, sólo pensaron en subyugar y sujetar a servidumbre a sus vecinos; semejantes a esos lobos famélicos que habiendo gustado una vez la carne humana, rechazan cualquier otro alimento y no quieren ya más que devorar hombres.

Así es como los más poderosos o los más miserables hacían de sus fuerzas o de sus necesidades una especie de derecho al bien ajeno, equivalente según ellos al de propiedad, una vez rota la igualdad siguió el más espantoso desorden; así es como las usurpaciones de los ricos y el bandolerismo de los pobres y las pasiones desenfrenadas de todos, ahogando la piedad natural y la voz, todavía débil, de la justicia, volvieron a los hombres avaros, ambiciosos y malos. Surgió entre el derecho del más fuerte y el derecho del primer ocupante un conflicto perpetuo que sólo se terminó por combates y homicidios. La sociedad naciente dio lugar al estado de guerra más horrible; el género humano envilecido y desolado, no pudiendo volverse atrás ni renunciar a las adquisiciones desgraciadas que había hecho y no trabajando más que en su perjuicio por el abuso de las facultades que lo enaltecían, se puso él mismo al borde de la ruina.

No es posible que los hombres no hayan hecho en fin reflexiones sobre una situación tan miserable y sobre las calamidades que los abrumaban. Los ricos, sobre todo, debieron sentir bien pronto cuán desventajosa era para ellos una guerra perpetua, en la que hacían todos los gastos y en la que eran comunes el riesgo de la vida y el de los bienes particulares. Por lo demás, cualquier color que pudiesen dar a sus usurpaciones, comprendían bien que sólo estaban fundadas sobre un derecho precario y abusivo, y que no habiendo sido adquiridas más que por la fuerza, la misma fuerza podía quitárselas sin que tuvieran razón alguna para quejarse. Incluso aquellos que habían enriquecido la industria no podían apenas fundar su propiedad sobre mejores títulos. Podían decir con razón: "Yo he edificado este muro; yo he ganado este terreno con mi trabajo." "¿Quién os ha reconocido los límites?", se les podía responder. ¿Y en virtud de qué pretendéis ser pagados por vuestra cuenta por un trabajo que no os hemos impuesto? ¿Ignoráis que muchos de vuestros hermanos perecen o sufren de necesidades de lo que tenéis de más y que os es preciso un consentimiento expreso y unánime del género humano para apropiaros de la subsistencia común, en todo aquello que excede de la vuestra? Destituido de razones

válidas para justificarse y de fuerzas suficientes para defenderse, aplastando fácilmente al particular, pero aplastado él mismo por grupos de bandidos, solo contra todos y no pudiendo, a causa de los recelos mutuos, unirse con sus iguales contra los enemigos sumados por la común esperanza del pillaje, el rico, apremiado por la necesidad, concibió al fin el proyecto más reflexivo que haya penetrado jamás en el espíritu humano; fue el de emplear a su favor las mismas fuerzas de los que le atacaban, el de hacer sus defensores de sus adversarios, inspirarles otras máximas y darles otras instituciones, que les fuesen tan favorables como contrario les era el derecho natural.

Con esta idea, después de haber expuesto a sus vecinos al horror de una situación que armaba a unos contra otros, que les hacía sus posesiones tan onerosas como sus necesidades y en donde ninguno encontraba su seguridad en la pobreza ni en la riqueza, inventó fácilmente razones especiosas para conducirlos a su fin. "Unámonos —les dijo— para garantizar contra la opresión a los débiles, contener a los ambiciosos y asegurar a cada uno la posesión de lo que les pertenece; instituyamos normas de justicia y de paz con las que todos estén obligados a conformarse, que no hagan excepción de nadie y que reparen de alguna manera los caprichos de la fortuna, sometiendo igualmente al poderoso y al débil a deberes mutuos. En una palabra, en lugar de volver nuestras fuerzas contra nosotros mismos, reunámoslas en un poder supremo que nos gobierne de acuerdo con leyes prudentes, que proteja y defienda todos los miembros de la asociación, rechace a los enemigos comunes y nos mantenga en una concordia eterna."

Hubiera bastado menos que el equivalente de este discurso para arrastrar a hombres groseros, fáciles de seducir, que por lo demás tenían demasiados problemas que resolver entre ellos para poder actuar de árbitros y demasiada avaricia y ambición para poder proceder durante mucho tiempo como dueños. Todos corrieron delante de sus cadenas, creyendo asegurar su libertad; pues, con bastante razón para sentir las ventajas de una organización política, carecían de la suficiente experiencia para prever los peligros; los más capaces de presentir los abusos eran precisamente aquellos que contaban con aprovecharse de ellos y los prudentes mismos vieron que era preciso resolverse a sacrificar una parte de su libertad para la conservación de la otra, como un herido se hace cortar los brazos para salvar el resto del cuerpo.

Tal fue o debió ser el origen de la sociedad y de las leyes que

dieron nuevas trabas al débil y nuevas fuerzas al rico, destruyendo sin remedio la libertad natural, fijaron para siempre la ley de la propiedad y de la igualdad y de una injusta usurpación hicieron un derecho irrevocable, y para provecho de algunos ambiciosos, sujetaron desde entonces todo el género humano al trabajo, a la servidumbre y a la miseria. Se ve fácilmente cómo el establecimiento de una sola sociedad hizo indispensable el de todas las demás y cómo, para hacer frente a fuerzas unidas, fue preciso unirse a su vez. Las sociedades, multiplicándose o extendiéndose rápidamente, cubrieron pronto toda la superficie de la tierra y no fue ya posible encontrar un solo rincón en el universo en que se pudiese estar libre del yugo y sustraer la cabeza a la cuchilla, con frecuencia torpemente manejada, que cada hombre veía perpetuamente suspendida sobre él. Al convertirse el derecho civil en la regla común de los ciudadanos, la ley de la naturaleza sólo conservó su vigor entre las diversas sociedades en las que, bajo el nombre de derecho de gentes, fue atemperada por algunas convenciones tácitas, para hacer posible la relación y suplir a la conmiseración natural, que perdiendo, de sociedad a sociedad, casi toda la fuerza que tenía de hombre a hombre, no quedó ya más que en algunas grandes almas cosmopolitas, que franquearon las barreras imaginarias que separaban a los pueblos y que, a manera del ser soberano que las ha creado, abrazaron en su benevolencia a todo el género humano.

Los cuerpos políticos permaneciendo también en estado de naturaleza, sintieron bien pronto los inconvenientes que habían forzado a salir de él a los particulares, y esta situación llegó a ser todavía más funesta entre esos grandes cuerpos que lo había sido antes entre los individuos de que estaban compuestos. De ahí salieron las guerras nacionales, las batallas, los homicidios, las represalias, que hacen estremecerse a la naturaleza y chocan con la razón, y todos esos horribles prejuicios que colocan en el rango de las virtudes el honor de derramar la sangre humana. Las más honestas gentes aprendieron a contar entre sus deberes el degollar a sus semejantes, se vio en fin a los hombres martirizarse por millares, sin saber por qué; se ejecutaban más homicidios en un solo día de combate y más horrores en la toma de una sola ciudad que los que se habían cometido en el estado de naturaleza durante siglos enteros sobre toda la superficie de la tierra. Tales son los primeros efectos que se entrevén en la división del género humano en diferentes sociedades. Pero volvamos a sus instituciones.

Sé que muchos han atribuido otros orígenes a las sociedades

políticas, como las conquistas del poderoso o la unión de los débiles, pero la elección de estas causas es indiferente a lo que yo quiero establecer; sin embargo, el que acabo de exponer me parece el más natural, por las razones siguientes: Primera, que en el primer caso, no siendo el derecho de conquista un derecho, no ha podido fundar ningún otro; el conquistador y los pueblos conquistados permanecen siempre entre ellos en estado de guerra, a menos que la nación, colocada en libertad, no escoja voluntariamente como jefe a su vencedor; cualesquiera capitulaciones que haya hecho hasta este momento, como sólo se han fundado sobre la violencia y en consecuencia son nulas por este mismo hecho, no permiten que exista en esta hipótesis ni verdadera sociedad, ni cuerpo político, ni otra ley que la del fuerte. Segunda, que las palabras "fuerte" y "débil" son equívocas en el segundo caso; que en el intervalo que se encuentra entre el establecimiento del derecho de propiedad o del primer ocupante y el de los gobiernos políticos, el sentido de estos términos se revela mejor por los de "pobre" y "rico", porque en efecto, un hombre no tenía antes de las leyes otro medio de sujetar a sus iguales que atacando su bien y haciéndoles una parte del suyo. Tercera, que los pobres sólo tienen que perder su libertad y hubiera sido una gran locura por su parte privarse voluntariamente del único bien que les quedaba para no ganar nada en cambio, mientras que, por el contrario, a los ricos, siendo por decirlo así sensibles en todas las partes de sus bienes, era mucho más fácil hacerles mal; que, por consecuencia, tenían más precauciones que tomar para garantía suya y que, en fin, es razonable creer que una cosa ha sido inventada por aquellos a quienes es útil más bien que por aquellos a quienes daña.

Puffendorf dice que lo mismo que se transfiere a otro el propio bien por convenciones y por contratos, se puede también despojarse de la libertad en favor de alguno. Es éste, en mi opinión, un mal razonamiento, pues, primeramente, el bien que enajeno se convierte en una cosa totalmente extraña y cuyo abuso me es indiferente, pero me importa que no se abuse de mi libertad, y sin hacerme culpable del mal que se me fuerza a hacer, no puedo exponerme a ser el instrumento del crimen. Además, no siendo el derecho de propiedad sino convencional e instituido por los hombres, cualquiera de ellos puede a su antojo disponer de lo que posee; pero no ocurre lo mismo con los dones esenciales de la naturaleza, tales como la vida y la libertad, de los que es permitido gozar a cada uno y de los que por lo menos es dudoso el derecho a despojarse; quitándose la

una se degrada el ser, quitándose el otro se aniquila, y como ningún bien temporal puede indemnizar del uno y de la otra, sería ofender a la vez la naturaleza y la razón renunciar a ellos, a cualquier precio que fuese. Pero aun cuando se pudiera enajenar la libertad como los bienes, la diferencia sería muy grande para los hijos, que sólo gozan de los bienes del padre mediante la transmisión de su derecho, mientras que sus padres no tienen ningún derecho a despojarles de la libertad, por ser un don que tienen por la naturaleza en su cualidad de hombres; de manera que así como para establecer la esclavitud ha sido preciso violentar la naturaleza, para perpetuar este derecho ha sido necesario cambiarla, y los jurisconsultos que gravemente han sentenciado que el hijo de un esclavo nacería esclavo, han decidido, en otros términos, que un hombre no nacería hombre.

Me parece, pues, cierto que no solamente los gobiernos no han comenzado por el poder arbitrario, que no es más que la corrupción, el término extremo y que los conduce por fin a la única ley del más fuerte, de los que fueron al principio el remedio, sino que aunque así hubiera comenzado este poder, siendo ilegítimo por su naturaleza, no ha podido servir de fundamento a las leyes de la sociedad, ni por consecuencia a la desigualdad de la institución.

Sin entrar por hoy en las investigaciones que están todavía por hacer sobre la naturaleza del pacto fundamental de todo gobierno, me limito, siguiendo la opinión común, a considerar aquí el establecimiento del cuerpo político como un verdadero contrato entre el pueblo y los jefes que él eligió; contrato por el cual las dos partes se obligan a la observancia de las leyes estipuladas en él y que forman los vínculos de su unión. Sobre el tema de las relaciones sociales, habiendo reunido el pueblo todas sus voluntades en una sola, cuantos artículos expliquen esta voluntad, son otras tantas leyes fundamentales, que obligan sin excepción a todos los miembros del Estado y una de las cuales regula la elección y el poder de los magistrados, encargados de velar por la ejecución de las otras. Este poder se extiende a todo lo que puede mantener la constitución, sin llegar hasta cambiarla. Se unen a él honores que hacen respetables las leyes y sus ministros, y personalmente para éstos prerrogativas que les compensan de los penosos trabajos a que obliga una buena administración. El magistrado, por su parte, debe usar del poder que le ha sido confiado de acuerdo con la intención de sus comitentes, y mantener a cada uno en el goce pacífico de lo que le

pertenece y preferir, en cualquier ocasión, la utilidad pública a su propio interés.

Antes de que la experiencia hubiese demostrado que el conocimiento del corazón humano hubiese hecho prever los abusos inevitables de tal constitución, debió parecer tanto mejor cuanto que aquellos que estaban encargados de velar por su conservación eran los más interesados, puesto que hallándose establecidos la magistratura y sus derechos sobre leyes fundamentales, inmediatamente que éstas fueran destruidas, los magistrados cesarían de ser legítimos y el pueblo no estaría ya obligado a obedecerles; y como no sería el magistrado sino la ley lo que habría constituido la esencia del Estado, cada uno volvería a entrar de derecho en su libertad natural.

Por poco que se haya reflexionado con atención, se confirmaría esto por nuevas razones, y por la naturaleza del contrato habría de verse que éste no podría ser irrevocable, pues si no hay un poder superior que pueda ser garantía de la fidelidad de los contratantes, ni forzarles a cumplir sus compromisos recíprocos, sólo las partes serán jueces en su propia causa y cada una de ellas tendrá siempre el derecho de renunciar al contrato, inmediatamente que conozca que la otra falta a sus condiciones o que cesa de convenir a ambas. Sobre este principio parece que puede fundarse el derecho de abdicar. Considerando sólo, como hacemos nosotros, la institución humana, si el magistrado, que tiene en su mano todo el poder y que se apropia todas las ventajas del contrato, poseyese por lo tanto el derecho de renunciar a la autoridad, con mayor razón el pueblo que paga todas las culpas de sus jefes debería tener el derecho de renunciar a la dependencia. Pero las disensiones horrorosas, los desórdenes infinitos que arrastraría necesariamente este peligroso poder, demuestran más que otra cosa la necesidad que tienen los gobiernos humanos de una base más sólida que la sola razón, y lo necesario que es para el reposo público que intervenga la voluntad divina para dar a la autoridad soberana un carácter sagrado e inviolable, que quite a los súbditos el funesto derecho de disponer de ella. Aun cuando la religión no hubiera hecho más que este bien a los hombres, sería bastante para que debiesen todos quererla y adoptarla, incluso con sus abusos, puesto que ahorra todavía más sangre de la que ha hecho correr el fanatismo.

He tratado de exponer el origen y el progreso de la desigualdad, el establecimiento y el abuso de las sociedades políticas, en tanto que esas cosas pueden deducirse de la naturaleza del hom-

bre sólo por las luces de la razón, e independientemente de los dogmas sagrados que dan a la autoridad soberana la sanción del derecho divino. Se deduce de esta exposición que la desigualdad, siendo casi nula en el estado de naturaleza, obtiene su fuerza y su crecimiento del desarrollo de nuestras facultades y de los progresos del espíritu humano y llega al fin a ser estable y legítima por el establecimiento de la propiedad y de las leyes. Se deduce en segunda que la desigualdad moral, autorizada sólo por el derecho positivo, es contraria al derecho natural cuantas veces no concurre en la misma proporción con la desigualdad física; distinción que determina suficientemente lo que debe pensarse a este respecto de la especie de desigualdad que reina entre todos los pueblos cultivados, porque es manifiestamente contrario a la ley de naturaleza, de cualquier modo que se la defina, que un niño mande a un viejo, que un imbécil conduzca a un hombre sabio y que un grupo de gente tenga abundancia de superfluidades mientras que a la multitud famélica le falta lo necesario.

DEL HOMBRE *

Claudio Adriano Helvecio (1715-1771)

Considerado como el moralista de la Enciclopedia, *protegió a muchos hombres de letras y su casa fue centro de reunión de la intelectualidad de su época. A causa del mal recibimiento a su obra* De l'Esprit *(fue obligado a retractarse y la obra fue quemada), no volvió a publicar nada en vida.* Del hombre, *de la que aquí extractamos un pasaje, fue publicada después de su muerte.*

Capítulo VIII: De la sociabilidad

El hombre es por naturaleza frugívoro y carnívoro. Es además débil, mal armado y, por ello, está expuesto a la voracidad de los animales más fuertes que él. El hombre, bien por alimentarse, bien por escapar a la fiereza del tigre y del león, debió pues, reunirse con el hombre. El objeto de esta unión fue atacar y matar a los animales para comérselos o para defender contra ellos los frutos o las hierbas que le servían de alimento. Pero el hombre se multiplicó, y para vivir tuvo que cultivar la tierra. Para que se decidiera a sembrar, era preciso que la cosecha perteneciera al agricultor, y con este fin los ciudadanos hicieron entre ellos convenios y leyes. Estas leyes reforzaron los lazos de una unión, que fundada en sus necesidades, era consecuencia inmediata de la sensibilidad física.** ¿Mas no puede considerarse su sociabilidad como una cualidad innata o una especie de amistosa moral? Lo que la experiencia nos enseña a este respecto es que en el hombre, como en el animal, la sociabilidad es resultado de la necesidad. Si se trata de una necesidad de defenderse, se juntan en tropel o sociedad los animales que pastan, como los bueyes, caballos, etcétera; si es la necesidad de atacar, cazar y combatir a sus presas, se reúnen similarmente en sociedades los animales carniceros, como los zorros y los lobos.

* Claudio Adriano Helvecio, *Del hombre,* en *Evol. de la civil, contem.* (*op. cit.*)

** Del hecho de que el hombre sea sociable se ha deducido que es bueno. Se equivocan quienes así lo creen: los lobos forman sociedades y no son buenos...

El interés y la necesidad son el principio de toda sociabilidad. Este principio (del que pocos escritores han tenido ideas claras) es, por tanto, el único que une a los hombres entre sí. La fuerza de su unión está siempre en relación con la de su costumbre y su necesidad. Desde el momento en que el salvaje joven o el jabalí joven pueden procurarse sus alimentos, abandona el uno la cabaña y el otro la camada de sus padres.

El águila desconoce a sus aguiluchos cuando éstos son bastante rápidos para perseguir a sus presas y buscarse el sustento por sí solos.

El lazo que une a los niños con los padres y a los padres con los niños es menos fuerte de lo que comúnmente se cree. La fuerza demasiado grande de este lazo resultaría incluso funesta para los Estados. La primera pasión del ciudadano debe ser la de las leyes y el bien público. Lamento tener que decir que el amor filial debe subordinarse en el hombre al amor patriótico. Si no se pone a éste por encima de todos los demás ¿dónde encontrar una medida para el vicio y la virtud? De lo contrario, toda moral quedaría destruida.

¿Por qué se recomendó por encima de todo a los hombres el amor a Dios o a la justicia?, por haberse presentado confusamente el peligro a que los expondría un amor desmedido por los padres. Si se legitimara su exceso, declarándolo el primero de los amores, un hijo tendría desde entonces derecho de robar a su vecino o a disipar el tesoro público para remediar la necesidad de su padre o para aumentar su bienestar. Cuantas familia hubiera, tantas pequeñas naciones que, divididas por el interés, estarían siempre armadas unas contra otras.

Todo escritor que, para que se tenga una buena opinión de su corazón, funda la sociabilidad en otro principio que no sea el de las necesidades físicas y habituales, engaña a los espíritus débiles y les imbuye falsas ideas de la moral.

La naturaleza ha querido, sin duda, que el agradecimiento y la costumbre fuesen en el hombre una especie de gravitación que le lleva a amar a sus padres; pero también ha querido que el hombre encuentre en el deseo natural de independencia una especie de fuerza centrífuga que disminuye, al menos, la fuerza demasiado grande de esta gravitación. Así la hija abandona gozosa la casa de su madre para ir a la de su marido, y el hijo que se aleja con gusto del hogar paterno para desempeñar un puesto en la India, ejercer un cargo en las provincias, o simplemente por viajar.

Pese a la pretendida fuerza del sentimiento de la amistad y

de la costumbre, se cambia todos los días en París de barrio, de conocidos y de amigos. Cuando se quiere engañar a los incautos, se exagera el poder del sentimiento y de la amistad, se habla de la sociabilidad como de una *inclinación o principio innato.* ¿Pueden olvidarse de buena fe que no es más que sensibilidad física un principio de esta especie?

El amor a sí mismo y el amor tan poderoso a la independencia obedecen tan sólo a este principio: si los hombres estuviesen, como se dice, inclinados unos a otros por una atracción fuerte y mutua, ¿les hubiera ordenado el Legislador celestial amarse, les hubiera mandado amar a sus padres? ¿No hubiera dejado encomendado este cuidado a la naturaleza, que, sin el auxilio de ley alguna, obliga al hombre a comer y a beber cuando tiene hambre y sed, a abrir sus ojos a la luz, y a retirar su dedo del fuego?

Los viajeros no nos cuentan que el amor del hombre por sus semejantes sea tan común como se pretende. El navegante que sobrevive al naufragio y es lanzado a una costa desconocida, no va a echarse con los brazos abiertos al cuello del primer hombre que lo encuentre allí. Por el contrario se oculta en la maleza desde donde observa las costumbres de los habitantes, y luego temblando se presenta ante ellos.

Pero se dirá que, cuando uno de nuestros navíos europeos llega a una isla desconocida, los salvajes se aglomeran en torno de él: su visión les sorprende; los salvajes se admiran de la novedad de nuestras ropas, adornos, armas y equipo. Este espectáculo excita su pasmo. ¿Qué deseo sucede en ellos a este primer sentimiento?: el de apropiarse de los objetos de su admiración. Se hacen menos alegres y más pensativos, se preocupan de los medios de llevarse, por maña y por fuerza, estos objetos de sus deseos: espían con ese fin el momento favorable para robar, saquear y asesinar a los europeos que, en su conquista de México y Perú, les dieron de antemano el ejemplo de tales injusticias y crueldades.

La conclusión de este capítulo es que los principios de la moral y la política, como todos los principios de las demás ciencias, deben asentarse sobre un gran número de hechos y observaciones. ¿Qué resulta, pues, para la moral de las observaciones hechas hasta ahora?: que el amor de los hombres por sus semejantes es un efecto de la necesidad de ayudarse mutuamente, y de una infinidad de otras necesidades que depende de esta misma sensibilidad física que yo considero ser el principio de nuestros actos, de nuestros vicios y de nuestras virtudes...

¡Os amo, ciudadanos míos! y mi primer deseo es seros útil. Indudablemente que me agrada vuestra aquiescencia; pero ¿querré ganar vuestra estimación y vuestros elogios por la mentira? Otros miles os engañaron y yo no seré su cómplice. Unos os llamarán buenos y adularán el deseo que tenéis de pensaros tales. No les creáis. Otros os llamarán malvados; también os mentirán, pues no sois ni lo uno ni lo otro.

Ningún individuo nace bueno; ninguno nace malo. Los hombres son una cosa u otra según que un interés conforme o contrario los reúna o los divida. Hay filósofos que creen que los hombres han nacido en el estado de guerra. El deseo común de poseer las mismas cosas los arma —dicen aquéllos— desde la cuna a otros contra otros.

El estado de guerra, indudablemente, sigue muy de cerca al momento de su nacimiento. La paz de los hombres dura poco. Sin embargo, no nacen enemigos. La bondad o la maldad es en ellos un accidente: es el producto de sus leyes buenas o malas. Lo que se llama bondad en el hombre, o sentido moral, es su benevolencia para con otros, y esta benevolencia está siempre de acuerdo con la utilidad que les representan. Prefiero a mis conciudadanos sobre los extranjeros, y a mi amigo sobre mis conciudadanos. La felicidad de mi amigo se refleja en mí. Si se enriquece y se hace más poderoso, participo de su riqueza y de su poder. La benevolencia para con los otros es, pues, resultado del amor a nosotros mismos. Pero si el amor a sí, como he demostrado en la sección 4, es en nosotros resultado necesario de la facultad de sentir, nuestro amor por los demás, pese a todo lo que digan los shaftesburistas, es también efecto, de esta misma facultad.

¿Qué es, en efecto, esa bondad original o ese sentido moral que tanto ponderan los ingleses? ¿Qué idea clara podemos hacernos de semejante sentido * y sobre qué hecho debe fundarse

* ¿Se admite un sentido moral? ¿Por qué no admitir entonces un sentido algebraico o químico? ¿Por qué suponer en el hombre un sexto sentido? ¿Será para que le dé ideas más claras de la moral? ¿Pero qué es la moral? *La ciencia de los medios inventados por los hombres para vivir entre ellos de la manera más feliz posible.* Si el poderoso no se opone a sus progresos, esta ciencia se perfeccionará proporcionalmente a las luces que los pueblos adquieran. Se pretende que la moral es obra de Dios: y sin embargo forma parte de todos los países de la legislación de los pueblos y la legislación es cosa de los hombres. Si se considera a Dios autor de la moral, será porque lo es de la razón humana, y la moral es obra de esta razón. Identificar a Dios con la moral es ser idólatra, es di-

su existencia? ¿Sobre el hecho de que hay hombres buenos? Pero también los hay envidiosos y embusteros, *omnis hommo mendax* (todo hombre es mentiroso). Se dirá, en consecuencia, que estos hombres tienen en sí un sentido inmoral de envidia o un sentido mendaz. Nada más absurdo que esta filosofía teológica de Shaftesbury, y sin embargo a los ingleses les agrada tanto como a los franceses en otro tiempo su música. No ocurre lo mismo a las otras naciones; ningún extranjero puede comprender al uno ni escuchar a la otra. Es una nube que tienen en los ojos los ingleses, y es preciso quitársela para que vean.

Según sus filósofos, el hombre indiferente, el hombre sentado en su silla desea el bien de los demás; pero, por indiferente, el hombre no desea ni puede desear nada. El estado de deseo y el de indiferencia son contradictorios. Hasta es posible que este estado de indiferencia no pueda darse. Lo que me enseña la experiencia es que el hombre no nace bueno ni malo; es que su felicidad no está necesariamente unida al mal de otro; es que, por el contrario, en toda educación sana la idea de mi propia felicidad estará siempre más o menos estrechamente ligada en mi memoria a la felicidad de mis conciudadanos; es que el deseo de lo uno producirá en mí el deseo de lo otro. De

vinizar la obra de los hombres. Éstos han hecho convenios. La moral no es otra cosa que la recopilación de estoc convenios. El verdadero objeto de esta ciencia es la felicidad del mayor número. *Salus populi suprema lex esto (que la salud del pueblo sea la ley suprema).* Si la moral de los pueblos produce tan a menudo el efecto contrario, es porque el poderoso encauza todos sus preceptos en su propio provecho, es que él se repite siempre *Salus gobernantium suprema lex esto* (la salud del gobernante debe ser la ley suprema). Es, en fin, que la moral de la mayor parte de las naciones ya no es más que la reunión de los medios empleados y de los preceptos dictados por el poderoso para afirmar su autoridad y para que pueda ser impunemente injusto.

Pero ¿pueden ser tales preceptos respetados? Sí, porque están consagrados por edictos, por leyes absurdas y, sobre todo, por el temor al poderoso. Así es como adquieren una autoridad legal mientras el poderoso continúa siéndolo.

Por lo tanto, nada hay más difícil que reducir la ciencia de la moral a su verdadero objeto. De este modo, la legislación sabia y la moral pura no se encuentran más que en países donde, como en Inglaterra, el pueblo tiene parte en la administración, o la nación es el soberano, o las leyes, que constantemente se dictan en favor del poderoso, se conforman necesariamente con el interés del número mayor.

Según esta somera idea de la ciencia de la moral, evidentemente ella es como la otra, producto de la experiencia, de la meditación y no de un *sentido moral;* puede, como las demás ciencias perfeccionarse día a día, y nada autoriza al hombre para suponerse poseedor de un sexto sentido del cual sería imposible formarse ideas claras.

donde resulta que el amor al prójimo no es en cada individuo más que el efecto del amor a sí mismo. Se da el caso que los más vociferantes sermoneadores de la bondad original no siempre han sido los más celosos benefactores de la humanidad.

Cuando se trató de la salvación de Inglaterra, el perezoso Shaftesbury, el ardiente apóstol de la bella moral, ni siquiera acudió al Parlamento. No es el sentido de la belleza de la moral, es el amor a la gloria y a la patria lo que hace a los Horacios, a los Brutos y a los Scévolas. Los filósofos ingleses me repetirían en vano que la belleza moral es un sentido que se desarrolla en el feto humano, que cuaja en un tiempo determinado y que nos hace compasivos ante los males de nuestros semejantes. Yo puedo hacerme idea de mis cinco sentidos y de los órganos que les corresponden; pero confieso que no tengo más idea de un sentido moral que de un elefante o de un castillo moral.

¿Nos serviremos todavía mucho tiempo de estas palabras vacías de sentido, que no representan ninguna idea clara y distinta y deberían quedar relegadas para siempre a las escuelas teológicas? ¿Se entiende por esta palabra de sentido moral el sentimiento de compasión que experimentamos al ver un desdichado? Mas para compadecer los males de un hombre es preciso saber de antemano que sufre, y para esto haber sentido el dolor, una compasión segura por lo que nos dicen supone también el conocimiento del dolor. Además ¿cuáles son los males ante los cuales nos mostramos más sensibles? Los que hemos sufrido con menos paciencia y cuyo recuerdo, por consiguiente, está más presente habitualmente a nuestra memoria. La compasión no es, pues, en nosotros ningún sentimiento innato.

¿Qué siento en presencia de un desdichado? Una emoción fuerte. ¿Quién la produce? El recuerdo de los dolores a que está sujeto el hombre y a los que yo mismo estoy expuesto. Esa idea me turba, me molesta, y, mientras esté en mi presencia aquel infortunado, estaré afectado tristemente. Si lo he socorrido y no lo vuelvo a ver, la calma renace insensiblemente en mi espíritu, porque el recuerdo de los males que me sugería su presencia se desvanece insensiblemente en proporción a su alejamiento. Cuando me aflijo por él, me aflijo por mí mismo. Y éstos son los males que yo más compadezco. Como ya he dicho, no únicamente los que yo he sentido sino los que puedo todavía sentir: los males que están más presentes a mi memoria me asustan más... El amor a los demás nunca será en el hombre sino consecuencia del amor a sí propio. En vano

Mr. Rousseau repite sin cesar que *todos los hombres son buenos y todos los primeros movimientos de la naturaleza rectos.* La necesidad de las leyes es prueba de lo contrario. ¿Qué supone esta necesidad? Que son los diversos intereses del hombre los que lo hacen malo o bueno, y que el único medio de conseguir ciudadanos virtuosos es ensalzar el interés particular con el interés público...

La prueba de que el humanitarismo es en el hombre tan sólo afecto del recuerdo de los males que conoce por él mismo o por los otros, es que, de todos los medios para humanizarle y hacerle compasivo, el más eficaz es acostumbrarle desde su más tierna juventud a identificarse con los que sufren y a mirarse en ellos. Algunos han tratado, en consecuencia, la compasión de debilidad. Désele el nombre que se quiera, esta debilidad será siempre para mí la primera de las virtudes, pues contribuirá constantemente y en el grado mayor a la dicha de la humanidad.

He demostrado que la compasión no es ni un sentido moral ni un sentimiento innato, sino un simple efecto del amor a sí. ¿Qué se sigue de aquí? Que este mismo amor diversamente modificado, según la educación diferente que se reciba, las circunstancias y las situaciones en que nos ponga la casualidad, será lo que nos haga humanitarios o duros; que los hombres no nacen compasivos, pero que todos pueden llegar a serlo y que lo serán cuando las leyes, la forma de gobierno y la educación los hagan tales.

Vosotros, a quien el cielo confía el poder legislativo, ¡que vuestra administración sea benévola, vuestras leyes sabias, y tendréis por súbditos hombres humanitarios, valerosos y virtuosos! Pero si alteráis estas leyes o esta prudente administración, los ciudadanos virtuosos morirán sin posteridad y no tendréis a vuestro lado más que malvados, porque vuestras leyes los habrán hecho así. El hombre, indiferente al mal por su naturaleza, no se libra de su indiferencia sin motivo. El hombre feliz es humanitario; es un león harto.

Desdichado del príncipe que se fíe de la bondad original de los caracteres. Mr. Rousseau la supone: la experiencia la desmiente. Que la consulte: verá que el niño mata a las moscas, pega a su perro, asfixia a su gorrión, y que, nacido sin humanidad, el niño tiene todos los vicios del hombre.

El poderoso es muchas veces injusto; el niño robusto lo es también. No se detiene por la presencia del maestro; como el poderoso se apropia por la fuerza de la golosina o el juguete de

su compañero; por un muñeco o por un coral hacen lo mismo que un hombre maduro por un título o por un cetro. La manera uniforme de conducirse estas dos edades hizo decir a Mr. de la Mothe:

Es que el niño es ya hombre.

Es que el hombre todavía es niño.

No hay razón para sostener la bondad original de los caracteres. Añadiré incluso que en el hombre la bondad y la humanidad no pueden ser obra de la naturaleza, sino sólo de la educación.

Capítulo IV: El hombre natural tiene que ser cruel

¿Qué nos presenta el espectáculo de la naturaleza?: una multitud de seres destinados a devorarse mutuamente. El hombre en particular, dicen los anatomistas, tiene la dentición de los animales carniceros. Debe, por tanto, ser voraz y, en consecuencia, cruel y sanguinario. Además, la carne es para él el alimento más sano, el más conforme a su organización. Su conservación, como la de casi todas las especies animales, está ligada a la destrucción de las otras. Los hombres diseminados por la naturaleza en vastos bosques, son primeramente cazadores.

La necesidad los hizo pastores cuando se aproximaron más unos a otros y se vieron obligados a encontrar su alimento en un ámbito más estrecho. Al multiplicarse más aún, acabaron siendo agricultores. Pero en todas estas diversas condiciones el hombre es destructor de los animales, sea para comer su carne, sea para defender contra ellos el ganado, los frutos, granos y legumbres que necesitan para su subsistencia.

El hombre natural es su propio carnicero y cocinero. Sus manos siempre están tintas en sangre. Habituado a matar, tiene que ser sordo al grito de la piedad. Si el bramido del ciervo me conmueve, si sus lágrimas son del color de las mías, este espectáculo, tan conmovedor por su novedad, es agradable para el salvaje, a quien la costumbre ha endurecido.

La melodía más agradable para el inquisidor son los alaridos de dolor. Ríe junto a la hoguera donde expira el hereje. Este inquisidor, asesino autorizado por la ley, conserva todavía en las ciudades la ferocidad del hombre natural; es un hombre de la sangre. Cuanto más se acerca uno a este estado, más se acostumbra a matar y menos cuesta. ¿Por qué cuando falta el verdugo se obliga al último de los carniceros a reemplazarlo? Porque su profesión lo hace incompasivo. Aquel a quien una

buena educación no acostumbra a ver en los males de otro calamidades a las que está él mismo expuesto, será siempre duro y muchas veces sanguinario. El pueblo lo es; no tiene espíritu de humanitarismo. Es —se dice— la curiosidad la que le empuja al Tyburn o a la Greve: si, la primera vez. Pero si vuelve allí, es porque es cruel. Llora con las ejecuciones, el hombre educado, en cambio llora con la *tragedia,* pero su representación le es agradable.

Quienes sostienen la bondad original de los hombres quieren engañarlos. ¿Es preciso que en la moral, como en la religión, haya tantos hipócritas y tan pocos virtuosos? ¿Se tomarán por bondad natural del hombre los miramientos que un temor mutuo inspira a dos seres aproximadamente iguales en fuerzas? Incluso el hombre educado, cuando no está contenido por este temor, se hace cruel y bárbaro...

Que no se me acuse de negar la existencia de hombres buenos. Los hay tiernos, compasivos de los males de sus semejantes; pero su humanismo es efecto de la educación, y no de la naturaleza...

INDAGACIÓN ACERCA DE LA NATURALEZA Y LAS CAUSAS DE LA RIQUEZA DE LAS NACIONES *

Adán Smith (1723-1790)

Economista y moralista. Como moralista escribió Theory of Moral Sentiments, *y como economista* Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations, *de la cual seleccionamos unos pasajes. Fue un gran amigo de Hume, y estableció contacto con los enciclopedistas. Su obra ejerció una fuerte influencia en la política económica de Inglaterra. En vida fue estimado y respetado por colegas y discípulos.* .

Capítulo VIII: El salario de la mano de obra

El producto del trabajo constituye su recompensa natural, o sea, el salario de la mano de obra.

En el estado primitivo de cosas, el que procede a la apropiación de la tierra y a la acumulación de capital, el producto íntegro del trabajo corresponde al trabajador. Éste no tiene terrateniente ni amo que con él lo compartan.

De haberse mantenido tal estado, el salario de la mano de obra habría ido creciendo con todos los adelantos realizados en su capacidad productora, gracias a la división del trabajo. Todas las cosas habrían ido abaratándose gradualmente. Habríanse producido mediante una cantidad menor de trabajo, y como los artículos producidos por cantidades idénticas de trabajo hubiéranse cambiado naturalmente unos por otros, se habrían comprado también con el producto de una cantidad menor del mismo.

Pero, a pesar de que todas las cosas se hubieran en realidad abaratado, muchas de ellas quizá hubiesen resultado en apariencia más caras que antes o se hubiesen cambiado por una cantidad mayor de otros artículos. Supongamos, por ejemplo, que la capacidad productora del trabajo se hubiese multiplicado diez veces en la mayor parte de las actividades, o que el trabajo de un día hubiera podido producir diez veces la canti-

* Adán Smith, *Indagación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones,* trad. de Amando Lázaro Ros, rev. y pról. de Germán Bernacer Tormo, 2ª ed., Madrid, Aguilar, 1961.

dad de obra que producía primitivamente, pero que en una actividad especial sólo se hubiese multiplicado por dos, es decir, que el trabajo de un día produciría únicamente el doble de la cantidad de tarea que antes cumplía. Al cambiar en la mayor parte de las actividades el producto del trabajo de un día por el producto de un día de esta actividad especial, se compraría, con diez veces la cantidad primitiva de obra de aquéllas, únicamente dos veces de la cantidad primitiva de esta última. Por tanto, cualquier cantidad, el peso de una libra, por ejemplo, parecería en ella cinco veces más cara que antes. En realidad, sin embargo, sería dos veces más barata. A pesar de requerir cinco veces la cantidad de otros artículos para comprarla, sólo exigiría la mitad de la cantidad de trabajo, lo mismo para comprarla que para producirla. De modo, pues, que su adquisición resultaría dos veces más fácil que antes.

Pero aquel estado primitivo de cosas, en el que el trabajador disfrutaba del producto íntegro de su propio trabajo, no podía subsistir desde que se introdujo la apropiación de la tierra y la acumulación de capital. Terminó, pues, mucho antes que se realizasen los adelantos más importantes en la capacidad productora del trabajo, y a nada conduciría seguir exponiendo los posibles efectos que habría tenido sobre la recompensa o salario de la mano de obra.

En cuanto la tierra se convierte en propiedad particular, el terrateniente exige una parte de casi todos los productos que el labrador puede cultivar o recoger de la misma. La renta de aquél viene a ser la primera deducción que se hace del producto de la mano de obra empleada en trabajar la tierra.

Rara vez la persona que ara la tierra tiene medios para sustentarse a sí misma hasta el momento en que recoge la cosecha. Por lo general, le es adelantada la manutención sacándola del capital de un amo, el granjero que lo emplea, y que ningún interés tendría en emplearlo, a menos que participase en el producto de su trabajo, o que se le devolviese el capital con un beneficio. Este beneficio viene a ser una segunda sustracción del producto de la mano de obra empleada en trabajar la tierra.

También el producto de casi todos los demás trabajos está sometido a parecidas sustracciones de beneficio. En casi todos los oficios e industrias, la mayor parte de los trabajadores necesita un amo que les adelante los materiales para su obra, y sus salarios y manutención hasta que aquélla se haya terminado. Ese amo participa del producto del trabajo de aquéllos o del

valor que ese trabajo agrega a las materias primas en las que se invierte, y en esta participación estriba su beneficio.

Desde luego, ocurre algunas veces que un solo trabajador independiente dispone de capital bastante para comprar la materia prima para su obra y para mantenerse hasta tenerla terminada. Ese hombre es al mismo tiempo amo y obrero, y disfruta del producto íntegro de su propio trabajo, o del valor íntegro que ese trabajo agrega a las materias primas en las que se invierte. Incluye lo que de ordinario forma dos ingresos distintos, que pertenecen a dos personas diferentes, a saber: los beneficios del capital y los salarios de la mano de obra.

Pero tales casos no son muy frecuentes, y en la mayor parte de Europa son veinte los obreros sometidos a un amo por cada uno que es independiente; y en todas partes se entiende por salarios de la mano de obra lo que son de ordinario cuando el obrero es una persona, y el propietario del capital que lo emplea es otra distinta.

En todas partes los salarios corrientes de la mano de obra dependen del convenio que es costumbre hacer entre esas dos partes, cuyos intereses no son, en modo alguno, idénticos. El obrero desea obtener todo lo más, y el amo dar todo lo menos que puede. Aquéllos tienen disposición a combinarse con objeto de elevar, y éstos, con objeto de rebajar los salarios de la mano de obra.

No resulta, sin embargo, difícil prever cuál de las dos partes tendrá en todas las situaciones corrientes la ventaja en la disputa y la que obligará a la otra a someterse a sus condiciones. Los amos, por ser menos en número, pueden combinarse con mucha mayor facilidad y, además, la ley les autoriza, o por lo menos no les prohíbe, combinarse, mientras que se los prohíbe a los trabajadores. No tenemos leyes del Parlamento contra las asociaciones encaminadas a rebajar el precio de la mano de obra; pero son muchas las que tenemos en contra de las asociaciones encaminadas a elevarlo. En esa clase de disputas, los amos pueden siempre sostenerse más tiempo. Un terrateniente, un granjero, el dueño de una fábrica o un mercader podrían, por lo general, vivir uno o dos años del capital que han reunido ya, aunque en ese tiempo no empleasen a un solo obrero. Muchos de éstos, en cambio, no podrían subsistir una semana; pocos serían los que pudiesen aguantar un mes, y rarísimos los que se sostendrían un año sin un empleo. A la larga, quizá el obrero sea tan necesario a su amo como éste a él; pero la necesidad no es tan inmediata.

Se ha dicho que rara vez se oye hablar de asociaciones de amos, aunque se oye hablar con frecuencia de las de trabajadores. Pero quien se imagine, por esta afirmación, que los amos se combinan rara vez entre ellos, es tan ignorante del mundo como del problema. Los amos se hallan siempre, y por todas partes, en una especie de combinación tácita, pero constante y uniforme, para no elevar los salarios de la mano de obra por encima de su tarifa actual. El quebrantar esa combinación es en todas partes un acto por demás impopular y una especie de censura a un amo entre sus convecinos e iguales. Desde luego, rara vez oímos hablar de semejante combinación, porque de lo que nadie oye hablar es de lo que constituye el estado de cosas corriente, y hasta se puede decir que natural. Los amos entran también a veces en combinaciones especiales para rebajar los salarios, incluso por debajo de aquella tarifa. Esos convenios se llevan siempre en el máximo silencio y secreto hasta el momento de ponerlos en ejecución; si los trabajadores ceden sin resistencia, como ocurre algunas veces, a pesar de que la rebaja les llegue a lo vivo, nadie más se entera de lo ocurrido. Sin embargo, esa clase de combinaciones ve alzarse frecuentemente en contra una combinación defensiva de los trabajadores; y a veces, éstos, sin que haya mediado una provocación de esta clase, se combinan también por propia iniciativa para elevar el precio de su trabajo. Lo que por lo general alegan es el alto precio de las subsistencias y, en ocasiones, los grandes beneficios que los amos obtienen de la obra suya. Pero lo mismo cuando las combinaciones de los obreros tienen una finalidad ofensiva que cuando la tienen defensiva, se habla siempre muchísimo de ellas. Para conseguir una decisión rápida del litigio, los obreros levantan siempre el más ruidoso clamoreo, y, en ocasiones, recurren a los atropellos y violencias más desagradables. Son gentes desesperadas y obran con la locura y con la temeridad propia de hombres en ese estado, que tienen que obligar por el miedo a sus amos a que accedan inmediatamente a sus peticiones, de lo contrario, tendrán que pasar hambre. En tales ocasiones, los amos vociferan por su parte tan estrepitosamente como ellos y no dejan nunca de pedir a voz en grito la intervención de los magistrados civiles, y que se ejecuten con todo rigor las leyes promulgadas con tanta severidad contra las combinaciones de criados, peones de labranza y jornaleros. Resulta de ello que muy pocas veces sacan los trabajadores ventaja alguna de la violencia de sus tumultuosas combinaciones; éstas no les acarrean, por lo general, otra cosa que el castigo o la ruina de los cabe-

cillas, en parte por la intervención de los magistrados civiles, en parte por la mayor firmeza de los amos y, en parte, debido a la necesidad de someterse que tiene la mayoría de los trabajadores para conseguir su manutención inmediata.

Pero, aunque por lo general los amos se encuentran en situación de ventaja en las disputas con sus trabajadores, existe, sin embargo, cierta tarifa por debajo de la cual parece imposible reducir durante un espacio largo de tiempo el salario corriente de la mano de obra hasta en su categoría ínfima.

El hombre tiene siempre que vivir de su trabajo, y su salario tiene que bastarle por lo menos para subsistir. En muchas ocasiones tiene incluso que ser algo mayor, porque de otro modo le sería imposible criar una familia, y la casta de los obreros no podría durar más allá de la primera generación. Parece que, sobre este particular, el señor Cantillón da por supuesto que la categoría ínfima de peones corrientes debe ganar en todas partes el doble por lo menos de lo que precisa para su propia manutención, a fin de que uno con otro puedan criar dos hijos, porque se supone que el trabajo de la mujer, debido a que necesita cuidar de los hijos, no alcanza sino a lo necesario para mantenerse a sí misma. Pero se calcula que la mitad de los niños que nacen mueren antes de llegar a la edad viril. De acuerdo, pues, con este cálculo, los peones más pobres tendrían que procurar, uno con otro, criar por lo menos cuatro hijos, a fin de que dos de ellos tuvieran una probabilidad razonable de vivir hasta dicha edad. Pero se da por supuesto que lo necesario para la manutención de cuatro hijos es casi equivalente a lo necesario para la de un solo hombre. El mismo autor agrega que el trabajo de un esclavo de buena salud equivale, según cálculos, al doble de lo necesario para su manutención; y opina que el del peón más insignificante no puede ser inferior al de un esclavo capaz para el trabajo. Lo que por lo menos parece seguro es que, si han de mantener una familia, el trabajo del marido y de la mujer juntos tiene que permitirles ganar algo más de lo que preciso para su propia subsistencia, aun en la categoría más baja de la mano de obra corriente; pero no seré yo quien tome sobre mí la tarea de determinar en qué proporción, si en la que acabo de mencionar o en otra distinta.

Suelen darse, sin embargo, ciertas circunstancias que proporcionan en ocasiones a los trabajadores una situación de ventaja y que les permiten elevar sus salarios muy por encima de esa tarifa, que es, evidentemente, la más baja que tolera un vulgar sentimiento de humanidad.

Cuando en un país aumenta de manera continua la demanda de personas que viven del salario, es decir, de trabajadores, jornaleros y sirvientes de toda clase; cuando todos los años se proporciona en el mismo ocupación a un número mayor que el año precedente, los trabajadores no necesitan combinarse para conseguir una elevación de sus salarios. La escasez de mano de obra da lugar entre los amos a la competencia, y unos pugnan con otros en sus ofrecimientos, a fin de conseguir trabajadores, y de ese modo rompen voluntariamente la combinación de los amos para no subir los jornales.

Es evidente que la demanda de asalariados no puede aumentar sino en la proporción en que aumenten los fondos destinados al pago de salarios. Estos fondos son de dos clases: primero, los ingresos que exceden a lo necesario para la subsistencia, y segundo, el capital que excede a lo necesario para las actuales actividades de sus amos.

Cuando el terrateniente, el rentista, u hombre adinerado obtiene unos ingresos superiores a los que él juzga suficientes para el sostenimiento de su propia familia, emplea la totalidad o una parte de ese exceso en sostener uno o más servidores domésticos. Auméntese el referido exceso, y él aumentará naturalmente el número de esa clase de servidores.

Cuando un obrero independiente, por ejemplo, un tejedor o un zapatero, ha reunido un capital superior a lo que le basta para comprar las materias primas de su propia labor y para sostenerse hasta que pueda vender ésta, da, naturalmente, empleo con aquel exceso a uno o más jornaleros, y eso lo hace para obtener un beneficio del trabajo de los mismos. Si tal exceso aumenta, él aumentará naturalmente el número de sus jornaleros.

Por consiguiente, la demanda de asalariados aumenta forzosamente con el aumento de los ingresos y del capital de un país, y no es posible que sin el de éstos aumente aquélla. El aumento de los ingresos y del capital constituye un incremento de la riqueza nacional. De modo, pues, que la demanda de asalariados aumenta naturalmente con la riqueza nacional, y sin ésta no puede incrementarse.

Lo que da origen a una elevación en el salario de la mano de obra no es la cuantía de la riqueza nacional, sino el continuo aumento de la misma. Según eso, los salarios de la mano de obra no son más elevados en los países más ricos, sino en los que prosperan más o en aquellos que se están enriqueciendo con mayor rapidez. Los peones ordinarios ganan en la provin-

cia de Nueva York tres chelines y seis peniques de moneda corriente por día, o sea dos chelines de moneda inglesa; los carpinteros de ribera, diez chelines y seis peniques, además de una pinta de ron que vale seis peniques ingleses, o sea un total de seis chelines y seis peniques de moneda inglesa; los carpinteros de obra y albañiles, ocho chelines de moneda corriente, que equivale a cuatro chelines y seis peniques de moneda inglesa; los sastres a jornal seis chelines de moneda corriente, que equivalen más o menos a dos chelines y diez peniques de moneda inglesa. Todos estos precios están por encima de los que rigen en Londres, respectivamente, y se dice que los salarios son igualmente altos en las demás colonias que en la de Nueva York. En toda Norteamérica, el precio de las subsistencias es mucho más bajo que en Inglaterra. Nunca se conoció allí carestía de alimentos. Hasta en las peores estaciones tuvieron siempre los suficientes para sí mismos, aunque tuviesen menos para la exportación. Por consiguiente, si el precio en dinero del trabajo es allí más elevado que en ningún lugar de la madre patria, su precio real, la capacidad de comprar las cosas necesarias o convenientes para la vida que ese salario da al trabajador, tiene que ser más elevado en una proporción todavía mayor.

Pero aunque Norteamérica no sea todavía tan rica como Inglaterra, el ritmo de su prosperidad y de su progreso hacia una mayor adquisición de riquezas es mucho más vivo. La señal más decisiva de la prosperidad de una país nos la da el aumento del número de sus habitantes. En la Gran Bretaña y en la mayor parte de los países europeos no se calcula que ese número se duplique en menos de quinientos años. Se ha comprobado que en las colonias británicas de Norteamérica, el número de habitantes se duplica en veinte o veinticinco años. Y no se debe tampoco en la actualidad ese aumento principalmente a la inmigración constante de nuevos pobladores, sino a la gran multiplicación de la especie. Se dice que las personas que viven hasta edad muy avanzada, ven con frecuencia desde cincuenta hasta un centenar, y en ocasiones más todavía, de descendientes de su propia carne. La mano de obra se encuentra allí tan bien pagada, que una prole numerosa no constituye una carga para los padres, sino que es una fuente de riqueza y de prosperidad. Se calcula que el trabajo de cada hijo, hasta que abandona la casa paterna, equivale a una ganancia líquida de cien libras netas para los padres. Las viudas jóvenes con cuatro o cinco hijos pequeños, que tan escasa probabilidad tendrían

en Inglaterra de casarse en nuevas nupcias, se ven allí cortejadas como si poseyeran una cierta fortuna. El valor de los hijos es el estímulo mayor para el matrimonio. No podemos, pues, sorprendernos de que en Norteamérica la gense se case, por lo general, muy joven. A pesar del gran incremento de población acarreado por matrimonios de tan temprana edad, existe en Norteamérica una queja constante de escasez de mano de obra. Según parece, la demanda de trabajadores, es decir, los fondos destinados a su manutención, crecen a una velocidad mayor que la de la mano de obra disponible.

Si la riqueza de un país, a pesar de ser muy grande, ha permanecido largo tiempo estacionaria, no debemos esperar que los salarios de la mano de obra sean en él muy elevados. Es posible que los fondos destinados al pago de salarios, es decir, los ingresos y el capital de sus habitantes, sean de un volumen grandísimo; pero si han venido siendo por espacio de varios siglos de cuantía idéntica o muy aproximada, el número de trabajadores empleados cada año podría fácilmente suministrar, incluso con creces, los que serán necesarios al año siguiente. Es muy raro que exista escasez de mano de obra, y los amos no podrán verse obligados a competir unos con otros en sus ofrecimientos para conseguirla. Por el contrario, la mano de obra se multiplicaría en este caso naturalmente hasta sobrepasar el empleo que podría haber para ella. Existiría una escasez constante de empleos, y los trabajadores se verían en la necesidad de disputárselos entre ellos. Si en semejante país habían sido alguna vez los salarios de la mano de obra más que suficientes para sustentar al trabajador y para permitirle criar una familia, la competencia que se establecería entre los trabajadores y el interés de los patronos no tardarían en reducir esos salarios al nivel más bajo compatible con el más común sentimiento de humanidad. China ha sido durante mucho tiempo uno de los países del mundo más ricos, es decir, uno de los más fértiles, mejor cultivados, más laboriosos y más poblados. Parece, sin embargo, que lleva mucho tiempo estacionario. Marco Polo, que lo visitó hace más de quinientos años, describe el grado de sus cultivos, de su industria y de su populosidad casi en los mismos términos con que los describen en nuestro tiempo los viajeros. Quizá había incluso llegado antes de la época de Marco Polo al pleno desenvolvimiento de la riqueza que es posible adquirir dentro de la índole de sus leyes e instituciones. Los relatos de todos los viajeros, aunque no estén de acuerdo en muchos aspectos, lo están en el de lo bajo del salario de la

mano de obra y en la dificultad que el trabajador encuentra para criar una familia en China. Se da por satisfecho cuando, después de cavar la tierra por espacio de un día entero, obtiene un salario que le permite por la noche comprar una pequeña cantidad de arroz. La situación en que viven los artesanos es todavía peor, si ello es posible. En lugar de esperar con indolencia, dentro de sus talleres, a que vayan en su busca los clientes, como hacen en Europa, los artesanos chinos recorren constantemente las calles con sus herramientas a cuestas, ofreciendo sus servicios, igual que si pordioseasen empleo. La pobreza de las clases más bajas del pueblo excede en China a la de las naciones europeas en que más abundan los mendigos. Es voz corriente que en la ciudad de Cantón son muchos centenares, más aún, muchos millares de familias las que carecen de techo en tierra firme y viven de una manera permanente en pequeños botes de pesca que flotan en los ríos y canales. Los alimentos que logran adquirir son tan escasos, que se dedican a recoger ansiosamente los más hediondos desperdicios tirados por la borda de cualquier barco europeo. Cualquier carroña, por ejemplo, el cadáver de un perro o de un gato, aunque esté ya medio putrefacto y apestoso, es presa tan feliz para ellos como el alimento más sano lo es para los habitantes de otros países. No la utilidad de los hijos, sino la libertad de destruirlos es lo que en China constituye un estímulo para el matrimonio. Todas las noches son abandonados en las grandes ciudades unos cuantos, cuando no son ahogados en las aguas igual que cachorrillos. Se cuenta incluso que hay gentes que se ganan la vida encargándose de realizar esta misión horrible que constituye su profesión declarada.

Sin embargo, China no parece hallarse en periodo de retroceso, aunque sí da la impresión de estar en periodo estacionario. Ninguna de sus ciudades se ve abandonada por sus moradores. Las tierras que ya en otros tiempos eran objeto de cultivo no quedan en ninguna parte yermas. Por consiguiente, sigue realizándose la misma o casi la misma cantidad anual de trabajo, y los fondos destinados a mantenerlo no han podido por ello disminuir de manera notable. Pero la clase más baja de trabajadores, a pesar de lo escaso de sus medios de subsistencia, debe ingeniárselas de una manera u otra para propagar su raza de manera que mantenga igual número de miembros de la misma.

Las cosas ocurrirían de manera distinta en un país en el que los fondos destinados al sustento de la mano de obra estuviesen

decayendo de manera perceptible. La demanda de servicio doméstico y de trabajadores sería cada año, en las distintas clases de empleos, inferior a lo que había sido el año precedente. Muchas personas, criadas en las categorías superiores, se alegrarían de encontrar empleo en las más humildes, al serles imposible conseguirlo en su misma profesión. La clase más humilde, que no tan sólo tenía ya un exceso de su propia mano de obra, sino que recibiría el sobrante de todas las demás, entablaría una lucha tan grande por conseguir ocupación, que se vería obligada a reducir los salarios hasta el equivalente de los más escasos y miserables medios de subsistencia del trabajador. Serían muchos los que ni aun en tales condiciones hallarían empleo, y que, o morirían de hambre, o se verían arrastrados a encontrar los medios de subsistencia mendingando, o recurriendo tal vez a perpetrar las mayores monstruosidades. La indigencia, el hambre y la mortalidad reinarían continuamente en esa clase, y desde ella se extenderían a todas las clases superiores, hasta que el número de habitantes del país quedase reducido al que fácilmente podría encontrar sustento empleando los ingresos y el capital que en el mismo quedaban, y que se habían salvado o bien de la tiranía o bien de las calamidades que habían destruído el resto. Quizá sea éste, más o menos, el estado actual de Bengala y el de alguna otra de las colonias inglesas en las Indias Orientales. Podemos estar seguros de que los fondos destinados a la manutención de los trabajadores pobres se hallan en una etapa de rápido descenso, cuando vemos que, a pesar de tratarse de un país fértil que había sufrido antes una gran despoblación, y en el que, por consiguiente, no tenía que resultar muy difícil la subsistencia, mueren todos los años de hambre 300 000 ó 400 000 personas. Quizá no se pueda ilustrar con un ejemplo mejor que con el de la diferencia de situación respectiva, la que existe entre la naturaleza de la Constitución británica, que protege y que gobierna a Norteamérica, y la de la compañía mercantil que oprime y subyuga las Indias Orientales.

Tenemos, pues, que de la misma manera que la remuneración generosa del trabajo es la consecuencia necesaria del crecimiento de la riqueza nacional, es asimismo el síntoma lógico de la misma. Y, por otro lado, la escasez de elementos de subsistencia de los trabajadores pobres viene a ser el síntoma lógico de que las cosas se encuentran en un estado estacionario; y la situación de hambre de esos mismos trabajadores el síntoma de que las cosas siguen un ritmo rápido de retroceso.

En nuestros tiempos, y en la Gran Bretaña, parece que los salarios de la mano de obra son, evidentemente superiores a lo estrictamente necesario para permitir al trabajador criar una familia. No es preciso que para convencernos de ello entremos en cálculos aburridos y dudosos de cuál puede ser la cantidad mínima con la que es posible conseguir tal cosa. Existen muchos síntomas evidentes de que los salarios de la mano de obra no se encuentran en ninguna parte de este país regulados por la tarifa mínima compatible con los sentimientos corrientes de humanidad.

En primer lugar, existe en casi todas las regiones de la Gran Bretaña, incluso para la más baja categoría de mano de obra, una diferencia entre los salarios de verano y los de invierno. Los de verano son siempre más elevados. Pero la manutención de una familia es mucho más costosa en invierno, debido al gasto extraordinario que hay que hacer en combustible. Si, pues, los jornales son más elevados cuando los gastos son menores, resulta evidente que no son regulados por lo que es estrictamente necesario para cubrir semejante gasto, sino por la cantidad y por el valor que se supone a la obra realizada. Claro que puede decirse que el trabajador debería ahorrar una parte de sus salarios veraniegos para hacer frente a sus gastos invernales, y que los salarios del total del año no sobrepasan a lo que se necesita para mantener a su familia a lo largo del mismo. Sin embargo, no sería ése el trato que daríamos a un esclavo o a quien dependiese por completo de nosotros para su manutención inmediata. Ésta sería dispuesta cotidianamente, de manera que resultase proporcional a sus necesidades diarias.

En segundo lugar, los salarios de la mano de obra no fluctúan en la Gran Bretaña de acuerdo con el precio de los artículos de alimentación, que varían en todas partes de un año a otro, y con frecuencia de un mes a otro. Pero hay muchos lugares en donde el precio en dinero de la mano de obra permanece idéntico de una manera uniforme hasta en un periodo continuo de medio siglo. Por consiguiente, si los trabajadores pobres son capaces en esos lugares de mantener a sus familias en los años caros, tendrán que vivir con holgura en las épocas de moderada abundancia, y vivirán con gran acomodo en las de extraordinaria baratura. El elevado precio de los artículos de alimentación durante los diez últimos años no se ha visto seguido, en muchas regiones del reino, de ningún alza perceptible en el precio en dinero de la mano de obra. En algunas, desde luego, ha ocurrido eso, y se debió, probablemente, más que al precio

de los artículos alimenticios a un aumento de la demanda de mano de obra.

En tercer lugar, así como el precio de los artículos de alimentación varía de un año a otro más que los salarios de la mano de obra, éstos, por el contrario, varían más de un lugar a otro que el precio de los artículos de alimentación. Los precios del pan y de la carne en la carnicería son, por lo general, idénticos o casi idénticos en la mayor parte del Reino Unido. Éstos y muchos otros artículos que se venden al detalle que es como los trabajadores pobres lo compran todo, son, en general, tan baratos o más en las grandes ciudades que en las regiones apartadas del país, y eso por razones que más adelante he de tener ocasión de explicar. Sin embargo, los salarios de la mano de obra son en una gran ciudad y en sus inmediatos alrededores, frecuentemente una cuarta o una quinta parte, veinte o veinticinco por cien más elevados que a pocas millas de distancia. El precio corriente de la mano de obra en Londres y en sus alrededores puede calcularse en 18 peniques al día. A pocas millas de distancia, desciende a catorce y quince peniques. En Edimburgo y sus alrededores puede calcularse en diez peniques. A unas pocas millas de distancia desciende a ocho peniques, que es el precio corriente de los jornales comunes a través de la mayor parte de la región baja de Escocia, donde varía mucho menos que en Inglaterra. Una diferencia tal de precios del trabajo que no ofrece al parecer incentivo suficiente para llevar a un hombre de una a otra parroquia, basta para que se verifique el transporte de las mercancías más voluminosas no sólo de una parroquia a otra, sino de un extremo al otro del reino, y hasta del uno al otro confín del mundo, eliminándose así casi todas las discrepancias de precios. A pesar de todo lo que se ha dicho de la inconstancia y ligereza de la naturaleza humana, no hay nada más difícil de mover que el hombre. Si, pues, los trabajadores pobres son capaces de mantener a sus familias en aquellas regiones del reino en que el precio de la mano de obra es más bajo, por fuerza tienen que vivir con holgura en aquellas en las que ese precio es más elevado.

En cuarto lugar, las variaciones en el precio de la mano de obra no sólo no guardan relación ni en el espacio ni en el tiempo con las de los precios de los artículos alimenticios, sino que, con frecuencia, se dan de una manera totalmente opuesta.

El grano, que es el alimento de las clases humildes, es más caro en Escocia que en Inglaterra, de la que Escocia recibe casi todos los años suministros muy importantes. Pero el grano in-

glés tiene que venderse más caro en Escocia, país al que se lleva, que en Inglaterra, país del que procede; y no puede venderse, a calidad igual, más caro en Escocia que el grano escocés que acude al mismo mercado en competencia con aquél. Tratándose de cereales, la calidad del grano depende sobre todo de la cantidad de harina que produce en el molino, y el grano inglés es en este punto tan superior al de Escocia que, a pesar de ser con frecuencia más caro aparentemente, o sea, en proporción a la medida de su volumen, resulta por lo general de una mayor baratura real, es decir, en proporción a su calidad, e incluso a la medida de su peso. Por el contrario, el precio de la mano de obra es más caro en Inglaterra que en Escocia. Tenemos, pues, que si los trabajadores pobres pueden mantener a sus familias en una de esas partes del Reino Unido, por fuerza habrán de vivir con gran holgura en la otra. La parte mayor y mejor de la alimentación de la gente del pueblo en Escocia se la proporciona, sin duda, la harina de avena, y es por lo general un alimento muy inferior al que emplean los obreros de la misma categoría en Inglaterra. Sin embargo, esta diferencia en los artículos de manutención no es la causa, sino el efecto, de la diferencia existente entre sus salarios; aunque, por un extraño error, yo he oído decir con frecuencia que es la causa. No es rico un hombre porque viaja en coche, y más pobre su convecino que camina a pie, sino que el uno mantiene coche porque es rico, y el otro camina a pie porque es pobre.

Un año con otro, el grano fue durante el transcurso del último siglo más caro en ambas partes del Reino Unido que en el transcurso del siglo actual. Éste es un hecho del que hoy nadie puede dudar razonablemente; y la prueba del mismo es todavía más decisiva, si ello es posible, por lo que se refiere a Escocia que por lo que se refiere a Inglaterra. En apoyo de esta afirmación existe en Escocia la prueba de las valoraciones públicas anuales hechas bajo juramento, de acuerdo con la situación real de los mercados de las diferentes clases de cereales en los distintos condados de Escocia.

Si prueba tan directa necesitase ser confirmada por alguna otra prueba colateral, yo haría notar que lo mismo ocurrió en Francia, y, probablemente, en otras muchas partes de Europa. Tenemos por lo que respecta a Francia la prueba más clara. Pero, si bien es cierto que en las dos partes del Reino Unido fue el grano algo más caro en el siglo pasado que en el presente, es igualmente cierto que la mano de obra fue mucho

más barata. Por consiguiente, si los trabajadores pobres pudieron entonces criar sus familias, en la actualidad podrán hacerlo forzosamente con mayor holgura. Los jornales más corrientes de la mano de obra ordinaria fueron durante el siglo pasado en Escocia seis peniques en verano y cinco en invierno. Con muy pequeña diferencia sigue pagándose idéntico precio, tres chelines a la semana, en algunas partes de las tierras altas y en las Islas Occidentales. En la mayor parte de las tierras bajas el salario más corriente para la mano de obra ordinaria es en la actualidad ocho peniques al día; diez peniques, en ocasiones un chelín alrededor de Edimburgo, en los condados que lindan con Inglaterra, probablemente debido a esa vecindad, y en algunos otros lugares en los que ha habido durante los últimos tiempos un aumento considerable en la demanda de mano de obra, en Glasgow, Carron, Ayrshire, etcétera. El progreso de la agricultura, de las distintas industrias y del comercio empezó en Inglaterra mucho antes que en Escocia. A la par de esos adelantos tuvo necesariamente que aumentar la demanda de mano de obra, y por consiguiente, su precio. Por esta razón los salarios de la mano de obra fueron durante el siglo pasado, lo mismo que en el actual, más elevados en Inglaterra que en Escocia. También han aumentado considerablemente desde entonces, aunque, debido a la mayor variedad de salarios pagados allí en los distintos lugares, es más difícil fijar la cifra de esos aumentos. El año 1614, la paga del soldado de infantería era la misma que en la actualidad, ocho peniques al día. Como es natural, cuando se fijó por primera vez la paga, ésta se regularía por los salarios corrientes de los trabajadores ordinarios, que constituyen la categoría social de que por lo general salen los soldados de infantería. Lord Hales Justicia mayor, que escribió en tiempos de Carlos II, calcula el gasto necesario de la familia de un obrero integrada por seis personas, el padre y la madre, dos hijos capaces de trabajar algo y dos incapaces de hacerlo, en diez chelines a la semana, o sea, veintiséis libras al año. Supone él que si no lo consiguen con su trabajo, tendrán que proporcionárselo bien sea mendigando, bien sea robando. Da la impresión de haber estudiado muy detenidamente el tema. El año 1688, el señor Gregory King, cuya habilidad en aritmética política tanto elogia el doctor Davenant, calculó que el ingreso ordinario de los trabajadores y de los criados que vivían fuera de casa era de quince libras al año por familia, y suponía que ésta estaba integrada por tres personas y media, por término medio. Sin embargo, aunque su cálculo parece diferir en apa-

riencia del que hace el Justicia mayor Lord Nalles, la realidad es que en el fondo está muy cerca de coincidir. Ambos suponen que el gasto semanal de tales familias andaba alrededor de los veinte chelines por persona. De entonces acá y en la mayor parte del reino, tanto los ingresos pecuniarios como los gastos de tales familias han aumentado considerablemente; en unos lugares más, y en otros lugares menos; aunque quizá en ninguna parte tanto como ciertos datos exagerados acerca de los jornales actuales han querido hacer ver al público últimamente. El precio de la mano de obra no puede ser calculado con gran exactitud en ninguna parte, téngase presente, porque con frecuencia se pagan en los mismos lugares y por la misma clase de trabajo precios distintos, no sólo según la diferencia en la habilidad de los obreros, sino también de acuerdo con la mayor o menor generosidad o dureza de los amos. Allí donde los salarios no están regulados por la ley, sólo podemos pretender señalar los que son más corrientes; y la experiencia parece enseñarnos que la ley no puede nunca regularlos debidamente, a pesar de que con frecuencia haya intentado hacerlo.

Quizá en el transcurso del siglo actual haya aumentado, en proporción todavía mayor que su precio en dinero, la recompensa real de la mano de obra, es decir, la cantidad real de artículos necesarios y convenientes para la vida que con ella puede conseguir el trabajador. No solamente se ha abaratado algo el grano; muchísimas otras cosas, de las que los trabajadores pobres se procuran una agradable y saludable variedad de alimentos, son hoy mucho más baratas. Las patatas, por ejemplo, no cuestan hoy en casi todo el reino la mitad del precio que solían costar hará treinta o cuarenta años. Lo mismo puede decirse de los nabos, zanahorias y repollos; cosas todas ellas que antiguamente no se cultivaban sino con la azada, pero que hoy se cultivan corrientemente empleando el arado. También se han abaratado mucho toda clase de productos de huerta. La mayor parte de las manzanas e incluso de las cebollas que se consumían en la Gran Bretaña importábanse el siglo pasado de Flandes. Los grandes progresos realizados en la fabricación de las clases más ordinarias de lienzos y de paños proveen a los trabajadores de ropa más barata y mejor; y de instrumentos del oficio más baratos y mejores a los que trabajan en las industrias de metales más ordinarios, así como también de mobiliario más grato y conveniente. Es cierto que el jabón, la sal, las velas, el cuero y los licores fermentados se han encarecido mucho, debido principalmente a los impuestos con que han sido

gravados. Pero téngase en cuenta que la cantidad de los mismos que los trabajadores pobres necesitan consumir es tan pequeña, que el aumento de su precio no compensa la disminución en el de tantas otras cosas. La queja corriente de que el lujo se va extendiendo incluso hasta las categorías más bajas del pueblo y de que los trabajadores pobres no se conforman ahora con los mismos alimentos, ropas y habitaciones con que se conformaban antaño, podrá convencernos de que no es únicamente el precio en dinero del trabajo lo que ha aumentado, sino también su recompensa real.

¿Hay que mirar como una ventaja o como un inconveniente para la sociedad esta mejora en las condiciones de vida de las clases más bajas del pueblo? La contestación parece a primera vista considerablemente clara. Los criados, los labradores y los obreros de las distintas clases componen con mucho la parte mayor de toda gran sociedad política, y lo que redunda en mejora de la parte mayor no puede nunca ser considerado como un inconveniente para el todo. Desde luego, no puede existir sociedad próspera y feliz cuya parte mayor de miembros integrantes sea pobre y miserable. Es, además, pura justicia que quienes alimentan, visten y proporcionan habitación al organismo total del pueblo, reciban una parte de los productos de su propio trabajo que les permita a ellos mismos alimentarse, vestirse y cobijarse regularmente bien.

Aunque sin duda la pobreza retrae del matrimonio, no siempre impide contraerlo. Parece incluso que favorece la procreación. Es frecuente que mujeres medio hambrientas de las tierras altas den a luz más de veinte hijos, mientras que ciertas damas elegantes y mimadas son con frecuencia incapaces de procrear ninguno, y por lo general quedan agotadas después de dos o de tres. La esterilidad, tan frecuente entre las mujeres elegantes, es muy rara entre las de condición inferior. Aunque quizá el lujo encienda el afán de goces, se diría que en el bello sexo debilita siempre, y con frecuencia destruye por completo la capacidad de procrear.

Pero aunque la pobreza no impide la procreación, es sumamente desfavorable para la crianza de los hijos. La tierna planta nace, pero en un suelo tan frío y en un clima tan crudo, que no tarda en agostarse y morir. Me han informado que no es cosa fuera de lo corriente en las tierras altas de Escocia que a una madre que ha dado a luz veinte hijos no le queden sino dos con vida. Varios oficiales de gran experiencia me han asegurado que, lejos de reclutar allí su regimiento, no lograron

nunca proveerlo de tambores y pífanos con los hijos de soldados nacidos en esa región. Sin embargo, rara vez se ve en ninguna parte tan gran cantidad de magníficos muchachos como en los alrededores de un cuartel de soldados. Según parece, muy pocos muchachos llegan a la edad de trece o catorce años. Hay lugares en los que la mitad de los nacidos mueren antes de cumplir los cuatro años; en muchos lugares, antes de los siete; y en la mayor parte de los sitios, antes que tengan nueve o diez años de edad. Sin embargo, esta gran mortalidad se encontrará por todas partes únicamente entre los hijos de la gente del pueblo, que no puede permitirse atenderlos con el mismo cuidado que las clases más acomodadas. Aunque los matrimonios de los pobres son por lo general más fecundos que los de la gente elegante, sólo una proporción menor de aquéllos llega a la edad madura. En las casas para niños expósitos, y entre los que son criados por las instituciones parroquiales de caridad, la mortalidad es mayor todavía que entre los niños del pueblo bajo.

Todas las especies de animales se multiplican naturalmente en proporción a sus medios de subsistencia, y ninguna puede multiplicarse sobrepasándolos. Pero en una sociedad civilizada, la escasez de los medios de subsistencia sólo puede poner límites a una mayor multiplicación de la especie humana entre las clases inferiores del pueblo; y no puede hacerlo de otra manera que destruyendo una gran parte de los hijos que producen sus fecundos matrimonios.

El recompensar de un modo liberal la mano de obra tiende naturalmente a ampliar y alejar esos límites, permitiendo a esos matrimonios atender mejor a la subsistencia de sus hijos, y por consiguiente criar un número mayor. Es digno también de notarse, que eso lo realiza la naturaleza acercándose todo lo posible a la proporción que exige la demanda de la mano de obra. Si esta demanda crece de una manera constante, el premio de la mano de obra estimulará forzosamente los matrimonios y la multiplicación de los trabajadores, de manera que les permita abastecer constantemente la creciente demanda por medio del crecimiento constante de la población. Si el premio fuese en algún momento inferior a lo que se requiere para cumplir esa finalidad, muy pronto surgiría la escasez de mano de obra; y si en algún momento fuese superior, su excesiva multiplicación lo haría descender pronto al tipo necesario. En uno de esos casos el mercado se encontraría tan desabastecido de trabajo, y tan superabastecido en el otro, que obligaría pronto a dar mar-

cha atrás en su precio hasta el punto conveniente que las condiciones de la sociedad exigen. Así es como, igual que si se tratase de cualquier otro artículo, la demanda de hombres regula de una manera fatal la producción de hombres; la acelera cuando marcha con demasiada lentitud, y la detiene cuando avanza con excesiva rapidez. En esta demanda la que regula y decide el estado de propagación en todos los países del mundo, en Norteamérica, en Europa y en China; es la que al principio la hace que progrese rápidamente, después la convierte en lenta y gradual y, por último, la detiene por completo.

Se ha dicho que el rebajamiento en el estado físico del esclavo se realiza a expensas de su amo; pero que el del servidor doméstico libre se realiza a expensas de ese mismo. Sin embargo, y en realidad, el desgaste físico de este último se realiza tan a expensas de su amo como el del esclavo. Los salarios pagados a los jornaleros y criados de toda clase tienen que ser tales que les permitan, uno con otro, prolongar la raza de los jornaleros y de los criados, en proporción a lo que requiera en un momento dado la demanda creciente, decreciente o estacionaria de la sociedad. Pero, aunque el desgaste físico de un servidor libre recaiga también sobre su amo, le cuesta generalmente mucho menos que el del esclavo. El fondo destinado a la sustitución o a la reparación, si es que se puede hablar así, del esclavo que sufre el desgaste físico, suele por lo común ser administrado por un amo negligente o por un capataz despreocupado. El fondo destinado a desempeñar ese mismo papel con relación al hombre libre, lo administra este mismo. Los mismos desórdenes de que adolece por lo general la economía de los ricos, suelen naturalmente introducirse en su administración de los esclavos. La estricta frugalidad y el cuidado minucioso de los pobres rigen también naturalmente la administración de ese fondo en lo que respecta al hombre libre. Una misma finalidad, sometida a una administración tan distinta, exigirá por fuerza una cuantía distinta de gastos para ponerla en obra. Resulta por ello, y yo creo que lo demuestra la experiencia de todas las épocas y naciones, que el trabajo realizado por hombres libres acaba siendo más barato que el realizado por esclavos. Así ha podido comprobarse hasta en Boston, Nueva York y Filadelfia, lugares en que son elevadísimos los salarios del trabajador corriente.

Tenemos, pues, que así como el recompensar de manera liberal la mano de obra es un efecto del crecimiento de la riqueza, es también la causa del crecimiento de la población. Lamen-

tarse de esa liberalidad equivale a lamentarse del efecto forzoso y de la causa de la más grande prosperidad pública.

Merece, quizá, hacer notar que es en esta situación progresiva en que la sociedad avanza hacia nuevas adquisiciones, más bien que una vez que ha conseguido la plenitud de sus riquezas, cuando la situación de los trabajadores pobres, del gran conjunto del pueblo, parece ser más feliz y tener mayor número de comodidades que en ninguna otra. Esa situación es dura en el estado de estacionamiento, y llena de penurias en el de decadencia. En realidad, el estado de progreso es para las distintas categorías de la sociedad aquel en que reinan la alegría y la abundancia. El estado de estacionamiento es desvaído, y melancólico el de decadencia.

De la misma manera que el recompensar con liberalidad la mano de obra estimula la procreación, aumenta la industriosidad del común de las gentes. Los salarios de la mano de obra constituyen el estímulo de la actividad, y ésta, al igual que todas las demás cualidades humanas, mejora en proporción al estímulo que recibe. Una manutención abundante acrecienta la energía física del trabajador, y la confortadora esperanza de mejorar su condición y de acabar tal vez sus días en la holgura y en la abundancia, le da ánimos para poner esa energía en tensión hasta el máximo. Allí donde los salarios son elevados, encontraremos por consiguiente que los trabajadores son siempre más activos, más diligentes y más expeditivos que en los lugares en los que los salarios son bajos; en Inglaterra, por ejemplo, más que en Escocia; en las grandes ciudades y sus alrededores, más que en los apartados pueblos del campo. Habrá desde luego algunos obreros que, si ganan en cuatro días lo suficiente para mantenerse durante toda la semana, holgazanearán en los otros tres. Pero éste no es en modo alguno el caso de la mayor parte. Al contrario, cuando los trabajadores se encuentran pagados liberalmente a destajo, tienen tendencia a excederse en el trabajo, y a estropearse en pocos años la salud y el organismo. En Londres y en algunos otros lugares se calcula que un carpintero no conserva el máximo de su vigor físico arriba de ocho años. Algo por el mismo estilo ocurre en otros muchos oficios, en los que se paga a los obreros a destajo; y esto ocurre por lo general en las industrias, e incluso en las labores del campo, siempre que los salarios son superiores a lo corriente. Casi no existe clase de artesanos que no se halle sujeta a alguna incapacidad característica, nacida de una aplicación excesiva a su clase de trabajo especial. Un eminente médico ita-

liano, Ramuzzini, ha escrito un libro especial relativo a tales enfermedades. Nosotros no tenemos a nuestros soldados por la clase de hombres más activa de nuestro país. Sin embargo, cuando a los soldados se los emplea en ciertas clases especiales de trabajo y se les paga a destajo, se ha dado con frecuencia el caso de que sus oficiales estipulasen con el empresario que éste no les permitiría ganar más que cierta cantidad determinada de dinero al día, de acuerdo con la tarifa a que se les pagaba. Hasta que se aplicó esa condición, la mutua rivalidad y el deseo de mayores ganancias los impulsaron con frecuencia a excederse en el trabajo, y a perjudicar su salud con una tarea desproporcionada. Con frecuencia es el haber trabajado con exceso durante cuatro días de la semana la causa verdadera de la holgazanería durante los otros tres, que ha dado motivo a tantas y tan ruidosas quejas. Un trabajo intenso, ya sea mental, ya sea corporal, prolongado durante varios días seguidos, suele en muchas personas dejar paso a un gran afán de distensión, que, cuando no se ve contenido a la fuerza o por alguna enérgica necesidad, resulta casi irresistible. Es ésa una llamada de la naturaleza, que exige que se la alivie, unas veces entregándose únicamente al descanso, pero otras entregándose también a la disipación y a las diversiones. Si no se accede a esa llamada, las consecuencias son con frecuencia peligrosas, y en ocasiones fatales, acarreando casi siempre y más pronto o más tarde esa invalidez característica de la profesión. Si los patronos prestasen siempre oídos a los dictados de la razón y de la humanidad, la verdad es que tendrían con frecuencia oportunidad de frenar, más bien que de espolear, la laboriosidad de muchos de sus obreros. Yo creo que se puede comprobar en todas las profesiones que el hombre que trabaja con la moderación que ha de permitirle trabajar de manera ininterrumpida, no sólo conserva su salud por más tiempo, sino que, en el transcurso del año, realiza la máxima cantidad de obra.

Hay quien ha afirmado que los obreros son por lo general más perezosos en los años de baratura, y más laboriosos en los años de carestía. De ahí se ha sacado la consecuencia de que una manutención abundante afloja su actividad, y que una manutención escasa la acelera. No puede dudarse de que una abundancia mayor que la corriente pueda quizá volver perezosos a algunos obreros; pero no parece muy probable que produzca ese efecto sobre la mayoría, ni que los hombres, en general, trabajen mejor cuando se encuentran mal alimentados que cuando lo están bien; cuando se sienten descorazonados que cuando se

hallan animosos, cuando caen enfermos con frecuencia que cuando gozan por lo general de buena salud. Es preciso observar que los años de carestía son por lo general entre la gente del pueblo años de enfermedad y de mortalidad, lo cual no puede menos de disminuir el producto de sus actividades.

En los años de abundancia, es frecuente que los servidores abandonen a sus amos, y confíen para su subsistencia en lo que ellos son capaces de llevar a cabo mediante su propia actividad. Pero esa misma baratura de los artículos de alimentación, al aumentar el fondo destinado a la manutención de los servidores, estimula a los amos, especialmente cuando éstos son granjeros, a emplear un número mayor. En tales circunstancias, los granjeros calculan conseguir un beneficio mayor de sus cereales manteniendo unos pocos trabajadores más, que no vendiéndolos en el mercado a precio bajo. Se incrementa la demanda de trabajadores, mientras que disminuye el número de los que se ofrecen a hacer frente a tal demanda. Es, pues, frecuente que se encarezca el precio de la mano de obra en los años de baratura.

En los años de escasez, esa misma clase de personas siente afán de volver a colocarse con los amos, debido a la dificultad y a la incertidumbre de substituir. Pero el alto precio de los artículos alimenticios, al achicar los fondos destinados a la manutención de los servidores, predispone a los amos a disminuir, y no a aumentar, el número de los que ya tienen. Ocurre también en los años de carestía que los trabajadores pobres independientes agotan las pequeñas reservas con las que acostumbraban a proveerse de materias primas para su obra, y se ven obligados a convertirse en jornaleros, si quieren subsistir. Busca empleo una cantidad de personas superior a la que puede obtenerlo con facilidad; son muchos los que se muestran dispuestos a colocarse en condiciones inferiores a las corrientes, y por ello es frecuente que los salarios de criados y de jornaleros se derrumben en los años de carestía.

Por ello es frecuente que los amos, en todas sus categorías, consigan arreglos con sus servidores más ventajosos en los años de carestía que en los de baratura, y que encuentren a esos servidores más humildes y sometidos en aquellos años que en estos últimos. Como es natural, los amos recomiendan la carestía como más favorable para la industria. Los terratenientes y granjeros, que forman dos de las clases más numerosas de amos, tienen además otra razón para que los años de carestía sean más de su agrado. Las rentas de los terratenientes y los

beneficios de los granjeros dependen mucho del precio que tienen los artículos alimenticios. Sin embargo, nada puede ser más absurdo que el imaginar que, en términos generales, los hombres trabajan menos cuando lo hacen para sí mismos, que cuando lo hacen en beneficio de otras personas. Un trabajador pobre independiente es generalmente más activo incluso que un asalariado que trabaja a destajo. El uno se beneficia del producto íntegro de su propia actividad; el otro la comparte con su amo. El uno, en su situación aislada e independiente, se halla menos expuesto a las tentaciones de las malas compañías, que son las que echan a perder con frecuencia en las grandes fábricas la sana moral de los demás. Es probable que resulte todavía más la superioridad del trabajador independiente en relación con los servidores alquilados por meses o por años y cuyos salarios y manutención son idénticos lo mismo si trabajan mucho que si trabajan poco. Los años de baratura tienden a incrementar la proporción de obreros independientes en relación con el número de jornaleros y de servidores de todas clases, y los años de carestía tienden a disminuirla.

El señor Messance, autor francés de gran sabiduría e ingenio, síndico de comprobaciones en la elección de St. Etienne, intenta hacer ver que los pobres realizan una cantidad de trabajo superior en los años de baratura que en los de carestía, y para ello compara la cantidad y el valor de los artículos fabricados durante tres años distintos en tres industrias distintas; una de paños ordinarios que funcionaba en Elbeuf; otra de lienzos, y una tercera de sedas, ambas de funcionamiento general en Rouen. De sus datos, extraídos de los archivos de las oficinas públicas, resulta que la cantidad y el valor de los artículos fabricados en esas tres industrias ha sido, en general, mayor en los años de baratura que en los años de carestía; y que esas cantidades fueron tanto mayores cuanto mayor fue la baratura, y tanto menores cuanto fue mayor la carestía de dichos años. Parece que se trata de industrias que se encuentran en un estado estacionario, es decir, que si bien su producción puede variar algo de un año a otro, en conjunto ni progresan ni retroceden.

La industria de lienzos en Escocia, y la de paños ordinarios en la división del oeste del Yorkshire, son industrias en crecimiento, de aquellas cuya producción, a pesar de sufrir algunas variantes, está creciendo en términos generales tanto por lo que respecta a la cantidad como el valor. Sin embargo, examinando las cifras publicadas de su producción anual, yo no he conseguido descubrir que esas variaciones tengan ninguna conexión

importante con la carestía o la baratura de las épocas. Ambas industrias parece, desde luego, que hubieran decaído mucho el año 1740, que fue de gran escasez. Pero la industria escocesa realizó progresos más que ordinarios el año 1756, que lo fue también de gran escasez. Sin duda, la industria del Yorkshire decayó después de la derogación de la ley americana del timbre, y su producción no volvió a ser, hasta el año 1766, la misma que era en 1755. En éste y en el año siguiente esa producción superó con mucho a todo lo que había sido hasta entonces, y no ha cesado hasta ahora de aumentar.

La producción de todas las grandes industrias que trabajan para mercados lejanos tiene por fuerza que depender más de las circunstancias que influyen en la demanda de los países consumidores de sus productos que de las variaciones estacionales de precios en los países en que se hallan establecidas; es decir, de que reine la paz o la guerra, la prosperidad o la decadencia de otras industrias rivales y del estado de buen o mal humor de sus principales clientes. Además, una gran cantidad de la obra extraordinaria que probablemente se realiza en los años de baratura no pasa nunca a los registros públicos de las distintas industrias. Los criados varones que abandonan a sus amos se convierten en obreros independientes. Las criadas vuelven a la casa de sus padres, y lo corriente es que se dediquen a hilar con objeto de fabricar prendas de ropa para ellas y para sus familias. Incluso los obreros independientes, no siempre trabajan para vender al público, sino que algunos convecinos suyos los emplean en la fabricación de artículos para uso familiar. Por consiguiente, ocurre con frecuencia que el producto de su trabajo no figure en los registros públicos cuyos datos se publican a veces con tanta prosopopeya, y de los que nuestros mercaderes e industriales pretenden vanamente servirse para dar a conocer la prosperidad o la decadencia de los más grandes imperios.

Aunque las variaciones en el precio de la mano de obra no correspondan siempre a las de los precios de los artículos alimenticios, siendo incluso con frecuencia totalmente contrarias, no por eso debemos imaginar que el precio de los alimentos no influye en el de la mano de obra. Dos son las circunstancias que regulan forzosamente el precio en dinero de ésta; la demanda de la misma, y el precio de los artículos necesarios o convenientes para la vida. La demanda de mano de obra determina la cantidad de los artículos necesarios o convenientes para la vida que deben ser entregados al trabajador según que esa de-

manda atraviese un periodo de crecimiento, de estacionamiento, o de decadencia, o según que exija una población creciente, estacionaria, o en estado de decadencia, y el precio en dinero de la mano de obra está determinado por la suma precisa para comprar dicha cantidad. Por consiguiente, aunque en ocasiones el precio en dinero de la mano de obra sea alto allí donde el precio de los artículos alimenticios es bajo, aquél sería todavía más alto si la demanda continuase siendo la misma y el precio de las vituallas fuese elevado.

Es precisamente porque la demanda de mano de obra se incrementa en los años de súbita y extraordinaria abundancia, y disminuye en los de súbita y extraordinaria penuria, por lo que el precio en dinero de la misma sufre a veces un alza en aquéllos, y una baja en estos últimos.

En años de abundancia súbita y extraordinaria, muchos de los patronos de industrias tienen en sus manos fondos suficientes para mantener e incluso para emplear un número mayor de gente trabajadora que el que habían empleado el año anterior; y no siempre es posible obtener ese número extraordinario. Por tanto, los patronos que necesitan más obreros, se los disputan ofreciéndoles mejores condiciones, y ello acarrea en ocasiones un aumento del precio real y del precio en dinero de la mano de obra.

Lo contrario de esto ocurre en los años de súbita y extraordinaria escasez. Los fondos destinados a dar empleo a las actividades de los obreros son inferiores a lo que eran el año anterior. Gran número de personas son despedidas de sus empleos, y éstas se ofrecen a porfía para conseguir trabajo, lo cual acarrea en ocasiones una baja tanto en el precio real como en el precio en dinero de la mano de obra. El año 1740, que fue de escasez extraordinaria, fueron muchas las personas dispuestas a trabajar por lo estrictamente necesario para su subsistencia. En los años de abundancia que vinieron después, resultó más difícil el conseguir jornaleros y criados.

La escasez de un año de precios altos, al disminuir la demanda de mano de obra, tiende a abaratar su precio, lo mismo que el precio elevado de los alimentos tiende a hacerlo subir. La abundancia de un año de precios baratos, por el contrario, al incrementar la demanda, tiende a elevar el precio de la mano de obra, de la misma manera que la baratura de los artículos alimenticios tiende a hacerlo disminuir. Estas dos causas opuestas la una a la otra parecen compensarse mutuamente en las variaciones comunes del precio de los artículos alimenticios, y proba-

blemente en ello estriba, en parte, la razón de que los salarios de la mano de obra sean en todas partes mucho más estables y firmes que el precio de los artículos alimenticios.

El aumento de los salarios acarrea necesariamente el del precio de muchos artículos, incrementando aquella parte del mismo que se resuelve en salarios, y de esa manera tiende a disminuir su consumo, tanto en el interior del país como en el exterior. Sin embargo, la misma causa que incrementa los salarios, es decir, el aumento de capital, tiende a incrementar la capacidad productora que éste tiene y a contribuir a que una cantidad menor de mano de obra produzca una cantidad mayor de artículos. El propietario de capital que da empleo a un gran número de trabajadores, esfuérzase, necesariamente, en beneficio propio, en dividir y distribuir debidamente el trabajo, a fin de que los trabajadores se hallen en condiciones de producir la mayor cantidad posible de productos. Por la misma razón, trata de proporcionarles la mejor maquinaria que él o ellos pueden desear. Lo que ocurre entre los obreros de un determinado taller, tiene por idéntica razón lugar entre todos los de una gran colectividad. Cuanto mayor sea su número, más se dividen, naturalmente, en distintas clases y subdivisiones de trabajo. El número de mentes que se ocupa en inventar maquinaria de la clase más conveniente para ejecutar el trabajo de cada una de ellas es mayor, y, por consiguiente, es más probable que realicen esos inventos. Tenemos, pues, que existen muchos artículos que, a consecuencia de tales mejoras, llegan a producirse con una cantidad de mano de obra tan inferior a la de antes, que el aumento del precio de la misma se compensa con creces mediante la disminución que sufre en su cantidad total.

Capítulo IX: Beneficios del capital

El alza o la baja en los beneficios del capital dependen de las mismas causas que el alza o la baja de los salarios de la mano de obra, es decir, del estado de aumento o disminución de la riqueza de la sociedad; pero dichas causas influyen de manera muy distinta en un caso que en el otro.

El aumento de capital, que hace subir los salarios, tiende a hacer bajar los beneficios. Cuando muchos comerciantes ricos ponen sus capitales en la misma industria, la mutua competencia que se hacen tiende, como es natural, a disminuir sus beneficios; y cuando tiene lugar un acrecentamiento similar de capital en las distintas industrias que funcionan en una misma

sociedad, esa competencia produce necesariamente idéntico efecto en todas ellas.

Siempre se ha hecho la observación de que no es fácil, por regla general, averiguar cuál es el promedio de los salarios de la mano de obra, ni siquiera en una población determinada y en un momento determinado. Incluso en un caso como ése, es raro que podamos determinar otra cosa que los salarios más corrientes. Pero ni aun esto puede la mayoría de las veces conseguirse en lo que se refiere a los beneficios del capital. El renglón de los beneficios es tan fluctuante, que no siempre la misma persona dedicada a una industria determinada es capaz de decir cuál es el promedio de sus beneficios anuales. Este promedio se ve afectado no solamente por todas las variaciones de precio en los artículos en que trata, sino también por la buena o mala suerte de sus rivales y de sus clientes, y por un millar de otros accidentes a que están expuestas los mercancías al ser transportadas por mar o por tierra, e incluso mientras se hallan almacenadas en un local. Por consiguiente, varía no sólo de un año a otro, sino también de un día a otro, y casi de una hora a otra. Todavía más difícil tiene que resultar la tarea de comprobar el promedio de los beneficios de las distintas industrias establecidas en un gran reino; y tiene que ser totalmente imposible formar juicio sobre lo que pudo ser ese promedio de beneficios en la antigüedad o en periodos lejanos de la historia, si queremos hacerlo con algún grado de precisión.

Pero, aunque quizá resulte imposible señalar con cierta exactitud el promedio de los beneficios del capital, ya se trate de tiempos actuales o de tiempos antiguos, sí que podemos conseguir cierta idea del mismo guiándonos por el interés del dinero. Puede establecerse como axioma que cuando es posible conseguir grandes beneficios mediante el empleo del dinero, se pagará de ordinario mucho a quien lo dé para que sea empleado, y que cuando es poco, se le pagará generalmente menos. Podemos, pues, de acuerdo con las variaciones que tenga en cada país el tipo de interés corriente en el mercado, estar seguros de que los beneficios corrientes del capital oscilan con ese tipo de interés, que bajan si éste baja, y suben si éste sube. De modo, por consiguiente, que la marcha del tipo de interés puede ayudarnos a formar una idea de la marcha de los beneficios.

La ordenanza 37ª de Enrique VIII declaró ilegal todo tipo de interés superior al diez por ciento. Según parece, se había cobrado con anterioridad, en ciertas ocasiones, un tipo más elevado. El fanatismo religioso prohibió durante el reinado de

Eduardo VI cobrar ninguna clase de intereses. Sin embargo, igual que todas las demás prohibiciones de esta misma clase, se dice que aquélla no produjo efecto alguno, y es probable que contribuyese a aumentar, más bien que a disminuir, los daños de la usura. Por la ordenanza 13ª del reinado de Isabel, capítulo VIII, fue resucitado el reglamento de Enrique VIII, y los tipos del ocho, cinco y diez por ciento siguieron siendo los legales hasta el año veintiuno del reinado de Jaime I, durante el cual fue reducido al ocho por ciento. Poco después de la restauración se redujo al seis por ciento, y por la ordenanza 12ª de la reina Ana, al cinco por ciento. Se tiene la impresión de que todas estas reglamentaciones gubernativas fueron hechas con gran oportunidad. Siguieron, y no se adelantaron, al tipo de interés del mercado o al tipo a que tomaban dinero prestado las personas que gozaban de crédito. A partir de los tiempos de la reina Ana, parece que el cinco por ciento hubiese estado más bien por encima que por debajo del tipo del mercado. Antes de la última guerra, el gobierno tomaba dinero prestado al tres por ciento, y las personas que gozaban de crédito en la capital y en otras muchas partes del reino, lo tomaban al tres y medio por ciento, al cuatro y al cuatro y medio por ciento.

Desde los tiempos de Enrique VIII, la riqueza y los ingresos del país venían aumentado continuamente, y parece que, en el curso de esos aumentos, su ritmo fue acelerándose gradualmente más bien que retardándose. No sólo progresaron, sino que progresaron cada vez más rápidamente. Durante ese mismo periodo, y en la mayor parte de las distintas ramas del comercio y de la industria, los salarios de la mano de obra crecieron constantemente y los beneficios del capital fueron disminuyendo.

Por lo general, el ejercitar cualquier industria en una gran ciudad, exige un capital mayor que el que se necesita en un pueblo campesino. El empleo de grandes capitales en cada una de las ramas de la industria y el comercio, y el gran número de competidores ricos, reduce, por lo general, los beneficios en las primeras a un tipo inferior al de los últimos. Pero los salarios de la mano de obra son, por lo general, más elevados en las grandes ciudades que en los pueblos rurales. En las ciudades florecientes, las personas que disponen de grandes capitales para emplear, no consiguen frecuentemente el número de trabajadores que necesitan, y por ello compiten unas con otras para conseguir todos los que les es posible; esto eleva los salarios y disminuye los beneficios del capital. En las regiones apartadas del país se carece con frecuencia del capital necesario para dar ocupación

a todas las personas, y por ello éstas rivalizan entre sí para conseguir trabajo, con lo que disminuyen los salarios y se elevan los beneficios del capital.

Aunque el tipo legal del interés viene a ser en Escocia idéntico que en Inglaterra, el tipo de interés que rige en el mercado es bastante más alto. Rara es allí la persona de crédito que consigue préstamos de dinero a un tipo inferior al cinco por ciento. En Edimburgo, hasta los banqueros particulares abonan un cuatro por ciento por sus vales o pagarés, cuyo abono total o parcial puede exigirse en cualquier momento. Los banqueros particulares de Londres no abonan interés alguno por el dinero que se deposita en sus Bancos. Pocas son las industrias que no puedan ser ejercitadas en Escocia con un capital más reducido que en Inglaterra. Por esa razón, el tipo corriente de beneficios tiene que ser algo más elevado. Los salarios de la mano de obra, según tenemos ya explicado, son más bajos en Escocia que en Inglaterra. También es aquel país mucho más pobre; pero el ritmo a que progresa hacia mejores condiciones, porque es evidente que progresa, parece ser mucho más lento y calmoso.

En Francia, y en el transcurso del siglo actual, no siempre el tipo legal del interés se ha regulado por el tipo del mercado. El interés fue reducido el año 1720 desde la vigésima a la quincuagésima parte de penique, es decir, del cinco al dos por ciento. En 1724 fue elevado a la trigésima parte del penique, es decir, al tres y medio por ciento. El año 1725 fue elevado otra vez a la vigésima parte de penique, es decir, al cinco por ciento. El 1766, durante la administración del señor Laverdy, fue reducido a una vigésima quinta parte del penique, es decir, al cuatro por ciento. El abate Terray volvió a levantarlo a su antiguo tipo del cinco por ciento. La finalidad que se proponían muchas de estas reducciones violentas del interés era la de preparar el camino para reducir el de las deudas públicas, propósito que ha sido realizado varias veces. Quizá en la actualidad no sea Francia un país tan rico como Inglaterra y, aunque el tipo legal del interés ha sido con frecuencia en Francia más bajo que en Inglaterra, el tipo del mercado fue, por lo general, más alto, porque en aquella nación, igual que en las demás, disponen de diversos métodos muy seguros y fáciles para burlar la ley. Mercaderes británicos que han comerciado en ambas naciones me aseguran que los beneficios son más elevados en Francia que en Inglaterra; sin duda por esto son muchos los súbditos británicos que prefieren emplear sus capitales en un país en el que el comercio está en desgracia, que en otro en que el comercio merece mucho respeto.

Los salarios de la mano de obra son más bajos en Francia que en Inglaterra. Cuando uno se traslada de Escocia a Inglaterra, basta la diferencia que se puede observar entre la manera de vestir y el porte de la clase baja en uno y otro país, para indicarnos la diferencia de situación en que se encuentra. Este contraste resulta mayor aun cuando se regresa de Francia. Aunque éste es, sin duda, un país más rico que Escocia, da la impresión de que no avanza con tanta rapidez. En Francia misma es creencia común e incluso popular que se encuentra en retroceso; según datos que tengo, esa opinión, que incluso por lo que respecta a Francia carece de fundamento, no puede ser sostenida por nadie en lo que se refiere a Escocia, si quien visita ahora este país lo visitó hace veinte o treinta años.

Por otra parte, Holanda es, en proporción a la extensión de su territorio y al número de sus habitantes, un país más rico que Inglaterra. El gobierno toma allí dinero prestado al dos por ciento, y los particulares de buen crédito lo toman al tres por ciento. Dícese que los salarios de la mano de obra son en Holanda más altos que en Inglaterra, y de todos es sabido que los holandeses comercian con beneficios más reducidos que ningún otro pueblo de Europa. Ha habido personas que sostuvieron que el comercio de Holanda se halla en decadencia, y quizá resulte eso verdad en algunas ramas concretas del mismo. Pero los síntomas parecen indicar con fuerza suficiente que no existe una decadencia general. Cuando los beneficios se reducen, los mercaderes son muy dados a lamentarse y a decir que el comercio decae; eso, a pesar de que la reducción de los beneficios es un efecto natural de su misma prosperidad, de que se emplea un capital mayor que antes. Durante la última guerra, los holandeses se apoderaron de todo el comercio de transportes de Francia y aún conservan una parte muy importante del mismo. Las grandes riquezas que poseen todavía en fondos franceses e ingleses (de estos últimos, según se dice, unos cuarenta millones, aunque yo sospecho que en esa afirmación existe un gran abultamiento); las grandes sumas que ellos prestan a particulares en los países donde el tipo de interés es más elevado que el suyo, son circunstancias que demuestran, sin duda alguna, la superabundancia de su capital, o que éste ha crecido hasta llegar a ser superior al que ellos pueden emplear con beneficio aceptable en los negocios de su mismo país; pero todo eso no demuestra que sus negocios hayan disminuido. De la misma manera que el capital de un particular, aunque adquirido en una sola industria, puede crecer hasta ser superior al que ese particular

es capaz de emplear y, sin embargo, la industria en cuestión sigue también incrementándose; una cosa parecida ocurre con el capital de una gran nación.

En nuestras colonias de Norteamérica y de las Indias Occidentales, no sólo los salarios de la mano de obra, sino también el interés del dinero y, en consecuencia, los beneficios del capital, son más elevados que en Inglaterra. Tanto el tipo legal del interés como el tipo del mercado, oscilan en las distintas colonias entre el seis y el ocho por ciento. Sin embargo, los altos salarios de la mano de obra y los altos beneficios del capital son cosas que quizá rara vez marchan a la par, excepto en las especiales circunstancias de las colonias nuevas. Una colonia nueva estará forzosamente durante algún tiempo más escasamente provista de capital, en proporción a la extensión de su territorio, y más escasamente poblada, en proporción a la amplitud de su capital, que la mayoría de los demás países. Poseen sus colonizadores una superficie de tierras superior al capital de que disponen para cultivarlas. El que tienen es, por tanto, aplicado únicamente al cultivo de las más fértiles y mejor situadas, es decir, de las próximas a la costa del mar y a las riberas de los ríos navegables. También ocurre que esa clase de tierras se compran frecuentemente a un precio inferior incluso al valor de sus productos naturales. El capital empleado en la compra y mejora de tales tierras rendirá por fuerza beneficios muy grandes, y podrá, en consecuencia, abonar intereses muy crecidos. Su rápida acumulación mediante un empleo tan provechoso permite al plantador aumentar el número de sus trabajadores con mayor rapidez de lo que es posible encontrar mano de obra en una colonia nueva. Por ello remunera con gran liberalidad a la que consigue procurarse. A medida que la colonia progresa, los beneficios del capital van disminuyendo gradualmente. Una vez ocupadas todas las tierras más fértiles y mejor situadas, el beneficio que se obtendrá mediante el cultivo de las que son inferiores en calidad y en situación disminuirá, y el interés que se podrá pagar al capital empleado en ellas será inferior. Por esa razón, tanto el tipo de interés legal como el del mercado se han visto considerablemente reducidos en la mayor parte de nuestras colonias en el transcurso del siglo actual. A medida que han crecido las riquezas, el bienestar y la población, el interés ha decaído. Los salarios no bajan al mismo tiempo que los beneficios del capital. La demanda de mano de obra aumenta con el acrecentamiento del capital, cualesquiera que sean los beneficios de éste; y cuando estos últimos han disminuido, el capital puede, no

obstante, seguir incrementándose, y puede hacerlo a un ritmo mucho más rápido que antes. Ocurre con las naciones industriosas que se hallan en una etapa de progreso en la adquisición de las riquezas, lo que con los individuos industriosos. Un capital grande puede, por lo general, incrementarse a un ritmo más rápido que un capital pequeño, a pesar de que los beneficios de aquél sean reducidos y los de este último sean grandes. Ya dice el proverbio que el dinero va al dinero. Es frecuentemente fácil, cuando uno consigue reunir un poco, reunir más. La gran dificultad estriba en reunir el primer poco. La relación que existe entre el acrecentamiento del capital y el de la industria, o el de la demanda de mano de obra útil, ha sido ya explicada parcialmente en este libro, pero la explicaré con mayor extensión más adelante, al tratar de la acumulación del capital.

La adquisición de nuevos territorios o de nuevas ramas del comercio puede en ocasiones aumentar los beneficios del capital y, junto con ellos, el interés del dinero, incluso en países que se encuentran en una etapa de progreso rápido en la adquisición de riquezas. Al no ser el capital del país suficiente para atender a la totalidad de los negocios que se presentan a las distintas personas entre las que se halla dividido, aplícase únicamente a aquellas ramas especiales que proporcionan el beneficio mayor. Una parte del que había sido previamente empleado en otras ramas de actividad, es forzosamente retirado de las mismas y dedicado a alguna de las nuevas que proporcionan mayores utilidades. Por consiguiente, en todas aquellas ramas antiguas la competencia es menor que antes. El mercado se verá menos abastecido de muchas clases de artículos. Su precio subirá necesariamente más o menos y proporcionará un beneficio mayor a cuantos comercian en dichos artículos; estos comerciantes podrán, por consiguiente, permitirse tomar en préstamo dinero a un tipo superior de interés. Por espacio de algún tiempo, después de la terminación de la última guerra, no sólo los particulares que gozaban del mejor crédito, sino también algunas de las compañías más importantes de Londres, tomaban corrientemente dinero al cinco por ciento, aunque estaban acostumbradas anteriormente a no pagar sino el cuatro y el cuatro y medio por ciento. La gran expansión de territorio y de actividades comerciales debida a nuestras adquisiciones en Norteamérica y en las Indias Occidentales bastan para explicar ese hecho, sin que haya que suponer disminución alguna en el capital de la sociedad. Un aflujo tan grande de negocios nuevos que habrán de desenvolverse con el capital antiguo, tiene por fuerza que

haber disminuido la cantidad empleada en un gran número de ramas del negocio, en las que, al ser menor la competencia, habrán tenido que ser mayores los beneficios. Tendré más adelante oportunidad de mencionar las razones que me predisponen a creer que el conjunto del capital de la Gran Bretaña no se vio disminuido ni siquiera por los gastos enormes de la última guerra. La disminución del capital total de la sociedad o de los fondos destinados al mantenimiento de la industria, sin embargo, eleva los beneficios de ese total y, por consiguiente, el interés del dinero, de la misma manera que rebaja los salarios de la mano de obra. Al disminuir éstos, los propietarios de la parte de ese capital que permanece todavía intacto en la sociedad pueden poner sus mercancías en el mercado con un gasto menor que antes, y al emplearse una cantidad menor de capital que antes en abastecer el mercado, pueden vender esas mercancías a un precio más caro. Les cuestan menos y obtienen por ellas más. Por consiguiente, al aumentarse sus beneficios en ambas direcciones, pueden muy bien pagar un interés elevado. Las grandes fortunas hechas de manera tan súbita y tan fácil en Bengala y las demás colonias inglesas de las Indias Orientales, pueden bastar para convencernos de que en esos países arruinados, los beneficios del capital son muy altos, de la misma manera que los salarios de la mano de obra son muy bajos. El interés del dinero lo es también proporcionalmente. En Bengala es frecuente que se preste el dinero a los granjeros al cuarenta, cincuenta y sesenta por ciento, hipotecando para el pago la cosecha venidera. De la misma manera que unos beneficios capaces de pagar semejante interés se han de tragar forzosamente casi la totalidad de la renta del terrateniente, también una usura semejante tiene, a su vez, que tragarse la parte mayor de tales beneficios. Según parece, una usura por ese estilo debió de ser cosa corriente antes de la caída de la República romana y bajo la ruinosa administración de sus procónsules en las provincias. El virtuoso Bruto prestó dinero en Chipre al cuarenta y ocho por ciento, según nos informan las cartas de Cicerón.

En un país que había llegado a la plenitud de las riquezas a que era posible llegar dada la naturaleza de su suelo y de su clima y a su situación con respecto a los demás países; es decir, en un país que ya no podía progresar más, pero que tampoco retrocedía, tanto los salarios de la mano de obra como los beneficios del capital eran probablemente muy bajos. En un país completamente poblado, en proporción a lo que la extensión de su territorio era capaz de sustentar o su capital era capaz de

dar empleo, la competencia por conseguirlo sería necesariamente tan viva que reduciría los salarios de la mano de obra a lo estrictamente necesario para mantener el nivel del número de trabajadores, y, al estar el país plenamente poblado, ese número no podía jamás aumentar. En un país plenamente provisto de capital en proporción a los negocios que puede realizar, sólo se invertirá en cada rama de esos negocios la cantidad de capital que la índole y la amplitud de la misma puedan admitir. Por consiguiente, la competencia sería en todas partes la mayor posible, y el beneficio corriente sería el más bajo posible.

Pero quizá no ha habido ningún país todavía que haya llegado a semejante grado de opulencia. Parece que China ha permanecido largo tiempo estacionaria, y es probable que hubiese adquirido desde mucho tiempo atrás la plenitud de riquezas compatible con la índole de sus leyes y de sus instituciones. Pero esta plenitud puede ser muy inferior a lo que la naturaleza de su suelo, el clima y su situación le habrían permitido alcanzar, si sus leyes e instituciones hubiesen sido otras. Un país que desdeña o abandona el comercio exterior y que sólo admite los navíos de las naciones extranjeras en uno o dos de sus puertos, no puede llevar a cabo la misma cantidad de negocios que pudiera conseguir con otras leyes e instituciones. Y también, en un país en el que, a pesar de que los ricos o los propietarios de grandes capitales gozan de gran seguridad, los pobres o los propietarios de capitales pequeños apenas si disfrutan de ninguna, sino que, por el contrario, y bajo simulación de justicia, están expuestos a ser despojados y saqueados en cualquier momento por los mandarines de categoría inferior, jamás la cantidad de capital empleado en las distintas ramas de la actividad desarrollada dentro del mismo puede ser igual a lo que la índole y la amplitud de esas actividades consentirían. En cada rama, la opresión del pobre tiene que establecer el monopolio de los ricos, y éstos, acaparando la totalidad del negocio, se hallan en situación de realizar beneficios grandísimos. En concordancia con eso, se dice que el interés corriente del dinero en China es el doce por ciento, y los beneficios del capital tienen que ser suficientes para permitir pagar un interés tan elevado.

Hay ocasiones en que un defecto en una ley puede elevar el tipo del interés muy por encima de lo que permitiría la situación del país en cuanto a riqueza o pobreza. Cuando la ley no impone el cumplimiento de los contratos, coloca a todos los prestatarios de dinero casi al mismo nivel que los quebrados, o que las personas de crédito dudoso en otros países mejor go-

bernados. La inseguridad de reembolsarse de su dinero hace que el prestatario exija el mismo interés usurario que es corriente exijir a los que se encuentran en la bancarrota. El cumplimiento de los contratos entre las naciones bárbaras que invadieron las provincias occidentales del Imperio romano quedó durante largas épocas a la buena fe de las partes contratantes. Rara vez se entremetían en esa cuestión los tribunales de justicia de sus reyes. El elevado tipo de interés que rigió en esos tiempos antiguos puede quizá explicarse en parte por esa causa.

Cuando la ley prohíbe cobrar ningún interés, nada consigue con ello. Son muchas las personas obligadas a tomar dinero en préstamo, y nadie lo presta sin tener en cuenta no sólo lo que puede ganarse con el uso del mismo, sino también las dificultades y peligros de incumplir la ley. El señor de Montesquieu explica el elevado tipo de interés que rige entre todas las naciones mahometanas, no precisamente por su pobreza, sino en parte por ella, y en parte por la dificultad de reembolsarse del dinero.

El tipo más bajo de beneficio corriente debe siempre ser algo más que lo suficiente para compensar las pérdidas posibles a que se halla expuesto el capital en cualquier inversión. Únicamente a este exceso puede considerarse como beneficio neto o limpio. Lo que suele llamarse beneficio bruto comprende con frecuencia no sólo este exceso, sino el que se cobra para compensar esa clase de pérdidas extraordinarias. El interés que el prestatario se puede permitir pagar está en proporción únicamente del beneficio neto.

El tipo más bajo de interés corriente debe ser, de la misma manera, más que suficiente para compensar las pérdidas casuales a que está expuesto el negocio de préstamos, aun realizándolo con tolerable prudencia. Si no fuese mayor, no existirían otros móviles que la caridad o la amistad para dar dinero en préstamo.

En un país que hubiese llegado a la plenitud de sus riquezas y en el que todas las ramas del negocio dispusiesen de la mayor suma de capital que en ellas podía emplearse, el tipo corriente de beneficio neto sería pequeñísimo y, de igual manera, el tipo de interés corriente en el mercado que de ese beneficio podría pagarse sería tan bajo que haría imposible para todos, fuera de las gentes riquísimas, el vivir del interés de su dinero. Todas las personas de fortuna pequeña o mediana se verían obligadas a dirigir ellas mismas el empleo de sus propios capitales. Sería indispensable que casi todas las personas se consagrasen al negocio o se dedicasen a una u otra clase de actividad. Holanda pa-

rece estar aproximándose a una situación de esa clase. Resulta poco elegante en ella no ser hombre de negocios. La necesidad convierte en cosa corriente para casi todos los hombres el serlo, y la costumbre regula en todas partes la moda. De la misma manera que resulta ridículo no vestir como los demás, también resulta, hasta cierto punto, no tener una ocupación. De la misma manera que un hombre civil desentona en un campamento o en una guarnición, e incluso corre peligro de ser tratado con menosprecio, también le ocurre eso mismo al desocupado entre los hombres de negocios.

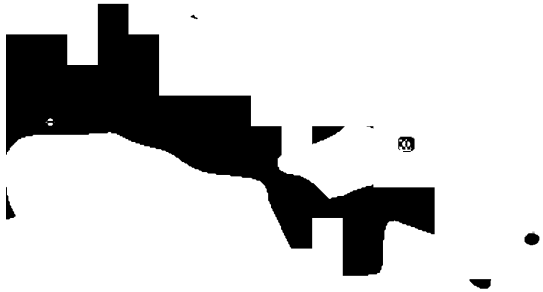
El tipo más elevado de beneficio corriente puede ser tal, en el precio de la mayor parte de los artículos convenientes para la vida, que absorba la totalidad de lo que debería destinarse a la renta de la tierra, y que deje únicamente lo suficiente para pagar la mano de obra necesaria para fabricarlos y ponerlos en el mercado, de acuerdo con el tipo más bajo a que pueda ser pagada en todas partes la mano de obra, es decir, de acuerdo con lo estrictamente necesario para la manutención del trabajador. Éste tuvo forzosamente que ser alimentado de una u otra manera todos los días, mientras estuvo ocupado en su obra; pero el terrateniente quizá no fue siempre pagado. Los beneficios del negocio que los empleados de la East India Company realizan en Bengala quizá no estén muy distantes de ese tipo.

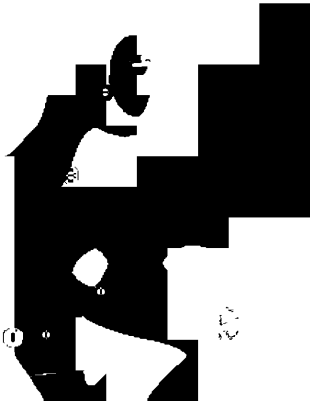
La proporción que el tipo de interés corriente en el mercado debería guardar con el tipo corriente de beneficio neto, varía necesariamente según que el beneficio suba o baje. En la Gran Bretaña se considera como interés doble lo que los comerciantes califican de beneficio bueno, moderado y razonable; calificativos que, según me dicen, equivalen nada más que a un beneficio corriente y ordinario. En países en que el tipo ordinario de beneficio neto es del ocho o del diez por ciento, quizá sea razonable que la mitad del mismo se destine al interés, en los casos en que el negocio se ha llevado a cabo con dinero prestado. El capital tiene cubierto su riesgo por el prestatario, y éste lo asegura, como si dijéramos, al prestamista; y en la mayor parte de los negocios, un cuatro o cinco por ciento puede ser beneficio suficiente por el riesgo de este aseguramiento y recompensa adecuada del trabajo de dar ocupación al capital. Pero quizá en otros países en los que el tipo ordinario de beneficio se encuentra muy por debajo, o muy por encima, no sea idéntica la proporción entre el interés y el beneficio neto. Si el tipo ordinario de beneficio fuese muy inferior, quizá no se podría destinar la

mitad del mismo al interés; y si fuese muy superior, quizá pudiera reservarse con ese fin algo más.

En países que se hallan en una etapa de rápido progreso hacia el enriquecimiento, el tipo bajo de beneficios puede, en el precio de muchos artículos, compensar los altos salarios de la mano de obra y permitir que esas naciones vendan tan barato como sus convecinas menos prósperas, entre las que quizá los salarios son más bajos.

En realidad, los elevados beneficios tienden a encarecer el precio de la mano de obra más aún que los salarios elevados. Si en la fabricación de lienzos, por ejemplo, se incrementan en dos peniques por día los salarios de las distintas clases de trabajadores: cardadores, hilanderos, tejedores, etcétera, sería preciso encarecer el precio de una pieza de hilo únicamente en una cantidad igual a dos peniques, multiplicados por el número de personas empleadas en dicha tarea y, a su vez, por el número de días que trabajaron. La parte del precio del artículo que se resuelve en salarios, iría elevándose a lo largo de las distintas etapas de la fabricación, únicamente en proporción aritmética a esta subida de salarios. Pero si se hubiesen elevado en un cinco por ciento los beneficios de los distintos patronos de estos trabajadores, la parte del precio del artículo que se resuelve en beneficios aumentaría, a lo largo de las distintas etapas de la fabricación, en proporción geométrica al alza de los beneficios. El patrono de los cardadores exigiría, al vender su lino, un cinco por ciento adicional sobre el valor total de los materiales y de los salarios que él adelantó a sus obreros. El patrono de los hilanderos exigiría un cinco por ciento adicional tanto sobre el precio del lino como sobre los salarios de los hilanderos, todo lo cual él adelantó. Y el patrono de los tejedores exigiría también un cinco por ciento sobre el precio de los hilados de lino y sobre el de los salarios de los tejedores. Al elevar el precio de los artículos, el alza de salarios actúa de manera idéntica a la del interés simple en la acumulación de la deuda. El alza de los beneficios actúa a la manera del interés compuesto. Nuestros comerciantes y dueños de fábricas se quejan mucho de los perniciosos efectos que los altos salarios tienen en el alza de los precios, con lo que disminuye la venta de sus mercancías lo mismo en el interior que fuera del país. No dicen nada referente a los efectos perniciosos de los beneficios elevados. Se callan en lo referente a los dañinos efectos de sus propias ganancias. Se quejan únicamente de los que producen las ganancias de los demás.





EPÍLOGO

DISCURSO PRELIMINAR A LA ENCICLOPEDIA *

Juan Le Rond D'Alembert (1717-1783)

Comúnmente conocido como uno de los enciclopedistas, sus contribuciones a la matemática fueron dignas de la atención de los matemáticos Bernouilli, Euler y Lagrande, entre otros. A él se debe en física el llamado "principio de D'Alembert". Fue gran amigo de Voltaire, y en filosofía era seguidor de Kant, Descartes y Rousseau. Es el autor del discurso preliminar a la Enciclopedia, *del que seleccionamos una parte.*

Vamos ahora a considerar esta obra como *Diccionario razonado de las ciencias y las artes.* El objeto es tanto más importante cuanto que es, sin duda, el que puede interesar más a la mayor parte de nuestros lectores, y el que, para ser cumplido, ha demandado mayores cuidados y trabajo. Pero antes de entrar en este tema con todo el detalle que se tiene derecho de exigirnos, no será inútil examinar con alguna extensión el estado presente de las ciencias y las artes, y mostrar por qué gradación se llegó a él. La exposición metafísica del origen y de la vinculación de las ciencias nos ha sido de gran utilidad para formar el árbol enciclopédico; la exposición histórica del orden en que se han sucedido nuestros conocimientos no será menos útil para iluminarnos a nosotros mismos acerca de la manera como debemos trasmitir esos conocimientos a nuestros lectores. Por lo demás, la historia de las ciencias está ligada naturalmente a la del corto número de grandes genios cuyas obras han contribuido a expandir la luz entre los hombres; y habiendo suministrado estas obras a la nuestra auxilios generales, debemos comenzar por hablar de ellas antes de dar cuenta de los auxilios particulares que hemos obtenido. Para no remontarnos demasiado, fijémonos en el renacimiento de las letras.

Cuando se consideran los progresos del espíritu desde esa época memorable, encontramos que esos progresos se han hecho en el orden que debían naturalmente seguir. Se ha comenzado

* Juan Le Rond D'Alembert, *Discurso preliminar a la Enciclopedia. A dos siglos de su publicación,* est. de Francisco Romero, José A. Oría, José Babini, Roberto F. Giusti y Luis Reissig, Buenos Aires, Editorial Losada, 1954.

por la erudición, continuado por la literatura y terminado por la filosofía. Este orden difiere, a la verdad, del que debe observar el hombre abandonado a sus propias luces o limitado al trato de sus contemporáneos, tal como lo hemos considerado principalmente en la primera parte de este *Discurso*: en efecto, hemos demostrado que el espíritu aislado debe encontrar en su camino la filosofía antes que la literatura. Pero al salir de un largo intervalo de ignorancia al que había precedido siglos de luz, la regeneración de las ideas, si podemos hablar así, necesariamente ha debido diferir de su generación primitiva. Vamos a tratar de evidenciarlo.

Las obras maestras, que los antiguos nos habían dejado en casi todos los géneros, fueron olvidadas durante doce siglos. Los principios de las ciencias y de las artes estaban perdidos, porque lo bello y lo verdadero que parecen mostrarse de todas partes a los hombres apenas los afectan, salvo cuando están advertidos. No se trata de que esos tiempos desdichados hayan sido más estériles que otros en genios insignes; la naturaleza es siempre la misma; pero ¿qué podían hacer esos grandes hombres, diseminados como lo están siempre a grandes intervalos, ocupados en objetos diferentes, y abandonados sin cultura a sus propias luces? Las ideas que se adquieren por la lectura y la sociedad son el germen de casi todos los descubrimientos; es el aire que se respira sin pensar en ello y al que debemos la vida; y los hombres de que hablamos estaban privados de tal socorro. Se parecían a los primeros creadores de las ciencias y de las artes, a quienes han hecho olvidar sus ilustres sucesores y que, precedidos por éstos, los habrían hecho olvidar igualmente. El primero que inventó las ruedas y los piñones habría inventado en otro siglo los relojes; y Gerbert, colocado en tiempo de Arquímedes, tal vez lo hubiera igualado.

Sin embargo, la mayoría de los hombres instruidos (*beaux-esprits*) de esos tiempos tenebrosos se hacían llamar poetas o filósofos. En efecto, ¿qué les costaba usurpar esos títulos que se compran tan barato y que todos se jactan siempre de no deber, casi, a luces prestadas? Creían que era inútil buscar modelos de poesía en las obras de los griegos y los romanos, cuya lengua no se habla más; y tomaban por la verdadera filosofía de los antiguos una tradición bárbara que la desfiguraba. La poesía se reducía para ellos a un mecanismo pueril; el examen profundo de la naturaleza y el gran estudio del hombre eran reemplazados por mil cuestiones frívolas sobre seres abstractos y metafísicos; cuestiones cuya solución, buena o mala, demandaba a menudo

mucha sutileza y, por consiguiente, un gran abuso del espíritu. Agréguese a este desorden el estado de esclavitud en que estaba sumida casi toda Europa, los estragos de la superstición que nace de la ignorancia y que la produce a su turno: y se verá que estaban reunidos todos los obstáculos que alejaban el retorno de la razón y el buen gusto; pues sólo la libertad de actuar y de pensar es capaz de producir grandes cosas y la libertad sólo necesita luces para preservarse de los excesos.

Así necesitó el género humano, para salir de la barbarie, una de esas revoluciones que hacen adquirir a la tierra una faz nueva: el imperio griego es destruido y su ruina hace refluir sobre Europa los pocos conocimientos que aún quedaban en el mundo; la invención de la imprenta, la protección de los Médicis y de Francisco I reaniman los espíritus; y la luz renace por doquier.

El estudio de las lenguas y de la historia, abandonado por necesidad durante los siglos de ignorancia, fue el primero al que se dedicaron. El espíritu humano se hallaba, al salir de la barbarie, en una especie de infancia, ávido de acumular ideas e incapaz, no obstante, de lograr al principio orden alguno, por la especie de embotamiento en que las facultades del alma habían estado durante tanto tiempo. De todas estas facultades, fue la memoria la que se cultivó primero, porque es la más fácil de satisfacer, y porque los conocimientos que se obtienen con su ayuda son los que más fácilmente pueden ser acumulados. De ninguna manera se comenzó por estudiar la naturaleza, como los primeros hombres habían debido hacerlo; se poseía una ayuda de la que aquéllos estaban desprovistos: las obras de los antiguos, que comenzaban a difundirse por la generosidad de los grandes y la imprenta; se creía que bastaba leer para volverse sabio; y es mucho más sencillo leer que ver. Por lo tanto, devoraron sin hacer distingos cuanto habían dejado los antiguos en cada género: los tradujeron, los comentaron; y por una especie de gratitud se pusieron a adorarlos sin conocer ni con mucho lo que valían.

De ahí esa turba de eruditos, compenetrados de las lenguas sabias hasta el punto de desdeñar la propia, los cuales, como lo dijo un célebre autor, conocían todo en los antiguos, excepto la gracia y la fineza, y a quienes ponía tan orgullosos la ostentación vana de su erudición, porque muy a menudo preferimos adorarnos con las victorias que cuestan menos. Esos eruditos eran algo así como grandes señores que, sin ser similares, por mérito real, a quienes les habían dado la vida, se vanagloriaban

mucho de creer que formaban parte de aquéllos. Por lo demás esta vanidad nunca dejaba de tener algún pretexto. La tierra de la erudición y de los hechos es inagotable; creemos ver aumentar día a día su substancia, por las adquisiciones que ahí hacemos sin esfuerzo. Por el contrario, la comarca de la razón y los descubrimientos es de bastante poca extensión; y a menudo, en lugar de aprender lo que ignoraba, uno llega, a fuerza de estudio, a desaprender lo que creía saber. Por eso, con mérito muy desigual, un erudito debe ser mucho más vano que un filósofo y tal vez que un poeta: pues el espíritu que inventa está siempre descontento de sus progresos, porque ve más allá y los genios más grandes a menudo encuentran en su amor propio un juez secreto, pero severo, a quien la aprobación de los demás hace callar por algunos instantes, pero a quien nunca logra sobornar. No debe sorprendernos, pues, que los sabios de que hablamos pusieran tanta gloria en gozar de una ciencia trabajosa, a menudo ridícula, y a veces bárbara.

Es cierto que nuestra época, que se cree destinada a cambiar toda clase de leyes y a hacer justicia, no piensa muy favorablemente de esos hombres tan célebres en otros tiempos. Hoy es una especie de mérito hacer poco caso de ellos y hasta es un mérito con el cual mucha gente se contenta. Parece que, con el desprecio que se tiene por esos sabios, se trata de castigarlos por la estimación exagerada que tenían de sí mismos o por el voto poco ilustrado de sus contemporáneos; y que pisoteando esos ídolos se quiera hacer olvidar hasta sus nombres. Pero todo exceso es injusto. Más bien gocemos con gratitud del trabajo de esos hombres laboriosos. Para ponernos en condiciones de extraer de las obras de los antiguos todo lo que podía sernos útil, era menester que ellos sacaran aun lo que no lo era; no podríamos sacar oro de una mina sin extraer al mismo tiempo muchas gangas o materias menos preciosas; habrían hecho ellos la separación, como la hacemos nosotros, si hubieran llegado más tarde. La erudición fue, pues, necesaria para conducirnos a las bellas letras.

En efecto, no fue preciso entregarse largo tiempo a la lectura de los antiguos para convencerse de que esas mismas obras, donde se buscaban hechos y palabras, había mejores cosas que aprender. Se percibieron pronto las bellezas que sus autores habían esparcido en ellas; pues si los hombres, como dijimos más arriba, necesitan ser advertidos acerca de lo verdadero, en recompensa sienten la necesidad de serlo. La admiración que se había tenido hasta entonces por los antiguos no podía ser más

viva; pero comenzó a volverse más justa. Sin embargo, aún estaba muy lejos de ser razonable. Se creyó que sólo podía imitárselos copiándolos servilmente, y que no era posible hablar bien sino en su lengua. No se pensó que el estudio de las palabras es una especie de inconveniente pasajero, necesario para facilitar el estudio de las cosas, pero que llega a ser un mal real cuando lo retarda; que en consecuencia habrían debido limitarse a frecuentar a los autores griegos y romanos para aprovechar lo mejor de cuanto habían pensado; y que el trabajo a que debían entregarse para escribir en aquellas lenguas era trabajo perdido para el progreso de la razón. Además tampoco vieron que, si hay en los antiguos innumerables bellezas de estilo perdidas para nosotros, debe haber también, por la misma razón, muchos defectos que se nos escapan, y que corremos el riesgo de copiar como bellezas; en fin, que cuanto se podía esperar del uso servil de la lengua de los antiguos, era hacerse de un estilo extrañamente nacido de infinidad de estilos diferentes, muy correcto y hasta admirable para los modernos, pero que Cicerón o Virgilio habrían encontrado ridículo. Así nos reiríamos de una obra escrita en nuestra lengua, en la que su autor hubiera reunido frases de Bossuet, La Fontaine, la Bruyère y Racine, persuadido con razón de que cada uno de esos escritores en particular es un excelente modelo.

Ese prejuicio de los primeros sabios produjo en el siglo XVI una multitud de poetas, oradores e historiadores latinos, cuyas obras, hay que declararlo, demasiado a menudo tienen un mérito principal en una latinidad de la que poco podemos juzgar. Pueden compararse algunas a las arengas de la mayoría de nuestros rétores que, vacías de cosas y semejantes a cuerpos sin substancia, sólo necesitarían ser puestas en francés para que nadie las leyera.

Los letrados se recobraron al fin poco a poco de esta especie de manía. Parece que se debe el cambio, al menos en parte, a la protección de los grandes que están bien dispuestos a ser sabios, a condición de llegar a serlo sin fatiga, y que quieren poder juzgar sin estudio una obra del espíritu, al precio de los beneficios que prometen al autor, o de la amistad con que creen honrarlo. Comenzó a sentirse que lo bello no perdía ninguna de sus ventajas por estar en lengua vulgar; que hasta adquiría la de ser más fácilmente captado por el común de los hombres y que no había ningún mérito en decir cosas comunes o ridículas, cualquiera que fuese la lengua usada, y con mayor razón en aquellas que debían de hablar peor. Los letrados pensaron, pues, en per-

feccionar las lenguas vulgares; trataron primero de decir en esas lenguas lo que habían dicho los antiguos de las suyas. Sin embargo, por una secuela del prejuicio de que se habían librado con tanta fatiga, en lugar de enriquecer la lengua francesa, comenzaron por desfigurarla. Ronsard compuso una jerigonza bárbara, erizada de griego y de latín; pero felizmente la volvió lo suficientemente despreciable, para que se tornara ridícula. Pronto se sintió que era menester transportar a nuestra lengua las bellezas y no las palabras de las lenguas antiguas. Regida y perfeccionada por el buen gusto, adquirió con bastante rapidez una infinidad de giros y expresiones felices. Al fin no se limitaron ya a copiar a los romanos y a los griegos, ni siquiera a imitarlos; se trató de sobrepasarlos, si era posible, y de pensar por sí mismos. Así, poco a poco la imaginación de los modernos renació de las de los antiguos; y se vio germinar casi al mismo tiempo todas las obras maestras del siglo pasado, en elocuencia, en historia, en poesía y en los diferentes géneros de la literatura.

Malherbe, nutrido en la lectura de los excelentes poetas de la antigüedad, y tomando como ellos a la naturaleza por modelo, esparció el primero en nuestra poesía, armonía y belleza antes desconocidas. Balzac, hoy menospreciado en exceso, dio a nuestra prosa nobleza y ritmo. Los escritores de Port Royal continuaron lo que Balzac había comenzado; añadieron la precisión, la elección feliz de los términos, y la pureza, que han conservado hasta hoy, a la mayoría de sus obras, un aire moderno que las distingue de un gran número de libros anticuados, escritos en la misma época. Corneille, después de haber hecho sacrificios al mal gusto durante algunos años en la carrera dramática, se liberó al fin; descubrió por la fuerza de su genio, más que por la lectura, las leyes del teatro, y las expuso en sus admirables discursos sobre la tragedia, en las reflexiones sobre cada una de sus obras, y principalmente en sus obras mismas. Racine, abriéndose otra ruta, hizo aparecer en el teatro una pasión que los antiguos apenas habían conocido; y desarrollando las fuerzas del corazón humano, unió a una elegancia y verdad continuas algunos rasgos sublimes. Despréaux en su arte poética se mostró el igual de Horacio, al imitarlo. Molière por la fina pintura de las ridiculeces y las costumbres de la época dejó muy atrás la comedia antigua. La Fontaine casi hizo olvidar a Esopo y a Fedro; y Bossuet fue a colocarse al lado de Demóstenes.

Las bellas artes están de tal modo unidas a las bellas letras, que el mismo buen gusto que cultiva unas, lleva también a perfeccionar las otras. En la misma época en que nuestra litera-

tura se enriquecía con tantas obras bellas, Poussin hacía sus cuadros y Puget sus estatuas; Le Sueur pintaba el claustro de los Cartujos y Le Brun las batallas de Alejandro; en fin, Lulli, creador de una melodía que conviene a nuestro idioma, acordó, con su música, a los poemas de Quinault, la inmortalidad que ellos le inspiraban.

No obstante es preciso declarar que el renacimiento de la pintura y la escritura había sido mucho más rápido que el de la poesía y el de la música; y la razón de ello no es difícil de comprender. Desde que se comenzaron a estudiar las obras de los antiguos en todos los géneros, las obras maestras antiguas, que habían escapado a la superstición y la barbarie en número bastante grande, impresionaron pronto los ojos de los artistas ilustrados; no podía imitarse a los Praxiteles y a los Fidias sino haciendo exactamente como ellos; y el talento sólo tenía necesidad de ver bien: así, Rafael y Miguel Ángel no demoraron mucho tiempo en llevar su arte a un punto de perfección que no se ha podido aún sobrepasar. En general, siendo más bien de la competencia de los sentidos el objeto de la pintura y la escultura, esas artes no pueden dejar de preceder a la poesía, porque los sentidos han debido ser afectados por las bellezas sensibles y palpables de las estatuas antiguas más rápidamente que la imaginación ha debido percibir las bellezas intelectuales y sutiles de los antiguos escritores. Por otra parte, cuando comenzó a descubrirlas, la imitación de esas mismas bellezas, imperfecta por su servidumbre y por la lengua extranjera de que se valía, no ha podido dejar de trabar los progresos de la imaginación misma. Supongamos por un momento a nuestros pintores y escultores privados de la ventaja que tenían de trabajar el mismo material que los antiguos; si, como nuestros literatos, hubiesen perdido mucho tiempo en buscar e imitar mal esa materia, en vez de pensar en hacer uso de otra, para imitar las obras mismas que eran objeto de su admiración, sin duda habrían hecho una jornada mucho menos rápida y aún estarían por descubrir el mármol.

Respecto de la música, debió llegar mucho más tarde a cierto grado de perfección, porque es un arte que los modernos han tenido que crear. El tiempo destruyó todos los modelos que los antiguos habían podido dejarnos en este género; y sus escritores, al menos los que nos quedan, no nos han trasmitido sobre ese tema más que conocimientos muy oscuros, o historias más adecuadas para asombrarnos que para instruirnos. Por lo tanto muchos de nuestros sabios, empujados quizá por una especie de

amor de lo propio, han pretendido que hemos llevado este arte mucho más lejos que los griegos, pretensión que la falta de documentos hace tan difícil de apoyar como de destruir, y que no puede ser sino asaz débilmente combatida por los prodigios verdaderos o supuestos de la música antigua. Quizá estaría permitido conjeturar, con alguna verosimilitud, que esta música era completamente diferente de la nuestra, y que si la antigua era superior por la melodía, la armonía da ventajas a la moderna.

Seríamos injustos, si en ocasión del detalle en que acabamos de entrar, no reconociéramos lo que debemos a Italia; de ella hemos recibido las ciencias que luego fructificaron con tanta abundancia en toda Europa; a ella, sobre todo, debemos las bellas artes y el buen gusto, de que nos ha suministrado gran número de modelos inimitables.

Mientras eran honradas las artes y las bellas letras se necesitó mucho para que la filosofía hiciese el mismo progreso, por lo menos en cada nación tomada en conjunto; reapareció la filosofía mucho más tarde. No se trata de que sea más difícil, en el fondo, descollar en las bellas letras que en la filosofía; la superioridad en cada género es igualmente difícil de lograr. Pero la lectura de los antiguos debía contribuir más rápidamente al adelanto de las bellas letras y del buen gusto que al de las ciencias naturales. Las bellezas literarias no necesitan ser contempladas largo tiempo para ser sentidas; y como los hombres sienten antes de pensar, deben por la misma razón juzgar lo que sienten antes de juzgar lo que piensan. Además, los antiguos no eran, ni con mucho, tan perfectos filósofos como escritores. En efecto, aunque en el orden de nuestras ideas las primeras operaciones de la razón preceden a los primeros esfuerzos de la imaginación, ésta, cuando ha dado los primeros pasos, avanza mucho más veloz que aquélla: tiene la ventaja de trabajar sobre objetos que ella misma crea; mientras que la razón, forzada a limitarse a los objetos que tiene ante sí y a detenerse a cada instante, muy a menudo se agota en búsquedas infructuosas. El universo y las reflexiones son el primer libro de los verdaderos filósofos y los antiguos lo habían estudiado sin duda; era, pues, necesario hacer como ellos, y no podía suplirse ese estudio con el de sus obras, la mayoría de las cuales había sido destruida, y el pequeño número que restaba, mutilado por el tiempo, no podía dar sobre materia tan vasta, más que nociones muy inciertas y alteradas.

La escolástica, que componía toda la pretendida ciencia de siglos de ignorancia, dañó también los progresos de la verdadera

filosofía en ese primer siglo de luz. Estaban persuadidos desde tiempo inmemorial, por decirlo así, de que poseían en toda su pureza la doctrina de Aristóteles, comentada por los árabes y alterada por mil adiciones absurdas o pueriles, y ni siquiera pensaban en asegurarse de que esa filosofía bárbara era realmente la de aquel grande hombre, tanto era el respeto que les merecían los antiguos. De este modo, una multitud de pueblos nacidos y afirmados en sus errores por la educación, se creen tanto más sinceramente en el camino de la verdad, cuanto que nunca les ha venido al pensamiento plantearse la menor duda al respecto. Así en la época en que muchos escritores, rivales de oradores y poetas griegos, marchaban junto a sus modelos o tal vez hasta los sobrepasaban, la filosofía griega, aunque muy imperfecta, no era aún bien conocida.

Tantos prejuicios —que la admiración ciega por la antigüedad contribuía a mantener— parecían también fortificarse por el abuso que osaban hacer de la sumisión de los pueblos algunos teólogos poco numerosos, pero influyentes; digo poco numerosos, porque estoy muy lejos de extender a un cuerpo respetable y muy ilustrado una acusación que se limita a algunos de sus miembros. Se había permitido a los poetas cantar en sus obras a las divinidades del paganismo, porque se tenía el justo convencimiento de que los nombres de esas divinidades ya no podía ser más que un juego del que no había nada que temer. Si por un lado la religión de los antiguos, que lo animaba todo, abría un vasto campo a la imaginación de los hombres ingeniosos (*beaux esprits*), del otro, los principios de esa religión eran demasiado absurdos, para que se tuviera miedo de ver resucitados a Júpiter y Plutón por alguna secta de innovadores. Pero se temían o parecían temerse los golpes que una razón ciega podía llevar al cristianismo; ¿cómo no se vería que nada tenía que temer el cristianismo de un ataque tan débil? Enviado del cielo a los hombres, la veneración tan justa y tan antigua que los pueblos le testimoniaban había sido garantida para siempre por las promesas de Dios mismo. Además, por más absurda que pueda ser una religión (reproche que sólo impiedad puede hacer a la nuestra), nunca son los filósofos quienes la destruyen; aun cuando enseñen la verdad, se contentan con mostrarla, sin forzar a nadie a reconocerla; tal poder sólo pertenece al Ser todopoderoso: son los hombres inspirados quienes iluminan al pueblo y los exaltados quienes lo extravían. El freno que estamos obligados a poner a la licencia de estos últimos no debe dañar a la libertad, tan necesaria a la verdadera filosofía, y de la que puede

sacar la religión las mayores ventajas. Si el cristianismo añade a la filosofía las luces que le faltan, si sólo pertenece a la gracia someter a los incrédulos, a la filosofía está reservado reducirlos a silencio; y para asegurar el triunfo de la fe, los teólogos de que hablamos no tenían más que hacer uso de las armas que se habría querido emplear contra ella.

Pero entre esos mismos hombres, algunos tenían un interés mucho más real en oponerse al avance de la filosofía. Falsamente persuadidos de que la creencia de los pueblos es tanto más firme cuanto más se la ejerce sobre diferentes objetos, no se contentaban con exigir para nuestros misterios la sumisión que merecen; trataban de erigir en dogmas sus opiniones particulares; y eran esas mismas opiniones, mucho más que los dogmas, lo que querían consolidar. Por ahí habrían llevado a la religión el golpe más terrible, si ella hubiera sido obra de los hombres; pues era de temerse que, una vez reconocidas sus opiniones como falsas, el pueblo, que nada discierne, tratara de la misma manera a las verdades con las cuales se había querido confundirlas.

Otros teólogos de mejor fe, pero también peligrosos, se unen a los primeros por otros motivos. Aunque la religión esté únicamente destinada a reglar nuestras costumbres y nuestra fe, ellos la creen hecha para iluminarnos también sobre el sistema del mundo, es decir, sobre esas materias que el Todopoderoso ha abandonado expresamente a nuestras disputas. No reflexionaban esos teólogos que los libros sagrados y las obras de los Padres, hechos para mostrar al pueblo, así como a los filósofos, lo que hay que practicar y creer, no debían hablar, sobre las cuestiones indiferentes, distinto lenguaje que el pueblo. Sin embargo prevaleció el despotismo teológico o el prejuicio. Un tribunal que llegó a ser poderoso en el mediodía de Europa, en las Indias, en el Nuevo Mundo, pero en el cual la fe no ordena creer, ni la caridad aprobar, y cuyo nombre aún no se ha acostumbrado Francia a pronunciar sin espanto, condenó y declaró herético a un célebre astrónomo por haber sostenido el movimiento de la Tierra, más o menos como el papa Zacarías había condenado a un obispo algunos siglos antes, por no haber pensado como San Agustín sobre los antípodas, y por haber adivinado su existencia seiscientos años antes que Cristóbal Colón los descubriera. De este modo, el abuso de la autoridad espiritual unida a la temporal forzaba al silencio a la razón; y poco faltó para que se prohibiera pensar al género humano.

Mientras adversarios poco instruidos o mal intencionados ha-

cían abiertamente la guerra a la filosofía, ésta se refugió, por decirlo así, en las obras de algunos grandes hombres que, sin tener la peligrosa ambición de arrancar la venda de los ojos de sus contemporáneos, preparaban de lejos, a la sombra y en silencio, la luz con que el mundo debía ser iluminado poco a poco y por insensibles grados.

A la cabeza de esos ilustres personajes debe ser colocado el inmortal Canciller de Inglaterra, Francis Bacon, cuyas obras, tan justamente estimadas y no obstante más estimadas que conocidas, merecen la lectura aún más que los elogios. Al considerar las vistas sanas y amplias de ese gran hombre, la multitud de objetos sobre los cuales se fijó su espíritu, la osadía de su estilo que reúne siempre las más sublimes imágenes con la precisión más rigurosa, nos sentimos inducidos a mirarlo como el más grande, el más universal, y el más elocuente de los filósofos. Bacon, nacido en el seno de la noche más pronfuda, sintió que la filosofía aún no existía, aunque mucha gente, sin duda, se jactaba de descollar en ella; pues cuanto más grosera es una época, tanto más se cree instruida de todo lo que se puede saber. Bacon comenzó, pues, por considerar con una mirada general los diversos objetos de todas las ciencias naturales; dividió esas ciencias en diferentes ramas, cuya enumeración hizo lo más exacta que le fue posible; examinó lo que ya se sabía sobre cada uno de esos objetos e hizo el catálogo inmenso de lo que faltaba por descubrir; es el propósito de su admirable obra *De la dignidad y el acrecentamiento de los conocimientos humanos.* En su *Nuevo órgano de las ciencias,* perfecciona los conceptos que había expuesto en la primera obra; los lleva más lejos y hace conocer la necesidad de la física experimental, en la que aún no se pensaba. Enemigo de los sistemas, encara la filosofía como la parte de nuestros conocimientos que debe contribuir a hacernos mejores o más felices; parece limitarla a la ciencia de las cosas útiles, y recomienda, en todo, el estudio de la naturaleza. Sus demás escritos están construidos sobre el mismo plan; todo (hasta los títulos) anuncia al hombre de genio, al espíritu que ve en grande. Recoge hechos, compara experiencias, indica un gran número de experimentos por hacer; invita a los sabios a estudiar y perfeccionar las artes, que mira como la parte más sobresaliente y esencial de la ciencia humana; expone con noble sencillez *sus conjeturas y sus pensamientos* sobre los diferentes objetos dignos de interesar a los hombres; y habría podido decir, como aquel viejo de la comedia de Terencio, que nada de lo que toca a la humanidad le era extraño. Ciencia de la natura-

leza, moral, política, economía, todo parece haberle pertenecido a este espíritu luminoso y profundo; y uno no sabe qué admirar más en él, si las riquezas que esparce por todos los temas que trata, o la dignidad con que habla de ellos. Sus escritos sólo pueden ser comparados con los de Hipócrates sobre medicina; y no serían ni menos admirados ni menos leídos, si la cultura del espíritu fuera tan cara al género humano como la conservación de la salud. Pero sólo las obras de los jefes de secta de toda clase pueden tener seguro éxito; Bacon no ha sido de ese número y la forma de su filosofía se oponía a su triunfo: era demasiado prudente para sorprender a nadie. La escolástica, que dominaba en su época, únicamente podía ser derribada por opiniones audaces y nuevas; y no es probable que un filósofo que se contenta con decir a los hombres: *he ahí lo poco que habéis aprendido, he aquí lo que os resta por investigar,* esté destinado a hacer mucho ruido entre sus contemporáneos. Nosotros mismos nos atreveríamos a hacerle algún reproche al Canciller Bacon por haber sido quizá demasiado tímido, si no supiéramos con qué moderación y, por decirlo así, con qué superstición debemos juzgar a un genio tan sublime. Aunque declara que los escolásticos han enervado las ciencias con sus minuciosas cuestiones y que el espíritu debe sacrificar el estudio de los seres generales por el de los objetos particulares, parece, con todo, que el frecuente empleo que hace de los términos de la escuela, a veces también de principios escolásticos, y de las divisiones y subdivisiones cuyo uso estaba entonces muy de moda, haber mostrado, un poco excesivamente, miramiento o deferencia por el gusto dominante en su época. Ese gran hombre, después de haber quebrantado tantos hierros, estaba aún retenido por algunas cadenas que no podía o no osaba romper.

Declaramos aquí que debemos principalmente al Canciller Bacon el árbol enciclopédico del que ya hemos hablado mucho y que se encontrará al final de este *Discurso.* Hemos hecho tal declaración en muchos lugares del *Prospecto*; volvemos a hacerla y no dejaremos pasar ninguna ocasión sin repetirla. Sin embargo, no hemos creído que debíamos seguir punto por punto al grande hombre que reconocemos aquí por maestro. Si no situamos, como él, la razón después de la imaginación, es porque hemos observado en el sistema enciclopédico el orden metafísico de las operaciones del espíritu, más bien que el orden histórico de sus progresos desde el renacimiento de las letras; orden que el ilustre Canciller de Inglaterra tuvo quizá en vista, hasta cierto punto, al hacer, como él dice, el censo y la enumeración

de los conocimientos humanos. Por lo demás, siendo diferente del nuestro el plan de Bacon, y habiendo hecho las ciencias grandes progresos después, no debe sorprender que hayamos tomado algunas veces una ruta diferente.

Así, aparte de los cambios que hicimos en el orden de la distribución general, cuyas razones ya hemos expuesto, llevamos las divisiones más lejos en ciertos aspectos, sobre todo en la parte de la matemática y de la física particular. Por lo demás, nos hemos abstenido de extender al mismo punto que él la división de ciertas ciencias que él sigue hasta sus últimas ramas. Esas ramas, que propiamente debían entrar en el cuerpo de nuestra *Enciclopedia,* no habrían hecho, a nuestro parecer, más que recargar bastante inútilmente el sistema general. Inmediatamente después de nuestro árbol enciclopédico se encontrará el del filósofo inglés; es el camino más corto y más fácil de hacer distinguir lo que nos pertenece de lo que hemos tomado de él.

Al Canciller Bacon le sucedió el ilustre Descartes. Este hombre insigne, cuya fortuna ha variado tanto en menos de un siglo, tenía todo lo que es menester para cambiar la faz de la filosofía: imaginación poderosa, espíritu muy consecuente, conocimientos extraídos de sí mismo más que de los libros, mucho coraje para combatir los prejuicios más arraigados, y ninguna clase de dependencia que lo forzara a tener miramientos. También le ocurrió a Descartes, durante su vida, lo que suele acaecer a un hombre que adquiere muy notorio ascendiente sobre los demás: se hizo de algunos entusiastas y tuvo muchos enemigos. Sea que conociese a su nación, sea que desconfiara solamente, se había refugiado en un país enteramente libre, para meditar allí más a sus anchas. Aunque pensaba mucho menos en formar discípulos que en merecerlos, la persecución fue a buscarlo en su retiro; y la vida recoleta que llevaba no pudo librarlo. A pesar de toda la sagacidad que había empleado para probar la existencia de Dios, fue acusado de negarla, por ministros que tal vez no creían en ella. Atormentado y calumniado por extranjeros y bastante mal acogido por sus compatriotas, fue a morir en Suecia, y estuvo muy lejos, sin duda, de prever el éxito brillante que sus opiniones iban a tener algún día.

Podemos considerar a Descartes como geómetra o como filósofo. Las matemáticas, de las que parece haber hecho bastante poco caso, son hoy, sin embargo, la parte más sólida y menos discutida de su gloria. El álgebra, creada en cierta manera por los italianos, y prodigiosamente aumentada por nuestro ilustre Viete, ha recibido entre las manos de Descartes nuevos acrecen-

tamientos. Uno de los más considerables es su método de los coeficientes indeterminados, artificio muy ingenioso, que se ha podido aplicar a un gran número de investigaciones. Pero lo que sobre todo ha inmortalizado a este grande hombre, es la aplicación que hizo del álgebra a la geometría; idea de las más vastas y felices que el espíritu humano haya tenido jamás y será siempre la clave de las más profundas búsquedas, no sólo en la geometría sublime sino en todas las ciencias físico-matemáticas.

Como filósofo, quizá ha sido igualmente grande, pero no tan feliz. La geometría, que por la naturaleza de su objeto siempre debe ganar sin perder, no podía dejar de hacer progresos muy sensibles y evidentes para todo el mundo, al ser manejada por tan grande genio. La filosofía se encontraba en un estado muy diferente; todo estaba ahí por comenzar; ¿y qué no cuestan los primeros pasos èn todas las materias? El mérito de darlos dispensa a quien los da, de que sean grandes. Si Descartes, que nos abrió la ruta, no fue tan lejos como sus secuaces lo creían, dista mucho de que las ciencias le deban tan poco como pretenden sus adversarios. Su solo método habría bastado para volverlo inmortal; su dióptrica es aún la más grande y bella aplicación que se haya hecho de la geometría a la física; en sus obras, hasta en las menos leídas actualmente, vemos brillar por todas partes su genio inventivo. Si juzgamos sin parcialidad sus torbellinos, que hoy han llegado a ser casi ridículos, me atrevo a decir que se convendrá que entonces no se podía imaginar nada mejor; las observaciones astronómicas que han servido para destruirlos eran todavía imperfectas o poco comprobadas; nada más natural que suponer un fluido que transportaba los planetas; era menester una larga serie de fenómenos, de razonamientos y de cálculos, y por consiguiente, una larga serie de años, para que se pudiera renunciar a teoría tan seductora. Tenía además la ventaja singular de explicar la atracción de los cuerpos por la fuerza centrífuga del mismo torbellino, y no temo adelantar que esta explicación de la atracción es una de las más bellas e ingeniosas hipótesis que haya imaginado nunca la filosofía. También fue necesario, para abandonarla, que los físicos fueran arrastrados, como a pesar suyo, por la teoría de las fuerzas centrales y por las experiencias hechas mucho tiempo después. Reconozcamos, pues, que Descartes, forzado a crear una física completamente nueva, no pudo crearla mejor; que fue preciso, por decirlo así, pasar por los torbellinos para llegar al verdadero sistema del mundo; y que, si se equivocó sobre las leyes del movimiento, por lo menos fue el primero en adivinar que debía haberlas.

Su metafísica, tan ingeniosa y nueva como su física, tuvo aproximadamente la misma suerte; y también podemos justificarla más o menos por las mismas razones; porque tal es hoy la fortuna de ese gran hombre que, después de haber tenido partidarios innumerables, está reducido casi a apologistas. Se equivocó sin duda al admitir las ideas innatas; pero, si hubiera retenido la única verdad que enseñaba la secta peripatética sobre el origen de las ideas por los sentidos, tal vez habrían sido más difíciles de desarraigar los errores que, al mezclarse con aquella verdad, la deshonraban. Por lo menos Descartes osó enseñar a los espíritus finos (*bons esprits*) a sacudir el yugo de la escolástica, de la opinión, de la autoridad, en una palabra, de los prejuicios y la barbarie; y con tal rebelión, cuyos frutos recogemos hoy, la filosofía ha recibido de Descartes un servicio tal vez más difícil de hacer que todos aquellos que la filosofía debe a sus ilustres sucesores. Podemos mirarlo como a un jefe de conjurados, que tuvo el valor de levantarse el primero contra una potencia despótica y arbitraria, y que, al preparar una manifiesta revolución, echó los fundamentos de un gobierno más justo y más feliz, que no pudo ver establecido. Si terminó por creer explicarlo todo, comenzó al menos por dudar de todo; y las armas de que nos servimos para combatirlo no le pertenecen menos porque las volvamos contra él. Además, cuando las opiniones absurdas son inveteradas, estamos forzados a veces, a fin de desengañar al género humano, a reemplazarlas por otros errores, cuando no se puede hacer nada mejor. La incertidumbre y la vanidad del espíritu son tales, que siempre tiene necesidad de una opinión a la cual asirse: es un niño a quien hay que ofrecer un juguete para quitarle un arma peligrosa; abandonará por sí mismo el juguete cuando llegue la edad de la razón. Al engañar así a los filósofos o a los que creen serlo, se les enseña al menos a desconfiar de sus luces, y esta disposición es el primer paso hacia la verdad. También fue Descartes perseguido mientras vivió, como si hubiera venido a revelar la verdad a los hombres.

Newton, a quien Huyghens le había preparado el camino, apareció al fin y dio a la filosofía una forma que, al parecer, ésta ha de conservar. Ese grande genio vio que era tiempo de desterrar de la física las conjeturas y las hipótesis vagas, o al menos de estimarlas en lo que valen; y que esta ciencia debía estar únicamente sometida a las experiencias de la geometría. Quizá con tal mira, comenzó por inventar el cálculo del infinito y el método de las series, cuyo empleo, tan extenso en la geo-

metría misma, es aún más eficaz para determinar los efectos complicados que se observan en la naturaleza, donde todo parece ejecutarse como por progresiones infinitas. Las experiencias de la gravedad y las observaciones de Kepler hicieron descubrir al filósofo inglés la fuerza que retiene a los planetas en sus órbitas. Enseñó conjuntamente a distinguir las causas de sus movimientos y a calcularlos con una exactitud que no se habría podido exigir sino al trabajo de muchos siglos. Creador de una óptica completamente nueva, hizo conocer la luz a los hombres, al descomponerla. Lo que nosotros podríamos añadir al elogio de ese gran filósofo estaría muy por debajo del testimonio universal que hoy se rinde a sus descubrimientos casi innumerables, y a su genio a la vez amplio, justo y profundo. Enriqueciendo la filosofía con una gran cantidad de bienes reales, ha merecido, sin duda, todo su reconocimiento; pero tal vez ha hecho más por ella, enseñándole a ser modesta y a contener en sus justos límites esa suerte de audacia que las circunstancias habían forzado a Descartes a darle. Su teoría del mundo (pues no quiero decir sistema) es hoy tan generalmente aceptada, que se comienza a disputarle al autor el honor de la invención, porque a los grandes hombres se les acusa al principio de equivocarse y se termina por tratarlos de plagiarios. Cedo a los que todo lo encuentran en las obras de los antiguos el placer de descubrir en esas obras la gravitación de los planetas, aun cuando no esté ahí; pero suponiendo que los griegos hubieran tenido la idea, lo que era en ellos un sistema azaroso y novelesco, se transformó, en las manos de Newton, en una demostración. Esta demostarción que sólo le pertenece a él constituye el mérito real de su descubrimiento; y la gravitación sin tal apoyo sería una hipótesis como tantas otras. Si algún escritor célebre se atreviese a predecir hoy, sin ninguna prueba, que se llegará un día a fabricar oro, ¿tendrían derecho nuestros descendientes, con tal pretexto, de quererle quitar la gloria de su gran obra al químico que lo hubiera llevado a cabo? ¿Y la invención de los lentes pertenece menos a sus autores, aun cuando algunos antiguos no hubieran creído imposible que extendiéramos un día la esfera de nuestra visión?

Otros sabios creen hacer a Newton un reproche mucho más fundado acusándolo de haber vuelto a traer a la física las *cualidades ocultas* de los escolásticos y de los antiguos filósofos. ¿Pero los sabios de que hablamos están bien seguros de que esas dos palabras, vacías de sentido entre los escolásticos y destinadas a señalar a un Ser cuya idea creían tener, fuesen otra cosa entre los antiguos filósofos que la expresión modesta de su ignorancia?

Newton, que había estudiado la naturaleza, no se jactaba de saber más que ellos sobre la causa primera que produce los fenómenos; pero no emplea el mismo lenguaje, para no irritar los ánimos de los contemporáneos que no habrían dejado de agregarle una idea distinta de la suya. Se contentó con probar que los torbellinos de Descartes no pueden dar razón al movimiento de los planetas; que los fenómenos y las leyes de la mecánica se unían para rebatirlos; que hay una fuerza por la cual los planetas tienden los unos hacia los otros y cuyo principio nos es enteramente desconocido. No rechazó la impulsión; se limitó a pedir que se hiciera de ella uso más feliz del que se había hecho hasta entonces para explicar los movimientos de los planetas; sus deseos todavía no se han cumplido, y no lo serán tal vez en mucho tiempo. Después de todo, ¿hizo algún daño a la filosofía dándonos ocasión de pensar que la materia puede tener propiedades que no le sospechábamos, y desengañándonos de la ridícula confianza en que estamos de conocerlas todas?

Con respecto a la metafísica, parece que Newton no la había descuidado enteramente. Era demasiado gran filósofo para no sentir que es la base de nuestros conocimientos y que sólo en ella hay que buscar nociones claras y exactas de todo; parece asimismo, por las obras de ese profundo geómetra, que había llegado a elaborarse tales nociones sobre los principales objetos que lo habían ocupado. Sin embargo, sea que estuviera descontento él mismo de los progresos que había hecho en otros aspectos de la metafísica, sea que creyera difícil dar al género humano luces satisfactorias o muy extensas sobre una ciencia muy a menudo incierta y contenciosa, sea, en fin, que temiera que a la sombra de su autoridad se abusara de su metafísica, como se había abusado de la de Descartes, para sostener opiniones peligrosas o erróneas, se abstuvo casi absolutamente de hablar de ella en aquellos de sus escritos que son más conocidos; y apenas se puede saber lo que pensaba sobre los diferentes objetos de esta ciencia, por las obras de sus discípulos. Por consiguiente, como no ha causado ninguna revolución en este punto, nos abstendremos de considerarlo en este aspecto.

Lo que Newton no había osado, o tal vez no pudo hacer, Locke lo emprendió y lo ejecutó con éxito. Se puede decir que creó la metafísica tal como Newton había creado la física. Concibió que las abstracciones y las cuestiones ridículas que se habían agitado hasta entonces y que habían hecho como la substancia de la filosofía, eran la parte que sobre todo era preciso proscribir. Buscó en esas abstracciones y en el abuso de los signos

las causas principales de nuestros errores y las encontró ahí. Para conocer nuestra alma, sus ideas y sus afecciones, no estudió los libros, porque lo habrían instruido mal; se contentó con descender profundamente en sí mismo; y después de haberse contemplado largo tiempo, por decirlo así, no hizo en su *Tratado del entendimiento humano*, más que presentar a los hombres el espejo en que él se había visto. En una palabra, redujo la metafísica a lo que en efecto debe ser, la física experimental del alma; física muy diferente de la de los cuerpos, no sólo por su objeto, sino por la manera de encararlo. En ésta se pueden descubrir y se descubren a menudo fenómenos desconocidos; en aquélla los hechos, tan antiguos como el mundo, existen igualmente en todos los hombres; tanto peor para quien cree ver en ella algo nuevo. La metafísica razonable no puede consistir, como la física experimental, sino en reunir con cuidado todos esos hechos, reducirlos a un todo, explicar los unos por los otros, distinguiendo los que deban ocupar la primera fila y servir como de base. En una palabra, los principios de la metafísica, tan simples como axiomas, son los mismos para los filósofos y para el pueblo. Pero el escaso progreso que ha hecho esta ciencia desde hace mucho tiempo muestra qué raro es aplicar felizmente sus principios, sea por la dificultad que encierra semejante trabajo, sea quizá también por la impaciencia natural que impide ceñirse a ello. Sin embargo el título de metafísico y aun de gran metafísico es todavía bastante común en nuestra época; porque nos gusta prodigarlo todo: ¡pero hay pocas personas verdaderamente dignas de tal nombre! ¿Cuántas hay que sólo lo merecen por el desdichado talento de obscurecer con mucha sutileza ideas claras, y de preferir, en las nociones que se forman, lo extraordinario a lo verdadero, que siempre es sencillo? Después de esto es preciso no sorprenderse si la mayoría de aquellos que llamamos metafísicos hacen tan poco caso los unos de los otros. No dudo de que ese título llegue a ser pronto una injuria para nuestros hombres probos (*bons esprits*), como el nombre de sofista, que no obstante significar sabio, envilecido en Grecia por quienes lo llevaban, fue rechazado por los verdaderos filósofos.

Concluyamos, de toda esta historia, que Inglaterra nos debe el nacimiento de esa filosofía que hemos recibido de ella. Hay tal vez mayor distancia de las formas substanciales a los torbellinos, que de los torbellinos a la gravitación universal, como hay tal vez mayor intervalo entre el álgebra pura y la idea de aplicarla

a la geometría que entre el pequeño triángulo de Barrow y el cálculo diferencial.

Tales son los principales genios que el espíritu humano debe mirar como sus maestros y a quienes Grecia habría levantado estatuas aunque se hubiera visto obligada, para darles lugar, a derribar las de algunos conquistadores.

Los límites de este *Discurso preliminar* nos impiden hablar de muchos filósofos ilustres que, sin proponerse designios tan grandes como aquellos cuya mención acabamos de hacer, no han dejado de contribuir mucho, con sus trabajos, al adelanto de las ciencias y, por decirlo así, han levantado una punta del velo que nos oculta la verdad. De este número son: Galileo, a quien tanto debe la geografía por sus descubrimientos astronómicos, y la mecánica por su teoría de la aceleración; Harvey, a quien volvió inmortal por su descubrimiento de la circulación de la sangre; Huyghens, a quien ya hemos nombrado, y que por sus obras plenas de fuerza y de genio ha merecido bien de la geometría y de la física; Pascal, autor de un tratado sobre la cicloide, que debemos mirar como un prodigio de sagacidad y penetración, y de un tratado del equilibrio de los líquidos y del peso del aire que nos ha abierto una ciencia nueva; genio universal y sublime cuyos talentos nunca podrían ser bastante echados de menos por la filosofía, si no hubiera aprovechado de ellos la religión; Malebranche, que tan bien ha desentrañado los errores de los sentidos, y que conoció los de la imaginación como si a menudo no hubiera sido engañado por la suya; Boyle, el padre de la física experimental; muchos otros, en fin, entre los cuales deben ser contados con distinción Vesale, Sydenham, Boerhaave y una infinidad de anatomistas y médicos célebres.

Entre estos grandes hombres hay uno cuya filosofía, hoy celebrada y combatida en el norte de Europa nos obliga a no pasarlo en silencio: el ilustre Leibniz. Aunque no hubiera tenido para sí más que la gloria o siquiera la sospecha de haber dividido con Newton la invención del cálculo diferencial, merecería a tal título una mención honorable. Pero queremos considerarlo principalmente por su metafísica. Como Descartes, parece haber reconocido la insuficiencia de todas las soluciones que, hasta su tiempo, habían sido dadas a las cuestiones más elevadas: sobre la unión del cuerpo y el alma, sobre la providencia, sobre la naturaleza de la materia. Parece asimismo haber tenido la ventaja de exponer con más fuerza que nadie los problemas que se pueden plantear sobre esas cuestiones; pero menos discreto que Locke y Newton, no se contentó con las dudas,

buscó disiparlas, y por ese lado no ha sido, quizá, más feliz que Descartes. Su principio de *la razón suficiente,* muy hermoso y verdadero en sí mismo, no parece que ha de ser muy útil a seres tan poco ilustrados como lo somos nosotros sobre las razones primeras de todas las cosas; sus *mónadas* prueban a lo más que ha visto mejor que nadie que no podemos formarnos una idea clara de la materia, pero no parecen hechas para darla; su *armonía preestablecida* parece agregar una dificultad más a la opinión de Descartes sobre la unión del cuerpo y el alma; en fin, su sistema del *optimismo* es tal vez peligroso por la pretendida ventaja que tiene de explicarlo todo.

Terminaremos con una observación que no parecerá sorprendente a los filósofos. Los grandes hombres de que acabamos de hablar, apenas cambiaron la faz de las ciencias mientras vivieron. Ya hemos visto por qué Bacon no fue jefe de secta; dos razones se unen a la que hemos aportado. Ese gran filósofo escribió muchas de sus obras en el retiro a que sus enemigos lo habían forzado, y el mal que habían hecho al estadista no pudo dejar de dañar al autor. Además, ocupado únicamente en ser útil, tal vez abrazó demasiadas materias, para que sus contemporáneos se dejaran ilustrar a la vez sobre tan gran número de objetos. Casi no se permite a los grandes genios saber tanto; queremos aprender algo de ellos sobre un tema limitado, pero no queremos estar obligados a reformar todas nuestras ideas sobre las suyas. Por esta razón, en parte, las obras de Descartes sufrieron en Francia, después de su muerte, mayor persecución de la que había sufrido en Holanda su autor mientras vivía; con mucha dificultad las escuelas osaron al fin admitir una física que imaginaban contraria a la de Moisés. Newton, es verdad, encontró en sus contemporáneos menor oposición, sea que los descubrimientos geométricos por los cuales se hizo conocer y cuya propiedad y realidad no podían disputarle, hubiesen acostumbrado a la admiración por él y a rendirle homenajes que no eran excesivos ni forzados; sea que por su superioridad impusiera silencio a la envidia; sea, en fin, lo que parece más difícil de creer, que tuviera que habérselas con una nación menos injusta que las otras. Tuvo la ventaja singular de ver, en vida, su filosofía aceptada generalmente en Inglaterra y la de tener a todos sus compatriotas por partidarios y admiradores. Sin embargo, el resto de Europa le hizo entonces a sus obras muy distinta acogida. No sólo eran desconocidas en Francia, sino que la filosofía escolástica dominaba aquí todavía cuando ya Newton había derribado la física cartesiana; y los torbelli-

nos estaban destruidos antes que pensáramos en adoptarlos. Demoramos tanto sosteniéndolos como en adoptarlos. Sólo hace falta abrir nuestros libros, para ver con sorpresa que no hace aún veinte años que hemos comenzado en Francia a renunciar al cartesianismo. El primero que osó entre nosotros declararse abiertamente newtoniano es el autor del *Discurso sobre la forma de los astros,* que une a conocimientos geométricos muy amplios, ese espíritu filosófico con el cual aquellos conocimientos no se encuentran siempre reunidos y ese talento de escritor que ya no considerará un estorbo quien haya leído sus obras. M. de Maupertuis ha creído que se podía ser buen ciudadano sin adoptar ciegamente la física de su país; y para atacar esta física tuvo necesidad de un coraje que debemos reconocerle. En efecto, nuestra nación, singularmente ávida de novedades en las materias del buen gusto es, por el contrario, muy apegada a las opiniones antiguas en materia de ciencia. Dos disposiciones tan contrarias en apariencia tienen su principio en muchas causas y, sobre todo, en esta ansia de gozar que parece constituir nuestro carácter. Todo lo que concierne al sentimiento no está hecho para ser buscado durante mucho tiempo y cesa de ser agradable en cuanto no se presenta de súbito: pero también el ardor con que nos entregamos a él se agota pronto; y el alma, hastiada apenas ha sido satisfecha, vuela hacia un nuevo objeto que abandonará de la misma manera. Por el contrario, sólo a fuerza de meditación alcanza el espíritu lo que busca: por esta razón quiere que el gozar dure tanto tiempo como el empleado en la búsqueda, sobre todo cuando se trata de una filosofía hipotética y conjetural, mucho menos dificultosa que los cálculos y las combinaciones exactas. Los físicos, apegados a sus teorías con el mismo celo y por los mismos motivos que los artesanos a sus prácticas, tienen en este punto mayor semejanza con el pueblo de lo que se imaginan. Respetemos siempre a Descartes; pero abandonemos sin pena opiniones que él mismo habría combatido un siglo después. Sobre todo, no confundamos su causa con la de sus sectarios. El genio que ha mostrado, al buscar en la noche más sombría una ruta nueva, aunque engañosa, sólo le pertenece a él. Los primeros que lo siguieron en las tinieblas, al menos dieron muestra de valor; pero no hay gloria en extraviarse tras sus huellas después que llegó la luz. Entre los pocos sabios que aún defienden su doctrina, Descartes en persona habría reprobado a aquellos que se mantienen ahí por servil apego a lo que han aprendido en su infancia o por no sé qué prejuicio nacional, deshonra de la filosofía. Con tales

motivos se puede ser el último de sus partidarios, pero no se habría tenido el mérito de ser su primer discípulo (o, más bien, uno habría sido su adversario) cuando por serlo había que soportar injusticias. Para tener el derecho de admirar los errores de un gran hombre, es preciso saber reconocerlos cuando el tiempo los ha descubierto. Así, los jóvenes a quienes de ordinario miramos como jueces bastante malos, son tal vez los mejores en materias filosóficas, y en muchas otras, cuando no están desprovistos de luz; porque siéndoles todo igualmente nuevo, no tienen otro interés que el de elegir bien.

En efecto, los jóvenes geómetras, tanto en Francia como en los países extranjeros, han sellado la suerte de las dos filosofías. La antigua está de tal modo proscripta, que sus más celosos partidarios ni siquiera osan ya nombrar aquellos torbellinos con que llenaban sus obras en otro tiempo. Si el newtonismo llegara a ser destruido en nuestros días por cualquier causa que fuese, injusta o legítima, los numerosos secuaces que tiene ahora representarían sin duda entonces el mismo papel que han hecho representar a los otros. Tal es la naturaleza de los espíritus: tales son las consecuencias del amor propio que gobierna a los filósofos al menos tanto como a los demás hombres, y de la oposición que deben soportar todos los descubrimientos o aun los que tienen la apariencia de tales.

Sucedió con Locke más o menos lo que con Bacon, Descartes y Newton. Olvidado mucho tiempo por Rohault y Regis, y aún bastante poco conocido de la multitud, comienza al fin a tener lectores entre nosotros, y algunos partidarios. Así, los personajes ilustres, a menudo demasiado por encima de su época, trabajan casi siempre a pura pérdida para su misma edad; a las edades siguientes está reservado recoger el fruto de sus luces. De igual modo los restauradores de las ciencias no gozan casi nunca de toda la gloria que merecen; hombres muy inferiores se la arrebatan, porque los grandes hombres se entregan a su genio y los mediocres al de su nación. Es cierto que el testimonio que la superioridad no puede dejar de rendirse a sí misma, basta para resarcirla de la falta del voto popular: se nutre de su propia substancia; y aquella reputación de que tan ávidos solemos ser, sirve, a menudo, tan sólo para consolar a la mediocridad de las ventajas que el talento tiene sobre ella. Puede decirse, en efecto, que el renombre que todo publica cuenta más a menudo lo que oye que lo que ve, y que los poetas que le han atribuido cien bocas debieron ponerle también una venda sobre los ojos.

La filosofía que constituye el gusto dominante de nuestra época parece querer recuperar el tiempo perdido, por los progresos que hace entre nosotros, y vengarse de la especie de desprecio con que la habían señalado nuestros padres. Ese desprecio hoy ha recaído sobre la erudición y no es más justo por haber cambiado de objeto. Suponen muchos que hemos sacado de las obras de los antiguos todo lo que nos importa saber; y con ese fundamento dispensarían de muy buena gana de la molestia de consultarlos a los que aún quieren hacerlo. Parecen mirar la antigüedad como un oráculo que lo ha dicho todo y al que es inútil interrogar; y apenas hacen más caso hoy de la restitución de un pasaje, que del descubrimiento de una ramificación venosa en el cuerpo humano. Pero ¡qué ridículo sería creer que no hay nada que descubrir en la anatomía, porque los anatomistas se entregan a veces a búsquedas inútiles en apariencia, pero a menudo útiles por sus consecuencias! No sería menos absurdo querer prohibir la erudición bajo pretexto de búsquedas poco importantes a que nuestros sabios pueden entregarse. Es de ignorante o presuntuoso creer que todo se ha visto en una materia cualquiera, y que no tenemos ningún beneficio que sacar del estudio y la lectura de los antiguos.

La costumbre actual de escribirlo todo en lengua vulgar ha contribuido sin duda a fortificar ese prejuicio, y tal costumbre es quizá más perniciosa que el prejuicio mismo. Habiéndose extendido nuestra lengua por toda Europa, hemos creído que era tiempo de que ella sustituyese a la lengua latina, que, a partir del Renacimiento de las letras, era la lengua de nuestros sabios. Que un filósofo escriba en francés lo declaro mucho más excusable que el hecho de que un francés haga versos latinos; quiero asimismo convenir en que esa costumbre ha contribuido a volver más general la ilustración, si es realmente ampliar el espíritu de un pueblo, ampliarlo en superficie. Sin embargo, resulta de ahí un inconveniente que habríamos debido prever. Los sabios de otras naciones, a quienes hemos dado el ejemplo, han creído con razón que escribirían mejor en su propia lengua que en la nuestra. Inglaterra nos ha imitado, pues; Alemania, donde el latín parecía haberse refugiado, comienza insensiblemente a perder la costumbre de usarlo. No dudo de que pronto será seguida por suecos, daneses, y rusos. Por consiguiente, antes de finalizar el siglo XVIII, un filósofo que quiera instruirse a fondo con los descubrimientos de sus predecesores, estará obligado a recargar su memoria con siete u ocho lenguas diferentes; y después de haber consumido en aprenderlas el tiem-

po más precioso de su vida, morirá antes de comenzar a instruirse. En las materias que tocan al buen gusto hemos mostrado que es ridículo el uso de la lengua latina; pero podría ser muy útil en las obras de filosofía, cuyos méritos deben ser la claridad y la precisión y que sólo necesitan una lengua universal y de convención. Sería pues de desear que se restableciera el uso del latín, pero no hay que esperarlo. El abuso de que nos atrevemos a quejarnos es demasiado favorable a la vanidad y a la pereza, para que nos lisonjeemos de arrancarlo de raíz. Los filósofos, como los demás escritores, quieren ser leídos y, sobre todo, en su nación. Si se valieran de una lengua menos familiar, tendrían menos bocas para celebrarlos y no podrían vanagloriarse de oírlas. Es cierto que con menos admiradores tendrían mejores jueces: pero es una ventaja que los afecta poco, porque la reputación corresponde más al número que al mérito de quienes la dispensan.

En compensación, porque no hay que exagerar nada, nuestros libros de ciencias parecen haber adquirido hasta esa clase de méritos que suele creerse es particular de las obras literarias. Un escritor respetable, que nuestra época tiene aún la felicidad de poseer y cuyas diferentes producciones alabaría aquí, si no me limitara a considerarlo como filósofo, ha enseñado a los sabios a sacudir el yugo de la pedantería. Superior en el arte de iluminar las ideas más abstractas, ha sabido con mucho método, precisión y claridad, bajarlas a la altura de los espíritus que habríamos creído menos capaces de captarlas. Asimismo ha osado prestar a la filosofía los adornos que parecían serle más extraños y de que la filosofía, al parecer, debía privarse más severamente; y este atrevimiento ha sido justificado por el éxito más amplio y lisonjero. Pero, como todos los escritores originales, dejó muy atrás a los que creyeron poder imitarlo.

El autor de la *Historia natural* siguió diferente camino. Rival de Platón y de Lucrecio, ha esparcido en su obra, cuya reputación crece de día en día, esa nobleza y elevación de estilo que son tan propios de las materias filosóficas y que deben ser, en los escritos del sabio, la pintura de su alma.

Con todo la filosofía, pensando en agradar, parece no haber olvidado que ha sido hecha principalmente para instruir; por esta razón la afición a los sistemas, que son más apropiados para lisonjear la imaginación que para ilustrar la razón, está hoy casi completamente desterrada de las buenas obras. Uno de nuestros mejores filósofos parece haberle dado el golpe de

gracia.[1] El espíritu de hipótesis y de conjetura podía ser muy útil en otro tiempo y hasta había sido necesario para el renacimiento de la filosofía; porque entonces se trataba menos de pensar bien que de aprender a pensar por cuenta propia. Pero los tiempos han cambiado, y el escritor que hiciera entre nosotros el elogio de los sistemas llegaría demasiado tarde. Las ventajas que ese espíritu puede procurar ahora están en número demasiado pequeño para equilibrar los inconvenientes que resultan de ello; y si se pretende probar la utilidad de los sistemas por un número pequeñísimo de descubrimientos que ocasionaron en otra época, de la misma manera se podría aconsejar a nuestros geómetras que se aplicaran a la cuadratura del círculo, porque los esfuerzos de muchos matemáticos por encontrarla nos han producido algunos teoremas. El espíritu de los sistemas es en la física lo que la metafísica en la geometría: si a veces es necesario para ponernos en el camino de la verdad, casi siempre es incapaz de conducirnos por él. Iluminado por la observación de la naturaleza, puede entrever las causas de los fenómenos; pero corresponde al cálculo asegurar, por decirlo así, la existencia de esas causas, determinando exactamente los efectos que pueden producir, y comparando esos efectos con los que la experiencia nos descubre. Toda hipótesis desprovista de tal socorro adquiere raramente ese grado de certidumbre que se debe buscar siempre en las ciencias naturales y que, no obstante, se encuentra tan poco en esas conjeturas frívolas que se honran con el nombre de sistemas. Si no pudiera haberlos más que de esta especie, el principal mérito del físico sería, propiamente hablando, tener el espíritu de sistema, y no construirlos jamás. Con respecto al uso de sistemas en las otras ciencias, mil experiencias prueban qué peligroso es.

La física está, pues, únicamente limitada a las observaciones y las cálculos; la medicina, a la historia del cuerpo humano, de sus enfermedades y de los remedios; la historia natural a la descripción detallada de los vegetales, los animales y los minerales; la química, a la composición y la descomposición experimental de los cuerpos; en una palabra, todas las ciencias, encerradas en los hechos tanto como les es posible, y en las consecuencias que se pueden deducir de los hechos, no conceden nada a la opinión, salvo cuando se ven forzadas a hacerlo. No digo nada de la geometría, la astronomía y la mecánica, destinadas por su naturaleza a perfeccionarse más y más.

[1] El abate de Condillac, de la Real Academia de Ciencias de Prusia, en su *Tratado de los sistemas.*

Abusamos de las mejores cosas. Este espíritu filosófico, tan a la moda hoy, que quiere verlo todo y no suponer nada, se ha extendido hasta las bellas letras; se sostiene que es nocivo para su progreso, y es difícil disimularlo. Inclinada nuestra época a la combinación y el análisis, parece querer introducir las discusiones frías y didácticas en las cosas del sentimiento. No se trata de que las pasiones y el gusto no tengan una lógica que les pertenece: pero esta lógica tiene principios totalmente diferentes de los de la lógica ordinaria: esos principios es menester discernirlos en nosotros y de esto, hay que declararlo, es poco capaz una filosofía común. Entregada enteramente al examen de las percepciones tranquilas del alma, le es mucho más fácil distinguir los matices de aquellas percepciones que los de nuestras pasiones o, en general, de los sentimientos vivos que nos afectan. ¿Y cómo no ha de ser difícil analizar con justeza esta clase de sentimientos, si por un lado es preciso entregarse a ellos para conocerlos y, por el otro, el momento en que el alma está afectada por ellos es el menos adecuado para estudiarlos? Sin embargo, es menester convenir en que ese espíritu de discusión ha contribuido a liberar nuestra literatura de la ciega admiración por los antiguos: nos ha enseñado a estimar en ellos las bellezas que nos vemos obligados a admirar en los modernos. Pero también a la misma fuente, debemos, quizá, no sé qué metafísica del corazón, que se ha apoderado de nuestros teatros. Si no es preciso desterrarla enteramente, todavía es menos necesario dejarla reinar allí. Esa anatomía del alma se ha insinuado hasta en nuestras conversaciones: se diserta, ya no se habla; y nuestras reuniones han perdido sus principales atractivos, el calor y la alegría.

No nos sorprenda, pues, que las obras del espíritu, en nuestro tiempo, sean inferiores, en general, a las del siglo precedente. Asimismo se puede encontrar la razón de todo ello en los esfuerzos que hacemos para sobrepasar a nuestros predecesores. El buen gusto y el arte de escribir hacen progresos rápidos en poco tiempo, una vez que la ruta verdadera está abierta. Apenas un gran genio entrevé lo bello, lo percibe en toda su amplitud; y la limitación de la bella naturaleza parece reducida a límites ciertos que una generación, o a lo sumo dos, han alcanzado pronto: a la generación siguiente sólo le resta imitar. Pero no se contenta con esa tarea; las riquezas que ha adquirido autorizan el deseo de acrecentarlas; quiere agregar algo a lo que ha recibido y marra el tiro, con el propósito de mejorar lo ya alcanzado. Tenemos, pues, a un tiempo, principios más numero-

sos para juzgar bien, mayores luces, muchos y buenos jueces y menos obras buenas; nunca se dice de un libro que es bueno, sino que es el libro de un hombre de aguda inteligencia *(d'un homme d'esprit)*. Así, el siglo de Demetrio Faléreo ha sucedido inmediatamente al de Demóstenes, el siglo de Lucano y de Séneca al de Cicerón y Virgilio, y el nuestro al de Luis XIV.

Sólo hablo aquí de la época en general, pues estoy muy lejos de satirizar a algunos hombres de raro mérito con quienes convivimos. La constitución física del mundo literario entraña, como la del mundo material, revoluciones forzosas, de las que sería tan injusto lamentarse como del cambio de las estaciones. Por otra parte, así como debemos a la edad de Plinio las obras admirables de Quintiliano y de Tácito, que la generación precedente tal vez no habría estado en situación de producir, la nuestra dejará a la posteridad monumentos de que tiene derecho de gloriarse. Un poeta célebre por sus talentos y sus desgracias ha sobrepujado a Malherbe en sus *Odas* y a Marot en sus *Epigramas* y en sus *Epístolas*. Hemos visto surgir el único poema épico que Francia pueda oponer a los de los griegos, los romanos, los italianos, los ingleses y los españoles. Dos hombres ilustres, respecto de los cuales nuestra nación parece dividida, aunque la posteridad sabrá poner en su lugar a cada uno, se disputan la gloria del coturno, y sus tragedias se ven con placer extremo aun después de las de Corneille y Racine. Uno de esos dos hombres, el mismo a quien debemos la *Henríada,* seguro de lograr entre el cortísimo número de grandes poetas un lugar distinguido y propio, posee al mismo tiempo en el más alto grado un talento que no ha tenido casi ningún poeta, ni siquiera en grado menor: el de escribir en prosa. Nadie ha conocido mejor el arte insigne de expresar sin esfuerzo cada idea mediante el término que le es propio; de embellecer todo sin equivocarse acerca del colorido propio de cada cosa; en fin, lo que caracteriza a los grandes escritores mucho más de lo que se piensa, no estar nunca ni por encima ni por debajo de su tema. Su ensayo sobre el siglo de Luis XIV es un trozo tanto más precioso cuanto que el autor no tenía en ese género ningún modelo ni entre los antiguos ni entre nosotros. Su historia de Carlos XII, por la fluidez y la nobleza del estilo, es digna del héroe que tenía que pintar; sus piezas ocasionales, superiores a todas aquellas que estimamos más, bastarían para inmortalizar a muchos escritores, por su número y por su mérito. ¡Que no pueda yo, recordando aquí sus numerosas y admirables obras, pagar a este genio excepcional el tributo de alabanzas que me-

rece, que tantas veces ha recibido de sus compatriotas, de los extranjeros, y de sus enemigos, y a quien la posteridad pondrá en la cima cuando ya no podrá gozar de ello!

No están ahí nuestras únicas riquezas. Un escritor sesudo, tan buen ciudadano como gran filósofo, nos ha dado sobre los principios de las leyes una obra desacreditada por algunos franceses y estimada por toda Europa. Excelentes autores han escrito historia; espíritus justos e ilustrados han profundizado en ella; la comedia ha adquirido un género nuevo, que nos equivocaríamos al rechazar, porque de él resulta un placer más y que no ha sido tan desconocido de los antiguos como se nos querría persuadir; en fin, tenemos muchas novelas que nos impiden echar de menos las del siglo pasado.

Las bellas artes no son menos honradas en nuestra nación. Si he de creer a los aficionados ilustrados, nuestra escuela de pintura es la primera de Europa, y muchas obras de nuestros escultores no habrían sido desaprobadas por los antiguos. De todas esas artes la música es, quizá, la que ha hecho mayores progresos entre nosotros desde hace quince años. Gracias a los trabajos de un genio viril, osado y fecundo, los extranjeros que no podían soportar nuestras sinfonías comienzan a gustarlas y los franceses parecen al fin persuadidos de que Lulli había dejado mucho por hacer en ese género. Rameau, impulsando la práctica de su arte a un alto grado de perfección, ha llegado a ser a un tiempo el modelo y el objeto de la envidia de gran número de artistas, que lo desacreditan mientras se esfuerzan por imitarlo. Pero lo que lo distingue más particularmente es haber reflexionado con mucho éxito sobre la teoría de ese mismo arte; haber sabido encontrar en la base fundamental el principio de la armonía y de la melodía; haber reducido por ese medio a leyes más seguras y más simples, una ciencia entregada antes de él a reglas arbitrarias o dictadas por una experiencia ciega. He cogido con solicitud la ocasión de celebrar a este artista filósofo, en un discurso destinado principalmente al elogio de grandes hombres. Su mérito, en el cual ha obligado a nuestra edad a convenir, será bien reconocido cuando el tiempo habrá hecho callar a la envidia, y su nombre, caro a la parte más ilustrada de nuestra nación, no puede herir a nadie aquí. Pero aunque deba disgustar a algunos pretendidos mecenas, sería muy de lamentar que un filósofo no se permitiera decir la verdad, inclusive en materia de ciencias y de buen gusto.

He ahí los bienes que poseemos. ¡Qué idea no se tendrá de nuestros tesoros literarios, si unimos a las obras de tantos gran-

des hombres los trabajos de todas las asociaciones de sabios, destinadas a mantener el gusto de las ciencias y de las letras y a las que debemos tantos libros excelentes! Semejantes sociedades no pueden dejar de producir grandes ventajas en un Estado, con tal que, al multiplicarlas en exceso, no se facilite la entrada en ellas de un número demasiado grande de gente mediocre; que se destierre toda desigualdad que tienda a alejar o rechazar a los hombres hechos para ilustrar a los otros; que no se reconozca ahí otra superioridad que la del genio; que la consideración sea en ellas el premio del trabajo; en fin, que las recompensas vayan a buscar a los talentos y nunca les sean arrebatadas por la intriga. Porque es menester no equivocarse; se daña más el progreso del espíritu asignando mal las recompensas que suprimiéndolas. Declaremos también, en honra de las letras, que los sabios no siempre tienen necesidad de ser recompensados para multiplicarse. Testigo Inglaterra, a quien tanto deben las ciencias, sin que el gobierno haga nada por ellas. Es verdad que la nación las considera, hasta las respeta; y esta clase de recompensa, superior a todas las demás, es sin duda el medio más seguro de hacer florecer las ciencias y las artes; porque el gobierno es quien da los cargos, y el público quien distribuye la estimación. El amor de las letras, que es un mérito entre nuestros vecinos, todavía no es, a la verdad, sino una moda entre nosotros y tal vez nunca será otra cosa; pero por más peligrosa que sea esta moda que produce, por un mecenas ilustre, cien aficionados ignorantes y orgullosos, tal vez le somos deudores de no haber caído aún en la barbarie adonde una multitud de circunstancias tiende a precipitarnos.

Puede mirarse como una de las principales esta afición al falso ingenio *(cet amour du faux bel esprit)* que protege a la ignorancia, que se honra con ella y que la extenderá universalmente tarde o temprano. La ignorancia será el fruto y el término del mal gusto; añado que también será el remedio. Porque todo tiene revoluciones fijas y la oscuridad ha de terminar en un nuevo siglo de luz. Nos impresionará más la luz del día después de haber estado algún tiempo en las tinieblas. Éstas serán como una especie de anarquía, muy funesta por sí misma, pero útil a veces por sus consecuencias. Guardémonos, no obstante, de desear una revolución tan temible; la barbarie dura siglos, parece que ése es nuestro elemento; la razón y el buen gusto no hacen más que pasar. Tal vez aquí se presentaría la oportunidad de rechazar los dardos que ha lanzado hace poco contra las ciencias y las artes, acusándolas de corromper las

costumbres, un escritor elocuente y filósofo.[2] Nos sentaría mal ponernos de su parte en el comienzo de una obra como ésta; y el hombre de mérito de que hablamos parece haber dado su sufragio a nuestro trabajo por el celo y la eficacia con que ha concurrido a él. En absoluto le reprocharemos haber confundido la cultura del espíritu con el abuso que se pueda hacer de ella; nos responderá sin duda que ese abuso es inseparable de la cultura; pero nosotros le rogaremos que examine si la mayoría de los males que atribuye a las ciencias y las artes no son debidos a causas muy diferentes, cuya enumeración sería tan larga como delicada. Las letras contribuyen seguramente a volver más amable la sociedad; sería difícil probar que los hombres llegan a ser mejores y la virtud más común; pero es un privilegio que se puede discutir a la misma moral. Y para decir más aún ¿habría que proscribir las leyes, porque su nombre sirve de abrigo a algunos crímenes cuyos autores serían castigados en una república de salvajes? En fin, aunque suscribiéramos aquí, en desmedro de los conocimientos humanos, una declaración de la que mucho distamos, nos hallamos aún más lejos de creer que se ganaría destruyéndolos: nos quedarían los vicios y tendríamos además la ignorancia.

Terminamos esta historia de las ciencias señalando que las diferentes formas de gobierno, que tanto influyen sobre los espíritus y sobre el cultivo de las letras, determinan también las clases de conocimientos que deben florecer principalmente, cada uno de los cuales tiene su mérito particular. En general, debe haber en una república más oradores, historiadores y filósofos; y en una monarquía más poetas, teólogos y geómetras. Esta regla, con todo, no es tan absoluta, que no pueda ser alterada y modificada por una infinidad de causas.

2 Rousseau, de Ginebra, autor de la parte de la *Enciclopedia* que concierne a la música, y de la cual esperamos que el público quedará muy satisfecho, ha compuesto un Discurso, muy elocuente, para probar que el restablecimiento de las ciencias y las artes ha corrompido las costumbres. Ese Discurso fue coronado con los más grandes elogios, en 1750, por la Academia de Dijon; ha sido impreso en París a comienzos de este año 1751, y ha logrado mucha honra a su autor.

¿QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN? * 1784

Immanuel Kant (1724-1804)

Como los grandes espíritus de su época, Kant se interesó en las matemáticas, la física, la geografía y la política, escribiendo sobre estos temas. Pero ante todo fue un filósofo. Sus escritos dieron un viraje total a la filosofía, al grado de llegar a decirse que Kant efectuó en el mundo de las ideas filosóficas una "revolución copernicana". Reproducimos aquí, sin embargo, un texto de Kant sobre la Ilustración.

La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La *incapacidad* significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. *¡Sapere aude!* ¡Ten el valor de servirte de tu *propia* razón!: he aquí el lema de la ilustración.

La pereza y la cobardía son causa de que una tan gran parte de los hombres continúe a gusto en su estado de pupilo, a pesar de que hace tiempo la naturaleza los liberó de ajena tutela *(naturaliter majorennes);* también lo son de que se haga tan fácil para otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo no estar emancipado! Tengo a mi disposición un libro que me presta su inteligencia, un cura de almas que me ofrece su conciencia, un médico que me prescribe las dietas, etcétera, así que no necesito molestarme. Si puedo pagar no me hace falta pensar: ya habrá otros que tomen a su cargo, en mi nombre, tan fastidiosa tarea. Los tutores, que tan bondadosamente se han arrogado este oficio, cuidan muy bien que la gran mayoría de los hombres (y no digamos que todo el sexo bello) considere el paso de la emancipación, además de muy difícil, en extremo peligroso. Después de entontecer sus animales domésticos y procurar cuidadosamente que no se salgan del camino trillado donde los metieron, les muestran los peligros que les amenazarían caso de aventurarse a salir de él. Pero estos peligros no son tan graves pues, con unas cuantas caídas, aprenderían a caminar

* Eugenio Imaz (comp.), *Kant. Filosofía de la historia,* México, El Colegio de México, 1941.

solitos; ahora que, lecciones de esa naturaleza, espantan y le curan a cualquiera las ganas de nuevos ensayos.

Es, pues, difícil para cada hombre en particular lograr salir de esa incapacidad, convertida casi en segunda naturaleza. Le ha cobrado afición y se siente realmente incapaz de servirse de su propia razón, porque nunca se le permitió intentar la aventura. Principios y fórmulas, instrumentos mecánicos de un uso, o más bien abuso, racional de sus dotes naturales, hacen veces de ligaduras que le sujetan a ese estado. Quien se desprendiera de ellas apenas si se atrevería a dar un salto inseguro para salvar una pequeña zanja, pues no está acostumbrado a los movimientos desembarazados. Por esta razón, pocos son los que, con propio esfuerzo de su espíritu, han logrado superar esa incapacidad y proseguir, sin embargo, con paso firme.

Pero ya es más fácil que el público se ilustre por sí mismo y hasta, si se le deja en libertad, casi inevitable. Porque siempre se encontrarán algunos que piensen por propia cuenta, hasta entre los establecidos tutores del gran montón, quienes, después de haber arrojado de sí el yugo de la tutela, difundirán el espíritu de una estimación racional del propio valer de cada hombre y de su vocación a pensar por sí mismo. Pero aquí ocurre algo particular: el público, que aquellos personajes uncieron con este yugo, les unce a ellos mismos cuando son incitados al efecto por algunos de los tutores incapaces por completo de toda ilustración; que así resulta de perjudicial inculcar prejuicios, porque acaban vengándose en aquellos que fueron sus sembradores o sus cultivadores. Por esta sola razón el público sólo poco a poco llega a ilustrarse. Mediante una revolución acaso se logre derrocar el despotismo personal y acabar con la opresión económica o política, pero nunca se consigue la verdadera reforma de la manera de pensar; sino que, nuevos prejuicios, en lugar de los antiguos, servirán de riendas para conducir al gran tropel.

Para esta ilustración no se requiere más que una cosa, *libertad;* y la más inocente entre todas las que llevan ese nombre, a saber: libertad de hacer *uso público* de su razón íntegramente. Mas oigo exclamar por todas partes: ¡Nada de razones! El oficial dice: ¡no razones, y haz la instrucción! El funcionario de Hacienda: ¡nada de razonamientos!, ¡a pagar! El reverendo: ¡no razones y cree! (sólo un señor en el mundo dice: *razonad todo* lo que queráis y sobre lo que queráis pero ¡obedeced!) Aquí nos encontramos por doquier con una limitación de la libertad. Pero ¿qué limitación es obstáculo a la ilustración? ¿Y

cuál, por el contrario, estímulo? Contesto: el uso público de su razón le debe estar permitido a todo el mundo y esto es lo único que puede traer ilustración a los hombres; su *uso privado* se podrá limitar a menudo ceñidamente, sin que por ello se retrase en gran medida la marcha de la ilustración. Entiendo por uso público aquel que, en calidad de *maestro,* se puede hacer de la propia razón ante el gran público del mundo de lectores. Por uso privado entiendo el que ese mismo personaje puede hacer en su calidad de *funcionario.* Ahora bien; existen muchas empresas de interés público en las que es necesario cierto automatismo, por cuya virtud algunos miembros de la comunidad tienen que comportarse pasivamente para, mediante una unanimidad artificial, poder ser dirigidos por el gobierno hacia los fines públicos o, por lo menos, impedidos en su perturbación. En este caso no cabe razonar, sino que hay que obedecer. Pero en la medida en que esta parte de la máquina se considera como miembro de un ser común total y hasta de la sociedad cosmopolita de los hombres, por lo tanto, en calidad de *maestro* que se dirige a un público por escrito haciendo uso de su razón, puede razonar sin que por ello padezcan los negocios en los que le corresponde, en parte, la consideración de miembro pasivo. Por eso, sería muy perturbador que un oficial que recibe una orden de sus superiores se pusiera a argumentar en el cuartel sobre la pertinencia o utilidad de la orden: tiene que obedecer. Pero no se le puede prohibir con justicia que, en calidad de entendido, haga observaciones sobre las fallas que descubre en el servicio militar y las exponga al juicio de sus lectores. El ciudadano no se puede negar a contribuir con los impuestos que le corresponden; y hasta una crítica indiscreta de esos impuestos, cuando tiene que pagarlos, puede ser castigada por escandalosa (pues podría provocar la resistencia general). Pero ese mismo sujeto actúa sin perjuicio de su deber de ciudadano si, en calidad de experto, expresa públicamente su pensamiento sobre la inadecuación o injusticia de las gabelas. Del mismo modo, el clérigo está obligado a enseñar la doctrina y a predicar con arreglo al credo de la Iglesia a que sirve, pues fue aceptado con esa condición. Pero como doctor tiene la plena libertad y hasta el deber de comunicar al público sus ideas bien probadas e intencionadas acerca de las deficiencias que encuentra en aquel credo, así como el de dar a conocer sus propuestas de reforma de la religión y de la Iglesia. Nada hay en esto que pueda pesar sobre su conciencia. Porque lo que enseña en función de su cargo, en calidad de ministro de la Igle-

sia, lo presenta como algo a cuyo respecto no goza de libertad para exponer lo que bien le parezca, pues ha sido colocado para enseñar según las prescripciones y en el nombre de otro. Dirá: nuestra Iglesia enseña esto o lo otro, éstos son los argumentos de que se sirve. Deduce, en la ocasión, todas las ventajas prácticas para su feligresía de principios que, si bien él no suscribiría con entera convicción, puede obligarse a predicar porque no es imposible del todo que contengan oculta la verdad o que, en el peor de los casos, nada impliquen que contradiga a la religión interior. Pues de creer que no es éste el caso, entonces sí que no podría ejercer el cargo con arreglo a su conciencia; tendrá que renunciar. Por lo tanto, el uso que de su razón hace un clérigo ante su feligresía, constituye un *uso privado;* porque se trata siempre de un ejercicio doméstico, aunque la audiencia sea muy grande; y, en este respecto, no es, como sacerdote, libre, ni debe serlo, puesto que ministra un mandato ajeno. Pero en calidad de doctor que se dirige por medio de sus escritos al público propiamente dicho, es decir, al mundo, como clérigo, por consiguiente, que hace un *uso público* de su razón, disfruta de una libertad ilimitada para servirse de su propia razón y hablar en nombre propio. Porque pensar que los tutores espirituales del pueblo tengan que ser, a su vez, pupilos, representa un absurdo que aboca en una eternización de todos los absurdos.

Pero ¿no es posible que una sociedad de clérigos, algo así como una asociación eclesiástica o una muy reverenda *classis* (como se suele denominar entre los holandeses) pueda comprometerse por juramento a guardar un determinado credo para, de ese modo, asegurar una suprema tutela sobre cada uno de sus miembros y, a través de ellos, sobre el pueblo, y para eternizarla, si se quiere? Respondo: es completamente imposible. Un convenio semejante, que significaría descartar para siempre toda ilustración ulterior del género humano, es nulo e inexistente; y ya puede ser confirmado por la potestad soberana, por el Congreso, o por las más solemnes capitulaciones de paz. Una generación no puede obligarse y juramentarse a colocar a la siguiente en una situación tal que le sea imposible ampliar sus conocimientos (presuntamente circunstanciales), depurarlos del error y, en general, avanzar en el estado de su ilustración. Constituiría esto un crimen contra la naturaleza humaa, cuyo destino primordial radica precisamente en este progreso. Por esta razón, la posteridad tiene derecho a repudiar esa clase de acuerdos como celebrados de manera abusiva y criminal. La piedra

de toque de todo lo que puede decidirse como ley para un pueblo, se halla en esta interrogación ¿es que un pueblo hubiera podido imponerse a sí mismo esta ley? Podría ser posible, en espera de algo mejor, por un corto tiempo circunscrito, con el objeto de procurar un cierto orden; pero dejando libertad a los ciudadanos, y especialmente a los clérigos, de exponer públicamente, esto es, por escrito, sus observaciones sobre las deficiencias que encuentran en dicha ordenación, manteniéndose mientras tanto el orden establecido hasta que la comprensión de tales asuntos se haya difundido tanto y de tal manera que sea posible, mediante un acuerdo logrado por votos (aunque no por unanimidad), elevar hasta el trono una propuesta para proteger a aquellas comunidades que hubieran coincidido en la necesidad, a tenor de su opinión más ilustrada, de una reforma religiosa, sin impedir, claro está, a los que así lo quisieren, seguir con lo antiguo. Pero es completamente ilícito ponerse de acuerdo ni tan siquiera por el plazo de una generación, sobre una constitución religiosa inconmovible, que nadie podría poner en tela de juicio públicamente, ya que con ello se destruiría todo un periodo en la marcha de la humanidad hacia su mejoramiento, periodo que, de ese modo, resultaría no sólo estéril sino nefasto para la posteridad. Puede un hombre, por lo que incumbe a su propia persona, pero sólo por un cierto tiempo, eludir la ilustración en aquellas materias a cuyo conocimiento está obligado; pero la simple y pura renuncia, aunque sea por su propia persona, y no digamos por la posteridad, significa tanto como violar y pisotear los sagrados derechos del hombre. Y lo que ni un pueblo puede acordar por y para sí mismo, menos podrá hacerlo un monarca en nombre de aquél, porque toda su autoridad legisladora descansa precisamente en que asume la voluntad entera del pueblo en la suya propia. Si no pretende otra cosa, sino que todo mejoramiento real o presunto sea compatible con el orden ciudadano, no podrá menos de permitir a sus súbditos que dispongan por sí mismos en aquello que crean necesario para la salvación de sus almas; porque no es ésta cuestión que le importe, y sí la de evitar que unos a otros se impidan con violencia buscar aquella salvación por el libre uso de todas sus potencias. Y hará agravio a la majestad de su persona si en ello se mezcla hasta el punto de someter a su inspección gubernamental aquellos escritos en los que sus súbditos tratan de decantar sus creencias, ya sea porque estime su propia opinión como la mejor, en cuyo caso se expone al reproche: *Caesar non est supra grammaticos,* ya porque rebaje a

tal grado su poder soberano que ampare dentro de su Estado el despotismo espiritual de algunos tiranos contra el resto de sus súbditos.

Si ahora nos preguntamos: ¿es que vivimos en una época *ilustrada*? la respuesta será: no, pero sí en una época de *ilustración*. Falta todavía mucho para que, tal como están las cosas y considerados los hombres en conjunto, se hallen en situación, ni tan siquiera en disposición de servirse con seguridad y provecho de su propia razón en materia de religión. Pero ahora es cuando se les ha abierto el campo para trabajar libremente en este empeño, y percibimos inequívocas señales de que van disminuyendo poco a poco los obstáculos a la ilustración general o superación, por los hombres, de su merecida tutela. En este aspecto nuestra época es la época de la Ilustración o la época de *Federico*.

Un príncipe que no considera indigno de sí declarar que reconoce como un *deber* no prescribir nada a los hombres en materia de religión y que desea abandonarlos a su libertad, que rechaza, por consiguiente, hasta ese pretencioso sustantivo de *tolerancia*, es un príncipe ilustrado y merece que el mundo y la posteridad, agradecidos, le encomien como aquel que rompió el primero, por lo que toca al gobierno, las ligaduras de la tutela y dejó en libertad a cada uno para que se sirviera de su propia razón en las cuestiones que atañen a su conciencia. Bajo él, clérigos dignísimos, sin mengua de su deber ministerial, pueden, en su calidad de doctores, someter libre y públicamente al examen del mundo aquellos juicios y opiniones suyos que se desvíen, aquí o allá, del credo reconocido; y con mayor razón los que no están limitados por ningún deber de oficio. Este espíritu de libertad se expande también por fuera, aun en aquellos países donde tiene que luchar con los obstáculos externos que le levanta un gobierno que equivoca su misión. Porque este único ejemplo nos aclara cómo en régimen de libertad nada hay que temer por la tranquilidad pública y la unidad del ser común. Los hombres poco a poco se van desbastando espontáneamente, siempre que no se trate de mantenerlos, de manera artificial, en estado de rudeza.

He tratado del punto principal de la ilustración, a saber, la emancipación de los hombres de su merecida tutela, en especial por lo que se refiere a cuestiones de religión; pues en lo que atañe a las ciencias y las artes los que mandan ningún interés tienen en ejercer tutela sobre sus súbditos y, por otra parte, hay que considerar que esa tutela religiosa es, entre todas, la más

funesta y deshonrosa. Pero el criterio de un jefe de Estado que favorece esta libertad va todavía más lejos y comprende que tampoco en lo que respecta a la *legislación* hay peligro porque los súbditos hagan uso *público* de su razón, y expongan libremente al mundo sus ideas sobre una mejor disposición de aquélla, haciendo una franca crítica de lo existente; también en esto disponemos de un brillante ejemplo, pues ningún monarca se anticipó al que nosotros veneramos.

Pero sólo aquel que, esclarecido, no teme a las sombras, pero dispone de un numeroso y disciplinado ejército para garantizar la tranquilidad pública, puede decir lo que no osaría un Estado libre: *¡razonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!* Y aquí tropezamos con un extraño e inesperado curso de las cosas humanas; pues ocurre que, si contemplamos este curso con amplitud, lo encontramos siempre lleno de paradojas. Un grado mayor de libertad ciudadana parece que beneficia la libertad espiritual del pueblo pero le fija, al mismo tiempo, límites infranqueables; mientras que un grado menor le procura el ámbito necesario para que pueda desenvolverse con arreglo a todas sus facultades. Porque ocurre que cuando la naturaleza ha logrado desarrollar, bajo esta dura cáscara, esa semilla que cuida con máxima ternura, a saber, la inclinación y oficio del *libre pensar* del hombre, el hecho repercute poco a poco en el sentir del pueblo (con lo cual éste se va haciendo cada vez más capaz de la *libertad de obrar*) y hasta en los principios del gobierno, que encuentra ya compatible dar al hombre, que es algo más que una *máquina,* un trato digno de él.

La *Antología del renacimiento a la ilustración*, editada por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia 911, México 12, D. F., el día 27 de octubre de 1972. Se tiraron 30 000 ejemplares.

COLEGIO DE CIENCIAS
Y HUMANIDADES